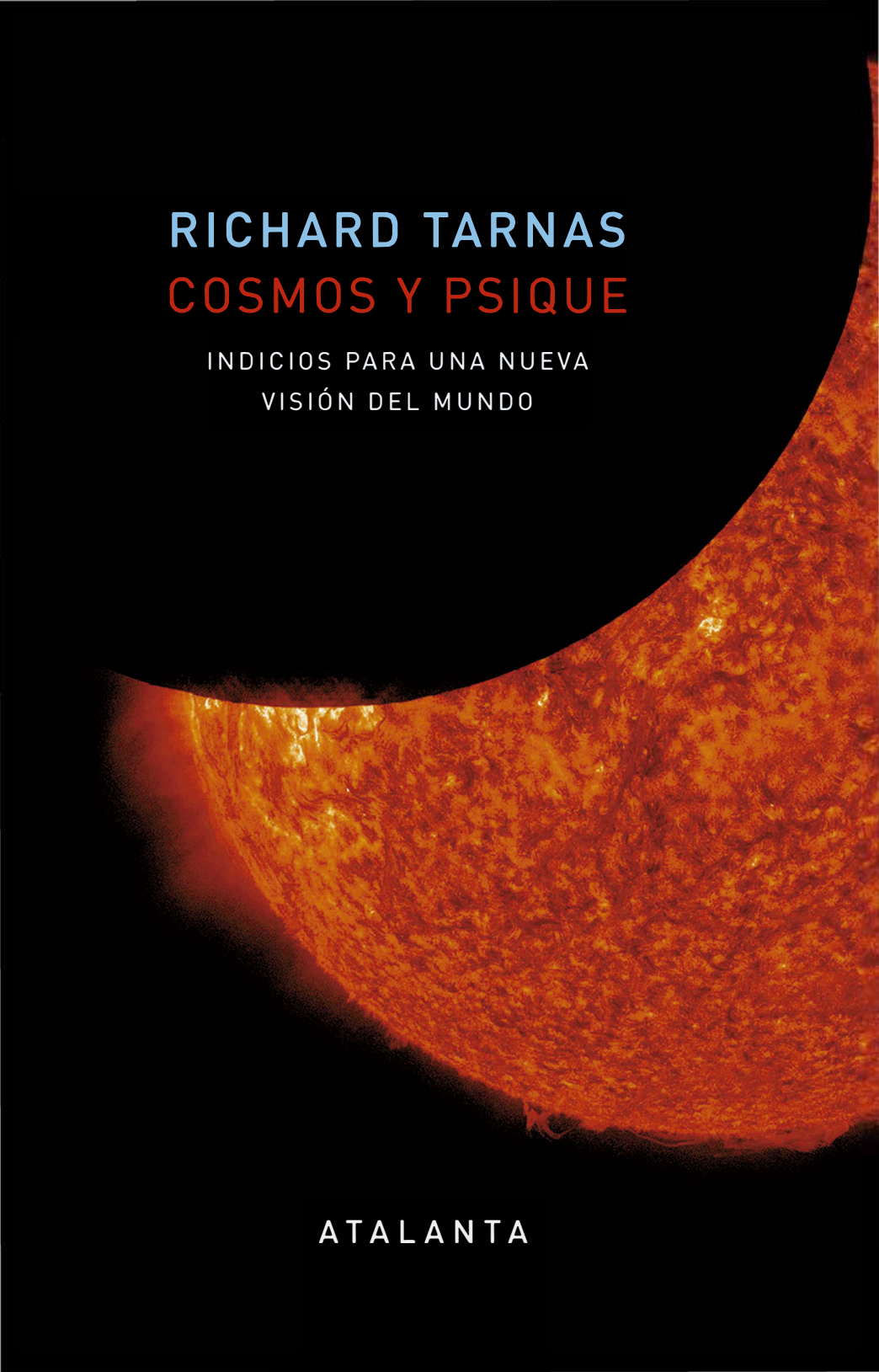
RICHARD TARNAS

COSMOS Y PSIQUE

INDICIOS PARA UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO



ATALANTA

MEMORIA MUNDI

ATALANTA

23

Los contenidos de este libro pueden ser
reproducidos, en todo o en parte, siempre
y cuando se cite la fuente y se haga con
fines académicos, y no comerciales

RICHARD TARNAS

COSMOS Y PSIQUE

INDICIOS PARA UNA NUEVA VISIÓN DEL MUNDO

TRADUCCIÓN

MARCO AURELIO GALMARINI

ATALANTA

2017

En cubierta: Tránsito lunar (cortesía de NASA/ESA)

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Tercera edición

Todos los derechos reservados.

Título original: *Cosmos and Psyche*
© Richard Tarnas, 2006
© De la traducción: Marco Aurelio Galmarini
© EDICIONES ATALANTA, S. L.
Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España
Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34
atalantaweb.com

ISBN: 978-84-946136-4-7
Depósito Legal: GI 176-2017

ÍNDICE

PREFACIO
17

LA TRANSFORMACIÓN DEL COSMOS
21

El nacimiento del yo moderno
23

El amanecer de un nuevo universo
26

Dos paradigmas de la historia
34

Forja del yo, desencantamiento del mundo
42

La situación cosmológica en el presente
56

EN BUSCA DE UN ORDEN MÁS PROFUNDO
73

Dos pretendientes: una parábola
75

La búsqueda interior
81

La sincronicidad y sus implicaciones
91

El cosmos arquetípico
107

A TRAVÉS DEL TELESCOPIO ARQUETÍPICO
123

La tradición evoluciona
125

Causalidad y correlación
130

Libre albedrío y determinismo
133

Principios arquetípicos
135

Arquetipos planetarios
142

Los planetas
147

Formas de correspondencia
167

Ciclos y aspectos
172

Ciclos de tránsito personal
177

Despertares, rebeliones, rupturas innovadoras:
el ciclo de Urano
178

El despliegue estructural de la vida:
el ciclo de Saturno
192

Coherencia arquetípica y diversidad concreta
203

La evaluación de los patrones de correlación
217

ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN
225

De la Revolución Francesa
a los años sesenta del siglo XX
227

Patrones sincrónicos y diacrónicos en la historia
239

Feminismo y movimientos de mujeres
240

Movimientos abolicionistas y por los derechos civiles
244

Desobediencia civil no violenta
247

Socialismo radical
248

La Revolución y la Reforma Radical en Inglaterra
250

Revoluciones científicas y revoluciones tecnológicas
254

Despertares de lo dionisíaco
264

La liberación de la naturaleza
272

Desencadenamiento de las fuerzas de la naturaleza
285

Rebelión religiosa y emancipación erótica
288

La secuencia cíclica completa
296

Lo individual y lo colectivo
306

Una perspetiva más amplia de los años sesenta
317

CICLOS DE CRISIS Y CONTRACCIÓN
323

Las Guerras Mundiales, la Guerra Fría
y el Once de Septiembre
325

Tensiones y contrastes históricos
339

Auge conservador
347

Escisión, mal y terror
358

Moby Dick y las profundidades de la naturaleza
365

Determinismo histórico, *Realpolitik* y apocalipsis
370

El malestar en la cultura
374

Escenarios apocalípticos
384

La guerra entre el hombre y la naturaleza
387

Valor moral y tensión de los opuestos
392

Obras de arte paradigmáticas
407

La dinámica de la tragedia
424

La forja de estructuras profundas
430

CICLOS DE CREATIVIDAD Y EXPANSIÓN
435

La apertura de nuevos horizontes
437

Convergencia de avances científicos
443

Rebeliones y despertares sociales y políticos
448

Saltos cuánticos y experiencias cumbre
458

De Copérnico a Darwin
465

La revolución científica
465

Los siglos XVIII y XIX
468

Música y literatura
472

Momentos emblemáticos e hitos culturales
484

La culminación del Renacimiento
493

Prometeo y Nietzsche
497

Nacimientos ocultos
516

DESPERTARES DEL ESPÍRITU Y EL ALMA
521

Cambios trascendentales de visión cultural
523

Epifanías espirituales y el surgimiento
de nuevas religiones
539

Utopías sociales
552

Romanticismo, genio imaginativo y epifanía cósmica
558

Revelaciones de lo numinoso
583

El gran despertar de la Era Axial
593

El final del siglo XX y el cambio de milenio
607

Comparación de los años sesenta y los noventa
624

Ciencia y tecnología
629

Las artes
637

Psicología
643

HACIA UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA
653

Comprender el pasado, crear el futuro
655

Observaciones acerca de futuros alineamientos planetarios
669

Abrirse al cosmos
696

Fuentes del orden del mundo
702

EPÍLOGO
706

NOTAS
708

FUENTES
786

ÍNDICE ONOMÁSTICO
804

Cosmos y Psique

Estrella vespertina, tú traes todo
Lo que dispersó la brillante Aurora.

Safo

PREFACIO

El escepticismo es la castidad del intelecto, dijo Santayana, y la metáfora es adecuada. La mente que busca la realización intelectual más profunda no se entrega a cualquier idea pasajera. Sin embargo, a veces se olvida la finalidad más amplia de tal virtud. Porque, en última instancia, la castidad no se preserva por su valor en sí misma, pues sería estéril, sino como la mejor preparación para el momento de rendirse al ser amado, al pretendiente con un propósito verdadero. Ya se trate de conocimiento, ya de amor, la capacidad para reconocer y abrazar ese momento cuando finalmente se presente, tal vez en circunstancias completamente inesperadas, es esencial a esta virtud. Sólo con ese discernimiento y la apertura interior puede desplegarse el pleno compromiso de participación que alumbre nuevas realidades y nuevo conocimiento. Sin esta capacidad, al mismo tiempo activa y receptiva, la disciplina, por larga que fuese, sería inútil. Escrupulosamente cultivada, la postura escéptica terminaría por convertirse en prisión vacía, en estado acorazado de frustración, en fin que sin cesar se encierra en sí mismo en lugar de constituirse en medio riguroso de un resultado sublime.

Precisamente esta tensión e interacción –entre el rigor crítico y el descubrimiento potencial de verdades de mayor al-

cance– ha sido siempre lo que ha animado y hecho avanzar el drama de nuestra historia intelectual. Sin embargo, en nuestros días, al comienzo de un nuevo milenio, ese drama parece haber llegado a su punto álgido. Nos hallamos en un umbral extraordinario. No se necesita visión profética para reconocer que vivimos en uno de esos raros momentos de la historia, como el final de Antigüedad Clásica o el comienzo de la Edad Moderna, que alumbraron, a través de gran tensión e intensa lucha, una transformación verdaderamente fundamental de los supuestos y principios subyacentes de la visión del mundo. En medio de la multitud de debates y de controversias que pueblan la escena intelectual, lo que se discute es nuestra comprensión básica de la realidad: el papel del ser humano en la naturaleza y en el cosmos, el estatus del conocimiento humano, el fundamento de los valores morales, los dilemas del pluralismo, el relativismo, la objetividad, la dimensión espiritual de la vida, la dirección y el sentido –en caso de haberlos– de la historia y la evolución. El resultado de este momento crucial de la historia de nuestra civilización es profundamente incierto. Algo está muriendo y algo está naciendo. Lo que está en juego es muy valioso, tanto para el futuro de la humanidad como para el de la Tierra.

No hace falta pasar aquí revista a la multitud de formidables y apremiantes problemas –globales y locales, sociales, políticos, económicos, ecológicos– que afronta el mundo de hoy. Se los ve en todos los titulares de nuestros diarios, revistas mensuales e informes anuales sobre la situación mundial. El gran enigma del momento actual es que contamos con recursos sin precedentes para abordar esos problemas y, sin embargo, es como si algún contexto de mayor alcance o más profundo, alguna fuerza invisible, nos negara capacidad y decisión para hacerlo. ¿Cuál es ese contexto de mayor alcance? Algo esencial parece faltar a nuestra comprensión, algún factor, o conjunto de factores, poderoso pero intangible. ¿Somos capaces de reconocer las condiciones más fundamentales en las que podrían hundir sus raíces nuestros numerosos problemas concretos? ¿Cuáles son los problemas subyacentes más importantes que afrontan el pensamiento y el espíritu humano de nuestra época? Si observamos en particular la

situación «occidental», centrada en Europa y Estados Unidos, pero que hoy en día afecta de distintas maneras y en profundidad a toda la comunidad humana, distinguimos tres factores particularmente importantes.

En primer lugar, la gran desorientación y carencia de fundamento que, desde el punto de vista metafísico, impregna la experiencia humana contemporánea: la ausencia, ampliamente sentida, de un orden más vasto, adecuado y públicamente accesible, de finalidad y de significado, una metanarración orientativa que trascienda las diferentes culturas y subculturas, y un modelo general de sentido capaz de proporcionar a la existencia humana colectiva el necesario alimento de coherencia e inteligibilidad.

En segundo lugar, el profundo sentido de alienación que afecta al yo moderno: me refiero no sólo al aislamiento personal del individuo en la moderna sociedad de masas, sino también al extrañamiento espiritual de la psique moderna en un universo desencantado, así como, en el nivel de la especie, a la escisión subjetiva que separa al ser humano moderno del resto de la naturaleza y el cosmos.

Y en tercer lugar, la necesidad crítica, tanto por parte de los individuos como de las sociedades, de una visión más profunda de esas fuerzas y tendencias inconscientes, creativas y destructivas, que tan poderoso papel desempeñan en la conformación de la vida humana, la historia y la vida del planeta.

Estas condiciones, todas ellas en intrincada interconexión e interpenetración, rodean e impregnan nuestra conciencia contemporánea como la atmósfera en la que vivimos y respiramos. Consideradas con mayor perspectiva histórica, constituyen el precioso poso de muchos siglos de extraordinario desarrollo intelectual y psicológico. La inquietante paradoja de este largo desarrollo es que estas problemáticas condiciones parecen haber surgido de las cualidades y logros más progresistas, liberadores y admirados de nuestra civilización y estar sutilmente entretejidas con ellas. Este complejo drama histórico es lo que exploré en mi primer libro, *La pasión de la mente occidental*, una historia narrativa del pensamiento occidental que se ocupó de seguir los cambios más importantes de la cosmovisión de nuestra civilización, de los griegos y los

hebreos antiguos a la era posmoderna. En ese libro, editado en 1991, examiné e intenté comprender las grandes ideas y movimientos filosóficos, religiosos y científicos que, a lo largo de los siglos, alumbraron el mundo y la visión del mundo en que vivimos y luchamos hoy en día. Como ocurre con muchas de las obras que parecen apoderarse de su autor mientras no están terminadas, hubo más razones que me movieron a escribir aquel libro que las que capté con claridad al comienzo de los diez años de trabajo que llevó su redacción. Pero mi motivo principal desde el primer instante fue ofrecer a mis lectores, y proporcionarme a mí mismo, un fundamento preliminar para este libro que ahora presento. En efecto, mientras que *La pasión de la mente occidental* examinaba la historia que condujo a nuestra situación actual, *Cosmos y Psique* aborda más precisamente la crisis del yo y la cosmovisión modernos, para introducir luego un corpus de evidencias, un método de investigación y una perspectiva cosmológica emergente que, creo, podría ayudarnos a abordar creativamente esa crisis, y nuestra historia misma, con un nuevo horizonte de posibilidades. Confío en que este libro contribuya a una mayor comprensión de nuestro universo en evolución y de nuestro papel en él, que sigue desplegándose.

R. T.

LA TRANSFORMACIÓN DEL COSMOS

En toda época del mundo que se caracterice por una gran actividad se encontrará, en su culminación y entre los agentes que a ella conducen, una profunda perspectiva cosmológica, implícitamente aceptada, que imprime su sello a las fuentes de acción del momento.

Alfred North Whitehead
Aventuras de las ideas

Nuestra psique está formada en armonía con la estructura del universo, y lo que sucede en el macrocosmos sucede igualmente en los rincones infinitesimales y más subjetivos de la psique.

C. G. Jung
Recuerdos, sueños, pensamientos

EL NACIMIENTO DEL YO MODERNO

El yo moderno comenzó a surgir, con asombrosa fuerza y velocidad, hace poco más de quinientos años. No hay casi personaje o idea importante de la historia cultural e intelectual anterior de Occidente que no haya contribuido a la formación del yo moderno, ni ha habido aspecto alguno de nuestra existencia que no se viera posteriormente afectado por su carácter y su potencia sin par. Se puede datar de muchas maneras el período de su aparición, pero resulta esclarecedor considerar esa época histórica enmarcada por dos acontecimientos definitivos y simbólicamente resonantes: la aparición del *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola, en 1486, y la del *Discurso del método*, de Descartes, en 1637, es decir, el extraordinario siglo y medio que abarca desde Leonardo, Colón, Lutero y Copérnico a Shakespeare, Montaigne, Bacon y Galileo, con su apogeo, en cierto sentido, en el cartesiano *cogito ergo sum* («pienso, luego existo»). Podríamos extender en otros cincuenta años justos esta ventana decisiva, este umbral de transformación, para incluir la publicación, en 1687, de los *Principia* de Newton, cuando se habían ya sentado por completo las bases del mundo moderno y de la soberana confianza de la mente moderna. No sólo tuvo ahí lugar una revolución, sino un nuevo Génesis. Como dice el elocuente epigrama de Alexander Pope sobre el Siglo de las Luces:

La Naturaleza y sus leyes yacían ocultas en la noche.
Dios dijo: ¡Hágase Newton! Y todo fue Luz.

Pero el alba ya había comenzado a romper en el *Discurso* de Pico della Mirandola, el manifiesto renacentista en favor del nuevo yo humano. Redactado para la inauguración de un gran encuentro de filósofos invitados a Roma por el propio Pico, el *Discurso* describía la Creación con una síntesis típicamente renacentista de fuentes griegas antiguas y judeocristianas, que combinaba en su narración mítica el Génesis bíblico y el *Timeo* de Platón. Pero luego Pico daba un paso más y formulaba una profética anticipación de la nueva forma de yo a punto de nacer: cuando Dios finalizó la creación del mundo como templo sagrado de su gloria y sabiduría, tuvo el deseo de un último ser cuya relación con el todo y con el Autor divino fuera distinta de la de cualquier otra criatura. En este último momento, Dios consideró la creación del ser humano, de quien esperaba que llegara a conocer y amar la belleza, la inteligencia y la grandeza de la obra divina. Pero como al Creador no le quedaba ningún arquetipo con el cual producir su última creación, ningún lugar que asignarle en la obra ya terminada, dijo a este ser final:

No te he dado, Adán, ninguna morada ni forma que te sea exclusiva, ni ninguna función peculiar, con el fin de que, de acuerdo con tu deseo y con tu juicio, puedas tener y poseer la morada, la forma y las funciones que tú mismo escojas. La naturaleza de todos los otros seres es limitada y está constreñida por las leyes que Nosotros hemos prescrito. Tú, sin límites que te compelan, de acuerdo con tu propio libre albedrío, en cuyas manos te he puesto, ordenarás por ti mismo los límites de tu naturaleza. Te he situado en el centro del mundo para que puedas desde allí observar más fácilmente todo lo que hay en él. No te he hecho ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, de modo que, con libertad de elección y con honor, como árbitro y artífice de ti mismo, te des la forma que prefieras.

Fue así como el brillante Pico, por entonces de veintitrés años, ofreció su profecía. Una nueva forma de ser humano se anuncia a sí misma: dinámica, creativa, multidimensional, pro-

teica, sin terminar, que se autodefine y se autocrea, de aspiraciones infinitas, separada del conjunto, supervisora del resto del mundo con soberanía única, y situada oportunamente en los últimos momentos de la vieja cosmología para alumbrar una nueva y entrar en ella. En las décadas posteriores, la generación prodigiosa que surgió inmediatamente después de esta profética declaración produjo ese momento decisivo que en el parto humano se llama «coronación», la dramática fase en que empieza a aparecer la cabeza del nuevo niño. En el lapso de una sola generación, alrededor del año 1500, Leonardo, Miguel Ángel y Rafael crearon sus grandes obras maestras del apogeo del Renacimiento, con las que pusieron de manifiesto la aparición del nuevo ser humano, tanto en el genio multiforme de Leonardo y en las deiformes encarnaciones del *David* y de la *Creación de Adán* de la Capilla Sixtina, como en la nueva objetividad de la perspectiva y en la potencialidad poética del artista del Renacimiento; Colón navegó hacia el oeste y llegó a América, Vasco da Gama navegó al este y llegó a la India, y la expedición de Magallanes circunnavegó el globo, abriendo para siempre el mundo a sí mismo; Lutero clavó sus tesis en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg y dió comienzo a la enorme convulsión de Europa y de la psique occidental llamada Reforma; y Copérnico concibió la teoría heliocéntrica y empezó la todavía más decisiva Revolución Científica. A partir de ese momento, el yo, el mundo conocido, el cosmos, el cielo y la tierra, todo quedó radical e irrevocablemente transformado. Todo eso sucedió en un período más breve que el que transcurrió entre el concierto de Woodstock y la llegada del hombre a la Luna.

Por supuesto, no fue casual que el nacimiento del yo moderno y el del cosmos moderno se produjeran en el mismo momento histórico. El Sol, entre nubes de gloria, salió para ambos en un grandioso amanecer.

EL AMANECER DE UN NUEVO UNIVERSO

Ha de haber sido una experiencia sobrecogedora hallarse entre los primeros científicos revolucionarios de la era moderna, Copérnico y sus sucesores inmediatos –Rheticus, Giese, Digges, Bruno, Maestlin, Kepler, Galileo–, cuando comenzaban a captar la magnífica verdad de la teoría heliocéntrica. La sensación de conmoción cósmica y de asombro ha de haber sido prácticamente inexpresable. Una visión de la Tierra y de su lugar en el universo que había gobernado la mente humana durante incontables miles de años, quedaba de repente reducida al papel de una inmensa ilusión. En el siglo XXI, nosotros, ya muy acostumbrados a vivir en el nuevo universo que aquellos visionarios renacentistas desvelaron por primera vez, tenemos que hacer un gran esfuerzo de imaginación intelectual para volver a ese dramático momento de transición entre dos mundos. Darse cuenta de golpe de que en realidad la gran Tierra, el ente más evidentemente inmóvil del cosmos, en el que el hombre había vivido en inmutable solidez toda la vida, se movía libremente en el espacio, a través de los cielos, rotando y girando alrededor del Sol en un universo inmensamente expandido, y de que no era el centro fijo y absoluto de ese universo, como se había afirmado desde el comienzo de la conciencia humana, sino un planeta, un viajero, un cuerpo celeste más en un nuevo cosmos cuyas dimensiones, estructu-

ra y significado se habían transfigurado al máximo: semejante revelación tiene que haber llenado el pensamiento y el espíritu de un asombro rara vez conocido en la historia humana.

Sin embargo, hoy no sólo se nos escapa la verdadera magnitud de la revelación copernicana. También tendemos a olvidar, y las historias convencionales de la Revolución Científica tienden a pasarlo completamente por alto, hasta qué punto el descubrimiento original estuvo cargado de intenso significado espiritual. Los científicos revolucionarios originarios sintieron que sus descubrimientos eran iluminaciones divinas, despertares espirituales a la verdadera grandeza estructural y belleza intelectual del orden cósmico. No se trataba simplemente de innovaciones conceptuales abstractas ni de hallazgos empíricos de interés meramente teórico. No eran, como no lo habían sido en la astronomía desde la antigüedad clásica, construcciones matemáticas meramente instrumentales, elaboraciones epicíclicas ingeniosamente diseñadas con el propósito de incrementar marginalmente el rigor predictivo. Los nuevos descubrimientos eran realizaciones triunfales de una búsqueda sagrada. Durante miles de años, se había considerado el ámbito celeste y el terrestre como realidades inalterablemente separadas, tan inconmensurables como lo divino en relación con lo humano. Se pensaba que, debido a su extremada complejidad, la verdadera naturaleza de los movimientos planetarios estaba fundamentalmente fuera de las posibilidades de comprensión del intelecto humano. En lo tocante a cuestiones celestes y divinas, parecía que sólo la Biblia podía desvelar la verdad: la astronomía humana no podía producir nada más que construcciones artificiales. Pero finalmente se revelaba la auténtica realidad del cosmos divinamente ordenado. De pronto, los profundos misterios del universo se desvelaban a la mente pasmada de los nuevos científicos a través de la gracia de una Deidad soberana cuya gloria se mostraba ahora de modo dramático. Las asombrosas armonías matemáticas y la perfección estética del nuevo cosmos ponían en evidencia las obras de una inteligencia trascendente de inimaginable poder y esplendor. En esta verdadera epifanía, la inteligencia humana capaz de comprender semejantes obras quedaba ella misma profundamente elevada y potenciada.

El descubrimiento heliocéntrico se convirtió así en fuente e impulso de una confianza extraordinariamente magnificada en la razón humana. Revelaba la divina capacidad del ser humano para el conocimiento directo y riguroso del mundo en el más amplio nivel macroscópico, algo hasta entonces desconocido en toda la historia de la astronomía occidental. Fue específicamente esta aspiración a la verdad cosmológica sin precedentes, esta aspiración a representar la realidad objetiva del gran universo y no tan sólo una ficción instrumental del mismo, lo que dio a la revolución copernicana su carácter tan revolucionario, tan emancipador, en tanto que modelo del nuevo poder de autodefinición e iluminación cósmica de la humanidad moderna a través de la razón.

Además, contrariamente a la pérdida de centralidad del hombre que luego se dedujo del giro copernicano, todos los grandes copernicanos, de Copérnico a Newton, estaban convencidos de que el orden cósmico había sido expresamente creado para que la inteligencia humana lo conociera y lo admirara. Aquí y ahora, tras milenios de oscura ignorancia en un exilio tanto espiritual como intelectual, la mente humana lograba finalmente establecer contacto directo con el verdadero orden cósmico tal como tanto tiempo antes lo había diseñado la mente divina. Sólo así se puede entender la plena exaltación de Kepler, la figura central de la revolución copernicana, cuando anunció su descubrimiento de la tercera ley del movimiento de los planetas, que completaba el fundamento matemático de la teoría heliocéntrica:

> Ahora, dieciocho meses después de la aurora, tres meses después de la plena luz del día y desde que hace unos días el pleno Sol iluminó mis maravillosas especulaciones, nada me detiene. Me entrego libremente al sagrado frenesí; me atrevo a confesar abiertamente que he robado las vasijas de oro de los egipcios para construir un tabernáculo a mi Dios, muy lejos de las fronteras de Egipto. Si me perdonáis, seré feliz; si me reprobáis, lo soportaré. La suerte está echada y ya he empezado a escribir el libro, que se leerá ahora o lo leerá la posteridad, no importa. Puede esperar un siglo a un lector, tal como Dios mismo ha esperado seis mil años un testigo.

Había amanecido un nuevo universo, y el Sol, cuya luminosa centralidad Copérnico y Kepler percibieron como la verdadera imagen de lo divino, parecía arrojar sobre el mundo una nueva luz de inteligibilidad divina. Sin embargo, como nos lo recuerdan las palabras de Kepler, esos primeros descubridores estaban completamente solos en su nuevo cosmos, solos de una manera que hoy nos cuesta mucho entender. Ahora, que Copérnico, Kepler y sus aliados nos parecen ser simplemente las primeras personas entre millones que reconocieron el nuevo universo, es fácil olvidar lo aislados que estuvieron. En el transcurso de su vida no eran millones de personas, sino tan sólo una o dos, luego un puñado, que se escribían cartas de un país a otro alentándose secretamente en su convicción escasamente creíble. Para ponernos en su situación, tendríamos que imaginar que hemos hecho un descubrimiento de trascendental importancia, pero que es rechazado no sólo por las masas no educadas, sino prácticamente por todas las principales autoridades intelectuales y culturales del momento –es decir, los profesores universitarios más distinguidos, los científicos más respetados, el Papa y otros líderes religiosos, los filósofos más prominentes, los colaboradores académicos–, todos los diligentes e informados guardianes de la visión cultural del mundo. Década tras década, nuestra nueva concepción del cosmos sería, en el caso de que se tomara nota de su existencia, rotundamente condenada por casi toda la gente que importa, despreciada e ignorada como absurdo sinsentido o, si es menester, atacada y eliminada como peligrosa herejía.

El propio Copérnico había anticipado esa reacción. En su prefacio a *De Revolutionibus*, predecía que tan pronto como ciertas personas oyeran hablar de sus tesis, «exclamarán que, por sostener esas opiniones, se debería hacerme desaparecer de la escena». Recordando el hábito de los pitagóricos de impartir sólo a un círculo interno de amigos y allegados sus «nobles descubrimientos, obtenidos con esfuerzo», Copérnico afirmaba que durante mucho tiempo había rehusado publicar su obra, para evitar que la despreciaran quienes eran demasiado poco inteligentes o estaban demasiado llenos de prejuicios como para comprenderla. Y, efectivamente, la des-

preciaron incluso los pensadores más avanzados e innovadores del momento. Hace tiempo que los manuales de historia nos han hecho saber que las principales autoridades religiosas de la época, primero protestantes y luego católicas, se opusieron con toda vehemencia a la teoría de Copérnico. Se dice que Lutero, incluso antes de la edición de *De Revolutionibus*, declaró: «La gente prestó oído a un astrólogo advenedizo que se esforzaba por mostrar que lo que se mueve es la Tierra, no los cielos o el firmamento, el Sol y la Luna... Este loco quiere invertir toda la ciencia de la astronomía; pero la Sagrada Escritura nos dice que Josué mandó detenerse al Sol, no a la Tierra». Y en su *Comentario sobre el Génesis*, escribe Calvino: «¿Quién osaría poner la autoridad de Copérnico por encima de la del Espíritu Santo?». Pero los intelectuales seglares eran igualmente despreciativos: «Nadie que esté en sus cabales –dijo el influyente filósofo liberal Jean Bodin– o que tenga un mínimo conocimiento de física pensará jamás que la Tierra, maciza y difícil de mover a causa de su peso y su masa, gira torpemente sobre su centro y alrededor del Sol; pues a la más ligera sacudida de la Tierra veríamos desmoronarse ciudades y fortalezas, pueblos y montañas».

La nueva teoría no sólo entraba en conflicto con el sentido común, y no sólo con interpretaciones literales de ciertos pasajes de la Biblia, sino también con los principios más convincentes y antiguos de la física y la cosmología. La mayoría de los científicos más destacados del momento pensaron que se trataba de una idea tan poco plausible que no requería examen serio. Contundentes argumentos científicos (por ejemplo, relativos a la caída de los cuerpos) y rigurosas observaciones astronómicas (como la ausencia de paralaje estelar anual) contradecían vigorosamente la hipótesis heliocéntrica. A la luz de los presupuestos científicos por entonces comunes, la nueva idea parecía completamente irracional. Los argumentos que hoy encontramos convincentes no lo eran entonces. Sin un marco cosmológico absolutamente nuevo y nuevos principios de interpretación para analizar los datos, todos los argumentos y evidencias a favor de una Tierra en movimiento carecían de fuerza. Tanto física como filosóficamente, la nueva teoría era «imposible». Aunque en parte dependía de avances

conceptuales costosamente desarrollados por los escolásticos y las universidades medievales, sus implicaciones desafiaban radicalmente la cosmovisión medieval. Hoy podemos perder fácilmente de vista que lo que sostenía la creencia de estos revolucionarios en su nuevo mundo era un osado, casi temerario, acto de fe. Esta creencia, sin duda, no estaba empíricamente «probada». Apenas puede asombrar que para reforzar su débil hipótesis y animarse a sí mismos, los primeros copernicanos mencionaran una y otra vez los nombres de toda autoridad antigua que podían –Aristarco, los pitagóricos, Heráclides– como precursores de su opinión.

Los factores decisivos que persuadieron a los primeros revolucionarios copernicanos de continuar con la hipótesis heliocéntrica y desarrollarla, no eran consideraciones primordialmente empíricas ni, en el estricto sentido moderno del término, «racionales». Para semejante cambio, éstas eran condiciones necesarias, pero no suficientes. Estaban motivados, sobre todo, por poderosas predisposiciones intelectuales de carácter espiritual e incluso estético. Y fueron esas predisposiciones –influidas por el humanismo renacentista y el neoplatonismo, el esoterismo hermético y el misticismo cristiano, todo lo cual servía de apoyo a una muy expandida cosmología místico-matemática– lo que transformó efectivamente el significado de los factores racionales y empíricos. Para concebir y proponer la nueva visión del cosmos se necesitaba una nueva confianza humanista en el poder del ser humano y su función en el completamiento del mundo y su autorrealización, en su capacidad para captar y enunciar las formas verdaderas del universo creado por Dios. Para sentirse atraído por la concepción heliocéntrica también hacía falta la convicción platónico-pitagórica de que el Creador del universo expresaba la inteligencia divina a través de formas matemáticas y armonías geométricas de una naturaleza eterna, trascendente, y de que el problema de los movimientos planetarios visibles, de tan tremenda complejidad, ocultaba una verdad más simple y elegante. Era necesaria además una concepción neoplatónica del Sol como reflejo visible de la divinidad, como metáfora viva del divino principio creador, cuya luminosa radiación y gloria lo convertía en el cuerpo celeste más apropiado para

ocupar el centro cósmico. En aquellas décadas iniciales, adoptar la idea copernicana implicaba sobre todo una pasión arrolladora por una cierta clase de belleza y precisión intelectuales y una sensibilidad que valorara la elegancia, la armonía, la sencillez y la coherencia como cualidades intrínsecas del cielo divino, hasta el punto de ignorar la evidencia de los sentidos y los argumentos de los físicos contemporáneos contra el movimiento de la Tierra, confiando en que, con el tiempo, se encontrarían las explicaciones adecuadas.

Los primeros copernicanos habían experimentado una especie de conversión interior. Su epifanía era a la vez intelectual y espiritual, psicológica y cosmológica, y todas sus investigaciones y la totalidad de su pensamiento se hallaban al servicio de la nueva visión, de la que estaban felizmente poseídos. Su intuición se adelantó mucho a todos los trabajos teóricos y empíricos que tendrían que realizarse antes de que la nueva teoría pudiera justificarse y fundamentarse por completo. Incluso un siglo después de Copérnico, en el *Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo*, Galileo subraya este aspecto:

> Te asombra que haya tan pocos seguidores de la opinión pitagórica [de que la Tierra se mueve], mientras que a mí me maravilla que haya habido hasta hoy alguno que la haya adoptado y seguido. Nunca podré admirar bastante la gran agudeza de los que se han hecho eco de esta opinión y la han aceptado como verdadera: éstos, con la fuerza bruta del intelecto, han violentado sus sentidos hasta llegar a preferir lo que les dice la razón, a pesar de que la experiencia sensible les muestra lo contrario. Pues los argumentos contra [la rotación de la Tierra] que hemos examinado son muy plausibles, como hemos visto; y el hecho de que los ptolemaicos y los aristotélicos, así como todos sus discípulos, los consideraran definitivos, es en realidad un argumento de peso a favor de su efectividad. Las experiencias que contradicen abiertamente el movimiento anual [de la Tierra alrededor del Sol] son tan superiores en su fuerza aparente que, repito, mi pasmo no tiene límites cuando pienso que en Aristarco y en Copérnico la razón hizo tanta violencia al sentido, que en contra de éste se adueño de su credulidad.

Para que la hipótesis copernicana resultara razonable, era menester forjar un nuevo concepto de «razón», esto es, nuevas maneras de decidir lo que se tiene por verdadero, nuevas maneras de reconocer modelos, nuevas formas de evidencia, nuevas categorías de interpretación, una nueva comprensión de la causalidad. Era preciso dejar definitivamente atrás reglas de metodología científica de larga tradición y formular una epistemología y una ontología completamente nuevas. La naturaleza de la revolución copernicana era tan fundamental que no sólo había que volver a pensar las teorías científicas convencionales, sino todo el orden establecido en relación con el lugar de la humanidad en el esquema universal de las cosas: su relación con el resto de la naturaleza y el cosmos, su relación con lo divino, la base de su moral, su capacidad para el conocimiento y su autocomprensión histórica.

Una transformación tan radical no podía producirse de la noche a la mañana. Para que el pensamiento y la psique cultural le prestaran su adhesión tuvieron que pasar generaciones enteras, incluso el fallecimiento de muchas autoridades intelectuales incapaces de liberarse del dominio del paradigma reinante. El cambio que se requería no era únicamente físico, sino también metafísico: había que revisar el mundo entero. Por último, tan vasto era el alcance de las implicaciones del gran cambio –cosmológicas, religiosas, morales, epistemológicas, psicológicas, existenciales–, que para desarrollarlas e incluso para tomar conciencia de ellas se necesitaron siglos.

Poco a poco, el paso del tiempo y los heroicos esfuerzos contra poderosos adversarios y posiciones arraigadas produjeron el triunfo completo del giro copernicano. Sin embargo, a medida que la edad moderna progresaba, de una manera que ahora parece inexorable se produjo una sucesión de nuevas consecuencias y elaboraciones a partir de la profunda matriz de la revolución copernicana que difícilmente habrían podido ser más paradójicas, con implicaciones a menudo completamente antitéticas respecto de la visión cosmológica de sus fundadores. Su significado más amplio se ha ido modificando de una época a otra y sigue desplegándose todavía hoy.

DOS PARADIGMAS DE LA HISTORIA

Todo observador sensible afronta una paradoja relativa al carácter y el destino de Occidente. Por un lado, reconocemos en la civilización y el pensamiento de Occidente un cierto dinamismo, un impulso luminoso, heroico, e incluso una nobleza. Comprobamos esto en los grandes logros de la filosofía y la cultura griegas y en los profundos afanes morales y espirituales de la tradición judeo-cristiana. Lo vemos encarnado en la Capilla Sixtina y en otras obras maestras renacentistas, en el teatro de Shakespeare, en la música de Beethoven. Lo reconocemos en el brillo de la revolución copernicana y en la larga secuencia de deslumbrantes avances científicos que, tras su huella, tuvo lugar en muchas disciplinas. Lo vemos en los titánicos vuelos espaciales de hace una generación, que llevaron hombres a la Luna, o, más recientemente, en las espectaculares imágenes del vasto cosmos que llegan del telescopio Hubble y que han abierto perspectivas sin precedentes que nos remontaban miles de millones de años y de años luz en el tiempo y en el espacio, hacia los orígenes mismos del universo. Y no es menor la claridad con que lo encontramos en las grandes revoluciones democráticas de la modernidad y en los vigorosos movimientos emancipadores de nuestra propia era, todos con profundas raíces en la tradición intelectual y espiritual de Occidente.

Pero al mismo tiempo, si tratamos de percibir una realidad más amplia más allá de la narración heroica tradicional, no podemos dejar de reconocer la sombra de esta gran luminosidad. La misma tradición cultural y la misma trayectoria histórica que produjo esos nobles logros ha sido también causa de inmenso sufrimiento y muerte para muchas otras culturas y pueblos, para muchas personas en el seno de la propia cultura occidental y para muchas otras formas de vida sobre la Tierra. Además, Occidente ha desempeñado el papel central en la producción de una crisis que crece de manera sutil y que parece inexorable: una crisis de complejidad multidimensional que afecta a todos los aspectos de la vida, del ecológico y económico al psicológico y espiritual. Decir que nuestra civilización global se está haciendo disfuncional apenas da a entender la gravedad de la situación. Para muchas formas de vida en la Tierra, la catástrofe ya ha comenzado, pues nuestro planeta experimenta la mayor extinción de especies desde la desaparición de los dinosaurios. ¿Cómo podemos dar sentido a esta tremenda paradoja del carácter y el sentido de Occidente?

Si examinamos los principales debates de la cultura intelectual postradicional de nuestro tiempo, podemos ver detrás de muchos de ellos dos paradigmas fundamentales, dos grandes mitos, de naturaleza diametralmente opuesta, en relación con la historia humana y la evolución de la conciencia humana. Como auténticos mitos, estos paradigmas subyacentes no sólo representan creencias meramente ilusorias o arbitrarias fantasías colectivas, ingenuas ilusiones contrarias a los hechos, sino más bien las estructuras arquetípicas de significado que influyen en nuestra psique cultural y dan forma a nuestras creencias hasta el punto de que constituyen los verdaderos medios con los que construimos algo *como* un hecho. De modo invisible constelan nuestra visión. Filtran y desvelan nuestros datos, estructuran nuestra imaginación, impregnan nuestras maneras de conocer y de actuar.

El primer paradigma, con el que estamos familiarizados a través de nuestra educación, describe la historia como la evolución de la conciencia humana en un relato épico del progreso humano, un largo y heroico viaje desde el mundo primitivo de oscura ignorancia, sufrimiento y limitación, a un mundo

moderno y más brillante de conocimiento en crecimiento continuo, libertad y bienestar. Se considera que esta gran trayectoria de progreso ha sido posible gracias al desarrollo sostenido de la razón humana y, sobre todo, al surgimiento de la mente moderna. Este punto de vista informa mucho, tal vez la mayor parte, de lo que vemos y oímos sobre el tema y es fácil de reconocer cada vez que topamos con un libro o un programa que lleven por título *La evolución del hombre*, *Los descubridores*, *La conquista del espacio*, o algo semejante. Se percibe que la dirección de la historia es hacia delante y hacia arriba. La humanidad se personifica típicamente en el «hombre» (*anthropos*, *homo*, *l'uomo*, *l'homme*, *man*, *chelovek*, *der Mensch*) y se visualiza, al menos implícitamente, como un héroe masculino que se eleva por encima de las limitaciones de la naturaleza y la tradición, explora el gran cosmos, domina su medio y determina su propio destino, incansable, audaz y brillantemente innovador, que puja incesantemente hacia delante con su inteligencia y su voluntad, hace estallar las estructuras y los límites del pasado, asciende a niveles cada vez más altos de desarrollo en busca permanente de mayor libertad y nuevos horizontes y descubre ámbitos cada vez más amplios para su autorrealización. Desde este punto de vista, el apogeo de los logros humanos comenzó con el surgimiento de la ciencia moderna y el individualismo democrático en los siglos inmediatamente posteriores al Renacimiento. La historia se ve como un proceso progresivo de emancipación y de aumento de poder. Esta manera de ver la historia surge plenamente en el curso de la Ilustración europea de los siglos XVII y XVIII, aunque sus raíces son tan antiguas como la propia civilización occidental.

Como sucede con todo mito poderoso, hemos sido inconscientes, y muchos siguen siéndolo, del dominio de este paradigma histórico sobre nuestra imaginación colectiva. Anima la inmensa mayoría de los libros y ensayos contemporáneos, columnas editoriales, recensiones de libros, artículos científicos, ponencias de investigación y documentales de televisión, así como los programas políticos, sociales y económicos. Tan familiar nos resulta, tan próximo a nuestra percepción, que en muchos aspectos se ha convertido en nuestro

sentido común, en la forma y el fundamento de la imagen que tenemos de nosotros mismos en tanto que seres humanos modernos. Durante tanto tiempo nos hemos identificado con esta manera progresista de entender el proyecto humano y en particular el moderno proyecto occidental, que únicamente en las últimas décadas hemos comenzado a ser capaces de percibirlo como un paradigma, es decir, de poder verlo, al menos en parte, desde fuera de su esfera de influencia.

La otra gran visión nos habla de una historia muy diferente. Desde este punto de vista, la historia humana y la evolución de la conciencia humana son un relato predominantemente problemático, e incluso trágico, de la gradual pero radical caída y separación de la humanidad respecto de un estado original de unidad con la naturaleza y una integradora dimensión espiritual del ser. En su condición primordial, la humanidad había poseído un conocimiento instintivo de la profunda unidad e interconexión sagradas del mundo, pero bajo la influencia de la mentalidad occidental, sobre todo en su expresión moderna, el curso de la historia produjo una profunda escisión entre la humanidad y la naturaleza, así como una desacralización del mundo. Este desarrollo coincidió con una creciente explotación destructiva de la naturaleza, la devastación de las culturas tradicionales indígenas, la pérdida de fe en las realidades espirituales y un estado cada vez más desdichado del alma humana, que se siente cada vez más aislada, superficial e irrealizada. Desde este punto de vista, se considera que tanto la humanidad como la naturaleza han sufrido gravemente bajo una prolongada visión explotadora y dualista del mundo, cuyas peores consecuencias se han debido a la opresiva hegemonía de las sociedades industriales modernas, potenciadas por la ciencia y la tecnología occidentales. El nadir de esta caída es el actual momento de turbulencia planetaria, crisis ecológica y miseria espiritual, que se conciben como la consecuencia directa de la *hybris* humana, encarnada sobre todo en el espíritu y la estructura de la mente y el ego del Occidente moderno. Esta perspectiva histórica pone de relieve un empobrecimiento progresivo de la vida y el espíritu humanos, una fragmentación de unidades originales y una ruinosa destrucción de la sagrada comunidad del ser.

Se advierte hasta qué punto estas dos interpretaciones de la historia, que aquí, con el propósito de facilitar su reconocimiento, hemos descrito mediante contrastes tan tajantes, influyen en gran parte de los problemas más específicos de nuestra era. Representan dos mitos antitéticos básicos de la autocomprensión histórica: el mito del Progreso y lo que en sus primeras manifestaciones se denominó el mito de la Caída. Estos dos paradigmas históricos se muestran hoy en muchas variaciones, combinaciones y alianzas. Subyacen a discusiones –y en ellas influyen– sobre la crisis medioambiental, la globalización, el multiculturalismo, el fundamentalismo, el feminismo y el patriarcado, la evolución y la historia. Se podría decir que estos mitos opuestos constituyen el argumento subyacente de nuestro tiempo: ¿Hacia dónde va la humanidad? ¿Hacia arriba o hacia abajo? ¿Cómo debemos considerar la civilización occidental, la tradición intelectual de Occidente, su canon de grandes obras? ¿Cómo debemos considerar la ciencia moderna, la racionalidad moderna, la modernidad misma? ¿Cómo tenemos que considerar al «hombre»? ¿Es la historia al fin y al cabo un relato de progreso o de tragedia?

John Stuart Mill hizo una aguda y sabia observación acerca de la naturaleza de la mayoría de los debates filosóficos. En su espléndido ensayo sobre Coleridge, señaló que ambos lados de las controversias intelectuales tendían a ser «acertadas en lo que afirmaban, pero erróneas en lo que negaban». La intuición de Mill en lo tocante a la naturaleza del discurso intelectual arroja claridad sobre muchos desacuerdos. Ya se trate de conservadores que debaten con progresistas, de padres que discuten con sus hijos, de una pelea entre amantes, casi siempre hay algo que se oculta con el fin de defender el punto de vista propio. Pero su percepción parece aplicarse particularmente bien al conflicto de los paradigmas históricos que acabamos de describir. Creo que ambas partes de esa disputa han captado un aspecto esencial de nuestra historia, que ambos puntos de vista, cada uno con argumentos convincentes en el seno de su propio marco de referencia, son correctos en un sentido, pero también que ambos son muy *parciales*, como resultado de lo cual los dos se equivocan en su lectura a más largo plazo.

No se trata simplemente de que cada perspectiva posea una parte significativa de verdad, sino más bien de que ambos paradigmas históricos son plenamente válidos y, al mismo tiempo, aspectos parciales de un marco más amplio de referencia, de un metarrelato en el cual las dos interpretaciones opuestas se entretejen precisamente para formar un todo complejo e integrado. Los dos dramas históricos se constituyen mutuamente. No sólo son simultáneamente verdaderos, sino que cada uno de ellos se engarza en la verdad del otro. Se subrayan, se influyen, se implican recíprocamente y ninguno de los dos sería posible sin el otro. La manera en que ambas perspectivas se funden mientras parecen excluirse podría compararse con las ilustraciones de la psicología gestáltica que pueden percibirse de dos maneras diferentes, ambas igualmente convincentes, como aquella figura ambigua que puede verse como un florero blanco o como la silueta de dos perfiles negros. Mediante un giro gestáltico en la percepción, el observador puede pasar repetida e indistintamente de una a otra imagen, aunque la figura misma, el conjunto original de datos, no registre ningún cambio.

A esta altura uno recuerda el axioma de Niels Bohr en física cuántica, según el cual «lo contrario de una verdad profunda puede muy bien ser otra verdad profunda», o el de Oscar Wilde que afirma que «en arte, una verdad es aquello cuya contradicción también es verdadera». Lo difícil, por supuesto, es ver al mismo tiempo dos imágenes, dos verdades, es decir, no eliminar nada, permanecer abierto a la paradoja, mantener la tensión de los opuestos. Con frecuencia la sabiduría, lo mismo que la compasión, parece exigirnos tener en la conciencia múltiples realidades a la vez. Puede que ésta sea la tarea que debamos comenzar a abordar si queremos obtener una comprensión más profunda de la evolución de la conciencia humana y de la historia de la mentalidad occidental en particular: la de considerar que el largo viaje intelectual y espiritual que ha pasado por fases de creciente diferenciación y complejidad ha llevado al ascenso progresivo hacia la autonomía y, al mismo tiempo, a la caída trágica desde la unidad –y, tal vez, ha preparado el camino a una síntesis en un nuevo nivel–. Desde esta perspectiva, los dos paradigmas reflejan aspectos opues-

tos, pero igualmente esenciales, de un inmenso proceso dialéctico, un drama de la evolución que se ha ido desplegando durante miles de años y que en este momento parece alcanzar un momento crítico, tal vez culminante, de transformación.

Ahora bien, en este debate hay otra posición importante, otra visión de la historia humana, una visión que en vez de integrar las dos perspectivas históricas opuestas en una más amplia y más compleja, parece refutar por completo a ambas. Este tercer punto de vista, que en nuestros días se expresa con frecuencia y sofisticación cada vez mayores, sostiene que en realidad no hay modelo coherente en la historia o la evolución humana, al menos ninguno que sea independiente de la interpretación humana. Si hay en la historia un modelo general visible, ese modelo ha sido proyectado sobre la historia por la mente humana bajo la influencia de diversos factores no empíricos: culturales, políticos, económicos, sociales, sociobiológicos y psicológicos. Para este enfoque, el modelo –mito o relato– reside en última instancia en el sujeto humano, no en el objeto histórico. Es imposible percibir el objeto como si no estuviera selectivamente conformado por un marco interpretativo, él mismo modelado y construido por fuerzas que lo trascienden y que trascienden la conciencia del sujeto que interpreta. El conocimiento de la historia, como el de cualquier otra cosa, es siempre cambiante, libre, y carece de fundamento en una realidad objetiva. Más que reconocidos en los fenómenos, los modelos son leídos en ellos. La historia, al fin y al cabo, es sólo una construcción conceptual.

Por un lado, este vigoroso escepticismo que impregna gran parte de nuestro pensamiento posmoderno no dista mucho de la necesaria perspectiva crítica que nos permite analizar paradigmas, realizar comparaciones y emitir juicios acerca de estructuras conceptuales subyacentes como las que hemos presentado ya. Su reconocimiento del factor radicalmente interpretativo en toda experiencia y conocimiento humano –su comprensión de que constantemente vemos a través de mitos y teorías, de que nuestra experiencia y nuestro conocimiento están siempre constituidos por diversas estructuras de sentido cambiantes por definición y en general inconscientes, es esencial a la totalidad del ejercicio que hemos estado persiguiendo.

Por otro lado, este relativismo aparentemente libre de paradigmas, según el cual *no* hay en historia modelo o sentido alguno que no sea una construcción conceptual que la mente humana proyecta sobre la historia, es sin duda otro paradigma. Reconoce que siempre vemos a través de mitos y categorías interpretativas, pero su debilidad estriba en no aplicarse coherentemente ese principio a sí mismo. Sabe «desenmascarar» muy bien, pero tal vez no ha desenmascarado lo suficiente. En cierto sentido, esta forma de la visión posmoderna puede entenderse mejor como extensión directa, y posiblemente inevitable, de la moderna mentalidad progresista en su reflexión crítica cada vez más profunda, que cuestiona, sospecha y se esfuerza por emanciparse por medio de la conciencia crítica, y alcanza aquí, en su desarrollo más extremo, lo que en esencia es una fase de autodeconstrucción avanzada. Sin embargo, esta perspectiva también puede entenderse como consecuencia natural del hecho de que la Ilustración comenzara a descubrir su propia sombra –el relato oscuro y problemático del paradigma histórico opuesto y fuera desafiada y remodelada po este encuentro. Justamente por esa razón, la perspectiva deconstructivista posmoderna puede representar un elemento decisivo en el despliegue de una comprensión nueva y más general. Esta manera de pensar contiene una profunda verdad, aunque también ésta puede ser una verdad profundamente parcial, un aspecto esencial de otra visión mas amplia, más abarcadora y aún más compleja. Quizá se pueda ver a la larga que la mentalidad posmoderna ha constituido una necesaria fase de transición entre épocas, un período de disolución y apertura entre paradigmas culturales más amplios.

Para empezar a explorar cómo es posible todo esto y a comprender mejor el contexto histórico y filosófico de la perspectiva que se introduce en este libro, observemos con más precisión la naturaleza básica de la cosmovisión moderna.

FORJA DEL YO, DESENCANTAMIENTO DEL MUNDO

Nuestra visión del mundo no es simplemente la manera en que contemplamos el mundo. Se extiende hacia adentro para constituir nuestro ser interior, y hacia fuera para constituir el mundo. Refleja, pero también refuerza e incluso forja, las estructuras, las defensas y las posibilidades de nuestra vida interior. Configura en profundidad nuestra experiencia psíquica y somática, los modelos de nuestra sensibilidad, nuestro conocimiento y nuestra interacción con el mundo. Con no menos fuerza, nuestra visión del mundo –nuestras creencias y teorías, nuestros mapas, nuestras metáforas, nuestros mitos, nuestros supuestos interpretativos– organiza nuestra realidad externa dando forma y elaborando las maleables potencialidades del mundo en mil formas de interacción de sutil reciprocidad. Las visiones del mundo crean mundos.

Tal vez la manera más concisa de definir la cosmovisión moderna sea centrarse en lo que la distingue de prácticamente todas las otras cosmovisiones. En términos muy generales, lo que caracteriza a la mente moderna es su tendencia fundamental a afirmar y experimentar una separación radical entre el sujeto y el objeto, una clara división entre el yo humano y su entorno. Esta perspectiva puede oponerse a la que ha dado en llamarse visión primordial del mundo, típica de las culturas indígenas tradicionales. La mente primordial no sostiene

esa división decisiva, no la reconoce, mientras que la mente moderna no sólo la sostiene, sino que sobre ella se constituye en lo esencial.

El ser humano primordial percibe el mundo natural que lo rodea como impregnado de sentido, sentido cuyo significado es al mismo tiempo humano y cósmico. En el bosque se ven espíritus; en el viento y en el océano, el río y la montaña, se perciben presencias. Se reconoce un sentido en el vuelo de dos águilas que cruzan el horizonte, en la conjunción de dos planetas en el cielo, en los ciclos de la Luna y el Sol. El mundo primordial es un mundo animado. Comunica y tiene propósitos. Está lleno de signos y de símbolos, de implicaciones e intenciones. El mundo está animado por las mismas realidades de resonancia psicológica que los seres humanos experimentan en sí mismos. Hay continuidad entre el mundo interior del hombre y el mundo exterior. En la experiencia primordial, lo que llamaríamos mundo «exterior» posee un aspecto interior ligado a la subjetividad humana. Por doquier se encuentra inteligencia creadora y sensible, espíritu y alma, sentido y finalidad. El ser humano es un microcosmos dentro del macrocosmos del mundo, que participa de la realidad interior de éste y está unido al todo por vías tangibles e invisibles.

Esta experiencia tiene lugar, por así decir, en un alma del mundo, un *anima mundi*, una matriz viva de sentido encarnado. La psique humana está engastada en la psique del mundo, de la que participa de una manera compleja y que constantemente la define. Las operaciones del *anima mundi*, en todo su flujo y toda su diversidad, se expresan en un lenguaje de índole mítica y numinosa. Precisamente porque se supone que el mundo habla un lenguaje simbólico es posible la trasmisión directa del sentido y la finalidad del mundo al hombre. Las múltiples circunstancias del mundo empírico están dotadas de significado simbólico, arquetípico, y ese significado fluye entre el interior y el exterior, entre el yo y el mundo. En este estado de conciencia relativamente indiferenciado, los seres humanos se perciben en participación y comunicación directas –emocional, mística y cotidianamente–con la vida interior del mundo natural y del cosmos. Para decirlo con más precisión, esta *participación mística* implica un complejo sentido de participación

interior directa de los seres humanos no sólo en el mundo, sino también en los poderes divinos, mediante el ritual, y de los poderes divinos en el mundo, en virtud de su presencia inmanente y transformadora. La participación es multidireccional y multidimensional, penetrante e integradora.

En contraste, la mente moderna experimenta una división fundamental entre un yo humano subjetivo y un mundo exterior objetivo. Al cosmos, escindido del ser humano, se lo considera completamente impersonal e inconsciente. No obstante la belleza y el valor que los seres humanos puedan percibir en el universo, éste es en sí mismo mera materia en movimiento, mecánico y desprovisto de finalidad, gobernado por el azar y la necesidad. Es completamente indiferente a la conciencia y los valores de los hombres. El mundo exterior a los seres humanos carece de inteligencia consciente, de interioridad, de sentido y finalidad intrínseca. Pues todas estas cosas son realidades humanas, y la mente moderna cree que proyectar lo humano sobre lo no humano es una falacia epistemológica. El mundo está desprovisto de cualquier sentido que no derive en última instancia de la conciencia humana. Desde la perspectiva moderna, la personalidad primitiva mezcla y confunde lo interior y lo exterior y de esa manera vive en un estado de continua ilusión mágica, en un mundo antropomórficamente distorsionado, un mundo atractiva y engañosamente lleno del sentido subjetivo de la propia psique humana. Para la mente moderna, la única fuente de sentido del universo es la conciencia humana.

Otra manera de describir esta situación es decir que la mente moderna aborda el mundo desde una estructura experiencial implícita en la que el sujeto está separado del objeto, que es, en cierto sentido, su opuesto. El mundo moderno está lleno de objetos con los que el sujeto humano se enfrenta y sobre los cuales actúa desde su original posición de autonomía consciente. En contraste con esto, la mente primordial aborda el mundo más como un sujeto que participa en un mundo de sujetos, sin límites absolutos entre ellos. De acuerdo con la perspectiva primordial, el mundo está lleno de sujetos. El mundo primordial está saturado de subjetividad, interioridad, sentidos y finalidades intrínsecas.

Desde el punto de vista moderno, si considero que el mundo me comunica sentidos humanamente pertinentes con intencionalidad e inteligencia, que está cargado de símbolos plenos de sentido –que es, por así decirlo, un texto sagrado que hay que interpretar–, estoy proyectando realidades humanas sobre el mundo no humano. La mente moderna piensa que esa actitud ante el mundo refleja un estado epistemológicamente ingenuo de conciencia: intelectualmente inmaduro, indiferenciado, infantil, autocomplaciente, que debe ser superado y corregido con el desarrollo de una razón crítica madura. O, peor aún, es una señal de enfermedad mental, de pensamiento mágico primitivo con engañosas ilusiones autorreferenciales, una condición que es preciso tratar con medicación adecuada.

Podemos ilustrar la diferencia básica entre la experiencia primordial y la experiencia moderna con un diagrama sencillo (Figura 1), cuyo círculo interior, que representa el yo primor-

Visión primordial del mundo

En la visión primordial del mundo, la inteligencia y el alma (área sombreada) impregnan toda la naturaleza y el cosmos, y un yo humano permeable participa directamente de esa matriz más amplia de sentido y finalidad en la que todo se integra.

Visión moderna del mundo

En la visión moderna del mundo, todas las cualidades asociadas a la inteligencia y el alma son características del sujeto humano y sólo de él, que se diferencia radicalmente del mundo objetivo no humano.

Figura 1

dial, tiene unos límites porosos, lo cual sugiere su radical permeabilidad e integración en el mundo, mientras que el círculo interior que representa el yo moderno está formado por una línea continua, lo que sugiere la experiencia moderna de una tajante distinción y dicotomía entre sujeto y objeto, entre lo interior y lo exterior. En la mente primordial, el área sombreada, que representa la presencia de inteligencia consciente e interioridad, la fuente de sentido y finalidad, pasa sin distinción a través de la totalidad del complejo yo/mundo. En la mente moderna, el área sombreada se localiza exclusivamente dentro de los límites del yo.

El reconocimiento sistemático de que la fuente exclusiva de sentido y de finalidad en el mundo es la mente humana y que proyectar lo humano sobre lo no humano es una falacia fundamental, constituye uno de los supuestos más básicos –tal vez el supuesto básico– del moderno método científico. La ciencia moderna busca con rigor obsesivo «desantropomorfizar» la cognición. Los hechos están allí, fuera; el *sentido* que vemos en ellos viene de nuestro interior. Lo fáctico se considera sencillo, sin elaboración, objetivo, no embellecido por lo humano y lo subjetivo, no distorsionado por valores y aspiraciones. Vemos con toda evidencia este impulso en el surgimiento de la mente moderna, a partir de Bacon y Descartes. Para comprender adecuadamente el objeto, el sujeto debe observar y analizar ese objeto con el máximo cuidado a fin de inhibir la ingenua tendencia humana a investir el objeto de características que en rigor sólo se pueden atribuir al sujeto humano. Para que tenga lugar la cognición auténtica y válida, el mundo objetivo –naturaleza, cosmos– debe verse como algo fundamentalmente desprovisto de todas las cualidades subjetivas, interiormente presentes en la mente humana y constitutivas de su propio ser: conciencia e inteligencia, sentido de finalidad e intención, capacidad para significar y comunicar, imaginación moral y espiritual. Percibir estas cualidades como si existieran intrínsecamente en el mundo es «contaminar» el acto de conocimiento con lo que no son otra cosa que proyecciones humanas.

Hoy es fácil para nosotros, que nos hallamos todavía bajo la influencia de la visión moderna que reifica la experiencia y

los supuestos modernos como absolutos, creer que entendemos verdaderamente la visión primordial cuando la consideramos simplemente la consecuencia ingenua de los temores, deseos y proyecciones primitivos. Pero para discernir de modo más imparcial la diferencia entre estas dos visiones del mundo, hemos de captar el hecho pertinaz de que la *experiencia* del cosmos primordial fue universalmente vivida durante incontables milenios como algo tangible y de presencia y vitalidad evidentes –penetrantemente intencional y sensible, informada por presencias espirituales ubicuas, animada en todo por fuerzas arquetípicas y sentidos inteligibles–, de una manera que la percepción moderna no reconoce y tal vez no pueda reconocer.

Por supuesto, esta diferencia fundamental entre lo primordial y lo moderno no surgió en forma instantánea en el siglo XVII, sino que evolucionó a lo largo de miles de años, en muchas formas y a través de múltiples desarrollos culturales. No sólo la modernidad, sino la totalidad del proyecto humano puede considerarse un camino hacia la gradual diferenciación entre el yo y el mundo. Una distinción emergente entre sujeto y objeto parece haber estado presente ya en el nacimiento mismo del *Homo sapiens*, con su novedosa capacidad de planificar y actuar conscientemente antes que de manera automática o por instinto, de confiar en las habilidades y la voluntad propias para abrirse camino en el mundo, de manipular y controlar la naturaleza antes que permanecer inserto en ella como sujeto pasivo. Tan pronto como nuestra especie desarrolló la simbolización lingüística, empezamos a diferenciarnos cada vez más del mundo, a objetivar nuestra experiencia de tal manera que pudiera abarcar la acción del mundo sobre nosotros y nuestra acción sobre el universo. Tan pronto como comenzamos a utilizar una herramienta, empezamos a actuar como sujeto frente a un objeto. Todos los grandes avances en la evolución humana –el bipedalismo y la postura erecta, el cerebro más grande y más complejo, la producción de herramientas, el control del fuego, el desarrollo de las sociedades de cazadores-recolectores, la división del trabajo, la domesticación de plantas y animales, la formación de comunidades sedentarias y luego de grandes centros urbanos, la

organización social, cada vez más compleja y jerárquica, la evolución de las capacidades para la simbolización lingüística, religiosa y artística, el surgimiento de las primeras formas de ciencia y filosofía– reflejaban y al mismo tiempo impulsaban nuevos estadios en la progresiva diferenciación del yo humano respecto del mundo que lo rodeaba.

La imagen memorable del comienzo de *2001: Una odisea del espacio*, la película de Kubrick, capta un aspecto de esta coherencia más amplia en la dirección de la épica humana. En la secuencia inicial, titulada «El amanecer del hombre», un primate protohumano acaba de realizar el descubrimiento del uso de una herramienta por primera vez al emplear un gran hueso como arma en una lucha a vida o muerte. En el éxtasis de ese descubrimiento, golpea incansablemente el hueso contra una roca hasta que termina rompiéndose y, remontándose a gran altura, se metamorfosea con lento movimiento en una nave espacial de inicios del siglo XXI. En este simple montaje vemos toda la trayectoria prometeica, el alfa y omega del esfuerzo prometeico por liberar al hombre de los límites de la naturaleza mediante la inteligencia y la voluntad humanas, por ascender y trascender, por obtener el control del ámbito del cual el ser humano intentaba emerger. Esta búsqueda culmina en la modernidad, sobre todo en la ciencia moderna, en la que la meta dominante del conocimiento es la predicción y el control crecientes de un mundo natural externo al que se considera radicalmente «otro»: mecánico, impersonal, inconsciente, objeto de nuestro poderoso conocimiento.

Desde la época de Bacon y Descartes, Hobbes y Locke, y de modo más incisivo después de la Ilustración, poco a poco la comprensión moderna se transforma de tal manera que el mundo deja de verse como lugar de sentidos y finalidades dados de antemano, como había ocurrido no sólo en la inmemorial visión primordial, sino también entre los griegos antiguos, los escolásticos medievales y los humanistas del Renacimiento. Con el pleno ascenso de la mente moderna, el mundo deja de estar influido por poderes numinosos, dioses y diosas, Ideas arquetípicas o fines sagrados. Ya no hay un orden cósmico de sentidos y finalidades con los que el yo humano trata de armonizarse. Por el contrario, se ve el mundo

como un ámbito neutral de hechos contingentes y de medios e instrumentos para nuestros fines seculares. Para emplear el famoso término de Max Weber a comienzos del siglo XX, que desarrollaba un siglo después la intuición de Schiller, el mundo moderno está «desencantado» (*entzaubert*): se ha vaciado de toda dimensión espiritual, simbólica o expresiva que proporcione un orden cósmico en el que la existencia humana tenga sentido y finalidad. En cambio, se lo ve por entero en términos de hechos neutrales, cuya comprensión racional distanciada dará al ser humano una capacidad sin precedentes para el cálculo, el control y la manipulación del mundo.

Sin embargo, un cambio tan grande en la comprensión acarrea también una consecuencia de no menor importancia para el yo moderno. El desencantamiento, la negación del sentido y la finalidad intrínsecos, *cosifica* esencialmente el mundo y por tanto le niega *subjetividad*. La objetivación niega al mundo la capacidad de abrigar intencionalidad, de significar de modo inteligente, de expresar su sentido, de encarnar y comunicar finalidades y valores relevantes para nosotros. Objetivar el mundo es despojarlo de todas las categorías subjetivas, como el sentido y la finalidad, percibiéndolas como proyecciones de quienes se consideran únicos sujetos verdaderos, los seres humanos. Esto a su vez magnifica y potencia enormemente la subjetividad humana: la capacidad interior que el ser humano siente para autodefinirse, autorrevisarse, autodeterminarse, para ser exteriormente modelador del mundo e interiormente consecuencial y autónomo. Hace posible liberarse de los significados y ordenamientos impuestos desde fuera, que antes se habían considerado parte del cosmos y habían sido institucionalizados en estructuras tradicionales de autoridad cultural, ya fuera religiosa, social o política. Charles Taylor ha descrito acertadamente las consecuencias de este profundo cambio en el yo moderno:

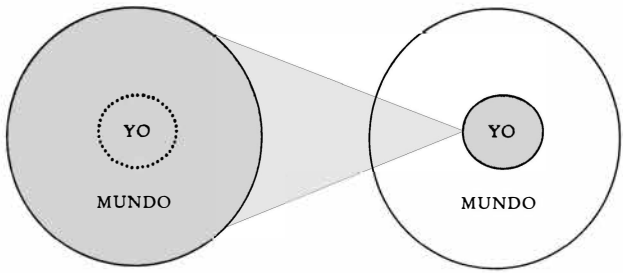
> Uno de los poderosos atractivos de esta austera visión, muy anterior a sus «resultados» tecnológicos, reside en que un mundo desencantado es correlativo a un sujeto que se autodefine, y en que la conquista de una identidad autodefinida se vio acompañada de una sen-

sación de entusiasmo y de poder, pues el sujeto ya no necesita acudir a un orden exterior para definir su perfección o su vicio, su equilibrio o su falta de armonía. Con la forja de esta subjetividad moderna se genera una nueva noción de libertad, y se atribuye a la libertad un nuevo papel fundamental que parece haberse demostrado definitivo e irreversible.

La objetivación y el desencantamiento, al privar al mundo de subjetividad, de su capacidad para la significación intencional, realzan radicalmente el sentido de libertad y de subjetividad autónoma del yo humano, su convicción subyacente de que puede moldear y determinar su propia existencia. Al mismo tiempo, el desencantamiento estimula la capacidad humana de ver el mundo natural como materia maleable y recurso a explotar en beneficio propio. A medida que el mundo pierde sus estructuras de significado tradicionales, a medida que éstas se vuelven «sospechosas» y terminan por ser deconstruidas, las condiciones de la existencia humana –tanto externas como internas– resultan cada vez más abiertas al cambio y el desarrollo, cada vez más sometidas a la influencia, la innovación y el control humanos. Precisamente debido a este extraordinario cambio de visión se desarrolló un sólido fundamento psicológico y filosófico para el rápido ascenso de la ciencia moderna, la sociedad secular, el individualismo democrático y la civilización industrial.

La historia del paso de la mente humana del estado de *participation mystique* a un modo de conciencia más plenamente diferenciado es, en muchos aspectos, la historia de la mente humana misma. Dinamizada por la poderosa motivación humana de lograr cada vez mayor autonomía en lo relativo a las condiciones de existencia, prácticamente toda la evolución de la conciencia humana ha estado al servicio de este afán psicológico y epistemológico de distinguir el yo humano del mundo, el sujeto del objeto, la parte del todo. El proyecto prometeico parece intrínseco a la condición del ser humano. No obstante, ha sido la mente occidental, sobre todo la mente moderna, avatar y culminación del progreso prometeico, la que ha desarrollado este proyecto del modo más vigoroso y brillante.

Si volvemos a observar la comparación (Figura 2) entre la experiencia primordial de *participation mystique* y la experiencia moderna de dicotomía sujeto-objeto, podemos ver de inmediato qué ha sucedido en el paso de la cosmovisión descrita a la izquierda, a la descrita a la derecha. En la larga evolución de la conciencia primordial a la conciencia moderna ha tenido lugar un doble proceso complejamente entretejido e interrelacionado: por un lado, una gradual *diferenciación* del yo con respecto al mundo, del ser humano con respecto a la naturaleza, del individuo con respecto a la matriz general del ser; por otro lado, un gradual *desencantamiento* del mundo, que produce una radical relocalización del sentido y la inteligencia consciente, que se trasladan del mundo como un todo al yo humano en exclusividad. Lo que otrora impregnaba el mundo como *anima mundi* se considera ahora como propiedad exclusiva de la conciencia humana. El yo humano moderno ha absorbido esencialmente todo el sentido y la finalidad



Visión primordial del mundo **Visión moderna del mundo**

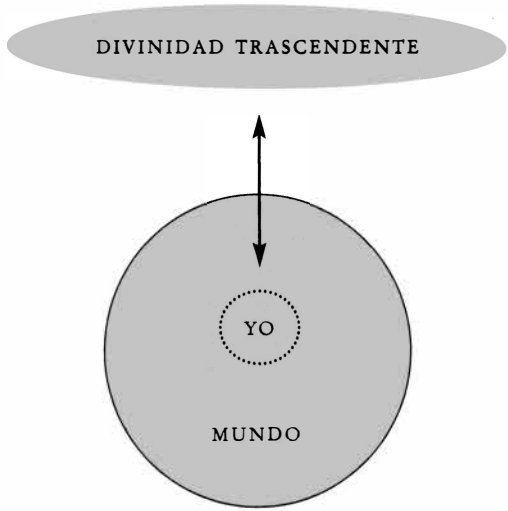
En la evolución de la cosmovisión primitiva a la moderna, el yo humano se ha diferenciado radicalmente del mundo, y el fundamento del sentido y la inteligencia con finalidad ha pasado de un cosmos ahora desencantado a un yo humano autónomo y potenciado.

Figura 2

en su ser interior, vaciando el cosmos primordial de lo que en otro tiempo constituyera su naturaleza esencial.

Pero no entenderíamos este proceso evolutivo si lo consideráramos únicamente en los términos seculares con que lo hemos tendido a analizar hasta ahora. La diferenciación moderna del yo humano autónomo y el desencantamiento del cosmos empírico también sufrieron la profunda influencia y el estímulo de la evolución histórica de la religión, en particular, una vez más, en el contexto occidental (antiguo, medieval y moderno temprano). Desde sus comienzos, el yo occidental estuvo marcado por la revelación de la especial relación de la humanidad con una realidad divina trascendental, un ser supremo monoteísta que era al mismo tiempo el creador del mundo y el lugar último de significado y valor: «El hombre fue hecho a imagen de Dios». De esa suerte, la unicidad, la separación y la superioridad absolutas de Dios con respecto al mundo secular, de finitud mortal y naturaleza irredenta, fortalecían profundamente la sensación de unicidad, separación y superioridad del ser humano en relación con el resto de la naturaleza y el universo creado.

Si, en concordancia con esto, modificamos nuestro diagrama, podemos reconocer la decisiva fase intermedia que introduce este inmenso desarrollo religioso en el paso de la cosmovisión primordial a la moderna. Con la revelación de un ser divino trascendente como fundamento último de sentido y de valor, separado del mundo empírico de la naturaleza y en un nivel superior a éste, combinada con la asociación única del ser humano con esa divinidad trascendente, se da un enorme paso intelectual y psicológico hacia la elevación y separación del ser humano con respecto a un universo cada vez más vacío de significado intrínseco. En la revelación monoteísta, un Sujeto divino autosubsistente creó el mundo como Objeto, en cuyo seno se despliega el sujeto humano especial y su historia dispuesta por la divinidad. Como sugiere el diagrama de la Figura 3 (y como afirman los cuidadosos argumentos de Descartes a favor de la existencia de Dios, en el nacimiento de la filosofía moderna), lo que termina por convertirse en el yo moderno recibe su estatus ontológico único de su privilegiada asociación con la realidad divina trascendente que está por



Cosmovisión religiosa occidental

Para la visión religiosa occidental del mundo que se desarrolló entre la visión primordial y la moderna, constituyendo un nexo entre ellas, el yo humano mantiene una relación única con una divinidad trascendente separada del mundo creado y soberana con respecto a él, mundo que se percibe cada vez más como desprovisto de sentido y de finalidad si no es en asociación con el yo humano.

Figura 3

encima de un cosmos empírico que ha sido progresivamente vaciado de todo significado y valor inherentes que no sean humanos.

Esta gran transformación de la relación triádica entre divinidad, humanidad y el mundo ya había recibido el primer impulso con el surgimiento de las grandes religiones y filosofías de la trascendencia, durante ese período del primer milenio antes de Cristo que Karl Jaspers denominó «tiempo axial». Con el despliegue de la tradición bíblica desde los profetas hebreos tardíos a San Agustín y la era medieval, pasando por el cristianismo primitivo, la diferenciación entre el yo, el

mundo y Dios adquirió fuerza especial y fue objeto de una nueva definición. Durante la Reforma, la militante desacralización del mundo al servicio de la alianza exclusiva del ser humano con la majestad soberana del Creador aumentó decididamente aquella diferenciación y, en cierto sentido, la absolutizó. Por último, tras la Revolución Científica y la Ilustración, esa posición privilegiada de lo humano frente al resto de la creación se asumió y expandió en términos completamente seculares –en parte, también en este caso, como resultado de fuerzas desencadenadas por el legado religioso occidental– a medida que el yo moderno progresaba en su desarrollo sin precedentes de autonomía y autodefinición.

Tal vez fuera útil analizar una multitud de complicaciones y excepciones, ambigüedades y matices significativos en este largo y complejo desarrollo histórico.[1] Pero en términos muy generales podemos decir que a medida que el yo humano, guiado por sus simbolizaciones culturales, religiosas, filosóficas y científicas en evolución, ha ido ganando sustancialidad y distinción con respecto al mundo, también se ha ido apropiando de toda inteligencia y toda alma, todo sentido y toda finalidad que antes percibía en el mundo, de manera que ha acabado por localizar estas realidades exclusivamente en su interior.

A la inversa, mientras el ser humano se apropiaba de toda inteligencia y toda alma, de todo sentido y toda finalidad que antes percibía en el mundo, iba también ganando sustancialidad y distinción con respecto al mundo, además de una creciente autonomía, dado que esos sentidos y finalidades parecen cada vez más maleables por la voluntad y la inteligencia humanas. Ambos procesos –la forja del yo y la apropiación del *anima mundi*– se han apoyado y reforzado mutuamente. Pero su consecuencia común ha sido el vacío cada vez mayor de todo sentido y finalidad intrínseca del mundo exterior. En el período moderno tardío, el cosmos se ha metamorfoseado en un vacío sin mente, sin alma, en cuyo interior el ser humano es paradójicamente autoconsciente. El anima mundi se ha disuelto y ha desaparecido; ahora todas las cualidades psicológicas y espirituales se localizan de manera exclusiva en la mente y la psique humanas.

Este proceso evolutivo ha estimulado el surgimiento de un yo autónomo que ocupa el centro. Es un yo decididamente separado del mundo, vaciado de todas aquellas cualidades con las que el ser humano se identifica de modo exclusivo, y a la vez dinámicamente comprometido con él. La forja del yo y el desencantamiento del mundo, la diferenciación de lo humano y apropiación de sentido son aspectos del mismo desarrollo. En efecto, para resumir un proceso verdaderamente complejo, *el logro de la autonomía humana se ha pagado con la experiencia de la alienación humana*. Todo lo que aquél tiene de valioso, lo tiene ésta de doloroso. Lo que podría considerarse la estrategia epistemológica fundamental de la mente humana en evolución –la sistemática separación de sujeto y objeto–, y que la mente moderna ha llevado a sus consecuencias extremas, ha demostrado tener una poderosa eficacia y ser verdaderamente liberadora. Sin embargo, muchas de las consecuencias a largo plazo de esta estrategia también han demostrado ser enormemente problemáticas.

LA SITUACIÓN COSMOLÓGICA EN EL PRESENTE

En el transcurso del siglo pasado, la visión moderna del mundo ha conocido su máximo prestigio y su inesperado fracaso. Todos los campos y todas las disciplinas –de la filosofía, la antropología y la lingüística a la física, la ecología y la medicina– han ofrecido nuevos datos y nuevas perspectivas que han desafiado supuestos y estrategias bien establecidas de la mente moderna. Este desafío se ha visto magnificado y se ha hecho más imperioso debido a la multitud de consecuencias concretas, en gran parte problemáticas, de esos supuestos y estrategias. En la primera década del nuevo milenio, casi todas las actitudes clave de la cosmovisión moderna han sido ya críticamente reconsideradas y deconstruidas, pero a menudo no se las ha abandonado, a pesar del elevado coste que esa actitud puede entrañar. El resultado en nuestra propia época posmoderna ha sido un estado de extraordinaria agitación y fragmentación intelectual, fluidez e incertidumbre. El nuestro es un tiempo entre distintas visiones del mundo, creativo aunque desorientado, una era de transición en que la antigua visión del mundo ya no se sostiene, pero la nueva todavía no ha madurado. Sin embargo, no carecemos de señales acerca de cómo puede ser esta nueva visión del mundo.

Últimamente, del flujo deconstructivo de la mente posmoderna han ido surgiendo los esbozos tentativos de una nueva

comprensión de la realidad, muy diferente de la moderna convencional. Impulsado por los desarrollos que se han producido en muchos campos, este giro en la visión intelectual ha abarcado una amplia gama de ideas y principios, entre los cuales cabe identificar algunos temas comunes. Tal vez el más llamativo y omnipresente de ellos sea una apreciación más profunda de la complejidad multidimensional de la realidad y la pluralidad de perspectivas necesarias para abordarla. En estrecha relación con esa nueva apreciación, tanto en calidad de causa como de efecto, se da una revaluación crítica de los límites epistemológicos y las consecuencias pragmáticas del enfoque científico convencional del conocimiento. Esta revaluación incluye una sensibilidad más aguda a las maneras en que sujeto y objeto están mutuamente implicados en el hecho de conocer, una nueva comprensión de la relación entre el conjunto y la parte en todos los fenómenos, un nuevo modo de captar la compleja interdependencia y el orden sutil en los sistemas vivos, así como el reconocimiento de la inadecuación de las concepciones reduccionistas, mecanicistas y objetivistas de la naturaleza.

Otras características importantes del surgimiento de esta visión intelectual son: una comprensión más profunda del papel central de la imaginación como mediadora en toda experiencia y todo conocimiento humanos, una mayor conciencia de la profundidad, el poder y la complejidad del inconsciente, y un análisis más sofisticado de la naturaleza del significado simbólico, metafórico y arquetípico de la vida humana. Detrás de muchos de esos temas se percibe el rechazo de todas las interpretaciones literales y unívocas de la realidad, esto es, como lo ha expresado Robert Bellah, de la tendencia a identificar «una concepción de la realidad con la realidad misma». Igualmente fundamental en este giro es el reconocimiento cada vez más amplio de la necesidad y la conveniencia de que la corriente principal de la tradición intelectual y cultural de Occidente se abra de manera radical a la rica multiplicidad de otras tradiciones y perspectivas que se han desarrollado tanto en Occidente mismo como en otras culturas.

A la vez, esta asimilación empática del pluralismo se ha visto compensada y complementada por un profundo impul-

so a la reintegración, por un deseo ampliamente compartido de superar la fragmentación y la alienación de la mente tardomoderna. Por debajo de la variedad de sus expresiones, el rasgo más distintivo de esta nueva visión ha sido su afán de reconciliación filosófica y psicológica de muchas escisiones persistentes: ser humano y naturaleza, yo y mundo, espíritu y materia, mente y cuerpo, lo consciente y lo inconsciente, lo personal y lo transpersonal, lo secular y lo sagrado, intelecto y alma, ciencia y humanidades, ciencia y religión.

Durante un tiempo me pareció, como a muchos otros, que este consenso emergente de convicciones y aspiraciones constituía el desarrollo intelectual más interesante y prometedor de nuestra era y, tal vez, uno de los que con más probabilidad producirían un sucesor viable de la visión moderna del mundo, hoy en rápido proceso de deterioro. Sin embargo, desde su inicio mismo, esta nueva visión o nuevo paradigma ha topado con un problema aparentemente insuperable. Difícilmente podría la presente situación del mundo estar más madura para un cambio importante de paradigma, y muchos observadores atentos han llegado a la conclusión de que, cuando se produzca, ese cambio debería basarse, y probablemente así sea, en principios semejantes a los que acabamos de mencionar. Pero a este nuevo enfoque le ha faltado un elemento esencial para llegar a convertirse efectivamente en una visión cultural arraigada o incluso para lograr la realización de su propio programa implícito de integración psicológica e intelectual, un elemento imprescindible en cualquier visión del mundo auténticamente general y con solidez interna: una cosmología coherente.

Mirando hacia atrás, resulta evidente que el punto clave de inflexión intelectual de la civilización occidental fue la revolución copernicana, entendida en su sentido más amplio. Nada otorgó tanta confianza en la suprema capacidad de la razón humana. Nada afirmó con tanto énfasis ni de modo tan general la superioridad del pensamiento occidental moderno sobre todos los otros, es decir, sobre todas las otras visiones del mundo, todas las otras épocas, culturas y modos de cognición. Nada emancipó con mayor profundidad o más espectacularmente al yo moderno de un cosmos de significados preesta-

blecidos. Es imposible concebir la mente moderna sin la revolución copernicana.

Sin embargo, la luminosidad de esa gran revolución ha arrojado una sombra extraordinaria. El radical desplazamiento de la Tierra y la humanidad del centro cósmico absoluto, la asombrosa transferencia del orden cósmico de lo observado al observador, y el inexorable desencantamiento del universo material, fueron aspectos clave de la mente moderna. Hoy resumen el sentido subyacente de desorientación y alienación. Cuando el cielo dejó de ser un reino divino y la Tierra dejó de estar engastada en un orden celestial de esferas y poderes planetarios, la humanidad se vio al mismo tiempo liberada y expulsada del vientre cósmico antiguo-medieval. La naturaleza esencial de la realidad experimentó un inmenso giro para la mente occidental, que en ese momento se abría a un mundo de dimensiones, estructuras y explicaciones e implicaciones existenciales completamente nuevas.

Pese a toda la exaltada numinosidad del nacimiento copernicano, el nuevo universo que finalmente veía la luz era una vastedad espiritualmente vacía, impersonal, neutral, indiferente a las inquietudes humanas, gobernada por procesos azarosos, sin finalidad ni sentido alguno. En un nivel profundo, la conciencia humana resultaba, por tanto, radicalmente extraña y descentrada. Ya no tenía la sensación de ser expresión esencial y foco de un universo intrínsecamente significativo. «Antes de la revolución copernicana –escribió Bertrand Russell–, era natural suponer que los fines de Dios estaban especialmente relacionados con la Tierra, pero esto se ha convertido en una hipótesis inverosímil»; ahora la humanidad ha de ser concebida como un «curioso accidente». La revolución copernicana fue el acto de deconstrucción prototípico de la mente moderna. Produjo un nacimiento y una muerte. Fue el cataclismo primordial de la edad moderna, un enorme acontecimiento que destruyó todo un mundo y constituyó uno nuevo.

No sólo la evolución posterior de la cosmología moderna, de Newton y Laplace a Einstein y Hubble, apoyó y enalteció la visión primordial de Copérnico; también lo hizo prácticamente toda la trayectoria intelectual moderna, con figuras

como Descartes, Locke, Hume, Kant, Schopenhauer, Darwin, Marx, Nietzsche, Weber, Freud, Wittgenstein, Russell, Heidegger, Sartre, Camus. Del racionalismo y el empirismo del siglo XVII al existencialismo y la astrofísica del siglo XX, la conciencia humana se ha descubierto cada vez más emancipada, aunque también cada vez más relativizada, desarraigada, interiormente aislada del mundo espiritualmente opaco que trata de comprender. En el cosmos moderno, el alma no tiene hogar. El estatus del ser humano en su ubicación cósmica es fundamentalmente problemático: solitario, accidental, efímero, inexplicable. La orgullosa originalidad y autonomía del «hombre» han costado demasiado caro. El hombre es una brizna insignificante arrojada en medio de un inmenso cosmos sin finalidad, un extraño en tierra extraña. La autoconciencia humana no encuentra su fundamento en el mundo empírico. Lo interior y lo exterior, la psique y el cosmos, son radicalmente discontinuos, mutuamente incoherentes. Como dice el famoso resumen de la cosmología moderna de Steven Weinberg, «cuanto más comprensible parece el universo, tanto menos sentido parece tener». En un cosmos inmenso e indiferente al sentido humano, con un sujeto humano descentrado y accidental como fuente última de todo significado, un mundo con sentido nunca puede ser otra cosa que una intrépida proyección humana. De esta manera, la revolución copernicana establece la matriz esencial para el mundo moderno, con todas sus ramificaciones desencantadoras. El más celebrado de los logros intelectuales modernos es a la vez el momento decisivo de la alienación, el gran símbolo del extrañamiento cósmico de la humanidad.

Aquí nos topamos con el núcleo de nuestra crisis contemporánea. Pues este contexto cosmológico poscopernicano continúa enmarcando el esfuerzo actual por forjar un nuevo paradigma de la realidad, pese a que ese contexto está completamente en desacuerdo con las profundas transformaciones que hoy se requieren. Aunque muchas de las ramificaciones poscopernicanas (cartesianas, kantianas, darwinianas, freudianas) han sido objeto de disputa y de crítica y, en una u otra medida, replanteadas, el gran punto de partida de toda la trayectoria de la conciencia moderna permanece intacto. La me-

taestructura cosmológica que implica todo el resto está todavía tan sólidamente establecida que es incuestionable. Las ciencias físicas de los últimos cien años han abierto una amplia ventana a la naturaleza de la realidad al disolver todos los viejos absolutos, pero la Tierra todavía se mueve, aunque ahora junto con todo lo demás, en una explosión posmoderna de flujo sin centro. Se ha trascendido a Newton, pero no a Copérnico, que más bien se ha extendido en todas las dimensiones.

A pesar de los extraordinarios esfuerzos realizados para deconstruir la mentalidad moderna y marchar hacia una nueva visión, ya sea en ciencia, filosofía o religión, nada ha llegado a cuestionar la gran revolución copernicana en sí misma, primer principio y fundamento de la mentalidad moderna. Hoy la mera idea de hacerlo es tan inconcebible como lo era antes de 1500 la idea de que la Tierra se moviera. Esta fundamentalísima revolución moderna, junto con sus más profundas consecuencias existenciales, sigue predominando y determinando, sutil aunque globalmente, el carácter de la mentalidad contemporánea. La realidad continuamente implacable de un cosmos sin propósito coloca una barrera invisible, pero eficaz, a todos los intentos por reconstruir o atemperar las diversas consecuencias alienantes poscopernicanas, desde el dualismo sujeto-objeto de Descartes a la evolución ciega de Darwin. Una línea recta de desencantamiento va de la astronomía y la biología a la filosofía y la religión, como en la conocida sinopsis de la condición humana que enunció Jacques Monod en el siglo XX: «El antiguo pacto se ha hecho trizas: el hombre sabe por fin que está solo en la inmensidad insensible del universo, de la que surgió únicamente por casualidad».

Desde el punto de vista cosmológico, los diversos movimientos que hoy en día aspiran a un mundo humanamente significativo y con resonancias espirituales han tenido lugar en un vacío atomista. En ausencia de algún desarrollo verdaderamente novedoso que rebase el marco existencial definido por la revolución copernicana, estas iniciativas nunca pueden ser más que audaces ejercicios de interpretación en un medio cósmico que les es ajeno. Ninguna revisión de la filosofía ni de

la psicología, de la ciencia ni de la religión, es suficiente para forjar una nueva visión del mundo si no se da un giro radical en el nivel cosmológico. Tal como está en este momento, nuestro contexto cósmico no sustenta la anhelada transformación de nuestra visión del mundo. No parece posible ninguna auténtica síntesis. Esta enorme contradicción que invisiblemente rodea al paradigma emergente es lo que le impide alcanzar una visión coherente y efectiva del mundo.

Como ha reconocido una larga línea de pensadores, de Pascal a Nietzsche, los vastos espacios cósmicos sin sentido que rodean el mundo humano se oponen silenciosamente a él y subvierten su significado. En semejante contexto, es fácil considerar toda la imaginación humana, toda experiencia religiosa y todos los valores morales y espirituales como idiosincrásicas construcciones humanas. A pesar de los muchos, profundos e indispensables cambios que se han producido en la mente occidental contemporánea, nuestro contexto cosmológico sigue sosteniendo y reforzando el doble vínculo básico de la conciencia moderna: nuestras más profundas aspiraciones espirituales y psicológicas son fundamentalmente incoherentes con la verdadera naturaleza del cosmos tal como lo revela la mente moderna. «No sólo no estamos en el centro del cosmos –dice Primo Levi–, sino que somos ajenos al mismo: somos una singularidad. El universo nos es extraño y nosotros somos extraños en el universo.»

El *pathos* y la paradoja característicos de nuestra situación cosmológica reflejan una profunda escisión en el seno de la cultura y la sensibilidad modernas. Pues la experiencia moderna de una separación radical entre lo interior y lo exterior –de una conciencia subjetiva, personal y con propósito, incoherentemente inserta en el universo objetivo, inconsciente y sin propósito a partir del cual ella misma ha evolucionado– se expresa en la polaridad y la tensión entre el Romanticismo y la Ilustración en nuestra historia cultural. De un lado de esta escisión, nuestro yo interior considera preciosas nuestras intuiciones espirituales, nuestra sensibilidad estética y moral, nuestra devoción por el amor y la belleza, el poder de la imaginación creadora, nuestra música y nuestra poesía, nuestras reflexiones metafísicas y experiencias religiosas, nuestros via-

jes visionarios, nuestros atisbos de una naturaleza dotada de alma, nuestra íntima convicción de que en nosotros mismos podemos encontrar la verdad más profunda. En la cultura moderna, ese impulso interior ha sido transmitido por el Romanticismo, en el sentido más amplio del término, de Rousseau a Goethe, Wordsworth y Emerson hasta su renacimiento, democratizado y globalizado, en la contracultura a partir de los años sesenta. En el impulso y en la tradición del Romanticismo encontró el alma moderna una profunda expresión psicológica y espiritual.

Del otro lado de la escisión, esa alma ha habitado en un universo cuya naturaleza esencial estaba plenamente determinada y definida por la Revolución Científica y la Ilustración. En efecto, el mundo objetivo ha estado regido por la Ilustración; el mundo subjetivo, por el Romanticismo. Juntos han constituido la visión moderna del mundo y la compleja sensibilidad moderna. Se puede decir que lo que sostiene al alma moderna es la fidelidad al Romanticismo, mientras que el pensamiento moderno debe su lealtad más profunda a la Ilustración. Una y otro viven en nosotros, plena aunque antitéticamente. Por eso, en las profundidades de la sensibilidad moderna hay una insoportable tensión de opuestos. De aquí el pathos desgarrado que subyace a la situación moderna. La biografía del alma moderna se ha dado por entero en el interior del cosmos desencantado de la Ilustración, desde el cual se percibe toda la vida y la lucha del alma moderna como «meramente subjetiva». Nuestro ser espiritual, nuestra psicología, se ve contradicha por nuestra cosmología. Nuestro Romanticismo se ve contradicho por nuestra Ilustración; nuestro interior, por nuestro exterior.

Por detrás de la división Ilustración/Romanticismo en la alta cultura (reflejada en el mundo académico por las «dos culturas» de la ciencia y las humanidades) asoma la escisión cultural más profunda y antigua entre ciencia y religión. Tras la Revolución Científica, muchos individuos de sensibilidad espiritual han encontrado recursos que les han ayudado a abordar la condición humana en el contexto cosmológico moderno en forma que, en mayor o menor medida, respondían a sus anhelos religiosos y necesidades existenciales. Para-

dójicamente, parece ser que es precisamente este contexto, con su supresión absoluta de todos los órdenes heredados de significado cósmico, el que ha contribuido en nuestro tiempo a hacer posibles una libertad, una diversidad y una autenticidad de respuestas religiosas sin precedentes. Estas respuestas han adoptado una multitud de formas: la búsqueda del viaje espiritual individual inspirado en diversas fuentes, el salto personal a la fe, la vida de servicio ético y compasión humanitaria, el giro hacia el interior (meditación, plegaria, retiro monástico), el compromiso con las grandes tradiciones místicas y prácticas orientales (hindú, budista, taoísta, sufí) o procedentes de culturas indígenas y chamánicas (norteamericanas, centroamericanas, sudamericanas, africanas, australianas, polinesias, europeas antiguas), la recuperación de diversas visiones y prácticas gnósticas y esotéricas, la búsqueda de la exploración psicodélica y enteogénica, la devoción por la expresión artística creadora como senda espiritual, o el compromiso renovado con formas revitalizadas de tradiciones, creencias y prácticas judías y cristianas.

Pero todos estos compromisos se han producido en un cosmos cuyos parámetros básicos han sido definidos por la epistemología y la ontología decididamente no espirituales de la ciencia moderna. Debido a la soberanía de la ciencia sobre el aspecto exterior de la cosmovisión moderna, estos nobles viajes espirituales se realizan en un universo al que, consciente o inconscientemente, se le atribuye una naturaleza esencial por completo indiferente a esas búsquedas. Esas múltiples sendas espirituales pueden proporcionar, y de hecho proporcionan, profundo sentido, consuelo y apoyo, pero no han resuelto la escisión fundamental de la cosmovisión moderna. No pueden remediar la honda división latente en toda psique moderna. La naturaleza misma del universo *objetivo* convierte cualquier fe o ideal espiritual en valerosos actos de *subjetividad*, siempre vulnerables a la negación intelectual.

Sólo manteniendo tenazmente entre paréntesis la realidad de esa contradicción y, por tanto, asumiendo un compromiso con lo que en esencia es una forma de compartimentación y negación psicológica, puede el yo moderno encontrar algo que se parezca a la totalidad. En esas circunstancias, una vi-

sión del mundo integrada, que es la aspiración natural de toda psique, resulta inalcanzable. Una conciencia incipiente de esto subyace a la reacción de los fundamentalistas religiosos ante la modernidad, su rígido rechazo a unirse a la aventura espiritual aparentemente imposible de la era moderna. Pero para la sensibilidad contemporánea más plenamente receptiva y reflexiva, con sus múltiples compromisos y su atención a la dialéctica más amplia de las realidades de nuestro tiempo, es imposible ignorar tan fácilmente el conflicto.

El problema de esta condición disociativa no estriba únicamente en la disonancia cognitiva o en el desasosiego interior. Ni es solamente la «privatización de la espiritualidad», tan característica de nuestro tiempo. Dado que el contexto cosmológico general en el que tiene lugar toda actividad humana ha eliminado cualquier fundamento duradero de valores trascendentes –espirituales, morales o estéticos–, el vacío resultante ha potenciado los valores reductores del mercado y los medios de comunicación de masas hasta colonizar la imaginación humana colectiva y quitarle toda profundidad. Si la cosmología está desencantada, el mundo tiende a verse lógicamente de modo utilitario, y la mentalidad utilitaria comienza a configurar toda motivación humana a nivel colectivo. Lo que eran medios para fines más amplios se convierten irremisiblemente en fines en sí mismos. El impulso a obtener cada vez mayores beneficios económicos, poder político y capacidad tecnológica se convierte en el impulso dominante que moviliza a los individuos y a las sociedades hasta que estos valores, pese a las reivindicaciones en sentido contrario, desplazan a todas las demás aspiraciones.

El cosmos desencantado empobrece la psique colectiva globalmente y pervierte su imaginación espiritual y moral. En semejante contexto, todo puede ser objeto de apropiación. Nada es inmune. Los majestuosos paisajes naturales, las grandes obras de arte, la música venerada, el lenguaje elocuente, la belleza del cuerpo humano, países y culturas distantes, los momentos extraordinarios de la historia, el despertar de una profunda emoción humana, todo se convierte en instrumento de publicidad para manipular la respuesta del consumidor. Porque en un cosmos desencantado no hay literalmente nada

sagrado. El alma del mundo se ha extinguido. Por tanto, los antiguos árboles y bosques pueden verse nada más que como madera en potencia; las montañas, tan sólo como depósitos de minerales; las costas y los desiertos, como reservas de petróleo; los lagos y los ríos, como herramientas de ingeniería. Los animales se perciben como mercancías cosechables, las tribus indígenas como molestas reliquias de un pasado definitivamente muerto, las mentes infantiles como blancos de mercadotecnia. En todos los niveles cosmológicos importantes se ha negado por completo la dimensión espiritual del universo empírico, y con ella, cualquier fundamento general públicamente sostenible de sabiduría y freno moral. El plazo breve y la cuenta de resultados manda sobre todas las cosas. Ya sea en política, en el mundo de los negocios o en el de los medios de comunicación, el mínimo común denominador gobierna cada vez más el discurso y los valores del todo. Con su obsesión miope por metas mezquinas e identidades estrechas, los poderosos terminan ciegos ante los sufrimientos y las crisis más generales de la comunidad global.

En un mundo en el que el sujeto se siente vivir en –y contra– un mundo de objetos, es más fácil que los otros pueblos y culturas se perciban simplemente como otros objetos, inferiores en valor a uno mismo, objetos a ignorar o explotar en beneficio de nuestros fines personales; y lo mismo con respecto a otras formas de vida, biosistemas o el planeta en su conjunto. Además, la angustia y la desorientación subyacentes que impregnan las sociedades modernas ante un cosmos sin sentido crean un adormecimiento colectivo y una desesperada hambre espiritual, que conducen a una insaciable y adictiva búsqueda de más bienes materiales para llenar el vacío interior y producir un tecnoconsumismo maníaco que canibaliza el planeta. De la desencantada visión moderna del mundo se desprenden consecuencias terriblemente prácticas.

En cierto sentido, la ambición de emanciparnos como sujetos autónomos mediante la objetivación del mundo se ha vuelto completamente contra nosotros y nos obsesiona al convertir también el yo humano en objeto, efímero efecto colateral de un universo azaroso, átomo aislado en la sociedad de masas, dato de una estadística, presa pasiva de las deman-

das del mercado, prisionero de la moderna «jaula de hierro» autoconstruida. De ahí la famosa profecía de Weber:

> Nadie sabe quién vivirá en esta jaula en el futuro, o si al final de este tremendo desarrollo surgirán profetas completamente nuevos o habrá un gran renacimiento de viejas ideas y antiguos ideales, o ninguna de las dos cosas, sino mecanizada petrificación, adornada con una suerte de engreimiento convulsivo. Pues de la última fase de este desarrollo cultural se podría decir, sin faltar a la verdad: «Especialistas sin espíritu, sensualistas sin corazón: esta nulidad se imagina que ha alcanzado un nivel de civilización jamás conocido hasta entonces».

Definido finalmente por su contexto de desencanto, el yo humano también está inevitablemente desencantado. En última instancia, al igual que todas las cosas, se convierte en un mero objeto de fuerzas materiales y causas eficientes: una marioneta sociobiológica, un gen egoísta, una máquina de transmisión cultural, un artefacto biotecnológico, un instrumento inconsciente de sus propios instrumentos. Pues la cosmología de una civilización refleja toda actividad, motivación y autocomprensión humana que tenga lugar dentro de sus parámetros, y a la vez influye en todo ello. Es el continente de todo lo demás.

En consecuencia, la cosmología se ha convertido en la cuestión inminente de nuestro tiempo. ¿Cuál es el impacto último del desencantamiento cosmológico sobre una civilización? ¿Qué consecuencias tiene para el yo humano, año tras año, siglo tras siglo, vivir la existencia como un ser consciente y con propósito en un universo inconsciente y sin propósito? ¿Cuál es el precio de la creencia colectiva en la absoluta indiferencia cósmica? ¿Cuáles son las consecuencias de este contexto cosmológico sin precedentes para el experimento humano y, en realidad, para todo el planeta?

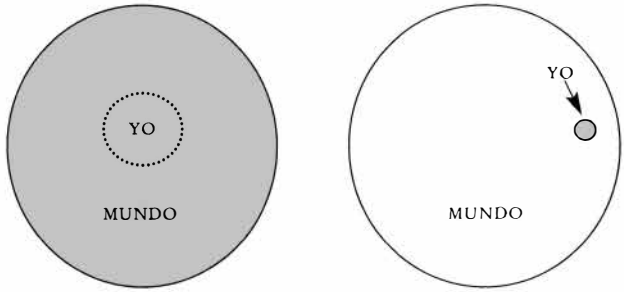
Friedrich Nietzsche reconoció con la máxima intensidad todas las implicaciones del desarrollo moderno y experimentó en su propio ser la inevitable perplejidad de la sensibilidad moderna: la del alma romántica a la vez liberada, desplazada y atrapada en el vasto vacío cósmico del universo científico.

Mediante el uso de una simbología hipercopernicana para representar la vertiginosa aniquilación del mundo metafísico y la muerte de Dios producida por la mente moderna, y reflejando la combinación peculiarmente trágica de voluntad de auto-determinación y destino inexorable, Nietzsche captó el pathos de la crisis existencial y espiritual de finales de la era moderna:

> ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿Adónde nos movemos nosotros? ¿Alejándonos de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del vacío? ¿No hace ahora más frío que antes? ¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche?

Si volvemos a observar el diagrama que ilustra la diferencia entre la experiencia primordial del mundo y la moderna teniendo muy en cuenta el efecto de la situación poscopernicana y posnietzscheana, vemos el grado extremo de diferenciación y alienación del ser humano en el cosmos a finales de la era moderna (Figura 4). La fuente de todo sentido y finalidad en el universo se ha vuelto infinitesimalmente pequeña y extremadamente periférica. La isla solitaria de sentido humano es ahora tan incoherente, tan accidental, tan efímera, tan fundamentalmente extraña con respecto a la vasta matriz que lo rodea, como para llegar, en muchos sentidos, a ser insoportable.

Sin embargo, quizá la propia severidad y el autocontradictorio absurdo de esta situación sea precisamente lo que sugiere la posibilidad de otro enfoque. Durante mucho tiempo la mente moderna se enorgulleció de su repetido éxito en la superación de las distorsiones antropomórficas en su comprensión de la realidad. Constantemente ha tratado de expurgar su cosmovisión de todo antropocentrismo ingenuo y toda proyección autogratificante. Cada revolución en el pensamiento moderno a partir de Copérnico, cada gran intuición asociada a un nombre canónico de la gran procesión –de Bacon y Descartes, Hume y Kant, a Darwin, Marx, Nietzsche, Weber,



Cosmovisión primordial **Cosmovisión tardomoderna**

En el cosmos tardomoderno poscopernicano y posnietzscheano, el yo existe como isla infinitesimal y periférica de sentido y aspiración espiritual en un vasto universo sin propósito y sin ningún significado al margen de los creados por el yo humano.

Figura 4

Freud, Wittgenstein, Heidegger, Kuhn y todos los posmodernos– produjeron, cada una a su manera, una nueva revelación esencial de un prejuicio inconsciente que había cegado hasta entonces la mente humana en su afán de comprender el mundo. La consecuencia clave de este desarrollo epistemológico moderno y posmoderno, no sólo prolongado, sino también de incomparable complejidad, ha sido obligarnos, de un modo cada vez más perentorio, a reconocer que nuestros supuestos y principios más fundamentales –que durante largo tiempo parecieron tan evidentes que escapaban a nuestra conciencia– conforman imperceptiblemente este mundo que consideramos indiscutiblemente objetivo. Así lo reconoció Paul Feyerabend, filósofo de la ciencia posterior a Kuhn:

Un cambio en los principios universales produce un cambio del mundo en su totalidad. Al hablar de este modo ya no suponemos un

mundo objetivo al que nuestras actividades epistémicas no afectan para nada, salvo cuando penetran los confines de un punto de vista particular. Concedemos que nuestras actividades epistémicas pueden ejercer una influencia decisiva incluso sobre lo más sólido del amueblamiento cosmológico, que pueden, por ejemplo, hacer desaparecer los dioses y sustituirlos por agregados de átomos en el espacio vacío.

Llevemos, pues, nuestra estrategia de reflexión crítica sobre nosotros mismos un paso más adelante, decisivo y tal vez inevitable. Apliquémosla al supuesto fundamental y punto de partida de la visión moderna del mundo –un supuesto muy arraigado que sigue influyendo sutilmente sobre el giro posmoderno–, según el cual ningún significado ni finalidad que la mente humana perciba en el universo existe en éste de manera intrínseca, sino que es construido y proyectado en él por la mente humana. ¿No podría ser éste el engaño final, el más globalmente antropocéntrico de todos? Pues el hecho de suponer que, en última instancia, la fuente exclusiva de *todo sentido y finalidad en el universo* se centra en la mente humana, que es por tanto absolutamente única y especial y, en este sentido, superior al cosmos entero, ¿no es acaso un acto extraordinario de *hybris* humana, literalmente, una *hybris* de dimensiones cósmicas? ¿No lo es suponer que el universo carece por completo de lo que nosotros, los seres humanos, descendientes y expresión de ese universo, poseemos de modo tan preeminente? ¿No lo es suponer que, de alguna manera, la parte difiere radicalmente del todo y lo trasciende? ¿No lo es fundar toda nuestra visión del mundo en el principio de que toda vez que los seres humanos perciben una organización cualquiera de significado psicológico o espiritual en el mundo no humano, un signo cualquiera de interioridad y mente, una sugerencia cualquiera de orden coherente con finalidad y de sentido inteligible, éstos deben entenderse únicamente como construcciones y proyecciones humanas, arraigados en última instancia en la mente humana y nunca en el mundo?

Tal vez este completo vaciamiento del cosmos, este absoluto privilegio otorgado a lo humano, sea el último acto de proyección antropocéntrica, la forma más sutil, pero prodigiosa, de autoexaltación humana. Tal vez la mente moderna ha

estado proyectando a escala cósmica la ausencia de alma y de mente, filtrando y evocando sistemáticamente todos los datos de acuerdo con sus supuestos de autoexaltación, en el mismo momento en que creíamos estar «limpiando» nuestra mente de «distorsiones». ¿Hemos estado viviendo en una burbuja de aislamiento cósmico que nosotros mismos hemos producido? Tal vez el mero intento de desantropomorfizar la realidad de una manera tan simple y absoluta sea él mismo un acto de supremo antropocentrismo.

Creo que es imposible refutar con éxito esta crítica del antropocentrismo oculto que impregna la visión moderna del mundo. Sólo las anteojeras de nuestro paradigma, como ocurre invariablemente, nos han impedido reconocer la profunda inverosimilitud de su supuesto subyacente más básico. Pues cuando hoy contemplamos la inmensidad del cielo estrellado que rodea nuestro preciado planeta, y cuando observamos la larga y variadísima historia del pensamiento humano en todo el mundo, ¿no debemos pensar que, en la extraña originalidad de nuestro afán por restringir a nosotros mismos todo sentido e inteligencia con finalidad, y en la negación de uno y otra al gran cosmos en cuyo seno hemos emergido, estamos malinterpretándonos radicalmente nosotros mismos y percibiendo erróneamente el cosmos? Tal vez la mayor revolución copernicana aún esté en cierto sentido incompleta, en desarrollo. Tal vez sea hoy por fin posible reconocer una forma de prejuicio antropocéntrico largo tiempo oculta y cada vez más destructiva en sus consecuencias, y de esta manera abrir la posibilidad de una relación más rica, más compleja, más auténtica entre el ser humano y el cosmos.

Interrogantes y problemas como éstos nos impelen a dirigir con renovada mirada la atención tanto hacia fuera como hacia dentro. No *solamente* hacia dentro, como es habitual que hagamos cuando buscamos sentido, sino también hacia fuera, como raramente ocurre porque hace mucho que consideramos nuestro cosmos vacío de significado espiritual e incapaz de responder a esa búsqueda. Sin embargo, nuestra mirada hacia fuera debe ser distinta de lo que era. Tiene que ser trasmutada por una nueva conciencia de nuestro interior. Los interrogantes y los problemas con que nos hemos encontrado

aquí nos obligan a explorar más profundamente la naturaleza del yo que trata de comprender el mundo. Nos urgen a distinguir más claramente aún cómo nuestra subjetividad, ese periférico islote de sentido en la vastedad cósmica, participa sutilmente en la configuración y constelación del universo que percibimos y conocemos. Nos impulsan a examinar ese lugar misterioso en que sujeto y objeto se entrecruzan de modo tan intrincado y preñado de consecuencias: el decisivo punto de encuentro de la cosmología, la epistemología y la psicología.

EN BUSCA DE UN ORDEN MÁS PROFUNDO

Hay mucho más en el cielo y en la tierra,
Horacio, de lo que ha soñado nuestra filosofía.

William Shakespeare
Hamlet, acto I, escena V

DOS PRETENDIENTES: UNA PARÁBOLA

Imagina por un momento que eres el universo. Pero, a efectos de este experimento mental, imaginemos que no eres el universo mecánico y desencantado de la cosmología moderna convencional, sino más bien un cosmos profundamente dotado de alma, sutilmente misterioso y de gran belleza espiritual e inteligencia creadora. E imagina que eres abordado por dos epistemologías diferentes, dos pretendientes, por así decir, que aspiran a conocerte. ¿A qué enfoque estarías más dispuesto a desvelar tu auténtica naturaleza? ¿A quién le confiarías tus secretos más profundos? ¿Al pretendiente –epistemología, modo de conocer– que te considerara esencialmente desprovisto de inteligencia y propósito, sin interioridad de la que hablar, sin ninguna capacidad o valor espiritual en absoluto, que te tuviera como fundamentalmente inferior a él mismo (supongamos, lo que no es del todo arbitrario, que ambos pretendientes sean de género masculino), que se refiriera a ti como si el valor de tu existencia dependiera ante todo de la medida en que él pudiera desarrollar y explotar tus recursos para satisfacer sus necesidades y cuya motivación para conocerte derivara en última instancia de un deseo de aumentar su dominio intelectual, su certidumbre predictiva y su eficiencia en el control de ti para provecho de su propia autoexaltación?

¿O te abrirías más franca y profundamente, tú, cosmos, al pretendiente que te considerara al menos un ser tan inteligente y noble, tan valioso, impregnado de mente y alma, imbuido de aspiración y finalidad moral y tan dotado de profundidad espiritual y misterio como él mismo? Este pretendiente no trataría de conocerte para explotarte mejor, sino más bien para unirse a ti y dar a luz algo nuevo, una síntesis creadora que emergiera de vuestras respectivas profundidades. Desearía liberar lo que ha quedado oculto por la escisión entre el conocedor y lo conocido. Su meta última de conocimiento no estribaría en incrementar el dominio, la predicción y el control, sino en la participación, más sensible y con mayores potencialidades, en el despliegue cocreador de nuevas realidades. Buscaría una realización intelectual íntimamente ligada a la visión imaginativa, la transformación moral, la comprensión empática y el deleite estético. Su acto de conocimiento sería en esencia un acto que combinara amor e inteligencia, un acto de admiración tanto como de discernimiento, de apertura a un proceso de descubrimiento mutuo. ¿A quién preferirías desvelar tus verdades más profundas?

Esto no quiere decir que tú, el universo, no revelaras nada al primer pretendiente, bajo la coacción de su enfoque objetivador y desencantador. Es indudable que este pretendiente obtendría, filtraría y concretaría una cierta «realidad», que él, naturalmente, tendría por auténtico conocimiento del universo real: el conocimiento objetivo, «los hechos», a diferencia de las meras ilusiones subjetivas del enfoque de cualquier otro. Pero hemos de permitirnos poner en duda el calado de la verdad que este enfoque sería capaz de ofrecer, así como la autenticidad con que pudiera reflejar la realidad más profunda del universo. Ese conocimiento podría ser profundamente engañoso. Y si esta visión desencantada se elevara a la condición de única visión legítima del cosmos en toda una civilización, ¡qué incalculable pérdida, qué empobrecimiento, qué trágica deformación, qué tristeza, en última instancia, tanto para el conocedor como para lo conocido!

Creo que el desencantamiento del universo moderno es consecuencia directa de una epistemología simplista y de una postura moral extraordinariamente inadecuada a las profundi-

dades, complejidades y grandeza del cosmos. Suponer a priori que todo el universo es en última instancia un vacío inanimado en el que nuestra conciencia multidimensional es un accidente anómalo, y que la finalidad, el sentido, la conciencia inteligente, la aspiración moral y la profundidad espiritual son atributos exclusivos del ser humano, refleja una soberbia del yo moderno que, durante mucho tiempo, se ha mantenido oculta. Como en la tragedia griega, la *hybris* heroica sigue estando indisolublemente unida a la caída heroica.

La mente posmoderna ha llegado a reconocer, con una perspicacia crítica a la vez turbadora y liberadora, la multiplicidad de maneras en que ciertos supuestos y estructuras de nuestra subjetividad, a menudo ocultos, moldean y producen la realidad que tratamos de comprender. Si algo hemos aprendido de la multitud de disciplinas que han contribuido al pensamiento posmoderno, es que lo que tenemos por nuestro conocimiento *objetivo* del mundo está radicalmente afectado, e incluso constituido, por una compleja multitud de factores subjetivos, la mayoría de los cuales son completamente inconscientes. Ni siquiera esto es del todo riguroso, pues ahora debemos reconocer que el sujeto y el objeto, lo interno y lo externo, se constituyen *mutuamente* y a tal profundidad, que la mera estructura de un «sujeto» que conoce un «objeto» resulta problemática. Semejante reconocimiento –obtenido con gran esfuerzo y que la mayoría de nosotros vamos asimilando poco a poco– puede producir en un principio una sensación de desorientación intelectual, de incertidumbre o incluso de desesperación. Cada una de estas respuestas tiene su momento y su lugar. Pero, en última instancia, este reconocimiento puede generar en nosotros una fortificante y feliz sensación de corresponsabilidad con relación al mundo que obtenemos con el poder creador de las estrategias interpretativas y las cosmovisiones con las que escogemos explorar y evolucionar.

¿Cuál es el remedio para la visión fundada en la *hybris*? Tal vez el remedio esté en *escuchar*, en escuchar más sutil, receptiva y profundamente. Puede que nuestro futuro dependa de la precisa medida en que estemos dispuestos a ensanchar nuestras vías de conocimiento. Necesitamos un empirismo y un

racionalismo más amplios, más auténticos. Las estrategias epistemológicas de la mente moderna, establecidas hace ya mucho tiempo, han ido constantemente limitando y a la vez «construyendo» un mundo acerca del cual terminaron por concluir que es objetivo. El racionalismo y el empirisimo ascéticos y objetivantes que surgieron durante la Ilustración cumplieron la función de disciplinas liberadoras para la naciente razón moderna, pero aún hoy dominan la corriente principal de la ciencia y del pensamiento con una inmadura rigidez. Con su miopía simplista y unilateral, limitan gravemente todo nuestro espectro de percepción y de comprensión.

Se puede decir que la estrategia de desencantamiento prestó buenos servicios a los propósitos de su época: diferenciación del yo, potenciación del sujeto humano, liberación de la experiencia humana del mundo en relación con estructuras previas de sentido y finalidad y no cuestionadas, heredadas de la tradición e impuestas por una autoridad externa. Proporcionó una nueva y poderosa base de crítica y desconfianza respecto del sistema establecido de creencias, que tan a menudo había inhibido la autonomía humana. Además, consiguió en parte disciplinar la tendencia humana a proyectar en el mundo necesidades y deseos subjetivos. Pero la diferenciación y la potenciación del ser humano se impulsaron con tanto ahínco que se han vuelto hipertróficas, patológicamente exageradas. En su austero reduccionismo universal, la actitud cosificante de la mente moderna se ha convertido en una suerte de déspota. El conocimiento que ofrece es literalmente estrecho de miras. Es un conocimiento extremadamente poderoso y, al mismo tiempo, profundamente deficiente. Puede que un conocimiento escaso sea peligroso, pero no cabe duda de que un gran volumen de conocimientos basados en supuestos limitados y estrechos de miras puede ser peligrosísimo.

Es menester conservar la notable capacidad moderna de diferenciación y discernimiento, que tanto esfuerzo costó forjar, pero nuestro desafío actual consiste en desarrollar y subsumir esa disciplina en un compromiso intelectual y espiritual más amplio y generoso con el misterio del universo. Este compromiso sólo puede darse si nos abrimos a una gama de epistemologías que proporcionen al conocimiento un alcance

perceptivo más multidimensional. Para descubrir las profundidades y la rica complejidad del cosmos se necesitan vías de conocimiento que integren plenamente la imaginación, la sensibilidad estética, la intuición moral y espiritual, la experiencia de revelación, la percepción simbólica, las modalidades somática y sensorial del entendimiento y el conocimiento empático. Pero, por encima de todo, debemos reaccionar a –y superar– la gran proyección antropomórfica oculta que ha sido prácticamente la definición de la mente moderna, a saber, *la proyección de ausencia de alma en el cosmos, debida a la voluntad de poder del yo moderno.*

La objetivación del mundo ha dotado al yo moderno de un poder pragmático y un dinamismo realmente inmensos, pero a expensas de su capacidad para registrar y responder a las potenciales profundidades de sentido y de finalidad del mundo. Contrariamente a la fría y distanciada imagen que la razón moderna tiene de sí misma, las necesidades y los deseos subjetivos han impregnado inconscientemente la visión desencantada y han reforzado sus supuestos. Un mundo de objetos y de procesos aleatorios sin propósito ha servido como eficaz base y justificación para el autoengrandecimiento humano y la explotación de un mundo al que no se considera merecedor de atención moral. El cosmos desencantado es la sombra de la mente moderna en todo su brillo, poder y vanidad.

En la medida en que asimilamos las intuiciones cada vez más profundas de nuestro tiempo en lo tocante a la naturaleza del conocimiento humano, y en la medida en que discernimos con mayor lucidez la intrincada implicación recíproca de sujeto y objeto, yo y mundo, tenemos que preguntarnos si, al fin y al cabo, esta cosmología radicalmente desencantada es factible. Tal vez no sea tan verdaderamente neutral y objetiva como suponemos, sino, en realidad, reflejo de imperativos evolutivos y necesidades inconscientes, lo mismo que cualquier otra cosmología de la historia de la humanidad. Tal vez el desencantamiento no sea en sí mismo más que otra forma de encantamiento, otra modalidad de la experiencia, de gran poder de convicción, que ha hechizado la mente humana y desempeñado un papel en la evolución, pero que ahora no sólo limita nuestra comprensión cosmológica, sino que además es

insostenible para nuestra existencia. Tal vez haya llegado el momento de adoptar, como hipótesis y punto de partida potencialmente más fructífero, el enfoque del segundo pretendiente acerca de la naturaleza del cosmos.

De la gran cantidad de disciplinas que han comenzado a desafiar el predominio del universo desencantado, hay en particular un campo cuyo desarrollo durante el siglo pasado ha producido una serie de intuiciones, conceptos y datos inesperadamente pertinentes ante la crisis cosmológica que acabo de esbozar. A esta disciplina y su evolución histórica, estrechamente entretejida con la historia más amplia del yo moderno, dirigiremos ahora la atención.

LA BÚSQUEDA INTERIOR

La historia de una cultura, la historia interna de una civilización, puede a veces presentar sugerentes semejanzas con el despliegue de una vida humana individual. Según la clásica descripción de Joseph Campbell del viaje arquetípico del héroe, el libertador, el chamán, el místico, el creador, el descubridor de nuevos mundos, se trata de un viaje en cuyo transcurso tiene lugar un progreso dramático que implica ciertas fases características: la separación decisiva con respecto a la comunidad, que aleja el yo del todo más amplio en el que hasta ese momento ha estado inserto; la experiencia de que la vida física y espiritual del mundo está sometida a un gran peligro, una sombra intrusa, una caída en desgracia, y un radical traslado del énfasis de las realidades exteriores al dominio interior, pasando «del mundo exterior de efectos secundarios a las zonas causales de la psique en las que residen realmente las dificultades». A continuación viene una oscura noche del alma, un descenso interior que provoca una crisis de sentido, un transformador encuentro con el sufrimiento y la mortalidad humanas y una desorientadora disolución de las estructuras identitarias y existenciales básicas del yo. Sólo mediante ese descenso puede el héroe acceder a una fuente de conocimiento mayor y más poderosa, que se abre gracias a una experiencia directa de la dimensión arquetípica de la vida. A lo largo

de este peligroso viaje aparecen pequeñas señales e inesperadas anomalías que desafían y desestabilizan el confiado conocimiento del yo antiguo, pero que finalmente señalan el camino hacia el umbral de otro mundo.

En la dramática evolución de la psique occidental, que tantas y tan importantes consecuencias ha tenido para el planeta, los perdurables modelos arquetípicos, visibles en los mitos del héroe, también parecen funcionar con extraordinaria potencia en el nivel de la historia y de la psique cultural colectiva. Pero, aun siendo así, el cambio de contexto, del mito por la historia y de la persona individual por una civilización, ha implicado un sorprendente cambio en términos de narración. En efecto, en la historia del pensamiento y la cultura occidentales, la comunidad, el todo más amplio del cual el yo heroico quedó separado, no fue simplemente la matriz tribal o familiar local, sino más bien la comunidad entera del ser, la Tierra, el cosmos mismo. Las diferentes etapas de esa separación, descenso y transformación tuvieron lugar en las distintas grandes épocas de la historia cultural de Occidente a lo largo de un proceso que, retrospectivamente considerado, no parece diferenciarse demasiado de un vasto rito de paso evolutivo en el escenario de la historia y el cosmos y que hoy está llegando a un momento crítico particularmente delicado.

Vemos ese modelo en la antigüedad tardía, contra el telón de fondo de la ruinosa decadencia de la civilización clásica, cuando la antigua visión cosmológica alcanzaba finalmente una frontera opaca en el seno de la estructura dominante del universo geocéntrico ptolemaico-aristotélico. La complejidad de los movimientos celestes era cada vez más inescrutable, y el poder de las esferas planetarias sobre la vida humana parecía cada vez más determinante. Bajo ese conjunto de supuestos, la psique cultural no podía ir más allá y, en consecuencia, se vio obligada a volverse hacia dentro, a penetrar más profundamente en el mundo interior del alma y el espíritu. Así produjo una nueva forma de ser. En ese momento, tras las intensas luchas y epifanías del judaísmo bíblico tardío y el cristianismo primitivo, el gnosticismo y las religiones mistéricas, en plena crisis escéptica y religiosa de finales de la era clásica, se produjo el gran viaje interior de San Agustín y, más tarde, de todo el

Occidente medieval, que este filósofo anticipó y sobre el que tanta influencia ejerció.

Lo mismo sucedió en el mundo moderno, pero en una nueva escala y con una separación más radical. Cuando, en el curso de la era moderna, fueron surgiendo gradualmente las principales implicaciones de la revolución copernicana, las impenetrables fronteras de la cosmovisión desencantada comenzaron a empujar otra vez la psique cultural hacia dentro. Pascal fue uno de los primeros en afrontar las oscuras implicaciones de la nueva realidad cosmológica: «El silencio eterno de estos espacios infinitos me aterra». Kant, aunque embargado de veneración por esos mismos espacios, luchó denodadamente para superar la severa disyunción entre «el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí», entre el dominio de la ciencia y el dominio de la religión. Finalmente, Nietzsche, al reconocer plenamente la dificultad del yo moderno en el cosmos científicamente revelado, en el que se sentía «extraviado como en una nada infinita», comenzó su paradigmático descenso a las profundidades interiores. De esa manera presagió la psicología profunda que, inmediatamente después de ese descenso, fue concebida y desarrollada por Freud y Jung en Europa y, de otro modo, pero estrechamente relacionado, por William James en Estados Unidos. Sobre el fondo histórico de las grandes crisis, tanto la interna como la externa, que se apoderaron de la civilización moderna, el siglo XX se convirtió, en palabras de Peter Homans, en «el siglo psicológico».

Freud fue el primero en reconocer la profunda afinidad y continuidad entre la revolución copernicana y la revolución de la psicología profunda. Mientras que el primer acontecimiento transformó irrevocablemente el cosmos exterior, el segundo transformó irrevocablemente el cosmos interior, y en ambos casos se subvirtió radicalmente la ingenua convicción de la humanidad acerca de su centralidad, precio a pagar por la ampliación radical de su visión. Así como los copernicanos habían desplazado a la Tierra del centro del universo para revelar un cosmos mucho más amplio y desconocido en el que la Tierra no era ya más que un pequeño fragmento periférico, los freudianos desplazaron el yo consciente del centro del uni-

verso interior para revelar el dominio mucho más amplio y desconocido del inconsciente. El yo moderno tuvo que reconocer que no era el señor de su propia casa, como implicaba el confiado *cogito* cartesiano, sino que era más bien un epifenómeno periférico de procesos mucho más poderosos que, insondables, operaban allende los límites de su conciencia.

Ambas revoluciones, la cosmológica y la psicológica, fueron al mismo tiempo causa de descentración y de emancipación. Pero mientras que el advenimiento de Copérnico se produjo cuando el yo moderno empezaba su gran ascenso, con Leonardo y Colón, Lutero y Montaigne, Bacon y Galileo, Descartes y Newton, Freud hizo su aparición en el otro extremo de la trayectoria, cuando el yo moderno empezaba su gran *descenso*, con Nietzsche y Weber, Kafka y Picasso, Heidegger y Wittgenstein, Woolf y Beauvoir, Camus y Beckett. Una y otra revolución anunciaban respectivamente, por así decir, el alba y el ocaso del viaje solar del yo moderno: mientras que la revolución copernicana impulsó y simbolizó el ascenso hacia fuera y la construcción del yo moderno que comenzó en el Renacimiento y produjo la Ilustración, la revolución de la psicología profunda reflejó el descenso hacia dentro y la deconstrucción del yo, que dio comienzo a finales del siglo XIX y produjo la era posmoderna.

Esa simetría a modo de arco se puso también de manifiesto en otro aspecto importante. Cada una de las dos revoluciones tuvo efectos de desencantamiento y al mismo tiempo de renovación espiritual. Pero mientras que el despertar copernicano del ascenso hacia fuera empezó en un clima de exaltación espiritual y luego se fue desplazando, gradual pero inexorablemente, hacia el aleatorio universo mecanicista de la visión moderna posterior del mundo, el descenso hacia dentro de la revolución de la psicología profunda desencadenó más bien la secuencia inversa.

Freud, tanto por temperamento como por compromiso intelectual, cargó desde el primer momento el énfasis en las implicaciones de desencantamiento del despertar psicológico: toda la motivación psíquica hundía sus raíces en el instinto biológico inconsciente; toda experiencia y aspiración humana, por elevada o sublime que fuese, se reducía en última instan-

cia al impulso mecanicista. Sin embargo, incluso Freud, en la proyección poética y mística de su visión y su perdurable compromiso emocional con la numinosidad arcaica (mitología clásica, interpretación de los sueños, antiguos iconos religiosos, secretos de culto), dejó traslucir señales de una ambivalencia subyacente. James y Jung, sin embargo, con diferentes sensibilidades, señalaron decisivamente, en los nuevos descubrimientos, potenciales de mayor expansión espiritual y, finalmente, un universo interior más vasto y más misterioso que el que Freud había sido capaz de reconocer. Como la revolución copernicana, la psicología profunda fue resultado de la extraordinaria convergencia de una multiplicidad de corrientes intelectuales y culturales y demostró, en el desarrollo de su visión, ser tan creadora y paradójica como aquélla.

De todos los campos y disciplinas del mundo intelectual moderno, únicamente la psicología profunda, por la naturaleza misma de su momento histórico, sus fuentes culturales y sus objetivos terapéuticos, se situó precisamente en la intersección de las dos grandes polaridades de la sensibilidad moderna: la Ilustración y el Romanticismo. Con raíces que se nutrían de ambas corrientes, la psicología profunda fue una tradición que no sólo se inspiró en los principios científicos de Newton y Darwin, sino también en las aspiraciones imaginativas de Goethe y Emerson, lo que explica que para tanta gente constituyera la promesa de una *via regia* para la curación de las escisiones del yo moderno. Esta psicología, al explorar las profundidades de la conciencia y el inconsciente, la emoción y el instinto, la memoria y la imaginación, las visiones, los sueños, los mitos, el arte y la creatividad, absorbió las pasiones y preocupaciones perdurables del proyecto romántico. Persiguió la introspección por nuevas alturas y nuevos abismos, examinó las sombras y las patologías de la psique, distinguió motivaciones ocultas, la ambivalencia y la ambigüedad. Estudió los misterios de la experiencia religiosa, los rituales antiguos y las iniciaciones chamánicas, las revelaciones místicas y las doctrinas gnósticas, las tradiciones esotéri-

cas y las prácticas adivinatorias, la sabiduría y las visiones de otras muchas culturas y épocas.

Todo esto lo realizó animada por el compromiso ilustrado con un análisis racional lúcido y una investigación sistemática, pues buscaba el conocimiento eficaz desde el punto de vista terapéutico y en un contexto de investigación empírica colectiva. A lo largo de su vida, James, Freud y Jung forzaron la mente científica más allá de sus límites convencionales para abordar realidades que conocían los visionarios y los poetas, los místicos y los iniciados. Con su esfuerzo por combinar el rigor intelectual y la observación científica con la penetración intuitiva de la imaginación poética y espiritual, la psicología profunda intentó iluminar con la luz de la razón los misterios últimos de la interioridad humana, aunque a menudo dio testimonio de lo inverso: la reevaluación, transformación y profundización de la luz de la razón por obra de los misterios mismos que se proponía iluminar.

Además, como comprendió sobre todo Jung, la psicología profunda recogió el desafío epistemológico ilustrado que lanzó Kant al intentar distinguir los principios estructurales profundos que informan la subjetividad humana, los modelos y las formas perdurables que impregnan y configuran inconscientemente el conocimiento y la experiencia humanos (de ahí que Jung entendiera la psicología profunda como sucesora y legado directo de la filosofía crítica). Sin embargo, contrariamente a la corta lista kantiana de categorías a priori, una y otra vez se descubría, empezando por Nietzsche y Freud, pero, sobre todo, por obra de Jung y sus sucesores, que esas formas subyacentes eran de naturaleza mítica, simbólica e incluso numinosa, y que impregnaban e impulsaban la conciencia humana desde las profundidades inconscientes. Semejante descubrimiento socavó las bases mismas del proyecto ilustrado de extender el dominio racional sobre el mundo interior de la misma manera que con tanto éxito lo había hecho, o eso parecía, en el mundo exterior. Con la psicología profunda, la razón desveló realidades internas en constante expansión y profundización que desafiaban el ámbito de la razón. La naturaleza misma de estas revelaciones terminó por subvertir los ilustrados supuestos reduccionistas de Freud e impulsó la

mente moderna, a partir de James y Jung, a asimilar dimensiones de conciencia y principios del universo subjetivo que ya no encajaban fácilmente con lo que James llamó el «universo cerrado» de la creencia científica convencional.

Así como la psicología profunda subvirtió las ortodoxias ingenuas de la mentalidad científica a la vez que extendió el ámbito de la investigación científica, así subvirtió también las ortodoxias ingenuas de la religión tradicional al mismo tiempo que extendía el ámbito de la investigación espiritual. La relación de la psicología profunda con la religión fue compleja. Las direcciones que inauguraron tanto James como Jung, contrariamente a los supuestos seculares de gran parte del pensamiento moderno, apuntaban a la universalidad humana de la aspiración espiritual y proporcionaban nuevos fundamentos a la afirmación de que la dimensión religiosa de la vida era esencial a la salud y la plenitud psicológica. La captación de las estructuras transculturales arquetípicas subyacentes a las religiones del mundo ofreció nuevas formas de comprensión a la búsqueda humana de sentido espiritual. Esa comprensión demostró ser a la vez enriquecedora y relativizadora. Por una parte, socavaba las aspiraciones absolutistas de diversas religiones a considerarse la única autoridad espiritual, lo que liberó a muchos individuos de sus cadenas dogmáticas sin dejar de respetar sus búsquedas espirituales. Por otro lado, las nuevas perspectivas también hicieron posible para muchos una inesperada renovación y profundización espiritual de su relación con los símbolos principales de esas mismas tradiciones, que ahora se veían y se entendían de una manera más amplia, menos literal, más directamente significativa y animada de vivacidad experiencial.

Especialmente afectado se vio el gran número de personas con inquietudes espirituales cuya experiencia de lo sagrado dejó de acomodarse a las estructuras de la tradición religiosa heredada, fenómeno cada vez más amplio a finales de la era moderna y en la posmodernidad. A estas personas, la psicología profunda les proporcionó nuevas maneras de articular su encuentro con lo numinoso y afirmó la multitud de fructíferas fuentes de revelación espiritual en las que podía inspirarse la psique humana, más allá de las sancionadas por una tradi-

ción particular, como los estados extraordinarios de conciencia, la creatividad, los sueños, las relaciones íntimas, la sexualidad y el cuerpo, la naturaleza, las tradiciones sagradas y las prácticas transformadoras de otras épocas y otras culturas. Al igual que la ciencia, la religión poseía sus propias tendencias a reificar una interpretación prematuramente cerrada del universo. La psicología profunda ofrecía un marco de referencia evolutivo que abría el horizonte de la auténtica experiencia religiosa al compromiso con los misterios de la existencia humana, más allá de las limitaciones y los mutuos antagonismos característicos de las tradiciones religiosas del mundo entero.

Dadas las radicales escisiones de la mente moderna entre el yo y el mundo y entre lo consciente y lo inconsciente, la importancia central de la psicología profunda en el pensamiento del siglo XX puede considerarse, en cierto sentido, inevitable. Pues el radiante surgimiento del yo racional moderno –la conciencia cartesiana focalizada, centrada, potenciada, separada, objetivante, autorreflexiva y autoidentificadora– produjo efectivamente un «inconsciente», tal como la luz crea la sombra, que luego requirió elaboración teórica, exploración y cuidadosa asimilación. El descubrimiento del inconsciente, por tanto, fue significativo en muchos frentes, con múltiples implicaciones que es menester tomar en cuenta no sólo psicológicas y terapéuticas, sino también históricas, filosóficas y políticas, existenciales y espirituales. Jung describió esta significación con la mayor contundencia: «No hemos entendido todavía que el descubrimiento del inconsciente significa una enorme tarea espiritual, tarea que es preciso realizar si queremos preservar nuestra civilización».

Sin embargo, el destino de la psicología profunda fue problemático a lo largo del siglo XX. Proporcionó a la mente moderna una multitud de intuiciones y conceptos irreemplazables, desde el descubrimiento del inconsciente propiamente dicho, tanto personal como colectivo, hasta la comprensión de los diversos mecanismos de defensa del yo, los modos de expresión simbólica de la psique y la dinámica de la transfor-

mación espiritual. Pero, puesto que la más amplia visión cultural del mundo en la que la psicología profunda estaba inserta continuó sosteniendo la básica escisión entre el yo humano y el mundo desencantado, la reintegración y la curación de la psique moderna no pudo llegar más lejos. El problema se reflejaba indirectamente en la crítica procedente de las disciplinas científicas indiferentes o contrarias al proyecto romántico, que acusaban a la psicología profunda de falta de objetividad y de resultados empíricamente mensurables. Estas críticas científicas fueron eficazmente refutadas por los psicólogos, pero también por filósofos como Jürgen Habermas, quien confirmó el potencial emancipador de la psicología profunda gracias a la profundización de la autocomprensión que permitía. En contraste con las ciencias físicas, su foco esencial se centraba en los significados, que jamás pueden ser cuantificados. Sin embargo, la disciplina continuó limitada por un problema más grave: aparentemente, sus intuiciones sólo eran pertinentes a la psique, al aspecto subjetivo de las cosas, no al mundo en sí mismo. Tales intuiciones no podían cambiar el contexto cósmico más amplio en el que el ser humano buscaba integridad psicológica y realización espiritual. Esa ruptura primigenia permanecía intacta, y sin curar.

Dentro de la estructura establecida de la cosmovisión moderna, con independencia de lo convincente que, desde el punto de vista subjetivo, fuera la evidencia psicológica de una dimensión espiritual trascendente, un dominio arquetípico, un *anima mundi*, un impuso religioso universal o la existencia de Dios, los descubrimientos de la psicología no podían revelar nada con certeza acerca de la auténtica constitución de la realidad. Las experiencias y el conocimiento interior que exploraba la psicología profunda sólo podían considerarse una expresión de la psique humana y de sus estructuras intrínsecas. En efecto, la espiritualidad y la religión humanas estaban todavía confinadas al universo subjetivo. Era imposible decir qué había detrás de esto. Tal vez la psicología profunda había ofrecido al alma moderna un mundo interior más profundo y más rico, pero el universo objetivo conocido de la ciencia natural seguía siendo materialista, opaco y desprovisto de finalidad. Con la escisión que se daba en la cosmovisión moder-

na entre, por un lado, la interioridad religiosa, romántica y psicoanalítica y, por otro lado, la descripción mecanicista del mundo propia de las ciencias físicas, no parecía haber posibilidad alguna de un auténtico puente o mediación entre el yo y el mundo, entre sujeto y objeto, entre psique y cosmos. En su núcleo y su esencia, la modernidad había creado una tensión de opuestos aparentemente irresoluble, una fundamental antítesis entre cosmología objetivista y psicología subjetivista.

Al parecer, el gran descenso del yo moderno ha llegado a un auténtico callejón sin salida. Y esta situación metafísica y epistemológica particularmente difícil, al penetrar e impregnar de una u otra forma todos los aspectos de la experiencia humana, ha afectado prácticamente a todos los pensadores importantes del siglo XX, en el curso del cual ha habido valientes respuestas a este dilema generalizado, algunas resignadas a su inevitabilidad y otras, en cambio, anticipatorias de su transformación. Entre éstas, desde el interior del campo de la propia psicología profunda, el estudio de una provocadora categoría especial de fenómenos ha sugerido de un modo particularmente directo que la abismal división entre yo interior y mundo objetivo podría no ser absoluta.

LA SINCRONICIDAD Y SUS IMPLICACIONES

La mayoría de nosotros hemos observado en el curso de nuestra vida coincidencias en las que dos o más acontecimientos independientes y sin aparente conexión causal parecen, no obstante, constituir un patrón de significado. En ocasiones, la fuerza interna de ese patrón nos asombra hasta tal punto que nos cuesta creer que la coincidencia se deba únicamente al azar. Los acontecimientos dan la clara impresión de haber sido dispuestos con toda precisión, de haber sido imperceptiblemente orquestados.

Jung describió por primera vez este notable fenómeno, que denominó sincronicidad, en un seminario de 1928. Continuó sus investigaciones a lo largo de más de veinte años antes de intentar por fin una plena formulación del mismo, a principios de los años cincuenta. Presentó su influyente análisis de la sincronicidad, todavía en gestación, en su última ponencia en las conferencias Eranos, a la que de inmediato siguió una larga monografía. Desarrollado en parte en discusiones con físicos, en especial con Einstein y Wolfgang Pauli, el principio de sincronicidad presentaba paralelismos con determinados descubrimientos de la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica. Sin embargo, a causa de su dimensión psicológica, el concepto de Jung resultaba especialmente pertinente ante el cisma de la cosmovisión moderna entre el suje-

to humano en busca de sentido y el mundo objetivo vacío de sentido. Desde el primer momento, este principio ha ocupado una posición única en los análisis contemporáneos, pues los físicos lo han descrito como un reto capital a los fundamentos filosóficos de la ciencia moderna y, al mismo tiempo, los estudiosos de la religión han visto en él profundas implicaciones para la psicología de la religión. La cantidad de libros y la atención que, tanto entre eruditos como entre el público en general, se dedicaron al concepto y al fenómeno ha ido aumentando de una década a otra.[1]

Al comienzo, Jung se interesó particularmente por las coincidencias significativas debido, sin duda, a que la frecuencia con que ocurrían había ejercido una considerable influencia en su propia experiencia vital. También observó que, en el proceso terapéutico de sus pacientes, esos acontecimientos desempeñaban repetidamente un papel a veces poderoso, sobre todo en períodos de crisis y transformación. La espectacular coincidencia de significado entre un estado interior y un acontecimiento exterior simultáneo parecía producir en el individuo un movimiento sanador orientado a la plenitud psicológica y mediado por la inesperada integración de realidades internas y externas. A menudo estos acontecimientos daban lugar a un nuevo sentido de orientación personal en un mundo al que, en la nueva situación, se consideraba capaz de encarnar finalidades y significados más allá de las meras proyecciones de la subjetividad humana. De pronto, el caos aleatorio de la vida parecía encubrir un orden más profundo. Se había dado, por así decir, un signo sutil, un color inesperado en el pálido vacío de significado, un indicio, en palabras de William James, de «algo más».

Junto con las apariciones más profundas de la sincronicidad se daba la naciente intuición, que a veces se veía como un despertar espiritual, de que el individuo, hombre o mujer, no sólo estaba inserto en un fundamento más amplio de sentido y finalidad, sino que, en cierta manera, era también un foco del mismo. Este descubrimiento, que a menudo emergía después de un prolongado período de oscuridad o de crisis espiritual, tendía a ir acompañado de la apertura a nuevas potencialidades y responsabilidades existenciales. Tanto a causa de

este significado personal directamente vivido, como de sus asombrosas implicaciones, semejante sincronicidad era portadora de una cierta numinosidad, una carga espiritual dinámica con consecuencias transformadoras para la persona que la experimentaba. A este respecto, el fenómeno parecía funcionar, en términos religiosos, como algo parecido a una intervención de la gracia. Jung observó que con frecuencia estas sincronicidades se guardaban en secreto o con reserva, para evitar la posibilidad del ridículo que acecha a un acontecimiento de tan relevante significado personal.

El ejemplo clásico de una experiencia crucial de sincronicidad es la conocida descripción de Jung del caso del «escarabajo de oro». Hela aquí:

Mi ejemplo se refiere a una joven paciente que, a pesar de los esfuerzos de ambas partes, demostraba ser psicológicamente inaccesible. La dificultad estribaba en que siempre estaba mejor informada acerca de todo. Su excelente educación le había proporcionado un arma perfectamente idónea, a saber, un racionalismo cartesiano muy refinado, con una impecable concepción «geométrica» de la realidad [como en el típico modo de demostración lógica de Descartes]. Tras varios e infructuosos intentos de suavizar su racionalismo con un poco más de comprensión humana, tuve que limitarme a confiar que ocurriera algo inesperado e irracional, algo que hiciera estallar la burbuja intelectual en la que se había encerrado. Pues bien, un día estaba yo sentado frente a ella, de espaldas a la ventana, escuchando su flujo de retórica. La noche anterior, ella había tenido un sueño impresionante en el que alguien le entregaba un escarabajo de oro, una lujosa pieza de orfebrería. Mientras me contaba su sueño, oí detrás de mí que algo golpeaba suave y repetidamente la ventana. Miré y vi que se trataba de un insecto volador bastante grande, que golpeaba el cristal de la ventana desde afuera en un evidente esfuerzo por entrar en la habitación oscura. Esto me pareció muy extraño. Abrí la ventana de inmediato y cogí el insecto en el aire mientras entraba. Era un escarabajo, una Cetonia aurata, cuyo color verde dorado lo hace muy semejante a un escarabajo de oro. Le entregué el insecto a mi paciente mientras le decía: «Aquí está su escarabajo». Esta experiencia finalmente perforó su racionalismo y rompió el hielo de su resistencia intelectual. A partir de ese

momento se pudo proseguir el tratamiento con resultados satisfactorios.

La extraordinaria coincidencia entre la imagen poderosamente simbólica que la mujer había experimentado en su sueño la noche anterior, y que en ese preciso momento estaba relatando, y la espontánea aparición en la ventana de un insecto que era «lo más parecido al escarabajo de oro que se puede encontrar en nuestras latitudes», penetró eficazmente a través de la coraza intelectual con la que la paciente había estado bloqueando su desarrollo psicológico. En ese momento, «su ser natural podía irrumpir... y el proceso de transformación ponerse finalmente en marcha».

En otro ejemplo semejante, que se relata en los cuadernos de Esther Harding, una paciente cuyos sueños estaban llenos de imágenes sexuales insistía en interpretarlos en términos simbólicos no sexuales, a pesar del esfuerzo de Jung para persuadirla de su más probable significado directo. El día de la sesión siguiente, dos gorriones aletearon hacia el suelo, a los pies de la mujer, y «realizaron el acto».

En algunas raras ocasiones, una sincronicidad adquiere un poder extraordinario por su impacto en un individuo históricamente significativo, de modo que, en última instancia, desempeña un papel decisivo en la vida colectiva de una cultura más amplia. La famosa coincidencia que constituyó un punto de inflexión en la vida de Petrarca tuvo lugar en el apogeo de su ascenso al Mont Ventoux, en abril de 1336, acontecimiento que durante mucho tiempo los estudiosos vieron como el comienzo simbólico del Renacimiento. Durante muchos años, Petrarca había sentido un creciente impulso a ascender esta montaña para contemplar el vasto panorama desde su cima, pese a que en su época se trataba de algo prácticamente inaudito. Por fin eligió el día y, en compañía de su hermano, realizó el largo ascenso, marcado por el intenso esfuerzo físico y la reflexión interior. Cuando, finalmente, alcanzó la cumbre, con nubes bajo los pies y vientos contra el rostro, Petrarca se sintió sobrecogido por la gran extensión del mundo que se abría ante él: montañas con el pico cubierto de nieve y el mar en la distancia, ríos y valles debajo, la

inmensa expansión del cielo en todas las direcciones. James Hillman refiere así el acontecimiento:

> En la cumbre de la montaña, con la sublime visión de la Provenza francesa, los Alpes y el Mediterráneo desplegados ante él, abrió su pequeño ejemplar de bolsillo de las *Confesiones* de Agustín. Hojeando al azar, fue a dar en el libro X, 8, y leyó: «Los hombres viajan para admirar la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros, y se olvidan de lo mucho de admirable que hay en sí mismos...».
>
> Petrarca quedo atónito ante la coincidencia entre las palabras de Agustín y el momento y el lugar en que las leía. Su emoción marcó el despertar de su vocación personal y proclamó a la vez la nueva actitud del Renacimiento... Petrarca extrajo su conclusión decisiva del acontecimiento del Mont Ventoux: «Nada es admirable excepto el alma» (*nihil praeter animum esse mirabile*).[2]

Petrarca quedó tan conmovido por la fuerza de la coincidencia de las palabras de Agustín que permaneció en silencio durante todo el descenso. Reconoció de inmediato esta coincidencia como parte de un modelo más general de tales momentos de transformación, por los que otros habían pasado en la historia de las conversiones espirituales: «No podía creer que había dado con ellas por mera casualidad. Lo que allí había leído me parecía dirigido a mí y a nadie más que a mí, a la vez que recordaba que San Agustín había sentido lo mismo en su propio caso». Efectivamente, Agustín había tenido una experiencia casi idéntica con ocasión de su gran giro espiritual. En el jardín de Milán, en 386, en medio de una gran crisis espiritual, oyó que de una casa vecina le llegaba una voz de niño que repetía misteriosamente las palabras «*Tolle, lege*» («Toma y lee»). Sin saber a ciencia cierta qué significaban, terminó por abrir al azar un ejemplar de las epístolas de San Pablo y allí leyó palabras que hablaban con extraña precisión de la naturaleza de su conflicto de toda la vida y su resolución, inmediatamente después de lo cual, «como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas» (*Confesiones*, VIII, 29).

También aquí, la emoción de Agustín en el jardín de Milán marcó el despertar de su vocación personal y proclamó a la vez la nueva actitud de la naciente era cristiana. Mil años después, las propias palabras de Agustín encontradas al azar proporcionaron a Petrarca una fuerza catalizadora sorprendentemente similar en el Mont Ventoux. Esta vez, la epifanía sincrónica se desplegó en una nueva dirección y con diferentes consecuencias: una revelación se produjo en el jardín y apuntó al cristianismo y la Edad Media; la otra ocurrió en la montaña y apuntó al Renacimiento y la modernidad.[3]

Jung creía que, en general, las sincronicidades parecían cumplir el mismo papel que los sueños, los síntomas psicológicos y otras manifestaciones del inconsciente, esto es, compensar la actitud consciente y movilizar la psique, de una unilateralidad problemática hacia una mayor plenitud e individuación. El patrón de significado inesperadamente externalizado no sólo parecía representar más que una mera coincidencia casual, también parecía servir a un propósito definido, pues impulsaba la psique hacia una realización psicológica y espiritual más completa de la personalidad. Esta autorrealización se lograba mediante una integración más profunda de consciente e inconsciente, que en último término requería una lúcida deposición de la habitual actitud consciente de superioridad cognitiva. Según este punto de vista, la interpretación perspicaz de los fenómenos de sincronicidad, como ocurre con todas las expresiones del inconsciente, antes que exaltar de un modo narcisista la importancia egocéntrica del individuo, podría corregir precisamente esas tendencias y abrir la psique a una visión más amplia.

Un ilustrativo ejemplo de este enfoque autocrítico y compensatorio de la sincronicidad en la propia vida de Jung es el que cuenta Henry Fierz a propósito de un encuentro con Jung en la década de 1950. Fierz había ido a ver a Jung para analizar con él la conveniencia de publicar un manuscrito de un científico recientemente fallecido. A la hora acordada para la cita, las cinco en punto, llegó Fierz y la discusión comenzó.

Jung había leído el libro y pensaba que no debía publicarse, pero yo discrepaba y estaba a favor de la publicación. Nuestra discusión se tornó bastante áspera y Jung miró su reloj, pensando, obviamente, que ya había perdido demasiado tiempo en ese asunto y que podía dar por terminada la reunión. Mirando su reloj, dijo: «¿A qué hora vino usted?». «A las cinco, como habíamos acordado», respondí. Jung: «¡Qué extraño! Esta mañana me entregaron el reloj después de una revisión a fondo, y ahora marca las 5.05. Pero seguramente usted ha estado mucho más tiempo aquí. ¿Qué hora tiene?», «Las 5.35.» A lo que Jung comentó: «Así que el que tiene la hora correcta es usted y no yo. Volvamos a discutir la cuestión». Esa vez pude convencer a Jung de que el libro debía publicarse.

En este caso, el interés del acontecimiento sincrónico no reside en la fuerza intrínseca de la coincidencia, sino en el sentido que Jung extrajo de él al usarlo en lo esencial como base para desafiar y reorientar su propia actitud consciente. La inesperada detención del reloj y su consecuente error fue objeto de inmediato reconocimiento, por parte de Jung, de un paralelismo –que por eso mismo le llamaba la atención– con lo que entonces sospechó que podía ser una detención y un error comparables de su pensamiento acerca del tema en discusión. Reparó en el hecho de que ambos acontecimientos, uno interno y el otro externo, se habrían producido prácticamente en el mismo momento. En lugar de dar automáticamente por supuesto que no había ninguna conexión significativa entre el estado de su reloj y el de su pensamiento, que habría sido sin duda la suposición normal, intuyó un campo más amplio de significado subyacente que daba forma a todo lo que había sucedido en la habitación. En ese campo, los acontecimientos sin aparente conexión causal en el sentido convencional del término podían reconocerse como partícipes de un todo ordenado más sutil, un patrón más amplio de sentido discernible por la mente preparada, aun cuando ese sentido desafiara su actitud consciente.

Para Jung, la inteligibilidad de la conexión simbólica entre los dos acontecimientos era tan transparente como si la hubiera leído en un periódico, y actuó en consecuencia. Lo que hizo inteligible la correlación entre lo interno y lo externo fue la

presencia de dos factores: en primer lugar, una desarrollada capacidad para pensar y percibir simbólicamente, una sensibilidad cultivada para configuraciones metafóricas y analógicas que conectan y por tanto iluminan diversos fenómenos; y en segundo lugar, una apertura epistemológica a la posibilidad de que ese significado pudiera ser vehiculado tanto por el mundo exterior como por el interior, por toda la naturaleza y el medio que nos rodea, y no sólo por la psique humana.

Sin embargo, el reconocimiento de esas sincronicidades requiere sutiles juicios realizados en circunstancias usualmente impregnadas de ambigüedad y abiertas a múltiples interpretaciones. La sugerencia de la configuración y la tantas veces delicada precisión en los detalles de esas coincidencias escapa sin ninguna duda a la red de evaluaciones objetivas y pruebas experimentales. Las sincronicidades parecen constituir una realidad vivida cuya experiencia depende profundamente de la percepción sensible del contexto y el matiz. Pues las sincronicidades tienen un lado sombrío, como ocurre en la exageración de lo trivial para descubrir un significado de autoexaltación. Otra forma que puede adoptar ese lado oscuro es la reducida y mórbida interpretación paranoica de las coincidencias en términos de conspiraciones malignas de otras personas astutamente dirigidas al yo, o de psicóticos delirios de autorreferencia. Estas interpretaciones, tal como Jung lo sugirió una vez, son egocéntricas, precopernicanas. Centran ingenuamente el mundo del significado en el viejo y estrecho yo, magnifican o persiguen el ego separado, eludiendo de ese modo el surgimiento más complejo y a menudo difícil del yo individualizado que dialoga con el todo.

Ese surgimiento requiere que se preste atención a las demandas y las comunicaciones del amplio cosmos del inconsciente. Es preciso emprender un minucioso cultivo del autoconocimiento para no quedar bajo el dominio de la mera proyección. La discriminación de estos acontecimientos requiere una conciencia autocrítica de las tendencias inconscientes a la distorsión narcisista, en virtud de la cual se está constantemente transformando acontecimientos aleatorios o periféricos en signos de un universo egocéntrico. No menos decisivo es el desarrollo y la equilibrada interacción de múlti-

ples facultades cognitivas: empírica, racional, emocional, relacional, intuitiva, simbólica. La capacidad para un agudo pero equilibrado discernimiento no debe forjarse únicamente sobre la base de la atención a la configuración significativa, sino también sobre la de una disciplinada dedicación al todo más amplio en cuyo seno el yo individual busca orientación.

Hoy, medio siglo después de la formulación original junguiana del principio de sincronicidad y ya ampliamente reconocidos el concepto y el fenómeno, es posible discernir una secuencia y una progresión típicas en la naturaleza de acontecimientos y respuestas sincrónicos. La primera fase está en general marcada por la experiencia de diversas coincidencias y configuraciones ambiguamente sugestivas que podrían parecer más o menos extraordinarias, curiosas o incluso vagamente misteriosas, pero que también pueden tomarse como simplemente fortuitas o subjetivas y, por tanto, ser ignoradas u olvidadas. Más adelante, pueden darse una o más sincronicidades especialmente poderosas, libres de ambigüedad en la fuerza de su coincidencia y en la precisión de su estructura, que tengan un efecto revelador con respecto al individuo y marquen un umbral decisivo en su desarrollo psicológico y espiritual. No es raro que este tipo de sincronicidades se den en asociación con nacimientos, defunciones, crisis y otros puntos de inflexión importantes en la vida. A veces puede producirse una súbita convergencia de muchas de estas sincronicidades en intrincada interconexión, muy cercanas unas de otras o en rápida sucesión, desencadenando una poderosísima epifanía de un nuevo sentido y una nueva finalidad en la vida del individuo.

Sin embargo, con el tiempo, una vez superado este umbral, suele aparecer una nueva actitud ante las sincronicidades, en la medida en que su frecuencia y su carácter llegan a dar la impresión de formar parte de la penetrante inteligencia y maestría de la vida, de ser menos la revelación puntual de un nuevo orden de la realidad que una fuente continuada de sentido y orientación que nos hace participar en la vida con mayor sensibilidad e inteligencia. Empieza así a desarrollarse, como aspecto esencial del hecho de vivir una vida más consciente, una disciplinada atención a la estructura significativa, tanto en el

mundo exterior como en el interior. Se considera que la aparición de sincronicidades permite un diálogo continuo con el inconsciente y el todo más amplio de la vida, a la vez que estimula una apreciación estética y espiritual de los poderes vitales de compleja configuración simbólica.

Aunque en su monografía principal sobre la sincronicidad Jung no describe explícitamente esta última fase, es evidente, por muchos pasajes de sus escritos y por los recuerdos y memorias de otros, que la manera en que orientó su vida y su práctica clínica llevaba implícita una constante atención a acontecimientos sincrónicos potencialmente significativos que darían forma a su modo de entender las cosas y a sus acciones. Jung veía la naturaleza y el medio que rodea a cada uno como una matriz viviente de sentido potencialmente sincrónico capaz de iluminar la esfera humana. Prestaba atención a los inesperados o insólitos movimientos o apariciones de animales y las bandadas de aves, el viento, las tormentas, el repentino aumento de intensidad del batir del lago tras la ventana de su consultorio y fenómenos similares, por si pudieran tener una relevancia simbólica paralela al despliegue de realidades psicológicas interiores. Para la mujer que había soñado con el escarabajo de oro, la visita sincrónica del día siguiente a través de la ventana tuvo un carácter impresionantemente transformador, mientras que, para Jung, el mismo acontecimiento representó un ejemplo asombroso, pero no extraño, de la configuración significativa de acontecimientos internos y externos a la que ya hacía mucho tiempo había aprendido a prestar atención.

En agudo contraste con la cosmovisión moderna, Jung dejó de considerar el mundo exterior como fondo puramente neutral sobre el cual la psique humana persigue su aislada búsqueda intrasubjetiva de sentido y finalidad. Más bien, todos los acontecimientos, internos y externos, ya emanaran del inconsciente humano, ya de la matriz más amplia del mundo, eran reconocidos como fuentes de potencial significado psicológico y espiritual. Desde esta perspectiva, no sólo la psique individual, y no sólo el inconsciente colectivo de la humanidad, sino la naturaleza entera, sostenían e impulsaban la psique humana hacia una mayor conciencia de la finalidad y el

significado.[4] Cada momento del tiempo poseía un cierto carácter o cualidad tangibles que impregnaban los diversos acontecimientos que tenían lugar en ese momento.

> De verdad, es como si el tiempo, lejos de ser una abstracción, fuera un continuo concreto que contiene cualidades o principios que pueden manifestarse con relativa simultaneidad en diferentes lugares y con un paralelismo para nosotros inexplicable, como en los casos de aparición simultánea de idénticos pensamientos, símbolos o condiciones psíquicas... Todo lo que nazca o se haga en ese momento particular tiene la cualidad de ese momento.[5]

En la manera junguiana de entender esos fenómenos era de capital importancia su observación de que el significado subyacente o factor formal que vinculaba los acontecimientos sincrónicos internos y externos, la causa formal, en términos aristotélicos era de naturaleza arquetípica. Partiendo de las profundas intuiciones de Freud e inspirándose en el clásico vocabulario filosófico platónico, así como en tradiciones esotéricas, Jung había observado y definido mucho tiempo antes los arquetipos como los principios rectores fundamentales de la psique humana. Sobre la base de análisis propios y ajenos, no sólo de una variada gama de fenómenos clínicos, sino también del arte, los mitos y las religiones de muchas épocas y culturas, Jung llegó a considerar los arquetipos como formas simbólicas innatas y disposiciones psicológicas que estructuran e impelen inconscientemente la conducta y la experiencia humanas tanto en el nivel personal como en el colectivo. Son «autorretratos» de los instintos y dan sentido a la experiencia humana de acuerdo con ciertos patrones o formas universales e intemporales: Luz y Oscuridad, Nacimiento y Muerte, Renacimiento, el Héroe, la Gran Madre, el Hijo, el Embaucador, la Sombra, lo Bueno y lo Malo, Eros y Logos, lo Femenino y lo Masculino, así como formas personificadas de modo más específico y con más pronunciadas inflexiones culturales, como Afrodita, Edipo, Dioniso, Prometeo, Saturno, Shakti, Kali, Shiva, Wotan, Isis y Sofía. Otra categoría importante de los arquetipos comprende los principios matemáticos del número y la forma geométrica, como en la tradición pita-

górico-platónica, y formas sagradas tradicionales como el mandala, el círculo y la cruz. A todos estos principios se les reconocía un carácter primordial, mítico y numinoso, fundado en las capas más profundas de la psique, y se los veía como expresiones de un inconsciente colectivo compartido por todos los seres humanos.

Durante la mayor parte de su carrera, Jung trabajó y escribió en el moderno marco filosófico cartesiano-kantiano de una división básica entre el sujeto humano y el mundo objetivo, de modo que tendió a restringir los arquetipos al mundo interior de la psique humana. Su visión de los arquetipos en los períodos temprano y medio de su carrera era en general equivalente a la noción de formas y categorías a priori de Kant: estructuras o disposiciones psicológicas heredadas que precedían y modelaban la naturaleza de la experiencia humana, pero de las que no se podía decir que trascendieran la psique humana. Sin embargo, en su obra posterior, y más explícitamente en el contexto de su análisis de las sincronicidades, Jung se inclinó a favor de una concepción de los arquetipos como patrones autónomos de significado que configuran tanto la psique como la materia y proporcionan un puente entre lo interior y lo exterior: «La sincronicidad postula un significado a priori en relación con la conciencia humana y que, al parecer, existe fuera del hombre». De esta manera, la obra tardía de Jung conecta profundamente con la antigua comprensión de un mundo dotado de alma, un *anima mundi* de la que la psique humana participa y con la que comparte los mismos principios de significado y orden. Jung observaba paralelismos entre los fenómenos sincrónicos y la comprensión china del Tao, la antigua concepción griega de la simpatía cósmica de todas las cosas, la doctrina hermética del microcosmos y el macrocosmos, la teoría medieval y renacentista de las correspondencias y el concepto medieval de la preexistente unidad última de toda la existencia, el *unus mundus* (el mundo unitario).[6]

En todos los casos de sincronicidad, Jung distinguió una subyacente coherencia de los arquetipos, coherencia que vinculaba acontecimientos de otro modo inconexos, informaba el campo más amplio de significado e infundía una cualidad es-

pecífica fundamental al momento en que tenía lugar la sincronicidad. Por ejemplo, en el primero de los casos anteriormente citados, la imagen del escarabajo de oro, de tanta carga simbólica, expresaba el principio arquetípico del renacimiento y la renovación, visible en el mito egipcio del Dios Sol, que, en el otro mundo, durante el viaje marítimo nocturno, se trasmutaba en un escarabajo y luego se montaba a la gabarra para volver a aparecer al alba, renacido, en el cielo matutino. En la religión egipcia, el viaje mítico del Sol mediaba el viaje espiritual del alma y proporcionaba así al individuo un modelo simbólico transformador de descenso y renovación, muerte y renacimiento.

Por el contrario, el caso del reloj parado estaba penetrantemente informado por el complejo arquetipo de Saturno-Cronos, el principio del *senex*, símbolo y figura básicos en la tradición cultural de Occidente, desde los griegos antiguos y la era helenística hasta la Edad Media y el Renacimiento.[7] En esta sincronicidad, el arquetipo de Saturno no sólo aparecía en todos los pormenores concretos que implicaban el tiempo, sino también en los temas intrincadamente interrelacionados de detención y estancamiento (tanto de la mente como del reloj), de oposición y rechazo, error, falta, corrección, juicio y autocrítica, el superego. Cada elemento y etapa del acontecimiento sugería una dimensión del espectro polivalente de significados del principio de Saturno: el tiempo preciso del encuentro, la tarea a realizar, el problema a resolver, el enunciado de juicios, el antagonismo de la discrepancia, el intento de concluir la tarea, el cuidadoso acto de negación y crítica dirigido en primer lugar hacia fuera, a los otros, y luego hacia dentro, hacia el yo, la autocorrección seguida de repetición y nuevo tratamiento del problema para intentar, esta vez, abordarlo correctamente. Por último, los temas más generales, como decidir el destino del manuscrito, juzgar el legado del fallecido, la muerte como detención del tiempo, eran todos expresiones características de Saturno y del *senex* discernible en el momento del encuentro.

Puesto que las sincronicidades parecían reflejar y encarnar las mismas formas arquetípicas que Jung y muchos otros llegaron a tener por principios básicos subyacentes de la psique

humana, el que esas coincidencias significativas ocurrieran realmente y que como tales se las reconociera imprimió una nueva y decisiva dimensión a la perspectiva de los arquetipos. La conformidad empírica entre el acontecimiento que tenía lugar en el mundo exterior y la cualidad arquetípica del estado interior de conciencia sugería que el arquetipo activo no podía localizarse como una realidad intrapsíquica exclusivamente subjetiva. Más bien al contrario, tanto la psique como el mundo, lo interior como lo exterior, estaban informados por el patrón arquetípico y, en consecuencia, unidos por la correlación. Fue específicamente la potencia experiencial de esta espontánea resonancia arquetípica lo que pareció actuar como solvente curativo sobre las encallecidas polaridades entre el yo y el mundo, el sujeto y el objeto, lo consciente y lo inconsciente de la persona que pasaba por una experiencia de sincronicidad.

> El inconsciente colectivo nos rodea por doquier... Se asemeja más a una atmósfera en la que vivimos que a algo que se encuentre *en* nosotros... Además, no se comporta en absoluto de modo simplemente psicológico; en los casos de la llamada sincronicidad demuestra ser un sustrato universal presente en el ambiente antes que una premisa psicológica. Toda vez que tomamos contacto con un arquetipo, entramos en una relación con factores transconscientes, metapsíquicos.

Así las cosas, este desarrollo en el pensamiento de Jung constituyó un cambio capital en su concepción de la situación religiosa a que hacía frente la psique moderna. Desde muy temprano en su carrera, creyó Jung que tanto la senda psicológica como la espiritual del yo moderno necesitaban un encuentro directo y sostenido con el inconsciente arquetípico. De esto depende no sólo la posibilidad de una conciencia psicológica más profunda de uno mismo, sino también la de una transformación espiritual que permita un compromiso con esas realidades numinosas que podían curar profundamente la psique y proporcionarle finalidad orientadora y sentido trascendente. En la mayoría de sus escritos se entiende que este compromiso se produce en el seno de lo que Jung considera-

ba en esencia el círculo sagrado de la psique humana. Sin embargo, al final, los largos años que Jung dedicó a estudiar las sincronicidades lo impulsaron a reconocer este compromiso como algo que se hace real en el más amplio círculo sagrado de la naturaleza como un todo. Desde ese punto de vista, el despliegue de la espiritualidad humana y la lucha de cada persona por su individuación no sólo se apoyan en las profundidades interiores de la psique humana, sino también en las profundidades de la naturaleza misma.[8]

El reconocimiento de las potenciales implicaciones metafísicas de las sincronicidades no sólo sugería una transformación en la psicología de la religión, sino que también representaba un paso decisivo hacia la superación de la escisión entre religión y ciencia en la era moderna, que durante tanto tiempo se había expresado en la diferencia abismal y aparentemente insuperable entre psique y mundo. Como ha escrito el físico Victor Mansfield, hablando por muchos: «He encontrado demasiadas experiencias sincrónicas, tanto en mi vida personal como en la de otros, como para ignorarlas. Sin embargo, estas experiencias sorprendentemente comunes plantean tremendos desafíos psicológicos y filosóficos a nuestra visión del mundo. Para mí, como físico formado en la cultura del materialismo científico, son experiencias particularmente turbadoras». Con estas implicaciones en mente, tanto filosóficas como psicológicas, Marie Louise von Franz, estudiosa de Jung y estrechamente asociada a él, afirmó, en una entrevista a finales de su vida, que «el trabajo que queda ahora por hacer es elaborar el concepto de sincronicidad. No sé quiénes continuarán este trabajo. Han de existir, pero no sé dónde están».

A pesar de lo enigmático de su naturaleza y de ser a menudo desechadas sin más, las sincronicidades fueron los humildes indicios con los que Jung empezó a abrir la posibilidad de una redefinición fundamental tanto de la situación religiosa moderna como de la moderna descripción científica del mundo, más allá del universo cerrado de una psique con aspiraciones espirituales rodeada de un mundo desencantado. Recordando el diagrama que ilustraba la visión moderna del mundo, la existencia de sincronicidades implicó que el gran círculo exterior que representaba el mundo ya no podía verse

como un vacío definitivamente carente de sentido. La relación dinámica entre diferentes dimensiones del ser, tanto entre el yo humano y el mundo que lo rodea como entre la conciencia y el inconsciente, había de ser repensada. Al parecer, fue el creciente reconocimiento de la importancia que estas implicaciones tenían para la visión moderna del mundo lo que impulsó a Jung a trabajar con tanto denuedo, con tanto valor incluso, para incorporar la conciencia crítica del fenómeno de la sincronicidad al discurso intelectual del siglo XX.[9]

Ahora, la búsqueda psicológica y espiritual del yo moderno se extendía más allá de un horizonte exclusivamente subjetivo, intrapsíquico, pues esa búsqueda tenía lugar en el marco de un mundo que poseía una evidente capacidad intrínseca para expresar y servir de soporte al sentido y la finalidad. Tenue, sutilmente, el contexto más amplio en el que la psique moderna perseguía su búsqueda de totalidad comenzó a cambiar.

EL COSMOS ARQUETÍPICO

Así sucede que, cuando perseguimos una búsqueda más allá de un cierto grado de profundidad, salimos del campo de las categorías psicológicas y entramos en la esfera de los misterios últimos de la vida. Las tablas del suelo del alma, a través de las cuales tratamos de pasar, se abren como un abanico y desvelan el firmamento estrellado.

Bruno Schulz

A lo largo de los años, muchos investigadores han mostrado especial interés por el problema de las coincidencias, precisamente porque esos acontecimientos podían interpretarse como evidencia de que el mundo posee más unidad, orden y sentido subyacentes de lo que la mente moderna ha supuesto. A semejanza de la anómala situación en que se encontraron los físicos newtonianos a finales del siglo XIX con el experimento de Michelson-Morley, la sincronicidad representaba un fenómeno que, por decirlo simplemente, no debía ocurrir, al menos no en un universo aleatorio y sin finalidad. Sin embargo, el problema ha mantenido su ambigüedad, pues aunque las coincidencias suelen ser significativas desde el punto de vista personal, tienden a resistir la evaluación objetiva. Sólo si esos fenómenos fueran, en cierto sentido, públicos y generales, en lugar de privados y excepcionales –únicamente si las

configuraciones arquetípicas resultaran más universalmente discernibles y se dieran más ampliamente asociadas a la experiencia colectiva y el mundo en general, en lugar de hacerlo esporádicamente y en casos aislados especiales–, la sugerencia de un orden más profundo podría encontrar una corroboración efectiva que le permitiera influir en la visión cultural del mundo.

Sin embargo, un tipo muy controvertido de sincronicidades parecía acercarse a esta descripción. En el curso de su carrera, Jung se sintió cada vez más atraído por la antigua perspectiva cosmológica de la astrología, que postulaba una correspondencia simbólica sistemática entre las posiciones planetarias y los acontecimientos de la existencia humana. Allí estaba la tesis, ampliamente aceptada en la mayoría de las otras culturas, así como en épocas anteriores de Occidente, de que el orden del universo es tal que los movimientos y las configuraciones del cielo están sincrónicamente correlacionados con los movimientos y las configuraciones de los asuntos humanos, de un modo que los hace inteligibles y significativos para la mente humana. Jung empezó a examinar la astrología no más tarde de 1911, cuando mencionó sus investigaciones en una carta a Freud. («Tengo las noches muy ocupadas por la astrología. Hago cálculos de horóscopos con el fin de encontrar una pista que conduzca al corazón de la verdad psicológica. Han sucedido algunas cosas extraordinarias...») Poco a poco el interés se fue convirtiendo en foco importante de investigación, hasta que en sus últimos años Jung se dedicó con considerable pasión a la investigación astrológica. «La astrología –afirm– representa la suma de todo el conocimiento psicológico de la antigüedad.» Aunque sus escritos publicados presentan opiniones diversas y a veces ambiguas en torno a este tema en el curso de su vida, es evidente que las intuiciones que tienen origen en sus estudios astrológicos influyeron en muchas de sus formulaciones teóricas más importantes de la fase final, y extraordinariamente fructífera, de su obra (teoría de los arquetipos, sincronicidad, filosofía de la historia). También está claro, de acuerdo con los informes de su familia y de otras personas cercanas a él, que en sus últimas décadas llegó a emplear el análisis de las cartas natales y

los tránsitos planetarios como un aspecto habitual e integral de su trabajo clínico con pacientes en análisis.[10]

Por supuesto, durante la mayor parte de la era moderna, debido a una variedad de convincentes razones, la astrología no ha gozado de gran estima. Ciertamente, es difícil que sus expresiones populares inspiren confianza en tal empresa. En un plano más fundamental, era imposible conciliar la astrología con la descripción del mundo que surgió de las ciencias naturales de los siglos XVII y XVIII, en cuyo marco todos los fenómenos naturales, desde el movimiento de los planetas a la evolución de las especies, se entendían en términos de sustancias materiales y principios mecanicistas que funcionaban sin finalidad o propósito. Ni podía hacer frente a la tendencia de la mente moderna, instaurada durante la Ilustración, a ensalzar su autonomía racional y desvalorizar los sistemas de pensamiento anteriores, que parecían apoyar cualquier forma de *participation mystique* primitiva entre la psique humana y un mundo dotado de estructuras de sentido dadas de antemano. Es comprensible la reticencia de Jung a dar a conocer más abiertamente la extensión de su empleo de la astrología. En el contexto de las creencias del siglo XX y el dominio del pensamiento científico, ya había llevado lo más lejos posible las fronteras del discurso intelectual sobre el tema.

Como la mayoría de los hijos de la educación moderna, yo mismo consideré durante mucho tiempo con automático escepticismo cualquier forma de astrología. Sin embargo, más tarde, no sólo por influencia del ejemplo de Jung, sino también de numerosos colegas en cuyo buen juicio intelectual tenía razones para confiar, llegué a pensar que tal vez había en la tesis astrológica cierta esencia que merecía la pena investigar. Varios factores contribuyeron a mi interés. Una vez que dejé atrás el menosprecio habitual por las versiones convencionales, advertí que la historia de la astrología contenía algunos rasgos notables. Me pareció curioso que los períodos históricos de florecimiento de la astrología en Occidente –la Antigüedad clásica griega y romana, la era helenística en Alejandría, la Baja Edad Media, el Renacimiento italiano, la era isabelina en Inglaterra, el siglo XVI y comienzos del XVII en Europa en general–, fueran todas épocas de creatividad inte-

lectual y cultural inusualmente luminosa. Lo mismo podría decirse de la preeminencia de la astrología durante los siglos en que la ciencia y la cultura se hallaban en su apogeo en el mundo islámico, y también en India. Pensé que también era extraño que la astrología proporcionara el fundamento principal al primitivo desarrollo de la ciencia misma en las antiguas civilizaciones de Mesopotamia, y que su íntima relación con la astronomía haya desempeñado un papel importante en la evolución de la cosmología occidental a lo largo de dos mil años, desde sus orígenes griegos hasta el período de inflexión de la revolución copernicana. Me impresionó además la elevada categoría intelectual de aquellos filósofos, científicos y escritores que en una u otra forma habían dado su apoyo a la tesis astrológica, entre quienes, para mi sorpresa, estaban muchas de las figuras más importantes del pensamiento occidental: Platón y Aristóteles, Hiparco y Ptolomeo, Plotino y Proclo, Alberto Magno y Tomás de Aquino, Dante, Ficino, Kepler, Goethe, Yeats y Jung.[11]

Más allá de estos diversos factores históricos, también me impresionó un buen número de características comunes entre el sistema de pensamiento antiguo y la nueva concepción de la realidad hoy emergente en muchos campos a partir de la matriz posmoderna: la afirmación de la naturaleza multidimensional de la realidad, la compleja comprensión holística de la parte y el conjunto en todos los fenómenos, el reconocimiento de una «ecología de la mente» en la naturaleza, la nueva distinción de sutiles dimensiones de ordenamiento en procesos naturales aparentemente aleatorios, la apertura a fuentes de conocimiento y a tradiciones de pensamiento no reconocidas por la racionalidad moderna convencional, el reconocimiento de la dimensión espiritual de la existencia, la apreciación del papel del significado simbólico, mítico y arquetípico en la experiencia humana. A diferencia de su predecesor mecanicista moderno, el paradigma emergente proporcionaba un marco conceptual general que en muchos aspectos no era intrínsecamente incompatible con la perspectiva astrológica.

Pero lo que me estimuló especialmente y, al final, me impulsó a la reconsideración de la astrología fueron, como en el caso de Jung, los inesperados resultados de la investigación

que decidí emprender por mi cuenta. Ahora creo que este encuentro directo con los datos empíricos que uno ha obtenido en su investigación personal es lo único que puede contribuir de un modo efectivo a la superación de la extremada resistencia que, al principio, experimenta ante la astrología prácticamente toda persona educada en el contexto moderno. Pese a los paralelismos con otras teorías y perspectivas emergentes que se acaba de mencionar, y pese a la probable nobleza y antigüedad de su linaje, la astrología ha sido durante demasiado tiempo la antítesis absoluta del pensamiento y de la cosmología modernos como para que pueda ser distinta la actitud con que hoy la abordan la mayoría de los individuos cultos.

De todas las perspectivas y teorías del «nuevo paradigma», la astrología es la que traspasa de modo más incómodo la línea fronteriza del paradigma predominante, la que más probablemente evoca el desdén y la burla, la más idónea para que se la conozca más por su caricatura en los medios de comunicación populares que por las investigaciones, revistas y estudios de probada seriedad. Por encima de todo, la astrología es el punto de vista que más directamente contradice la tan arraigada cosmología desencantada y descentrada que abarca prácticamente toda la experiencia moderna y posmoderna. Postula un cosmos intrínsecamente impregnado de sentido que, en cierto modo, tiene su foco, como nexo de ese sentido, en la Tierra e incluso en el ser humano individual. Semejante concepción del universo se contrapone radicalmente a los supuestos más fundamentales de la mente moderna.

Precisamente por esta razón, la astrología ha tenido durante mucho tiempo la oposición intransigente, y a menudo vehemente, de la mayoría de los científicos contemporáneos. Como ellos mismos señalan con frecuencia, si la astrología fuera válida en algún sentido, habría que cuestionar los fundamentos mismos de la cosmovisión moderna. Su intrínseco absurdo ha quedado tan patente que no admite siquiera discusión. La astrología es el último vestigio aún subsistente del animismo primitivo, afrenta de extraña perduración a la racionalidad objetiva de la mente moderna.

Se trata de enormes obstáculos para cualquiera que piense adoptar esta perspectiva y este método de investigación. Sin

embargo, el conocimiento humano evoluciona y cambia constantemente, a veces de maneras inesperadas. Lo que en una época se rechaza sin la más mínima duda puede ser vigorosamente reivindicado en otra, como ocurrió con la antigua hipótesis heliocéntrica de Aristarco, que durante mucho tiempo las autoridades científicas habían ignorado por inútil y absurda, cuando fue recuperada y reivindicada por Copérnico, Kepler y Galileo. Nunca la convicción general de un momento, aun cuando fuese universal, ha sido indicio seguro de la verdad o la falsedad de una idea. En lo que a mí respecta, no podía descartar dogmáticamente la posibilidad de que en la astrología hubiera mucho más de lo que la mente moderna había supuesto.

Tras aprender los elementos básicos para calcular una carta astral, dirigí la atención a un curioso fenómeno acerca del cual sabía que circulaban informaciones, entre profesionales del campo de la salud mental, que corroboraban una observación que Jung también había hecho. Las informaciones se referían a los «tránsitos» planetarios, que son alineamientos que se forman entre las posiciones actuales de los planetas en órbita y las posiciones planetarias en el momento del nacimiento de un individuo. Comencé con una pequeña muestra, que fui ampliando constantemente, y encontré, para mi gran asombro, que individuos involucrados en una variedad de formas de psicoterapia y de prácticas transformacionales mostraban una coherente tendencia a experimentar progresos psicológicos y transformaciones curativas en coincidencia con una cierta categoría de tránsitos planetarios en sus cartas natales, mientras que los períodos de sostenida dificultad psicológica tendían a coincidir con una categoría distinta de tránsitos, que implicaban otros planetas. La coherencia y la precisión de esas correlaciones iniciales entre estados psicológicos claramente definibles y alineamientos en tránsito coincidentes parecían demasiado significativos como para explicarlos por el azar. Sin embargo, dadas las visiones hoy aceptadas del universo, esas correlaciones simplemente no deberían darse. Lo que me llamó particularmente la atención fue el hecho inexplicable de que el carácter de los estados psicológicos observados correspondiera tan estrechamente a los significados atribuidos a los pertinentes planetas en tránsito y natales, tal como los descri-

ben los textos corrientes de astrología. Pues ya era desconcertante que hubiera cualquier correlación coherente; pero que, además, las correlaciones correspondieran a los sentidos tradicionales de los planetas era sencillamente pasmoso.

Con el progreso de la investigación, pronto se me hizo evidente que la naturaleza de las correlaciones planetarias era más compleja de lo que me habían hecho creer mis observaciones iniciales relativas a una simple dicotomía entre estados psicológicos positivos y negativos. Una comprensión más profunda de los principios astrológicos, en combinación con avances teóricos recientes en la psicología profunda, en particular desde la escuela arquetípica y la transpersonal, me permitió vislumbrar una gama mucho mayor de correlaciones entre los movimientos planetarios y la experiencia humana. Estos hallazgos me impulsaron a dar un paso atrás y abordar la tarea de investigación de una manera mucho más preparada y sistemática. Decidí examinar seriamente la historia y los principios de la astrología leyendo cuidadosamente el canon de importantes obras de astrología, del compendio de Ptolomeo de la astrología clásica, el *Tetrabiblos*, y *Sobre los fundamentos más seguros de la astrología*, de Kepler, a los textos modernos de Leo, Rudhyar, Carter, Ebertin, Addey, Harvey, Hand, Greene y Arroyo.[12] Estudié las efemérides planetarias –tablas astronómicas que enumeran las posiciones del Sol, la Luna y los planetas para una día y un año cualesquiera en términos de grados y minutos de longitud celeste tal como se miden a lo largo del Zodíaco– hasta que pude descifrar con cierta facilidad las cambiantes configuraciones y alineamientos planetarios. Como esto ocurrió antes de la aparición de los ordenadores personales, aprendí a realizar con gran rapidez los múltiples cálculos necesarios para la elaboración de rigurosas cartas natales, que mostraban las posiciones exactas de los planetas en el momento del nacimiento de una persona, y para determinar otros indicadores astrológicos básicos, como los tránsitos. Las matemáticas necesarias para estas operaciones –descubrí entonces– son relativamente sencillas. Lo que encontré más importante, y más revelador, fue que los principios simbólicos asociados a los planetas en el corazón de la tradición astrológica resultaban inesperadamente fáciles de asi-

milar, dada su asombrosa semejanza con los arquetipos de la psicología profunda moderna –en lo esencial, eran idénticos–, ya familiares desde la obra de Freud, Jung y sus sucesores en la psicología arquetipal y en la transpersonal.

Así equipado, examiné intensivamente en primer lugar mi propia carta natal y las de cuarenta o cincuenta personas a las que conocía bien, con la intención de averiguar si había alguna correlación significativa entre, por un lado, las posiciones planetarias en el momento de su nacimiento y, por otro lado, su carácter y su biografía personal. Aunque sin perder de vista el factor de sugestión inherente a ese tipo de evaluaciones, me impresionó profundamente la amplitud y la compleja precisión de las correspondencias empíricas. Era como si un psicólogo del inconsciente particularmente dotado, tras larga familiarización con mi vida y mi personalidad, o con las de otro individuo, hubiera determinado la dinámica arquetípica que operaba en la biografía de esta persona y luego hubiese construido un diagrama planetario adecuado para reproducirla, aunque en realidad este diagrama representara las posiciones reales de los planetas en el momento del nacimiento de la persona en cuestión.

Esto habría sido sin duda asombroso por sí mismo, pero más extraordinarias aún eran las correlaciones entre tránsitos específicos y el momento en que tenían lugar importantes acontecimientos y condiciones psicológicas. Al extender mis observaciones iniciales, observé que los planetas en constante movimiento, tal como figuraban en las tablas astronómicas, parecían cruzar coherentemente, o transitar, las posiciones planetarias de la carta natal en coincidencia con momentos de la vida de una persona que, en términos arquetípicos, resultaban misteriosamente apropiados. En cada ejemplo, el sentido y el carácter particular de experiencias vitales significativas guardaban estrecha correspondencia con el sentido atribuido a los tránsitos planetarios que tenían lugar en ese momento. Cuanto más sistemáticamente examinaba los dos conjuntos de variables –posiciones planetarias y acontecimientos biográficos–, más impresionantes eran las correspondencias.

Sin embargo, también había problemas y discrepancias. Una parte considerable de la tradición astrológica era dema-

siado vaga, puntillosa o irrelevante como para obtener correlaciones útiles. Llegué a sospechar que una cantidad de principios astrológicos convencionales no eran más que heredadas fórmulas ad hoc que se habían ido solidificando hasta formar una doctrina establecida, elaborada y transmitida de generación en generación durante siglos, de modo muy parecido a las acreciones epicíclicas de la astronomía medieval. Ciertamente, gran parte de la teoría y la práctica astrológicas carecían por completo de rigor crítico. Me pareció que muchas enseñanzas y consultas astrológicas encerraban un considerable volumen de material desechable, desorientador y hasta perjudicial.

No obstante, cierto núcleo de tradición astrológica, sobre todo las correspondencias planetarias con principios arquetípicos específicos, y la importancia de significativos alineamientos geométricos entre los planetas parecía tener un sustancial fundamento empírico. A medida que pasaba el tiempo, apliqué la misma modalidad de análisis a la vida de un número creciente de personas en un círculo de investigación cada vez más amplio y obtuve los mismos esperanzadores resultados. Cuanto más exactos eran los datos disponibles y cuanto más profunda era mi familiaridad con la persona o el acontecimiento, más convincentes eran las correspondencias. Tanto la cantidad como la calidad de las correlaciones positivas hicieron difícil de sostener mi escepticismo inicial. La coincidencia entre las posiciones planetarias y los fenómenos biográficos y psicológicos era en general tan precisa y coherente que me resultaba imposible considerar la intrincada configuración como mero producto del azar.

Debo aclarar que esta investigación no se centró en la astrología de los adivinos ni de las secciones periodísticas. No tenía nada que ver con las predicciones de los horóscopos de signo zodiacal. Contrariamente a mi mal informada impresión anterior sobre el tema, descubrí que la modalidad de investigación que iba surgiendo poco a poco era un método de análisis intelectualmente exigente, matemáticamente preciso e incluso elegante, que empleaba todos los planetas y sus cambiantes alineamientos geométricos recíprocos, a la vez que requería una constante interacción entre la intuición arquetí-

pica y el rigor empírico. Además, una característica esencial de este análisis era que no predecía acontecimientos específicos o rasgos de personalidad. Más bien al contrario, presentaba la dinámica arquetípica más profunda de la que los acontecimientos y los rasgos eran la expresión concreta. Y parecía hacerlo con asombrosa precisión y sutileza.

En comparación con la mayor rigidez del determinismo y la literalidad que caracterizaba gran parte de la tradición astrológica, la evidencia que encontré apuntaba más bien a otra manera de entender la «influencia» astrológica en los asuntos humanos. Esta renovada comprensión reconocía mejor el significado crítico tanto del contexto particular como del papel participativo del hombre y desafiaba la posibilidad y la adecuación de una específica predicción concreta. Me percaté de que una clave de esta perspectiva emergente era el concepto de arquetipo tal como lo había desarrollado Jung, que no sólo tenía en cuenta su complejo trasfondo platónico, kantiano y freudiano, sino también su más reciente evolución en la psicología profunda a través de la obra de James Hillman, Stanislav Grof y otros. Sólo cuando me di cuenta más plenamente de la naturaleza multidimensional y polivalente de los arquetipos –su coherencia y consistencia formal, que podía dar nacimiento a una pluralidad de sentidos y de posibles manifestaciones– empecé a distinguir la naturaleza precisa de las correlaciones astrológicas.

Los arquetipos asociados a alineamientos planetarios específicos podían expresarse por igual en la vida interior de la psique que en el mundo exterior de acontecimientos concretos, y a menudo ambas cosas a la vez. Además, cualquier manifestación particular de un arquetipo dado podía ser «positiva» o «negativa», benigna o destructiva, admirable o innoble, profunda o trivial. En coincidencia con la misma configuración planetaria podían expresarse polaridades íntimamente relacionadas, aunque por completo opuestas, contenidas en el mismo complejo arquetípico. Individuos con el mismo alineamiento podían estar tanto en el extremo activo como en el extremo receptivo de la misma estructura arquetípica, aunque con consecuencias experienciales absolutamente distintas. Cuál de todas las posibilidades polivalentes relacionadas se haría reali-

dad parecía depender en gran parte de circunstancias contingentes y de la respuesta individual, antes que de nada observable en la carta natal o en los alineamientos planetarios. Mi conclusión final fue que los principios arquetípicos operativos en estas correlaciones eran poderosos, pero de naturaleza radicalmente participativa. Es decir, aunque representaran formas perdurables y estructuralmente decisivas o esencias de significado complejo, y aunque fueran claramente discernibles bajo el flujo y la diversidad de los fenómenos observados, estos principios estaban también fundamentalmente influidos por muchos factores circunstanciales pertinentes, y cocreativamente modulados y puestos en acción a través de la voluntad y la inteligencia humanas.

Debido a esta particular combinación de dinámica polivalencia arquetípica, sensibilidad a las condiciones particulares y participación humana, llegué poco a poco a reconocer que, contrariamente a su reputación y uso tradicionales, este tipo de astrología no es concretamente predictiva, sino más bien *arquetípicamente* predictiva. Comparada, por ejemplo, con los objetivos y el modus operandi de diversas formas de adivinación intuitiva y de clarividencia, a las que en épocas anteriores la astrología aparecía con frecuencia sistemáticamente unida, la estructura esencial de este paradigma astrológico emergente no parecía centrarse en la predicción de resultados concretos específicos, sino más bien en la distinción precisa de la dinámica arquetípica y su complejo despliegue en el tiempo.[13] Esta manera de entender la astrología me aclaró enormemente muchos problemas que la rodeaban desde hacía mucho tiempo, como la cuestión de la oposición entre destino y libre albedrío, el problema de las configuraciones planetarias idénticas que coinciden con fenómenos concretamente distintos, aunque arquetípicamente paralelos, y la fundamental inadecuación de pruebas estadísticas para la detección del máximo número posible de correlaciones astrológicas.

En esencia, la astrología parecía ofrecer un tipo singularmente útil de comprensión de la actividad dinámica de los arquetipos en la experiencia humana, pues indicaba cuáles eran más operativos en un ejemplo específico, en qué combinaciones, durante qué períodos de tiempo y como parte de qué

configuraciones mayores. Al proporcionar semejante perspectiva, este desarrollo emergente de la tradición astrológica puede considerarse esencialmente continuación y profundización del proyecto de la psicología profunda, a saber, hacer consciente lo inconsciente, ayudar a que el yo consciente se libere de su condición de marioneta de las fuerzas inconscientes (como en el *acting out*, la proyección, o la identificación megalómana, la transformación de lo reprimido o inconsciente en una suerte de «destino», etcétera). Esta astrología parecía poseer una capacidad única para mediar en un nivel más elevado de comunicación y coordinación entre conciencia e inconsciente, nivel en el que «el inconsciente» sugiere dimensiones mucho mayores que las concebidas en su origen, menos exclusivamente personales, menos subjetivas, más insertas en el cosmos. Sin embargo, no proporcionaba esa dimensión mediante enunciados literalmente predictivos, sino desvelando configuraciones inteligibles de significado cuya propia naturaleza y complejidad –polivalencia, indeterminación, sensibilidad al contexto, participación y una creatividad aparentemente improvisada– era precisamente lo que hacía posible un papel dinámicamente cocreativo del agente humano en interacción participativa con las fuerzas y los principios arquetípicos involucrados.

Como la evidencia apuntaba en esa dirección, terminé por extender mi investigación para abarcar varias categorías de fenómenos históricos y culturales. En comparación con los datos psicoterapéuticos y el material biográfico concerniente a individuos corrientes sobre los cuales me había centrado en un comienzo, el momento y el carácter de los acontecimientos históricamente significativos, por un lado, y los datos biográficos de figuras culturales importantes, por otro, presentaban la ventaja de ser públicamente verificables, de modo que las correspondencias planetarias estaban más abiertas a una evaluación rigurosa. Más allá de esta preocupación metodológica, parecía particularmente digna de investigación la posibilidad de que procesos históricos de dimensiones más amplias pudieran poseer algún orden intrínseco relacionado con los ciclos planetarios y los arquetipos universales. No cabía duda de que la evidencia de ese orden tendría serias implicaciones

en muchos campos: historia, cosmología, filosofía, psicología, ética y religión. En consecuencia, apliqué los principios básicos de mis anteriores correlaciones a un estudio sistemático en este dominio más amplio de investigación.

Junto con muchos colegas y alumnos, he proseguido con firmeza esta investigación durante tres décadas. Lo que encontré superó con mucho mis expectativas. Parte de ello es y seguirá siendo un misterio, pero después de la investigación y la evaluación crítica más rigurosa de que soy capaz, he llegado al convencimiento de que existe en realidad una correspondencia enormemente significativa –y omniabarcante– entre los movimientos planetarios y los asuntos humanos, y de que la suposición moderna en sentido contrario era errónea. Las pruebas no sugieren que los planetas sean por sí mismos causas de diversos acontecimientos o de rasgos de carácter, sino más bien que existe una correspondencia empírica coherentemente significativa entre los dos conjuntos de fenómenos, el astronómico y el humano, y que lo más fructífero es abordar el principio de conexión entre ellos como cierta forma de sincronicidad a través de arquetipos.

En los próximos capítulos estableceré varias de las principales pruebas en las que he me he involucrado personalmente, y analizaré sus implicaciones más amplias. Me he esforzado por presentar este material a los lectores nuevos en este campo de manera que resulte fácil e inmediatamente comprensible, de un volumen abarcable y representativo de la totalidad, aun cuando los indicios acumulados de la que se ha extraído la presente muestra contiene muchos miles de correlaciones meticulosamente analizadas. Gran parte de la investigación ha sido tema de muchos cursos y seminarios que he impartido la última década en programas de posgrado en psicología, filosofía e historia cultural. Un tratamiento sistemático de esta investigación requeriría más que un simple libro. Sin embargo, parecía conveniente exponer primero un panorama preliminar de evidencias que dieran al lector interesado una impresión general de la naturaleza de las correspondencias observadas.

Por supuesto, el proyecto entero de este libro será objeto de muchas críticas. Todo lo que sea astrológico, dirán, tiene

que ser tan simplista como absurdo. Puesto que yo mismo he pensado así alguna vez, hoy creo que ese rechazo indiscriminado se basa prácticamente siempre en un prejuicio personal y cultural más que en una pregunta responsable. Puedo entender ese prejuicio y valoro su trasfondo. Sin embargo, en lo que a mí respecta, lo decisivo ha sido un examen ininterrumpido de las pruebas. Creo que el lector de mentalidad abierta al que le interese sinceramente descubrir la legitimidad y el valor potenciales de esta perspectiva y este método de análisis y que examine cuidadosamente las pruebas –sobre todo las pruebas pertenecientes a su vida y su campo personal de conocimientos, que esa persona estará en especiales condiciones de evaluar–, quedará tan impresionado como yo sigo estándolo ante el carácter y la precisión de las correlaciones, sin duda sorprendentes. El método de análisis descrito en los capítulos siguientes es muy democrático: no es distinto de lo que sucedía con el telescopio en la época de Galileo, con el que cualquier persona interesada podía observar el nuevo cuerpo de pruebas sobre el que se apoyaba la hipótesis copernicana. Todo lector con un modesto nivel de preparación puede tomar los principios que se proponen en este libro, centrarse en las experiencias y los acontecimientos de mayor significado personal en su vida y determinar si la comprensión astrológica de los arquetipos ofrece una perspectiva más amplia, arroja alguna luz, aporta un sentido más profundo o proporciona mayor inteligibilidad.

Una de las principales finalidades de este libro es ayudar al lector a hacerse un juicio informado acerca de estas cuestiones. Por tanto, en los capítulos siguientes presento el conocimiento técnico básico necesario para empezar la exploración y los ejemplos ilustrativos de las correlaciones en la historia y en la vida de figuras culturales importantes. Estos ejemplos se presentan como una información que tal vez sea interesante e instructiva por sí misma, pero también como contribución al desarrollo, o al despertar, de lo que Hillman ha llamado «ojo arquetípico»: esa forma de inteligencia imaginativa implícita y potencial en todos nosotros, que es capaz de reconocer y discriminar la rica multiplicidad de configuraciones arquetípicas en el microcosmos íntimo de la propia vida personal, así como

en los grandes acontecimientos de la historia y la cultura. Después de este panorama de pruebas, abordaré brevemente sus implicaciones y sugeriré un marco filosófico y cosmológico en el que puedan integrarse del modo más convincente.

A TRAVÉS DEL TELESCOPIO ARQUETÍPICO

Mi guía y yo por esa oculta senda
fuimos para volver al claro mundo;
y sin preocupación de descansar,

subimos, él primero y yo después,
hasta que nos dejó el cielo
un agujero, por el cual salimos
a contemplar de nuevo las estrellas

Dante
Infierno, canto XXXIV

LA TRADICIÓN EVOLUCIONA

Según su definición más general, la astrología se apoya en una concepción del cosmos como manifestación coherente de inteligencia creadora, finalidad y significado, que se expresan mediante una compleja correspondencia entre configuraciones astronómicas y experiencia humana. Se considera que los diversos cuerpos celestes poseen una asociación intrínseca con principios universales específicos, y que, en última instancia, tanto estos principios como sus correspondencias astronómicas se basan en la propia naturaleza del cosmos, de modo que forman parte de lo celeste y de lo terrenal, del macrocosmos y del microcosmos. Al moverse en sus respectivos ciclos, los planetas forman diversas relaciones geométricas con respecto a la Tierra. Se ha observado que estos alineamientos coinciden con fenómenos arquetípicos específicos en la vida humana. Desde el comienzo de la astrología occidental, esa manera de entender el mundo se asoció estrechamente a la concepción griega del *Kosmos*, palabra que los pitagóricos aplicaron por primera vez al mundo como un todo para expresar una síntesis típicamente griega de orden inteligente, belleza y perfección estructural.

La tradición astrológica iniciada por los griegos en Alejandría durante la era helenística, en los siglos inmediatamente anteriores y posteriores al nacimiento de Cristo, era parte

integral de una concepción clásica del mundo profundamente influida por el pensamiento pitagórico y platónico. Tenía sus raíces en las observaciones del cielo de la antigua Mesopotamia, que se remontaban por lo menos a comienzos del segundo milenio a.C., y tomó forma bajo antiguas influencias culturales babilónicas, egipcias y persas. La primera carta natal u horóscopo que se conoce data de alrededor de 400 a.C. (la época de Sócrates y Platón). El enfoque y el método astrológicos que hicieron su aparición en los siglos siguientes estuvieron estrechamente unidos a las disciplinas científicas de la astronomía, las matemáticas y la medicina griegas, a las corrientes esotéricas de pensamiento que confluían en las religiones mistéricas y en la literatura hermética de la Antigüedad clásica, y también a importantes movimientos filosóficos y religiosos, como el neoplatonismo, el aristotelismo, el estoicismo y el gnosticismo. Con su visión de conjunto y de la posición cósmica del ser humano, la astrología ejerció su influencia en todos los ámbitos de la era clásica, trascendiendo los límites de la ciencia, la religión y la filosofía.[1] Posteriormente ejerció su influencia en el pensamiento cristiano, islámico y judío y desempeñó un papel fundamental en el arte, la literatura y el *ethos* cultural de la Baja Edad Media y el Renacimiento. Debido a la extraordinaria diversidad de sus orígenes y de sus sucesivos entornos posteriores, la astrología fue constantemente repensada de acuerdo con los diferentes contextos intelectuales y culturales en los que floreció.

Sin embargo, puede decirse que, en el corazón mismo de esas diversas inflexiones, sin excepción, la metaestructura cosmológica implícita en la que se desarrolló la tradición astrológica occidental es esencialmente pitagórico-platónica: es decir, se considera que el conjunto del cosmos está configurado e integrado a través de la presencia activa de un principio ordenador universal, al mismo tiempo matemático y arquetípico en su manifestación, por lo cual los cuerpos celestes y sus configuraciones cíclicas poseen un significado simbólico que se refleja de modo inteligible en la esfera humana. Con los siglos, surgieron diversas escuelas, interpretaciones y marcos de referencia que remodelaban y transformaban esta perspectiva subyacente y postulaban diferentes puntos de vista en rela-

ción con la naturaleza y la extensión de la influencia cósmica, el equilibrio relativo entre la presión celeste y la libertad humana, la cuestión de si los planetas son signos o causas, y, en el caso del influyente modelo aristotélico-ptolemaico, la posibilidad de un determinismo de mayor causalidad física dependiente de las esferas celestes.

Desde sus orígenes mesopotámicos y egipcios hasta su posterior síntesis helenística en la era clásica, puede considerarse que, en términos generales, la historia de la astrología occidental pasó de una fluida adivinación astral (centrada en intuir la voluntad de los dioses celestiales y responder a esta percepción con una acción adecuada, un ritual y una súplica del favor divino) a un énfasis cada vez mayor en la observación sistemática de las regularidades geométricas de los movimientos astronómicos, la aplicación de principios universales de interpretación y, finalmente, la formulación de elaboradas reglas de predicción concreta. Este proceso gradual de «racionalización» (en el sentido de Weber) se combinó, en la Antigüedad tardía y en el período medieval, con una visión cada vez más mecanicista de la causalidad celeste, que terminó a su vez por vincularse con un determinismo más rígido.[2] Una evolución similar tuvo lugar en India tras la difusión de la cultura griega en Asia por las conquistas de Alejandro Magno; la astrología védica recibió su forma tanto de la tradición mesopotámico-helenística como del propio y característico legado religioso y social índico de una manera que ha perdurado hasta el presente.

En Europa, tras la Ilustración de finales del siglo XVII y todo el XVIII, la astrología desapareció prácticamente del discurso académico y la cosmovisión de la gente culta. Subsistió principalmente en forma de almanaques populares de astrología, para experimentar, durante el siglo XIX, una gradual reaparición con el creciente interés del período romántico europeo por las tradiciones esotéricas y luego por la teosofía. Por último, en el curso del siglo XX, se produjo un amplio renacimiento de la astrología, que comenzó en Inglaterra y se propagó a Estados Unidos y al resto de Europa. Las metas y los supuestos teóricos en que se inspiraba esta astrología emergente diferían a menudo en aspectos fundamentales de los co-

rrespondientes al período antiguo y medieval. En general, era más individualista y psicológica, pues ponía más énfasis en la realidad interna que en la externa, en la autocomprensión antes que en la predicción de acontecimientos concretos, en la interpretación simbólica por encima de la literal y en el compromiso participativo por encima del fatalismo pasivo. Junto con este cambio de carácter, poco a poco ha ido naciendo en la comunidad astrológica un discurso de reflexión filosófica crítica y de cuestionamiento de muchos supuestos y principios tradicionales.

Muchos factores han desempeñado su papel en esta tendencia reciente. El creciente acceso a datos astronómicos precisos y el descubrimiento de los planetas exteriores han afectado la práctica y la teoría astrológica. Idéntico efecto ha tenido el gigantesco crecimiento del volumen de datos disponibles, con un número incomparablemente mayor de cartas natales, biografías y períodos históricos, que han dado pie a un desarrollo cooperativo de principios aceptados de interpretación. No menos importantes han sido los cambios culturales de mayor alcance que han afectado los presupuestos intelectuales generales y el moderno carácter psicológico. Estos cambios incluyen un mayor compromiso con la autonomía individual y mayor experiencia de ella, un sentido más profundo de la interioridad y del valor de la reflexión psicológica, una captación más compleja de la cognición simbólica y la polivalencia interpretativa, una mayor comprensión crítica de la implicación mutua de la realidad interior y la exterior y un reconocimiento más profundo de la naturaleza participativa de la experiencia humana. En asociación con este cambio cabe destacar también una mayor conciencia de la índole multidimensional y multicausal de todos los fenómenos, combinado con una apreciación de la irreductible indeterminación del despliegue de la vida.

El surgimiento, en la segunda mitad del siglo XX, con Jung y Dane Rudhyar como figuras clave, de una astrología psicológicamente sofisticada, representa la tendencia histórica dominante, pero a esa misma época corresponde también un importante desarrollo periférico, a saber, el nuevo interés, desde fuera de la astrología, por las comprobaciones estadísticas de

hipótesis astrológicas. Lo más significativo aquí fueron los estudios a gran escala que realizaron los estadísticos franceses Michel y Françoise Gauquelin durante un período de cuarenta años a partir de la década de los cincuenta. El tan discutido «efecto Marte», que los Gauquelin observaron por primera vez y que desde entonces fue replicado por otros grupos de investigadores, demostró una correlación estadística notablemente significativa entre la localización de Marte en el horizonte oriental o en el cenit y el nacimiento de atletas prominentes. Análogas correlaciones con posiciones planetarias se encontraron a propósito del nacimiento de eminentes líderes en otros campos: Saturno para los científicos, Júpiter para los políticos y la Luna para los escritores, todo lo cual se correspondía perfectamente con los principios astrológicos tradicionales y los rasgos de carácter asociados a estos cuerpos celestes.[3] En 1982, después de un exhaustivo examen de la investigación de los Gauquelin, Hans Eysenck, un destacado psicólogo académico que no simpatizaba con la astrología (y famoso por su crítica al psicoanálisis por falta de soporte estadístico), publicó, en colaboración con David Nias, un resumen de sus conclusiones:

> Nos sentimos obligados a admitir que hay aquí algo que requiere explicación. Por mucho que les disguste, otros científicos que se tomen el trabajo de examinar la evidencia pueden verse forzados a una conclusión semejante. Los hallazgos son inexplicables, pero se trata de hechos, y como tales no se puede seguir ignorándolos; no podemos hacer como si no existieran simplemente porque no sean del agrado de las leyes de la ciencia de hoy o no concuerden con ellas... Tal vez haya llegado el momento de afirmar de manera completamente inequívoca que está naciendo una nueva ciencia.

Los resultados positivos de los estudios de los Gauquelin y su repetición por parte de otros estudiosos presentaron un vigoroso desafío, en los términos de la propia ciencia, al desprecio científico de la astrología. Sin embargo, paradójicamente, los estudios estadísticos habían agregado relativamente poco a la comprensión astrológica y parecían ser metodológicamente inadecuados para incorporarse al marco de

referencia arquetípico básico de la tradición astrológica. El resurgimiento más amplio de la astrología durante estas décadas siguió siendo más bien cualitativo que cuantitativo, tanto en la práctica como en la investigación, reflejo de que sus fuentes residen más en la tradición astrológica occidental y en la psicología profunda contemporánea que en la ciencia experimental y el conductismo. Sin embargo, ambos enfoques han recibido en el último medio siglo, tanto desde dentro como desde fuera de la disciplina astrológica, un impulso de fondo que ha llevado la astrología a un compromiso más directo con la corriente principal de la visión moderna del mundo.[4]

Causalidad y correlación

En la era moderna, con el paradigma dominante cartesiano-newtoniano detrás de todo pensamiento y todo discurso sobre el tema, el intento científico convencional de interpretar las correspondencias astrológicas en un marco cosmológico mecanicista ha creado mucha confusión. En efecto, el punto de vista moderno cartesiano-newtoniano condujo a una sola y simple pregunta que, en ese marco de referencia, se consideraba básica para decidir acerca de la validez de la astrología. ¿Cómo pueden los planetas influir sobre acontecimientos de la Tierra si no se han observado fuerzas físicas que puedan actuar como causas de esos acontecimientos? Esta cuestión era tan definitiva para la corriente principal de la mentalidad científica, que ni siquiera la evidencia estadística bien repetida que apoya los principios astrológicos podía hacer mella en la intensidad de su resistencia. En gran medida, la pregunta por la influencia física planetaria reflejaba el vigor residual de los supuestos materialistas y mecanicistas del pensamiento científico contemporáneo, incluso después de los cambios conceptuales introducidos por la física cuántica. Las fuerzas físicas representaban la única clase de relación cuya existencia podía imaginarse entre los cuerpos celestes y la vida humana. Esta manera de abordar la astrología reflejaba también, aunque menos obviamente, ciertas tendencias literalistas y mecanicistas aún subsistentes en la propia tradición astrológica, que la

hacían vulnerable a una crítica reduccionista, tras el rechazo de la antigua cosmología ptolemaico-aristotélica y su sustitución por la ciencia newtoniana.[5] Pero, por encima de todo, el desprecio moderno por la astrología reflejaba la convicción prácticamente universal de que el cosmos estaba desencantado.

Dada la naturaleza de la evidencia hoy conocida, es difícil imaginar ningún factor físico que pueda servir como fuente última o como intermediario de las correlaciones astrológicas observadas. Al menos sobre la base de las principales categorías de datos que he examinado, me parece muy poco probable que los planetas produzcan emanaciones físicas, como la radiación electromagnética, que influyan de modo causal y mecanicista en los acontecimientos de la vida humana como para producir las correlaciones observadas. El abanico de correspondencias entre posiciones planetarias y existencia humana es demasiado vasto y multidimensional, demasiado manifiestamente ordenado por estructuras de significado, demasiado sugerente de inteligencia creadora, demasiado animado por configuraciones estéticas, demasiado metafóricamente polivalente, demasiado complejo y matizado desde el punto de vista experiencial y demasiado sensible a la inflexión participativa humana, como para poder explicarlo únicamente mediante factores directamente materiales. Dada además la coherencia de las correlaciones del Sol, la Luna y todos los planetas del sistema solar, de Mercurio y Venus a Neptuno y Plutón, con independencia de su tamaño o su distancia de la Tierra, igualmente improbable parece cualquier factor causal semejante a la influencia gravitatoria.

Creo que una explicación más plausible y más integradora de la evidencia disponible residiría en la concepción del universo como un todo unitario e irreductiblemente interconectado, dotado de una inteligencia creadora e impregnado de configuraciones de significado y orden, que se extienden a todos los niveles y que se expresan a través de una constante correspondencia entre acontecimientos astronómicos y acontecimientos humanos. Esta perspectiva se refleja de manera concisa en el axioma hermético que reza «como es arriba, o abajo», y que describe un universo cuyas partes y dimensiones están sin excepción integradas en un todo inteligible. Desde el

punto de vista que sugiero aquí, reflejo de la tendencia dominante en la teoría astrológica contemporánea, los planetas no son «causas» específicas de los acontecimientos en mayor medida en que las manecillas de un reloj son la «causa» de una hora específica. Más bien, las posiciones planetarias son indicativas del estado cósmico de la dinámica arquetípica en ese momento. Las palabras de Plotino, el filósofo más influyente de los últimos tiempos de la antigüedad clásica, defienden directamente esta visión del mundo:

> Las estrellas son como letras que se inscriben en cada momento en el cielo... En el mundo todo está lleno de signos... Todos los acontecimientos están coordinados... Todas las cosas dependen de todas las demás. Tal como se ha dicho: «Todo respira junto».

En lugar de los mecanismos lineales causales de materia y fuerza que se dan por supuestos en el universo newtoniano, la continuada coincidencia de significado entre las configuraciones celestes y los asuntos humanos parece expresar más bien una unidad y una correspondencia subyacentes y fundamentales entre los dos dominios el macrocosmos y el microcosmos, el mundo celeste y el terrenal y, por tanto, la coherencia inteligente de un cosmos vivo y plenamente animado. La postulación de una correspondencia sistemática de este tipo implica un universo en el que la mente y la materia, la psique y el cosmos, están relacionados de un modo más interpenetrante, o más radicalmente unidos de lo que suponía la cosmovisión moderna.

En cuanto a la pertinencia de la causalidad para la comprensión de las correlaciones astrológicas, todo indica que para explicar los fenómenos observados es necesario postular un tipo fundamentalmente nuevo de causalidad. Lo que sugiere la evidencia no se parece en nada a la causalidad mecanicista lineal propia de la mentalidad moderna convencional; es una causalidad arquetípica, que, en aspectos decisivos, tiene características platónicas y aristotélicas, pero con una complejidad, fluidez, polivalencia y participación cocreativa muy superior a la que había en los modelos conceptuales anteriores –ya provinieran de la física, la filosofía o la astrología.

Libre albedrío y determinismo

Puesto que la cuestión del libre albedrío y el determinismo ha sido durante mucho tiempo el problema más crítico desde el punto de vista existencial y espiritual de todas las discusiones sobre astrología, ofreceré aquí unas cuantas observaciones preliminares.

Es indiscutible que una parte sustancial de la tradición astrológica occidental se adhería a una interpretación relativamente determinista de la influencia cósmica (tendencia incluso más marcada en la astrología india). Para muchas escuelas y muchos teóricos de la astrología antigua y medieval, el horóscopo desvelaba el sino predestinado de una persona, y los poderes celestes gobernaban la vida humana con soberanía más o menos rígida. Sin embargo, el resurgimiento de la astrología occidental en el curso del siglo XX, al producirse en un nuevo contexto y en una fase distinta de la evolución cultural y psicológica de Occidente, se vio acompañado de una visión profundamente transformada del yo y de la naturaleza de la predicción astrológica. La actitud más característica de los astrólogos contemporáneos consiste en sostener que el conocimiento astrológico es en última instancia más emancipador que constrictivo, pues produce un incremento potencial de libertad y realización personal como consecuencia de la comprensión más rica del yo y del contexto cósmico.

Desde esta perspectiva, el conocimiento de la dinámica arquetípica y de las configuraciones significativas básicas de la propia carta natal permite al individuo una mayor conciencia de la realización de su propia y auténtica naturaleza y del potencial que le es inherente, como en el concepto junguiano de individuación. Cuanto más rigurosamente comprenda uno las fuerzas arquetípicas que configuran y afectan su propia vida, más flexible e inteligente puede ser su reacción a la hora de tratar con ellas. En la medida en que no se tiene conciencia de estas fuerzas, poderosas y a veces enormemente problemáticas, se está más o menos a merced de los arquetipos, pues se actúa de acuerdo con motivaciones inconscientes y con muy pocas posibilidades de participar de manera cocreativa en el despliegue y el refinamiento de esas potencialidades. El cono-

cimiento de los propios arquetipos produce mayor autoconciencia y, por tanto, mayor autonomía personal. Una vez más, estamos ante la justificación racional de la psicología profunda, de Freud y Jung en adelante: liberarse de la constricción de la acción ciega y de la experiencia inconscientemente motivada, reconocer y explorar las fuerzas más profundas de la psique humana y, en consecuencia, modularlas y transformarlas. A nivel individual, la astrología se valora por su capacidad para expresar qué arquetipos son esenciales a cada persona, cómo interactúan entre sí y cuándo, en el curso de la vida, es más probable que ejerzan su influencia sobre uno.

Pero, además de la evolución psicológica del yo moderno con su reforzado sentido de autonomía dinámica e interioridad introspectiva, tal vez el factor más importante de la naciente comprensión emancipadora de la astrología sea la profundización en la naturaleza de los propios principios arquetípicos, tema al que nos referiremos a continuación.

PRINCIPIOS ARQUETÍPICOS

El concepto de arquetipos planetarios, que en muchos aspectos es el concepto fundamental del naciente paradigma astrológico, es complejo y requiere ser abordado desde diversos puntos de vista. Sin embargo, antes de describir la naturaleza de la asociación entre planetas y arquetipos, hemos de referirnos al concepto general de arquetipos y a la notable evolución de la perspectiva arquetípica en la historia del pensamiento occidental.

La forma más temprana de esta perspectiva, y en ciertos sentidos su fundamento más profundo, es la experiencia primordial de los grandes dioses y diosas de la imaginación mítica antigua. De acuerdo con esta modalidad de la conciencia, otrora universal y memorablemente encarnada en el amanecer de la cultura occidental en la épica homérica y luego en el teatro clásico griego, se entiende que la realidad está impregnada y estructurada por fuerzas poderosas y presencias numinosas que se manifiestan a la imaginación humana en las figuras divinizadas y narraciones de la mitología antigua, a menudo en estrecha conexión con los cuerpos celestes.

Sin embargo, nuestra moderna palabra *dios*, *deidad* o *divinidad*, no transmite fielmente el vivo significado que estos poderes primordiales tenían para la sensibilidad arcaica, significado sustentado y desarrollado en la concepción platónica

de lo divino. Este aspecto fue claramente expresado por W. K. C. Guthrie, quien se inspiró en una valiosa distinción originariamente formulada por el estudioso alemán Wilamowitz-Moellendorff:

> *Theós*, la palabra griega que tenemos en mente cuando hablamos del dios de Platón, cumple ante todo una función predicativa. Esto quiere decir que los griegos, a diferencia de los cristianos o los judíos, no afirman primero la existencia de Dios para enumerar luego sus atributos: «Dios es bueno», «Dios es amor», etcétera. A los griegos, las cosas notables de la vida o de la naturaleza, ya fueran golosas o temibles, les producían tal impresión o veneración que decían «esto es un dios» o «aquello es un dios». El cristiano dice «Dios es amor»; el griego, «El amor es *theós*», o «un dios». Como lo ha explicado otro autor [G. M. A. Grube]: «Cuando se decía que el amor o la victoria son dios, o, con más precisión, un dios, lo que primero y ante todo se pensaba era que se trataba de algo más que humano, no sometido a la muerte, imperecedero... De cualquier poder, de cualquier fuerza que vemos operar en el mundo, que no haya nacido con nosotros y que continúe después de nuestra desaparición, se podía decir que era un dios, y muchas de ellas lo eran».
>
> En este estado mental y con esta sensibilidad a la índole sobrehumana de muchas de las cosas que nos suceden, y que a veces nos estremecen inesperadamente de alegría o de dolor, un poeta griego pudo escribir estos versos: «El reconocimiento entre amigos es *theós*». Es un estado mental que, en la tan discutida cuestión del monoteísmo o el politeísmo de Platón, arroja una luz completamente nueva.

A medida que la mentalidad griega evolucionó, a través de un proceso que a veces se describe con excesiva simplicidad como transición del mito a la razón, los absolutos divinos que regían la imaginación mítica fueron poco a poco deconstruidos y tomaron forma filosófica en los diálogos de Platón. Apoyándose en las tempranas discusiones filosóficas de los presocráticos acerca de los *arkhái* y en la concepción pitagórica de las formas matemáticas trascendentes, y bajo la influencia de su maestro Sócrates, Platón dio a la perspectiva arquetípica su formulación metafísica clásica. Desde el punto

de vista platónico, los arquetipos –las Ideas o las Formas– son esencias absolutas que trascienden el mundo empírico pero que dan al mundo su forma y su sentido. Son universales intemporales que sirven como realidad fundamental que informa todo particular concreto. Algo es bello precisamente en la medida en que el arquetipo Belleza está presente en ello. O, desde otro punto de vista, podría describirse algo como bello precisamente en la medida en que participa del arquetipo de la Belleza. Para Platón, el conocimiento directo de estas Formas o Ideas es la meta espiritual del filósofo y la pasión intelectual del científico.

A su vez, Aristóteles, discípulo y sucesor de Platón, adoptó un enfoque más empírico del concepto de las formas universales, que se apoyaba en un racionalismo animado por un espíritu de análisis lógico más secular que espiritual y epifánico. En la perspectiva de Aristóteles, las formas perdieron su numinosidad, pero ganaron un nuevo reconocimiento de su carácter dinámico y teleológico en tanto que concretamente encarnadas en el mundo empírico y en los procesos de la vida. Para Aristóteles, las formas universales existen primariamente *en* las cosas, no por encima o más allá de ellas. Pero no sólo dan forma y cualidades esenciales a particulares concretos, sino que, además, los transmutan desde dentro, de la potencialidad a la actualidad y la madurez, y así las bellotas se metamorfosean gradualmente en un roble, el embrión en un organismo maduro, una niña en una mujer. El organismo es atraído por la forma hacia la realización de su potencialidad inherente, de la misma manera en que una obra artística es realizada por el artista guiado por la forma que tiene en su mente. La materia es una receptividad intrínseca a la forma, una apertura a ser configurada y dinámicamente realizada a través de la forma. En un organismo en desarrollo, una vez plenamente actualizado su carácter esencial, se produce la decadencia en la medida en que la forma va «perdiendo su fuerza». La forma aristotélica, por tanto, sirve como impulso interior que ordena y moviliza el desarrollo y, al mismo tiempo, como estructura inteligible de una cosa, su naturaleza interior, lo que hace que esa cosa sea lo que es, su esencia. Para Aristóteles, lo mismo que para Platón, la forma es el principio por el cual

algo puede ser conocido, su esencia reconocida, su carácter universal diferenciado de su materialización particular.

La idea de formas arquetípicas o universales sufrió luego una serie de desarrollos importantes en el período clásico tardío, en el Medioevo y en el Renacimiento.[6] Se convirtió en el centro de uno de los debates básicos y más duraderos de la filosofía escolástica, «el problema de los universales», controversia que reflejó la evolución del pensamiento occidental y al mismo tiempo fue su eslabón intermediario mientras el lugar de la realidad inteligible se iba desplazando de lo trascendente a lo inmanente, de lo universal a lo particular y, en última instancia, de la Forma arquetípica de origen divino (*eidos*) al nombre general de construcción humana (*nomen*). Después de un florecimiento final en la filosofía y el arte del apogeo del Renacimiento, el concepto de arquetipos se retrajo poco a poco para terminar prácticamente por desaparecer con el surgimiento moderno de la filosofía nominalista y la ciencia empírica. La perspectiva arquetípica mantuvo su vitalidad principalmente en las artes, en los estudios clásicos y mitológicos y en el romanticismo, como una especie de arcaico resplandor crepuscular. Confinada por la cosmovisión dominante de la Ilustración en el dominio subjetivo del significado interior, se mantuvo latente en la sensibilidad moderna. El radiante ascenso y la dominación de la razón moderna coincidieron precisamente con el eclipse de la visión arquetípica.

Entre el triunfo del nominalismo en el siglo XVII y el surgimiento de la psicología profunda en el siglo XX, la filosofía produjo un desarrollo de gran calado. La revolución copernicana de Kant en filosofía, que posteriormente tuvo importantes consecuencias en la forma en que reaparecería finalmente la perspectiva de los arquetipos –con el giro crítico kantiano centrado en el descubrimiento de las estructuras interpretativas subjetivas de la mente que ordenan y condicionan todo conocimiento y experiencia humanos, esto es, las categorías y las formas a priori–, el proyecto de la Ilustración experimentó un cambio decisivo en el interés filosófico, que pasó del objeto de conocimiento al sujeto cognoscente y que ejerció su influencia prácticamente en todos los campos del pensamiento moderno.

Sólo al entrar en el siglo XX, el concepto de arquetipos, presagiado por la visión nietzscheana de la modelación de la cultura por los principios dionisíaco y apolíneo, experimentó un inesperado renacimiento. La matriz inmediata de este renacimiento fueron los descubrimientos empíricos de la psicología profunda, primero con las formulaciones de Freud del complejo de Edipo, Eros y Tánatos, el yo, el ello y el superego («poderosa mitología», dijo Wittgenstein a propósito del psicoanálisis), y más tarde en un forma expandida y plenamente articulada con la obra de Jung y la psicología arquetipal. Jung, como hemos visto, inspirado en la epistemología crítica de Kant y la teoría de los instintos de Freud, fue más allá de uno y otro al describir los arquetipos como formas autónomas primordiales en la psique, que estructuran e impelen toda la experiencia y la conducta humanas. En sus últimas formulaciones, influido por su investigación sobre las sincronicidades, Jung llegó a considerar los arquetipos no sólo expresiones de un inconsciente colectivo compartido por todos los seres humanos, sino también de una matriz más amplia de existencia y significado que configura y abarca tanto el mundo físico como la psique humana.

Por último, desarrollos posteriores de la perspectiva arquetípica emergieron en el período posmoderno, no sólo en la psicología posjunguiana, sino también en terrenos como la antropología, la mitología, los estudios de religión, la filosofía de la ciencia, el análisis lingüístico, la fenomenología, la filosofía del proceso y los estudios feministas. Los avances en la comprensión del papel de los paradigmas, los símbolos y las metáforas en la formación de la experiencia y la cognición humanas aportaron nuevas dimensiones a la comprensión de los arquetipos. En el crisol del pensamiento posmoderno se elaboró y criticó el concepto de arquetipos, se refinó por medio de la deconstrucción de «falsos universales» y estereotipos culturales rígidamente esencialistas y se enriqueció con una incrementada conciencia de su naturaleza fluida, evolutiva, polivalente y participativa. Reflejando muchas de las influencias que se acaban de mencionar, James Hillman resume la perspectiva arquetípica en la psicología profunda con estas palabras:

Imaginemos, pues, los arquetipos como los *esquemas más profundos del funcionamiento psíquico*: las raíces del alma que condicionan nuestra visión de nosotros mismos y del mundo. Son las imágenes axiomáticas y evidentes a las que siempre regresa nuestra vida psíquica y nuestras teorías sobre ella. [...] Hay muchas más metáforas para describirlos: potencialidades inmateriales de estructura, como invisibles cristales en solución o formas latentes en plantas que brotan súbitamente bajo determinadas condiciones; modelos de conducta instintiva como los que guían a los animales por sendas inmutables; los géneros y lugares de la literatura; los prototipos recurrentes de la historia; los síndromes básicos en psiquiatría; los modelos paradigmáticos de pensamiento en la ciencia; las figuras universales, los rituales y las relaciones de parentesco en antropología.

Pero hay una cosa absolutamente esencial para la noción de arquetipo: su efecto posesivo emocional, su deslumbramiento de la conciencia, que le impide ver su propia actitud. Al crear un universo que tiende a dominar todo lo que hacemos, vemos y decimos en el ámbito de su cosmos, un arquetipo es más comparable con un dios. Y los dioses, dicen a veces las religiones, son menos accesibles a los sentidos y al intelecto que a la visión imaginativa y a la emoción del alma.

Son perspectivas cósmicas en las que participa el alma. Son los señores de sus reinos del ser, los modelos de su mímesis. El alma no puede existir si no es en alguno de sus modelos. Toda realidad psíquica se halla gobernada por una u otra fantasía arquetípica, sancionada por un dios. Y yo sólo puedo existir en ellas.

No existe un lugar sin dioses ni una actividad que no los represente. Toda fantasía, toda experiencia, posee su razón arquetípica. No hay nada que no corresponda a uno u otro dios.

Por lo tanto, hay muchas maneras de entender y describir los arquetipos, y gran parte de la historia del pensamiento occidental ha evolucionado y girado en torno a esta cuestión. Para lo que ahora nos interesa, podemos definir un arquetipo como un principio o fuerza universal que afecta –impulsa, estructura, impregna– la psique humana y el mundo de la experiencia humana en muchos niveles. Se los puede concebir

en términos míticos como dioses o diosas (o como lo que Blake llamó «los Inmortales»); en términos platónicos, como primeros principios trascendentes e Ideas numinosas; o en términos aristotélicos, como universales inmanentes y formas dinámicas internas. Es posible abordarlos al modo kantiano como categorías a priori de percepción y cognición; en términos de Schopenhauer, como esencias universales de vida materializadas en grandes obras de arte; o a la manera de Nietzsche, como principios primordiales que simbolizan tendencias culturales y modos de ser básicos. En el contexto del siglo XX, es posible pensarlos, de acuerdo con Husserl, como estructuras esenciales de la experiencia humana; de acuerdo con Wittgenstein, semejanzas lingüísticas de familia que ponen en relación como coincidencias particulares; de acuerdo con Whitehead, como objetos eternos y puras potencialidades cuya incorporación informa el proceso de despliegue de la realidad; o de acuerdo con Kuhn, como estructuras paradigmáticas subyacentes que dan forma al pensamiento y la investigación en la ciencia. Por último, con la psicología profunda, es posible abordarlos al modo freudiano como instintos primordiales que impulsan y estructuran los procesos biológicos y psicológicos; o a la manera de Jung, como principios formales fundamentales de la psique humana, expresiones universales de un inconsciente colectivo y, en última instancia, del *unus mundus*.

En cierto sentido, la idea de los arquetipos es en sí misma un arquetipo, un *arkhé*, un principio de principios en constante mutación de forma, con múltiples inflexiones creativas y variaciones a través de los tiempos, como si se difractara a través de diferentes sensibilidades individuales y culturales. En el curso de esa larga evolución, la idea del arquetipo parece haber recorrido un círculo completo, para llegar hoy, tras el concepto de sincronicidad, a un lugar muy semejante a sus orígenes como *arkhái* cósmicos, pero con su multitud de inflexiones y potencialidades, así como sus nuevas dimensiones, ahora desplegadas y exploradas.

Podemos por tanto concebir los arquetipos como poseedores de cualidad trascendente y numinosa, pero que al mismo tiempo se manifiesta en específicas y realistas encarnacio-

nes físicas, emocionales y cognitivas. Son estructuras y esencias imperecederas a priori, aunque también dinámicamente indeterminadas, maleables por una multitud de factores contingentes, culturales y biográficos, circunstanciales y participativos. En cierto sentido, son intemporales y están por encima del flujo mutante de los fenómenos, como en la filosofía platónica, pero en otro sentido son profundamente plásticos, evolutivos y están abiertos a la más amplia diversidad de la creativa representación humana. Parecen moverse desde dentro y desde fuera, manifestarse como impulsos, emociones, imágenes, ideas y estructuras interpretativas de la psique interior, pero también como formas concretas, acontecimientos y contextos del mundo exterior, incluidos los fenómenos sincrónicos. Por último, se los podría analizar y pensar de una manera científica o filosófica como primeros principios y causas formales, pero en otro nivel también se los podría entender en términos de míticos *personae dramatis*, que se abordan y comprenden mucho mejor con los poderes de la imaginación poética y la intuición espiritual. Como observó Jung acerca de su propia modalidad de discurso cuando analizaba el contenido arquetípico de los fenómenos psicológicos:

> Se puede describir este contenido en lenguaje racional, científico, pero de esa manera resulta por completo imposible expresar su carácter vital. En consecuencia, al describir los procesos vitales de la psique, he dado deliberada y conscientemente preferencia a una manera de pensar y de hablar dramática, mitológica, no sólo porque es más expresiva, sino también más exacta, que la terminología científica y abstracta, acostumbrada a acariciar la idea de que un buen día sus formulaciones teóricas se resolverán en ecuaciones algebraicas.

Arquetipos planetarios

La tesis astrológica, tal como se desarrolló en el linaje platónico-junguiano, sostiene que estos arquetipos complejos y multidimensionales que gobiernan las formas de la experiencia humana están inteligiblemente conectados con los planetas y sus movimientos en el cielo. Esta asociación se observa en

una coincidencia constante entre alineamientos planetarios específicos y fenómenos arquetípicamente configurados en los asuntos humanos. Para lo que sigue es importante que entendamos la naturaleza de estas correspondencias entre planetas y arquetipos. No parece exacto decir que, en lo esencial, los astrólogos hayan utilizado arbitrariamente los relatos mitológicos de los antiguos acerca de los dioses Júpiter, Saturno, Venus, Mercurio y el resto de los planetas para proyectar significados simbólicos en éstos, que en realidad son cuerpos materiales meramente neutrales, sin significado intrínseco. Por el contrario, hay un notable cuerpo de evidencias que sugiere que los movimientos de los planetas llamados Júpiter, Saturno, Venus, Marte y Mercurio tienden a coincidir con configuraciones de la experiencia humana que guardan estrecha semejanza con el carácter de sus figuras míticas homólogas. Esto quiere decir que la visión tal vez intuitiva o adivinatoria del astrólogo en sus orígenes antiguos parece ser en lo fundamental una visión empírica. Este empirismo recibe contexto y significado de una perspectiva mítica, arquetípica, perspectiva que las correlaciones planetarias parecen apoyar e ilustrar con notable consistencia. La naturaleza de esas correlaciones presenta al investigador astrológico algo que parece una síntesis preconcebida, que combina la precisión de la astronomía matemática con la complejidad psicológica de la imaginación arquetípica, síntesis cuyas fuentes dan la impresión de existir a priori en la textura misma del universo.

Es en este punto donde se hace particularmente pertinente la distinción entre la concepción filosófica antigua (platónica) de los arquetipos y su concepción psicológica moderna (la del primer Jung). Mientras que los arquetipos junguianos originales eran concebidos como los principios formales básicos de la psique humana, los arquetipos platónicos originales se consideraban los principios esenciales de la realidad misma, arraigados en la propia naturaleza del cosmos.[7] Lo que separaba estas dos maneras de pensar los arquetipos era el largo desarrollo del pensamiento occidental, que poco a poco diferenció entre un sujeto humano productor de significado y un mundo objetivo neutral y que, por tanto, fue localizando exclusivamente en la psique humana la fuente de cualquier prin-

cipio universal de significado. Con la integración de estos dos puntos de vista (que es en gran parte lo que Jung comenzó a hacer en sus últimos años bajo la influencia de las sincronicidades), la astrología contemporánea sugiere que los arquetipos poseen una realidad al mismo tiempo objetiva y subjetiva, que informa tanto el cosmos exterior como la psique humana interior, «como es arriba, o abajo».

En efecto, se considera que los arquetipos planetarios, por su naturaleza, son tanto «junguianos» (psicológicos) como «platónicos» (metafísicos), esto es, esencias o formas universales intrínsecas a la mente humana y a la vez independientes de ella, que no sólo perduran como universales intemporales, sino que además son manifestados y moldeados de manera cocreadora por la participación humana. Y se considera que, en cierto modo, funcionan en una suerte de escenario cósmico pitagórico-platónico, es decir, en un cosmos completamente cohesionado por las operaciones de una inteligencia universal y un principio creador. Lo que distingue el punto de vista astrológico contemporáneo es el factor adicional de participación humana cocreadora en la expresión concreta de este principio creador, y el reconocimiento del ser humano como encarnación potencialmente autónoma del cosmos y de su poder e inteligencia creadores.

En términos junguianos, la evidencia astrológica sugiere que el inconsciente colectivo está en última instancia insertado en el macrocosmos, y que los movimientos planetarios son un reflejo sincrónico del despliegue de la dinámica arquetípica de la experiencia humana. En términos platónicos, la astrología afirma la existencia de un *anima mundi* que informa el cosmos, un alma del mundo de la que la psique humana participa como un microcosmos de la totalidad. Por último, la manera de entender los arquetipos que tienen Platón, Jung y la astrología guarda complejas relaciones, tanto histórica como conceptualmente, con las arquetípicas estructuras, narraciones y figuras del mito antiguo. De ahí el famoso aforismo de Campbell:

> No sería exagerado decir que el mito es la abertura secreta por donde las inagotables energías del cosmos se precipitan en la manifestación cultural humana.

Y también esta afirmación de Jung: «Sostengo que Kerényi está absolutamente en lo cierto cuando dice que en el símbolo habla el *mundo mismo*».[8]

Por tanto, en honor a la claridad conceptual, cuando, en los capítulos siguientes, hablemos del significado y del carácter de cada arquetipo planetario, será útil entender estos principios en tres sentidos diferentes: en sentido homérico, como deidad primordial y figura mítica; en sentido platónico, como principio cósmico y metafísico; y en sentido junguiano, como principio psicológico (con su trasfondo kantiano y freudiano), todos ellos asociados a un planeta específico. Por ejemplo, el arquetipo de Venus puede enfocarse en el registro homérico como la figura mítica griega de Afrodita, la diosa de la belleza y el amor, la mesopotámica Ishtar, la romana Venus. En el registro platónico, Venus puede entenderse en términos del principio metafísico de Eros y lo Bello. Y en el junguiano, Venus puede verse como la tendencia psicológica a percibir, desear, crear o tener cualquier otra experiencia de la belleza y el amor, atraer y ser atraído, buscar la armonía y el placer estético o sensual, embarcarse en la actividad artística y en relaciones románticas y sociales. Estos diferentes niveles o sentidos son aquí objeto de distinción sólo para sugerir la complejidad inherente a los arquetipos, que no deben formularse como entidades susceptibles de definición literal concreta, sino como potencialidades dinámicas y esencias de significado imposible de localizar o de restringir a una dimensión específica.

Por último, junto con esta esencial *multidimensionalidad* de los arquetipos, encontramos su igualmente esencial *polivalencia*. El arquetipo de Saturno puede expresarse como juicio, pero también como vejez; como tradición, pero también como opresión; como tiempo, pero también como mortalidad; como depresión, pero también como disciplina; como gravedad en el sentido de peso, pero también en el sentido de seriedad y dignidad. En palabras de Jung:

> Los principios fundamentales del inconsciente, los *arkhái*, aunque reconocibles en sí mismos, son indescriptibles debido a su riqueza de referencias. El intelecto discriminante insiste, por supuesto, en tratar de establecer la singularidad de su significado, con lo que yerra

en lo esencial, pues ante todo podemos asegurar que lo único coherente con su naturaleza es su multiplicidad de significados, su casi ilimitada riqueza de referencias, lo que hace imposible cualquier formulación unilateral.

Este análisis guarda relación directa con el resultado de nuestra consideración anterior del libre albedrío y el determinismo en astrología. Si resumiera esta tesis en un solo juicio, diría: parece ser que la potencialidad polivalente, intrínseca a los arquetipos planetarios –su indeterminación dinámica– es lo que abre específicamente el espacio ontológico a la plena participación cocreadora de los seres humanos en el despliegue de la vida individual, la historia y los procesos cósmicos. Es precisamente esta combinación de polivalencia arquetípica y yo participativo autónomo lo que hace posible un universo auténticamente abierto. La metaestructura cosmológica resultante sigue siendo esencialmente pitagórico-platónica en varios sentidos, pero la relación entre el yo humano y los principios cósmicos ha experimentado una metamorfosis que refleja e integra plenamente los gigantescos desarrollos modernos y posmodernos.

Nuestra comprensión filosófica de los arquetipos, nuestra comprensión científica del cosmos y nuestra comprensión psicológica del yo han experimentado una profunda evolución en el curso de la historia, y en cada fase de ese desarrollo lo han hecho en formas complicadamente interconectadas. Nuestra experiencia de todas ellas ha evolucionado siglo tras siglo y, en consecuencia, también nuestras teorías.

LOS PLANETAS

La sabiduría consiste en conocer en profundidad
las grandes metáforas del significado

C. G. Jung

Hay diez arquetipos planetarios. Siete de ellos fueron reconocidos en la tradición astrológica clásica y corresponden a los siete cuerpos celestes del sistema solar perceptibles a simple vista (Sol, Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno); los otros tres corresponden a los planetas que se descubrieron en la era moderna gracias al telescopio (Urano, Neptuno y Plutón).[9] La tradición astrológica ha sostenido durante mucho tiempo que cuando la astronomía estaba originariamente unida a la astrología, los antiguos nombraban los planetas visibles de acuerdo con el carácter arquetípico intrínseco a cada uno de ellos, es decir, de acuerdo con la deidad mítica rectora de la que el planeta era manifestación visible. De los textos griegos que nos han llegado con los nombres de todos los planetas por entonces conocidos, el más antiguo es el diálogo platónico titulado *Epinomis*, que postula explícitamente una asociación cósmica entre los planetas y dioses específicos, mostrándolos como poderes cósmicos y deidades visibles.[10] Escrito en el siglo IV a.C. como apéndice de la última obra de Platón, las *Leyes* (y redactado por el pro-

pio Platón o por algún discípulo cercano), el *Epinomis* afirmaba la divinidad de los planetas y luego introducía el nombre griego específico de cada uno de acuerdo con la deidad a la que se entendía que ese planeta estaba «consagrado»: Hermes, Afrodita, Ares, Zeus, Cronos. Estos dioses griegos eran presentados como correspondientes a las equivalentes deidades mesopotámicas cuyos nombres, hacía ya mucho tiempo, la antigua tradición astrológica heredada de Babilonia había asociado a los planetas. A su vez, en los siglos posteriores estos planetas fueron conocidos en Europa y el Occidente moderno con los nombres de sus equivalentes romanos: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

Será útil aquí, como estudio preliminar, exponer los significados y las cualidades arquetípicas específicas que se asociaban a cada planeta. Sin embargo, como reconoció Jung, los significados de los arquetipos no pueden reducirse a simples definiciones como si se tratara de entes concretos y literales cuya esencia básica pudiera agotarse de una vez para siempre con un limpia fórmula algebraica:

> Un tipo de interpenetración fluida es inherente a la naturaleza propia de todos los arquetipos. En el mejor de los casos, sólo se los puede circunscribir aproximadamente. Su significado vital deriva más de su presentación como un todo que de una formulación aislada. Todo intento de enfocarlos de un modo más tajante se ve de inmediato castigado por la pérdida de luminosidad del núcleo intangible de significado. Ningún arquetipo puede reducirse a una fórmula simple. Es un recipiente que nunca podemos vaciar, ni llenar... Persiste a través de los tiempos y requiere siempre renovadas interpretaciones. Los arquetipos son los elementos imperecederos del inconsciente, pero cambian constantemente de forma.

Por tanto, un principio arquetípico más bien se evoca que se define. Se lo transmite mejor mediante un amplio abanico de ejemplos que sugieran e ilustren colectivamente la intangible esencia que se modifica de diversas maneras según las distintas encarnaciones de los arquetipos. En los capítulos siguientes he adoptado este modo de presentación –una especie de autopresentación de los arquetipos a través de sus encarna-

ciones– por considerarla la más apropiada a la naturaleza de los principios y los datos que exploraremos. Con estas advertencias y reservas en mente, el breve resumen siguiente puede servir como punto de partida para futuras descripciones y análisis de mayor extensión.

Cada principio arquetípico puede expresarse tanto en forma positiva como en forma problemática. Cada uno puede expresarse en el contexto de la vida y la psique individual o en un nivel colectivo. Cada uno tiene potencialidad para inflexiones femeninas y masculinas más allá del género específico de la figura mítica grecorromana asociada al planeta o luminaria en cuestión. Para todos los planetas, tanto los que conocían los antiguos como los que se descubrieron en la era moderna, el conjunto de evidencias que examinaremos señala la existencia de principios arquetípicos *transculturales* que moldean y envuelven las configuraciones sincrónicas de significado que se han observado. Las deidades míticas específicas de las mitologías culturales más locales, como la griega y la romana, parecen representar modalidades particulares de estos arquetipos transculturales. Las figuras y las narraciones grecolatinas tienen resonancias significativas para la imaginación cultural de Occidente, pero parece mejor entenderlas como encarnaciones culturalmente específicas de principios arquetípicos más universales.

Sol: el principio central de la energía vital creadora, la voluntad de existir; el impulso y la capacidad de ser, de manifestarse, de ser activo, central, de irradiar, de «brillar», de sobresalir, lograr, iluminar e integrar; la voluntad individual y la identidad personal, la sede de la mente y el espíritu, el *animus*, las funciones ejecutivas del yo o ego, la capacidad de iniciativa y de afirmación de propósitos, el impulso a la autonomía individual y la independencia; la conciencia dirigida y centrada y la autoconciencia, la expresión centrífuga del yo, la trayectoria de la manifestación de sí mismo, ascenso y descenso; el rector del cielo diurno, de lo claramente visible, la fuente de luminosidad que supera la oscuridad general, lo monocéntrico; el *yang*; la parte que contiene el todo *in potentia*; el Sol y todas las deidades solares, el Héroe arquetípico en sus múltiples formas.

Luna: la matriz del ser, el fundamento psicosomático del yo, vientre y base de la vida; el cuerpo y el alma, lo que siente e intuye, la naturaleza sensible; el impulso y la capacidad para gestar y producir, para recibir y reflejar, para interrelacionar y responder, para necesitar y cuidar, para criar y ser criado, la condición de dependencia y de interdependencia; la conciencia difusa y lo inconsciente, el *anima*, lo inmanente, lo centrípeto, el hogar, la fuente y la tierra fértiles; el ciclo de manifestación, lo creciente y lo menguante, el eterno circuito; la rectora del cielo nocturno, de lo difusamente visible y lo invisible, las fuentes múltiples de luminosidad dentro de la oscuridad general, lo policéntrico; *yin*; el todo que contiene la parte *in potentia*; la Luna y todas las deidades lunares, la Gran Diosa Madre y aspectos de la Doncella (*puella*, *puer*), que constituyen la matriz relacional de la vida.

Mercurio: el principio de la mente, el pensamiento, la comunicación, lo que articula la energía creadora primaria y la hace inteligible; el impulso y la capacidad para pensar, conceptualizar, conectar y mediar, usar las palabras y el lenguaje, dar y recibir información; para dar sentido, captar, percibir y razonar, entender y expresar; para transportar, transmitir; el principio del Logos; Hermes, el mensajero de los dioses.

Venus: el principio del deseo, el amor, la belleza, el valor; el impulso y la capacidad para atraer y ser atraído, amar y ser amado, buscar y crear belleza y armonía, embarcarse en relaciones sociales y románticas, placer sensual, experiencia artística y estética; el principio de Eros y la Belleza; Afrodita, la diosa del amor y la belleza.

Marte: el principio de la fuerza energética; el impulso y la capacidad para afirmar, actuar y moverse con energía y fuerza, causar impacto, presionar hacia delante y contra algo, defender y ofender, actuar con dureza y ardor; la tendencia a experimentar agresividad, cólera, conflicto, violencia, poderosa energía física; a ser combativo, competitivo, valiente, vigoroso; Ares, el dios de la guerra.

Júpiter: el principio de expansión, magnitud, crecimiento, elevación, superioridad; la capacidad y el impulso para extenderse y crecer, ascender y progresar, mejorar y magnificar, incorporar lo externo, producir totalidades más amplias, engrandecer; experimentar éxito, honor, progreso, plenitud, exceso, abundancia, prodigalidad, saciedad; la capacidad para, o la inclinación a, la magnanimidad, el optimismo, el entusiasmo, la exuberancia, la alegría, la jovialidad, la liberalidad, la amplitud de experiencia, la aspiración filosófica y cultural, comprensión y grandeza de visión, orgullo, arrogancia, ostentación de grandeza, extravagancia; fecundidad, fortuna y previsión; Zeus, el rey de los dioses del Olimpo.

Saturno: el principio del límite, la estructura, la contracción, la coacción, la necesidad, la dura materialidad, la manifestación concreta; el tiempo, el pasado, la tradición, la edad, la madurez, la mortalidad, el fin de las cosas; peso y seriedad, lo que pesa, ata, desafía, fortifica, profundiza; la tendencia a confinar y constreñir, separar, dividir y definir, cortar y abreviar, negar y oponer, fortalecer y forjar con tensión y resistencia, endurecer, reprimir, mantener una autoridad conservadora y estricta; a experimentar dificultades, decadencia, privación, defecto y déficit, derrota, fracaso, pérdida, alienación; el trabajo de la existencia, sufrimiento, vejez, muerte; el peso del pasado, los efectos del destino, el carácter, el karma, las consecuencias de la acción pasada, el error y la culpa, el castigo, la venganza, el encarcelamiento, la sensación de que «no hay salida»; pesimismo, inferioridad, inhibición, aislamiento, opresión y depresión; el impulso y la capacidad para la disciplina y el deber, el orden, la soledad, la concentración, la concisión, el rigor y la precisión, la discriminación y la objetividad, el control y la paciencia, la resistencia, la responsabilidad, la seriedad, la autoridad, la sabiduría; la cosecha del tiempo, el esfuerzo y la experiencia; la preocupación por la realidad consensuada, la concreción fáctica, las formas y las estructuras convencionales, fundaciones, fronteras, solidez y estabilidad, seguridad y control, organización racional, eficiencia, derecho, correcto e incorrecto, juicio, el superego; lo oscuro, frío, pesado, denso, seco, viejo, lento, distante; el *senex*, Cronos, el padre severo de los dioses.

Los siete principios arquetípicos que se acaban de describir corresponden a los siete cuerpos celestes conocidos por los antiguos y que constituyeron el fundamento de la tradición astrológica desde sus orígenes prehistóricos hasta los comienzos de la era moderna. Estos principios estaban bien establecidos en su carácter básico desde los inicios de la tradición astrológica clásica occidental, en la era helenística temprana, a partir aproximadamente del siglo II a.C. y sus significados siguieron desarrollándose y experimentando nuevas elaboraciones durante la Antigüedad tardía, la era medieval y el Renacimiento, no sólo en la práctica astrológica y los escritos esotéricos, sino en el arte, la literatura y el desarrollo del pensamiento religioso y científico del conjunto de la cultura.

De los siete planetas visibles a simple vista, Saturno era el más lejano y el que se movía más lentamente, lo cual se reflejaba directamente en el conjunto de significados que se le atribuían: el rector de las fronteras y los límites, de la finitud y los finales, de la distancia, la lentitud, la edad, el tiempo, la muerte y el destino. Muchos antiguos, como los gnósticos y los iniciados de las religiones mistéricas, creían que más allá de Saturno había otro dominio regido por una deidad mayor, más comprehensiva, un dominio de libertad e inmortalidad allende las limitaciones del destino y la muerte. Cuando pasemos a un breve resumen de Urano, Neptuno y Plutón, de su descubrimiento y sus cualidades arquetípicas observadas, nos desplazaremos, en el tiempo, de lo antiguo a lo moderno, y en el espacio, de la órbita de Saturno a las regiones mucho más extensas circunscritas por estos tres planetas remotos que, en tono evocador, Rudhyar describe como «embajadores de la galaxia».

En comparación con los planetas conocidos por los antiguos, con sus asociaciones mitológicas grecorromanas y sus correspondientes significados astrológicos, los nombres y los significados en los tres planetas descubiertos por el telescopio en la era moderna presentan una situación muy distinta. Urano, Neptuno y Plutón recibieron sus respectivos nombres de astrónomos modernos que no tenían en mente ninguna

correspondencia arquetípica. Por tanto, no heredaron significados arquetípicos instituidos por la tradición antigua, significados que a su vez fueran confirmados, refinados y elaborados por continuadas observaciones a lo largo de muchos siglos. Esta circunstancia constituyó el punto de partida de una línea de investigación inesperadamente fructífera, de cuyos resultados se ocuparán los capítulos siguientes. Sobre la base de la expansión del cuerpo de correlaciones empíricas que para todos los planetas realizaba la comunidad de investigación astrológica, salieron a la luz muchas nuevas maneras de entender y muchas aclaraciones en lo concerniente a la relación entre los nombres astronómicos que se había dado a los planetas y sus significados arquetípicos observados. Mientras que las correlaciones que implicaban a los planetas antiguos, hasta Saturno, sugieren sin contradicción alguna una coherencia definida entre los heredados nombres mitológicos de los planetas y los fenómenos sincrónicos observados, las correlaciones que implican a los tres planetas exteriores apuntan a principios que, en aspectos decisivos, difieren de sus respectivos nombres astronómicos o los trascienden de manera radical.

Urano: Durante milenios, el Sol y la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno formaron lo que los antiguos consideraban una estructura cósmica absoluta de cuerpos celestes en movimiento que reflejaban las fuerzas primordiales que gobiernan los asuntos humanos. Más tarde, en 1781, el astrónomo y músico William Herschel, en el curso de una exhaustiva investigación del cielo con un telescopio que él mismo había diseñado, observó repentinamente un objeto que no era una estrella común. El objeto resultó ser el primer planeta que se descubría desde los tiempos antiguos. El asombroso descubrimiento de Herschel modificó de inmediato las dimensiones del sistema solar conocido, pues la distancia entre el nuevo planeta y el Sol duplicaba la que había entre Saturno y el Sol. Además, presentaba un desafío sin precedentes a la tradición astrológica. La antigua jerarquía de siete planetas circunscrita por Saturno había quedado irrevocablemente desvirtuada y no había un significado arquetípico establecido para el nuevo planeta. Los escépticos contemporáneos vieron

en este descubrimiento el último clavo en el ataúd de una astrología cuya caída había causado la Revolución Científica y había proclamado la Ilustración.

Los astrónomos barajaron varios nombres para el nuevo planeta. Herschel propuso primero el nombre de Georgium Sidus en honor a su mecenas soberano, Jorge III de Inglaterra. Los franceses, sin duda nada entusiastas con la deificación planetaria del monarca inglés, lo bautizaron Herschel. Finalmente, en concordancia con los planetas conocidos por los antiguos, se apeló al panteón de la mitología clásica. El astrónomo alemán Johann Ebert Bode había sugerido llamarle Urano en el año de su descubrimiento, y éste fue por fin el nombre que obtuvo la aceptación internacional. La lógica en la elección de Urano como nombre del planeta parece haber sido directa: el Ouranos mitológico era el padre de Cronos (Saturno) y, por tanto, correspondía a la localización del nuevo planeta en el cielo allende Saturno, de la misma manera en que Saturno era a la vez el padre de Júpiter en la mitología y el nombre del primer planeta en el cielo allende Júpiter. Ouranos era también el dios del «cielo estrellado», como lo llamó Hesíodo, con lo que demostraba ser un nombre particularmente idóneo para el nuevo planeta. Los astrólogos también adoptaron el nombre Urano, pero el significado que finalmente se atribuyó al nuevo planeta tuvo en general otro carácter que el del Ouranos de la mitología.

Desde por lo menos el comienzo del siglo XX hay consenso unánime entre los astrólogos en que el planeta Urano se asocia empíricamente al principio de cambio, rebelión, libertad, liberación, reforma y revolución, así como a la inesperada quiebra de estructuras; a sorpresas repentinas, revelaciones y despertares, relámpagos de intuición, la aceleración del pensamiento y los acontecimientos; al nacimiento y nuevos comienzos de todas las cosas; y al brillo intelectual, la innovación cultural, la invención tecnológica, el experimento, la creatividad y la originalidad. Además de su asociación a rupturas repentinas y acontecimientos liberadores, los tránsitos de Urano van ligados a cambios impredecibles y rompedores, razón por la que a menudo se hace referencia a este planeta como al «truhán cósmico». Otro grupo de temas asociado a

Urano tiene que ver con lo celeste y lo cósmico, la astronomía y la astrología, la ciencia y el conocimiento esotérico, los viajes espaciales y la aviación. En cuanto al carácter personal, se considera que Urano representa al rebelde, el innovador, el que despierta, el individualista, el disidente, el excéntrico, el inquieto y el díscolo. A tal punto se ha observado el predominio de estas diversas cualidades en personas nacidas con un Urano prominente y a tal punto se ha comprobado su destacada influencia en la vida personal durante tránsitos de Urano que, al menos durante el siglo pasado, no parece haber habido desacuerdos significativos entre las autoridades astrológicas acerca de que éstas son las características que reflejan la naturaleza arquetípica del planeta Urano.

Sin embargo, la mayoría de estas cualidades observadas no son específicamente pertinentes a la figura mítica griega de Ouranos. Nada hay en el carácter del Ouranos mitológico que sugiera la capacidad para impulsar el cambio, la rebelión, la liberación, el despertar o la inventiva. La atmósfera del mito es completamente otra: Ouranos es el dios primordial del cielo, presente en muchas mitologías, cuya relación con la diosa Tierra, Gea, forma parte del mito griego de la creación. El papel de Ouranos en este mito no es el de iniciar la rebelión y el cambio, sino el de resistir una y otro. Mientras que el Ouranos mitológico sufrió una rebelión de sus descendientes y fue destronado, al Urano astrológico se lo considera todo lo contrario: el que se rebela y destrona. La mayoría de las otras cualidades que los astrólogos creen asociadas al planeta Urano –libertad, impredecibilidad, aparición repentina, velocidad, excitación, estimulación, inquietud, experimento, brillantez, originalidad, individualismo, etcétera–, no tienen paralelos verosímiles en el mito de Ouranos. La importante excepción entre las cualidades y temas atribuidos a Urano es el interés por lo cósmico y lo celeste, el espacio y los viajes espaciales, la astronomía y la astrología, todo lo cual se acomoda perfectamente a Ouranos en tanto dios del «cielo estrellado». Sin embargo, aparte de este decisivo paralelismo, y a diferencia de los planetas que conocían los antiguos, el planeta Urano no presenta estrecha correspondencia entre su nombre mitológico y el abanico más amplio de significados astrológicos obser-

vados. En la mayoría de los aspectos, la elección del nombre parece deberse a la lógica convencional de los astrónomos de finales del siglo XVIII y no, como la tradición supone que ha ocurrido en el caso de los antiguos planetas, a la intuitiva comprensión de los arquetipos correspondientes.

Sin embargo, llama la atención que todas las cualidades arquetípicas asociadas al nuevo planeta se acomoden con extraordinaria precisión a otra figura de la mitología griega: Prometeo, el Titán que se rebeló contra los dioses, ayudó a Zeus a expulsar al tiránico Cronos y luego engañó a la nueva autoridad de Zeus y robó el fuego del cielo para liberar a la humanidad del poder de los dioses. Prometeo fue tenido por el más sabio de su raza y enseñó a la humanidad todas las artes y las ciencias; según una tradición posterior, Prometeo fue el creador de la humanidad y, por tanto, mantuvo desde el principio una relación especial con el destino de ésta. Cualquier tema y cualidad importante que los astrólogos asocian al planeta Urano parece reflejarse con asombrosa exactitud poética en el mito de Prometeo: la iniciación del cambio radical, la pasión por la libertad, el desafío a la autoridad, el acto de rebelión cósmica contra una estructura universal para liberar de la esclavitud a la humanidad, la necesidad interior de trascender la limitación, el impulso creador, el brillo y el genio intelectual, el elemento de emoción y de riesgo. Lo mismo ocurre con el estilo de Prometeo para superar a los dioses en astucia, cuando utiliza sutiles estratagemas y un inesperado sentido del tiempo para subvertir el orden establecido. También a él se lo consideraba el truhán de la trama cósmica. El símbolo resonante del fuego de Prometeo es al mismo tiempo portador de un rico ramillete de significados: la chispa creadora, el catalizador de lo nuevo, el progreso cultural y tecnológico, el brillo y la innovación, el incremento de la autonomía humana, la repentina inspiración desde arriba, el don liberador recibido del cielo, el fuego y la luz solares, el rayo y la electricidad, tanto en sentido literal como en el metafórico, la velocidad y la instantaneidad, la incandescencia, la iluminación repentina, el despertar intelectual y espiritual, todo lo cual los astrólogos asocian específicamente al planeta Urano.

Incluso el importante tema del Urano astrológico, que, sin duda, era pertinente al Ouranos mitológico –la asociación con el cielo, lo cósmico, lo astronómico y lo astrológico, «el cielo estrellado»–, puede reconocerse como esencial en el mito de Prometeo, visible en el papel de éste como maestro de astronomía y ciencia para la humanidad, su intención de robar el fuego del cielo y su preocupación por la premonición, la predicción y la comprensión esotérica a despecho del orden establecido. El mismo tema es evidente en el esencial impulso prometeico a ascender y liberar de todas las restricciones y del peso y la lentitud de la gravedad, así como, más en general, de llevar a la humanidad a adoptar una posición cósmica fundamentalmente distinta en relación con los dioses.

La literatura astrológica existente no revela la base precisa que se utilizó originariamente para determinar el significado astrológico de Urano en el curso del siglo XIX, en que los astrólogos eran pocos y los textos escaseaban. Los textos de comienzos del siglo XX dan a entender que ese consenso sobre temas y cualidades básicas ya se había logrado cierto tiempo antes. Es posible que el carácter único (y, en verdad, prometeico) del descubrimiento del planeta haya sugerido la naturaleza del principio implicado: la repentina irrupción desde el cielo, la índole inesperada y sin precedentes del acontecimiento, la decisiva implicación de un invento tecnológico (el telescopio), el radical quebrantamiento de la tradición astronómica y astrológica, la superación de límites y estructuras del pasado. No obstante, los primeros textos del siglo XIX que analizaban detalladamente a Urano se referían sobre todo a determinadas cualidades de personas que habían nacido en coincidencia con una posición prominente de Urano (inventiva, independencia, excentricidad, proclividad a los cambios bruscos e inesperados), lo que implica que el estudio de las cartas natales había sido básico en el logro de una definición.

Fuentes astrológicas más recientes sugirieron que el período histórico en que se descubrió el planeta, en el siglo XVIII, se correspondía con el significado arquetípico, sobre la base de que, en cierto sentido, el descubrimiento del planeta físico constituyó la aparición, en la percepción consciente de la psique colectiva, del arquetipo correspondiente al planeta. Desde

este punto de vista, los paralelismos con el significado astrológico de Urano estaban clarísimos. El descubrimiento del planeta, en 1781, tuvo lugar en el momento culminante de la Ilustración, en esa época extraordinaria que produjo la Revolución Norteamericana y la Francesa, la Revolución Industrial y el comienzo del Romanticismo. En todos estos fenómenos históricos coincidentes, la figura de Prometeo también salta de inmediato a la vista: la defensa de la libertad humana y de la autodeterminación individual, el desafío a las creencias y costumbres tradicionales, las fervientes revueltas contra la realeza y la aristocracia, la religión establecida, el privilegio social y la opresión política; la Declaración de la Independencia y la Declaración de los Derechos del Hombre, *liberté* y *egalité*; los comienzos del feminismo, el amplio interés por las ideas radicales, la rapidez del cambio, la adopción de lo nuevo, la celebración del progreso humano, la multitud de inventos y progresos tecnológicos, las revoluciones en arte y en literatura, la exaltación de la libre imaginación humana y de la voluntad creadora, toda una plétora de genios y héroes culturales. Aquí también encontramos a los poetas románticos con sus grandes apologías de Prometeo. Si hubiera que asignar una caracterización arquetípica a la era del descubrimiento de Urano, nada parecería más adecuado que la de «Prometeo Desencadenado».

La razón por la que he dedicado aquí más tiempo a explicar el caso de Urano en medio de estos breves resúmenes iniciales de los significados de los planetas es que mi estudio temprano de este planeta y las importantes discordancias entre el nombre mitológico que se le dio y sus asociaciones arquetípicas posteriormente observadas fue lo que puso en marcha muchas de las aclaraciones conceptuales y orientaciones de investigación que constituyeron el trasfondo de este libro.[11] Los paralelismos con la figura mítica de Prometeo resultaban tan sugerentes que comencé un examen sistemático de Urano en las cartas natales, tránsitos y ciclos históricos para comprobar si esa identificación o asociación arquetípica profundizaba mi comprensión de los fenómenos pertinentes. Los paralelismos también me sugirieron la importancia de reflexionar cuidadosamente acerca de la relación entre los planetas y los

arquetipos, entre los nombres mitológicos dados y los significados astrológicos observados y, más en general, entre la evidencia empírica de las correlaciones sincrónicas y una dimensión arquetípica del ente al que las correlaciones parecían apuntar.

Neptuno: En 1846, sobre la base de aberraciones no explicadas en la órbita de Urano, el matemático francés Urbain LeVerrier postuló la existencia y la posición de un planeta más allá de Urano, cuya influencia gravitacional arrastraba a éste fuera de la órbita que le correspondía según los cálculos realizados. Inmediatamente después, ese mismo año de 1846, el astrónomo alemán Johann Galle descubrió el nuevo planeta y lo llamó Neptuno por el dios del mar.[12] En las décadas siguientes, los astrólogos volvieron a llegar gradualmente a un sorprendente consenso universal sobre la coincidencia de las principales cualidades y temas observados con la posición del nuevo planeta en las cartas natales y los tránsitos.

Neptuno se asocia a las dimensiones de la vida que tienen que ver con lo trascendente, espiritual, ideal, simbólico e imaginativo; a lo sutil, informe, intangible e invisible; a lo intuitivo, intemporal, inmaterial e infinito; a todo lo que trasciende el limitado mundo temporal y material de la realidad empírica concreta: mito y religión, arte e inspiración, ideales y aspiraciones, imágenes y reflexiones, símbolos y metáforas, sueños y visiones, misticismo, devoción religiosa, compasión universal. Se asocia también al impulso a renunciar a la existencia separadora y el control egoico, a disolver fronteras y estructuras en favor de unidades subyacentes y conjuntos indiferenciados, uniendo lo que estaba separado y restaurando la totalidad; a la disolución de las fronteras del ego y las estructuras de la realidad, a estados de fusión psicológica e insinuaciones de la existencia intrauterina, el éxtasis sin fronteras, la unión mística y el narcisismo primario; a tendencias a la ilusión, el engaño y el autoengaño, el escapismo, la intoxicación, la psicosis, las distorsiones de la percepción y el conocimiento, la desorientación y la confusión, la proyección y la fantasía; al deslumbramiento de la conciencia, sea producida por los dioses, los arquetipos, las creencias, los sueños, los

ideales o las ideologías; al encantamiento, tanto en sentido positivo como negativo.

El principio arquetípico vinculado a Neptuno gobierna todos los estados no ordinarios de la conciencia, así como el torrente de la conciencia y las profundidades oceánicas del inconsciente. Las metáforas características de su dominio incluyen el mar infinito de la imaginación, el océano de conciencia divina y el manantial arquetípico de la vida. Es, en cierto sentido, el arquetipo de la propia dimensión arquetípica, el *anima mundi*, el Pleroma gnóstico, el reino platónico de las Ideas trascendentes, el dominio de los dioses, los Inmortales. En términos míticos y religiosos, se asocia al vientre omniabarcante de la Diosa y a las deidades de unión mística, al amor universal y la belleza trascendente; al Cristo místico, el omnicompasivo Buda, la unión Atman-Brahman, la unión de Shiva y Shakti, el *hieros gamos* o matrimonio sagrado, la *coniunctio oppositorum*; el soñador Vishnu, *maya* y *lila*, el Narciso que se refleja a sí mismo, lo divino absorto en su propio reflejo; Orfeo, dios de la inspiración artística, las Musas; la Sophia cósmica cuya belleza y sabiduría espiritual todo lo penetran.

Considerados un todo, estos temas, cualidades y figuras sugieren que el nombre Neptuno es al mismo tiempo adecuado e inadecuado como figura mitológica para encarnar el principio arquetípico correspondiente al planeta. Por un lado, algo básico en las características observadas es una subyacente asociación simbólica con el agua, el mar, el océano, las corrientes y los ríos, las niebla y las brumas, la liquidez y la disolución, lo amniótico y lo prenatal, lo permeable e indiferenciado. A este respecto, uno piensa en la multitud de metáforas oceánicas y de agua que se han utilizado para describir la experiencia mística, el omnienvolvente océano de conciencia divina del que nuestro yo no es más que una gota momentáneamente separada, el incesante fluir del Tao que todo lo permea y cuya fluidez acuosa escapa a cualquier definición, la primordial *participation mystique* de la conciencia indiferenciada, las brumas de la prehistoria, el estado amniótico fetal e infantil de fusión primaria, los dominios oceánicos de la imaginación, la fluida naturaleza de la vida psíquica en general: el flujo y el torrente de la conciencia, la afluencia de la inspira-

ción, la niebla de la confusión, que se ahoga en las traicioneras aguas profundas de la psique inconsciente, se desliza en la locura o la adicción, se rinde al flujo de la experiencia, se disuelve en la unión divina, las limpias aguas de la pureza y la curación, el éxtasis sin fronteras, etcétera. Y también piensa uno en la referencia de Freud al «sentimiento oceánico»: «una sensación de "eternidad", un sentimiento de algo ilimitado, sin ataduras, por así decir, "oceánico"... es el sentimiento de un vínculo indisoluble, de ser uno con el mundo exterior como un todo». Igualmente pertinente es la imagen de William James de una trascendental «madremar» de conciencia con la que la conciencia individual no tiene discontinuidad y a la cual el cerebro sirve en esencia como tamiz o filtro.[13]

Por otro lado, prácticamente en todos los otros aspectos el carácter mitológico original del Neptuno romano y del Poseidón griego –tempestuoso, violento, beligerante, a menudo malhumorado y vengativo (semejante a la mayoría de los otros dioses patriarcales guerreros grecorromanos)– es profundamente incoherente con el complejo conjunto de cualidades y temas que han sido sistemáticamente observados en conexión con el planeta Neptuno y que se reflejan con mayor precisión en las deidades místicamente unitivas y figuras arquetípicas antes mencionadas. No obstante, lo mismo que sucedía con la asociación mitológica de Urano al cielo estrellado y el aire, sucede con la asociación de Neptuno al mar y el agua: el nombre que se dio al nuevo planeta era en verdad poéticamente adecuado a la localización mitológica y al elemento que se asociaba a la deidad, tal vez reflejo de factores sincrónicos que desempeñan un papel en la intuición del astrónomo y en la elección de nombres.

Tal como ocurría cuando se descubrió Urano en 1781, el descubrimiento de Neptuno en 1846 coincidió con todo un abanico de fenómenos sincrónicos históricos y culturales en aquellas décadas, y sobre todo a finales de los años cuarenta, lo que sugiere de modo distintivo el arquetipo correspondiente. Estos fenómenos incluyen la rápida expansión del espiritualismo en todo el mundo a partir de finales de la década de 1840, la aparición, al mismo tiempo, de ideologías sociales utópicas, el surgimiento de aspiraciones universalistas y co-

munitarias tanto en movimientos seculares como religiosos, la plena hegemonía de filosofías idealistas y románticas del espíritu y la imaginación, la extendida influencia cultural del trascendentalismo, el nuevo interés popular tanto por la tradición mística oriental como por la tradición esotérico occidental y, finalmente, el surgimiento de la teosofía. Puede mencionarse también la aparición del uso ocasional de las drogas psicoactivas en los círculos bohemios europeos, el comienzo de la industria química y farmacéutica y el invento de los anestésicos. El invento y el impacto cultural de la fotografía y los primeros experimentos en cinematografía, así como el nuevo espíritu estético del impresionismo y el posimpresionismo, fueron típicos del arquetipo de Neptuno en su asociación con la imagen, la reflexión, la subjetividad, la ilusión y las realidades múltiples. También son sugerentes del arquetipo el creciente interés por el inconsciente, los sueños, los mitos, la hipnosis y los estados no ordinarios de conciencia en las décadas posteriores al descubrimiento de Neptuno. Lo mismo ocurría con la nítida aparición colectiva de una sensibilidad humanitaria con mayor compasión social, que se expresó en actitudes públicas, en la legislación social, el arte y la literatura de la era victoriana y del siglo XIX en general (las novelas de Dickens y de Stowe, Tolstoi y Dostoievski, la abolición de la esclavitud y la servidumbre, los movimientos contra la explotación de los trabajadores y las leyes que limitaban el trabajo infantil y otras crueldades del capitalismo industrial, las primeras leyes de protección de los animales, el creciente papel de las mujeres en el diseño de la política social, el inicio de la enfermería moderna gracias al trabajo de Florence Nightingale, la difusión del cuidado de los enfermos y los heridos de guerra, la primera Convención de Ginebra, la fundación de la Cruz Roja Internacional, etc.).

Plutón: Sobre la base de las discrepancias observadas en la órbita de Neptuno y las aberraciones todavía no explicadas en la órbita de Urano, el astrónomo norteamericano Percival Lowell postuló la existencia de otro planeta más, y eso llevó a su descubrimiento por Clyde Tombaugh en 1930. Después de cuidadosos exámenes de numerosas alternativas, el nuevo pla-

neta recibió el nombre de Plutón, dios del inframundo. Las observaciones de las correlaciones potenciales con Plutón que hicieron los astrólogos en las décadas posteriores sugirieron que las cualidades asociadas al nuevo planeta resultaban en realidad asombrosamente pertinentes al carácter mítico de Plutón, el Hades griego, y también a la figura de Dioniso, a la que los griegos asociaban estrechamente la de Hades-Plutón. (Tanto Heráclito como Eurípides identificaron a Dioniso y Hades como una misma deidad.) Además de su analogía con el concepto freudiano de ello primordial, «la caldera hirviente de los instintos», y con la concepción darwiniana de una naturaleza en permanente evolución y la lucha biológica por la vida, el arquetipo asociado al planeta Plutón también se vincula con el principio dionisíaco y la voluntad de poder de Nietzsche y con la ciega y esforzada voluntad universal de Schopenhauer, todo lo cual encarna las poderosas fuerzas naturales que surgen de las profundidades ctónicas de la naturaleza, dentro y fuera del intenso y feroz inframundo elemental. Una vez más, como había ocurrido con Urano y con Neptuno, también en el caso de Plutón el dominio mitológico y el elemento asociado al nombre que se había dado al nuevo planeta parecían poéticamente adecuados, pero esta vez los paralelismos arquetípicos entre la figura mítica y las cualidades observadas son particularmente extensos.

Más allá de estas antiguas figuras grecorromanas (Plutón, Hades, Dioniso) y los modernos conceptos europeos afines (ello freudiano, naturaleza darwiniana, voluntad en Schopenhauer, voluntad de poder e impulso dionisíaco en Nietzsche), el arquetipo asociado al planeta Plutón también comprende una cantidad de importantes deidades al margen del contexto occidental, como la deidad hindú Shiva, dios de la destrucción y la creación, y Kali y Shakti, diosas del poder erótico y la transformación elemental, la destrucción y la regeneración, la muerte y el renacimiento.

Para resumir el consenso de los astrólogos contemporáneos: Plutón se relaciona con el principio del poder, la profundidad y la intensidad elementales; a aquello que obliga, refuerza e intensifica todo lo que toca hasta extremos sobrecogedores y catastróficos; a los instintos primordiales, libidi-

nales y agresivos, destructivos y regenerativos, volcánicos y catárticos, supresores, transformadores, en permanente evolución; a los procesos biológicos de nacimiento, sexo y muerte, el ciclo de muerte y renacimiento; el auge, la quiebra, la decadencia y la fertilización; violentas descargas catárticas de energías reprimidas, fuego purificador; situaciones extremas de vida o muerte; luchas por el poder, todo lo que es titánico, poderoso y masivo. Plutón representa el submundo y el subsuelo en todos los sentidos: elemental, geológico, instintivo, político, social, sexual, urbano, criminal, mitológico, demoníaco. Es lo oscuro, misterioso, tabú, y a menudo la terrorífica realidad que acecha bajo la superficie de las cosas, bajo el yo, las convenciones y el barniz de civilización, bajo la superficie de la Tierra, que periódicamente estalla con fuerza destructiva y transformadora. Plutón impulsa, quema, consume, transfigura, resucita. En términos míticos y religiosos, se asocia a todos los mitos de descenso y transformación, así como a todas las deidades de destrucción y regeneración, muerte y renacimiento: Dioniso, Hades y Perséfone, Pan, Medusa, Lilit, Innana, Isis y Osiris, la diosa volcán Pele, Quetzalcoatl, el poder de la Serpiente, Kundalini, Shiva, Kali, Shakti.

En cuanto al descubrimiento de Plutón, los fenómenos sincrónicos en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a 1930, y más en general en el siglo XX, incluyen la fisión del átomo y la liberación de la energía nuclear; la titánica dotación tecnológica de la civilización industrial y la fuerza militar modernas; el surgimiento del fascismo y otros movimientos de masas; la amplia influencia cultural de la teoría de la evolución y el psicoanálisis, con su foco en los instintos biológicos; el incremento de la expresión sexual y erótica en las costumbres sociales y las artes; la intensificada actividad y conciencia pública del submundo criminal; y una tangible intensificación de la violencia masiva y los catastróficos desarrollos históricos que responden al impulso instintivo, evidentes en las guerras mundiales, el Holocausto y la amenaza de aniquilación nuclear y devastación ecológica. También se podría mencionar aquí la politización intensificada y las luchas por el poder, características de la vida del siglo XX, el desarrollo de poderosas formas de transformación y catarsis

de la psicología profunda, y el reconocimiento científico de que el cosmos en su conjunto es un vasto fenómeno evolutivo desde la primigenia bola de fuego al presente, todavía en evolución.

Si miramos hacia atrás, los descubrimientos de Urano, Neptuno y Plutón parecen haber coincidido con el surgimiento de tres arquetipos fundamentales en la experiencia humana colectiva en una forma recientemente constelada, visible en acontecimientos históricos y tendencias culturales importantes de los siglos XVIII (Urano), XIX (Neptuno) y XX (Plutón). Los siglos correspondientes a sus respectivos descubrimientos parecen haber provocado, en la evolución de la conciencia humana, el rápido desarrollo y el radical acrecentamiento de un conjunto característico de cualidades e impulsos que también se pudieron observar sistemáticamente en precisas correlaciones natales y de tránsito que involucraban a esos planetas específicos en referencia a individuos y épocas a lo largo de la historia. Aunque la tradición astrológica se desarrolló sobre la base de los siete antiguos cuerpos celestes y sus significados heredados, gran parte de las evidencias que iremos examinando implica alineamientos de estos tres planetas exteriores cuyos correspondientes principios arquetípicos parecen ser particularmente pertinentes al esclarecimiento de más profundas configuraciones transpersonales y colectivas de experiencia humana.

Los descubrimientos de pequeños objetos con aspecto de planetas que se han realizado en los últimos años en el Cinturón de Kuiper, más allá de Plutón, y que probablemente sean restos de una etapa muy anterior de la evolución del sistema solar, son demasiado recientes como para formular evaluaciones correctas en relación con sus posibles correlaciones empíricas o su significado potencial. El hecho de que Plutón sea clasificado como planeta enano no altera el significado arquetípico, que repetidamente se ha observado que coincide con sus movimientos. Sin embargo, los cuerpos celestes recién descubiertos, aparecidos a comienzos del nuevo milenio con

sus inusuales órbitas y su ambiguo estatus astronómico, son útiles para recordar, tanto a los astrónomos como a los astrólogos, que el horizonte de conocimiento que tenemos de nuestro sistema solar aún está en expansión.

Nos centraremos ahora en los principios teóricos básicos por medio de los cuales los astrólogos han observado e interpretado correlaciones entre los movimientos planetarios y las configuraciones arquetípicas de la experiencia humana.

☉	SOL	♃	JÚPITER
☽	LUNA	♄	SATURNO
☿	MERCURIO	♅	URANO
♀	VENUS	♆	NEPTUNO
♂	MARTE	♇	PLUTÓN

Símbolos planetarios

Figura 5

FORMAS DE CORRESPONDENCIA

> Resulta llamativo que todo avance importante en el pensamiento, que toda nueva visión de las que marcan una época, surjan de un nuevo tipo de transformación simbólica.
>
> Suzanne K. Langer
> *Philosophy in a New Key*

Tal como se ha desarrollado la tradición astrológica, las correspondencias entre los movimientos planetarios y las configuraciones de los asuntos humanos han adoptado muchas formas. Hoy se tiene como las más importantes estas tres:

La carta natal: Se considera que las posiciones de los planetas relativas al momento y el lugar de nacimiento de un individuo presentan una correspondencia significativa con la vida de dicha persona tomada en su totalidad, pues reflejan la dinámica y las relaciones arquetípicas específicas que se expresan en sus tendencias psicológicas específicas y en su biografía.

Tránsitos personales: Se considera que las posiciones de los planetas en un momento dado cualquiera presentan, en relación con sus posiciones en el momento del nacimiento de un

individuo, una correspondencia significativa con las experiencias específicas de dicho individuo en ese momento, pues reflejan una activación dinámica del potencial arquetípico simbolizado en la carta natal.

Tránsitos mundiales: Se considera que las posiciones de los planetas en un momento dado cualquiera y en relación con la Tierra presentan una correspondencia significativa con el estado predominante del mundo, pues reflejan el estado de la dinámica arquetípica visible en las condiciones y acontecimientos históricos y culturales de ese momento.

Se considera que, en estas tres formas de correspondencia, las particularidades de la interacción planetaria –qué planetas están implicados y cómo se alinean geométricamente entre sí– son los factores determinantes fundamentales para la comprensión de los fenómenos humanos correspondientes. Estas tres formas de correspondencia pueden entenderse como diferentes expresiones del principio básico de Jung del tiempo cualitativo antes mencionado, para el cual el tiempo es «un continuo concreto que contiene cualidades o fundamentos que pueden manifestarse en forma relativamente simultánea en distintos lugares y con un paralelismo inexplicable, como en los casos de aparición simultánea de idénticos pensamientos, símbolos o condiciones psíquicas... Lo que nazca o se haga en ese momento particular tendrá la cualidad de ese momento». Desde este punto de vista, el tiempo no se caracteriza sólo por la cantidad, como en la comprensión científica convencional, sino también por la cualidad, que es tan tangible como mensurable es la cantidad.

Desde la perspectiva astrológica, los arquetipos planetarios constituyen algo así como un panteón olímpico de principios fundamentales que gobiernan la dinámica cualitativa del tiempo, siempre cambiante. El nacimiento de cualquier ser o el acaecimiento de cualquier fenómeno –una persona, una obra de arte, un movimiento cultural, un fenómeno histórico, una nación, una comunidad, o cualquier otro organismo o emergencia creadora– se ve como reflejo y encarnación de la dinámica arquetípica implícita en el momento de su nacimien-

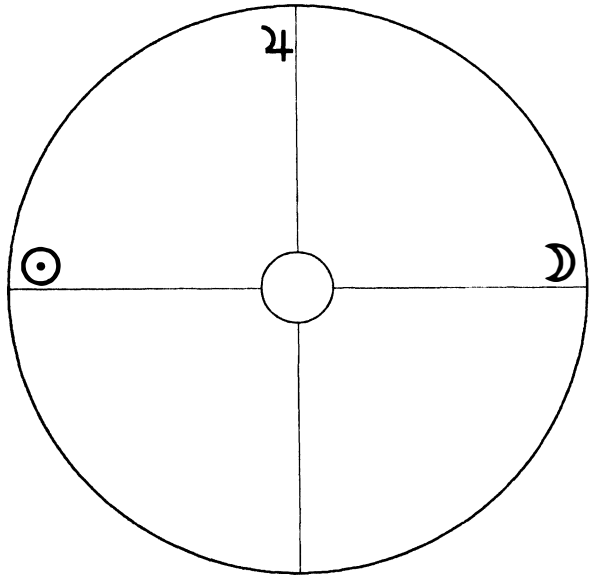
to o aparición, así como despliegue creativo de esa dinámica en el curso de su vida. En palabras de Jung: «Nacemos en un momento dado y en un lugar determinado y, como los vinos de añadas famosas, tenemos las mismas cualidades del año y de la estación que nos vio nacer».

Una carta natal (horóscopo) es un retrato geométrico del cielo desde la perspectiva de la Tierra en el momento en que un individuo nace. El Sol, la Luna y los planetas se posicionan en la carta de tal modo que reflejan sus posiciones en torno a la Tierra cuando esa persona ha nacido. Por ejemplo, el lugar en que el símbolo del Sol se localiza en la carta refleja el momento del día en que la persona nació. Si uno ha nacido al amanecer, el Sol se muestra naciente del lado izquierdo de la carta, cerca del horizonte oriental, llamado Ascendente; si uno ha nacido al mediodía, el Sol está en la parte superior de la carta, llamada Medio Cielo o MC (*Medium Coeli*). Un nacimiento en el ocaso, con el Sol en el horizonte occidental, se muestra con el Sol al lado derecho de la carta, en el Descendente; un nacimiento a medianoche, se muestra con el Sol en la base de la carta, el IC (*Imum Coeli*).

Así, la carta natal de una persona nacida al amanecer, en el momento de plenilunio, muestra el sol en el Ascendente, a la izquierda, y la Luna en el Descendente, a la derecha, reflejando la salida del Sol en el este y la puesta de la Luna en el oeste, como en la Figura 6. Si Júpiter ha estado en la vertical en el momento del nacimiento, se lo muestra cerca del Medio Cielo.

La principal diferencia entre una carta natal y la realidad astronómica que describe es que aquélla tiene dos dimensiones, no tres, y no refleja las distancias variables del Sol, la Luna y los planetas en relación con la Tierra. En su condición de esquemático diagrama simplificado, su principal finalidad es transmitir fielmente la configuración exacta de las relaciones angulares existentes en un momento dado entre los cuerpos celestes y la Tierra en el medio cósmico.

Los tránsitos personales con respecto a la carta natal pueden describirse colocando fuera del círculo de la carta las posiciones de los planetas en tránsito en el cielo en un momento dado, a fin de esclarecer sus alineamientos geométricos con las posiciones planetarias natales que se muestran dentro del



El Sol al amanecer, Júpiter en la vertical, Luna pariente

Figura 6

círculo. La naturaleza de esas configuraciones –qué planetas son y cómo se posicionan–, parece guardar una correlación asombrosamente coherente con el carácter arquetípico de las experiencias del individuo en ese momento. Cada planeta o luminaria tiene una órbita de distinta longitud; en consecuencia, sus tránsitos tienen una duración proporcionalmente distinta. Los tránsitos de la Luna duran varias horas; los tránsitos del Sol, Mercurio, Venus o Marte duran varios días; los tránsitos de Júpiter y Saturno duran varios meses, y los tránsitos de Urano, Neptuno y Plutón duran varios años.

Los tránsitos mundiales, lo mismo que una carta natal, representan las posiciones planetarias con respecto a la Tierra en

un momento dado. Las correlaciones más significativas en esta categoría implican alineamientos cíclicos de los planetas exteriores a largo plazo, en coincidencia con distintas configuraciones arquetípicas en fenómenos históricos y culturales colectivos, con una duración de muchos meses o años.

En consecuencia, el potencial arquetípico simbolizado por los alineamientos planetarios en un momento dado se observa tanto en la dinámica colectiva y en los fenómenos culturales que tienen lugar en ese momento (tránsitos mundiales), como en la vida y la personalidad de los individuos que han nacido en ese momento (cartas natales). Estos individuos encarnan y despliegan ese potencial dinámico en el curso de su vida, y se observa que el ritmo de despliegue de ese desarrollo coincide con los movimientos planetarios continuos de los tránsitos mundiales, en la medida en que éstos establecen relaciones geométricas específicas (tránsitos personales) con las posiciones planetarias natales. En esencia, la interacción precisa entre los tránsitos mundiales y la carta natal en un momento dado cualquiera constituye los tránsitos personales del individuo.

Desde este punto de vista, cada persona y cada período de tiempo están configurados por múltiples fuerzas arquetípicas en interacción dinámica. La investigación que se expone en los capítulos siguientes se ocupa de examinar las correlaciones entre alineamientos planetarios particulares (tránsitos) y lo que parece ser la activación simultánea de complejos arquetípicos correspondientes en vidas individuales y períodos históricos específicos. Empleo aquí el término «complejo» (en su forma sustantiva, como cuando es analizado un «complejo arquetípico» particular) para designar un campo coherente de sentidos, experiencias y tendencias psicológicas arquetípicamente conectadas –que se expresan en percepciones, emociones, imágenes, actitudes, creencias, fantasías y recuerdos, así como en acontecimientos externos y fenómenos históricos y culturales sincrónicos–, todo lo cual parece estar informado por un principio arquetípico dominante o una combinación de tales principios. Un complejo arquetípico puede concebirse como el equivalente experiencial de un campo de fuerza o un campo magnético en física, que producen una configura-

ción o Gestalt integrada a partir de muchos elementos particulares distintos. Cualquier complejo arquetípico dado contiene siempre oscuras tendencias problemáticas y patológicas entretejidas con otras más saludables, fructíferas y creativas, todo lo cual es inherente *in potentia* a cada complejo.

Ciclos y aspectos

En el curso de todo ciclo planetario, tal como se lo ve desde la Tierra, cada planeta entra en –y sale de– determinados alineamientos o relaciones geométricas en relación con la Tierra y con todos los otros planetas. Estos alineamientos reciben el nombre de *aspectos*. La presencia de un aspecto entre planetas se considera indicativa de una clara activación recíproca e interacción de los arquetipos planetarios correspondientes. Esto quiere decir que cuando dos planetas entran en un relación geométrica específica (medida en grados de longitud celeste a lo largo del círculo zodiacal de la eclíptica), se observa que los dos arquetipos correspondientes están en gran interacción dinámica y se expresan concretamente en los asuntos humanos. Para Kepler, éste fue el principio fundamental y de mayor confirmación empírica de la astrología:

> La experiencia, más que ninguna otra cosa, da credibilidad a la eficacia de los aspectos. Esto es tan claro que sólo pueden negarlo quienes no lo han probado por sí mismos.
>
> El poder que hace eficaces a los aspectos [es] un reflejo de Dios, que crea de acuerdo con principios geométricos, y es activado por esta misma geometría o armonía de los aspectos celestes.

Los griegos reconocieron cinco alineamientos como los más importantes. Hoy se los conoce como *aspectos mayores*:

Conjunción (0°)
Oposición (180°)
Trígono (120°)
Cuadratura (90°)
Sextil (60°)

La conjunción y la oposición –los alineamientos «axiales»– representan los dos clímax de todo ciclo planetario. Por ejemplo, la Luna Nueva de cada mes está formada por la conjunción de la Luna con el Sol; la Luna Llena, por su oposición al Sol. Los otros aspectos mayores representan puntos significativos intermedios en el despliegue del ciclo. En términos generales, la conjunción, la oposición y las dos cuadraturas –que juntos constituyen los aspectos «cuadráticos»– se consideran indicativos de una interacción más dinámica y potencialmente crítica («dura») entre dos arquetipos planetarios. Los dos trígonos y los dos sextiles que se dan durante cada ciclo se ven como reflejos de una interacción más intrínsecamente armoniosa y confluyente («blanda»).

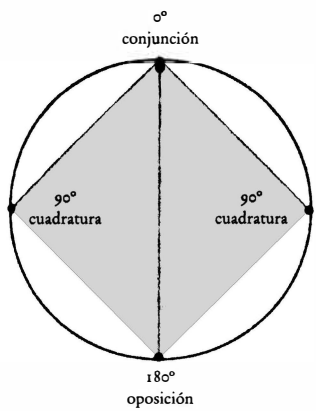
La formación de un aspecto mayor entre dos planetas se ve cómo coincide con una significativa activación mutua de los dos arquetipos correspondientes, y la naturaleza o vector de esa interacción refleja qué aspecto específico se ha formado. Tanto la tradición astrológica como la investigación contemporánea sugieren que los alineamientos cuadráticos de aspecto duro en cualquier ciclo dado (conjunción, oposición, cuadratura) coinciden en especial con tendencias arquetípicas de elevado dinamismo y acontecimientos concretos decisivos que reflejan ese dinamismo. Por el contrario, se considera que los aspectos blandos (trígonos y sextiles) reflejan estados armoniosos y potencialmente generadores en los que estos principios están plenamente presentes y se activan mutuamente, pero de una manera en general menos desafiante, menos dinámicamente evidente y con menos probabilidad de tener correlación con acontecimientos concretos tensamente constelados.

Mientras los planetas se acercan y luego se alejan de los alineamientos exactos, se observa que la expresión arquetípica concreta del aspecto se intensifica gradualmente hasta alcanzar la exactitud, para disminuir luego, también gradualmente, en un continuo en forma de onda, semejante a una curva de Gauss. Para considerarlos «en aspecto», dos planetas deben posicionarse dentro de un determinado margen de grados con respecto a la exactitud. Se denomina orbe a este margen de grados dentro del cual, a cada lado de la exactitud, se conside-

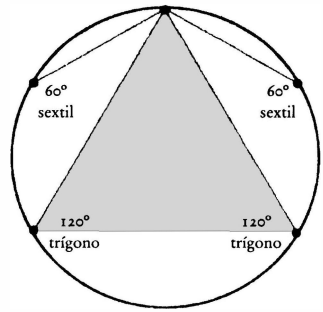
ra que un alineamiento es arquetípicamente operativo. El orbe específico varía de acuerdo con el aspecto (una conjunción tiene un orbe más amplio que un sextil) y de acuerdo con la forma de correspondencia implicada (en las cartas natales y los tránsitos mundiales los aspectos tienen orbes más amplios que en los tránsitos personales).

En términos generales, en el marco teórico que aquí se esboza, los factores astronómicos que más importa conocer son: qué planetas están en un aspecto mayor, qué aspectos están implicados y cuál es la proximidad de los alineamientos en relación con la posición exacta.

Este puñado de conceptos y principios –las tres formas básicas de correspondencia, los cinco aspectos mayores y una



Aspectos dinámicos («duros»)



Aspectos confluyentes («blandos»)

Figura 7

comprensión cada vez más profunda de los significados específicos de los diez arquetipos planetarios– constituyeron la estructura teórica esencial de la investigación a la que se pasa revista en este libro. Aunque muchos otros factores, como los doce signos zodiacales (de Aries a Piscis) y los doce sectores diurnos de la carta llamados casas, desempeñan un papel importante tanto en la práctica astrológica tradicional como en la contemporánea, he encontrado de modo sistemático que las correlaciones que implican los aspectos planetarios más importantes en las cartas natales, los tránsitos personales y los tránsitos mundiales son lo que parece representar el núcleo fundamental de la perspectiva astrológica, y ofrecen el camino de acceso más convincente y clarificador a este campo de estudio.[14]

Sin embargo, más allá de los principios específicos que se acaban de esbozar, tal vez el elemento más esencial del paradigma de investigación fue la naturaleza básica de mi manera de abordar los datos y la posibilidad de descubrir correlaciones significativas. Esta manera de abordar la evidencia no se me presentó antes de mi encuentro con una auténtica masa crítica de correlaciones de ese tipo, lo que produjo en mi orientación intelectual básica un cambio de *Gestalt* o de paradigma, como acertadamente dice Kuhn; en este caso, se trataba de un cambio fundamental del supuesto de partida, el azar, por el supuesto de un orden potencial subyacente. Las correlaciones con las que me había encontrado en mi investigación anterior eran ya lo bastante convincentes por sí mismas como para inducirme a dejar provisionalmente atrás mi inicial desprecio escéptico por la astrología y embarcarme en una investigación más a fondo. Pero sin el cambio epistemológico más profundo del supuesto de un mundo fundamentalmente aleatorio y sin sentido por el supuesto de un sutil orden potencial, nunca habría vislumbrado la mayor parte de las evidencias que expondré en los capítulos siguientes. No es probable que alguien descubra lo que está seguro de que no existe. El físico David Bohm reconoció precisamente esta fatal limitación del paradigma moderno: «Se supone que... el azar es un rasgo fundamental, pero inexplicable e inanalizable, de la naturaleza y, en última instancia, de toda la existencia». Sin embargo,

lo que en un contexto es azar puede revelarse en otro contexto más amplio como simples órdenes de necesidad... Por tanto, debo ser claro acerca de la importancia de mantenerse abierto a nociones fundamentalmente nuevas de orden general si no se quiere que la ciencia resulte ciega a órdenes de gran importancia, pero complejos y sutiles, que escapan a la grosera malla de la «red» de las actuales maneras de pensar.

Con independencia del campo de estudio, el intento de evaluar un fenómenos con una metodología basada en el firme supuesto de que el fenómeno no existe, ha demostrado ser una estrategia singularmente inadecuada; una profecía limitadora que por su propia naturaleza tiende a cumplirse. Para la presente investigación hacía falta rigor crítico, pero también una cierta apertura mental y de espíritu, y paciencia para permitir, con tiempo y más observación, el afloramiento de auténticas configuraciones y significados más profundos.

El otro factor esencial que hizo posible la presente investigación fue de orden técnico. En el curso de los últimos treinta años, debido a los rápidos avances de la tecnología informática y el desarrollo de programas cada vez más sofisticados para el cálculo de las posiciones planetarias durante prolongados períodos de tiempo, estuve cada vez en mejores condiciones de acceder a datos astronómicos precisos para todos los planetas y remontarme a muchos siglos en el pasado: primero los siglos XX y XIX, luego el período moderno temprano y el Renacimiento y, más hacia atrás, la Edad Media y la Antigüedad clásica.[15] Para mí, al igual que para muchos otros investigadores, estos avances técnicos crearon poco a poco un horizonte cada vez más abierto, que se remontaba en el tiempo a medida que pasaban los años y la investigación progresaba. En comparación con la situación que afrontaban las generaciones anteriores de investigadores, la repentina disponibilidad de esos datos planetarios tan exactos y exhaustivos nos permitía investigar muchas figuras culturales importantes y acontecimientos históricos que durante mucho tiempo habían sido inaccesibles a tales análisis.

CICLOS DE TRÁNSITO PERSONAL

En los capítulos siguientes examinaremos correlaciones para las tres formas de correspondencia: cartas natales, tránsitos personales y tránsitos mundiales. Pese a que los análisis de cartas natales han sido la base de la mayor parte de la investigación y la práctica astrológicas modernas, y pese a que el estudio de mi propia carta natal y de las de otras personas ha sido decisivo en mi creciente reconocimiento de la posible validez de la astrología, lo que por primera vez acaparó mi atención fue el análisis de los tránsitos personales. El estudio de tránsitos personales es particularmente esclarecedor porque implica la correlación precisa de los acontecimientos de la vida con dos conjuntos de factores astronómicos: las posiciones planetarias presentes en el cielo y las posiciones planetarias en la carta natal individual, uno de ellos en alineamiento con el otro, cada uno con sus propios significados arquetípicos específicos, que dependen de qué planetas estén implicados. Si resulta que tanto el ritmo en que se despliegan los acontecimientos de una vida particular como su cualidad arquetípica se correlacionan con los tránsitos planetarios adecuados a través de las posiciones planetarias natales adecuadas, es mucho más fácil evaluar las posibles implicaciones.

Despertares, rebeliones, rupturas innovadoras: el ciclo de Urano

Los tránsitos del Sol, la Luna y los planetas interiores –Mercurio, Venus y Marte– son rápidos y breves. En cambio, los cinco planetas exteriores se mueven más lentamente y sus tránsitos pueden prolongarse meses o años. Éstos son los más significativos para la investigación biográfica. Sorprendentemente, dada la larga tradición astrológica, de los conjuntos de correlaciones que observé, el primero en llamarme la atención acerca de la importancia potencial de los tránsitos personales no se centraba en uno de los planetas conocidos por los antiguos y que había formado siempre parte de la tradición astrológica, sino en Urano, el primer planeta que se descubrió con el telescopio en la era moderna.

Con una regularidad que aún me sigue pareciendo asombrosa, encontré que Urano en tránsito celeste resultaba estar en preciso alineamiento geométrico con los planetas de las cartas natales individuales durante los períodos en los que aquellos individuos experimentaron importantes transformaciones biográficas con el carácter subyacente de cambio repentino, despertar creador e inesperadas perturbaciones en las estructuras vitales establecidas: puntos de inflexión y grandes progresos psicológicos, cambios radicales de la perspectiva filosófica, intensos períodos de innovación y descubrimiento, actos de rebelión contra diversas limitaciones personales o sociales, etcétera. Los tránsitos de Urano duran alrededor de tres años.

Después de los primeros casos en que observé esa correlación en la vida de personas a las que conocía bien, empecé el examen sistemático de centenares de casos del mismo tipo. Los acontecimientos y las experiencias coincidentes no eran literalmente idénticos, ni, dada su variedad concreta de expresión, se los podía medir estadísticamente, y a pesar de eso era posible discernir claramente el conjunto común de cualidades subyacentes. Igualmente significativo fue que esas cualidades casaran tan bien con el consenso de la tradición astrológica moderna en lo tocante al significado arquetípico que se asocia al planeta Urano.

En muchos de estos casos, Urano en tránsito había formado alineamientos exactos con el Sol natal individual, y en ellos los períodos de cambio rápido y ruptura creadora parecían especialmente ligados a un despertar del yo individual, que experimentaba un cambio radical y a veces creaba el sentido de identidad personal. Ese tránsito puede darse en diferentes momentos de la vida para distintos individuos, en función de la situación astronómica específica en cada caso. Una persona, por ejemplo, podía pasar muy pronto en la vida, incluso en la primera infancia, por el tránsito de Urano en conjunción con el Sol; a otras eso mismo podía ocurrirles mucho después, en la cincuentena, lo que proporcionaba un contexto biográfico completamente distinto en el que pudiera emerger el complejo arquetípico correspondiente. Sin embargo, a pesar de la gran cantidad de diferencias de edad y de contexto biográfico, en todos los casos era evidente la naturaleza común del arquetipo, pues en todos se producían diversos acontecimientos y experiencias de indudable carácter prometeico.

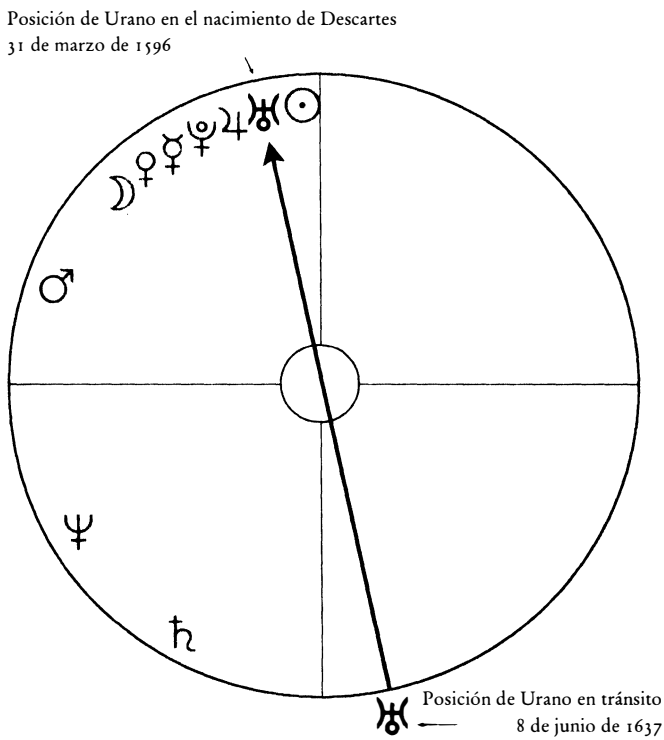
Me fue dado observar un patrón de correlación particularmente digno de tener en cuenta, el que se presentaba cuando Urano en tránsito configuraba un aspecto mayor con la posición del propio Urano en la carta natal de un individuo. Como veremos, todos los individuos experimentan la secuencia de alineamientos geométricos mayores de Urano con respecto a su propia posición natal más o menos a la misma edad. Descubrí que cada uno de esos alineamientos coincidían con períodos en los que era evidente un potencial mayor que el normal para súbitos cambios radicales y rupturas de distintos tipos. Esta configuración de clara activación arquetípica en coincidencia con el ciclo de tránsito de Urano resultó particularmente evidente cuando empecé a examinar en detalle las biografías de importantes figuras culturales con cuya vida y obra estaba yo familiarizado.

Por ejemplo, descubrí que cuando Galileo realizó sus primeros descubrimientos con el telescopio entre octubre de 1609 y marzo de 1610 y luego con gran rapidez escribió y publicó *Sidereus Nuncius* (*El mensajero de los astros*), que anunciaba la verdad de la teoría copernicana y causó sensación en círculos intelectuales europeos, había tenido exactamente

el mismo tránsito de Urano que tuvo René Descartes en 1637, cuando publicó el *Discurso del método*, manifiesto de la razón moderna y obra fundamental de la filosofía moderna. Y, además, era también el mismo tránsito que tuvo Isaac Newton en 1687 cuando publicó los *Principia*, la obra fundamental de la ciencia moderna.

En los tres casos, el tránsito que coincidió con estos períodos cruciales fue el de Urano en el punto medio exacto, 180°, de su ciclo completo alrededor de la carta natal, es decir, el punto de oposición al grado de longitud celeste que ocupaba Urano en el momento del nacimiento del sujeto de la carta. Se denomina «Urano en tránsito opuesto a Urano natal» (o, simplemente, «Urano en oposición a Urano»). Se lo puede pensar como la «Luna Llena» del ciclo personal del tránsito de Urano. Es el único momento en la vida de una persona en que Urano alcanza el punto medio de su órbita de ochenta y cuatro años desde el nacimiento de la persona. La duración de este tránsito es aproximadamente de tres años, lo que representa el período durante el cual Urano en tránsito está a menos de 5° de oposición exacta con respecto a su propia posición natal, margen u orbe usual dentro del cual he observado correlaciones arquetípicas en tránsitos personales de aspectos duros de los planetas exteriores.[16]

Cuando examiné cuidadosamente los datos históricos y biográficos, encontré notable lo preciso de la distribución temporal en estos diversos casos. Se puede rastrear el desarrollo y el apogeo de importantes logros creativos, grandes descubrimientos personales o repentinos cambios de vida de cada biografía en relación con las posiciones de tránsito planetario correspondientes a varios meses y años a cada lado del tránsito exacto, lo que, mientras el tránsito se mueve hacia la exactitud y luego se aleja de ella, da como resultado una curva de enorme semejanza con la campana de Gauss. Galileo, Descartes y Newton, por ejemplo, realizaron sus obras revolucionarias cuando el tránsito se hallaba en su cúspide matemática, en el margen de 1° a 2° del alineamiento exacto, lo que para este tránsito ocurre durante unos doce meses en el curso de toda una vida.



Tránsito personal de Urano en oposición a Urano

Posición de Urano cuando se publicó el *Discurso del método*, en oposición exacta de 0° 0' con respecto a la posición de Urano en el nacimiento de Descartes. Es el mismo tránsito que tuvo Galileo en 1610, cuando realizó sus descubrimientos con el telescopio y publicó *Sidereus Nuncius*, y el mismo que tuvo Newton en 1687, cuando publicó los *Principia*.

Figura 8

Descubrí también que este mismo tránsito está presente con regularidad en momentos comparables de hallazgo, ruptura, innovación, rebelión y cambio radical, todos ellos repentinos, en la vida de otras importantes figuras culturales. Por ejemplo, Freud tuvo este mismo tránsito en 1895-1897, los años en que se produjo en su pensamiento la súbita ola de descubrimientos que dio nacimiento al psicoanálisis, comenzó su autoanálisis sistemático e inició la redacción de *La interpretación de los sueños*, es decir, el período al que luego él mismo se referiría con estas palabras: «Semejante penetración intuitiva sólo se da una vez en la vida de una persona».

Un examen detallado de este período de la vida de Freud muestra la rápida intensificación de creatividad intelectual que tuvo lugar durante los años específicos de este tránsito. Urano pasó por la fase de oposición de su ciclo de tránsito, a menos de 5° del alineamiento exacto con la posición que tenía cuando nació Freud, entre noviembre de 1894 y septiembre de 1897, y en el período 1895-1896 entró en la franja más estrecha en torno a la alineación exacta. En la primavera de 1895, Freud y su colega Josef Breuer publicaron *Estudios sobre la histeria*, cuyo último capítulo sobre psicoterapia, escrito por Freud, es lo que se acostumbra a tomar como fecha de nacimiento del psicoanálisis. El 24 de julio de 1895 Freud realizó por primera vez el análisis completo de uno de sus sueños, el de «la inyección de Irma». Bautizada por Ernest Jones como «ocasión histórica», esta fecha fue luego recordada por Freud como el momento en que se le «reveló el secreto de los sueños». En el verano de 1895, Breuer escribió: «El intelecto de Freud vuela a su máxima altura. Yo lo sigo con la mirada como lo hace una gallina con un halcón».

Durante este período, Freud postuló la latente función de realización de deseos que tienen los sueños, formuló la distinción entre procesos mentales primarios y secundarios y desarrolló sus puntos de vista sobre la etiología sexual de la neurosis, la existencia del erotismo infantil y la naturaleza del yo consciente con su resistencia a los instintos. Estos años también produjeron la primera mención de conceptos tan fundamentales como la formación de compromiso, la sobredeterminación, el retorno de lo reprimido y las zonas erógenas. Según

Jones, «Freud se hallaba en su estadio más revolucionario, tanto desde el punto de vista intelectual como emocional». *La interpretación de los sueños*, obra fundacional del psicoanálisis sobre la cual trabajó el resto de la década, estaba, en palabras de Freud, «terminada, en todo lo esencial, a comienzos de 1896». El término «psicoanálisis» se usó por primera vez en un artículo terminado el 5 de febrero de 1896. En la primavera de 1897, Freud empezó a desarrollar su idea del complejo de Edipo. En el verano de 1897, incentivado por su propia inquietud psicológica, así como por su emergente comprensión de la psique, Freud empezó su autoanálisis, que en general se considera el punto de inflexión decisivo de su evolución intelectual y psicológica.

En el caso de Jung, el mismo tránsito tuvo lugar en coincidencia con la famosa crisis de 1914-1917, que también provocó el mayor giro personal e intelectual en su vida. Fueron los años del autoanálisis más intenso y sistemático de Jung, período de transformación y ruptura psicológicas paralelo al de Freud, del que salió con sus conceptos fundamentales del inconsciente colectivo, el sí mismo, el proceso de individuación, la función trascendente y la objetividad interna de la realidad psíquica. Cerca del final de su vida, en *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Jung se refirió a este período como el más importante de su carrera, fuente prácticamente de todos sus posteriores puntos de vista científicos y psicológicos.

> Los años en los que me dediqué a indagar en mis imágenes interiores fueron los más importantes de mi vida; en ellos decidí todo lo esencial. Fue entonces cuando comenzó todo; los detalles posteriores sólo son suplementos y aclaraciones del material que irrumpió del inconsciente y me inundó por completo. Fue la prima materia del trabajo de toda una vida.

Tránsitos similares con tránsitos mayores del ciclo Urano-Urano tuvieron lugar en el caso de Einstein y la teoría de la relatividad, Darwin y la teoría de la selección natural, Kant y su revolución copernicana en filosofía, así como en los de muchas otras figuras de la innovación científica e intelectual de las que tenemos datos históricos suficientemente precisos.[17]

Pero, una vez más, tengo que destacar la mayor complejidad y polivalencia en la configuración de los datos, incluso más allá de las importantes diferencias entre las respectivas cartas natales individuales. No sólo había otros tránsitos superpuestos que implicaban otros planetas y que a menudo contribuían a iluminar el carácter y el ritmo de aparición de los acontecimientos en cuestión, sino que el tránsito de Urano en oposición a Urano coincidía en sus propios términos con un abanico de fenómenos significativos mucho mayor que el que sugieren los ejemplos anteriores. A pesar de todo eso, dentro de la diversidad, este tránsito marcó invariablemente períodos en los que los acontecimientos y las experiencias decisivas recaían en el mismo carácter arquetípico de experimento y cambio, iluminación creadora, súbito despertar, subversión del statu quo, rebelión contra las estructuras establecidas, etc.

Por ejemplo, este mismo tránsito de Urano se producía en el caso de Rosa Parks en 1955 cuando, al negarse a dejar su asiento en el autobús en Montgomery, Alabama, desencadenó el movimiento por los derechos civiles en los Estados Unidos. El repentino y decisivo acto de desafío, la ruptura de las convenciones sociales y el consecuente cambio radical en la experiencia vital –de alcance histórico– a partir de ese momento, son cualidades características de este tránsito.

También fue este mismo tránsito el que tuvo Betty Friedan en 1962-1963 cuando, tras cinco años de redacción, publicó *La mística femenina*, lanzando así el movimiento feminista moderno:

> Mis respuestas tal vez inquieten a los expertos y también a las mujeres, pues implican cambio social. Pero carecería por completo de sentido que escribiera yo este libro si no creyera que las mujeres pueden incidir en la sociedad así como ésta puede incidir en ellas; que, al fin y al cabo, una mujer, lo mismo que un hombre, tiene el poder de elegir, de construir su propio cielo o infierno.

Una vez más, en todos estos casos –Rosa Parks, Betty Friedan, Freud, Jung, Galileo, Descartes, Newton y los numerosos individuos que experimentaron transformaciones psicoterapéuticas, rupturas y puntos de inflexión personales–,

es indudable que, a pesar de que los acontecimientos biográficos particulares difieren en carácter, intensidad y consecuencias y no se pueden comparar estadísticamente como fenómenos idénticos, parece evidente, sin embargo, que bajo ellas late una configuración arquetípica coherente.

Es posible que, después de un repaso superficial de unas cuantas correlaciones de este tipo, se pueda llegar razonablemente a la conclusión de que, con frecuencia, lo único que estas coincidencias reflejan es que los tránsitos de oposición de 180° de los ciclos de Urano se han producido en un período de la vida –alrededor de los cuarenta años– en que es de esperar de todos modos una suerte de pico de vitalidad creadora. Una y otra vez tuve en cuenta esa posibilidad, pero una combinación de factores interconectados desaconsejaba descartar las correlaciones como meras coincidencias. En primer lugar, era impresionante, incluso misteriosa, la precisión de las correlaciones entre los alineamientos en tránsito y los acontecimientos pertinentes, con su exactitud en el grado y el mes, sobre todo teniendo en cuenta que el carácter de los acontecimientos correlacionados se adecuaba con toda precisión al significado astrológico del planeta implicado. En segundo lugar, los diferentes tránsitos de Urano que tenían lugar en diferentes momentos de la vida coincidían con fenómenos del mismo carácter arquetípico, pero dichos fenómenos variaban según el aspecto o el alineamiento implicado. Y, además, variaban de acuerdo con el planeta natal al que afectaba el tránsito (un tránsito de Urano al Venus natal, por ejemplo, tendía a coincidir con una categoría de cambio, despertar o subversión repentinos distinta de la correspondiente al tránsito de Urano a Mercurio o a Marte).

Finalmente, cuando estudié las vidas de un espectro mucho mayor de individuos, fuera de las figuras tan conocidas que acabamos de mencionar y los casos de repentina iluminación psicológica con los que me encontré inicialmente, descubrí que el tránsito de Urano en oposición a Urano coincidía regularmente con un período de la vida en el que la experiencia interior y los acontecimientos externos presentaban una cualidad distinta que, a pesar de que en muchos aspectos difería de estos más dramáticos puntos de inflexión, sugería con

fuerza la presencia activa del mismo principio arquetípico prometeico. Con sorprendente frecuencia, el lapso específico de tres años de este tránsito coincidía con el período de la vida al que se suele hacer referencia como crisis de los cuarenta. Típica de ese momento era una cierta inquietud existencial, un deseo súbitamente intensificado de liberarse de las estructuras de la vida personal: carrera, trabajo cotidiano, matrimonio, comunidad, identidad personal y persona social habituales, sistema de creencias, etcétera. También se daba una mayor osadía de la acostumbrada para correr riesgos, una necesidad de explorar nuevos horizontes y una disposición a renunciar a compromisos y responsabilidades previos. Además, igualmente comunes durante este tránsito eran los acontecimientos de carácter impredecible, cuyo efecto –al producir cambios bruscos en las circunstancias de la vida y las estructuras existenciales– era similar al de los cambios iniciados por la persona misma. Los despertares que coincidían con este tránsito podían ser muy estimulantes o intensamente problemáticos. Sin embargo, el principio arquetípico subyacente parecía ser el mismo, ya se tratara de acontecimientos imprevistos o deliberados, ya tuvieran un resultado final desestabilizador y problemático o liberador y creativo.

A menudo los acontecimientos coincidentes durante ese tránsito reflejaban *todas* esas cualidades, como sugieren varios de los ejemplos anteriores. Ni Freud ni Jung buscaron en especial, ni recibieron de buen grado, los desafiantes estados psicológicos emergentes en ese momento, aun cuando los frutos intelectuales y el crecimiento interior que de ellos derivaron en ese período constituyeran avances decisivos que luego desarrollaron durante el resto de la vida. Los impulsos y las acciones que durante este tránsito adoptaron Rosa Parks o Galileo eran personal y culturalmente liberadores, pero también desencadenaron una sucesión de acontecimientos enormemente desafiantes y desestabilizadores en su vida y en su mundo.

Análogamente, la actitud del individuo con respecto a estos fenómenos es muy variable. Se pueden abrazar con entusiasmo los cambios externos y los impulsos interiores, o bien simplemente habérselas con ellos. Se los puede cultivar y

desarrollar activamente o bien oponerse a ellos denodadamente y reprimirlos. Ninguna forma específica de acontecimiento o respuesta parecía predeterminada. Lo consistente fue la cualidad arquetípica subyacente de cambio significativo repentino o rápido, novedad desde dentro y desde fuera, experimento, incertidumbre y cambios inesperados en las circunstancias vitales o en la visión personal. El denominador común parecía ser la constelación de una situación existencial en la que el dominio personal de experiencia se veía repentinamente presionado, más allá del statu quo, hacia nuevos horizontes, con independencia de que se viera en la condición previa una fuente de seguridad estable o de limitación opresiva.

Es ilustrativo el caso de Betty Friedan durante este tránsito, en la medida en que implica tanto dimensiones personales como colectivas íntimamente entretejidas. Por un lado, como ejemplo de un aspecto del patrón arquetípico, *La mística femenina* representaba una importante ruptura creadora –personal y social, intelectual y psicológica–, puente hacia un súbito cambio de perspectiva y nuevas posibilidades existenciales. Por otro lado, el libro se centraba en problemas cuya aparición en la vida individual coincidía de manera regular con ese tránsito, pero que en este caso se abordaban a una escala social más amplia: «el problema sin nombre», la creciente inquietud de las mujeres modernas que se sentían confinadas en las estructuras patriarcales tradicionales. El libro daba voz a un deseo que ayudaba a catalizar, y del que las mujeres acababan de tomar conciencia: liberarse de los papeles sociales establecidos, para explorar un espectro más amplio de actividades y caminos de autorrealización. De esta manera, tanto la condición de inquietud que Friedan abordaba y diagnosticaba en *La mística femenina*, como la ruptura creadora que ella representaba con la redacción del libro, ilustran dos de los rasgos más característicos que he observado en este tránsito.

Considerada en sí misma, al margen de las otras correlaciones, la coincidencia entre esta fase de transición o transformación en la vida de muchos individuos y el tránsito en oposición de Urano habría sido sugerente, pero no decisiva, por supuesto. Lo que la hacía más convincente era su inserción en una más amplia configuración de correlaciones que implica-

ban al mismo planeta y el mismo principio arquetípico. Por ejemplo, antes del punto de oposición del ciclo de Urano en la vida de cada individuo, hay un período previo en el que Urano alcanza el primer alineamiento cuadrático, o aspecto dinámico fuerte, de su ciclo (cuadratura de 90°, que se produce a mitad de camino entre el nacimiento y la oposición de 180° que se acaba de analizar). Este tránsito Urano-cuadratura-Urano coincide con un período de tres años al final de la adolescencia y comienzos de la veintena, en que la rebelión juvenil y la lucha por la independencia se hallan típicamente en una fase de culminación. Una vez más, lo mismo que en el punto de oposición del mismo ciclo, parece que durante estos años se cataliza un impulso de emancipación radicalmente exaltado, que empuja a la juventud a realizar su primer corte fundamental con las estructuras establecidas o aceptadas por la generación anterior. La lucha incansable por la autonomía ilimitada, cuyo vigor aumenta en la adolescencia, tal como se expresa en actos de rebelión social e impredecibles cambios de comportamiento, es plenamente catalizada y potenciada y llega a su punto culminante durante este período. Tanto el encuentro con nuevas formas de experiencia, nuevas perspectivas, nuevas relaciones y nuevos campos de acción, como el impulso a experimentar con ellos, se ven rápidamente acelerados e intensificados.

Que la mayoría de los estudiantes universitarios y del último curso de bachillerato estuvieran pasando este tránsito era, al menos desde el punto de vista arquetípico, congruente con el hecho de que tan a menudo las universidades y los institutos hicieran las veces de semilleros de conductas e ideas rebeldes, liberadoras, creadoras, impulsivas y subversivas. Lo mismo ocurría con los jóvenes de la misma edad en las calles (o, de manera creciente, en Estados Unidos, en las cárceles). Igualmente sugerentes eran las conexiones, a menudo espontáneas, que muchas veces establecían los psicólogos y los sociólogos entre estos dos períodos de la vida –la cuadratura y la oposición en el ciclo de Urano– y sus frecuentes referencias al período de crisis de los cuarenta como una «segunda adolescencia». En ambos períodos, los individuos parecían sentirse impulsados a romper con las estructuras convencio-

nales impuestas por la sociedad, la familia o su propia psique, a experimentar y explorar, buscar mayor libertad, expresión creativa de la propia personalidad, nuevas ideas y nuevos horizontes. Además, en coincidencia con estos acontecimientos de iniciación autónoma e impulsos de reciente aparición, se daba en ambos períodos una tendencia igualmente destacada a que ocurrieran acontecimientos impredecibles, desestabilizadores y turbulentos.

En individuos particularmente creativos, muchas veces es posible reconocer conexiones de desarrollo muy específicas entre ambos períodos. Por ejemplo, en el caso de Newton, los puntos de cuadratura y de oposición del ciclo de Urano coincidieron exactamente con los dos famosos períodos de su vida en los que se produjeron sus logros científicos más importantes. De enero de 1664 a diciembre de 1666, Urano estuvo en la zona correspondiente a los 90° de su ciclo, en la franja de los 5° en torno al alineamiento exacto. Fue precisamente durante esos años de 1664 a 1666, en los comienzos de la veintena, cuando Newton echó prácticamente todas las bases de su obra posterior: el desarrollo del teorema del binomio y el cálculo infinitesimal, la investigación avanzada en óptica y la deducción de la relación inversa al cuadrado de la distancia para la atracción planetaria. Fue el período en el que, de acuerdo con el relato del propio Newton, se produjo el incidente de la caída de la manzana. Como observa el historiador de la ciencia D. T. Whiteside: «En dos breves años, del verano de 1664 a octubre de 1666, nació el matemático Newton y, en cierto sentido, el resto de su vida creativa fue en gran parte la elaboración, tanto en el cálculo como en el pensamiento matemático en general, de la masa de florecientes ideas que brotaron en su mente en el umbral de la madurez intelectual». El propio Newton escribió lo siguiente acerca de este período: «Estaba yo en la mejor edad para la invención y me ocupaba de matemáticas y de filosofía más que en ningún otro momento a partir de entonces».

De esta suerte, en la trayectoria más amplia de la vida de Newton se observa una perfecta configuración simétrica: estos descubrimientos tempranos, precursores necesarios de los *Principia*, se produjeron cuando Urano se había desplaza-

do 90° desde la posición que ocupaba cuando nació Newton, mientras que los *Principia* mismos, que contenían la formulación de las tres leyes del movimiento y la ley de la gravitación universal, se publicaron cuando Urano se había desplazado exactamente otros 90°, para formar la oposición de 180°.

Éstas y muchas otras correlaciones del mismo tipo me sugirieron la posibilidad de que existiera en cada vida una conexión y una continuidad arquetípica significativa entre los acontecimientos que coincidían con los sucesivos alineamientos importantes del ciclo de tránsito de Urano. La naturaleza de la evidencia parecía indicar la existencia de una correlación constante entre los tránsitos de Urano y las activaciones de un principio arquetípico con el carácter de Prometeo –emancipatorio, rebelde, inventivo, impredecible, mediador del cambio brusco y nuevas realidades–, visible en la cualidad y el ritmo de aparición específicos de estos diversos acontecimientos y descubrimientos. Muchos otros factores, como qué planetas formaban aspectos con Urano en la carta natal y la presencia de otros tránsitos concurrentes, eran también pertinentes en la evaluación del carácter exacto y el tiempo de aparición de estas correlaciones. Además del ciclo Urano-Urano, muchos acontecimientos comparables, con estas mismas cualidades, coincidieron con tránsitos en los que Urano pasaba por otro punto importante de la carta natal (por ejemplo, Urano transitando en conjunción con el Sol natal, como cuando James Joyce escribió *Ulises*, a comienzos de 1914), o en los que otro planeta exterior transitaba el Urano natal (por ejemplo, Plutón transitando en conjunción con Urano natal, como cuando Thomas Jefferson redactó la Declaración de la Independencia, en junio de 1776).[18] Sin embargo, el ciclo de tránsito Urano-Urano en sus propios términos parecía representar una configuración cíclica particularmente significativa para lo que parecía ser el despliegue de un impulso prometeico.

Dado que el ciclo completo de 360° de Urano dura ochenta y cuatro años, la trayectoria vital de muchos individuos no ofrece la posibilidad de analizar el período en que Urano transita en conjunción con su posición original en el momento del nacimiento de la persona (un tránsito conocido como «retorno de Urano»). Sin embargo, entre los ya citados, Freud al-

canzó a vivir hasta los ochenta y cuatro años, y precisamente en el momento en que Urano llegaba al punto de conjunción, en el verano de 1938, se vio repentinamente obligado, por la entrada de los nazis en Austria, a mudarse a Londres durante lo que resultaron ser los últimos meses de su vida y escribió su resumen brillante y definitivo de la teoría del psicoanálisis: el *Esquema del psicoanálisis*. Su último libro, el famoso *Esquema*, era efectivamente una sinopsis de la obra de su vida. Además, en ese mismo período terminó y publicó su *Moisés y el monoteísmo*, también obra de compendio personal, tanto por el tiempo tan prolongado que ocupó como porque analizaba la figura cultural revolucionaria con la que él mismo se había identificado a lo largo de la vida.

Análogamente, Jung vivió hasta los ochenta y cinco años. Cuando el ciclo de Urano en su vida llegó a completar los 360°, con Urano transitando en conjunción con su posición natal, de 1957 a 1960, Jung compuso el famoso resumen de su vida, *Recuerdos, sueños, pensamientos*. De manera que tanto Freud como Jung escribieron recapitulaciones de la obra revolucionaria de su vida precisamente durante el período que coincidía con la conjunción de Urano consigo mismo, al final de su ciclo.

En consecuencia, en ambos casos se advierte un claro patrón secuencial: en la vida de Freud, el punto a mitad de camino de 180° del ciclo de Urano que tuvo lugar en 1895-1897 coincidió con su período de mayor innovación –el comienzo de su autoanálisis, su formulación de los conceptos básicos del psicoanálisis y el inicio de la redacción de su obra fundacional, *La interpretación de los sueños*–, mientras que el punto de 360° que cerraba el ciclo coincidió con sus compendios de la obra de toda una vida, el Esquema del psicoanálisis y Moisés y el monoteísmo. En la vida de Jung se aprecia el mismo patrón simétrico; el punto medio del ciclo de Urano durante el período de 1914-1917 coincide con el giro germinal de su vida, tanto intelectual como psicológicamente (como luego describiría él mismo en *Recuerdos, sueños, pensamientos*), mientras que la finalización del ciclo coincide con la redacción de *Recuerdos, sueños, pensamientos*, el compendio de su vida.[19]

Patrones análogamente sugerentes del ciclo completo resultaron evidentes en el nivel colectivo. Por ejemplo, si se considera el 4 de julio de 1776, día de la firma de la Declaración de Independencia, como la fecha de nacimiento de los Estados Unidos, el ciclo completo de Urano culminó ochenta y cuatro años más tarde, cuando comenzaba la Guerra Civil, en abril de 1861, a 1° del alineamiento exacto. Este período dramático en la historia de Estados Unidos trajo lo que Abraham Lincoln llamó «nuevo nacimiento de la libertad» a una nación concebida en libertad, pero hasta entonces profundamente oprimida, comprometida y corrompida por la institución de la esclavitud. Análogamente, en la vida de Estados Unidos, el siguiente ciclo de Urano culminó a mediados de los años cuarenta del siglo XX. Este retorno de Urano llegó a su alineamiento exacto una semana antes del Día D, en junio de 1944, cuando los Aliados empezaron la liberación de Europa de los nazis, y continuó en 1945, en coincidencia con el final de la Segunda Guerra Mundial, el surgimiento de Estados Unidos como potencia dominante en el mundo y la fundación de las Naciones Unidas.

El despliegue estructural de la vida: el ciclo de Saturno

Otro ciclo de tránsito planetario en el que resulta fácil reconocer correlaciones arquetípicas distintivas en biografías individuales es el de Saturno, cuya duración es de aproximadamente veintinueve años y medio. Todos los individuos pasan por el primer tránsito de retorno de Saturno de los veintiocho a los treinta años de edad, poco más o menos, un período en cuyo curso parece tener lugar con notable consistencia un complejo característico de acontecimientos biográficos y experiencias personales.[20] Durante estos años, los individuos son proclives a tener la sensación de que su vida llega claramente al final de una etapa que pone fin a los años de juventud e inicia a la persona, a menudo de una manera desafiante, en el período principal de su actividad madura en el mundo, en relación con el orden social establecido.

Al examinar muchos centenares de biografías individuales,

observé que entre los veintiocho y los treinta años tendía a hacerse presente una postura claramente distinta, en general más seria con respecto a la vida, el trabajo, las metas a largo plazo, la seguridad, los padres, la tradición y las estructuras sociales establecidas. Al mismo tiempo, las aspiraciones más amplias y las búsquedas más erráticas de la juventud parecían sufrir una transformación, para desplazar el foco y el fundamento a fines prácticos más concretos y compromisos más definidos: vocacionales, relacionales, intelectuales, psicológicos, espirituales. A menudo tocaban a su fin relaciones importantes, mientras que comenzaban otras de consecuencias duraderas. Modos de ser característicos de los años anteriores perdían fuerza y quedaban definitivamente atrás, ya porque se habían vuelto inadecuados, ya porque las nuevas circunstancias de la vida los dejaban irremisiblemente de lado. Las consecuencias de acciones y acontecimientos del pasado tendían a emerger y a hacer necesaria su asimilación, al tiempo que era típica una creciente tendencia a la reflexión seria sobre uno mismo y la retrospección biográfica.

En coincidencia con el tránsito de retorno de Saturno, las desafiantes realidades de la vida y la muerte, el tiempo y el envejecimiento, la pérdida y la adversidad, el trabajo y la responsabilidad, se convertían en las preocupaciones dominantes de un modo claramente distinto de como se las experimentaba en la adolescencia y en la veintena. Igualmente característica de este tránsito de tres años era una clara sensación de compresión o constricción existencial, acompañada de obstáculos, limitaciones y frustraciones de diverso tipos –financiero, físico, relacional– y que a menudo incluye un definitivo encuentro con la mortalidad humana, la finitud y la falibilidad. Para algunos, los años de este tránsito cercano a los treinta años de edad marcaban una transformación psicológica que ponía fin al yo juvenil, más creativo, aventurero, mentalmente abierto y de espíritu libre, e instauraban una personalidad más rígidamente conservadora, restringida y reacia al riesgo, que se identificaba con el statu quo y los valores convencionales, sin cuestionarlos. Por el contrario, muchos otros parecían resolver esta transición arquetípica mediante la esforzada producción de una síntesis de los impulsos ambiciosos y creativos de

la juventud con los impulsos estructurantes, estabilizadores y disciplinantes propios de la madurez.

En cualquier caso, la diferencia, a menudo observada y tan fácil de reconocer, entre los individuos que han pasado los treinta años y los que aún no han llegado a esa edad parecía asociada a la decisiva emergencia, precisamente en estos años, de las cualidades personales y las circunstancias vitales cuyas características comunes resultaban comprensibles en términos de una poderosa constelación del arquetipo de Saturno en ese momento.[21] La siguiente descripción de Gertrude Stein, perteneciente a su obra temprana *Fernhurst*, presenta un acertado retrato de una forma característica de transición vital que coincide con el período de retorno de Saturno.

> A menudo ocurre que en el año vigesimonoveno de vida todas las fuerzas que durante los años de infancia, adolescencia y juventud han estado comprometidas en confuso y feroz combate, se organizan en filas ordenadas. Uno no está seguro de sus propios objetivos, significado y poder durante esos años de tumultuoso crecimiento, en los que la aspiración es extraña a la realización y uno se sumerge aquí y allí enérgicamente y sin dirección en la tormenta, a la vez que se esfuerza en construir una personalidad, hasta que finalmente llegamos a los veintinueve años, la directa y estrecha entrada a la madurez. Entonces la vida, que era todo agitación y confusión, se limita a forma y finalidad; y entonces cambiamos una inmensa y oscura posibilidad por un pequeña y dura realidad.
>
> También en nuestra vida norteamericana, donde no hay coerción en las costumbres y sólo de nosotros depende que cambiemos de actividad tan a menudo como lo deseemos y tengamos oportunidad de hacerlo, es común pasar por la experiencia de que la juventud se prolonga hasta los treinta años, que es cuando encontramos finalmente la profesión en la cual sentimos que encajamos y a la que con gusto dedicamos nuestro trabajo continuado.

Examinando en centenares de biografías la trayectoria personal de cada individuo, observé de manera regular que, con una mirada retrospectiva, las tres décadas siguientes –de los treinta a los sesenta años– podían considerarse decisivamente modeladas por las transformaciones estructurales ocurridas

durante el primer retorno de Saturno, entre los veintiocho y los treinta años. Se compone una primera sinfonía y tiene lugar el primer concierto público (Beethoven); se establece una importante asociación profesional (Shakespeare se convierte en miembro de la compañía de teatro Globe y en su principal dramaturgo); se recibe el trabajo fundamental de la carrera (Ficino como director de la Academia Platónica de Florencia, Lutero como maestro de teología bíblica en Wittenberg, Kepler como matemático imperial en Praga, Galileo como profesor de matemáticas en Padua, William James como profesor de ciencia en Harvard); tiene lugar el primer logro significativo (Marie Curie descubre el radio y el polonio, Niels Bohr formula su teoría de la estructura atómica); se produce el primer reconocimiento público importante (Newton es elegido para la Royal Society; Georgia O'Keeffe presenta su primera exposición en la galería Alfred Stieglitz; Duke Ellington inicia su contrato de cinco años en el Cotton Club); tiene lugar el primer acto público importante que define la carrera posterior (el primer discurso importante de Demóstenes ante la Asamblea ateniense, la participación y el arresto de Martin Luther King en una protesta contra la segregación racial en Atlanta.)

Otros patrones biográficos de carácter arquetípico comparable resultaron evidentes durante esos años del retorno de Saturno, de los veintiocho a los treinta de edad, como, por ejemplo, la tendencia a asumir un nuevo nivel de responsabilidad y lograr un nuevo grado de independencia personal (Margaret Fuller asume la jefatura de redacción del periódico trascendentalista *The Dial*; Abigail Adams, cuyo marido John estuvo más de una década fuera de casa, en el servicio civil, se ocupa de su familia y dirige su casa, la granja y la empresa casi en solitario a partir de los veintinueve años, construye su propia sensibilidad independiente y encuentra su voz personal en la redacción de sus cartas). O se abandonan los vagabundeos de la juventud para seguir una vocación de madurez («Los días irresponsables de mi juventud han quedado atrás», escribió Tennessee Williams en referencia al momento en que, a los veintinueve años, recibió en México un telegrama del Theatre Guild en el que se le pedía que regresara a Nueva York para

su primera producción en Broadway). Se dirige el primer film (*Los cuatrocientos golpes* de Truffaut, *Sin aliento* de Godard, *Luces de variedades* de Fellini, *Un perro andaluz* de Buñuel); se produce la primera obra de madurez (Kafka escribe *El proceso* y *La metamorfosis*; F. Scott Fitzgerald, *El Gran Gatsby*; Camus, *El mito de Sísifo* y *El extranjero*; Saul Below, *Hombre en suspenso*; Allen Ginsberg, *Aullido*); se establece la personalidad pública (Aurore Dupin utiliza el seudónimo George Sand y publica su primera novela, *Indiana*; Samuel Clemens publica su primera obra literaria, *La famosa rana saltarina del condado de Calaveras*, bajo el seudónimo de Mark Twain). O se produce el encuentro con el mentor o el modelo para el posterior desarrollo personal (Agustín se encuentra con el obispo Ambrosio, Melville hace amistad con Hawthorne, Freud estudia con Charcot, Jung inicia su correspondencia con Freud, Pablo Neruda conoce a Federico García Lorca). O hay una mudanza al lugar y el medio cultural en el que comenzará a desarrollarse el trabajo de toda la vida (Leonardo se muda a Milán para trabajar en la corte del duque Ludovico Sforza, Rousseau va a vivir a París y se encuentra con Diderot y los enciclopedistas, Gertrude Stein se instala en París y establece su salón en el número 27 de la calle Fleurus).

El tránsito de retorno de Saturno coincidía en general con lo que podría llamarse período de cristalización biográfica, visible no sólo en acontecimientos externos, como los que se acaban de mencionar, sino también en una cierta consolidación de la constitución psíquica del individuo y en el establecimiento de la estructura básica de la personalidad. William James creía que después de los treinta años de edad el carácter de una persona «quedaba enyesado». En función de la respuesta específica del individuo a las presiones y las circunstancias de estos años críticos, esta maduración y solidificación podía acarrear en realidad un nuevo nivel de autonomía personal y autoconfianza, que no se había logrado en los años inmediatamente anteriores, una nueva seguridad basada en el conocimiento de uno mismo y la sensación de haber encontrado dirección y finalidad propias. Muchos factores parecían pertinentes a la comprensión de la variedad de experiencias de los distintos individuos durante este período, incluidos los

diferentes modos de vida de cada persona antes del tránsito y las diferencias en sus cartas natales.

Ocasionalmente, el logro de independencia e individuación connaturales a la madurez parecía inhibir o limitar las fuentes de creatividad accesibles en la juventud, como si la afluencia espontánea de una especie de manantial de creatividad no pudiera sobrevivir la transición a la madurez. En el caso de determinados artistas jóvenes notablemente creadores, el resultado de la cristalización de la personalidad y las presiones de la madurez, propias del período de retorno de Saturno, fue el apogeo de la individuación y, al mismo tiempo, el fin de la creatividad libremente experimental de la veintena (una creatividad que comenzaba típicamente durante el tránsito de Urano en cuadratura a Urano, a finales de la adolescencia y los primeros años de la veintena). Un ejemplo llamativo de este modelo es el caso de los cuatro Beatles: John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr. Después del período de brillante creatividad grupal, que tuvo lugar en la veintena, de 1962 a 1969, los cuatro músicos se separaron definitivamente en el curso de sus tránsitos de retorno de Saturno, prefirieron la composición individual de canciones, produjeron sus primeros álbumes en solitario y establecieron relaciones matrimoniales que impedían el estrecho vínculo creador de los años anteriores. El trabajo que los cuatro hombres produjeron durante sus respectivos períodos de retorno de Saturno, entre los veintiocho y los treinta años, que comenzaron en 1968 y se extendieron hasta los primeros setenta, marcó el apogeo de sus vidas creadoras, como ha quedado materializado en sus extraordinarios álbumes finales como los Beatles (el doble *White Album*, *Let It Be*, *Abbey Road*) y los primeros álbumes en solitario que produjo cada uno de ellos. Después de los treinta, sus esfuerzos individuales raramente alcanzaron el brillo creador de su juventud, como si esa forma particular de creatividad hubiera florecido mejor como influencia colectiva espontánea en la mente grupal de los Beatles jóvenes y hubiera dejado de prosperar tras la asimilación del principio saturniano de madurez, separación, autoconfianza y serio compromiso con las realidades de la vida individual durante el retorno de Saturno.

Descubrí que las variaciones individuales en las experiencias relativas a este período también correspondían estrechamente a los tránsitos de otros planetas exteriores que en ese momento coincidían con el retorno de Saturno, tránsitos que variaban de una persona a otra según la configuración original de su carta natal. (El tránsito de un planeta con su posición natal es el único que tiene lugar para todos aproximadamente a la misma edad, como ocurre con los ciclos mencionados de Urano en tránsito con el Urano natal y de Saturno en tránsito con el Saturno natal.) La cualidad específica de los acontecimientos y las respuestas que tenían lugar durante un retorno de Saturno parecía afectada por el carácter distintivo de los principios arquetípicos asociados a estos otros tránsitos planetarios.

Un caso de este tipo queda ejemplificado con toda claridad en la vida de William James, cuyo retorno de Saturno coincidió con el tránsito de Urano en oposición al Sol natal, que sólo se da una vez en la vida y que, según he observado, coincide sistemáticamente con períodos de repentina emancipación personal y ruptura creativa, acompañados de una sensación de despertar a uno mismo o de autoliberación. Cuando James tenía veintinueve años, sufrió una crisis de depresión y ansiedad de tal intensidad que estuvo al borde del suicidio. Esta crisis emocional estaba muy ligada con su continua lucha filosófica con la naturaleza del libre albedrío y el determinismo, lucha al mismo tiempo científica y teológica y que vivió personalmente como sensación general de opresiva limitación existencial e impotencia moral. Un día, mientras leía la obra del filósofo francés Charles Renouvier sobre el libre albedrío, James vio de pronto con toda claridad su camino a la superación de la crisis y decidió que «mi primer acto de libre albedrío será creer en el libre albedrío». En este momento decisivo puede datarse el inicio de todo el desarrollo posterior de la vida y el pensamiento de James, con su particular compromiso permanente con la libertad humana, la autonomía individual, la impredecibilidad creativa y la flexibilidad pragmática en respuesta a un universo abierto e indeterminado.

La libertad humana es... un caso especial del indeterminismo universal. Mi futuro, pese a la continuidad que lo une al pasado, no

está determinado por éste. Lo mismo ocurre con el futuro del mundo; aunque proviene de la totalidad del pasado, no es un simple resultado de ese pasado. Si soy creativo, es decir, si la libertad humana es efectiva, el mundo es creativo, aunque sólo sea porque formo parte de él. Lo constante en mi comportamiento es resultado de hábitos que nunca perdieron por completo su flexibilidad. De la misma manera, las constancias registradas por las leyes de la ciencia sólo son hábitos más arraigados.

El caso de James ejemplifica una síntesis de los dos impulsos arquetípicos diferentes que operan en correlación con los dos tránsitos. Por un lado, vemos las tendencias biográficas características del de retorno de Saturno: la aparición de una crisis personal implica un encuentro con la mortalidad, la sensación general de contracción existencial y maduración impuesta, la decisión vital de establecer un compromiso y una perspectiva personales y permanentes, la cristalización de rasgos de carácter para toda la vida, así como el acaecimiento de un hecho decisivo en la orientación de la carrera profesional (su designación como profesor en Harvard). Por otro lado, el resultado de este período también tuvo el carácter arquetípico propio de los temas y las cualidades prometeicas, características de un tránsito mayor de Urano con el Sol natal: la súbita emancipación personal de una realidad coercitiva, la nueva e inesperada sensación de libertad del yo, la recién aparecida capacidad para la afirmación activa de la voluntad individual, el descubrimiento de un sendero de expresión liberadora de la propia creatividad, y una nueva experiencia de creativa indeterminación en el mundo mismo.

Vi que un umbral de transformación análogamente decisivo y con parecida variabilidad individual coincidía sistemáticamente con el segundo tránsito de retorno de Saturno, un ciclo entero de Saturno más tarde. Durante un período de tres años, aproximadamente entre los cincuenta y siete y los sesenta años de edad, el período del segundo retorno de Saturno presentaba de modo característico la marca de alguna forma de culminación, compleción o cierre cíclico del proceso y las estructuras establecidas durante el primer retorno de Saturno, tres décadas antes, manifiesto en la propia obra y la carrera

profesional, relaciones importantes y actitudes existenciales básicas. Una vez más, era típico un encuentro profundo con los límites y la realidad mortal de la existencia humana (como lo expresa, por ejemplo, la gran novela de Tolstoi *La muerte de Ivan Illich*, escrita durante su segundo retorno de Saturno). Un agudo despertar a la conciencia de que se estaba más cerca del final de la vida que del comienzo intensificó las preocupaciones existenciales por lo que se había realizado en vida, a qué valores se había servido, y si los compromisos presentes reflejaban o no la finitud del tiempo restante. Era como si todo el espectro de motivos y tendencias asociados al arquetipo de Urano se hubieran constelado otra vez en ese momento de la vida y en coincidencia con la compleción de la órbita de Saturno: edad, mortalidad, seriedad del interés, autocrítica, deber, estatus en el mundo, obra y valor, el final de las cosas, el paso de una época, umbral decisivo en el proceso de maduración.

En general, el acercamiento a los sesenta años de edad parecía marcar un momento fundamental de transformación biográfica, con una evocadora cualidad de compleción cíclica, de revisión de la vida y de reconfiguración estructural que en ciertos aspectos no se diferenciaba del primer retorno de Saturno. Pero en este período, la compleción y reconfiguración tenía lugar después, en el otro extremo del ciclo de treinta años de actividad y responsabilidad adulta en el mundo. Mediaba la transición a lo que, en las sociedades tradicionales, se llamaba estatus de ancianidad, ya fuera que esta transición connotara simplemente edad y las consecuencias del tiempo y del desgaste de la vida, ya que aludiera a un nivel notablemente nuevo de responsabilidad social, de bien ganado respeto, de seriedad personal o de sabiduría fundada en la larga experiencia. A menudo el carácter de este período sugería la cosecha de lo que se había sembrado, para bien o para mal. Comenzaba una nueva etapa de la vida, más vieja y, sin embargo, a veces, también más ligera, como tras el cumplimiento de una tarea o la liberación de una carga o una obligación. Los dos períodos de retorno de Saturno parecían funcionar como una suerte de estrecho canal de nacimiento que engendraba la fase siguiente de la vida.

Antes y después de estos períodos de conjunción del ciclo de Saturno, en las proximidades de los treinta y los sesenta años, hay otro patrón de correlaciones, digno de ser tenido en cuenta: los alineamientos cuadráticos en el ciclo de Saturno después del nacimiento y después de cada conjunción: la cuadratura, la oposición y la siguiente cuadratura, seguida de otra conjunción. Estos aspectos cuadráticos tienen lugar con intervalos de aproximadamente siete años o siete años y medio, y se prolongan más o menos un año cada uno. El primer tránsito Saturno-cuadratura-Saturno tiene lugar cerca de los siete años de edad; el tránsito de oposición tiene lugar alrededor de los catorce o quince años; la cuadratura siguiente se da entre los veintiuno y los veintitrés años. Después del primer retorno de Saturno, a los veintiocho-treinta años, el ciclo comienza de nuevo y continúa con intervalos de aproximadamente siete años durante toda la vida.

He comprobado que estos tránsitos marcan con una regularidad casi de reloj períodos de transformación crítica, crisis de madurez, decisiones fundamentales y varios tipos de contracciones y tensiones biográficas. Eran muy característicos los encuentros transformadores con la autoridad, con limitaciones, con la mortalidad y con las consecuencias de las acciones del pasado. A menudo se producían también diferentes formas de separación de la matriz parental, familiar o social –lo que requería un nuevo nivel de autoconfianza existencial, autoridad interior, madurez y competencia, individuación, concentración de energías y consolidación de recursos–, a la vez que una reorientación fundamental de la propia vida y el carácter. Muchas veces se advertían claros signos de conexión entre un período de alineamiento cuadrático de Saturno y otro, siete, catorce-quince o veintiocho-treinta años después.

En el curso de mi investigación, no he encontrado prácticamente ninguna biografía en la que dispusiera de registros suficientemente detallados de acontecimientos importantes, tanto interiores como externos, que no mostrara con toda claridad la estructura que acabo de mencionar. Lo que hacía para mí impresionantes estas correlaciones era la precisión con la que se correspondían con el principio arquetípico al que se ha asociado siempre el planeta Saturno en la tradición astrológi-

ca. Igualmente asombrosa fue la sistematicidad con que las cualidades adicionales de cada caso único se correspondían con los otros planetas específicamente en tránsito durante esos períodos particulares. En cada ejemplo, las cualidades y los acontecimientos arquetípicamente saturnianos de los períodos de alineamiento de Saturno parecían adquirir inflexiones específicas y matices cualitativos en estrecha correspondencia con los otros principios arquetípicos planetarios constelados en ese momento.

COHERENCIA ARQUETÍPICA Y DIVERSIDAD CONCRETA

Los mismos principios y configuraciones arquetípicos evidentes en el estudio de los tránsitos personales fueron igualmente evidentes en el estudio de las cartas natales. Encontré que la coherencia de estas formas diferentes de correspondencia era un factor de especial importancia en la evaluación de los datos. Con respecto a los dos planetas que hemos examinado en el capítulo anterior, por ejemplo, he observado que los individuos que habían nacido con *Urano* en posición prominente (como en un aspecto mayor en relación con el Sol) tendían a desplegar en su vida y en su personalidad un conjunto de características arquetípicas relacionadas: rebeldía, impaciencia ante restricciones convencionales o estructuras tradicionales, originalidad e inventiva, comportamiento errático e impredecible, predisposición a frecuentes y repentinos cambios en la vida, búsqueda incansable del camino propio en la vida, lucha incesante por la libertad y la novedad, deseo habitual de experiencias insólitas o apasionantes, etcétera. Por contraste, los individuos nacidos con *Saturno* en posición similar mostraban tendencias igualmente claras a la precaución, el conservadurismo, la conciencia de los límites y las restricciones, la seriedad y la disciplina, la madurez de larga experiencia, una tendencia al pesimismo y la rigidez, etcétera.

Percy Bysshe Shelley, por ejemplo, nació bajo una conjunción de *Urano* con el Sol. Durante toda su vida, Shelley encarnó y expresó personalmente un impulso dominante hacia la libertad, el cambio radical y la autonomía personal irrestricta. Se identificaba con las fuerzas de la revolución social y clamaba por el nacimiento de una nueva era que liberara a la humanidad de toda fuente de opresión. Su vida y su obra estuvieron marcadas por la originalidad creativa y una tendencia innata hacia el individualismo heroico. Sus relaciones y su trayectoria vital se caracterizaron por gran número de cambios repentinos y rupturas inesperadas, así como por un desprecio casi compulsivo de las convenciones sociales y una inconstancia en el compromiso que dejó no pocas víctimas detrás de sí. La afinidad empática de su identidad y su imagen de sí mismo con el impulso prometeico son patentes en el hecho de que Shelley escribía el drama poético *Prometeo desencadenado*, la egregia obra de la literatura moderna dedicada a la figura de Prometeo.

A modo de simple contraste, podemos comparar a Shelley con su contemporáneo Arthur Schopenhauer, que nació bajo una conjunción de *Saturno* con el Sol. La visión filosófica de Schopenhauer estaba dominada por un sentido profundo de las limitaciones de la vida, el sufrimiento y la mortalidad. Para él, la humanidad estaba encerrada en un mundo de lucha incesante, dolor y derrota final. Mientras que la vida y la obra de Shelley pueden considerarse dedicadas a la liberación del yo, Schopenhauer clamaba por una confrontación más adusta con las difíciles realidades de la vida y una ascética negación del yo que permitiera trascender la dolorosa lucha de la existencia. Mientras que la personalidad y la biografía de Shelley se caracterizaban por una constante búsqueda de lo nuevo y lo no explorado, por una lucha por nuevos horizontes de experiencia, ya fuera a través de las formas de expresión, ya en las relaciones o en la búsqueda de un futuro de libertad humana, la personalidad y la biografía de Schopenhauer se caracterizaron más bien por una soledad ensimismada, el miedo permanente a lo inesperado y una suerte de radiante pesimismo.

Los tránsitos de ambos hombres son igualmente sugerentes. La obra más importante d Schopenhauer, *El mundo como*

voluntad y representación, fue escrita y publicada durante su primer retorno de Saturno. «Difícilmente un hombre llega a la madurez de su capacidad de razonamiento y de sus facultades mentales antes de los veintiocho años», escribió Schopenhauer muchos años después. Shelley escribió *Prometeo desencadenado* en 1818-1819, durante la veintena, en exacta coincidencia con su tránsito Urano-trígono-Urano. Nunca pasó por la experiencia del tránsito de Urano en oposición a Urano, pues murió ahogado a los veintinueve años, durante su retorno de Saturno.

La vida de Schopenhauer también encarnó otro rasgo de personalidad que se encuentra de manera regular en los nacidos con aspectos entre el Sol y Saturno, a saber, una tendencia a experimentar el reconocimiento personal y un sentido de autorrealización individual (correspondientes al Sol) sólo hacia el final de la vida, tras el paso del tiempo, al llegar a una edad más madura y tras haber sufrido experiencias de rechazo y prolongada soledad (correspondientes a Saturno). Cuando Schopenhauer publicó su obra maestra, *El mundo como voluntad y representación*, a los treinta años, el libro fue ignorado casi por completo; en cuanto a sus clases en la Universidad de Berlín, que programó adrede en el mismo horario que las que dictaba Hegel, su adversario filosófico y mucho más famoso, apenas tuvieron audiencia. Resentido, Schopenhauer se retiró a una vida solitaria. A comienzos de la sesentena, tras años de nuevos escritos y publicaciones, es cuando produjo su colección más accesible de ensayos y aforismos, *Parerga y Paralipomena*, y a partir de ese momento su nombre pasó a ser ampliamente conocido en toda Europa y sus ideas empezaron a ejercer una decisiva influencia en la cultura. Durante la última década de su vida, hasta su muerte a los setenta y dos años, gozó de considerable fama y reconocimiento. En cierto sentido, Schopenhauer parecía contemplar todo en la vida a través de la lente del complejo arquetípico Sol-Saturno y generalizó su experiencia para convertirla en principio universal: «Cuanto más noble y perfecta es una cosa, más tarde y más lentamente llega a la madurez».

Por el contrario, el despliegue creador de Shelley y el reconocimiento de sus pares se produjo desde edad temprana y

aumentó muy rápidamente a lo largo de su breve vida. A los dieciocho años, cuando todavía estaba en Oxford, ya había escrito *La necesidad del ateísmo*, por lo que no tardó en ser expulsado, en exacta coincidencia con su tránsito de Urano en cuadratura con Urano. Así empezó su última década de vida esta estrella fugaz de precoz creatividad literaria, cambio incesante, vida intensamente inconformista y pensamiento de espíritu libre. Shelley parecía identificarse con un principio de libertad creadora que desafiaba los límites y transcendía la muerte: «Cambio, pero no puedo morir».

Pese a lo instructivo del agudo contraste que se desprende de la comparación entre Shelley y Schopenhauer, debo subrayar que cualquier complejo arquetípico que coincida con un alineamiento natal o tránsito personal específico podría encarnarse de una extraordinaria diversidad de maneras que, no obstante, serían claramente reconocibles como manifestaciones de los mismos principios subyacentes. No todas las personas nacidas con una conjunción del Sol con Urano son como Shelley, ni todas las que han nacido bajo conjunciones del Sol con Saturno son como Schopenhauer. En muchos otros individuos nacidos con una u otra de estas dos configuraciones he comprobado que, en realidad, su vida y su personalidad reflejaban claramente el complejo arquetípico correspondiente, pero de una manera única en cada caso. Un aspecto natal Sol-Urano podría encontrarse en la carta natal de una importante pionera feminista o de un irresponsable padre ausente, de un importante innovador científico o de un excéntrico inofensivo, de un famoso libertador cultural o de un delincuente juvenil de por vida (y a veces ambas cosas a la vez). Un aspecto natal Sol-Saturno podría encontrarse tanto en una persona notable por su madurez de juicio, disciplina, confianza en sí misma y aceptación gustosa de la soledad, como en una persona proclive a la depresión, la soledad y la rigidez. La evidencia sugería que cada individuo expresaba diferentes y a menudo múltiples elementos del complejo arquetípico de acuerdo con las distintas circunstancias culturales y biográficas de cada caso. Muchos eran los factores que parecían influir en estas diferentes expresiones del mismo complejo, incluso lo que parecía ser la única e impredecible

respuesta creativa de cada individuo a la asimilación de este complejo particular. Esta diversidad en la manifestación característica era observable en todas las categorías de aspecto natal o tránsito personal que estudié.[22]

Que un aspecto natal dado coincida con la expresión de un complejo arquetípico específico en una variedad prácticamente ilimitada de formas no es sólo, creo, característico de todas las correspondencias astrológicas, sino también esencial a ellas. Una vez más, por debajo de esta observación parece estar el principio de que los patrones astrológicos no son predictivos concretamente, sino arquetípicamente. Aunque comprobé que un alineamiento planetario dado tendía a coincidir con una activación visible del correspondiente complejo arquetípico, el carácter específico del resultado final no parecía estar predeterminado de ninguna manera por la existencia de ese aspecto. Dos personas distintas podían haber nacido con el mismo alineamiento planetario, pero para una de ellas el poder y la cualidad intrínsecos del estímulo arquetípico podía ser considerablemente mayor o más profundo que para la otra, y esa diferencia no era necesariamente discernible en la carta natal. O bien el arquetipo podía expresarse de una manera u otra (como rebeldía compulsiva, por ejemplo, antes que como genio innovador), siendo ambas igualmente apropiadas al arquetipo en cuestión. Desde esta perspectiva, la investigación de las principales figuras culturales no resultaba útil porque fueran las únicas personas que habían nacido con los aspectos en cuestión, pues no era ése el caso, ni porque su particular logro cultural representara el resultado probable de un aspecto natal determinado, sino más bien porque sus respectivas vidas y caracteres expresaban determinados rasgos arquetípicos de una manera particularmente notable y públicamente evaluable.

La combinación entre la coherencia arquetípica y la diversidad concreta de la evidencia parecía fundamental e irreductible. Impedía los intentos de confirmación o refutación estadística al mismo tiempo que permitía un campo de auténtica autonomía humana. En el seno de estas estructuras más profundas de despliegue del significado arquetípico parecía expresarse un tipo de autonomía cósmica, tanto *en respuesta* a

actos y decisiones autónomos del individuo como *a través* de ellos (de modo muy parecido a como William James presentaba la libertad humana, como expresión y reflejo a la vez de la investigación del universo). La carta natal parecía indicar algo así como las subyacentes estructuras tonales de la vida, mientras que los tránsitos sugerían el *tempo* y la estructura rítmica de su desarrollo. Lo que no estaba indicado era la melodía singular, la manera específica de realización creativa que la vida individual ponía finalmente en acción dentro y por medio de las estructuras arquetípicas.

Después de muchos años de investigación, me di cuenta de que la solidez de los principios arquetípicos asociados a los planetas resultaba más evidente a medida que ampliaba el cuerpo de datos. Tal vez lo más elocuente era que los principios arquetípicos resultaban más claramente visibles cuanto más sorprendentemente específicos eran los datos particulares que analizaba. Piénsese, por ejemplo, en dos personas nacidas no sólo con el mismo alineamiento planetario, sino también el mismo día del mismo año y que, por tanto, tienen en común prácticamente las mismas configuraciones planetarias en sus respectivas cartas natales.

Charles Darwin y Abraham Lincoln, por ejemplo, son sumamente interesantes a este respecto: los dos nacieron el 12 de febrero de 1809, con menos de doce horas de diferencia. Uno, en la riqueza y el privilegio de la Inglaterra imperial; el otro, en la pobreza y las privaciones de la vida rural norteamericana. Con los años, he llegado a estudiar muchos casos de éstos y he encontrado sistemáticamente que individuos exactamente contemporáneos tendían a expresar toda la dinámica arquetípica pertinente de modos concretamente distintos en su vida y en sus tendencias psicológicas, pero que, en otro nivel, presentaban profundos paralelismos y analogías. Para ilustrar estos paralelismos será útil enumerar brevemente los alineamientos natales que estos dos hombres compartían, junto con las respectivas tendencias psicológicas y temáticas biográficas.

Lincoln y Darwin habían nacido con una configuración relativamente rara de cinco planetas, en la que Mercurio formaba distintos aspectos mayores con los cuatro planetas más remotos: Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Considerados por separado, cada uno de estos aspectos específicos se daba regularmente en las cartas natales de individuos con una constelación distintiva de cualidades y tendencias personales. Estas cualidades y tendencias parecían encarnar diferentes inflexiones del principio arquetípico asociado a Mercurio, que abarca todo lo que concierne a la mente, el pensamiento, la información, la comunicación, la expresión, el lenguaje, el aprendizaje, el estudio, el análisis, etcétera. Aunque la forma concreta que adoptaba cada uno de estos diversos complejos arquetípicos era muy variable en el gran número de individuos que compartían un aspecto particular, cada ejemplo expresaba, aunque de distinta manera, los mismos principios arquetípicos.

En Lincoln y en Darwin, ambos nacidos con una configuración que implicaba los cinco planetas, estos diversos complejos arquetípicos eran todos visibles al mismo tiempo, a menudo en sutil interacción recíproca. En otro lugar exploraré las especificidades técnicas; por ahora basta con observar que entre los rasgos y las circunstancias biográficas que he encontrado regularmente asociados a estos aspectos, merecen ser especialmente destacados los siguientes: circunstancias educacionales restrictivas, inadecuadas o desalentadoras (Mercurio-Saturno); rigor intelectual autocrítico combinado con una insólita economía y claridad de expresión y una tendencia a permanecer mucho tiempo en silencio (Mercurio-Saturno); cierto empecinamiento o tenacidad sopesando problemas en apariencia intratables, sin prisa y a lo largo de períodos muy prolongados (Mercurio-Saturno); una tendencia a pensar con aguda y penetrante intensidad que, en casos excepcionales, reflejaba la posesión de un intelecto poderoso y motivado (Mercurio-Plutón); una inhabitual capacidad para el pensamiento estratégico y el análisis sagaz de las motivaciones subyacentes u ocultas (Mercurio-Plutón), con frecuencia combinados con una detallada capacidad de observación (Mercurio-Saturno); un deseo de traspasar los niveles superficiales de entendimiento para captar principios y fuerzas operativas más profundas

(Mercurio-Plutón); un impulso de cultivar la comunicación efectiva y persuasiva, escrita u oral, con la intención de influir y transformar las opiniones ajenas (Mercurio-Plutón); tendencia a un pensamiento disolvente de estructuras y límites establecidos, y a intuir, en general después de largos períodos de confusión mental y amorfa ensoñación diurna, unidades mayores que subyacen a fenómenos en apariencia separados y divergentes (Mercurio-Neptuno); y un intensificado estímulo de concebir o asumir ideas y proyectos que desafían puntos de vista y supuestos convencionales (Mercurio-Urano), lo que a menudo produce juicios negativos, críticas y ataques sarcásticos muy intensos (Mercurio-Saturno con Mercurio-Plutón).

Darwin y Lincoln también nacieron bajo una conjunción Júpiter-Plutón, aspecto que se encuentra en las cartas natales de individuos que poseen un impulso o capacidad superiores a lo normal para el liderazgo personal o la influencia cultural, ya sea intelectual, moral o política. Además, nacieron cuando Urano estaba en trígono con Plutón, lo que regularmente coincide con un significativo interés por la participación activa en importantes movimientos revolucionarios o emancipadores de algún tipo.

Finalmente, ambos nacieron bajo una conjunción de Saturno y Neptuno, que con frecuencia he comprobado que se asocia a una aguda sensibilidad al sufrimiento y el dolor de la vida, ya sea los padecidos personalmente, ya los padecidos por otros; una preocupación extraordinaria por la muerte y sus implicaciones espirituales; y tendencias potenciales a una persistente melancolía o depresión, insomnio o síntomas psicosomáticos crónicos y de difícil diagnóstico. A menudo, estos individuos respondían de manera persistente a una pérdida emocional de algún tipo y se sentían permanentemente obsesionados por la culpa o la responsabilidad por acontecimientos trágicos. Este mismo aspecto se asociaba también a individuos cuya perspectiva filosófica mostraba una empática tendencia al realismo escéptico, cuyo carácter iba del agnosticismo o el ateísmo a una actitud crítica respecto de la creencia religiosa convencional, en combinación con una seria y a veces sombría visión espiritual de la vida, de índole enormemente pragmática y terrenal.

Está bien documentado que las biografías de Lincoln y de Darwin muestran de un modo notable todas y cada una de estas características. Sin embargo, lo hacen en contextos completamente distintos, con diferentes inflexiones y con consecuencias históricas absolutamente distintas. En ambos casos, la misma dinámica arquetípica parece manifestarse con gran poder y especificidad, pero en formas y circunstancias divergentes. Las limitaciones educacionales, los hábitos mentales, el poder intelectual, los silencios y las largas reflexiones, la seriedad de pensamiento y expresión, la capacidad e inclinación a pensar al margen de las estructuras de creencia convencionales, los dones esforzadamente desarrollados para la escritura y la comunicación persuasiva eran en esencia asombrosamente similares. Lo mismo ocurría con su compartido escepticismo acerca de la vida personal después de la muerte y su tendencia a la depresión y la desesperación. Ambos perdieron trágicamente a su madre en la infancia (Darwin a los ocho años, Lincoln a los nueve), pérdidas que en los dos casos se vieron agravadas por la incapacidad paterna para confortar espiritualmente a sus desconsolados hijos. Ambos sufrieron la pérdida igualmente trágica de hijos jóvenes cuando les tocó a ellos ser padres. Ambos se sentían perseguidos por un sentimiento de responsabilidad por la muerte de otros, ambos estaban dotados de insólita sensibilidad al sufrimiento y la muerte de otros (en los dos casos incluyendo a los animales) y ambos odiaban la esclavitud. La compartida seriedad de sus respectivas visiones morales, su enfoque terrenal y su sombrío realismo, su impulso hacia el liderazgo cultural, su participación activa en importantes acontecimientos revolucionarios y emancipadores: cada una de estas cualidades particulares, evidentes en su vida y su personalidad, parecían la encarnación concreta de un campo más amplio de potencialidades y tendencias cualitativas, que a su vez eran inteligibles en términos de complejos arquetípicos más fundamentales, modificados por y a través de contextos biográficos e históricos particulares.

También habría que poner aquí de relieve que esas cartas natales no parecían entrañar ningún vector moral preestablecido –en una carta natal no había configuraciones planetarias ni ningún otro factor que guardara correlación alguna con el

hecho de que un individuo llegue a ser buena o mala persona, noble o innoble–. Charlie Chaplin y Adolf Hitler tenían cartas natales muy semejantes, ya que nacieron con sólo cuatro días de diferencia, en abril de 1889, y muchas de sus principales configuraciones planetarias, aunque no todas, mantuvieron el mismo alineamiento durante el breve período que abarca sus respectivos nacimientos. Compartían una combinación particular de diversos aspectos planetarios, cada uno de los cuales, según pude comprobar, estaba coherentemente asociado a un complejo arquetípico y un campo de potencialidades cualitativas específicas. Una vez más, la forma concreta que estos diversos complejos adoptaban en casos individuales mostraba una considerable diversidad, aunque sin dejar de traslucir la existencia de patrones arquetípicos subyacentes.

Sin entrar en todos los alineamientos planetarios en las cartas natales de Chaplin y de Hitler, señalemos brevemente que las expresiones de los complejos arquetípicos asociados a esos aspectos incluían habilidades de comunicación idiosincrásicas, y a veces sobresalientes, proclividad a la agitación nerviosa, duras experiencias vitales, como la pobreza y el aislamiento prolongados, propensión a los ataques de cólera, relaciones problemáticas con la autoridad en combinación con tendencias al control dictatorial, una fuerte inclinación hacia la excentricidad personal; acusados impulsos o intereses artísticos, extraordinario ardor libidinal o romántico en combinación con una tendencia a experimentar rechazo o frustración; inclinación a las relaciones eróticas con parejas en general jóvenes o emocionalmente inmaduras, y un impulso a experimentar o crear ilusiones dramáticas capaces de conmover poderosamente a los espectadores. Una vez más, ambos encarnaban todas estas características particulares con considerable especificidad (incluso al punto de que, en *El gran dictador*, Chaplin encarnó a Hitler con brillante perspicacia y para irritación de éste), pero, ¡con qué diferencia de vectores morales y de consecuencias en uno y otro caso!

Sea cual fuere la relación entre el carácter moral y la dimensión arquetípica –y, como Jung, creo que se trata de una relación compleja y profunda–, el vector de ese carácter no parece estar en absoluto prefigurado en la carta natal. Muchos

factores distintos parecen desempeñar papeles determinantes en la manera en que un complejo arquetípico se encarna concretamente: culturales, históricos, ancestrales, familiares y circunstanciales. Y a éstos habría que agregar factores tales como la elección individual y el grado de autoconciencia, además, tal vez, del karma, la gracia, la suerte y otros imponderables. El género parece desempeñar un considerable papel. Al reflejar una complicada interacción de factores biológicos y culturales, un complejo arquetípico particular expresado en la vida y la personalidad de una mujer parecía a menudo estar influido y representado de distinta manera que el mismo arquetipo en la vida y la personalidad de un hombre que hubiera nacido en el mismo momento. Al menos algunas de esas diferencias parecen verse intensificadas en proporción directa a la medida en que las estructuras patriarcales dominan la sociedad en la que el individuo ha nacido. Las posibilidades de expresión y materialización de tendencias arquetípicas de una mujer que vive en Afganistán o Nigeria en nuestros días son muy distintas de las que tiene una mujer que vive en Escandinavia o en California. El contexto es decisivo.

Todas estas consideraciones subrayan el rasgo central de todo el conjunto de evidencias que he examinado y lo que tal vez sea el factor más decisivo a la hora de comprender el fenómeno de las sincronicidades planetarias: el extraordinario despliegue empírico de estabilidad arquetípica y diversidad concreta en todas las correlaciones planetarias. Una y otra vez me he maravillado ante la asombrosa coherencia de los patrones, tanto de la unidad como de la multiplicidad del significado arquetípico, que resultaba evidente en fenómenos biográficos e históricos en coincidencia sistemática con los patrones de alineamiento planetario. A mi juicio, era notable la manera característica en que, en sutil e intrincada interacción, tanto la constancia como la polivalencia resultaban evidentes en los datos.

Pero, dado el considerable alcance de las posibilidades que se observan a propósito de cualquier complejo arquetípico

asociado a una configuración planetaria, surge la pregunta: ¿Con semejante diversidad, hasta qué punto son genuinas las categorías arquetípicas? Esto evoca, por supuesto, una cuestión crucial que ha dominado la historia de la filosofía occidental: el problema de los universales. Sobre su resultado descansan grandes apuestas, no sólo epistemológicas, sino también cosmológicas. ¿Hunden las categorías arquetípicas sus raíces en algo que trascienda nuestras proyecciones locales? ¿O son meras construcciones arbitrarias de la mente categorizadora? ¿O serán acaso nada más que ficciones de la imaginación metafórica?

Sólo un amplio espectro de datos y una investigación profunda acorde con la profundidad de estos temas pueden proporcionar la posibilidad de resolverlos, de modo que en los próximos capítulos expondré una revisión inicial de datos empíricos que, creo, contribuirán a ello. Anticipemos que, después de intensos análisis de un extenso conjunto de evidencias obtenidas durante los últimos treinta años, estoy completamente convencido de que estas categorías arquetípicas no son meras construcciones, sino que en cierto sentido son de naturaleza psicológica y cosmológica. Proporcionan una estructura conceptual gracias a la cual las complejidades de la experiencia humana adquieren una inteligibilidad imposible de lograr con ningún otro enfoque que yo haya conocido. La existencia de inflexiones permanentemente diversas de los mismos principios arquetípicos parece reflejar una indeterminación dinámica de configuraciones formales en la naturaleza de las cosas, que es lo que permite la coexistencia de coherencia de significado e impredecibilidad creativa en la vida humana.

En las categorías de datos que se han analizado anteriormente, por ejemplo, he encontrado que un tránsito específico por el que pasa un individuo, como el de Urano en oposición a Urano natal o un retorno de Saturno, no predetermina en absoluto qué acontecimientos externos o cambios internos podrían desplegarse en ese momento de la vida del sujeto afectado. Ni el hecho de haber nacido bajo un aspecto planetario particular, como el Sol en conjunción con Urano o Mercurio en cuadratura con Saturno, implica predeterminación alguna

de la forma concreta que las diversas cualidades o tendencias pertinentes habrán de adoptar en la vida y la constitución psíquica de esa persona. Sin embargo, en cada caso los principios arquetípicos asociados a los planetas proporcionan una luminosa perspectiva de configuración, orden y coherencia para comprender la múltiple complejidad de las características personales y el despliegue biográfico del individuo. Parecían igualmente posibles encarnaciones radicalmente diferentes de un complejo arquetípico dado, así como múltiples potencialidades y «tendencias a existir» (para usar la frase habitual en física cuántica), aunque, de manera subyacente, se mantenían fieles a los principios implicados más profundos.

Sin embargo, en términos filosóficos, ¿cómo puede un principio ser tan polivalente y al mismo tiempo mantener su identidad subyacente en todas sus expresiones? Esta pregunta nos orienta al verdadero corazón de la perspectiva arquetípica, con sus raíces en las Formas platónicas de la filosofía clásica y en los dioses de la imaginación mítica antigua. En particular, nos obliga a comprometernos con lo que el filósofo J. N. Findlay ha llamado capacidad intrínseca de las Formas arquetípicas para la «identidad variable y elástica», la «iridiscente variación de aspecto» y la «diferenciación sin diferencia». Su verdadera esencia reside en esta multiforme potencialidad, de la que se desprende la particularidad única y creativamente actualizada en la vida en curso. Desde este punto de vista, cada ser individual es un lugar de confluencia de muchas formas y fuerzas arquetípicas que se interpenetran, cada una de las cuales impregna e influye el todo de manera tal que cada presencia arquetípica afecta de un modo característico a todo el resto. Cada individuo, movido por incontables factores interactivos, expresa y representa creativamente una inflexión y una encarnación únicas de los muchos principios arquetípicos que informan su ser. Tampoco se trata de una situación estática, pues un campo arquetípico particular puede estar más vigorosamente constelado en determinados períodos de la vida de una persona, en coincidencia con tránsitos a los correspondientes aspectos natales. También puede verse afectado por la presencia de otros factores arquetípicos importantes que se han activado a la vez. Como método para distinguir

y aclarar estas múltiples complejidades, me pareció que la perspectiva astrológica era capaz de proporcionar una visión singularmente precisa de qué arquetipos tenían más probabilidades de ser dominantes en la vida de una persona, en qué combinaciones arquetípicas y en qué momentos de la vida.

LA EVALUACIÓN DE LOS PATRONES DE CORRELACIÓN

El desafío inherente a cualquier intento de examinar y evaluar la prueba relativa a las correlaciones planetarias proviene del hecho de que ninguna correlación aislada entre la personalidad de un individuo y su carta natal, ni entre un acontecimiento biográfico en particular y un tránsito personal podrían constituir por sí mismos una evidencia decisiva para la hipótesis astrológica. Ni tampoco podría serlo ningún grupo de tales correlaciones, aunque no cabe duda de que cuanto mayor sea el grupo y más vívidas las correspondencias, más sugerentes son las pruebas. Finalmente, sin embargo, vi que era la enormemente vasta y creciente recopilación de correlaciones observadas para todos los planetas –cada uno con su correspondiente complejo arquetípico de significado y con sus alineamientos en coincidencia una y otra vez con acontecimientos y características personales– la que, tomada en su conjunto, constituía un cuerpo de datos coherente y convincente.

Sin embargo, la exposición de esa evidencia presenta considerables dificultades. Ese gran número de correlaciones debe abordarse simultáneamente como un todo, a pesar de que cada una de sus particularidades requiere una atención matizada. Un tránsito particular o aspecto natal sólo se pueden evaluar en el contexto de un conjunto mucho más amplio:

todos los tránsitos mayores en la vida individual, por ejemplo, o todos los aspectos mayores de la carta natal, y todo ello en relación con los mismos tránsitos y los mismos aspectos natales correspondientes a muchos otros individuos. Sin embargo, aunque lo que en última instancia se requiere para evaluar cualquier correlación singular es el conjunto más amplio de datos, en la práctica sólo es posible examinar y señalar una correlación cada vez y construir poco a poco un fundamento y un contexto de mayor amplitud para evaluar cada nuevo caso particular. Es un desafío que no se diferencia mucho del que afrontó Darwin en *El origen de las especies*: tuvo que presentar uno por uno los ejemplos de pruebas de selección natural que había observado en las tres décadas anteriores, ninguno de los cuales era probatorio por sí mismo, y esa tarea resultaba mucho más imponente aún debido a que las implicaciones de su evidencia parecían contradecir los supuestos firmemente establecidos de su época.

En nuestra situación, antes de poder reconocer o evaluar una correlación debemos tener un conocimiento funcional de los arquetipos planetarios que forman nuestro lente interpretativo. Para ello no sólo necesitamos una comprensión básica del complejo de significados específicos de cada arquetipo planetario en sus propios términos; también necesitamos ser capaces de reconocer la manera en que esos significados se combinan e influyen mutuamente cuando dos de esos arquetipos están vinculados, en correspondencia con un alineamiento entre dos planetas. La naturaleza de los datos culturales, históricos, biográficos, existenciales, estéticos, es tal, que no puede evaluarse con simples métodos cuantitativos de análisis, insertos en un protocolo estadístico y mecánicamente cuantificados. El significado de los datos debe juzgarse tanto individualmente como en su totalidad, con todas nuestras sensibilidades culturales y psicológicas integradas en la ecuación.

Lo que se requiere especialmente es sobre todo habilidad para reconocer configuraciones arquetípicas polivalentes y coherencias subyacentes en un amplio espectro de personalidades y biografías, acontecimientos históricos y épocas culturales muy diferentes. La capacidad para ese discernimiento es una habilidad humana, una modalidad de visión y de com-

prensión cultivada, que no se puede reducir a un algoritmo informático ni desplegarse de forma impersonal en un estudio con controles de doble ciego. Como ha destacado Hillman, incluso un enfoque psicológico puramente clínico resulta inadecuado: «Es difícil adquirir un ojo arquetípico... centrando la atención en personas y casos. Este ojo necesita entrenarse en la apreciación profunda de la historia y la biografía, las artes, las ideas y la cultura». El método empleado en esa investigación es, en esencia, una ciencia y un arte, al mismo tiempo matemático e interpretativo, racional y estético, en intrincada síntesis.[23]

A lo largo de muchos años de investigación he examinado detalladamente las biografías de un considerable espectro de individuos culturalmente significativos: Nietzsche y Jung, Virginia Woolf y Mary Shelley, Beethoven y Wagner, Dostoievski, Tolstoi, Einstein, Picasso, Churchill, Gandhi, Martin Luther King, Rachel Carson, Harriet Beecher Stowe, Byron, Goethe y centenares más. Sólo con esa sustancial base de datos podía llevarse a cabo de modo efectivo una investigación de este tipo. El trabajo con esas emblemáticas figuras culturales aportó dos grandes ventajas suplementarias. En primer lugar, sus respectivas biografías y características personales eran bien conocidas y estaban bien documentadas. En segundo lugar, y no menos importante, los individuos que han realizado contribuciones culturales destacadas o han ejercido una influencia histórica decisiva son, en cierto sentido, paradigmáticos. La forma y la fuerza de su vida y su carácter, los marcados contornos y el vector decisivo de sus biografías, hacen más discernibles sus cualidades esenciales. Estos individuos son encarnaciones más visibles de tendencias arquetípicas presentes en diverso grado en todo el mundo, y por tanto resulta más fácil juzgar las correlaciones potenciales.

En gran medida, el análisis de las biografías pertenece a las dos primeras formas de correspondencia astrológica que he mencionado anteriormente en el capítulo sobre las formas de correspondencia: cartas natales y tránsitos personales. No obstante, cuando, en los capítulos siguientes, empecemos a explorar las correlaciones planetarias con los patrones de experiencia humana, será útil examinar una categoría de datos

asociada más ampliamente a la experiencia colectiva y al mundo en general, a saber, los tránsitos mundiales. Históricamente, los tránsitos mundiales representaron la forma más primitiva de observación astrológica. Mientras que la astrología moderna, al reflejar el individualismo humanista de la era moderna, se ha interesado principalmente por el análisis de las cartas natales individuales y los tránsitos personales, las formas más antiguas de astrología se basaban más bien en el estudio de las correspondencias astronómicas con acontecimientos de significación colectiva. Para mi gran sorpresa, descubrí que con esta categoría de correlaciones –alineamientos cíclicos de los planetas exteriores entre sí y en coincidencia con acontecimientos históricos importantes y fenómenos culturales muy extendidos– era posible evaluar la presencia y el significado relativo de las correlaciones tan fácilmente como en el análisis de la carta natal y el tránsito personal de individuos famosos, pero con ventajas específicas añadidas.

Al estudiar las cartas natales individuales uno puede siempre preguntarse cómo, a pesar de la impresionante concordancia entre las posiciones planetarias y la vida y la personalidad de un individuo, ese mismo aspecto natal o ese mismo tránsito personal guardan correlación con la vida de otros incontables individuos que nacieron bajo la misma constelación planetaria. Diez, veinte, incluso miles de convincentes ejemplos sólo serían una gota en el océano de la vasta clase de individuos nacidos con ese aspecto o que pasaron por ese tránsito. Pero cuando miramos también los tránsitos mundiales, podemos examinar la cronología de la comunidad humana, su biografía colectiva, por así decir. En un estudio de ese tipo, a la hora de evaluar correlaciones con los alineamientos planetarios concurrentes, uno puede centrarse en épocas culturales enteras y en la experiencia colectiva de muchos individuos a la vez, lo que abarca una distribución más amplia de fenómenos en un momento particular. Los años y las décadas específicas en cuestión implican muchos acontecimientos y muchas vidas que se funden en el marco de un cierto *Zeitgeist* general, lo que se presta más fácilmente a evaluaciones críticas y comparaciones históricas. En contraste con los detalles de las biografías individuales, el carácter y el significado cultural de im-

portantes épocas históricas tienden a ser más ampliamente conocidos, a estar mejor documentados y más abiertos a la evaluación directa. Obviamente, o bien se adaptan a los significados arquetípicos postulados para los alineamientos planetarios presentes, o bien no se adaptan.

Por tanto, en las cuatro secciones siguientes expongo un examen inicial de cuatro ciclos diferentes de tránsitos mundiales que implican combinaciones específicas de los planetas exteriores, cada uno con su propio carácter arquetípico distintivo y con su longitud y frecuencias específicas. En términos de los principales alineamientos que en estos ciclos forman los planetas, he limitado esta exposición al examen exclusivo de los aspectos dinámicos mayores: primero las conjunciones y las oposiciones (los dos alineamientos axiales), y luego las cuadraturas a mitad de camino entre aquéllas. Creo que, centrándonos únicamente en los aspectos dinámicos mayores de cuatro ciclos de tránsito mundial de los planetas exteriores, en relación con la cronología de la historia, podemos acceder más rápida y más profundamente a la naturaleza de la perspectiva astrológica arquetípica y aquilatar mas fácilmente su validez.

En los capítulos siguientes me he centrado principalmente en la historia y las figuras de la tradición cultural occidental, pues ésta es la que conozco lo suficiente como para formular juicios históricos con cierto grado de confianza. También ocurre que se trata de una tradición cultural inusualmente vasta, diversa y compleja, de la que se dispone de datos históricos precisos de gran extensión y fácil acceso. No obstante, donde era posible y pertinente, he mencionado acontecimientos significativos en las historias de culturas no occidentales, especialmente en períodos más recientes, y confío en la colaboración futura con estudiosos de esas tradiciones con el fin de realizar análisis más detallados de ese material más amplio.

Aunque el primer encuentro que la mayoría de la gente tiene con la astrología seria se da a través de la lectura que otros hacen de su carta natal y sus tránsitos personales, hay en esos análisis muchos factores que han proporcionado en rea-

lidad motivos para que la mente moderna se alejara de la perspectiva astrológica. Los elaborados y complicados principios de interpretación y, a menudo, la misteriosa terminología que se emplea en la mayoría de los análisis astrológicos convencionales, en combinación con la subjetividad y la sugestibilidad de los receptores de los análisis, sobre todo en las fases tempranas de la investigación, han contribuido a crear una situación en la que miles de personas creen en privado que la astrología podría «funcionar», pero no saben cómo evaluar por sí mismos esa posibilidad. No ven cómo lograr que ese enfoque resulte coherente con la cosmovisión científica dominante ni cómo comunicar sus intuiciones de una manera que los demás encuentren aceptable.

Durante toda la era moderna, el cosmos arquetípico ha quedado oculto tras una poderosa combinación de diversos factores: la desencantada cosmología de la era moderna; las sospechosas afirmaciones que aparecen en las columnas de horóscopos de los diarios; la resistencia blindada de los escépticos, que no examinan en profundidad lo que con tanto celo rechazan; la jerga barroca de muchos discursos astrológicos; las perspectivas ingenuamente acríticas y las prácticas predictivas, a menudo perjudiciales, de muchos astrólogos contemporáneos, y una vaga incomodidad acerca de las implicaciones aparentemente deterministas y fatalistas de un universo gobernado por la astrología. Sin embargo, he llegado a la convicción de que, debido a los importantes avances teóricos y tecnológicos que en nuestro tiempo se han producido en este campo, un cuidadoso examen de las correlaciones históricas con los ciclos de los planetas exteriores puede permitir a la mente moderna explorar y evaluar la perspectiva astrológica con un rigor y una profundidad que antes no eran posibles.

Dicho esto, creo, con todo, que un individuo que desee realizar una evaluación auténticamente rigurosa de la posible legitimidad de la astrología debe tener un conocimiento suficiente como para ser capaz de reconocer las estructuras de significado más importantes en una carta natal, así como de calcular e interpretar tránsitos personales. No se trata de habilidades difíciles de adquirir, y no hay sustituto adecuado para un encuentro directo con la profundidad y la consistencia de

estas configuraciones arquetípicas, en particular sobre la base de un examen sostenido de correlaciones natales y de tránsito en el contexto de la propia historia biográfica y la experiencia en curso de la vida. A modo de preparación para ese estudio, creo que una exposición de los principales ciclos planetarios en el contexto de la historia y la cultura puede proporcionar un extraordinario comienzo del viaje de exploración del lector en este campo excepcional.

ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN

Y la vida misma me confió este secreto: «Mira –me dijo–, yo soy aquello que siempre tiene que superarse a sí mismo».

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra

DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA A LOS AÑOS SESENTA DEL SIGLO XX

Me sentí animado a examinar la posible existencia de correlaciones históricas con los ciclos planetarios cuando descubrí un buen número de configuraciones enormemente sugerentes, en las que alineamientos cícliclos entre los planetas exteriores coincidían con importantes acontecimientos históricos y tendencias culturales muy característicos, como si los arquetipos asociados a esos planetas aparecieran en el nivel colectivo en ciclos periódicos. En términos astronómicos, estos tránsitos mundiales consisten en extensos alineamientos entre dos o más planetas exteriores (Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón). En lugar de tránsitos personales, en que un planeta en el cielo se mueve hacia una posición planetaria en un carta natal individual, como en los ejemplos citados hasta ahora en este libro, los tránsitos mundiales son configuraciones entre dos o más planetas mutuamente alineados en el cielo, alineamientos que atañen al mundo entero, por así decirlo, y no a un individuo particular. Estos alineamientos, como la conjunción y la oposición, pueden durar un año o más, y cuando están involucrados dos de los tres planetas más remotos (Urano, Neptuno, y Plutón), hasta una década o más.

Sin embargo, en comparación con la astrología antigua, que parece haber sido en gran medida de índole adivinatoria y haberse basado en un cuerpo muy reducido de observaciones

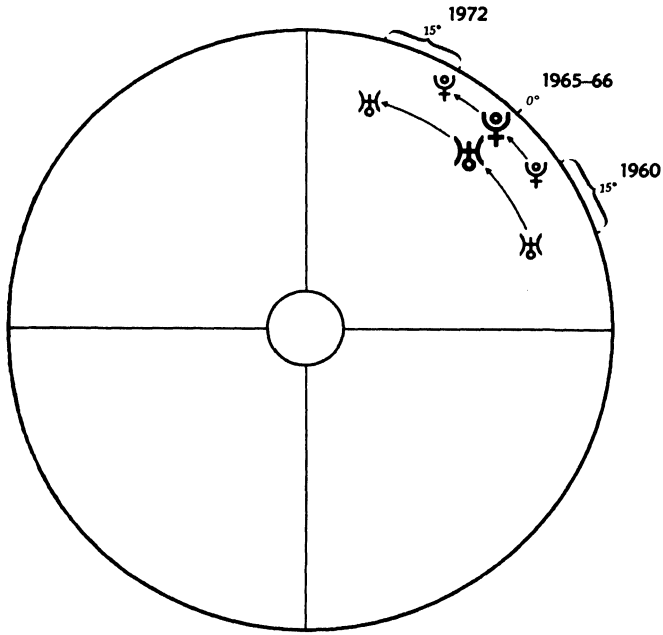
astronómicas, la situación de hoy proporciona una base radicalmente distinta y de mucho mayor alcance para la investigación en el campo de las correspondencias históricas colectivas. El descubrimiento de los tres planetas más remotos mediante el telescopio, en el período moderno, en combinación con el consenso gradual, pero finalmente universal, de la comunidad astrológica sobre la correlación empírica entre esos planetas y principios arquetípicos específicos, ha abierto espectacularmente nuevos horizontes a la investigación y la comprensión. No menos importantes son el desarrollo de la tecnología y la programación informática, así como los continuos progresos del conocimiento histórico, todo lo cual ha aumentado extraordinariamente la precisión y la extensión tanto de los datos astronómicos como de los históricos. Todos estos factores han producido un contexto muy distinto. Correlaciones que en épocas anteriores eran absolutamente imposibles de examinar y hasta de imaginar, se han vuelto de pronto visibles y abiertas a la evaluación crítica.

Los significados arquetípicos de los tres planetas exteriores parecen haber derivado sobre todo de correlaciones observadas en el estudio de cartas natales individuales y tránsitos personales, así como en los fenómenos históricos sincrónicos de las épocas en que estos planetas fueron descubiertos. Cuando apliqué esos significados a esta categoría completamente distinta de fenómenos –el análisis de períodos de la historia en que los planetas exteriores formaban en el cielo alineamientos mayores y en los que, por tanto, en teoría, los arquetipos correspondientes llegaban a su máxima activación en la psique colectiva–, las correlaciones empíricas que encontré me impresionaron enormemente. Estos alineamientos tan amplios de los planetas exteriores parecían coincidir de un modo sistemático con prolongados períodos históricos en los que un complejo arquetípico particular resultaba claramente hegemónico en la psique colectiva y definía, por así decirlo, el *Zeitgeist* de ese momento cultural. El complejo arquetípico dominante estaba siempre claramente compuesto por los principios que se asociaban a los planetas alineados, como si esos arquetipos interactuaran, se fundieran y se influyeran mutuamente.

Uno de los primeros ejemplos de ese tipo fue la década de los sesenta del siglo XX. Desde todo punto de vista, esos años fueron una época extraordinaria. Intensa, problemática y germinal, toda la década parece haber estado animada por un espíritu particularmente vivo y persuasivo –algo «en el aire»–, por una fuerza elemental que, aunque evidente para todos en aquel momento, no se presenta de modo tan palpable ni en la década anterior ni en la posterior, y que, considerada retrospectivamente, todavía hoy se destaca como fenómeno único en la memoria reciente. Apenas comenzada mi investigación, advertí que durante el transcurso íntegro de esta década, específicamente de 1960 a 1972, se produjo la conjunción de dos planetas exteriores, Urano y Plutón, lo que es relativamente raro. Efectivamente, fue la única conjunción de esos planetas en todo el siglo XX.

Dada la gran distancia que separa a ambos planetas del Sol y la Tierra, el ciclo de Urano-Plutón es uno de los ciclos planetarios más largos y, debido a la excentricidad de la órbita de Plutón, de duración variable. Las conjunciones y las oposiciones entre Urano y Plutón, los dos alineamientos axiales, sólo tienen lugar una vez por siglo, con una duración de aproximadamente doce años para cada alineamiento con exactitud no inferior a 15°.[1] Recapitulemos brevemente la naturaleza de los principios arquetípicos asociados a estos dos planetas. El planeta Urano parece estar correlacionado con acontecimientos y fenómenos biográficos que sugieren un principio arquetípico de carácter esencialmente prometeico: emancipador, rebelde, progresista e innovador, incitante, inquietante y desestabilizador, impredecible, útil para catalizar nuevos comienzos y cambios bruscos e inesperados. El planeta Plutón, por el contrario, se asocia a un principio arquetípico de carácter dionisíaco: elemental, instintivo, poderosamente apremiante, extremo en su intensidad, que surge de las profundidades, al mismo tiempo libidinal y destructivo, abrumador y transformador, siempre en evolución. En el nivel colectivo, el principio arquetípico asociado a Plutón se considera poseedor de una dimensión prodigiosa, titánica, que transmite potencia, intensidad y urgencia a todo lo que afecta en escala masiva.

Cuando apliqué estos significados arquetípicos específicos a un examen de los períodos históricos que coincidían con la secuencia de alineamientos mayores del ciclo de Urano-Plutón, no sólo fue evidente de inmediato que estos dos principios arquetípicos eran manifiestamente activos, cada uno por separado, en la psique colectiva durante esos períodos, sino también que, en cierto sentido, combinaban sus respectivas



Conjunción Urano-Plutón de 1960-1972

1960: Urano entra en la franja de 15° anterior a la conjunción exacta con Plutón.

1965-1966: Urano y Plutón alcanzan el alineamiento exacto, 0°.

1972: Urano deja la franja de 15° posterior a la conjunción exacta con Plutón.

Figura 9

influencias, actuaban el uno sobre el otro, se modificaban mutuamente y se fusionaban sinérgicamente. El complejo arquetípico que de ello resultaba parecía expresarse con todo dramatismo durante las épocas históricas específicas en que Urano y Plutón estaban en alineamiento axial, como ponían en evidencia fenómenos tales como la extendida y radical transformación social y política y, a menudo, la insurrección destructiva, la potenciación masiva de impulsos revolucionarios y rebeldes, la intensificación de la creatividad artística e intelectual. Otros rasgos distintivos de estos períodos históricos fueron el avance tecnológico de inusitada rapidez, un subyacente e incansable espíritu de experimentación, impulso de innovación, necesidad de libertad en muchos campos, revuelta contra la opresión, adhesión a filosofías políticas radicales e intensificada voluntad colectiva de dar nacimiento a un nuevo mundo. Estos impulsos y acontecimientos se mezclaban de un modo típico con masivos cambios demográficos y un ambiente general de ferviente y a veces violenta intensidad, junto con la emoción de ponerse rápidamente en marcha hacia nuevos horizontes.

Por ejemplo, Urano y Plutón no sólo estuvieron alineados durante toda la década de los sesenta, sino también durante toda la década de la Revolución Francesa, de 1787 a 1798, en conjunción y en oposición, respectivamente. Por supuesto, se trata de una era cuyo carácter presenta notables semejanzas con la de los sesenta, con la que tantas veces se la ha comparado.

Una vez más, si sólo se hubiera tratado de que los mismos planetas, Urano y Plutón, formaran tan precisos alineamientos mayores durante esos períodos particulares, y que nunca lo hicieran durante épocas de relativo equilibro social y cultural, la coincidencia habría sido, en el mejor de los casos, interesante y curiosa. Lo que me llamó la atención fue el hecho de que el carácter histórico de estos períodos correspondía exactamente, profundamente incluso, a los significados arquetípicos de estos dos planetas de acuerdo con el consenso de textos astrológicos establecidos, pese a que esos significados derivaban de fuentes por completo distintas de las que en ese momento estaba yo estudiando. Igualmente notable fue la correlación ulterior de los alineamientos del ciclo de Urano-

Plutón con períodos históricos comparables de grandes insurrecciones revolucionarias, liberación social y radical cambio cultural en cada uno de los siglos que he examinado remontándome en el pasado.

No hay duda de que, a primera vista, no parecería haber dos épocas más semejantes por su carácter tumultuoso y prolongado como las décadas de los sesenta del siglo XX y de la Revolución Francesa. Un omnipresente espíritu de rebelión dominó ambos períodos: en un caso contra el *Establishment*; en el otro, contra el *Ancien Régime*. Lo mismo que en los años sesenta, también en la época de la Revolución Francesa se dio la agresiva afirmación de nuevas libertades en todos los campos. En ambas décadas, toda una generación se vio arrastrada por las pasiones del momento, que no se limitaban a un país, sino que surgían simultánea e independientemente en muchos lugares a uno y otro lado del Atlántico en una suerte de marea de revueltas y revoluciones, marchas, manifestaciones, huelgas, motines, insurrecciones, luchas callejeras y barricadas, movimientos de protesta, movimientos de independencia, movimientos de liberación y llamamientos a la transformación radical. La extendida sensación de despertar a una nueva conciencia de libertad, de dar nacimiento a una nueva era, fue casi idéntica en ambas épocas y se expresó una y otra vez en términos que transmitían con toda elocuencia el drama histórico que tuvo lugar en esas décadas.[2]

Con el sentido actual de cambio repentino, radical y avasallador que da nacimiento a una situación fundamentalmente nueva, la palabra «revolución», que tanto se oía en los años sesenta y que tan emblemática era de su espíritu, se usó ampliamente por primera vez en la década de 1790.[3] Explícitas o no, son innumerables las alusiones que en la prensa y en la cultura popular de los sesenta conectaban directamente el espíritu y los impulsos revolucionarios de esa época con los de la Revolución Francesa, como en los versos de *Street Fighting Man*, de los Rolling Stones:

> ¡Ay!, dicen que mi nombre es rebelión,
> gritaré y chillaré, mataré al rey, insultaré a todos sus siervos.[4]

La aparición masiva del impulso revolucionario durante estas dos épocas no fue sólo, ni principalmente, un fenómeno político, pues se expresaba en todos los aspectos de la vida cultural: en la música que se oía, los libros que se leían, las ideas que se discutían, los ideales que se abrazaban, las imágenes que se producían, la evolución del lenguaje y la moda, los cambios radicales en las costumbres sociales y sexuales. Era evidente en el desafío incesante a las creencias establecidas y la adhesión general a nuevas perspectivas, en los movimientos de radical reforma teológica y eclesiástica y en la revuelta antirreligiosa, en el impulso a la innovación y la experimentación que afectó a todas las artes, en el repentino poder alcanzado por la juventud o en el papel central de las comunidades universitarias en el rápido cambio cultural. Y era patente sobre todo en el prodigio de energía y activismo de ambas épocas, en el impulso general a los extremos y la «radicalización» en tantas áreas y en la voluntad súbitamente intensificada de construir un nuevo mundo.

Sin embargo, en un contexto histórico más amplio, la semejanza de estos dos períodos no era excepcional, y al profundizar mi análisis de las tablas planetarias descubrí muy pronto que la coincidencia precisa de este ciclo tanto con los años sesenta como con la época de la Revolución Francesa era en realidad parte de un patrón mucho más general. Pues sucedía que los alineamientos cíclicos de Urano y Plutón –específicamente la conjunción y la oposición (los dos axiales, equivalentes a los alineamientos de Luna Nueva y de Luna Llena del Sol y la Luna en el ciclo lunar, pero a escala mucho mayor y mucho más prolongada)– se daban en estrecha coincidencia con períodos de siglos anteriores marcados por agitaciones sociales y radical cambio cultural, igualmente extensos e intensos, de una manera aparentemente sistemática que se remontaba en todo el tiempo cubierto por registros históricos adecuados.

Por ejemplo, después de la Revolución Francesa sólo hubo otros dos períodos en que Urano y Plutón formaron alineamientos de conjunción o de oposición. Ambos períodos fueron épocas claramente definidas por acontecimientos históricos y tendencias culturales que llevaban el mismo intenso

sello de cambio masivo y revolución, innovación y agitación. El primero de esos alineamientos tuvo lugar a mediados del siglo XIX, de 1845 a 1856. Coincidió con la ola de levantamientos revolucionarios que tuvo lugar en casi todas las capitales de Europa en 1848-1849: París, Berlín, Viena, Budapest, Dresde, Baden, Praga, Roma, Milán. Una vez más, se ve la súbita aparición de un impulso revolucionario colectivo que afecta a todo un continente con insurrecciones masivas, el surgimiento de movimientos políticos y sociales radicales, revueltas nacionalistas por la independencia, así como el abrupto derrocamiento de gobiernos en toda Europa. Como han dicho muchos historiadores, fue en realidad el clímax de los impulsos revolucionarios que la Revolución Francesa puso en movimiento. Durante los años que duró este alineamiento también se produjo una asombrosa convergencia de otros acontecimientos arquetípicamente pertinentes. Entre los muchos que se podrían mencionar, recordemos que Karl Marx y Friedrich Engels escribieron *El manifiesto comunista*, Henry David Thoreau escribió *Sobre el deber de desobediencia civil*, Frederick Douglass y Harriet Tubman encabezaron acciones antiesclavistas en Estados Unidos, y Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony daban origen al movimiento por los derechos de las mujeres.

En toda Europa, durante los años de esta conjunción, importantes artistas e intelectuales se embarcaron en actividades revolucionarias e ideas radicales. En 1845 Dostoievski se incorporó a círculos revolucionarios en San Petersburgo, primero junto al crítico radical Belinski y luego, en 1848, adhiriéndose al círculo Petrashevski, utópico y antizarista. Mijail Bakunin participó sucesivamente en las agitaciones revolucionarias de 1848 en Alemania, Austria y Francia y desarrolló su teoría del anarquismo revolucionario. Wagner, influido por Bakunin, formó parte de la revolución de 1849 en Dresde y luego, en su exilio en Suiza, escribió *Arte y revolución*.

Además, en ese mismo período se produjeron agitaciones comparables en China (las rebeliones casi simultáneas de Taiping y Nian), Japón (el desmantelamiento revolucionario del antiguo orden social Tokugawa y la forzada apertura a Occidente), India (las incursiones británicas intensivas que

llevaron al motín de Sepoy), y el Imperio otomano (catalizadas por la Guerra de Crimea): un notable racimo de acontecimientos en menos de una década, en que repentinas «revueltas, tanto desde arriba como desde abajo –en palabras del historiador William McNeill– simbolizaron el irremediable hundimiento del orden tradicional de cada una de las principales civilizaciones asiáticas» y transformaron de modo permanente la ecúmene global. McNeill resume de esta manera «las notables coincidencias que canalizaron en menos de diez años un cambio tan grande en la historia del mundo»:

> Así, en cada una de las grandes civilizaciones asiáticas, las revueltas, tanto desde arriba como desde abajo, desacreditaban o subvertían abruptamente las viejas costumbres y los antiguos valores, y en cada caso las influencias disruptivas recibían un fuerte estímulo de los contactos y los choques con el Occidente en vías de industrialización. En realidad, no parece exagerado decir que en la década de 1850 terminó por desaparecer el cuádruple equilibrio cultural fundamental de la ecúmene [Europa, Oriente Medio, China, India] que había resistido los embates de más de dos milenios. En lugar de cuatro (o, con Japón, cinco) civilizaciones autónomas, aunque interconectadas, comenzó a surgir un cosmopolitismo efervescente, semiinforme pero auténticamente global, como realidad dominante de la comunidad humana.

El segundo de estos alineamientos de Urano y Plutón posteriores a la Revolución Francesa fue la oposición que tuvo lugar durante el cambio de siglo, de 1896 a 1907, una época caracterizada por un intenso fermento político y social, con el extendido surgimiento de movimientos radicales y una ola de alzamientos revolucionarios, drásticos cambios sociales y masivos cambios demográficos en todo el mundo. En este período tuvo lugar en toda Europa y en Estados Unidos una repentina proliferación de movimientos obreros progresistas y radicales. Entre ellos, la creación casi simultánea de los principales partidos socialistas en Inglaterra, Estados Unidos, Rusia y Francia –entre 1900 y 1905– y también del Industrial Workers of the World, el Partido Menchevique y el Partido Bolchevique bajo la dirección de Lenin y Trotsky, que marcó

el comienzo del comunismo moderno, todo entre 1903 y 1905.

También fue un período decisivo para la formación tanto del movimiento de las mujeres como del movimiento por los derechos civiles de los negros, con la fundación de la Women's Social and Political Union en 1903, la International Woman Suffrage Alliance en 1904 y el Niagara Movement en 1905. En Francia, todo el período comprendido entre 1896 y 1907 estuvo dominado por la prolongada agitación en torno al caso Dreyfus, que convulsionó a la nación de un modo muy semejante a las conmociones que sacudieron Francia durante los otros tres alineamientos de Urano y Plutón ya mencionados (con un continuo desencadenamiento de pasiones violentas, conflictos en torno a reformas y desafíos a la autoridad establecida, como en el famoso *J'accuse* de Émile Zola, carta abierta al presidente de Francia) y que culminó en la unificación y potenciación de los movimientos de izquierda en la política francesa. Y también en Estados Unidos, un número extraordinario de líderes y de defensores en el área de la transformación social progresista y radical surgieron y florecieron durante ese período, desde los reformistas progresistas de la corriente dominante, como Theodore Roosevelt y William Jennings Bryan a figuras más radicales, como Eugene Debs, Emma Goldman, Rosa Luxemburgo, Beatrice y Sydney Webb, George Bernard Shaw y otros fabianos, H. G. Wells, Emmeline Pankhurst, Jane Addams, Upton Sinclair, Ida Tarbell, Lincoln Steffens, W. E. B. Du Bois, Theodor Herzl y Georges Sorel, entre muchos otros. De los derechos civiles y el feminismo al periodismo y la reforma económica, los escritos y las acciones de esta ola de reformadores y líderes radicales ejercieron en esta época una influencia decisiva en la vida social y política del siglo XX.

Lo mismo que en otros períodos axiales de Urano-Plutón, durante este mismo intervalo de años se produjeron acontecimientos trascendentales comparables en todo el mundo: la rebelión de los bóxer en China en 1898-1900 y el rápido auge de los movimientos nacionalistas revolucionarios chinos; el motín del *Potemkin* y la revolución rusa de 1905-1906, comienzo de una serie de violentos alzamientos que culminaron

doce años después con el derrocamiento del zar; una ola de revueltas nacionalistas en India, Turquía, Persia y el Imperio austrohúngaro; el inicio del prolongado movimiento de desobediencia civil de los indios en Sudáfrica, encabezado por Gandhi, y la fundación de otros influyentes movimientos nacionalistas de independencia, como la Organización Sionista Mundial en 1897 y el partido irlandés del Sinn Fein en 1902.

Era como si una inmensa ola de energía revolucionaria barriera el mundo con la entrada del siglo XX, produciendo en muchas naciones y en muchas esferas una profusión de movimientos que luchaban por la libertad, el cambio y las reformas. Considerados en conjunto, esos y muchos otros acontecimientos de carácter similar fueron decisivos para la aparición del progresismo moderno, el radicalismo, los movimientos por la igualdad de derechos y la independencia, de importantes consecuencias para el siglo en ciernes, muchas de las cuales llegaron a su apogeo en la década de los sesenta, durante la siguiente conjunción de Urano y Plutón.

En el curso de mi examen de millares de acontecimientos históricos y fenómenos culturales a lo largo de los años, descubrí que los acontecimientos arquetípicamente pertinentes empezaban en coincidencia con la entrada de los planetas exteriores en la franja de aproximadamente 20° previa a sus conjunciones y oposiciones exactas, aumentaban poco a poco en frecuencia e intensidad y luego, una vez alcanzado el alineamiento de 0°, decrecían al modo de un continuo en forma de onda. Desde el momento en que los planetas llegaban a los 15° del alineamiento exacto, el complejo arquetípico parecía estar en plena actividad, con frecuencia e intensidad particularmente fuertes en las correlaciones observadas. En honor a la simplicidad y la claridad, en la revisión detallada de evidencias que se presenta en estos capítulos, los años que en cada período he especificado reflejan un orbe de menos de 15°. Sin embargo, más allá de este punto hay un margen de penumbra, hasta más o menos los 20°, durante el cual es posible observar de manera regular correlaciones que mencionaré y especificaré como tales cuando sean pertinentes.

También debería aclarar que los períodos coincidentes con estos alineamientos no marcaban años en que los aconteci-

mientos históricos y las tendencias culturales que los caracterizaban aparecieran y desaparecieran de repente, como si fueran accionados por un interruptor eléctrico. Más bien, los períodos en cuestión parecían representar momentos en que tendencias continuadas, y a veces de largo desarrollo, llegaban al punto de ebullición, por así decir, esto es, al punto en que cierto estímulo o determinada realización desencadenan fenómenos culturales sobresalientes, haciendo surgir de manera explícita y espectacular esas tendencias en la conciencia colectiva. A partir de ese punto decisivo de origen o clímax, esas tendencias culturales continúan luego desplegándose de distintas maneras en los años y las décadas siguientes, una vez transcurrido el alineamiento.

En general, las correlaciones observadas sugerían modelos cuánticos de ondas en fluida interpenetración, antes que aislados acontecimientos atomistas newtonianos. La dinámica parecía ser compleja, holística y probabilística antes que simple, lineal y reductivamente determinista. Las correlaciones eran mucho más inteligibles si no se las consideraba desde el punto de vista de la causalidad mecánica, sino como multidimensionalmente arquetípicas y sincrónicas.

PATRONES SINCRÓNICOS Y DIACRÓNICOS EN LA HISTORIA

Los patrones arquetípicos relativos a los acontecimientos históricos y la actividad cultural que coincidía con estos alineamientos planetarios eran tanto de naturaleza diacrónica como sincrónica. Los patrones *sincrónicos* comprendían los casos en que acontecimientos del mismo carácter arquetípico tenían lugar simultáneamente en diferentes culturas y vidas individuales en coincidencia con el mismo alineamiento, como revoluciones o descubrimientos científicos simultáneos que se producían de manera independiente y en países o continentes distintos. Los patrones *diacrónicos*, por el contrario, comprendían casos en que los acontecimientos que tenían lugar durante un alineamiento se hallaban en estrecha asociación arquetípica, y a menudo histórica, con acontecimientos correspondientes a los alineamientos anteriores o posteriores de los mismos planetas, de tal manera que sugerían el despliegue de un ciclo.

Por tanto, los períodos correspondientes a estos alineamientos de Urano y Plutón no se relacionaban sólo por el carácter arquetípico general que compartían, sino también por su dinamismo secuencial. Las tendencias históricas y los movimientos culturales parecían experimentar una aguda intensificación en su desarrollo durante cada uno de estos períodos específicos, sugiriendo una evolución en constante despliegue,

pero cíclicamente «puntuada». Estos patrones diacrónicos se mostraban en clara correlación con los alineamientos de Urano y Plutón de los últimos siglos en un gran número de campos de la historia cultural moderna, como el feminismo y el movimiento de las mujeres, los movimientos abolicionistas y por los derechos civiles o las filosofías de revolución política y de cambio social radical, entre otros.

Feminismo y movimientos de mujeres

Los historiadores del feminismo y los movimientos de mujeres reconocerán inmediatamente la importancia central de las cuatro épocas que coinciden con los alineamientos axiales consecutivos de Urano y Plutón en los últimos doscientos cincuenta años, como si la evolución de la lucha por los derechos de las mujeres hubiera sido decisivamente impulsada en fases con que se iniciaron exactamente durante estos períodos de alineamiento planetario.

La primera aparición significativa del feminismo moderno tuvo lugar durante la oposición de Urano y Plutón del período de la Revolución Francesa (1787-1798). En Inglaterra, este período produce la publicación en 1792 del primer gran documento y manifiesto feminista, *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft («No aspiro a que tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas»). En Francia, las mujeres de diferentes procedencias sociales desempeñaron papeles importantes en la agitación revolucionaria, desde Théroigne de Méricourt, cortesana belga y oradora revolucionaria, hasta aristócratas radicales como Madame de Staël y Madame Roland, cuyos salones se convirtieron en influyentes centros de debate y actividad en el terreno político. Olympe de Gouges pidió a la Asamblea que se honraran los «inalienables derechos» de las mujeres, y su exigencia fue apoyada por la organización política de mujeres *Amies de la Vérité*, que abogaba por la educación y los derechos civiles de las mujeres y la libertad para divorciarse.

La fase importante siguiente se desarrolló durante la conjunción inmediatamente posterior de Urano y Plutón, entre

1845 y 1856, con el surgimiento del movimiento sufragista en Estados Unidos bajo el liderazgo de Elizabeth Cady Stanton, Lucrecia Mott, Lucy Stone y Susan B. Anthony. En esta fase se celebró la primera Convención por los Derechos de las Mujeres en Seneca Falls, Nueva York, en 1848, después de la cual se realizaron regularmente mítines a favor de los derechos de las mujeres. Stanton formuló aquí la primera exigencia organizada de sufragio femenino, mientras en Inglaterra Harriet Taylor escribía *La liberación de las mujeres*. Durante esta misma conjunción, Margaret Fuller escribió *Mujeres en el siglo XIX*, el primer libro importante del feminismo norteamericano; Lucretia Mott publicó *Discurso sobre las mujeres*, que abogaba por la igualdad educacional para las mujeres; Amelia Bloomer comenzó la publicación del primer periódico feminista; y Sojourner Truth pronunció su famoso discurso «Ain't I a Woman?» [«¿Es que no soy mujer?»] ante una convención por los derechos de la mujer en Akron, Ohio. Cerca del final del período de esta conjunción, Walt Whitman abrió su trascendental *Hojas de hierba* en 1855 con esta proclama:

> Soy el poeta de la mujer y soy el poeta del hombre,
> y digo que tan admirable es ser mujer como ser hombre.

El movimiento por el sufragio de las mujeres tuvo su fase siguiente, más militante e internacional, durante la oposición Urano-Plutón inmediatamente posterior, la de 1896-1907, marcada por una ola de actividad sufragista militante y acontecimientos tan influyentes como, en 1902, la entrega al Parlamento británico de una petición con 37.000 firmas en la que se exigía el derecho de las mujeres a votar; en 1903, la fundación en Inglaterra de la Unión Social y Política de las Mujeres, bajo el liderazgo de Emmeline Pankhurst; en 1904, la fundación de la Alianza Internacional por el Sufragio de las Mujeres y, a comienzos de 1905, la reorganización política de la Asociación Nacional Norteamericana por el Sufragio de las Mujeres, a cargo de Carrie Chapman Catt. En el año siguiente se usó por primera vez el término «sufragista». También en 1906, Emma Goldman cofundó y dirigió la publicación mensual anarquista *Mother Earth*. Durante el mismo alineamiento,

inspirada por el discurso de Nannie Helen Burroughs «Cómo se impide a las hermanas prestar ayuda» ante la Convención Nacional Baptista, se fundó la mayor organización afroamericana de mujeres, Women's Convention. También durante este período se publicó el libro de Charlotte Perkins Gilman titulado *Mujeres y economía*, de 1898, que llamaba a la libertad económica y la igualdad social para las mujeres, ejerció una gran influencia y fue internacionalmente traducido en ese momento, pero que luego cayó en el olvido hasta que las feministas lo redescubrieron en la década de los sesenta. En otros frentes, Marie Curie, en Francia, fue la primera mujer que recibió el Premio Nobel, en 1903, mientras que en Londres en 1905, cuando Virginia Woolf y su círculo de pioneros artísticos e intelectuales se liberaron de los códigos sociales victorianos, surgió el Grupo de Bloomsbury. Al final de este período de alineamiento, en 1906, murió Susan B. Anthony, quien en su último discurso público pronunció su famosa máxima: «El fracaso es imposible».

Finalmente, la conjunción inmediatamente siguiente de 1960-1972 coincidió con lo que tal vez fue la fase más impresionante de esta evolución, con el amplio y decisivo surgimiento del feminismo y del movimiento de liberación de las mujeres, impulsado por la publicación de *La mística femenina*, de Betty Friedan, en 1963, auténtico hito en la materia (en 1970 se habían vendido cinco millones de ejemplares); la fundación de la Organización Nacional de las Mujeres, en 1966; el comienzo del feminismo radical con la fundación, en 1968-1969, de New York Radical Women and Redstockings; la redacción de *Our Bodies, Ourselves*, en 1969, por el Colectivo de Boston para la Salud de las Mujeres; la fundación de la Alianza para la Acción de las Mujeres, en 1971, y el trabajo de muchas escritoras y activistas individuales, como Doris Lessing, Kate Millett, Germaine Greer y Gloria Steinem, todas las cuales contribuyeron a los innumerables progresos que en esos años se iniciaron en muchos frentes.

En mi examen de las secuencias cíclicas de una corriente cultural específica he observado dos patrones típicos. Uno adoptaba la forma de denso racimo de acontecimientos y de figuras que compartían un carácter arquetípico específico –en

este ejemplo, un impulso intenso hacia la emancipación y el poder personal–, que aparecían durante un alineamiento particular y eran seguidos de un período intermedio en el que esos fenómenos disminuían en cantidad y en intensidad. Este período de menor actividad se prolongaba hasta el siguiente alineamiento cíclico, que coincidía con un nuevo y denso agrupamiento de acontecimientos y figuras del mismo carácter y una clara relación histórica con la época anterior. El período intermedio de inactividad parecía un estadio de gestación en cuyo transcurso el impulso cultural pasaba por una especie de invisible desarrollo subterráneo, hasta que el alineamiento siguiente producía un resurgimiento del fenómeno, pero ahora en una nueva forma, que reflejaba las influencias históricas intermedias y el nuevo contexto cultural.

En el segundo patrón, al período de denso agrupamiento durante el alineamiento original le seguían años de aparición continuada, y a veces creciente, de fenómenos culturales relacionados. En estos casos, el período de alineamiento parecía actuar como catalizador decisivo del impulso cultural en cuestión, que continuaba así desarrollándose sin mengua una vez transcurrido el período de alineamiento, para culminar de diversas y significativas maneras o para adoptar nuevas formas. Estos desarrollos y transformaciones posteriores, como veremos, coinciden sistemáticamente con otros alineamientos planetarios cuyo diferente carácter arquetípico corresponde estrechamente a la naturaleza del desarrollo (hitos exitosos y expansivos con Júpiter alineado con Urano, por ejemplo, y desarrollos más problemáticos y restrictivos, o bien estructurantes y solidificantes, cuando estaba implicado Saturno). Sin embargo, cuando se produce el siguiente alineamiento mayor de Urano y Plutón, tiene lugar otro sostenido período catalizador, marcado por otro denso agrupamiento de fenómenos culturales arquetípicamente pertinentes y que muestran una indudable relación histórica con el alineamiento anterior de Urano y Plutón. Tendremos oportunidad de analizar estas dos formas básicas de configuraciones secuenciales en los datos que luego ofreceremos. Con la historia del feminismo, lo mismo que con los otros fenómenos culturales que estamos aquí examinando, la mayor interacción de correlaciones se

mostrará cuando nuestro estudio aborde los otros ciclos planetarios.

Movimientos abolicionistas y por los derechos civiles

Un patrón paralelo de fases cíclicas de desarrollo acelerado tuvo lugar durante estos mismos siglos en una lucha totalmente distinta: el movimiento por la libertad y los derechos civiles de los afroamericanos. Durante el alineamiento de Urano y Plutón de 1787-1798, el de la Revolución Francesa, se produjo al mismo tiempo en Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia el primer amplio llamamiento público a favor de la abolición de la esclavitud, con la aparición de peticiones de enorme popularidad contra el tráfico de esclavos, la fundación de la Sociedad por la Abolición en Inglaterra, dirigida por Thomas Clarkson (1787), la Sociedad de Africanos Libres en Filadelfia (1787), la Sociedad de Amigos de los Negros en Francia (1787), y la publicación de la muy leída autobiografía del esclavo manumiso Olaudah Equiano (1789), primer repudio de la esclavitud en lengua inglesa. Además, este mismo período fue testigo de la publicación de los grabados de William Blake acerca de la vida de los esclavos (1796), grabados que ejercieron una poderosa influencia en toda la iconografía abolicionista posterior; la exitosa revolución de los esclavos haitianos bajo el liderazgo de Toussaint L'Ouverture (1791-1794); el abandono del tráfico de esclavos por Dinamarca (1792), la primera nación en hacerlo, y la liberación de esclavos por parte del gobierno revolucionario francés en todas las colonias francesas (1794), primer ejemplo de dicha emancipación.

Análogamente, el alineamiento inmediatamente posterior de Urano y Plutón, el de 1845-1856, coincidió con el punto culminante del activismo abolicionista en Estados Unidos, marcado por la influyente actividad de Frederick Douglass, la publicación de su autobiografía (1845) y su periódico antiesclavista *North Star* (a partir de 1847), así como las frecuentes fugas de esclavos gracias al esfuerzo de Harriet Tubman (quien había escapado a la esclavitud en 1849) entre otros, la

electrificante prédica de Sojourner Truth contra la esclavitud en nombre de los derechos de las mujeres, la publicación de su autobiografía (1850), el gran número de conferencias públicas de Emerson contra la esclavitud, levantamientos populares tanto de negros como de blancos en el norte contra la Ley de Esclavos Fugitivos (1850-1854), la publicación de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe (1852), libro que ejerció una gran influencia, y la actividad militante antiesclavista de John Brown y sus seguidores (a partir de 1855). Este mismo período también presenció la fundación de los partidos Tierra Libre (Free Soil, 1848) y Republicano (1854), al segundo de los cuales se unió Lincoln, que introdujeron las ideas abolicionistas en la política norteamericana y finalmente desencadenaron la Guerra Civil.[3] También durante este período, Liberia fue la primera colonia africana que proclamó su independencia (1847).

Esta secuencia cíclica continuó durante la siguiente oposición de Urano y Plutón, la de 1896-1907, primero con el auge de Booker T. Washington y su llamamiento a la reforma social y educacional para los negros, y luego con la primera aparición en Estados Unidos de la protesta negra organizada, bajo el liderazgo de W. E. B. Du Bois, cuya seña distintiva fue la creación del Movimiento Niágara en 1905, obra del mismo Du Bois y otros veintinueve intelectuales negros, que reclamó plenos derechos políticos, sociales y civiles para todos los afroamericanos. Du Bois publicó en esta época su influyente libro titulado *Las almas del pueblo negro* (1903), que dio comienzo a la revuelta intelectual contra la actitud de aceptación resignada. Durante este mismo período tuvo lugar en Londres la primera Conferencia Panafricana (1900), que dio su apoyo a la lucha por la libertad de todos los pueblos de ascendencia africana, y la fundación por Edmund Morel en Inglaterra de la Asociación para la Reforma del Congo, que contó con la adhesión de importantes figuras culturales, como Arthur Conan Doyle, Mark Twain y Booker T. Washington, para protestar contra las atrocidades colonialistas perpetradas en el Congo Belga (1904).

Y por fin, naturalmente, el período de 1960 a 1972, el de la más reciente conjunción de Urano y Plutón, produjo la cul-

minación del movimiento por los derechos civiles de los negros con las actividades de Martin Luther King Jr., Malcolm X y Bayard Rustin, entre muchos otros líderes; organizaciones tales como la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color (que surgió directamente del Movimiento Niágara del alineamiento anterior) y el Comité No-violento de Coordinación Estudiantil; los llamados Freedom Riders y la gran cantidad de *sit-ins*, manifestaciones y marchas; la aprobación de las leyes de derechos civiles de 1965 y 1968; el auge del movimiento del poder negro y la fundación de los Panteras Negras; los escritos y los discursos de James Badlwin, Stokeley Carmichael, Angela Davis y Eldridge Cleaver; y otro enorme cúmulo de acontecimientos, acciones y escritos que reflejaban la culminación que los años sesenta representaron para este movimiento. Fenómenos comparables tuvieron lugar en esta misma época en todo el continente africano, desde las dramáticas actividades de resistencia de Nelson Mandela y el Congreso Nacional Africano en Sudáfrica hasta las insurrecciones, los movimientos de independencia y la toma del control de las colonias por los africanos autóctonos, que se produjo en la mayoría de las naciones del África subsahariana durante esta década.

Tal vez el hecho paradigmático de este poderoso impulso colectivo durante los años sesenta fue el histórico discurso de Martín Luther King ante el Lincoln Memorial con ocasión de la Marcha sobre Washington de 1963, donde King dio voz profética a la larga y profunda lucha (Plutón) por la liberación, el despertar y la libertad (Urano):

> Sueño que un día esta nación se levantará y vivirá el verdadero significado de su credo: «Afirmamos que estas verdades son evidentes: que todos los hombres son creados iguales». Sueño que un día, en las rojas colinas de Georgia, los hijos de los antiguos esclavos y los hijos de los antiguos dueños de esclavos podrán sentarse juntos a la mesa de la hermandad. Sueño que un día, incluso el estado de Misisipí, un estado que se sofoca con el calor de la injusticia y de la opresión, se convertirá en un oasis de libertad y justicia. Sueño que mis cuatro hijos vivirán un día en un país en el cual no serán juzgados por el color de su piel, sino por los rasgos de su personalidad...

Con esta fe podremos trabajar juntos, rezar juntos, luchar juntos, ir a la cárcel juntos, defender la libertad juntos, sabiendo que algún día seremos libres.

Ése será el día cuando todos los hijos de Dios podrán cantar el himno con un nuevo significado, «Mi país es tuyo. Dulce tierra de libertad, a ti te canto. Tierra de libertad donde mis antecesores murieron, tierra orgullo de los peregrinos, de cada costado de la montaña, que repique la libertad». Y si Estados Unidos ha de ser grande, esto tendrá que hacerse realidad. Por eso, ¡que repique la libertad desde la cúspide de los montes prodigiosos de Nueva Hampshire! ¡Que repique la libertad desde las poderosas montañas de Nueva York! ¡Que repique la libertad desde las alturas de las Alleghenies de Pensilvania! ¡Que repique la libertad desde las Rocosas cubiertas de nieve en Colorado! ¡Que repique la libertad desde las sinuosas pendientes de California! Pero no sólo eso: ¡Que repique la libertad desde la Montaña de Piedra de Georgia! ¡Que repique la libertad desde la Montaña Lookout de Tennessee! ¡Que repique la libertad desde cada pequeña colina y topera de Misisipí! De cada costado de la montaña, que repique la libertad.

Cuando repique la libertad y la dejemos repicar en cada pueblo y en cada aldea, en cada estado y en cada ciudad, podremos acelerar la llegada del día en que todos los hijos de Dios, negros y blancos, judíos y cristianos, protestantes y católicos, podrán unir sus manos y cantar las palabras del viejo espiritual negro: «¡Libres al fin! ¡Libres al fin! Gracias a Dios omnipotente, ¡somos libres al fin!».

Desobediencia civil no violenta

Los grandes dramas históricos de estos dos prolongados movimientos de cambio social y libertad humana parecen responder así a un patrón sistemático de picos cíclicos que coinciden precisamente con los períodos de alineamiento de Urano y Plutón. Parecen ser manifestaciones particulares de un patrón cíclico más general en el que un impulso colectivo de emancipación y cambio radical es activado y potenciado en muchas áreas al mismo tiempo. A menudo las conexiones entre estas épocas son aún más específicas. Por ejemplo, la filosofía y las tácticas de desobediencia civil no violenta que

emplearon Martin Luther King y otros en los movimientos por los derechos civiles y contra la guerra en los años sesenta, se inspiraban ante todo en el ejemplo de Gandhi. Durante la oposición de Urano y Plutón inmediatamente anterior a la conjunción de los años sesenta, Gandhi desarrolló y empleó por primera vez su filosofía de desobediencia civil y *satyagraha* («la fuerza de la verdad» o «adhesión a la verdad») en la lucha por los derechos de los indios en Sudáfrica en 1906, como respuesta a su expulsión de un vagón de tren «exclusivo para blancos».

Gandhi, lo mismo que luego King, recibió la influencia de los escritos políticos de León Tolstoi, cuyo ascendiente sobre los movimientos revolucionarios y de reforma radical en la sociedad rusa y cuya rebeldía personal contra el Estado y la Iglesia de Rusia se hallaban en su apogeo en esos mismos años de 1896 a 1907. Este patrón cíclico se remonta más aún en el tiempo, pues fue durante la conjunción de Urano y Plutón anterior a ésta (1845-1856) cuando Thoreau escribió y publicó, en 1849, su influyente ensayo *Sobre el deber de la desobediencia civil*, que describía su breve encarcelamiento por negarse, por motivos antiesclavistas, a pagar un impuesto que el gobierno de los Estados Unidos recaudaba para sostener su guerra contra México. El ensayo de Thoreau tuvo su efecto directo, primero en Tolstoi, luego en Gandhi y después en King. Esta línea de descendencia en materia de desobediencia civil –Thoreau, Tolstoi, Gandhi, King–es bien conocida. Lo sorprendente –y lo que no sería de esperar que ocurriera de modo tan sistemático– es la correlación precisa con el ciclo de Urano-Plutón, correlación que, por lo demás, se reproduce en muchos otros fenómenos históricos y culturales arquetípicamente relacionados.

Socialismo radical

En la evolución de la teoría socialista encontramos un patrón comparable. En efecto, *El manifiesto comunista* de 1848, de Marx y Engels, y los orígenes del socialismo marxista revolucionario coinciden precisamente con la conjunción de Ura-

no y Plutón del período 1845-1856. El paso siguiente y decisivo en esa evolución –la aparición de Lenin y Trotsky, la fundación del Partido Bolchevique y la formulación de la filosofía marxista-leninista en el manifiesto de Lenin «¿Qué hacer?»– coinciden exactamente con la oposición inmediatamente posterior de Urano y Plutón, la de 1896-1907.

Por último, durante la conjunción siguiente de 1960-1972, tuvo lugar el mayor surgimiento y difusión de las doctrinas socialistas y marxistas leninistas radicales, que ejercieron su influencia en los movimientos revolucionarios de todo el Tercer Mundo, así como en los activistas estudiantiles y en los intelectuales de todo Occidente, y dieron una popularidad sin precedentes a los líderes revolucionarios y teóricos de inspiración marxista como Che Guevara, Ho Chi Minh, Mao Zedong, Fidel Castro, Frantz Fanon, Jean-Paul Sartre y Herbert Marcuse. Este período produjo otro influyente manifiesto marxista, el *Libro rojo* de Mao, biblia para las decenas de miles de jóvenes activistas de la Revolución Cultural China durante esos años. Aunque con otro espíritu, el movimiento de la teología de la liberación tuvo su origen en América Latina durante esa misma conjunción, gracias al trabajo de Gustavo Gutiérrez y Leonardo Boff, que trataron de combinar los principios marxistas de revolución social y la conciencia histórica de las estructuras de opresión económica con los ideales cristianos de justicia, comunidad y compromiso compasivo con las penurias de los pobres.

Tampoco este patrón cíclico se limita a los tres últimos alineamientos, pues fue durante la Revolución Francesa, en la última década del siglo XVIII, el período de oposición entre Urano y Plutón precisamente anterior a aquéllos, cuando, junto a líderes revolucionarios como Danton, Marat, Saint-Just y Robespierre, hizo su aparición el primer gran teórico del socialismo revolucionario, François-Noël Babeuf, el líder de la Conspiración de los Iguales, que intentó derrocar al Directorio y presionó a la Revolución Francesa para que diera a las masas plena igualdad económica al mismo tiempo que igualdad política. En 1794, Babeuf fundó *El Tribuno del Pueblo*, primer periódico que defendía las ideas socialistas y formulaba la doctrina de la lucha de clases y el papel revolucio-

nario de la clase obrera, concepto fundamental de la teoría marxista de la revolución que vio la luz durante la conjunción siguiente de Urano y Plutón, la de 1845-1856. Análogamente, las ideas anarquistas y libertarias radicales de Proudhon, Bakunin y Herzen –todas formuladas precisamente durante el período de esta última conjunción– habían sido anticipadas principalmente por *Investigación sobre la justicia política*, de William Godwin. La famosa obra de Godwin se publicó en 1793, durante el alineamiento de la Revolución Francesa; en su lúcido y apasionado resumen de las creencias radicales que habían contribuido a la Revolución y las que surgían de ella, el libro ejerció una inmensa influencia en la vida intelectual de la época y del siglo XIX, en especial durante los alineamientos siguientes de Urano y Plutón.

La Revolución y la Reforma Radical en Inglaterra

Si damos otro paso hacia atrás en la historia y contemplamos el ciclo de Urano-Plutón durante los siglos que antecedieron a la Revolución Francesa, encontramos una continuación del mismo patrón. La oposición Urano-Plutón inmediatamente anterior a la de la Revolución Francesa tuvo lugar de 1643 a 1654, en estrecha coincidencia con la gran oleada de revoluciones y rebeliones que barrieron Europa a mediados del siglo XVII, y en particular con prácticamente todo el mayor período revolucionario de Inglaterra: la Revolución Inglesa o Puritana (conocida en su tiempo como «La Gran Rebelión»). Una vez más, fue ésta una época de agitación social extraordinariamente intensa, amplia y continuada, de radicalismo político y vitalidad contracultural; en esencia, el equivalente inglés de la Revolución Francesa, sobre la cual influyó y que anticipó.

Como en los cuatro períodos de alineamiento que acabamos de estudiar, también aquí aparecen los mismos temas con notable consistencia: las sucesivas oleadas de rebelión contra el orden establecido, año tras año de caos político y social, y la proliferación de movimientos e ideas radicales que afectaron profundamente el curso posterior de la historia occiden-

tal. Una vez más, encontramos la potenciación colectiva de un impulso multifacético a modificar el mundo de maneras radicalmente nuevas, con el repentino surgimiento de muchos grupos revolucionarios y facciones disidentes –puritanos radicales, independientes, cabezas redondas, niveladores, cavadores, cuáqueros, hombres de la quinta monarquía, adamistas, entre muchas sectas radicales que florecieron precisamente en esos años–, cuyo resultado, tal como lo describe el título de la conocida historia de Christopher Hill, fue «el mundo trastornado». También aquí se produjo el llamamiento a derrocar la tiranía real y provocar la abdicación forzada y la ejecución del rey, Carlos I, quien durante este alineamiento de Urano y Plutón de la década de 1640 sufrió el mismo destino que durante la siguiente oposición, la de la década de 1790, esperaría a Luis XVI (y, excepto la ejecución, a Luis Felipe durante la siguiente conjunción, en la década de 1840).

Fue en los años de este alineamiento, 1643-1654, cuando se asistió al fecundo llamamiento a ideas característicamente emancipadoras, como las de soberanía del pueblo, gobierno representativo, derechos naturales, una constitución escrita, igualdad de representación, libertad de prensa, tolerancia religiosa, y superioridad del debate racional sobre el dogma teológico y la tradición histórica para la toma de decisiones políticas, todo lo cual produjo, en palabras de Hill, «una revolución intelectual tan grande que nos resulta difícil imaginar cómo pensaban los hombres antes de ella». Por supuesto, ésas fueron las ideas que anticiparon directamente los ideales revolucionarios que durante la siguiente oposición de Urano y Plutón, la de 1787-1798, un ciclo más tarde, se institucionalizarían en la Constitución de los Estados Unidos (1787-1788) y, en Francia, en la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano (1789). Esos mismos principios informarían a su vez los ideales y los movimientos que vieron la luz, con nueva fuerza y en nuevos contextos, precisamente durante los tres alineamientos siguientes de Urano y Plutón: el período revolucionario de 1845-1856, la entrada del siglo XX y los años sesenta del mismo.

Además, como muchas veces han observado los historiadores, casi con el mismo asombro y desconcierto con que

contemplaron períodos posteriores de revoluciones simultáneas y generalizadas que se dieron en forma independiente en muchas naciones (asombro y desconcierto que en sus comedidos y sobrios análisis históricos se expresan constantemente en frases como «sorprendente», «prácticamente increíble», «absolutamente desconcertante»), lo que ocurrió en Inglaterra entre 1643 y 1654 coincidía curiosamente con una ola de rebeliones y levantamientos que barrieron el resto de Europa y Asia precisamente durante esos mimos años.[6] En Francia, una vez más, hubo otro período sostenido de revueltas y disturbios políticos –los cinco años de motines de la Fronda, protagonizados por los parlamentos y la nobleza, que se produjeron entre 1648 y 1653–, la rebelión más importante contra la soberanía del rey en Francia hasta que Urano y Plutón estuvieron otra vez en oposición durante la Revolución Francesa. Una vez más, se levantaron barricadas en París, en medio de disturbios masivos y luchas en las calles, como parte de un patrón cíclico más amplio –en exacta coincidencia con alineamientos de Urano y Plutón– de comparables insurrecciones callejeras masivas en París en 1789, febrero de 1848 y mayo de 1968.

En Rusia, durante esos mismos años de las revueltas de la Fronda, hubo cinco años de alzamientos masivos de siervos (1648-1653), mientras que, también durante este alineamiento, los cosacos se rebelaron en un intento de independizar Ucrania de Polonia, los irlandeses se rebelaron contra Inglaterra, Portugal se rebeló contra España y la larga e influyente lucha de los Países Bajos por la libertad política dio fruto en el Tratado de Münster (1648). En todo el continente europeo, «la rebelión estaba en el aire por doquier». Pero esas agitaciones no se limitaban a Europa; en Asia, durante este mismo período, rebeliones masivas y sostenidas produjeron en China el hundimiento de la dinastía Ming (1644) y el encumbramiento de la dinastía Manchú. Ésta comenzaría su caída dos siglos después, con la rebelión Taiping, durante la conjunción de Urano y Plutón del período 1845-1856.

Una vez más, a medida que se retrocede en la historia, se encuentran períodos plenamente comparables de extraordinaria agitación social, rebelión y transformación política, en coincidencia con el ciclo de Urano-Plutón. Por ejemplo, la

oposición anterior a la que se acaba de mencionar tuvo lugar entre los años 1533 y 1545, el período más tumultuoso y radical de la Reforma, que conmovió a Europa entera: insurrecciones armadas, revuelta anarquista de los anabaptistas en Münster y su establecimiento militante de un «estado comunista» bajo Juan de Leiden, el gran cisma de Enrique VIII que separó Inglaterra de Roma y de la Iglesia católica, y la adopción de la Reforma en Ginebra, Würtemberg, Brandemburgo, Sajonia, Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia.

Y para mencionar aquí tan sólo dos ejemplos de la antigüedad clásica, de la masiva rebelión de esclavos y desposeídos encabezada por Espartaco contra el Estado romano en 73-71 a.C., que fue la insurrección de mayor alcance y la más prolongada de la historia antigua, tuvo lugar durante la conjunción de Urano y Plutón de 74-65, el mismo momento en que Julio César inició su ascenso al poder. E incluso antes, la conjunción de 328-318 a.C. coincidió con el período de profunda agitación cultural y política que transformó el mundo antiguo, de Grecia y Egipto a Persia e India, tras las conquistas de Alejandro Magno y en el comienzo de la era helenística.

REVOLUCIONES CIENTÍFICAS Y REVOLUCIONES TECNOLÓGICAS

Una de las características más peculiares de las correlaciones históricas con el ciclo de Urano-Plutón es la presencia de desarrollos cíclicos iguales a los ya mencionados, pero en áreas completamente distintas y en apariencia independientes –pero estrechamente relacionadas en términos arquetípicos–, durante los mismos períodos y con el mismo grado de definición cíclica. Por ejemplo, toda la secuencia de alineamientos de Urano y Plutón de la era moderna, que hemos estudiado en términos de fenómenos sociales y políticos revolucionarios, resulta ser también una secuencia de épocas marcadas por revoluciones y progresos científicos y tecnológicos igualmente importantes; es decir, épocas de grandes adelantos, revoluciones y radicales cambios sociales, pero también de impulsos emancipatorios de índole por completo distinta. Una vez más, todo parecía ocurrir como si durante estos períodos históricos se activara al mismo tiempo en muchos campos de la actividad humana un complejo arquetípico polivalente: un principio prometeico a la vez emancipador e innovador, científico-tecnológico y sociopolítico. Es difícil de explicar en términos sociológicos convencionales esta coincidencia de fenómenos científico-tecnológicos y sociopolíticos durante cada período de alineamiento, mientras que, desde el punto de vista arquetípico, tiene perfecto sentido. En efecto, desde este punto de

vista, los diversos fenómenos reflejan una potenciación colectiva (Plutón) del impulso prometeico (Urano), una energía evolutiva y dinámica que empuja, tanto a los individuos como a las sociedades, hacia el cambio radical, la libertad y la innovación en muchos niveles simultáneamente.

En el área del progreso tecnológico, el período más reciente de conjunción de Urano y Plutón, el de 1960-1972, produjo un logro tecnológico particularmente notable: el programa espacial norteamericano y ruso, que culminaron en 1969 con el alunizaje del Apolo 11. Todo este arco de trascendentales vuelos espaciales, desde las primeras expediciones de Yuri Gagarin y Alan Shepard en 1961 hasta el último alunizaje de 1972, se produjo precisamente dentro de la franja de 15° de la conjunción de Urano y Plutón. Allí estaba la titánica potenciación del genio tecnológico prometeico, la incansable búsqueda de nuevos horizontes, el desafío de la gravedad, la trascendental superación de antiguos límites, la penetración en el espacio celeste, «el robo del fuego del cielo».

Esta correlación con los trascendentales avances en la tecnología de los vuelos humanos formaba parte en realidad de un patrón más amplio, pues el desarrollo inicial del avión tuvo lugar exactamente durante la oposición inmediatamente anterior de Urano y Plutón, en 1896-1907, cuando los hermanos Wright consiguieron realizar con éxito su primer vuelo con motor cerca de Kitty Hawk, Carolina del Norte, en 1903. En coincidencia con esto, en el terreno de la aviación con motor se produjeron durante esa misma oposición otros experimentos independientes y casi simultáneos en distintos lugares del mundo, incluso el invento de la primera aeronave rígida, el zepelín, en 1900. Wilbur y Orville Wright fueron quienes consiguieron, en los cautelosos términos empleados por los historiadores de la aviación, «la primera máquina de motor más pesada que el aire en la que unos seres humanos realizaron un vuelo libre, controlado e ininterrumpido».

Tampoco estos logros diacrónicos en aviación y vuelos espaciales eran avances tecnológicos aislados en sus respectivas épocas, pues ambos períodos, el de 1960-1972 y el de 1896-1907, tuvieron el marchamo general de una extraordinaria aceleración de desarrollos tecnológicos en muchos campos al

mismo tiempo. La entrada en el siglo XX fue testigo de impresionantes avances no sólo en el desarrollo de la tecnología de la aviación, sino también en las del automóvil, la radio y el cine, la cromatografía, el tubo de rayos catódicos y la célula fotoeléctrica, entre muchas otras innovaciones tecnológicas; y en los años sesenta se produjo una cantidad comparable de avances en la tecnología informática, la microelectrónica, la bioquímica, la agricultura, la tecnología industrial y médica, la aviación a reacción y la tecnología de los satélites espaciales, todo lo cual tuvo consecuencias profundamente transformadoras para la vida del siglo XX.

Una vez más, también esto formaba parte de patrones cíclicos mucho más prolongados, en los cuales los alineamientos de Urano y Plutón en siglos anteriores coincidían exactamente con períodos de importante y sostenido progreso y transformación en tecnología. Efectivamente, durante el período de conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856, en que la conciencia colectiva de un progreso tecnológico sin precedentes se puso de manifiesto en la famosa Gran Exposición del Palacio de Cristal de Londres en 1851 y en la Exposición Internacional de París en 1854, tenemos el rápido desarrollo y la proliferación mundial del telégrafo, el ferrocarril y la navegación de vapor.

Los dos alineamientos inmediatamente anteriores de Urano y Plutón presentaron análoga pauta de progresos e hitos tecnológicos de consecuencias históricas. En el período de la Revolución Francesa, 1787-1798, el invento de Eli Whitney de la desmotadora de algodón en 1793, las técnicas pioneras de producción en masa, la automatización de la molienda de granos y la mecanización generalizada de la industria textil provocaron una transformación radical de la economía norteamericana y de la británica, a la vez que aceleraron la expansión de la Revolución Industrial. El auténtico comienzo de la Revolución Industrial puede rastrearse precisamente hasta la conjunción inmediatamente anterior de 1705-1716, cuando la combinación del invento de Thomas Newcomen de la primera máquina útil de vapor, en 1705-1711, y el descubrimiento de Abraham Darby de la utilidad del carbón en los hornos de fundición del hierro, en 1709, dieron comienzo a la era del vapor, el carbón y el hierro.

Por último, retrocediendo a la primera conjunción de Urano y Plutón del período moderno, la de 1450-1461, advertimos que fueron ésos los años de desarrollo de la imprenta de tipos móviles de Gutenberg, precondición necesaria de la Reforma, la Revolución Científica y la Ilustración. Esa misma conjunción coincidió con la caída de Constantinopla (1453) y la consiguiente emigración masiva a Occidente de eruditos que abandonaban el agonizante Imperio bizantino y desempeñaron un papel decisivo en la aceleración del Renacimiento.

La historia de revolución y progreso en la ciencia muestra el mismo patrón de estrechas correlaciones con el ciclo de Urano-Plutón. El *De Revolutionibus*, de Copérnico, trascendental punto de partida de la Revolución Científica, se publicó en 1543, durante la misma oposición de Urano y Plutón que coincidió con la Reforma radical de 1533-1545, precisamente los años correspondientes al alineamiento inmediatamente posterior al del mencionado del invento de Gutenberg. Vemos con igual claridad aquí la naturaleza sincrónica de estas correlaciones, no sólo en el dominio sociopolítico, sino también en el de la ciencia. Los historiadores de la ciencia han hecho notar muchas veces la coincidencia de que *De humani corporis fabrica*, de Vesalio, que sentaba las bases de la anatomía moderna e iniciaba una revolución en biología y en medicina tal como Copérnico lo hacía en astronomía, se publicara en 1543, el mismo año que *De Revolutionibus*.

También aquí vemos claramente el patrón diacrónico. Los historiadores de la ciencia han observado con frecuencia que, después de 1543, no hubo prácticamente ningún progreso significativo en la revolución copernicana durante casi medio siglo, hasta que Kepler y Galileo adoptaron la hipótesis heliocéntrica, lo que ocurrió en exacta coincidencia con la primera conjunción de Urano y Plutón posterior a la publicación de *De Revolutionibus*, la de 1592-1602. Durante este período, toda la revolución científica recibió un decisivo impulso cuando Galileo empezó sus revolucionarios estudios sobre las leyes del movimiento (a partir de 1592). Kepler tuvo una súbita iluminación inicial relativa a las armonías geométricas de las órbitas planetarias (1595) que le llevó a escribir su obra más famosa, *Mysterium Cosmographicum* (1595-1596), primer tra-

tado plenamente comprometido con la visión copernicana del mundo desde *De Revolutionibus*, que desarrolló los argumentos matemáticos a favor de la teoría heliocéntrica. Luego Kepler se trasladó a Praga y dio comienzo a su trascendental trabajo con las observaciones astronómicas de Tycho de Brahe, de un rigor sin precedentes proporcionando a la teoría heliocéntrica su base empírica esencial (1600). William Gilbert publicó su revolucionario *De Magnete* (1600), que a su vez influyó en las teorías de Kepler sobre la dinámica física del sistema solar. Finalmente, Francis Bacon empezó su larga e influyente serie de escritos que propugnaban la necesidad de una filosofía radicalmente nueva para una nueva era –empírica, pragmática, científica, no ya limitada por la estéril veneración a las autoridades del pasado–, serie que se iniciaba con *Temporis partus masculus* («El nacimiento masculino del tiempo», 1602-1603), y seguía con *El avance del conocimiento* (1605).

Por supuesto que los avances importantes en el pensamiento científico no se han dado exclusivamente durante esos períodos; los patrones eran mucho más complejos y matizados y también aquí, lo mismo que ocurría con los otros fenómenos que hemos analizado hasta ahora, el ciclo de Urano-Plutón no era el único pertinente. (Como veremos más adelante, el ciclo mucho más breve y frecuente de Júpiter-Urano, por ejemplo, coincidía con extraordinaria regularidad con un patrón cíclico de grandes descubrimientos científicos o importantes acontecimientos de orden intelectual y cultural, que se desplegaba tanto entre dos alineamientos de Urano y Plutón como en coincidencia con ellos.) Pero, sin dejar de tener esto presente, era innegable una inequívoca tendencia de estos alineamientos largos y relativamente raros de Urano y Plutón a coincidir con avances científicos continuos y particularmente revolucionarios.

Por ejemplo, después de los dos alineamientos mencionados, la oposición inmediatamente posterior de 1643-1654, que coincidió con la Revolución Inglesa, también coincidió estrechamente con la revolución mecanicista cartesiana que a mediados del siglo XVII transformó radicalmente el pensamiento científico. Estuvo marcada por la publicación de los *Principios*

de filosofía de Descartes, en 1644-1647, a la vez que por el comienzo de la obra de Hobbes, Boyle, Pascal y otros, que acabaron definitivamente con el marco aristotélico y sentaron las bases necesarias para la síntesis newtoniana.

Del mismo modo, la oposición inmediatamente posterior de Urano y Plutón, un ciclo entero después, que coincidió con la Revolución Francesa, también coincidió con la revolución de la química moderna, marcada por la publicación, en 1789, del *Tratado elemental de química* de Lavoisier, y por la revolución de la geología moderna, marcada por la publicación, en 1795, de *Una teoría de la Tierra*, de James Hutton.

El próximo alineamiento de este tipo, la conjunción de 1845-1856, que coincidió con la ola de revoluciones y agitaciones en toda Europa y Asia que hemos analizado más arriba, también coincidió con el período en que Charles Darwin, después de trabajar durante años en la teoría, empezó finalmente a escribir, en 1855, su libro sobre la selección natural, en el que describe su teoría de la evolución. Como examinaremos más adelante, no hizo pública esta teoría hasta 1858 (justo cuando Júpiter estaba en conjunción con Urano en el cielo), año en que recibió la famosa carta de Alfred Russel Wallace con la formulación independiente de la misma teoría, que había desarrollado durante sus años de investigación en Sudamérica y Borneo a partir de 1848.

Es notable que durante la oposición inmediatamente anterior de Urano y Plutón, la de los años noventa del siglo XVIII, Erasmo Darwin, el abuelo de Darwin, en Inglaterra (1794), Goethe en Alemania (1794-1795) y Geoffroy Saint-Hilaire en Francia (1795) desarrollaran en forma independiente teorías sobre el origen de las especies que constituyeron los precedentes inmediatos de la de Darwin y Wallace. El propio Darwin advirtió esa coincidencia en *El origen de las especies*: «Ejemplo singular de la manera en que ideas semejantes surgen en aproximadamente el mismo momento, es el que Goethe en Alemania, el Dr. Darwin en Inglaterra y Geoffroy Sant-Hilaire en Francia, llegaran a la misma conclusión sobre el origen de las especies en los años 1794-1795». Además, también en Francia, Lamarck comenzó a desarrollar su propia teoría evolucionista un poco después, entre 1794 y 1802. Por

último, también durante el alineamiento de la última década del XVIII, en 1798, Malthus escribió y publicó su *Ensayo sobre el principio de la población*, en el exponía su teoría de la relación necesaria entre el crecimiento de la población humana y la provisión de alimentos y en cuya lectura encontró Darwin, varias décadas después, la idea clave que necesitaba para establecer el mecanismo de la selección natural.

Volviendo a la conjunción de 1845-1856, ahora en física y no en biología, durante el mismo período que se acaba de mencionar a propósito de Darwin, en 1847, Hermann von Helmholtz formuló el principio de la conservación de la energía. El análisis de Helmholtz demostró que el trabajo mecánico, el calor y la electricidad eran formas diferentes del mismo sustrato físico, conclusión que muchos científicos consideraron el descubrimiento más importante de la física en todo el siglo XIX. Durante esta misma conjunción, William Kelvin y Rudolf Clausius formularon en 1850-1851 la segunda ley de la termodinámica, y en 1854 Clausius formuló el concepto de entropía, a partir del cual extrapoló la famosa conclusión de que el universo se encamina hacia la aniquilación térmica. También durante este mismo período, James Clerk Maxwell inició su trabajo sobre campos electromagnéticos que transformó la física moderna. Un hito en ésta es el primero de sus artículos sobre el tema, titulado «Sobre las líneas de fuerza de Faraday» (1855), que tuvo como germen un artículo de Michael Faraday, «Pensamientos sobre vibraciones de rayos» (1846), editado en los inicios del mismo alineamiento.

El período del alineamiento siguiente de Urano y Plutón, a la entrada del siglo XX, 1896-1907, produjo las dos grandes revoluciones de la física moderna: la mecánica cuántica, iniciada por la obra de Max Planck (1900), y la teoría de la relatividad, iniciada por Albert Einstein (1905). Durante este mismo período comenzó Freud una revolución comparable en psicología con la creación del psicoanálisis y la publicación de *La interpretación de los sueños* (1899-1900). Este período extraordinario, que presenció el surgimiento de la multitud de sublevaciones y movimientos políticos radicales y de emancipación a los que hemos hecho ya referencia, así como la invención del avión y otros avances tecnológicos, también pro-

dujo el descubrimiento del electrón por J. J. Thomson, el de la radiactividad por Becquerel y los Curie, y la aparición de la ciencia de la genética por obra de William Bateson y otros, entre el gran número de importantes avances científicos de ese momento.

Por último, la conjunción más reciente de Urano y Plutón, la de 1960-1972, coincidió con otra notable oleada de desarrollos científicos revolucionarios: la revolución de la tectónica de placas en geología, iniciada por el influyente artículo de Harry Hess sobre la expansión del suelo marino (1962); el invento de Benoit Mandelbrot de las imágenes fractales (1962); el primer e influyente artículo de Edward Lorenz sobre la teoría del caos (1963); la aceptación de la cosmología del *big bang* gracias al descubrimiento de Penzias y Wilson de la radiación cósmica de fondo, primera evidencia sólida de la expansión del universo a partir de un estado primordial más caliente y más denso (1964-1965); el descubrimiento de los quarks por Gell-Mann y Zweig (1964); la formulación del teorema de Bell sobre la no-localidad (1964); el surgimiento de la teoría de sistemas, compendiada en *Teoría general de sistemas* de von Bertalanffy (1968); y la formulación de la hipótesis Gaia de James Lovelock (1968) y la teoría endosimbiótica de Lynn Margulis (1969). Durante este mismo período hizo su aparición lo que se conocería como «segunda revolución darwiniana» en biología, la unión de genetistas y naturalistas para forjar una síntesis evolucionista en combinación con la teoría de equilibrios puntuados de Stephen Jay Gould y Niles Eldredge (1972). Este período también produjo el rápido desarrollo del pensamiento ecológico, que empezó con la trascendental *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, seguida de la obra de Gregory Bateson, Arne Naess y muchos otros. Además, en filosofía de la ciencia, el concepto de «revolución científica» fue objeto de una formulación radicalmente nueva y un análisis muy influyente en la obra maestra de Thomas Kuhn, de 1962, *La estructura de las revoluciones científicas*, que fue en sí misma el comienzo de un revolucionario cambio de paradigma en el pensamiento del siglo XX.

Una vez más, no parecería haber relación necesaria alguna entre la revolución sociopolítica y la revolución científico-

tecnológica y, por tanto, ninguna razón para que coincidieran de modo tan regular exactamente en los mismos períodos históricos.[7] Sin embargo, desde un punto de vista arquetípico, una clara coherencia subyacente conecta ambas categorías de fenómenos, una coherencia de significado, de causalidad formal antes que de causalidad eficiente. Por supuesto, lo que en el contexto de los actuales supuestos cosmológicos constituye el mayor desafío intelectual es la posibilidad de que esta coherencia arquetípica sincrónica en los fenómenos históricos tenga también una correspondencia sistemática con los movimientos planetarios.

Ciertamente, consideradas una por una, ninguna de las muchas correlaciones que hemos examinado hasta ahora representa un reto significativo. Es más bien su carácter acumulativo, así como su precisión arquetípica, lo que resulta difícil pasar por alto. He podido identificar fácilmente patrones diacrónicos y sincrónicos prácticamente idénticos y en estrecha coincidencia con la secuencia de períodos de alineamiento de Urano y Plutón en otras categorías importantes de fenómenos históricos y culturales. Los historiadores y especialistas en las disciplinas correspondientes reconocerán asombrosas correlaciones entre los períodos específicos de estos alineamientos y las épocas marcadas por desarrollos tan arquetípicamente pertinentes como la insólita rapidez de la modernización y la secularización de la sociedad; cambios trascendentales en el surgimiento y caída de potencias y dinastías imperiales y en los puntos de inflexión en la historia mundial que marcan cambios tectónicos en el equilibrio global del poder; períodos que producen el surgimiento del nacionalismo en distintos países y continentes al mismo tiempo; épocas de inmigraciones en masa y cambios demográficos; y períodos con grandes desarrollos históricos en los medios de comunicación de masas, repentinos aumentos en el poder de la prensa y luchas por la libertad de prensa, todas ellas correlaciones que sugieren patrones cíclicos comparables a los que hemos estado analizando.[8]

Otras épocas arquetípicamente pertinentes que coinciden con alineamientos cíclicos de Urano y Plutón son los períodos históricos que produjeron la súbita irrupción y potencia-

ción de contraculturas y culturas juveniles; las épocas marcadas por la emergencia y el florecimiento de distritos, comunidades y mundillos bohemios y contraculturales históricamente significativos (Rive Gauche, Bloomsbury, Soho, Greenwich Village, Haight-Ashbury, Berkeley, Harvard Square); épocas que tuvieron decisivo efecto formativo en jóvenes que más tarde produjeron nuevos desarrollos de los impulsos asociados a ese período (por ejemplo, la influencia de los escritos de Schiller y de los ideales de la Revolución Francesa sobre el joven Beethoven en Austria en los años noventa del siglo XVIII, o el impacto que esa misma época tuvo en los jóvenes Wordsworth y Coleridge en Inglaterra,[9] y también en los jóvenes Hegel, Schelling y Hölderlin en Alemania, en todos los casos con importantes consecuencias para desarrollos posteriores de la cultura moderna); períodos que trajeron consigo el rápido surgimiento y la proliferación de diversos tipos de movimientos ecologistas, medioambientalistas y orientados a la naturaleza; y épocas marcadas por tendencias y movimientos culturales que defendían la revolución sexual y la emancipación erótica en la sociedad y en las artes.

EL CICLO DE URANO-PLUTÓN

Alineamientos axiales desde 1450

Orbe de 15°		Alineamiento exacto < 1°
1450-1461	*conjunción*	1455-1456
1533-1545	*oposición*	1538-1540
1592-1602	*conjunción*	1597-1598
1643-1654	*oposición*	1648-1649
1705-1716	*conjunción*	1710-1711
1787-1798	*oposición*	1792-1794
1845-1856	*conjunción*	1850-1851
1896-1907	*oposición*	1901-1902
1960-1972	*conjunción*	1965-1966

Estas fechas representan la primera y la última vez que los planetas estuvieron en el interior del orbe de 15° y de menos de 1°. El orbe de 20° comprende entre uno y dos años antes y después de las fechas correspondientes a la franja de 15°.

DESPERTARES DE LO DIONISÍACO

En los fenómenos mencionados en último lugar empezamos a reconocer una característica esencial de las correlaciones arquetípicas que todavía no hemos identificado. Con cada correlación planetaria, ya implique un aspecto natal, un tránsito personal o un tránsito mundial, comprobé que un alineamiento entre dos o más planetas indicaba sistemáticamente una *activación mutua* de los arquetipos correspondientes, cada uno de los cuales actúa sobre el otro del modo que le es propio. En los casos examinados hasta ahora me he ocupado principalmente de las épocas de alineamiento de Urano y Plutón en términos que tal vez puedan entenderse más sencillamente como el arquetipo plutónico-dionisíaco, asociado al planeta Plutón, que intensifica y potencia en gran escala el arquetipo prometeico de rebelión y libertad, creatividad, innovación y cambio radical y repentino asociado al planeta Urano. Esta manera de aproximarse a los fenómenos se centra esencialmente en un vector de actividad arquetípica: Plutón actuando sobre Urano, por así decirlo: Plutón-Urano.

Sin embargo, también es posible entender más a fondo esos períodos si pensamos en la dinámica arquetípica *inversa*, en los acontecimientos históricos y fenómenos culturales que coinciden con tales alineamientos: es decir, si no sólo consideramos que el arquetipo de Plutón impele y potencia intensa-

mente el impulso prometeico en estas épocas, sino también que el arquetipo de Prometeo libera repentina e inesperadamente las fuerzas elementales del impulso plutónico-dionisíaco: Urano-Plutón. Pues en cualquier complejo arquetípico dado que esté constituido por dos o más principios planetarios, cada principio parece al mismo tiempo *actuar* y *recibir una influencia* en los fenómenos pertinentes y cada uno lo hace de acuerdo con su carácter arquetípico específico. El principio prometeico asociado al planeta Urano parece actuar mediante la liberación o el despertar súbito de aquello que toca, con consecuencias inesperadas, innovadoras, perturbadoras y emancipadoras, mientras que el principio plutónico-dionisíaco parece actuar por compulsión, potenciación e intensificación de lo que toca, con consecuencias profundamente transformadoras y, a veces, arrolladoras, destructivas.

Con estas consideraciones en mente, he constatado que muchos de los fenómenos culturales e históricos más distintivos durante los períodos de alineamiento Urano-Plutón podrían reconocerse en función de este segundo vector de dinamismo arquetípico, *a partir* de lo prometeico y actuando *sobre*, *hacia* y *a través* de lo dionisíaco: Urano-Putón. Este vector resultaba inmediatamente visible, por ejemplo, en la extraordinaria consistencia de los despertares y emancipaciones de la dimensión erótica de la vida en los períodos Urano-Plutón que ya hemos analizado, tal como se expresa en las costumbres sociales, las artes y las principales ideas filosóficas y psicológicas que surgieron en esas épocas.

En este sentido, recordamos por supuesto la década de los sesenta y principios de los setenta del siglo XX, con las súbitas y extraordinarias explosiones de liberación (Urano) de lo erótico (Plutón) durante esa década y los años inmediatamente posteriores, la «revolución sexual» en todas sus formas, la radical relajación de las restricciones sexuales en las costumbres sociales, la reivindicación del cuerpo y la celebración de la experiencia sensorial, el esfuerzo personal por la liberación erótica, el «amor libre» de los *hippies*, los incontables festivales dionisíacos de música y danza, los multitudinarios *happenings* y experiencias con ácido lisérgico, la exuberante *desinhibición* sexual de la floreciente prensa alternativa y los cómics

contraculturales, la emancipación de la sexualidad de las mujeres impulsada por la revolución feminista y la nueva disponibilidad de anticonceptivos fiables, el comienzo de la liberación homosexual, la publicación de libros de autoayuda ampliamente leídos, de *El sexo y la joven soltera*, en 1962, a *La alegría del sexo*, en 1972. En esta misma época se despertó un renovado interés por las perspectivas psicológicas derivadas de Freud en defensa de una mayor libertad sexual, con nueva y amplia atención a las ideas de Wilhelm Reich, D. H. Lawrence y William Blake, así como el surgimiento de teóricos y promotores de la liberación sexual, tales como Herbert Marcuse, Norman O. Brown, Germaine Greer, Monique Wittig y Mary Daly.

Todo el período estuvo marcado también por una nueva sexualidad explícita en el teatro, la literatura, la música, la danza y el cine. Piénsese, por ejemplo, en el progresivo incremento del erotismo desde *La Dolce Vita* de Fellini, de 1960, a su *Satiricón*, de 1969, o la gran popularidad de la música cargada de erotismo y poderosa teatralidad dionisíaca de Mick Jagger y los Rolling Stones, Jim Morrison y The Doors, Jimi Hendrix, Janis Joplin, Cream, The Who, Led Zeppelin, The Velvet Underground, y muchos otros intérpretes y grupos similares. Recuérdese el espíritu de apasionada energía y salvaje abandono que dominaba la época, la cualidad polimórficamente orgiástica de la década. Todas esas cualidades específicas sugieren con extraordinario vigor la presencia de un complejo arquetípico constituido por una síntesis del principio prometeico y el dionisíaco, sobre todo si podemos despojar a estos principios arquetípicos transculturales de su genérica inflexión helénica y retener en la mente, por ejemplo, la clara asociación de Dioniso-Plutón con las grandes figuras míticas indias de Kali y Shakti, diosas del poder erótico y la transformación elemental, muerte y renacimiento, destrucción y creación.

El inequívoco ambiente cultural que impregnaba la década de los sesenta, un *Zeitgeist* cuya cualidad predominante combinaba el despertar masivo de impulsos emancipadores y creativos con una titánica irrupción de fuerzas elementales y libidinales, fue objeto de comentario, celebración, crítica y temor.

Hubo intentos de eliminarlo e intentos de mantenerlo indefinidamente. Dominó la experiencia de la gente en ese momento, de la misma manera en que domina hoy la visión retrospectiva de esa época. En cierto sentido, los años sesenta parecían desencadenar un gran impulso edípico colectivo que catalizó una inmensa ola de rebelión de motivación erótica contra las estructuras represivas de la autoridad establecida. La fuerza impulsiva de gran parte de las actividades y los sentimientos más característicos de la época parece haber sido el intento de acabar con todas las limitaciones impuestas a la satisfacción libidinal, ya fueran sociales o políticas, artísticas, intelectuales, psicológicas o somáticas. Una vez más, si trascendemos la inflexión masculina de estos resonantes símbolos helénicos para comprenderlos en su nivel más general, transgenérico, es posible reconocer esencialmente el impulso y el complejo de Edipo como una manifestación de dos arquetipos distintos –el rebelde prometeico y el erótico dionisíaco– que actúan en estrecha conjunción y se activan mutuamente.

Pero la liberación de lo dionisíaco en los años sesenta no se limitó a ese aspecto erótico y libidinal del arquetipo, pues esa misma década se caracterizó por la erupción igualmente poderosa de las volcánicas, violentas y destructivas energías elementales asociadas al principio dionisíaco-plutónico-kálico. Además, durante todo este período, la expresión de estas energías estuvo sistemática y directamente ligada a la causa prometeica de cambio revolucionario y liberación política. Allí estaba la tremenda violencia masiva desencadenada por la Revolución Cultural China, la repetida irrupción de violencia y feroz destrucción en las comunidades afroamericanas de las ciudades del interior de los Estados Unidos, la oleada de asesinatos, la década entera de destrucción de una intensidad sin precedentes en Vietnam, la autoinmolación de contestatarios en Praga y Saigón, el incremento hasta entonces desconocido de la violencia en el cine –*Bonnie and Clyde*, *Grupo salvaje*, *La naranja mecánica*–, los extremos de disturbio y violencia que se mostraban diariamente en los telediarios, el persistente impulso hacia la furiosa violencia de ambos lados en las manifestaciones contra la guerra, el penetrante «calor» del período.

Comprobé que abordar la década de los sesenta como manifestación colectiva de una síntesis arquetípica de Prometeo y Dioniso ofrecía una perspectiva no sólo históricamente rigurosa y precisa, sino también polivalente y omniabarcante. Suministraba una profunda comprensión, tanto a través de la multitud de significados de los dos arquetipos como a través de la dinámica reciprocidad de su interacción. En la compleja interacción de esos dos principios arquetípicos, el carácter histórico y el permeante espíritu de los años sesenta parecían expresarse en una suerte de concisa y profunda claridad.

También me encontré con una profundización similar en la comprensión del período de la Revolución Francesa, el de 1787-1798. Hasta aquí hemos analizado esa época predominantemente como el arquetipo prometeico de liberación y cambio radical, intensamente compelido y potenciado por el principio plutónico-dionisíaco. Pero si reorganizamos nuestro enfoque con el fin de tener en cuenta el lado inverso de esta dinámica arquetípica –es decir, el súbito despertar y la repentina liberación de las energías elementales de lo plutónico-dionisíaco por el principio prometeico–, se hace inteligible una dimensión completamente diferente, aunque igualmente fundamental del período de la Revolución Francesa: su síntesis espectacular de innovación emancipadora y violencia masiva. También aquí, como en el período 1960-1972, vemos el elemento específicamente destructivo del arquetipo dionisíaco, pero lo vemos inextricablemente unido a los temas prometeicos de libertad y rebelión (la multitud de insurrecciones masivas que convulsionaron París y gran parte de Francia durante la década, las repetidas masacres, el regicidio, los millares de ejecuciones en la guillotina, el Reino del Terror, el derramamiento de sangre y la furia, la desatada rabia irracional de los radicales que intentaban rehacer el mundo, las cabezas de decapitados clavadas en el extremo de picas y al frente de alegres turbamultas, el caos social y la agitación política incontenible.

Lo mismo que en los sesenta, también aquí se tuvo la experiencia de una repentina y duradera conmoción de magnitudes cataclísmicas, un despertar de fuerzas volcánicas que precipitaban el hundimiento del orden establecido. Una vez más,

se levantó una repentina ola colectiva de desinhibición y retorno de lo reprimido que desató fuerzas destructivas primordiales en estrecha asociación con impulsos liberadores y rebeldes. La orgía apocalíptica de muerte de las masacres de septiembre de 1792 y el Régimen de Terror de 1793-1794 tuvieron en la década de 1960 sus correlatos en las incontables atrocidades de la Revolución Cultural China, la tremenda destrucción del Tíbet, Vietnam, Camboya, Laos, Indonesia, la masacre de My Lai, los asesinatos de Manson, Altamont, los Ángeles del Infierno. Los diversos grupos extremistas de la Francia revolucionaria, como los jacobinos, los indulgentes o los *enragés*, tenían sus correlatos en muchas fracciones radicales similares de los sesenta, como los Guardias Rojos, los Panteras Negras y los SDS Weathermen, con sus propios Días de Cólera.

Estas dos décadas presididas por Urano-Plutón produjeron repetidas explosiones de emoción masiva de gran intensidad. Fuera violento o libidinoso, el complejo arquetípico dominante en cada uno de esos períodos parecía constelar repetidas y continuadas explosiones de intensidad emocional y potencia elemental, que moldearon la actividad y la experiencia humana a gran escala. Tampoco esta irrupción de renovada emoción masiva de la época de la Revolución Francesa se limitó a la violencia y la agresión, pues también era evidente una elemental erupción de *fraternité*, el tercero de la trinidad soberana de valores de la Revolución Francesa. La poderosa ola de sentimiento que embargó la Asamblea Legislativa en julio de 1792, en el apogeo del período democrático de la Revolución, cuando los diputados depusieron de repente sus antagonismos y comenzaron a abrazarse y besarse entre lágrimas de profunda emoción, y que se extendió por todo París en 1792, tuvo su correlato en acontecimientos como el del Verano del Amor de San Francisco en 1967 o el festival de música de Woodstock en 1969.

Lo mismo ocurrió con la irrupción de erotismo y sensualidad en ambas épocas. La liberación sexual de los años sesenta tuvo sus correlatos en los noventa del siglo XVIII en la nueva poesía erótica de Goethe, la adopción redentora del deseo sexual y el éxtasis sensual unidos al poder creador divino y la

libertad imaginativa de Blake, los pechos desnudos y las túnicas traslúcidas de las mujeres en París, las memorias de intrigas y hazañas amorosas de Casanova, la desatada violencia sexual de las novelas del marqués de Sade. Casi idénticos fenómenos culturales se destacaron de manera muy llamativa en la década de 1960 –y a menudo implicaron el redescubrimiento, la apropiación y el desarrollo creativo de sucesos ocurridos en la última década del XVIII, como fue el caso de la famosa y controvertida Marat/Sade, pieza teatral y película, en la que el impulso a la revolución violenta (personificado por Jean-Paul Marat) y el impulso al erotismo violento (personificado por el marqués de Sade) se descargan en un tenso diálogo dramático.[10]

El mismo redescubrimiento y la misma reapropiación del ambiente cultural de la década de los noventa del siglo XVIII los vemos durante los años sesenta del siglo pasado en el retorno entusiasta a Blake, con su titánica exaltación de la «Energía» –erótica, creativa, emancipadora– en rebelión contra los grilletes de la Iglesia y el Estado, el comercio y la industria, el materialismo mecanicista y el empirismo positivista. Muchos aforismos de *El matrimonio del Cielo y el Infierno* reflejan el *ethos* común a ambos períodos de Urano-Plutón, las décadas de 1790 y 1960, a la vez prometeicas y dionisíacas, que celebraban la pasión sin ligaduras y desafiaban todos los límites arbitrarios impuestos a la exuberancia creadora de la vida:

Energía, Eterno Deleite.

El rugido de los leones, el aullido de los lobos, la ira del tempestuoso mar y la espada destructiva son porciones de eternidad demasiado grandes para el ojo humano.

Cuando ves un Águila, ves una porción del Genio. ¡Yergue tu cabeza!

El gozo fecunda. El dolor engendra.

La cabeza Sublime, el corazón Pathos, los órganos genitales Belleza, manos y pies Proporción.

Quienes reprimen al deseo pueden hacerlo porque éste es tan débil como para reprimirse.

Quien desea y no obra, engendra peste.

Antes asesina a un niño en su cuna que nutras deseos que no realices.

Nunca sabrás lo que es suficiente a menos que sepas lo que es más que suficiente.

El camino del exceso lleva al palacio del saber.

La maldición vigoriza: la bendición relaja.

Exuberancia es belleza.

Una vez más, las décadas presididas por Urano-Plutón parecen haberse caracterizado por continuas erupciones de principios prometeicos y dionisíacos en combinación, con todas las complejidades de estos dos arquetipos en interacción mutua. El propio Blake nació en 1759, cuando Urano y Plutón estaban en cuadratura exacta (con su Sol en conjunción con Plutón), la cuadratura de Urano-Plutón inmediatamente anterior a la oposición de la Revolución Francesa. He observado repetidamente un patrón muy claro según el cual los individuos históricamente significativos que desempeñaron papeles decisivos en épocas posteriores de Urano-Plutón, nacieron cuando estos mismos planetas estaban alineados. En este contexto resulta particularmente interesante la influyente figura de Jean-Jacques Rousseau.

LA LIBERACIÓN DE LA NATURALEZA

Rousseau no sólo nació en el corazón mismo del período de la conjunción precedente de Urano y Plutón, la de comienzos del siglo XVIII, en 1712, año en que el alineamiento era casi exacto, sino también en un momento en que el Sol y la Luna estaban alineados casi exactamente en aspecto mayor con la conjunción de Urano y Plutón. Fue ésta la conjunción que coincidió con el comienzo de la Revolución Industrial y que precedió inmediatamente al alineamiento de oposición de la época de la Revolución Francesa. La secuencia de alineamientos consecutivos de Urano y Plutón es paralela al desarrollo de Rousseau, que intuyó y expresó muchos de los temas clave que luego culminarían con la Revolución Francesa: el fervor emancipador («El hombre nació libre, y está encadenado en todas partes»), el intenso sentimiento comunal, la liberación de emociones profundas, la búsqueda de autonomía e independencia individual, la afirmación de la existencia de un sentimiento religioso natural, la creencia en la bondad natural del ser humano, la liberación de la doctrina opresiva del Pecado Original, el reconocimiento de la influencia corruptora de la red de pretensiones y vana ambición de la civilización. Incluso el eslogan «Libertad, Igualdad, Fraternidad» era de Rousseau.

Todos estos temas y valores transmitidos por Rousseau inspiraron el clima intelectual y cultural que, al estallar en la

década de 1790, no sólo afectó a la Francia de los revolucionarios, sino a la Alemania de Schiller y Schelling, Hölderlin y Hegel, y a la Inglaterra de Blake, Wordsworth y Coleridge. Este mismo conjunto de impulsos y de aspiraciones rousseaunianos volvió a surgir bajo nuevas modalidades y con una amplitud sin precedentes en los ideales y el *Zeitgeist* contracultural de los años sesenta del siglo XX. La búsqueda de libertad personal, la alegría de la comunión íntima con la naturaleza, la elevación de los sentimientos del corazón por encima de los dictados del mero cálculo racional, el reconocimiento de la conciencia desarrollada como la verdadera voz de la naturaleza, la inviolabilidad de los ideales personales contra las presiones de la sociedad y el Estado, la democratización de las costumbres sociales, la importancia asociada a la sencillez y la autenticidad, la afirmación de la vida ordinaria, la crítica a la sociedad moderna por estimular necesidades espurias y el consumo despilfarrador, el reconocimiento de la espontánea inteligencia natural del niño, el llamamiento a la radical reforma educativa, todo esto, y más, derivaba de la elocuente pluma y el conturbado corazón de Rousseau.

Ocurre que todas las obras importantes en las que Rousseau expone estos temas y valores, de *El discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, de 1755, al *Emilio* y *El contrato social*, de 1762, fueron escritas y publicadas durante la cuadratura de Urano y Plutón que tuvo lugar a mitad de camino entre la conjunción de su nacimiento y la oposición de la Revolución Francesa, la misma alineación cuadrática durante la cual nació Blake. Un patrón muy semejante puede apreciarse en el amigo de Rousseau y su correlato opuesto ente los filósofos franceses, Denis Diderot, que encarnó y guió el aspecto más secular y racionalista de la larga búsqueda de emancipación intelectual y cultural de la Ilustración del siglo XVIII.

Lo mismo que Rousseau, Diderot nació durante la conjunción de Urano y Plutón de comienzos del siglo XVIII, en 1713, justo un año después que Rousseau.[11] Luego, precisamente durante todo el período del alineamiento cuadrático, a partir de 1751, volumen tras volumen, dirigió y dio a luz la *Encyclopédie*, que no sólo es el enorme compendio que pro-

movió la creciente concepción científica de la naturaleza propia de la mentalidad moderna, sino también, en palabras de Jacques Barzun, «la tremenda exposición de hechos y de propaganda que recorrió toda Europa enseñando lo que son o deberían ser la "razón", los "derechos", la "autoridad", el "gobierno", la "libertad", la "igualdad" y los principios sociales relacionados». Y, lo mismo que en el caso de Rousseau, precisamente cuando el ciclo de Urano-Plutón alcanzó su siguiente alineamiento axial, durante la Revolución Francesa, en 1787-1798, fue cuando la gran empresa didáctica de Diderot fructificó espectacularmente en las revoluciones sociopolíticas y científico-tecnológicas de esa década. Rousseau y Diderot representan en esencia dos polos del complejo arquetípico que estamos examinando, ambos emancipadores y revolucionarios, pero con distinto énfasis y consecuencias (Marat y Sade también representan dos polos de este mismo complejo, aunque en tonos más oscuros).

Es así como los dos períodos de alineamiento de Urano y Plutón que hemos examinado, el de la época de la Revolución Francesa y el de la década de 1960, fueron notables por la visible presencia en ellos de fenómenos al mismo tiempo prometeicos y dionisíacos, y no sólo unos u otros: llamamiento a la libertad, pero también revelación de la naturaleza; despertar intelectual, pero también irrupción de sentimientos e instintos; cambio radical, pero también exaltación del eros; innovación creadora y experimento, pero también destrucción y agitación. Especialmente sugerente me pareció la evidencia relativa a la compleja *interacción* de ambos arquetipos, su síntesis inextricable: libertad autónoma *con* afirmación de la naturaleza, liberación *con* sexualidad, rebelión *con* violencia, innovación y cambio *con* intensidad sobrecogedora, todo a escala masiva. Por supuesto, lo particularmente sugerente y desafiante era la coincidencia de que estos dos principios fueran los arquetipos planetarios específicos asociados a los dos planetas que durante esas épocas particulares se presentaban alineados.

Cuando tuve en cuenta los principales acontecimientos que se produjeron durante el período de la Revolución Francesa fuera del contexto europeo, reconocí el funcionamiento

de una dinámica arquetípica sorprendentemente semejante en otros lugares del mundo. Así, por ejemplo, en Tahití y otras islas del Pacífico Sur, muchos marineros británicos y otros viajeros europeos experimentaron durante el período 1787-1798 una repentina liberación y un despertar de lo dionisíaco al tener por primera vez el revelador contacto con el erotismo polinesio y costumbres sexuales más libres que las permitidas por los usos europeos y las pautas de inhibición sexual cristiana, de tan antigua datación. (En realidad, había sido Diderot, nacido durante la conjunción anterior, quien había ensalzado notablemente la libertad sexual del pueblo polinesio, que a su juicio era lo que los hacía física y espiritualmente más sanos que los europeos sometidos a las antinaturales restricciones sexuales de su sociedad.) A la inversa, durante este mismo período, los pueblos indígenas de las islas del Pacífico, desde Tahití hasta Hawái, lo mismo que de Australia y Nueva Zelanda, sufrieron una tremenda conmoción cultural y el inicio de la destrucción de sus sociedades, como consecuencia de la continua penetración de su mundo por europeos, que dio comienzo en esa época.

Si observamos los dos alineamientos axiales de Urano y Plutón intermedios entre la época de la Revolución Francesa y los años sesenta del siglo XX, advertimos el funcionamiento de dinámicas arquetípicas notablemente semejantes. En los inicios del siglo XX, durante la oposición de Urano y Plutón de 1896-1907, vemos otra vez la súbita aparición de amplios movimientos a favor de la emancipación sexual en muchos centros de Europa y de Estados Unidos: el surgimiento de comunidades bohemias de Montmartre a Greenwich Village; la naturaleza neopagana, el amor libre y los movimientos juveniles en Alemania y Suiza; la influencia de bohemios europeos en California y el comienzo de la contracultura en la Costa Oeste; los movimientos de emancipación de las mujeres, que llamaron a la expansión de los métodos anticonceptivos y la libertad sexual; la nueva celebración artística de lo primitivo y lo primordial, como en la pintura de Picasso; la nueva libertad de expresión física, como en las electrizantes actuaciones de la joven bailarina norteamericana Isadora Duncan, que dieron nacimiento a la danza moderna. La in-

fluencia de Duncan en esa época fue inmensa, no sólo en el mundo de la danza, el ballet y el teatro, sino también en la cultura y la sociedad en general, pues su ausencia de convencionalismos en la vida y su originalidad artística galvanizaron tanto los públicos europeos como los norteamericanos. Para decirlo con palabras de Max Eastman:

> Todos los que han escapado de alguna manera a la rigidez y el alambicamiento de lo que una vez fuera nuestra religión nacional de la negación, tienen una gran deuda con el baile de Isadora Duncan. Ella cabalgó la ola de la rebeldía contra el puritanismo; se montó a ella y con su fama y sus raptos dionisíacos la impulsó. Fue–tal vez sea la manera más simple de decirlo– la cresta de la ola, no sólo un acontecimiento en el arte, sino también en la historia de la vida.

En el dominio intelectual, vemos durante estos mismos años el primer despertar general de interés por los escritos de la filosofía dionisíaca de Nietzsche, que a su vez influyeron en la obra de muchos artistas del momento, desde la danza de Isadora Duncan y las titánicas obras sinfónicas de Richard Strauss y Gustav Mahler a las piezas filosóficas de George Bernard Shaw (*Hombre y superhombre*). También vemos actuar el mismo complejo arquetípico en el surgimiento de filosofías que combinaban revolución social y política con la necesidad de violencia, como en los escritos de Lenin y Georges Sorel de esos años. Simultáneamente, durante ese mismo período se produjeron repetidos actos de violencia masiva en China, India, Francia y el Imperio austrohúngaro, movimientos revolucionarios que propugnaban el derrocamiento violento de las instituciones existentes y, de modo muy parecido a la década de 1790 y a la de 1960, una ola de asesinatos de líderes nacionales cometidos por anarquistas: el presidente de los Estados Unidos, el rey de Italia, la emperatriz de Austria, el rey y la reina de Serbia.

Una expresión particularmente paradigmática del tema del despertar dionisíaco, tanto en el dominio intelectual como en el psicológico, fue la fecunda formulación del inconsciente instintivo que hizo Freud precisamente en esos años, de 1896 a 1907. Ya hemos hablado de esta correlación a propósito de

la configuración cíclica de importantes revoluciones científicas e intelectuales en coincidencia con alineamientos de Urano y Plutón. Desearía centrarme aquí en la dinámica arquetípica inversa, evidente en el rápido surgimiento del psicoanálisis en este período. A estos años corresponden la redacción de Freud de *La interpretación de los sueños* (de 1896 a 1900) y *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1905), la constitución del movimiento psicoanalítico cuando a Freud se unieron Abraham, Adler, Jung, Rank, Ferenczi y el resto de los pioneros (1900-1907) y, lo que no es menos importante, la multitud de descubrimientos de Freud en esos años: el complejo de Edipo, la etiología sexual de la neurosis, las zonas erógenas, la existencia de la sexualidad infantil, la resistencia del yo consciente a los instintos inconscientes, el retorno de lo reprimido y muchos conceptos e intuiciones relacionados.

El tema de la liberación prometeica de lo dionisíaco se advierte aquí en muchos niveles. En términos de historia intelectual, los logros de Freud pueden reconocerse como la introducción racionalista de la Ilustración en el submundo plutónico del inconsciente instintivo, la revelación de la «caldera hirviente de los instintos». Representó un trascendental despertar prometeico al –y del– ello dionisíaco. En el nivel cultural, el mismo tema era visible en las consecuencias sociales de la obra de Freud, tanto en la liberación del estudio científico de la sexualidad con respecto a los inveterados tabúes culturales contra los que él mismo tuvo que luchar, como en el papel central de esta obra en la transformación radical de las actitudes modernas ante la sexualidad en general. En el nivel psicodinámico, el tema se hacía visible en el reconocimiento que el psicoanálisis hacía del principio de catarsis y abreacción, el imperativo terapéutico de rescatar recuerdos reprimidos de gran carga instintiva para liberar la psique y el cuerpo de las fijaciones neuróticas y, en consecuencia, traer al conocimiento y la expresión conscientes las energías inconscientes reprimidas. El propio Freud subrayó el carácter mítico específicamente prometeico-plutónico de su obra en el poderoso epígrafe de Virgilio que escogió para abrir su magna obra, *La interpretación de los sueños*: «Si no puedo persuadir a los dioses del cielo, moveré a los de los infiernos».

Una vez más, el papel central del complejo de Edipo en la vida y la obra de Freud, que él mismo reconoció en 1897, durante esta oposición, puede entenderse como una síntesis precisa de los dos principios arquetípicos, el prometeico y el dionisiaco la rebelión contra la autoridad tiránica y el impulso a la plena satisfacción erótica que operaban en ese momento en muchos fenómenos culturales. Es significativo que el propio Freud naciera a finales de la conjunción anterior de Urano y Plutón, la de 1845-1856, con su Sol ubicado entre Urano y Plutón.[12] En otra asombrosa configuración cíclica, fue Wilhelm Reich, discípulo de Freud, quien llevó apasionadamente adelante el dionisíaco proyecto de liberación que consistía en rescatar las energías orgásmicas encerradas en las estructuras psicosomáticas de la coraza muscular y caracterológica, bloqueos que a juicio de Reich contribuían directamente a la consolidación de la psicología autoritaria del fascismo y el totalitarismo. Reich nació en 1897, el mismo año en que Freud descubrió el complejo de Edipo. Fue durante la conjunción siguiente de Urano y Plutón, la de la década de 1960, cuando la obra de Reich llegó a ejercer una gran influencia y cuando el proyecto reichiano de liberación sexual se puso en práctica a escala colectiva.

Si retrocedemos a la conjunción anterior de Urano y Plutón, la de 1845-1856, cuando nació Freud, volvemos a encontrarnos con la misma asombrosa constelación de fenómenos culturales que sugieren la irrupción y el despertar colectivo del principio dionisíaco de un modo muy extendido. En medio de la violenta confusión y de los grandes movimientos revolucionarios de esta época –socialista radical, de independencia, anarquista, abolicionista, sufragista, de desobediencia civil–, encontramos también y simultáneamente el estallido y la liberación de lo elemental y lo erótico. Este fenómeno se hizo patente en esos años en el surgimiento, en Estados Unidos, de comunidades de voluntarios que combinaban la heterodoxia religiosa con el experimento sexual. Y se mostró con análoga evidencia en la poderosa música dionisíaca de Wagner y Liszt, en la irrupción del eros oscuro y el submundo urbano de *Las flores del mal*, de Baudelaire, cuya composición data de ese momento, y en la exploración realista del adulterio y el

matrimonio burgués que realizó Flaubert en *Madame Bovary* (tras su publicación en 1857, tanto *Las flores del mal* como *Madame Bovary* fueron procesadas por inmoralidad ante el mismo juez de París). Lo vemos en la revelación del erotismo polinesio y la libertad sexual que *Typee*, la primera novela de Herman Melville, presentó por entonces ante azorados lectores norteamericanos y británicos. Fue el mismo período en que el explorador y lingüista Richard Burton penetró profundamente en las culturas y los submundos sexuales de India y Oriente Próximo, lo que le proporcionó la base para sus traducciones del *Kamasutra* y de *Las mil y una noches*. Reconocemos todo el complejo de temas prometeicos y dionisíacos en la poesía de Walt Whitman –la alegre emancipación erótica y democrática, la confiada aceptación del futuro, el individuo liberado que encarna la multifacética masa de la humanidad entera–, temas que se entretejen y se estimulan recíprocamente:

Soy inmenso, contengo multitudes.

Canto el yo, persona simple, separada;
No obstante, pronuncio la palabra Democrático, la palabra En-Masa.

La fisiología de la cabeza a los pies, yo canto,
Ni la fisonomía sola, ni el cerebro solo, son dignos de la Musa;
digo que el Cuerpo completo es más digno;
A la Mujer igual que al Hombre, yo canto.

De la vida inmensa en la pasión, en la elasticidad, en la fuerza,
Alegre, para la más libre acción formado según las leyes divinas,
Canto al Hombre Moderno.

Ímpetu, ímpetu, ímpetu,
Siempre el ímpetu procreador del mundo.

Si hay algo sagrado, es el cuerpo humano...

Una mujer me espera, ella contiene todas las cosas, ninguna le falta,

Pero todo faltaría si faltase el sexo...
El sexo contiene todas las cosas: cuerpos, almas,
Ideas, pruebas, purezas, delicadezas, resultados...
Todas las esperanzas, favores y dones, todas las pasiones, amores,
bellezas, deleites del mundo...

Dadme ahora solamente alegrías lascivas,
Dadme el diluvio de mis pasiones...

El despertar al pulso y el poder de la naturaleza durante este período se expresaba tanto en el terreno de la poesía como en el de la ciencia y la filosofía. Por un lado, los desarrollos evolucionistas de Darwin, que ya hemos descrito, poseían un carácter poderosamente prometeico (Plutón-Urano), en tanto revolución del pensamiento y liberación de la tradición y de la ignorancia, que imponen límites. Por otro lado, si pasamos al otro vector arquetípico, también podemos reconocer el carácter distintivamente dionisíaco de la teoría, su liberación de lo plutónico (Urano-Plutón). La realidad del poder integrador de la naturaleza en la urdimbre más amplia de las cosas, la incesante energía de las fuerzas evolucionistas, las impulsivas necesidades libidinales y agresivas de reproducción sexual y de preservación de la especie, la lucha por la supervivencia, la cruenta impiedad de la naturaleza, a todo eso despertaba ahora la mente moderna, a menudo llena de asombro, de modo muy parecido a como volvería a estarlo con el inconsciente instintivo de Freud, durante la oposición siguiente de Urano y Plutón.

Sin embargo, incluso aquí, en la teoría de la selección natural y en los fenómenos que ésta describe, estos temas plutónicos de evolución biológica, impulsos instintivos y lucha por la supervivencia estaban siempre fuertemente ligados a motivos específicamente prometeicos inherentes al propio principio de variación: la aparición azarosa de las mutaciones súbitas en una especie, la emergencia creativa de innovación biológica impredecible o, por así decirlo, las trampas de la evolución, el rebelde innovador contra la norma de la especie, la excéntrica y casual descendencia que sobrevive de manera inexplicable en circunstancias siempre cambiantes. Una vez más, la síntesis

compleja de los dos principios arquetípicos parecía desplegarse en muchos niveles al mismo tiempo.

Además, en estrecha relación con lo anterior, durante esta misma conjunción se produjo un cambio fundamental en la historia del pensamiento europeo, con la amplia difusión, después de 1851, de la filosofía de Schopenhauer sobre la voluntad primordial que impulsa las fuerzas de la naturaleza y modela toda la motivación humana desde las profundidades. Esta visión, en gran medida correlato filosófico de la teoría científica de Darwin, inspiró a su vez a Nietzsche y Freud, cuyas formulaciones de la voluntad de poder y el principio dionisíaco, en el primer caso, y del inconsciente instintivo y el ello, en el segundo, tenían la voluntad schopenhaueriana como decisivo antecedente. Schopenhauer había nacido al comienzo de la oposición anterior de Urano y Plutón, correspondiente al período de la Revolución Francesa.[13] Nietzsche nació a principios de esta conjunción de Urano y Plutón; Freud, al final.[14] A su vez, mirando ahora hacia delante, tanto las teorías de Nietzsche como las de Freud empezaron a ser objeto de atención cultural durante la oposición inmediatamente posterior, la de 1896-1907.

La filosofía de Schopenhauer también ejerció profunda influencia en Wagner y en Mahler por su concepción de la música y del genio artístico como lo único capaz de expresar directamente las fuerzas primordiales de la naturaleza. Esta influencia se puso claramente de manifiesto en la música que emanó de estos compositores durante las dos épocas consecutivas del ciclo de Urano-Plutón: *Tristán e Isolda* y *El anillo del Nibelungo* de Wagner a mediados del siglo XIX, y la *Tercera Sinfonía* de Mahler y sus obras siguientes durante el período 1896-1907.

Todo el período de la conjunción fue decisivo tanto para el desarrollo musical de Wagner como para su influencia cultural, cuando sus controvertidas óperas se abrieron camino en Europa, sus polémicos escritos fueron objeto de amplio debate y se reconoció su genio. Durante la primera mitad de esta conjunción, de 1844 a 1848, Wagner compuso *Tannhäuser*, con su orgiástica bacanal y su descripción sonora de las abrumadoras fuerzas instintivas, y *Lohengrin*. Después de su par-

ticipación en las revoluciones políticas de 1848-1849, dedicó los años siguientes a una profunda reflexión acerca de todo el proceso de creación por el cual la música, el mito y el drama narrativo podían integrarse en una poderosa expresión artística, que se inspiraba en la tragedia griega como el instante más logrado de una forma artística completa. A partir de este crisol, en los años cincuenta comenzó a trabajar en el ciclo épico del *Anillo*, que interrumpió en 1857 para componer *Tristán*, su obra maestra de insaciable pasión erótica. Estas obras constituyeron tanto una revolución en la historia de la música como una viva expresión de la voluntad schopenhaueriana.

Durante la oposición inmediatamente posterior de Urano y Plutón, la de 1896-1907, Isadora Duncan, invitada por Cósima, la viuda de Wagner, realizó en Bayreuth su famosa interpretación de la bacanal de *Tannhäuser*. A menudo la propia Duncan proclamó que sus fuentes de inspiración artística eran específicamente Wagner, Nietzsche, Whitman y, en última instancia, el poder y las formas de la naturaleza misma.

Al comienzo de este mismo alineamiento de Urano y Plutón, en 1896, Mahler describió en una carta la composición de su *Tercera Sinfonía* expresando su experiencia de la apremiante intensidad de una voluntad que, arraigada en las profundidades de la naturaleza, impulsa la creatividad artística:

> Estoy trabajando en una composición de grandes dimensiones. ¿Sabes que eso absorbe la personalidad entera y que a menudo está uno tan inmerso en ello que es como estar muerto para el mundo exterior? Ahora imagina una obra de tal alcance que refleje en realidad el mundo entero; uno se vuelve, por decirlo así, un simple instrumento en el que el universo ejecuta... ¡Mi sinfonía será algo que el mundo jamás ha oído antes! En esta partitura, toda la naturaleza habla y cuenta secretos tan profundos... Te confieso que en determinados pasajes de la partitura se apodera de mí un sentimiento misterioso y tengo la impresión de no haber sido yo quien creó aquello.

Las frases y la experiencia de Mahler no sólo llevan a pensar en Nietzsche y en Schopenhauer, sino también en la influyente filosofía de la naturaleza que surgió en la cultura y el pensamiento alemanes precisamente durante la oposición an-

terior de Urano y Plutón de la década de 1790, un ciclo completo antes. Con base en los estudios y escritos de Goethe sobre la metamorfosis de las plantas (a partir de 1791), los escritos de Schiller sobre la dinámica relación del poeta con la naturaleza (a partir de 1794), y la serie de obras de Schelling sobre *Naturphilosophie* (a partir de 1797), se desarrolló la concepción romántica de la naturaleza, enormemente influyente, según la cual ésta es un una actividad libre y dinámica con un impulso incesante hacia la autorrealización, hacia la producción de lo infinito en lo finito, con el ser humano como receptáculo de la conciencia que despierta. Esta corriente de pensamiento ejerció una profunda influencia en el pensamiento de Hegel durante el período correspondiente a este alineamiento, que en su desarrollo filosófico corresponde a los años de formación. Fue también éste el alineamiento de Urano y Plutón que coincidió con la súbita y simultánea aparición de concepciones evolucionistas independientes, anticipaciones de Darwin, en la obra de Goethe, Erasmus Darwin, Geoffroy Saint-Hilaire y Lamarck. Una vez más, comprobamos durante este mismo alineamiento la fusión del tema de la revolución científica y el despertar a la evolución dinámica de la Tierra en la fecunda obra de Hutton de 1795 titulada *Una teoría de la Tierra*, fundamento de la geología moderna.

En muchos de estos ejemplos nos reencontramos con desarrollos culturales e intelectuales que ya hemos examinado a la luz del principio prometeico de despertares revolucionarios impulsados y potenciados por lo plutónico (Plutón-Urano), pero que ahora podemos entender como reflejos de la dinámica arquetípica inversa del repentino despertar, propio del principio de Prometeo, de la psique colectiva y la mente científica a nuevas dimensiones de las fuerzas dionisíaco-plutónicas de la naturaleza, procesos evolucionistas e impulsos instintivos (Urano-Plutón). Esta configuración secuencial de despertares artísticos e intelectuales a las fuerzas elementales de la naturaleza y los procesos ctónicos evolucionistas resulta otra vez evidente durante la conjunción más reciente de Urano-Plutón, la de 1960-1972.

Además de la repentina aparición y la omniabarcante presencia del impulso dionisíaco en la música, la danza, el cine, el

teatro y la literatura de la década de 1960, encontramos durante esos años un complejo de temas típicamente prometeico-dionisíacos que adopta distintas formas de expresión en las ciencias. Se aprecia en los rápidos desarrollos teóricos y en el intenso interés en las raíces evolutivas del comportamiento y la anatomía humanos, ejemplificadas en obras de gran repercusión como *Sobre la agresión* de Konrad Lorenz, *El imperativo territorial* de Robert Ardrey y *El mono desnudo* de Desmond Morris, así como en el desarrollo, en esos años, de la sociobiología de Edward O. Wilson y otros. Y también se aprecia en la «segunda revolución darwinista» en biología evolucionista, así como en la teoría del equilibrio puntuado de Gould y Eldredge. El motivo del despertar ctónico aparece también durante estos mismos años en las ciencias de la Tierra con la revolución de la tectónica de placas, desarrollo del concepto de Wegener de deriva continental de comienzos del siglo. Catalizada en 1960 por la teoría de Hess sobre la expansión del fondo marino, la revolución de la tectónica de placas se desarrolló poco a poco durante este alineamiento, con la formulación de los decisivos experimentos de Vine y Matthews en 1963 («de importancia no menor que la de cualquier otro que se haya formulado en las ciencias geológicas en este siglo») llevados a cabo con éxito en los años inmediatamente siguientes. Estos desarrollos parecían a su vez formar parte de un despertar intelectual más amplio a la Tierra como sistema vivo, dinámico y autotransformador. Muchos otros desarrollos científicos y filosóficos de esos años, como los relacionados con la teoría del caos, la teoría de la complejidad y la teoría de sistemas, reflejan temas indicativos de este mismo complejo arquetípico. Una vez más, encontramos una expresión paradigmática de estos temas en la propuesta que Lovelock realiza en 1968 de lo que luego se conocería como la hipótesis Gaia, que concibe la Tierra entera como un ecosistema planetario vivo y autorregulado.

De hecho, durante todo el período 1960-1972 de la conjunción Urano-Plutón observamos un amplio despertar de los derechos de la naturaleza y una liberación de la voz de la naturaleza, con la rápida emergencia de la conciencia ecológica iniciada por Rachel Carson cerca del inicio de la conjunción, en

1962. En el verano de 1969, en medio del período más intenso de activismo antibélico, asambleas y rebeliones estudiantiles, empezó a planificarse el Día de la Tierra, una protesta global de base popular en defensa del medio ambiente. A la vez símbolo y expresión colectiva de la emergente conciencia ecologista, el primer Día de la Tierra tuvo lugar en 1970, con más de veinte millones de manifestantes y la participación de millares de escuelas y comunidades locales. Ese mismo año se fundó Greenpeace. Finalmente, cerca del final del período de la conjunción, en 1972, se dio un paso más con el surgimiento de la ecología profunda formulada por el filósofo noruego Arne Naess. La filosofía biocéntrica de Naess propuso una nueva ética que abarca las plantas y los animales junto con los seres humanos, necesaria a su juicio para que las sociedades humanas vivan en armonía con el mundo natural, del que dependen para la supervivencia y el bienestar. Una vez más, vemos una pauta diacrónica con la conjunción precedente de Urano y Plutón, la del ciclo anterior de 1845-1856, que produjo la redacción y publicación de *Walden, o la vida en el bosque* de Thoreau. Aquí, la expresión de Thoreau de otras características de los temas de Urano-Plutón, como el individualismo radical y la rebelión social, se insertaba en la que tal vez sea la obra más fecunda entre las que llaman a la humanidad a despertar a la voz de la naturaleza, llamada que se resume en su máxima: «En la naturaleza salvaje está la preservación del mundo».

Desencadenamiento de las fuerzas de la naturaleza

En la categoría de fenómenos históricos y culturales que hemos explorado, vemos variaciones arquetípicas cíclicas, y con una creatividad aparentemente inagotable, sobre el tema de la liberación o el despertar de las fuerzas de la naturaleza: los poderes creadores de la naturaleza y la vida, la libido erótica y la sexualidad, el inconsciente freudiano y el ello, la voluntad de poder de Nietzsche y la voluntad universal de Schopenhauer, las fuerzas evolutivas darwinistas y las fuerzas geológicas de la Tierra. También hemos visto otras formas,

como en esa repentina liberación de las fuerzas creadoras en los pueblos de sociedades previamente represivas, que con tanta frecuencia acompañó las emancipaciones revolucionarias, como en la Inglaterra de la década de 1640, en toda Europa en la de 1790 y en todo el mundo en la de 1960. Incluso si retrocedemos a la conjunción de Urano y Plutón de la década de 1450 y el desarrollo de la imprenta de Gutenberg, encontramos otra versión del mismo tema: el desencadenamiento sin precedentes de fuerzas históricas y de fuerzas creadoras del espíritu humano gracias a la imprenta, la cual demostró ser un requisito esencial para muchos de los desarrollos culturales y tecnológicos más importantes de la era moderna. Y hemos visto ya la expresión más problemática de este motivo arquetípico en el desencadenamiento de violencia política y agitación popular a gran escala durante todos estos alineamientos.

Si revisamos ahora en su totalidad la categoría de las revoluciones tecnológicas a las que hemos hecho referencia, comprobamos que este mismo tema arquetípico también ha conocido otra forma de presentación, a saber, un desencadenamiento prometeico más literal de las fuerzas de la naturaleza, con consecuencias de gran calado, perceptibles aún hoy. Así, la conjunción de Urano y Plutón de 1705-1716 coincidió con el invento de la máquina de vapor y el descubrimiento del uso del carbón para los hornos de fundición de acero, que inauguraron la Revolución Industrial y la edad del vapor, el carbón y el hierro. La conjunción siguiente de Urano y Plutón, la de 1845-1856, coincidió con el descubrimiento del petróleo como combustible, descubrimiento que inició la era del petróleo, cuyas consecuencias culturales, ecológicas y geopolíticas son aún hoy patentes. Y la oposición siguiente de 1896-1907 coincidió con el nacimiento de la era nuclear con el descubrimiento de radiactividad en el uranio, el aislamiento del radio y el polonio y la fórmula $e = mc^2$, de Einstein.

Cada uno de estos inventos y descubrimientos desempeñó a su vez un papel en importantes desarrollos tecnológicos e industriales que coincidieron con posteriores períodos presididos por Urano-Plutón, lo que sugiere el mismo tipo de configuración diacrónica cíclica que hemos observado en otros

campos. Para limitarnos ahora a los alineamientos axiales: como hemos analizado ya, la Revolución Industrial impulsada por el vapor y el carbón presentó una rápida aceleración inicial en la última década del siglo XVIII y luego, con mayor potencia y universalidad, en el período 1845-1856, con la proliferación de los ferrocarriles y los buques de vapor, así como con la amplia mecanización de la industria. A su vez, la oposición de 1896-1907 coincidió con la multiplicación de los automóviles (cuya producción en Estados Unidos pasó de veinticinco en 1896 a veinticinco mil en 1905), autobuses, motocicletas, camiones, plantas eléctricas y los primeros aviones, todo ello con el petróleo como combustible. En el mismo período se produjo el descubrimiento de vastos depósitos de petróleo en Texas y el comienzo de la exploración petrolera de Oriente Próximo, ambos en 1901. Por último, el período más reciente de conjunción, el de la década de los sesenta, asistió a la rápida proliferación de plantas de energía nuclear en todo el mundo, el surgimiento de los aviones a reacción y el despliegue de la titánica energía que se necesita para los viajes espaciales, todo ello gracias a los descubrimientos tecnológicos realizados durante los alineamientos anteriores de Urano y Plutón.[15]

Nos hallamos ante los mismos desarrollos que ya hemos analizado anteriormente en términos de trascendentales revoluciones científicas y tecnológicas, entendidas como la potenciación plutónica del principio prometeico de eclosión intelectual y cambio radical (Plutón-Urano). Y ahora percibimos también la dinámica arquetípica inversa, por la cual la innovación tecnológica prometeica y el ingenio humano desencadenan las fuerzas plutónicas de la naturaleza (Urano-Plutón).

Todos estos fenómenos representan la materialización concreta de la máxima de Bacon según la cual «saber es poder», otra manifestación de Prometeo liberado y potenciado. El propio Bacon, como recordaremos, empezó a redactar sus escritos filosóficos inspirados en el imperativo «saber es poder» bajo la conjunción de Urano y Plutón de 1592-1602. Durante esta misma conjunción tuvo lugar el nacimiento de Descartes, el otro importante progenitor filosófico de la moderna voluntad de poder científico-tecnológico.

REBELIÓN RELIGIOSA Y EMANCIPACIÓN ERÓTICA

En materia de religión, durante los períodos de alineamiento de Urano y Plutón han sido sistemáticamente evidentes tanto la reforma radical como la rebelión contra la autoridad y la tradición. Tanto una como otra han adoptado diversas formas: unas veces, la repentina presión desde dentro a favor del cambio, como ocurrió en el caso del Concilio Vaticano II, de un carácter reformista sin precedentes, convocado por el papa Juan XXIII en 1962 «para abrir la ventana» de la Iglesia católica al aire fresco y el nuevo espíritu de los tiempos; otras veces, formas más radicales y antagónicas, como ocurrió con la abolición del culto de Dios por la Revolución Francesa en 1793, que cerró las iglesias de París y prohibió la lectura pública de la Biblia. El obispo de París abjuró públicamente de la religión católica y declaró que, a partir de ese momento, en Francia sólo se rendiría culto a la Libertad y la Igualdad.

El 10 de noviembre de 1793 se proclamó una Fiesta de la Razón y se saqueó la catedral de Notre Dame, que luego se dedicó ritualmente al culto de la Razón. Ante una multitud inmensa y regocijada, se eligió a una actriz de la Ópera de París para que representara a la Diosa de la Razón. Tras el abrazo del presidente, se la hizo desfilar en majestad por las calles abarrotadas de gente hasta la catedral, donde se la entro-

nizó en el altar mayor, se la coronó como Deidad y fue adorada por todos los presentes. Dos semanas después, la Convención, instigada por las manifestaciones, proscribió la Biblia y toda expresión de religión cristiana, so pena de muerte. Las iglesias parroquiales se reabrieron como Templos de la Verdad y la Razón y se sustituyó el cristianismo por la «religión natural». En este período, el matrimonio dejó de depender de la autoridad eclesiástica y se legalizó el divorcio. El sistemático intento de la Revolución por descristianizar la sociedad francesa y establecer una nueva religión de la Razón y la Humanidad se prolongó por más de tres años, hasta que en 1797 se instituyó la libertad religiosa, aunque se siguió considerando el papado romano como enemigo de la Revolución. En 1798, cerca del final del período de oposición, los militares franceses expulsaron de Roma al papa Pío VI y lo metieron en la cárcel, donde murió. Esto quiere decir que, en el período histórico correspondiente a este alineamiento, el inicial anticlericalismo de la Revolución se fue secularizando hasta desembocar en el ateísmo estricto, parar terminar legalizando la libertad religiosa, en combinación con un ataque al papado romano, todo ello al servicio de una nueva religión de la libertad, la razón y la naturaleza.

En la conjunción siguiente, la de mediados del siglo XIX, volvemos a encontrar el mismo motivo de rebelión contra la ortodoxia religiosa, esta vez en el nivel filosófico de la cultura refinada. En medio de las revoluciones sociales y políticas del período (en que los revolucionarios obligaron en 1848 a otro papa Pío, esta vez el IX, a marcharse de Roma), un poderoso impulso emancipador en el contexto religioso se expresó en la ola de escepticismo religioso que barrió el mundo intelectual europeo en las décadas de 1840 y 1850 tras la estela de las ideas de Schopenhauer, Marx y Engels, David Friedrich Strauss, Ludwig Feuerbach y George Eliot, entre otros. A su vez, este giro en la visión filosófica de la cultura influyó en Darwin y luego en Nietzsche. Análogamente, durante el siguiente alineamiento axial de Urano y Plutón, en 1896-1907, se registró en la cultura occidental otra ola comparable de duda religiosa, innovación filosófica e impulsos secularistas de renovada intensidad, en asociación con los enormes cambios sociopolíti-

cos, tecnológicos, científicos y artísticos que marcaron esos años de cambio de siglo. También en China, Japón, Rusia y Oriente Próximo se produjeron movimientos, presiones y disturbios semejantes durante los dos períodos mencionados, y nuevamente en la década de los 60, en clara secuencia diacrónica.

Sin embargo, en todos estos períodos y en muchos de los fenómenos claramente prometeicos que se acaban de citar, estaba implicado también el elemento dionisíaco. En cada una de las épocas presididas por Urano-Plutón advertimos una explosiva síntesis en la cual la rebelión contra la autoridad y el dogma religiosos se da en estrecha vinculación con un impulso colectivo a la emancipación erótica, que ha despertado súbitamente. Semejante síntesis de ambos motivos, el erótico y el religioso, fue particularmente notable en la Fiesta de la Razón de la Revolución Francesa, cuando, tras las ceremonias en la catedral de Notre Dame, la multitud enardecida bailó salvajemente en el santuario catedralicio, las mujeres dejaron sus pechos al aire y los hombres se desvistieron, mientras que en la sacristía las parejas copulaban libremente. Todo el desfile por las calles, con su ambiente de *carnivale* y las multitudes alegres y rebeldes aplaudiendo y vitoreando al magnífico carruaje que transportaba a la Diosa a la catedral, evoca de una manera asombrosa la antigua procesión ceremonial del carro dionisíaco.

En el mismo momento en que estos extraordinarios acontecimientos se producían en Francia, Blake proclamaba en Inglaterra una combinación notablemente similar de rebelión religiosa y libertad erótica. La declaración inaugural de *El matrimonio del Cielo y el Infierno*, obra escrita el mismo año 1793, anuncia esa síntesis con la típica seguridad apodíctica de Blake:

> Todas las Biblias o códigos sagrados han sido causa de los siguientes Errores:
>
> 1. Que el Hombre tiene dos principios reales de existencia, a saber, un Cuerpo y un Alma.
> 2. Que la Energía, llamada Mal, sólo pertenece al Cuerpo, y que la Razón, llamada Dios, sólo pertenece al Alma.

3. Que Dios atormentará al Hombre en la Eternidad por seguir sus Energías.

Mas los Contrarios siguientes son Verdaderos:

1. El Hombre no tiene un cuerpo distinto de su Alma, pues lo que llamamos Cuerpo es una porción del Alma discernida por los cinco Sentidos, principales puertas al Alma en nuestros tiempos.
2. La Energía es la única Vida y emana del Cuerpo. La Razón es el confín o circunferencia exterior de la Energía.
3. La Energía es Deleite Eterno.

Blake continúa la argumentación con penetrantes aforismos que desafían a la religión y la moral convencionales, aunque están imbuidos de resonancia bíblica:

Las prisiones son edificadas con piedras de Ley; los burdeles, con ladrillos de Religión...

El orgullo del pavo real es la gloria de Dios.

Lujuria del chivo, generosidad de Dios.

La ira del león es la sabiduría de Dios.

La desnudez de la mujer en obra de Dios.

Y luego una profecía:

La antigua tradición según la cual el mundo será consumido por el fuego al cabo de seis mil años es verdadera, como me ha sido revelado desde el Infierno. Porque al ángel con espada de fuego aquí se le ordena dejar su guardia del Árbol de la Vida, y cuando ello se cumpla toda la creación será consumida y se mostrará infinito y puro lo que hoy se muestra finito y corrompido. Esto está llamado a realizarse mediante un perfeccionamiento del goce sensual. Pero ante todo, la noción de que el hombre tiene un cuerpo distinto de su alma será abolida.

Similares patrones de liberación y el propio emerger del principio dionisíaco en los asuntos humanos son evidentes en los alineamientos de Urano y Plutón desde siglos antes de la Revolución Francesa, como en los tumultuosos levantamientos y los extendidos movimientos revolucionarios que do-

minaron el período de 1643-1654 en la época de la Revolución Inglesa, exactamente un ciclo completo antes del período correspondiente al *Matrimonio del Cielo y el Infierno* de Blake y la Revolución Francesa. En medio de la multitud de partidos políticos radicales que hicieron su aparición en ese momento, se produjo un simultáneo estallido de movimientos sociales de emancipación en los que la dimensión erótica ocupaba sin duda un lugar prominente, visible en los «entusiastas» religiosos que celebraban la divinidad de la naturaleza y los instintos humanos naturales, el amor en comunidad, la igualdad de sexos tanto en las relaciones personales como en religión y política, la sacralidad de la sexualidad y, lo mismo que Blake, la afirmación de la desnudez y el nudo cuerpo humano como reflejo de la original gloria divina del ser humano.

Con otro espíritu, pero comparable influencia emancipadora sobre los movimientos sociales y la expresión erótica de la posteridad, durante este mismo alineamiento de Urano y Plutón sostuvo John Milton, en *La doctrina y la disciplina del divorcio*, de 1644, la importancia religiosa y la necesidad legal del divorcio, a fin de liberar a parejas profundamente incompatibles de la prisión de por vida de un matrimonio desgraciado. Este problema resurgió con fuerza cada vez mayor en los alineamientos posteriores de Urano y Plutón y llegó a su expresión más enfática y extendida en los radicales cambios sociales que se iniciaron durante la conjunción de los años sesenta del siglo XX.

Y si retrocedemos un ciclo más, volvemos a encontrar análogos fenómenos culturales que reflejan esos mismos motivos durante la oposición inmediatamente anterior de Urano y Plutón, la de la Reforma Radical, en 1533-1545, en actividades que incluían las orgías hedonistas y la poligamia de los anabaptistas de Münster, con su anarquismo antinómico y su puesta en común de la propiedad, así como en el cisma de Enrique VIII de la Iglesia católica romana, motivado por el divorcio que llevó a Inglaterra la Reforma y produjo un gran cambio hacia la secularización de la sociedad.

A menudo, en las épocas presididas por Urano y Plutón, el impulso combinado de libertad religiosa y libertad sexual no sólo se expresó en rechazo radical, sino también en cons-

tantes esfuerzos a favor de la reforma liberal. Por ejemplo, la síntesis de emancipación religiosa y emancipación erótica de la década de los sesenta fue patente en el creciente movimiento a favor de la aceptación de la anticoncepción que se produjo en el seno de la Iglesia católica tras la estela del Concilio Vaticano II. Este cambio fundamental en la política tradicional de la Iglesia fue finalmente rechazado por la jerarquía de Roma, pero en la práctica fue abrazado de manera abrumadora por gran parte del laicado de la Iglesia a partir de esa década, lo que creó una importante fisura entre la jerarquía y el pueblo –entre la «cabeza» de la Iglesia y su cuerpo–, cuyos efectos repercutieron en otros campos de doctrina religiosa y en tendencias cada vez más vigorosas al inconformismo, tanto entre los laicos como en el clero.

De modo más general, durante estos mismos años de la década de los sesenta y después, prácticamente en todas las religiones importantes del mundo entero, un sinfín de individuos abandonaron o ignoran ampliamente la fe que habían heredado de sus mayores. Si bien muchos factores impelían a este éxodo, para muchas personas uno de los principales fue la rebelión explícita o implícita contra los represivos códigos de moral sexual de las tradiciones religiosas establecidas, que, en el *Zeitgeist* de los sesenta, enormemente secular y psicológicamente trastornado, parecían limitar y contrariar patológicamente la expresión libre y total de los saludables instintos de la naturaleza.

Aquí comenzamos a percibir la notable riqueza y complejidad de la interacción de las fuerzas arquetípicas que se activan mutuamente durante estas épocas, en las que diferentes manifestaciones de los mismos principios polivalentes, el prometeico y el dionisíaco, ponen en movimiento otras manifestaciones de esos principios, en una espiral de causas y efectos en constante intensificación. Para dar sólo un ejemplo: en la década de los sesenta, la innovación tecnológica que produjo la píldora anticonceptiva y condujo a su uso generalizado, también autorizó, y en cierto sentido hizo posible, la revolución sexual, al liberar tanto a las mujeres como a los hombres de las restricciones, los temores y las permanentes responsabilidades que hasta entonces inhibían la actividad sexual. A su

vez, el uso de métodos anticonceptivos dio a las mujeres una nueva libertad de elección entre la dedicación a una carrera o el matrimonio, estimuló la postergación de éste, tanto en los hombres como en las mujeres –pues ya no era necesario casarse para satisfacer los deseos sexuales– y aumentó de modo espectacular la frecuencia de las relaciones sexuales, tanto prematrimoniales como extramatrimoniales, con el consiguiente incremento en la cantidad de divorcios.

A su vez, todas estas tendencias sostuvieron y fortalecieron la autonomía personal en el comportamiento y la moral sociales. Fueron también origen de cambios y trastornos importantes en el tejido social, lo que resulta evidente en el extendido desafío de los jóvenes a la tradicional autoridad paterna y de la sociedad, junto con la aparición de un «abismo generacional» intensamente polarizado, que también se dio en la esfera política. Cabe destacar sobre todo la exaltación de la expresión sexual que impregnó e impulsó progresivamente la música rock de la época, la manifestación artística más emblemática y al mismo tiempo más formativa del *Zeitgeist* contracultural emergente. La síntesis de impulsos prometeicos y dionisíacos de la música rock –potenciada a una inaudita escala masiva gracias a los adelantos técnicos, ya por la amplificación electrónica, ya por la radio y las grabaciones discográficas, que permitieron su difusión prácticamente mundial– se expresó a su vez en una oleada de conciertos y festivales multitudinarios de música y danza que constituían enormes rituales de arte, eros y transformación.

Como hemos dicho ya en el contexto católico, la expresión sin restricciones de los impulsos sexuales también fomentó una nueva irrespetuosidad para con las inveteradas prohibiciones religiosas, que a su vez reforzó el movimiento principal de la época hacia el experimento religioso y el rechazo de la creencia ortodoxa. El nuevo individualismo y la nueva libertad respecto de la limitación religiosa reforzó la tendencia más amplia a la independencia intelectual y moral de todo tipo y aceleró el desmantelamiento de un dilatado espectro de estructuras internas y externas de restricción social, con muchas consecuencias imprevistas que se desplegarían en las décadas siguientes.

Sin duda, esta presentación de la secuencia en cascada de causas y efectos simplifica la realidad. La innovación tecnológica de índole prometeica que hizo posible la píldora anticonceptiva no fue por sí misma la causa de la desinhibición libidinal en la cultura, de la que ya había señales evidentes desde comienzos de la década, antes de la adopción general de la píldora, en muchos fenómenos culturales como el cine, la música y la literatura populares. A mi juicio, la innovación tecnológica debería considerarse más bien un factor sincrónico y poderosamente sinérgico en un proceso histórico mucho mayor y más complejo, en el que los dos principios, el prometeico y el dionisíaco, interactúan poderosamente y se catalizan uno al otro en muchos niveles, lo que produce y acelera la proliferación de causas y efectos.

LA SECUENCIA CÍCLICA COMPLETA

En todos estos fenómenos que implican la síntesis y la mutua activación de estos dos impulsos arquetípicos, advertimos claras indicaciones de las dos formas diferentes de configuración relacionada con el ciclo de Urano-Plutón: un patrón sincrónico, en el que un alineamiento singular coincide con una multiplicidad de acontecimientos arquetípicamente relacionados en diferentes lugares y en distintos campos de actividad, que tienen lugar independientemente aunque en estrecha proximidad temporal; y un patrón diacrónico, en el que una serie de alineamientos cíclicos durante varios siglos coincide con una clara secuencia de hitos significativos en un movimiento específico o en un área específica de actividad. Cuando avancé en mi investigación histórica descubrí que estos dos tipos generales de configuración aparecían en cada uno de los ciclos planetarios que estudiaba y en una asombrosa variedad de formas, aunque con rigurosa consistencia arquetípica. Ambos tipos de configuración eran también visibles, y ambos resultaban más comprensibles y más coherentes cuando introducía los alineamientos cuadráticos intermedios.

En aras de la simplicidad, al revisar el patrón distintivo de correlaciones para el ciclo de Urano-Plutón he circunscrito la atención casi por completo a los alineamientos axiales, la conjunción y la oposición, que son los dos clímax del ciclo com-

pleto de 360°. Un análisis más detallado incluiría el cuidadoso examen de fenómenos históricos y culturales que coinciden con los alineamientos intermedios y completan la secuencia cuadrática. Ya he mencionado la cuadratura de Urano-Plutón –a mitad de camino entre la conjunción correspondiente al nacimiento de Rousseau y Diderot y la oposición correspondiente a la Revolución Francesa–, que coincidió con todas las obras clave de Rousseau y con la *Encyclopédie* de Diderot, obras que hallaron poderosa expresión en los acontecimientos e ideales de la Revolución, durante el alineamiento cuadrático inmediatamente posterior de Urano y Plutón, y también en posteriores períodos de alineamiento. Un patrón similar puede reconocerse en el nacimiento de Blake durante esa misma cuadratura, seguida de la torrencial aparición de sus obras revolucionarias durante la década de 1790 y el resurgir de su influencia en períodos posteriores de Urano-Plutón, sobre todo en la década de los sesenta. También durante esta misma cuadratura nacieron Mary Wollstonecraft y William Godwin, dos de las figuras más decisivas en el pensamiento británico del período de la Revolución Francesa. Lo mismo podría decirse de Robespierre y Danton, figuras centrales en la Revolución Francesa propiamente dicha. Estos cinco individuos nacieron en el período 1756-1759, cuando la cuadratura de Urano y Plutón era prácticamente exacta. Aquí es posible discernir claramente una secuencia diacrónica de acontecimientos arquetípica e históricamente relacionados durante estos tres alineamientos cuadráticos sucesivos del siglo XVIII, que alcanzan su clímax en el período de la Revolución Francesa.

En la secuencia inmediatamente posterior de alineamientos cuadráticos podemos percibir el mismo patrón. La cuadratura de Urano y Plutón a mitad de camino entre la oposición de la Revolución Francesa y la conjunción de las revoluciones de 1848 se produjo entre 1816 y 1824. Fueron éstos los años en que los dos planetas estuvieron a menos de 10° del alineamiento exacto, que es la franja habitual en que he observado la coincidencia con acontecimientos arquetípicamente interesantes (el alineamiento llegó a su posición exacta en 1820-1821). Este período de ocho años coincidió precisamente con la gran oleada de revoluciones latinoamericanas que llevó la

independencia en rápida sucesión a Argentina (1816), Chile (1817), Colombia (1819), México, Venezuela, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá, Santo Domingo (todas en 1821, cuando el alineamiento estaba en su punto exacto), Brasil y Ecuador (1822), y Perú (1824). Una vez más resulta claramente discernible la campana de Gauss que adopta la configuración del patrón arquetípico de un principio prometeico repentinamente potenciado y que se expresa en una ola de actividad humana colectiva y acontecimientos históricos, en este caso inequívocamente centrados en 1820-1821.

Además, durante este mismo período hubo en Europa una ola de revoluciones y revueltas en España, Portugal, Italia y Francia, una intensa agitación contra el Imperio Habsburgo en toda Europa Central y Oriental, y el comienzo de la larga guerra para independizar a Grecia de los turcos. Lord Byron, que murió en el transcurso de este período, en 1824, mientras apoyaba la lucha por la independencia griega, había nacido en 1788, en el inicio de la oposición de Urano y Plutón inmediatamente anterior, la correspondiente a la Revolución Francesa (con el Sol alineado con Urano y Plutón, y Venus en conjunción casi exacta con Plutón). La vida de Byron y su emblemática encarnación de la emancipación erótica y, en la etapa final, su lucha a favor de la libertad política, sugiere con gran vivacidad la presencia del impulso prometeico y el dionisíaco en estrecha interacción. Su carismática encarnación de esta combinación arquetípica ejerció una larga influencia cultural, que se reafirmó una y otra vez durante los alineamientos posteriores de Urano y Plutón en un amplio abanico de manifestaciones, desde los líderes de las luchas nacionalistas de las décadas de 1840 y 1850, como Mazzini y Mickiewicz, hasta figuras culturales como Baudelaire y Oscar Wilde, para reaparecer finalmente con la década de los sesenta y Mick Jagger.[16]

Lo mismo sucedió en el caso de Percy Bysshe Shelley, que produjo toda su obra de madurez en los años correspondientes a la cuadratura de Urano y Plutón, entre 1816 y 1822, año en que se ahogó durante una tormenta frente a la costa de Italia, un mes antes de cumplir los treinta años. Al igual que Byron, Shelley había nacido durante la oposición correspon-

diente a la Revolución Francesa, en 1792 (con el Sol y Venus en estrecho alineamiento con Urano y Plutón), en el mismo verano en que se produjo la ola de éxtasis fraternal que invadió repentinamente el cuerpo legislativo francés y la población de París. La constelación de compromisos que inspiró a Shelley durante toda la vida –con la justicia social y la revolución política, la libertad individual, la libertad y el poder creativo del poeta, la rebelión contra la limitación inherente a la ortodoxia religiosa, y la libertad romántica y la emancipación erótica– refleja los temas característicos del complejo prometeico-dionisíaco. Muchos de estos temas están particularmente representados en su obra poética maestra, *Prometeo desencadenado*, escrita en 1820, cuando la cuadratura de Urano y Plutón alcanzaba su punto exacto.[17]

A su vez, figuras decisivas de los períodos posteriores de Urano-Plutón nacieron bajo esta cuadratura de 1816-1824. Frederick Douglass, Harriet Tubman y Susan B. Anthony nacieron durante esta cuadratura y produjeron su acción liberadora en coincidencia con la conjunción inmediatamente posterior, la de 1845-1856. Especialmente paradigmático es el ejemplo de Karl Marx, que nació en 1818, durante la cuadra-

EL CICLO DE URANO-PLUTÓN

Cuadraturas intermedias

Orbe de 10°		Alineamientos exactos < 1°
1489-1507	*cuadratura*	1496-1500
1563-1570	*cuadratura*	1566-1567
1620-1627	*cuadratura*	1623-1624
1674-1683	*cuadratura*	1678-1680
1749-1764	*cuadratura*	1755-1758
1816-1824	*cuadratura*	1820-1821
1873-1880	*cuadratura*	1876-1877
1928-1937	*cuadratura*	1932-1934
2007-2020	*cuadratura*	2012-2015

El orbe de 15° comprende de uno a tres años antes y después de las fechas consignadas para los 10°.

tura de Urano y Plutón, y dedicó con una intensidad cuasi elemental toda su vida y su obra a la causa de la revolución y la emancipación de las masas, que surgieron con toda su fuerza coincidiendo con la conjunción de 1845-1856. («Prometeo es el santo y mártir más noble del calendario de la filosofía», escribió Marx en su tesis doctoral.) Una vez mas, la cuadratura de Urano y Plutón que coincidió con el nacimiento de Marx y de Engels, y también con la ola revolucionaria en Latinoamérica y Europa, fue el alineamiento a mitad de camino entre la oposición de Urano y Plutón de la Revolución Francesa y la conjunción de las revoluciones de 1848, dos períodos cuyas conexiones Marx desentrañó en profundidad.

Esta secuencia de los tres alineamientos cuadráticos entre la Revolución Francesa y mediados del siglo XIX forma a su vez parte del ciclo más amplio de Urano y Plutón que produjo posteriores oleadas de movimientos y acontecimientos revolucionarios, socialistas radicales y marxistas, como hemos visto y explorado ya en estos capítulos: el surgimiento de Lenin y Trotsky, la fundación del Partido Bolchevique y los principales partidos socialistas, y el comienzo de la época revolucionaria rusa durante la oposición siguiente, la de 1896-1907, así como la ola mundial de movimientos socialistas radicales, marxistas e independentistas, durante la conjunción de los años sesenta. La única cuadratura de Urano y Plutón del siglo XX tuvo lugar a mitad de camino entre los alineamientos que se acaban de mencionar, a lo largo de la mayor parte de los tumultuosos años treinta (dentro del orbe de 10° entre 1928 y 1937). Este alineamiento coincidió con un período de creciente tensión, violencia y lucha, en cuyo transcurso el auge de los movimientos marxistas y socialistas radicales alcanzó especial fuerza y carácter internacional, tanto entre las masas como en las élites culturales.

Característicos de esta tendencia fueron los acontecimientos que se produjeron en España en los años treinta, desde la victoria del Partido Socialista y sus políticas anticlericales hasta el surgimiento del Frente Popular y el inicio de la Guerra Civil Española. En Estados Unidos, una ola de importantes huelgas obreras, como la histórica de los trabajadores de la industria automotriz en Flint en 1936-1937, culminó con el for-

talecimiento de los sindicatos en todo el país. En el terreno religioso, en los años treinta floreció el movimiento de reforma radical encabezado por Dorothy Day y el Catholic Worker, con un espíritu análogo al movimiento de la teología de la liberación que vería la luz en los años sesenta, durante la conjunción. Y también podemos reconocer la precisa configuración diacrónica en coincidencia con la secuencia de alineamientos de Urano y Plutón del siglo XX en el despertar cíclico, tan a menudo observado, del progresismo y la reforma sociopolítica en Estados Unidos, estimulados tanto desde abajo como desde arriba, en la primera década del siglo bajo el mandato de Theodore Roosevelt, en los años treinta bajo la presidencia de Franklin Roosevelt, y en los años sesenta bajo la presidencia de Kennedy y de Johnson.

En efecto, en los años treinta podemos reconocer en muchos ámbitos las típicas transformaciones radicales y los cambios de paradigma que hemos encontrado durante los alineamientos anteriores de Urano y Plutón. En la esfera intelectual, las conmociones económicas en todo el mundo durante estos años dieron nacimiento a teorías económicas revolucionarias, sobre todo las de John Maynard Keynes, enunciadas en su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, que transformaron la toma de decisiones económicas para el resto del siglo XX. En filosofía, el auge del existencialismo, con su interés en la libertad humana, su escepticismo metafísico y su apoyo a la emancipación social, también empezó durante los años treinta, en especial con la obra de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, cuya prolongada relación personal, lo mismo que su enseñanza y sus respectivas carreras de escritores, se iniciaron durante este alineamiento. En el feminismo, el período correspondiente a esta cuadratura de Urano y Plutón no sólo coincidió con la aparición de Beauvoir en Francia, sino también con la publicación en Inglaterra de *Un cuarto propio*, el influyente hito feminista de Virginia Woolf. En la historia de la canción de protesta, fue precisamente en la década de los treinta cuando Woodie Guthrie, viajando en trenes de carga o en las carreteras junto con la emigración masiva de los refugiados del Dust Bowl, inició su carrera de compositor e intérprete de canciones *folk* de protesta contra la injusticia social, que

a su vez inspiraron a Bob Dylan y a la música de protesta de los años sesenta.

Muchos otros fenómenos culturales del siglo XX mostraron análoga progresión secuencial en coincidencia con los tres alineamientos dinámicos de Urano y Plutón de ese siglo, como el despertar cíclico de un impulso prometeico-dionisíaco que se expresaba en una creatividad cultural y un dinamismo libidinal enormemente intensificados. En la cultura popular, por ejemplo, durante la década en torno a 1900, con su oposición de Urano y Plutón, asistimos al nacimiento del *jazz* en Nueva Orleans a partir de la interacción del *ragtime*, el *blues*, las canciones *folk*, la música de iglesia y las *marching-bands* (este período también vio nacer la primera generación de gigantes del *jazz*, como Louis Armstrong y Duke Ellington). A su vez, la cuadratura de Urano y Plutón de la década de los treinta coincidió con la oleada de energía surgida de la cultura popular, cuando el *swing* y las *big bands* recorrieron el país desde Harlem hasta Los Ángeles y produjeron una inesperada eclosión de actividad física, potencia rítmica y libertad de improvisación en música y danza, así como nuevas demandas sociales a favor de la integración racial. Y a esto le siguió la eclosión dionisíaco-prometeica correspondiente a la conjunción de la década de los sesenta, que estalló en el *jazz*, el *rock* y el baile de la cultura popular de la época. Un patrón comparable puede hallarse en la historia del psicoanálisis, con su despertar al poder del ello y los instintos sexuales: su aparición inicial en los textos de Freud y sus primeros seguidores durante la oposición de Urano y Plutón en torno al cambio de siglo, su rápida y general adopción por los intelectuales durante la cuadratura de los años treinta, y su masiva difusión y radicalización durante la conjunción de los sesenta.

También el desencadenamiento de fuerzas elementales y la violenta aparición de movimientos de masas y acciones colectivas de distinto tipo que tuvieron lugar en los años treinta –el fascismo, el comunismo, el socialismo, los mítines masivos de Nuremberg, la película *El triunfo de la voluntad*, las Juventudes Hitlerianas, el auge del neopaganismo ario, el poder del submundo criminal y el gangsterismo, las huelgas y manifestaciones masivas, el gran número de emigraciones masivas

forzosas y de disturbios culturales en todo el mundo en esa época– sugieren esta misma combinación arquetípica. Obras muy leídas como *El malestar en la cultura*, de Freud, y *La rebelión de las masas*, de Ortega y Gasset, ambas de 1930, reflejaban estas preocupaciones y estos acontecimientos. Lo mismo hacía el famoso ensayo de Jung titulado *Wotan*, que diagnosticaba el auge de Hitler y la toma de Alemania por el nazismo, considerado la erupción de una fuerza arcaica en el interior de la psique alemana, personificada por la antigua figura mitológica de Wotan, «un dios de tormenta y frenesí, el desencadenador de pasiones y de la lujuria de la batalla... Un dios se ha apoderado de los alemanes, y su casa está ahora llena de un "viento fuerte y avasallador"». En este peligroso estado, la nación alemana era como un «loco furioso que trata de liberarse de sus ataduras. Un huracán se ha desatado en Alemania cuando seguimos creyendo que hace buen tiempo».

El desencadenamiento de fuerzas elementales de la naturaleza durante la cuadratura de Urano y Plutón de la década de los treinta también fue evidente en otras manifestaciones, y también en estrecha relación arquetípica diacrónica con la precedente oposición del período de 1896-1907. En estos años los físicos consiguieron la primera fisión nuclear (Enrico Fermi, en 1934), propusieron la creación de una reacción en cadena que conduciría a la «liberación de energía nuclear para la producción de electricidad y otras finalidades, por medio de la "trasmutación" nuclear» (Leo Szilard, 1934), y dieron comienzo a la investigación que desembocaría en armas de destrucción masiva. En 1903, durante la oposición anterior de Urano y Plutón, el físico Ernest Rutherford sugirió proféticamente «como en broma que si se hallara un detonador adecuado, sería concebible poner en movimiento una onda de desintegración atómica a través de la materia, que haría humo de este viejo mundo». Veintinueve años después, durante la cuadratura de Urano-Plutón, en 1932, usando un acelerador lineal construido en el propio Laboratorio Cavendish de Rutherford, Cockcroft y Walton dividieron el átomo.

A veces, los patrones diacrónicos relacionados con la cuadratura de Urano y Plutón se extienden varios siglos hacia atrás. Por ejemplo, el Che Guevara, que luchó en movimien-

tos revolucionarios en Latinoamérica, nació durante la cuadratura de Urano y Plutón del período 1928-1937, exactamente un ciclo entero después de la gran oleada de movimientos revolucionarios latinoamericanos de liberación durante la cuadratura de Urano y Plutón de 1816-1824. En el fondo de esa época de revoluciones contra España y Portugal, y como reflejo de un motivo diferente del mismo complejo arquetípico, el «descubrimiento» inicial de América por Cristóbal Colón al servicio de la corona española coincidió con la cuadratura de Urano-Plutón de la década de 1490. Lo cierto es que los cuatro viajes de Colón al Nuevo Mundo, la firma del Tratado de Tordesillas (1494), que dividió entre España y Portugal las tierras recién descubiertas, la llegada de Juan Caboto a América de Norte (1497), la llegada de Vasco da Gama a la India (1498) y la llegada de Pedro Cabral a Brasil (1500) tuvieron lugar durante la larga cuadratura de Urano y Plutón que empezó en 1498 y terminó en 1507 (insólitamente larga a causa de la velocidad de Plutón durante esos años en comparación con la de Urano). Este trascendental despertar de la mente europea a la existencia de nuevos mundos, en combinación con el impulso centrífugo sin precedentes del poder europeo allende su continente, dio comienzo a la inmensa conmoción que, como un huracán de siglos de duración, se extendió y arrolló a las poblaciones, la flora y la fauna autóctonas de tantas tierras.

La súbita aparición de una colectiva voluntad de poder durante las épocas presididas por Urano-Plutón también puede concentrarse y encarnarse en una sola figura poderosa, un conquistador o un tirano político-militar de la historia mundial que parece impulsado por una fuerza de la naturaleza: una de las secuencias diacrónicas más impresionantes de este ciclo es la coincidencia de los alineamientos de Urano y Plutón con la aparición de ese tipo de figuras: Alejandro Magno en la conjunción de 328-318 a.C., Julio César en la conjunción de 74-65 a.C., Carlomagno en la oposición de 766-782, Genghis Khan en la conjunción 1196-1206, Tamerlán en la oposición de 1390-1400, Pedro el Grande en la conjunción de 1705-1712, Napoleón en la oposición de 1787-1798, Hitler, Mussolini, Stalin y Mao durante la cuadratura de la década de

los treinta, y el apogeo de este último y el culto a su personalidad durante la conjunción de los años sesenta. Muchas otras figuras de menor poder, pero con características e impulsos similares –dictadores, conquistadores, tiranos, hombres fuertes– surgieron a lo largo de los siglos durante períodos regidos por alineamientos de Urano y Plutón.

LO INDIVIDUAL Y LO COLECTIVO

Continuamente he comprobado la importancia de prestar atención no sólo al ciclo cuadrático completo, sino también al nacimiento de individuos particularmente significativos, cuya vida expresaba el complejo arquetípico característico asociado a ese ciclo. Por ejemplo, al considerar el conjunto de hitos de la exploración mundial que acabamos de mencionar, observé que el propio Colón había nacido en 1451, durante la conjunción inmediatamente anterior de Urano y Plutón, comienzo a su vez del ciclo cuadrático que coincidió con la invención de la imprenta de Gutenberg y la caída de Constantinopla, hechos que contribuyeron a catalizar el Renacimiento italiano. Con Colón y sus expediciones posteriores, que inauguraron una era en la historia, como también en muchos otros casos, comprobé que la obra o el logro de un individuo nacido bajo el alineamiento de un ciclo planetario cuyo carácter arquetípico encarnaba de manera particularmente paradigmática, se habían dado, y a menudo habían adquirido repentinamente nueva vida, en estrecha coincidencia con alineamientos posteriores de los mismos planetas.

Para limitarnos a los individuos a los que ya hemos hecho referencia y al ciclo de alineamientos cuadráticos de Urano y Plutón que va de comienzos del siglo XVIII a mediados del XIX, es posible reconocer en la secuencia de correlaciones una es-

pecie de mecanismo de relojería arquetípico. Los cuatro alineamientos marcan una sucesión precisa de figuras prometeicas históricamente decisivas, que nacieron bajo uno de ellos y cuya contribución cultural llegó a su apogeo en estrecha coincidencia con los siguientes. Así, Rousseau y Diderot nacieron bajo la conjunción y florecieron precisamente bajo la cuadratura siguiente; Blake, Wollstonecraft, Godwin, Robespierre y Danton nacieron bajo la cuadratura y tuvieron su apogeo bajo la oposición siguiente, que coincidió con en el período de la Revolución Francesa, momento en que también las ideas de Rousseau y de Diderot llegaron a ejercer una poderosa influencia. Entonces nacieron Byron, Shelley y Schopenhauer, quienes recogieron esa energía y alcanzaron su plenitud creadora durante la cuadratura siguiente, que a su vez coincidió con el nacimiento de Marx, Engels, Frederick Douglass, Harriet Tubman, George Eliot, Whitman, Baudelaire, Dostoievski y Melville. Ese ciclo terminó con la conjunción de mediados del siglo XIX y el nacimiento de Nietzsche y Freud, así como de una serie de otras figuras capitales de la rebelión cultural, la revolución artística, el individualismo heroico y la emancipación erótica, tales como Rimbaud, Oscar Wilde, Van Gogh y Gauguin, junto con otras encarnaciones del arquetipo prometeico potenciado, como los paradigmáticos inventores y experimentadores Edison y Tesla.

Análogamente, con respecto a otros temas prometeicos, la conjunción de 1705-1716, que coincidió con el nacimiento de Rousseau y de Diderot, coincidió también con el de David Hume y Benjamin Franklin, figuras igualmente prometeicas del siglo XVIII: Hume, el filósofo británico más radical del siglo y avatar del proyecto de emancipación intelectual propio de la Ilustración; Franklin, otra figura emblemática de ese momento histórico, cuya vida dedicada a la actividad científica, tecnológica y política habla de la presencia permanente de un potenciado impulso prometeico, como de manera concisa sugirió Turgot en su famoso epigrama: «Arrebató el relámpago a los cielos y el cetro a los tiranos».[18]

Este linaje de figuras prometeicas continúa a medida que remontamos los alineamientos cíclicos. A comienzos de la oposición inmediatamente anterior de Urano y Plutón, que

coincidió con la época revolucionaria inglesa, se produjo el nacimiento de Newton, la figura cumbre de la Revolución Científica, en 1643. La conjunción inmediatamente anterior es la de 1592-1602, en cuyo corazón mismo, 1596, tuvo lugar el nacimiento de Descartes. Lo que épocas enteras de revolución intelectual y cultural hicieron en los siglos posteriores –al destruir grandes superestructuras de pensamiento y tradición establecidos–, empezó a hacerlo Descartes en el crisol de su mente y en sus obras. Como reza la famosa observación del historiador Jules Michelet: «La Revolución de 1789 había comenzado con el *Discurso del Método*».

El nacimiento de Descartes se produjo bajo la misma conjunción que presenció la ola de descubrimientos científicos de Galileo, Kepler, Tycho Brahe y Gilbert, ya mencionados. Esta conjunción de 1592-1602 coincidió también precisamente con el gran período de brillante creatividad de la época isabelina, que vio la aparición casi simultánea de Shakespeare, Bacon, Spenser, Marlowe y Jonson.[19] Si nos centramos en Shakespeare, en la repentina eclosión de poder creativo e intensidad dramática de la primera década de su carrera, en la que produjo un promedio de una nueva obra cada seis meses y que empezó exactamente cuando se iniciaba la conjunción, encontramos los temas y las cualidades típicas de Urano-Plutón. Tan acostumbrados estamos a la apariencia de intemporalidad que recubre la obra entera de Shakespeare, que cuesta trabajo poner este asombroso torrente de creatividad en perspectiva histórica. De la pluma de Shakespeare salía una obra completa y compleja cada seis meses, dos por año, cuatro cada dos años, ocho en cuatro años. Esta tremenda potenciación del impulso creador y la constante intensidad creativa representa el vector arquetípico de Plutón-Urano. Simultáneamente, los temas narrativos y las cualidades particulares en estas obras muestran los motivos característicos de Urano-Plutón: la liberación y la expresión creativa de las profundas fuerzas de eros y del instinto; todos los admirables dramas de la voluntad humana en lucha violenta y pasiones desatadas, desde *Ricardo III* y las otras piezas históricas a *Julio César* y *Hamlet*; el erotismo libre de convencionalismos de *La fierecilla domada* y *Sueño de una noche de verano*; la gran figura rabelaisiana

de Falstaff (llama la atención que Rabelais escribiera su obra maestra, *Gargantúa y Pantagruel*, en coincidencia con la oposición anterior de Urano y Plutón, la de 1533-1545). Lo mismo vale para los poemas shakespeareanos de pasión y sensualidad, empezando por su primer poema publicado, e inmensamente popular, *Venus y Adonis* (durante el retorno de Saturno del autor), con seis ediciones en nueve años, en exacta coincidencia con los años de esta conjunción.

Más en general, con su presentación sin precedentes de personalidades independientes y reflexivas que abarcan el espectro completo de tensiones dramáticas y crisis vitales, vemos en las obras de Shakespeare la irrupción creadora del yo moderno, no menos influyente y liberador y, en aspectos decisivos, incomparablemente más complejo y pleno que la forma extremadamente poderosa del yo moderno mediatizado por Descartes, que nació exactamente cuando la carrera de Shakespeare estaba en pleno apogeo, en los años 1595-1596. El propio Shakespeare había nacido durante la cuadratura precedente de Urano y Plutón, en abril de 1564. Dos meses antes, durante la misma cuadratura, en febrero de 1564, había nacido Galileo, otro titán del temprano yo moderno y poderoso agente del despertar cultural y de la desafiante lucha contra la creencia ortodoxa y la autoridad tradicional.

Si retrocedemos un ciclo más, la oposición del primer ciclo de Urano-Plutón de la era moderna, el alineamiento de 1533-1545, coincidió con la publicación del *De Revolutionibus*, de Copérnico, la obra que dio comienzo al despertar prometeico de la Revolución Científica y la Ilustración. Por último, si retrocedemos aún más, hasta el comienzo de dicho ciclo, en la aurora de la era moderna, la conjunción de 1450-1461, junto al trascendental desarrollo de la imprenta de Gutenberg, el gran trasvase cultural de Bizancio a la Italia del Renacimiento y el nacimiento de Colón, descubrimos que la misma conjunción también coincidió con el nacimiento de Leonardo da Vinci, en 1452. Una vez más podemos reconocer aquí muchos de los motivos característicos que se asocian a este ciclo planetario: el poderoso impulso a la innovación creadora, el incesante interés en la experimentación y la exploración, en el descubrimiento de lo nuevo y en la liberación del ser humano de

los límites previamente establecidos. Vemos la expresión de los signos distintivos de este complejo arquetípico en el extraordinario individualismo de Leonardo, su afirmación de la voluntad autónoma en una amplísima variedad de dominios, su insaciable apetito de investigación científica, su interés permanente por las fuerzas de la naturaleza y por la geología, la biología, la fisiología, la hidrodinámica, la aeronáutica, la ingeniería y la mecánica. También se manifiesta en su profética anticipación de múltiples avances tecnológicos del futuro, se hayan usado para bien o para mal, desde los aviones y los viajes espaciales hasta las armas de destrucción masiva. Pero donde sobre todo reconocemos ese complejo arquetípico es en la trascendental encarnación histórica del repentino y radical progreso evolutivo de la especie que se da en la propia persona de Leonardo. En Leonardo y a través de él se produce una suerte de liberación de lo titánico, evidente tanto en su imaginación tecnológica como en su impulso creador cuasi sobrehumano.

Como hemos visto a lo largo de esta exposición, todos estos temas, evidentes en la vida y la obra de Leonardo, volvieron a estar presentes, de manera notoria y con intensidad dramática, en cada una de las épocas que coincidían con alineamientos de Urano y Plutón. En un individuo como Leonardo, todo ocurre como si el conjunto de los poderes creativos y fuerzas evolutivas de la naturaleza se concretaran temporalmente en una persona –como, en cierto sentido, ocurrió en todos los casos de ese gran número de fecundas figuras que hemos analizado en estos capítulos– para imponer e impulsar la renovadora transformación colectiva. Semejante impulso, una vez más, parece reflejar inequívocamente los principios prometeicos y dionisíacos en una síntesis dinámica.

Si volvemos a prestar atención a la larga secuencia de épocas presididas por Urano-Plutón, comprobamos que, además de todos los temas e impulsos que hemos observado ya –revoluciones sociales y políticas, emancipación sexual, revoluciones científicas y tecnológicas–, es posible reconocer la correlación de este ciclo con los períodos históricos de creatividad tremendamente exaltada que afectaron de manera similar a todos los campos de la actividad humana e hicieron en reali-

dad posible la gran cantidad de manifestaciones y motivos que acabamos de mencionar. Una vez más, esto parece reflejar el vector dinámico del arquetipo plutónico que impulsa y potencia al prometeico: Plutón-Urano. Lo mismo que sucedió con la espectacular explosión de creatividad e influencia cultural que entre 1962 y 1970 mantuvieron sin interrupción los Beatles y Dylan, junto con decenas de músicos repentinamente dotados de gran creatividad, era como si todas las artes y las ciencias de los años sesenta hubieran recibido un gran impulso de *shakti* creativa paralelo a la titánica explosión tecnológica, social y política de la década, un poder creativo capaz de lanzar a los seres humanos alrededor de la Tierra y al espacio, tanto exterior como interior. Es lo que ocurrió también en la oposición precedente, a la entrada del siglo XX, con su gran eclosión de rupturas creadoras en las artes y las ciencias –Einstein y Planck, Freud y Jung, Mahler y Stravinsky, Cézanne y Picasso, Mann y Rilke, William y Henry James, Isadora Duncan, entre muchos otros–, y una vez más en estrecha armonía con los cambios revolucionarios y los movimientos de emancipación que se produjeron entonces en todo el mundo, tanto en el orden social como en el político y el tecnológico. Y todos levantando vuelo, por así decir, junto con los hermanos Wright.[20]

Incluso en la vida cultural de un país se puede reconocer la potencia de esta configuración arquetípica. La conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856 coincidió precisamente con el momento de máxima intensidad creativa de la cultura norteamericana del siglo XIX, en el cual Emerson, en su plenitud, viajaba por todo el país a bordo de trenes –por entonces los ferrocarriles proliferaban– y, en las más de ochenta conferencias que pronunciaba por año –luego convertidas en los ensayos *Hombres representativos* y *El sentido de la vida*–, entregaba su mensaje de emancipación en el que celebraba el poder creador y la nobleza heroica del individuo seguro de sí mismo e inserto en un universo de significados profundos. Durante ese período, Thoreau estaba en Walden, Melville y Hawthorne producían sus obras maestras, Whitman escribía *Hojas de Hierba* y Margaret Fuller escribía su influyente crítica, llamaba al reconocimiento de la igualdad de las mujeres y de su

derecho a la realización personal y se unía a la lucha por la libertad en Italia. En esos mismos años cuarenta y cincuenta se produjo en Europa una ola igualmente brillante de creatividad: veía la luz un nuevo espíritu cultural, con la aparición de las figuras de Wagner, Baudelaire, Flaubert, las hermanas Brontë, Dostoievski, Tolstoi, muchas de ellas involucradas también en las ideas y los movimientos revolucionarios que se daban a la sazón.

Otro ejemplo no menos impresionante de este patrón arquetípico es la extraordinaria época de creatividad correspondiente a la oposición precedente de Urano y Plutón, la de la última década del siglo XVIII y la Revolución Francesa, visible sobre todo en la gran eclosión romántica en literatura y en las artes, la filosofía y la ciencia de ese momento: Blake, Wordsworth y Coleridge, Goethe y Schiller, Hölderlin y Novalis, el Kant de sus críticas postreras, Hegel y su decisivo período de formación, Fichte, Schelling, los Schlegel, Mozart y Haydn en su mejor momento, la dramática llegada de Beethoven a Viena con sus ejecuciones pianísticas de una energía y una libertad de improvisación sin precedentes, acaso el equivalente decimonónico del electrificante poder de las ejecuciones del joven Hendrix cuando llegó a Londres durante la conjunción de 1960.

Si retrocedemos en la historia directamente hasta la antigüedad clásica en busca de correlaciones comparables –tomando nota de la conjunción de la era isabelina y la repentina y brillante aparición de Shakespeare, Bacon, Spenser, Marlowe y el resto–, nos encontramos con que el período de conjunción de Urano y Plutón de la época clásica griega (un ciclo antes de la conjunción que coincidió con las conquistas de Alejandro Magno y el nacimiento de la edad helenística) tuvo lugar entre 443 y 430 a.C. Éstos fueron precisamente los años de apogeo del siglo de Pericles en Atenas, en que, de 443 a 429, este rey sin corona presionó a favor de reformas democráticas radicales y presidió la era intelectual y culturalmente más creativa del siglo, testigo de la construcción del Partenón, de 447 a 432, del comienzo de la larga carrera de Sócrates (entre los veintisiete y los cuarenta años de edad), la llegada de los sofistas a Atenas con su liberador pensamiento crítico secularista

y el nacimiento de la educación humanista, la *paideia*, así como el florecimiento de Sófocles, Eurípides, Anaxágoras, Demócrito, Leucipo e Hipócrates.

En esta extraordinaria letanía de eclosiones secuenciales de creatividad y despertar cultural, podemos reconocer que una de las características clave en todos estos individuos, épocas y fenómenos culturales es un cierto desencadenamiento o despertar de la cualidad *titánica*. Ya sea que nos detengamos en los individuos paradigmáticos nacidos en los períodos presididos por Urano-Plutón, como Leonardo y Galileo, Blake y Byron, Wollstonecraft y Douglass, Marx y Nietzsche, ya que prestemos atención a expresiones culturales de estas épocas, como la poesía de Whitman y las canciones de Dylan, la música de Wagner y de los Rolling Stones, los escritos y las teorías de Rousseau y Schopenhauer, Darwin y Freud, o que contemplemos en las épocas mismas, tales como el siglo de Pericles y la era isabelina, la Revolución Francesa y la década de 1960, en todos esos períodos, figuras y fenómenos culturales es fácil distinguir claras cualidades titánicas –titánico el impulso transformador, titánicas la intensidad y la creatividad, titánica la lucha y titánico el desafío–, tan adecuadas a la síntesis arquetípica del principio prometeico y el dionisíaco. Estas épocas y figuras parecen ser los recipientes idóneos para el surgimiento repentino, desde las profundidades de la naturaleza, de fuerzas creativas elementales que catalizan y aceleran la transformación evolutiva de la vida humana.

Me parece notable cuántas de las grandes obras literarias que encarnan especialmente esta tendencia al poder creador, profundidades titánicas y fuerzas violentas –el teatro de Shakespeare, la poesía y las profecías de Blake, las novelas de Dostoievski, *Moby Dick* de Melville, o la profética *Respuesta a Job* de Jung, por nombrar tan sólo algunas de las más notables– fueron escritas por individuos que nacieron durante períodos regidos por Urano-Plutón y muy a menudo fueron creadas durante el alineamiento cuadrático siguiente de estos mismos planetas. Es como si esas obras de la imaginación creadora reflejaran el desencadenamiento de una enorme energía elemental muy parecida a sus respectivas épocas, globalmente consideradas. Personajes como Ahab, Lear o los Karamazov

trascienden el libro o el escenario, para atraer irresistiblemente nuestra atención visceral, como si ante nuestros ojos se encarnara una fuerza volcánica emanada de las profundidades del espíritu humano.

Es interesante que el nacimiento de los cinco autores que acabamos de mencionar se haya producido durante las cuadraturas de Urano y Plutón, pues la cuadratura en particular parece correlacionarse con una gran tensión provocada por la combinación de principios arquetípicos –el prometeico y el dionisíaco–, que enfatiza el extremo discordante de las fuerzas dinámicas activadas. Esta tensión realzada parece exigir de modo particular un cierto tipo de encarnación y de expresión dramáticas. Empuja intensamente y con urgencia hacia la posibilidad de una resolución más amplia. Vemos esta misma profundidad y tensión dramática en las novelas y la poesía de Mann y Rilke: ambos nacieron el mismo año que Jung, 1875, bajo la misma cuadratura Urano y Plutón, y en ambos casos sus obras, lo mismo que las de Jung, surgieron por primera vez en coincidencia con la oposición siguiente, la de 1896-1907. También Isadora Duncan, que nació durante la misma cuadratura que Jung, Mann y Rilke, produjo su revolución durante la misma oposición, a caballo entre ambos siglos. Estas mismas cualidades son muy evidentes también en obras históricamente tan decisivas como *Vindicación de los derechos de la mujer*, de Mary Wollstonecraft, de 1792, y la *Autobiografía de Frederick Douglass*, de 1845. Tanto Wollstonecraft como Douglass nacieron bajo cuadraturas de Urano y Plutón y sus grandes obras se publicaron durante los siguientes alineamientos axiales de esos planetas.

Lo mismo que en esta gran cantidad de expresiones emblemáticas de la voluntad y la imaginación individuales, también en la vida colectiva y en los acontecimientos históricos de las épocas presididas por Urano-Plutón que hemos examinado, se destacan sistemáticamente el mismo poder y el mismo drama intelectual, emocional y elemental. En nuestra propia vida y nuestro propio tiempo, tengamos veinte o setenta años de edad, el período de conjunción más reciente de Urano y Plutón, la década de 1960, continúa ejerciendo sus titánicos efectos emancipadores, revolucionarios, violentos, creativos,

eróticos, perturbadores, desestabilizadores, que impulsan inexorablemente al futuro y despiertan a lo nuevo.

Sin embargo, como tan agudamente exploraron Dostoievski y Melville, Shakespeare y Jung, el despertar de este impulso es también peligroso por su intensidad y por la potencial destructividad de sus energías desatadas, así como por su potencial autodestructividad. Aquí encontramos uno de los desafíos y ambigüedades de mayor calado de este complejo arquetípico. Cuando consideramos muchas de estas figuras y épocas prometeicas titánicas, resulta evidente que la combinación del principio prometeico y el dionisíaco, a menudo parecen expresarse no sólo mediante la intensificación, la potenciación y la irrupción violenta de lo prometeico, sino también a través de la *destrucción* de lo prometeico, que arde en las llamas de su propia intensidad, en las exigencias de su propio drama arquetípico. Este resultado potencial refleja la profunda ambigüedad del principio dionisíaco-plutónico-kálico, que al mismo tiempo refuerza e intensifica, es violento y destructivo, transformador y regenerativo.

Pensando en Byron y en Shelley, por ejemplo, o en muchas figuras comparables de los años 60, no podemos dejar de advertir que uno de los rasgos más llamativos de las épocas presididas por Urano-Plutón es la frecuencia de la muerte prematura, a menudo violenta o por accidente, de muchas jóvenes figuras prometeicas en el momento clave de su drama vital. Los años sesenta no sólo trajeron la decidida potenciación de muchas figuras e impulsos de signo prometeico, sino también su destrucción: figuras políticas paradigmáticas como el Che Guevara, Malcolm X, Martín Luther King y los Kennedy, así como importantes artistas contraculturales, como Jimi Hendrix, Janis Joplin y Jim Morrison. Análogo patrón también es evidente en la época de la Revolución Francesa: allí están las muertes violentas de Marat, Danton, Robespierre y Saint-Just, la mayoría de ellos antes de cumplir los cuarenta o incluso los treinta años. A veces, este drama arquetípico tuvo lugar de un modo más interior y psicológico, o en compleja interacción con el mundo exterior, como en la vida de Rousseau, Nietzsche, Wilde, Rimbaud y Van Gogh, todos los cuales nacieron durante conjunciones de Urano y Plutón.

Dado este distintivo patrón arquetípico, es notable que Esquilo, el titánico creador de la tragedia clásica y autor del drama prototípico del reto titánico, *Prometeo encadenado*, naciera durante un alineamiento de Urano y Plutón, en la oposición inmediatamente anterior a la conjunción del siglo de Pericles. Como Esquilo y Jung sabían, en la compleja relación entre la humanidad y los dioses todo está en juego.

Pues el verdadero drama que vemos desplegarse en todos estos individuos prometeicos, lo vemos también en épocas prometeicas enteras. La explosiva intensidad emancipadora y el extremismo de los tiempos de la Revolución Francesa, de la Revolución Inglesa –antes– o de las revoluciones de 1848 y la década de los sesenta –después– produjo en todos los casos, de algún modo, una especie de autoinmolación de la época entera. Las fuerzas desatadas de destrucción y de autodestrucción y las fuerzas desatadas de la violenta reacción conservadora, comprometieron y complicaron los impulsos emancipadores y creativos de todas esas épocas, incluso cuando esos impulsos continuaran viviendo y desarrollándose en las décadas siguientes. No menos problemático fue, precisamente en esas épocas, el enérgico desencadenamiento de la violencia de los ya poderosos: Estados Unidos en Vietnam, Atenas en la Guerra del Peloponeso, la Revolución Francesa con la explosión napoleónica, la propia civilización moderna con su inmenso poder tecnológico y su destructividad.

Todas estas observaciones sugieren la inmensa responsabilidad histórica e individual que estas poderosas fuerzas presentan a la psique colectiva y a nosotros mismos. Pues lo que ha ocurrido en el pasado no es pasado; sigue vivo en nosotros.

UNA PERSPECTIVA MÁS AMPLIA DE LOS AÑOS SESENTA

Tras muchos años de riguroso estudio de las correlaciones que hemos expuesto en los capítulos anteriores, así como de las correlaciones de los otros ciclos de planetas exteriores, me he forjado poco a poco la idea de que, en cierto sentido, todo lo que ocurre durante un alineamiento está implícitamente presente en los posteriores y a ellos contribuye, como si se tratara de un único desarrollo histórico continuado y acumulativo. Esto no sólo parecía ser cierto en la vida de una persona individual durante alineamientos sucesivos del mismo ciclo, sino también en la vida colectiva de una cultura, como si en realidad toda la cultura fuera un único individuo. Tenía la impresión de que todo lo logrado, experimentado, sufrido o producido penosa o alegremente durante un alineamiento cíclico, fuera lo que fuese, seguía de alguna manera presente y mantenía su eficacia causal (tanto en el sentido aristotélico como en el de Whitehead), durante los alineamientos siguientes del ciclo, lo que hacía posible y a la vez informaba nuevos desarrollos. Algo parecido a esta continuidad dinámica fue sin duda evidente en las diversas líneas de desarrollo que enlazaron, por ejemplo, la época de la Revolución Inglesa del siglo XVII con la de la Revolución Francesa del siglo XVIII, posteriormente con las revoluciones de mediados del siglo XIX y la

gran cantidad de procesos revolucionarios a caballo entre el siglo XIX y el XX, y por último con la década de los sesenta, en todas las áreas que hemos analizado: feminismo y derechos de las mujeres, antiesclavismo y derechos civiles, pensamiento y movimientos políticos progresistas y radicales, revoluciones tecnológicas y científicas, emancipación sexual y desencadenamiento de las fuerzas de la naturaleza, de violencia y destrucción y de autodestrucción.

Así las cosas, me parecía que era mejor no tratar en forma aislada cada época, cada acontecimiento, cada fenómeno cultural y cada vida individual que coincidiera con un alineamiento planetario específico, sino considerarla profundamente modelada por lo que ha ocurrido en períodos de alineamiento anteriores del ciclo –al tiempo que portadora de ello– y también, como veremos más adelante, lo sucedido durante alineamientos anteriores de otros ciclos planetarios asociados a complejos arquetípicos muy distintos. Esto parecía cierto incluso cuando lo conseguido, o aquello contra lo que se luchó, no saliese del ámbito cerrado de una vida individual o una sociedad o subcultura local aisladas, ignorantes de la vida del amplio mundo en el que se hallaban insertas. Cuando se presta atención a estos numerosos fenómenos históricos y culturales, se tiene la sensación de que lo que se elabora y se produce en cada momento no se pierde nunca, ni está verdaderamente aislado en su contexto individual o local. Por el contrario, en algún nivel más profundo, participa y perdura en despliegues colectivos de mucho mayor alcance.

Estos desarrollos arquetípicos en curso nos afectan a todos, y no solamente a quienes nacieron bajo esos alineamientos particulares, a unos de modo más notable que a otros, evidentemente, pero en cierto modo todos llevamos dentro todo. En el interior de todos nosotros viven todos esos principios y complejos arquetípicos, en distintas formas y variadas combinaciones con otros impulsos arquetípicos –de manera muy parecida a como todos esos planetas están presentes en nuestras respectivas cartas natales, en configuraciones interminablemente distintas–, impulsos arquetípicos que son portadores de vastas corrientes de experiencia histórica.

Desde este punto de vista, es como si todo el mundo que

haya nacido *después* de la década de los sesenta hubiera vivido realmente, de una u otra manera, en los años sesenta. Llevan dentro los efectos de esa época, conocen sus conflictos y sus luchas, sus verdades y sus revelaciones. En cierto sentido, este conocimiento vive subconscientemente dentro de ellos. Entran en nuevas eras con todos esos impulsos y fuerzas de poderosa existencia en su interior, tanto las trascendentales resoluciones heredadas de la época anterior como lo que ha quedado profundamente sin resolver. Lo mismo hacemos todos con respecto a todos los siglos anteriores de alineamientos y experiencia humana.

Todas estas reflexiones, por supuesto, han sido anticipadas por la concepción junguiana del inconsciente colectivo, pero las pruebas expuestas en este libro introduce en esa perspectiva una cierta especificidad, y tal vez un fundamento cósmico más explícito.[21] Indica con nitidez y con gran detalle los despertares cíclicos y las activaciones reales de un impulso arquetípico particular en los asuntos humanos, al mostrar su continuidad dinámica y su ritmo específico de aparición a lo largo de los siglos. Permite un nuevo potencial de autoconciencia histórica y participación arquetípica consciente. Todo esto es posible gracias a la hipótesis, o a la comprensión, de que *los movimientos planetarios* tienen significado, es decir, que se corresponden de manera inteligible con principios arquetípicos particulares, y que sus patrones cíclicos de despliegue están estrechamente asociados con los patrones cíclicos de despliegue de los asuntos humanos.

Así como todo lo sucedido en los años sesenta dependía de todo lo que había sucedido en las épocas anteriores presididas por Urano-Plutón –y lo llevaba en sí–, lo mismo sucede con la continua presencia dinámica de «los años sesenta» en épocas posteriores, hasta el día de hoy. El gran despertar mundial del feminismo y el movimiento de liberación de la mujer –que hizo su aparición en los sesenta, se expandió en los años siguientes y continúa hoy creciendo y ganando vigor– dependía por completo de aquello por lo que habían luchado y que habían conseguido las sufragistas militantes de la primera década del siglo XX, las pioneras de los derechos de las mujeres de 1848 y Mary Wollstonecraft y las mujeres de la Revo-

lución Francesa de la última década del siglo XVIII. Cuando Dylan cantó con su lengua de fuego en los años sesenta, se inspiraba en todos los cantantes y poetas que habían clamado por la libertad y los cambios sociales antes que él, y el poder de su profética voz en esos años continuó dando forma al ethos cultural de cada década posterior. Lo mismo ocurrió con Martin Luther King y el movimiento por los derechos civiles, Rachel Carson y el movimiento ecologista, los movimientos políticos progresistas, los avances científicos y tecnológicos, la evolución de la literatura y las otras artes.

Y lo mismo ocurrió con las desatadas fuerzas titánicas de la naturaleza: del poder tecnológico, de la libertad instintiva y libidinal y de la rebelión radical, ya en forma de violencia revolucionaria, ya como voluntad de poder sublimada que produce una transformación más profunda e integrada de la sociedad y el yo.

Naturalmente, gran parte de esto que digo cuenta ya con amplia aceptación o es a veces incluso una obviedad, pero, una vez más, las evidencias que hemos examinado hasta ahora proporciona una cierta especificidad detallada de conexiones dinámicas, tanto históricas como arquetípicas, y también una especificidad detallada del ritmo de aparición y del carácter arquetípico de estos procesos, que de otra manera nos resultarían inaccesibles. Creo que esta especificidad de detalle y esta configuración cíclica refuerzan radicalmente nuestra comprensión de la evolución cultural como vasto desarrollo histórico modelado por fuerzas dinámicas arquetípicas, poderes que actúan en el interior de una psique colectiva que a su vez refleja y expresa un fundamento cósmico.

Durante el mismo alineamiento de Urano y Plutón del siglo V a.C. que coincidió con el nacimiento de Esquilo –el trágico prometeico–, uno de lo primeros filósofos griegos, Jenófanes, expresó por vez primera la idea de un progreso subyacente de los asuntos humanos que dependía de la búsqueda de la verdad y del despliegue del tiempo: «Los dioses no nos desvelaron todas las cosas desde el principio; pero con el paso del tiempo, buscando, los seres humanos encuentran lo mejor...».[22]

Fue por consiguiente esta inesperada combinación de tantos factores –el encaje tan asombroso entre los fenómenos históricos y los principios arquetípicos correspondientes, el ritmo preciso de aparición, la inexplicable simultaneidad de tales fenómenos en lugares extremadamente dispersos, y la coherente coincidencia de importantes figuras y acontecimientos arquetípicos relacionados con los alineamientos cíclicos a lo largo de prolongados períodos– lo que, en su conjunto, me pareció que merecía una nueva evaluación de la antigua visión astrológica del universo, mucho más allá de lo que las explicaciones convencionales modernas eran capaces de proporcionar. Encontré convincente la sutileza y globalidad del método astrológico arquetípico, que permitía integrar e iluminar fenómenos de diferentes categorías y aparentemente sin relación entre sí.

Volvamos ahora la atención a las correlaciones históricas de un ciclo distinto de planetas exteriores, más breve en duración y más frecuente que el ciclo de Urano-Plutón, pero no menos asombroso en sus configuraciones arquetípicas. Descubrí que a medida que ampliaba mi investigación para abarcar un espectro mayor de fenómenos de diferentes temas y cualidades, y a medida que surgía una imagen más amplia de los múltiples ciclos planetarios en curso –secuenciales, entrelazados y mutuamente solapados–, los complejos patrones arquetípicos de la historia humana resultaban más claros y su comprensión ganaba en riqueza.

CICLOS DE CRISIS Y CONTRACCIÓN

Oleadas de furia y miedo
circulan por los brillantes y ensombrecidos
países de la tierra...

W. H. Auden
1 de septiembre de 1939

LAS GUERRAS MUNDIALES, LA GUERRA FRÍA Y EL ONCE DE SEPTIEMBRE

A continuación examinaremos el ciclo planetario de Plutón con *Saturno*, que en algunas cuestiones importantes se asemeja al de Urano-Plutón. La naturaleza de esta semejanza parece reflejar la presencia activada, en ambos ciclos, del principio arquetípico asociado al planeta Plutón. Pero *la manera en que* el arquetipo de Plutón es activado durante los alineamientos de Saturno y Plutón (Saturno-Plutón) y, a la inversa, el segundo principio arquetípico que potencia e intensifica el arquetipo plutoniano (Plutón-Saturno), da lugar a panoramas completamente distintos.

Mientras que los períodos dominados por Urano-Plutón coinciden sistemáticamente con amplias agitaciones revolucionarias, renovados impulsos a la emancipación y radical innovación cultural, los sucesivos alineamientos cuadráticos del ciclo de Saturno-Plutón coinciden con períodos históricos particularmente desafiantes, marcados por una atmósfera de gran contracción: épocas de crisis y conflicto internacional, potenciación de fuerzas reaccionarias e impulsos totalitarios, violencia y opresión organizadas, todo ello marcado a veces por persistentes efectos traumáticos. Estos períodos de entre tres y cuatro años tienden a ir acompañados de una atmósfera de gravedad y una extendida sensación de fin de época: «el fin de una era», «el fin de la inocencia», la destrucción de un

modo de vida anterior que, mirando hacia atrás, podía caracterizarse por una gran complacencia, decadencia, ingenuidad y vanidad. Como en el ciclo de Urano-Plutón, el tema dominante es la transformación profunda, pero en este caso a través de la contracción, la crisis y la reacción conservadora.

Tanto la Primera como la Segunda Guerra Mundial comenzaron en coincidencia con los alineamientos prácticamente exactos de aspectos duros de Saturno y Plutón, en agosto de 1914 y septiembre de 1939. El alineamiento más reciente de Saturno y Plutón se produjo en coincidencia absoluta con los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 –la destrucción del World Trade Center en Nueva York y el ataque al Pentágono en Washington–, y los que, en gran número, se desencadenaron a partir de éstos. En la primera mitad de septiembre de 2001, Saturno y Plutón estaban a menos de 2° de la oposición exacta. (En el mismo período, una configuración del Sol en oposición a la Luna formó una «gran cruz», extraña y precisa, con Saturno y Plutón, pues las dos oposiciones –la del Sol y la Luna y la de Saturno y Plutón– se hallaban a 90°.) Muchos astrólogos habían especulado en público y en privado sobre lo que podía ocurrir durante este alineamiento, incluida la probabilidad de actos de terrorismo.[1] Apenas producidos los ataques del 11 de septiembre al World Trade Center y al Pentágono, prácticamente todos los astrólogos supieron que habían emergido las fuerzas simbolizadas por el alineamiento de Saturno y Plutón, que tantas veces había coincidido con oscuros períodos de crisis histórica y contracción.

El intenso conjunto de cualidades, emociones y significados vinculado a esos graves sucesos –el comienzo de las dos guerras mundiales, el 11 de septiembre y sus consecuencias, así como muchos otros acontecimientos semejantes durante los alineamientos de Saturno y Plutón– encaja bien con la síntesis de los principios arquetípicos asociados a esos dos planetas, en su forma más extrema: acontecimientos muy opresivos y de consecuencias perdurables, violencia y muerte a gran escala, fin irrevocable de un orden establecido de la existencia, poder de destrucción enormemente disciplinado y cuidadosamente organizado y una extendida sensación de victimización

y sufrimiento bajo el impacto de las fuerzas cataclísmicas y opresivas de la historia.

En términos más generales, este complejo arquetípico tiende a constelar una sensación de tener la vida personal determinada y constreñida por una enorme variedad de grandes fuerzas impersonales –históricas, políticas, militares, sociales, económicas, judiciales, biológicas, elementales, instintivas–, demasiado poderosas y dominantes para ser afectadas por el yo individual. Esta sensación de vulnerabilidad es a menudo compensada por un impulso de poder, control y dominación. A veces, ambas caras de esta *Gestalt* más amplia se constelan simultáneamente en dos personas o grupos opuestos: uno, en calidad de victimario; el otro, de víctima. Pero con la misma frecuencia ambos aspectos se constelan en una misma persona, un mismo grupo o una misma nación, de tal modo que cada parte del complejo evoca inconscientemente a la otra. Las experiencias de profunda humillación a que dan lugar la violencia, la violación y la derrota se ven así a menudo acompañadas de una compensatoria necesidad de demostrar vigor de acero, invulnerabilidad y capacidad para una venganza mortal.

Los períodos correspondientes a los alineamientos de Saturno y Plutón también se caracterizan por el despliegue de determinación personal y colectiva, voluntad indeclinable, coraje y espíritu de sacrificio; esfuerzo concentrado, silencioso y de gran energía ante el peligro y la muerte; creciente profundidad del discernimiento moral, gracias a la experiencia y el sufrimiento, y la transformación y la forja de duraderas estructuras materiales, políticas o psicológicas.

Los acontecimientos del 11 de septiembre constituyeron una extraordinaria tragedia y un momento cargado de consecuencias en la historia de la humanidad. Esto es particularmente cierto en lo que respecta a la gente de Nueva York y de Estados Unidos, pero como las imágenes de los edificios en llamas se difundieron inmediatamente por todo el mundo, el impacto del atentado llegó a todas partes. Los acontecimientos desencadenaron una respuesta que se mantuvo con energía durante las semanas y los meses siguientes, tanto en el terreno emocional y existencial como en el político-militar y

el de la reflexión moral. Durante este alineamiento, muchos otros pueblos conocieron una violencia horrible –Irak, Afganistán, Israel y Palestina, España, Chechenia, Sudán, Kenia, Turquía, Arabia Saudita, Marruecos, Bali–, unas veces en directa vinculación con los acontecimientos del 11 de septiembre, otras veces como parte de la oleada sincrónica de terror y muerte que marcó este período. Los hechos del 11 de septiembre y sus consecuencias se asemejan a los de otros períodos de enorme gravedad histórica, pero sobre todo a los de períodos coincidentes con alineamientos cuadráticos del ciclo de Saturno-Plutón.

Desde hace mucho tiempo se asocia a Saturno, en tanto principio arquetípico, con un complejo de significados que, aunque polivalente y diverso, posee una coherencia fácil de reconocer: las duras estructuras y limitaciones de la realidad material y la existencia mortal, la contracción y la constricción, la privación y la negación, la división y el conflicto, la gravedad, la necesidad, la terminación de las cosas. Saturno empuja las cosas hacia su conclusión y las define en su finitud. Se expresa en realidades existenciales como el envejecimiento y la madurez, la agonía y la muerte, el trabajo y el deber, el sufrimiento y la adversidad, el peso del tiempo y del pasado, la sabiduría de la experiencia. Gobierna la autoridad, la solidez, la seguridad, la fiabilidad, la tradición establecida, el statu quo, el orden y el sistema, lo que permanece y sostiene.

El arquetipo de Saturno abarca todo lo que implica límites y fronteras. Define y fundamenta, oprime y solidifica. Se expresa en la disciplina y el control, el rigor y la rigidez, la represión y la opresión. Rige el juicio, la culpa, las consecuencias de acciones del pasado, el error y la falta, el defecto y el fracaso, la pérdida de vigor y la decadencia, la depresión y la tristeza. Saturno es, para decirlo con una frase de Nietzsche, el «espíritu de lo que pesa», a la vez grave y oscuro. En términos freudianos, es el «principio de realidad», las postergaciones de la gratificación y las resistencias a ella, los obstáculos y las limitaciones que las exigencias de la vida imponen. Saturno es el portador de la verdad pura y dura: desnuda, sin adornos, instructiva, sobria, a menudo dolorosa. Es el resultado final, el funcionamiento de la necesidad, lo inevitable, lo ineludible.

En los aspectos mayores entre dos planetas, si uno de ellos es Saturno, los fenómenos correspondientes sugieren que, al combinarse con el otro principio, el arquetipo de Saturno tiende a expresar sus cualidades y temas característicos de contracción, realismo, división, privación, materialidad, dificultad, juicio, autoridad estricta, etcétera –en este caso a través del principio arquetípico asociado a Plutón–. Sobre todo en lo que respecta a los aspectos duros, el principio de Saturno tiende a poner de relieve el potencial problemático de todo lo que toca, mientras que en otros sentidos se opone a ese segundo principio planetario o lo niega. Su influencia arquetípica parece también ser uno de los acontecimientos dinámicamente orientados a coyunturas críticas y decisivas.

Así como durante los alineamientos de *Urano* y Plutón el principio arquetípico asociado a Plutón parecía potenciar e intensificar el impulso prometeico de rebelión, innovación, cambio radical y urgente necesidad de libertad, con transcendentales consecuencias transformadoras y a veces destructivas, así también durante los alineamientos de *Saturno* y Plutón el principio plutoniano parece potenciar e intensificar, a veces en un grado irresistible y a gran escala, cada una de las tendencias y cualidades saturnianas ya mencionadas. Además de esta influencia potenciadora e intensificadora, el arquetipo de Plutón también parece añadir al complejo sus cualidades características, que ponen en juego fuerzas instintivas y elementales, poder titánico y violenta intensidad, violación y destrucción, profundidades ctónicas y transformación evolutiva.

Con estos principios arquetípicos en mente podemos comenzar a observar la extraordinaria coincidencia entre, por un lado, los períodos de profunda gravedad, crisis y contracción históricas y, por otro lado, los sucesivos alineamientos mayores del ciclo de Saturno-Plutón. Lo mismo que en el ciclo de Urano-Plutón que hemos examinado en los capítulos anteriores, la evidencia vuelve a presentar aquí correlaciones que entrañan secuencias de alineamientos consecutivos de conjunción y oposición. En aras de la simplicidad y la claridad, al pasar revista a los patrones de correlaciones correspondientes al ciclo de Urano-Plutón limité en gran parte ese análisis inicial a los dos alineamientos axiales, la conjunción y la oposi-

ción, y sólo en las últimas secciones me detuve en el alineamiento cuadrático. Ahora incluiremos desde el comienzo la secuencia completa de los cuatro alineamientos cuadráticos de Saturno y Plutón. Una vez más, estos alineamientos son la conjunción (0°), la oposición (180°) y las dos cuadraturas intermedias (90°), conocidas en conjunto como «aspectos duros mayores». Sus equivalentes en el ciclo lunar son la Luna nueva, la luna llena y las dos posiciones intermedias, el cuarto creciente y el cuarto menguante. En estos capítulos, el orbe de las conjunciones y oposiciones de los tránsitos de los planetas exteriores es de aproximadamente 15°, con un margen de penumbra de hasta 20°, mientras que el orbe de las cuadraturas intermedias es un poco más pequeño, de aproximadamente 10°, con un margen de penumbra proporcionalmente menor.

La primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo XX coincidió con la previa acumulación de tensiones y el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1913-1916, entrando en alineamiento exacto de agosto a octubre de 1914, cuando la mayoría de las naciones de Europa se declaraban la guerra en rápida sucesión y movilizaban sus inmensos ejércitos para dar comienzo a la horrible matanza de los meses y años siguientes, a lo largo de toda la conjunción y aun después.

A su vez, la primera cuadratura posterior, la de 1921-1923, coincidió con la decisiva aparición del fascismo y el totalitarismo en Europa, marcados por la llegada de Mussolini al poder en Italia, la toma de la maquinaria del Partido Comunista por Stalin en la Unión Soviética y el inicio del ascenso de Hitler en Alemania, que condujo al *Putsch* de la cervecería en Munich.

El alineamiento siguiente de este tipo, la oposición que se extendió de 1930 a 1933, coincidió con la crisis económica mundial, el rápido ascenso del nazismo y el comienzo de la dictadura de Hitler en Alemania, el crecimiento del militarismo japonés y la invasión de Manchuria y China, así como la intensificación estalinista del control totalitario en la Unión Soviética, su política de colectivización forzosa y el comien-

zo de la hambruna impuesta a más de siete millones de ucranianos.

Por último, la cuadratura que cerró el ciclo coincidió precisamente con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1939-1941: en agosto y septiembre de 1939, cuando Alemania invadía Polonia, se situaba a 1° del alineamiento exacto. Este alineamiento continuó a lo largo del período más oscuro de la dominación nazi en Europa, la *Blitzkrieg*, la caída de Francia y de la mayoría de las naciones de Europa Occidental y del Norte, la horrenda batalla de Gran Bretaña, la masiva invasión alemana de la Unión Soviética, la formulación de la solución final por parte de Hitler y el comienzo del Holocausto.

Fue también en este período –agosto de 1939, con el primer alineamiento exacto– cuando Einstein, temeroso de la investigación nuclear alemana, firmó la fatídica carta a Roosevelt en la que urgía al gobierno de los Estados Unidos a desarrollar una bomba atómica (lo que más tarde él mismo calificó como «el mayor error» de su vida). El Manhattan Project dio comienzo en los meses siguientes, durante este alineamiento.

Este patrón cíclico de acontecimientos históricos del mismo carácter arquetípico y diacrónicamente relacionados recomenzó con la conjunción inmediatamente posterior de estos dos planetas, en 1946-1948, en precisa coincidencia con el inicio de la Guerra Fría, la instauración del Telón de Acero y la dominación de Europa Oriental por la Unión Soviética. Ambas expresiones –«Guerra Fría» y «Telón de Acero»– hicieron su aparición en esta época y son características del complejo arquetípico asociado al ciclo de Saturno-Plutón: la frontera rígida e impenetrable que separaba enemigos irreconciliables, el estado blindado de hostilidad permanente, la implacable frialdad del clima geopolítico, la atmósfera de oscuridad y gravedad históricas, la permanente condición global en que el temor a la aniquilación mutua equilibraba y mantenía bajo control el catastrófico poder destructivo.[2]

El período correspondiente a esta conjunción produjo una oleada de acontecimientos que evocan ese complejo arquetípico: el comienzo de la carrera armamentística nuclear mundial, el inicio de las pruebas atómicas de Estados Unidos en el Pa-

cífico Sur, la escalada de espionaje sistemático de la Guerra Fría y el contrabando de secretos atómicos a la Unión Soviética, la sucesión de ocupaciones comunistas y el establecimiento de gobiernos totalitarios en Albania, Yugoslavia, Bulgaria, Hungría, Rumania y Checoslovaquia, la crisis del bloqueo de Berlín, que enfrentaba con indeclinable intensidad a la Unión Soviética y los aliados occidentales, el rápido ascenso del comunismo bajo Mao en China, la ocupación de Corea del Norte por los comunistas, la fundación de la OTAN, el establecimiento de la CIA y el auge de la mentalidad anticomunista de la Guerra Fría en Estados Unidos. Fue durante esta conjunción, en 1948, cuando se instituyó el *apartheid* en Sudáfrica con el ascenso al poder del ala derecha del Partido Nacional de los *afrikaner*.

Las conjunciones cíclicas sucesivas de estos dos planetas tienen lugar con intervalos que varían entre treinta y uno y treinta y siete años, según la posición orbital y la velocidad de Plutón. En la secuencia de alineamientos de Saturno y Plutón del siglo XX, podemos observar que las tres conjunciones sucesivas coincidieron con hechos y decisiones que desencadenaron, a lo largo de varias décadas, otros acontecimientos causalmente relacionados. En términos generales, la primera conjunción del siglo XX, que coincidió con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, en 1914, marcó esencialmente el inicio de la «Guerra de los Treinta Años» del siglo XX, que se apoderó primero de Europa y luego, al extenderse de modo decisivo en la Segunda Guerra Mundial, del globo entero, en estrecha asociación con los aspectos cuadráticos sucesivos de esos dos planteas durante esas tres décadas (1914-1945).

A su vez, la segunda conjunción de Saturno y Plutón del siglo coincidió precisamente con el inicio de la Guerra Fría, en 1946-1948, que se desplegó de manera similar y en estricta correlación con los sucesivos alineamientos cuadráticos del siglo. La cuadratura siguiente, la de 1955-1957, coincidió con la nueva ocupación de Hungría, el aplastamiento de la disidencia en Polonia por la Unión Soviética y el recrudecimiento de las amenazas de Krushev a Occidente («La historia está de nuestro lado. ¡Os enterraremos!»). El punto medio de este ciclo, la oposición de 1964-1967, coincidió con el comienzo de

la guerra de Estados Unidos en Vietnam y su rápida escalada. La cuadratura siguiente, de 1973-1975, trajo consigo la derrota de Estados Unidos en Vietnam y la toma de Vietnam del Sur, Laos y Camboya por regímenes comunistas.

El alineamiento final de este ciclo, la última conjunción de Saturno y Plutón del siglo XX, empezó a finales de 1980 y se extendió de 1981 a cerca de finales de 1984. En esa época, la carrera mundial de armamento nuclear, la escalada de antagonismo de la Guerra Fría y el difundido miedo al Apocalipsis nuclear llegó a su apogeo durante el primer gobierno de Reagan y los últimos años de la Unión Soviética anteriores a Gorbachev, bajo Brezhnev, Andropov y Chernenko. Durante a esta conjunción, la situación global se caracterizó por el aumento masivo del blindaje defensivo, el rígido establecimien-

EL CICLO DE SATURNO-PLUTÓN

Alineamientos cuadráticos desde 1914

Orbe de 15° para conjunciones y oposiciones Orbe de 10° para las cuadraturas		Alineamientos exactos < 1°
Agosto 1913-junio 1916	*conjunción*	Octubre 1914-mayo 1915
Octubre 1921-octubre 1923	*cuadratura*	Enero-octubre 1922
Enero 1930-octubre 1933	*oposición*	Febrero-diciembre 1931
Marzo 1939-marzo 1941	*cuadratura*	Junio 1939-abril 1940
Junio 1946-septiembre 1948	*conjunción*	Julio-agosto 1947
Diciembre 1954-octubre 1957	*cuadratura*	Diciembre 1955-oct. 1956
Marzo 1964-enero 1968	*oposición*	Abril 1965-febrero 1966
Mayo 1973-mayo 1975	*cuadratura*	Agosto 1973-junio 1974
Diciembre 1980-octubre 1984	*conjunción*	Octubre 1982-julio 1983
Marzo 1992-enero 1995	*cuadratura*	Marzo 1993-enero 1994
Junio 2000-abril 2004	*oposición*	Julio 2001-junio 2002
Noviembre 2008-agosto 2011	*cuadratura*	Nov. 2009-agosto 2010
Enero 2018-diciembre 2021	*conjunción*	Dic. 2019-enero 2020

Para las conjunciones y las oposiciones, el orbe de 20° añade en general dos meses antes y después de las fechas consignadas para los 15° y, ocasionalmente, hasta once meses. De la misma manera, para las cuadraturas, el orbe de 15° añade de dos a once meses antes y después de las fechas consignadas para los 10°.

to de fronteras, la separación hostil, la satanización recíproca (por ejemplo, la calificación que Reagan hizo de la Unión Soviética como «imperio maligno» y «foco del mal en el mundo moderno»), las intensas concentraciones de fuerzas militares, la acción militar represiva y el terrorismo de Estado en muchos lugares del mundo, entre los cuales América Central y Sudamérica, Oriente Próximo y Afganistán. Entre los acontecimientos típicos de estos años destacan las actividades de los escuadrones de la muerte en El Salvador y Guatemala, la intensificación del *apartheid* en Sudáfrica, el incremento de la militancia de los extremistas islámicos en Asia Central y el incremento, con apoyo occidental, de la agresión militar de Saddam Hussein a Irán.

Este mismo ciclo es también claramente reconocible en las crisis de Oriente Próximo y las guerras araboisraelíes, con las que guarda estrecha correlación, que empezaron con el período de guerra y terrorismo en Oriente Medio en 1946-1948 y desembocaron en la fundación del moderno Israel en Palestina al comienzo de la Guerra Fría, durante la conjunción de Saturno y Plutón. A esto le siguió, poco menos que con precisión de relojería, una secuencia de guerras en Oriente Próximo: la Guerra de Suez en 1956 (cuadratura), la Guerra de los Seis Días en 1967 (oposición), la Guerra de Yom Kippur en 1973 (cuadratura), y la invasión del Líbano por Israel en 1982 (conjunción). Este último alineamiento, la conjunción de 1981-1984, coincidió también con la masiva matanza de la guerra entre Irán e Irak, la Guerra de las Malvinas entre Gran Bretaña y Argentina y el abismo de la guerra soviética en Afganistán, que condujo al surgimiento del movimiento de la *yihad* islámica, alimentado por el apoyo clandestino de Estados Unidos. Toda la secuencia de guerras de Oriente Próximo que acabamos de mencionar tuvo lugar en asombrosa coincidencia con la secuencia de alineamientos cuadráticos entre Saturno y Plutón. Este patrón se ha mantenido incólume durante la oposición más reciente de estos planetas, tanto en la Guerra de Irak de 2003, liderada por Estados Unidos, como en la crisis permanente de Israel y Palestina entre 2000 y 2004, con su traumático ciclo de atentados suicidas y la represión como venganza.

En relación con el mismo ciclo y durante el mismo período es evidente un patrón paralelo para el caso de India y Pakistán, empezando por la independencia y la partición de India en 1947-1948 y la destrucción masiva que se produjo en esa época, el asesinato de Gandhi por un extremista hindú y la muerte de millones de personas tras el desencadenamiento de la violencia sectaria. Las correlaciones cuadráticas continuaron hasta la oposición más reciente de Saturno y Plutón, que coincidió con la crisis de Cachemira, la mutua neutralización nuclear y los repetidos actos de violencia masiva y de venganza entre hindúes y musulmanes en 2000-2004.

Por tanto, el primer ciclo de Saturno-Plutón del siglo XX guardó estrecha relación con las guerras mundiales, mientras que el segundo hizo lo propio con la Guerra Fría. En cuanto al tercero, aunque todavía nos hallamos en él, los acontecimientos coincidentes con sus sucesivos aspectos cuadráticos guardan estrecha correspondencia, hasta ahora, con el fenómeno del terrorismo internacional y la consiguiente guerra contra el terror. La conjunción de 1981-1984 que hemos analizado en relación con la Guerra Fría y las guerras de Oriente Medio, también coincide con los iniciales atentados terroristas a la embajada de Estados Unidos en Beirut y los cuarteles norteamericanos y franceses en Líbano (que se han calificado como los actos terroristas de mayores consecuencias antes del ataque al World Trade Center, que se produjo bajo la oposición siguiente). Esta misma conjunción de 1981-1984 también coincidió con una repentina oleada de otros graves actos terroristas (en Irlanda del Norte, Francia, Irán, Filipinas, América Central), asesinatos (Anwar Sadat en Egipto, Indira Gandhi en India, Benigno Aquino en Filipinas) e intentos de asesinato (al papa Juan Pablo II, a Ronald Reagan) en muchos lugares del mundo. A su vez, la cuadratura siguiente de Saturno y Plutón, la de 1992-1994, coincidió exactamente con el primer ataque al World Trade Center, el primer llamamiento de Osama Bin Laden a una *yihad* contra Estados Unidos y la llegada al poder de los talibanes en Afganistán.

Por último, la oposición más reciente coincidió con el pleno surgimiento del terrorismo internacional y la guerra contra el terror, con los acontecimientos del 11 de septiembre de

2001 y la infinidad de medidas de represión, venganza y violencia con apoyo gubernamental y nuevos actos de respuesta terrorista que se produjeron tras su estela.[3] El alineamiento fue exacto por primera vez en agosto-septiembre de 2001, en coincidencia con la destrucción del World Trade Center y el ataque al Pentágono, seguidos de la invasión de Estados Unidos a Afganistán, y salió de la franja de los 3° en marzo de 2003, en coincidencia con la invasión de Irak y la táctica de destrucción rápida y demoledora conocida como *shock and awe*, «conmoción y pavor». El largo período de violencia y terror en Irak que siguió a la invasión, con vejación y tortura de los prisioneros iraquíes por militares y personal paramilitar de Estados Unidos y horribles decapitaciones y ataques suicidas de parte de los islamistas y las fuerzas iraquíes de resistencia, empezó en coincidencia con las etapas posteriores de la oposición de Saturno y Plutón de 2003-2004. Esta fase del tránsito incluye el atentado terrorista de Madrid y el escándalo de ultrajes y torturas de Abu Ghraib, que se produjeron cuando el alineamiento se acercaba al término de la franja de 15°. Junto con los más vastos despliegues cíclicos de estructuras geopolíticas y acontecimientos de consecuencias históricas trascendentales, en la invasión norteamericana de Irak se vio el final del orden mundial de la posguerra, basado en la alianza multilateral de Europa Occidental y Estados Unidos y su apoyo fundamental a Naciones Unidas. Demostraciones paralelas de terror, venganza, opresión y auge conservador tuvieron lugar en estos mismos años en la Rusia de Putin, donde el conflicto permanente con los insurgentes de Chechenia sirvió como pretexto de una neoestalinización generalizada de la vida política rusa.

Cabe destacar que en general se sitúa el comienzo de la era del terrorismo moderno en 1946, con el atentado de los sionistas radicales al King David Hotel, en coincidencia con la conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948, que también coincidió con el inicio de la Guerra Fría. En siglos anteriores hubo ciclos de Saturno-Plutón igualmente decisivos desde el punto de vista histórico, como la conjunción que tuvo lugar en 1618, al comienzo de la Guerra de los Treinta Años, que estalló en aquel año y pronto se expandió por toda Europa. El

continente entero fue asolado durante treinta años por un estado de guerra brutal, casi ininterrumpido y previamente desconocido, hasta 1648, precisamente en coincidencia con la siguiente conjunción de Saturno y Plutón, un ciclo entero después, tal como volvió a ocurrir en el período de treinta años que abarcó la Primera y la Segunda Guerra Mundial en el siglo XX.

Otra de estas conjunciones decisivas fue la de 1348-1351, que coincidió con la brusca aparición y propagación de la peste negra, que devastó Europa y puso en marcha cambios culturales y económicos que transformarían para siempre la vida europea a finales de la era medieval. La peste negra, o peste bubónica, que empezó en China en 1333 en coincidencia con la oposición anterior de Saturno y Plutón, alcanzó su punto culminante en Europa durante el período de 1348-1351, bajo la conjunción de estos planetas. Un patrón comparable puede reconocerse en la epidemia de sida, cuya amplia irrupción e identificación se produjo durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1984, y alcanzó dimensiones pandémicas mundiales, sobre todo en África, durante la oposición siguiente de los mismos planetas, la de 2000-2004.

Siempre que he dispuesto de registros históricos suficientes he podido comprobar la coincidencia de una multiplicidad simultánea de categorías de acontecimientos diversos, pero arquetípicamente conectados, con alineamientos de Saturno y Plutón. Veamos un ejemplo de esta onda sincrónica. La primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo XIII tuvo lugar en los años 1210-1213. De modo muy parecido a lo que ocurrió en el siglo XX entre 1914 y 1916, las guerras y la violencia generalizada se apoderaron de gran parte de Europa en este alineamiento, impulsadas por conflictos entre la Iglesia católica romana y el Sacro Imperio Romano Germánico y por los esfuerzos del papa Inocencio III por extirpar a herejes e infieles y sojuzgar a los enemigos políticos de la Iglesia. En esos mismos años, los cátaros del sur de Francia, amantes de la paz, fueron perseguidos y quemados en la hoguera como parte de la cruzada contra los albigenses. En Asia, durante esa misma conjunción, en 1211-1212, el conquistador mongol Gengis Jan comenzó su masiva invasión de China.

Llama la atención la correlación del ciclo de Saturno-Plutón con el genocidio, el etnocidio y las matanzas en masa. En el siglo pasado, tenemos las matanzas masivas de armenios por los turcos otomanos durante la conjunción de 1914-1915, la muerte de millones de kulaks bajo Stalin, que comenzó durante la oposición de 1930-1933, la concepción por parte de Hitler de la solución final y la eliminación masiva de judíos que se inició durante la cuadratura de 1939-1941, la matanza de cerca de un millón de indonesios por el régimen militar derechista en 1965-1966, el asesinato de más un millón de camboyanos por los Jemeres Rojos, que empezó durante la cuadratura de 1973-1975, los escuadrones de la muerte en El Salvador y Guatemala durante la conjunción de 1981-1984, los asesinatos masivos en Bosnia y en Ruanda durante la cuadratura de 1992-1994 y, más recientemente, las muertes de centenares de miles de sudaneses en la región de Darfur a manos de su propio gobierno, durante la conjunción de 2000-2004.

TENSIONES Y CONTRASTES HISTÓRICOS

Un tema constante de los períodos de alineamiento de Saturno y Plutón es el de la potenciación general de las tendencias conservadoras, reaccionaras o represivas, en coherencia con los principios arquetípicos asociados a estos planetas: lo plutoniano potencia e intensifica el impulso saturniano hacia la reacción o la represión conservadora. Por ejemplo, la conjunción más reciente de Saturno y Plutón, la de 1981-1984, coincidió con el primer gobierno de Reagan y con los últimos años del viejo régimen de la Unión Soviética bajo Brezhnev, Andropov y Chernenko. Esos años presenciaron el ascenso casi universal del conservadurismo, en formas distintas pero con evidentes características comunes. Esto no sólo se produjo en Estados Unidos y la Unión Soviética (visible, por ejemplo, en el encarcelamiento de disidentes como Sajarov y Sharansky, ordenado por el Kremlin), sino también en la Gran Bretaña de Margareth Thatcher y, en formas dictatoriales más extremas, en la Polonia del general Jaruzelski (que implantó la ley marcial y reprimió al movimiento Solidaridad), el Chile del general Pinochet, Panamá bajo Manuel Noriega, Irak bajo Saddam Hussein y Filipinas bajo Ferdinand Marcos, entre otros muchos casos.

Análogamente, en el contexto religioso, este mismo período establece una nueva era de conservadurismo en la Iglesia

católica romana bajo el papa Juan Pablo II y el ascenso de la organización del Opus Dei al poder en el Vaticano, en fuerte contraste con Juan XXIII, el papa reformista radical que presidió el Concilio Vaticano II durante la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta. En términos más generales, el período correspondiente a la conjunción de Saturno y Plutón de comienzos de la década de los ochenta se dio junto con la emergencia decisiva y la potenciación del fundamentalismo religioso en todo el mundo, fuera cristiano (tanto católico como protestante), judío, islámico o hindú. Una vez más, cada una de estas fuertes influencias conservadoras o reaccionarias tenía un carácter propio que la distinguía claramente de las demás, cada una se definía en radical oposición a las otras, y sin embargo era evidente el paralelismo arquetípico subyacente a todas ellas. Lo mismo que en el ciclo de Urano-Plutón analizado en los capítulos anteriores, esta notable combinación de polivalencia y coherencia arquetípicas durante el mismo alineamiento planetario –en este caso, formas muy distintas del impulso conservador y reaccionario– era típica de los patrones sincrónicos de los ciclos de planetas exteriores.

Si contrastamos el período correspondiente a la conjunción más reciente de *Saturno* y Plutón, de 1981 a 1984, y el correspondiente a la conjunción más reciente de *Urano* y Plutón, de 1960 a 1972, reconocemos fácilmente la diferencia entre el espíritu subyacente a dichos períodos históricos, en coincidencia con estos ciclos planetarios. Mientras que la década de los sesenta había traído consigo una amplia y decisiva potenciación del impulso emancipador, innovador, desestabilizador, revolucionario, que produjo la reforma liberal y el cambio radical en prácticamente todos los terrenos de la actividad humana –religión, política, sexualidad, derechos civiles, derechos humanos, feminismo, ecología, artes–, la de los ochenta llegó acompañada de una potenciación igualmente decisiva del impulso conservador, reaccionario o represivo en esos mismos terrenos. En Estados Unidos fue evidente durante esos años una sistemática reacción contra los diversos movimientos dominantes en la década de los sesenta. Fue derrotada la Enmienda de Igualdad de Derechos a favor de las mujeres. El gobierno de Reagan impuso nuevas políticas fede-

rales en oposición a la discriminación positiva. Se iniciaron y autorizaron políticas medioambientales que entregaban los bosques nacionales a la tala y las tierras federales a la excavación petrolera, a la vez que se derogaron las limitaciones previamente establecidas en materia de contaminación industrial. Idénticas tendencias se hicieron evidentes durante esos mismos años en Gran Bretaña bajo el gobierno de Thatcher y en muchos otros países de todo el mundo. Una vez más, en la primera mitad de la década de los ochenta, el principio plutoniano de intensificación y potenciación parece haberse unido vigorosamente al principio arquetípico de contracción y conservadurismo asociado a Saturno, tal como había hecho en los años sesenta con el principio arquetípico de emancipación e innovación asociado a Urano.

Mientras que el complejo arquetípico asociado a los alineamientos de Urano y Plutón se expresaba coherentemente en la forma de radicales impulsos liberadores y revolucionarios, los alineamientos de Saturno y Plutón tendían a coincidir con el surgimiento del «conservadurismo radical». El factor común a ambas tendencias, el componente radical, parece reflejar la cualidad y la orientación características que la presencia del arquetipo de Plutón imprime a cualquier complejo. La naturaleza del principio plutoniano-dionisíaco consiste en presionar a favor de una mayor intensidad, de llegar al extremo, de ser convincente, profundo, radical, en el sentido de *radix*, raíz, esto es, con fundamento en las profundidades, en el poder del inframundo, capacidad para transmitir una fuerza arrolladora a todo lo que se toca y posesión de una potencialidad compulsiva, destructiva e incluso autodestructiva.

Pero ¿qué sucede cuando dos ciclos planetarios asociados a complejos arquetípicos tan diferentes coinciden o se superponen durante el mismo período? He comprobado que cuando los alineamientos más breves del ciclo de Saturno-Plutón (entre tres y cuatro años de duración) coinciden con los alineamientos más prolongados del ciclo de Urano-Plutón (entre doce y trece años), como ha ocurrido a mitad de la década de los sesenta del siglo XX y en el período correspondiente a la Revolución Francesa, se ponen claramente en evidencia complicadas tensiones arquetípicas. Una prolongada configura-

ción triplanetaria de este tipo, con Saturno en oposición a la conjunción de Urano y Plutón, tuvo lugar durante el período crítico de 1964-1967 (que se extendió a una parte de 1968). Estos años no sólo coincidieron con el estallido y la escalada de la Guerra de Vietnam, bajo la presidencia de Lindon Johnson, sino también con extensos disturbios urbanos y violentas conmociones sociales en Estados Unidos (Los Ángeles, Detroit, Newark y otras ciento veinte ciudades) y la Revolución Cultural en China conducida por los Guardias Rojos, entre otros muchos fenómenos similares en todo el mundo en esos años críticos, desde Centro y Sudamérica hasta África e Indonesia.

En esos períodos parece haberse constelado una tensión dinámica, dialéctica, una síntesis de los tres diferentes complejos arquetípicos: el impulso más revolucionario, rebelde e innovador, asociado a Urano, en diversas combinaciones con el impulso asociado a Saturno, más ligado a las limitaciones, la contracción y el control, y ambos potenciados e intensificados, a menudo con violencia, por el principio asociado a Plutón. Los alineamientos de estos tres planetas en aspecto duro estuvieron sistemáticamente correlacionados con períodos de reforzada actividad emancipadora y revolucionaria, así como redoblados esfuerzos de orden, control, reacción conservadora y represión, la combinación de todo lo cual produce un estado de extrema tensión y de crisis. Las divisiones –generacional, política, cultural– tendieron a ser exacerbadas no sólo en la sociedad, sino también en el mundo, como ocurrió con el «abismo generacional» que se produjo durante este período en los años sesenta (véase *Mi generación*, de The Who: «Espero morir antes de hacerme viejo»). En términos más generales, fue en esos años cuando emergieron las «guerras culturales», todavía hoy causa de tensas divisiones en el seno del cuerpo social y político de los Estados Unidos.

En tales épocas fue especialmente problemática la intensificación de la sublevación revolucionaria y la represión autoritaria, en férrea dialéctica de activación recíproca. A veces, estos impulsos opuestos estaban presentes simultáneamente en el mismo movimiento político o fenómeno histórico, a menudo con catastróficas consecuencias, como en el caso de

los Guardias Rojos de Mao durante la Revolución Cultural China, que barrieron las regiones rurales dominados por un frenesí destructivo de actividad represiva «revolucionaria».

Durante la Revolución Francesa, cuando estos dos mismos ciclos se superpusieron para formar otro alineamiento multiplanetario de Saturno, Urano y Plutón, esta configuración se produjo entre 1793 y 1796, en coincidencia con el Reino del Terror. También aquí se trató de una época intensamente revolucionaria y al mismo tiempo intensamente represiva, como se advierte en los poderes dictatoriales que se arrogó el Comité de Salud Pública encabezado por Danton y luego por Robespierre, con su «puritanismo revolucionario». Se intentó entonces ejercer un control de rigidez sin precedentes sobre la nación mediante la implantación de un régimen de conformismo y temor. Se presionaba a los vecinos y a los miembros de una misma familia para que se denunciaran unos a otros, se realizaban apresurados juicios contra los que eran considerados culpables. Se reprimió las sociedades de mujeres y se encarceló y luego guillotinó a las figuras femeninas más importantes de la revolución, como Olympe de Gouges. En menos de un año, entre septiembre de 1793 y julio de 1794, se decapitó en guillotinas montadas en plazas públicas a más de 25.000 sospechosos de ser enemigos, incluidos, finalmente, los propios Danton y Robespierre. Todo el período de triple alineamiento estuvo marcado por torbellinos sociales de una magnitud casi imposible de imaginar, orgías de violencia desenfrenada y la muerte de centenares de miles de franceses a manos de su propio ejército revolucionario. La fase tardía de este mismo período de alineamiento triplanetario produjo la reacción conservadora de Termidor, que, como rechazo al Terror, dio marcha atrás a muchas de las reformas democráticas de la primera parte de la Revolución e inició un período de venganza contra los radicales. También aquí se advierte otra expresión de las dos tendencias opuestas, la revolucionaria y la conservadora, en tensa combinación.

Además de la configuración de mediados de los años sesenta, hubo en la historia del siglo XX otro período en que estos tres planetas –Saturno, Urano y Plutón– formaron un alineamiento constituido exclusivamente por aspectos duros.

Fue de finales de 1929 a 1933 cuando la cuadratura más larga de Urano y Plutón, que se prolongó durante la mayor parte de los años treinta, se unió a Saturno desde el comienzo mismo, en lo que se conoce como formación cuadrática en T (dos planetas en oposición de 180° y un tercero en alineamiento cuadrático de 90° con ambos). Los tres planetas entraron en el punto medio exacto de la configuración –Urano a mitad de camino entre Saturno y Plutón a menos de 1°–, a finales de octubre de 1929, en total coincidencia con el hundimiento de la bolsa de valores de Wall Street, el 29 de octubre, «el día más nefasto en la historia de la bolsa de valores», que precipitó la primera fase de la Gran Depresión y contribuyó a poner en movimiento las tumultuosas agitaciones políticas de la década siguiente.[4] La cuadratura más larga de Urano y Plutón continuó durante los años treinta, en coincidencia con la conmoción social y política que catalizó movimientos de masas y el nacimiento de filosofías y partidos políticos radicales, agravó el malestar de los trabajadores, las huelgas y las manifestaciones estudiantiles y desató la violencia multitudinaria y las inmigraciones en masa.

La convergencia de los tres planetas en aspecto duro durante el período 1929-1933 parece correlacionarse con acontecimientos históricos que reflejan los temas característicos de los tres ciclos planetarios implicados: el ciclo de *Saturno-Plutón*, con su intensificación de los impulsos autoritarios y totalitarios, dificultades generales, quiebra económica y los otros fenómenos que se analizan en la presente sección; el ciclo de *Urano-Plutón*, con su permanente inquietud social y política, movimientos de masas, auge de programas políticos radicales y cambios demográficos a gran escala, que hemos observado en los capítulos precedentes, y un ciclo que todavía no hemos estudiado, el de *Saturno-Urano*.

Los períodos históricos en que Saturno y Urano entran en aspecto dinámico están marcados por temas fáciles de comprender en función de los principios arquetípicos asociados a esos dos planetas: la exacerbación de tensiones entre autoridad y rebelión, orden y libertad, estructura y cambio. A menudo, ambos principios arquetípicos se combinan e interpenetran contradictoriamente: revolución represiva, autoridad

errática e impredecible, etcétera, como fue sin duda el caso durante el Terror en la Francia revolucionaria y la Revolución Cultural china, como se acaba de exponer. Particularmente frecuentes son en este ciclo las crisis y repentinos hundimientos de estructuras, choques y accidentes, súbitos fracasos y quiebras, tanto en el campo político como en el económico o el psicológico.

Esos fenómenos coinciden regularmente con alineamientos de aspecto duro del ciclo de Saturno-Urano; con la presencia adicional de Plutón en la configuración de tres planetas, es típico que se constele una dimensión particularmente masiva, abrumadora e incluso catastrófica. En el período de 1929-1933, las desestabilizaciones políticas y económicas (Saturno-Urano) catalizaron repentinamente todo un abanico de fenómenos característicos de Saturno-Plutón: colapso económico, pobreza y traumáticas dificultades personales a gran escala en todo el mundo, además del rápido ascenso de fuerzas autoritarias y totalitarias en Alemania, el fortalecimiento de Hitler y sus políticas antisemitas tras la caída del liberalismo alemán y la República de Weimar; en la Unión Soviética, el agravamiento de la represión de Stalin y el tremendo desastre que supuso para Ucrania la imposición de sus políticas de colectivización forzada, hambrunas generalizadas, el sistema de gulag, el exilio y el desplazamiento obligado de millones de personas; la agresiva afirmación del militarismo fascista en Italia y Japón y el ascenso de los movimientos políticos fascista y comunista, que pujaban por tomar el poder en muchos otros países. Los economistas aún no han podido explicar adecuadamente la repentina recesión de 1929-1933, que sacudió los fundamentos de las estructuras mundiales y tuvo consecuencias a muy largo plazo. También en este período fue cuando se produjo la división del átomo, en el Cavendish Laboratory, en 1932, lo que, con la repentina liberación de una energía titánica, representa otra forma de quiebra estructural, también con consecuencias futuras de enorme alcance. Fue la única cuadratura en T de Saturno, Urano y Plutón del siglo XX.

He comprobado que los individuos nacidos bajo esta configuración en 1929-1933, y también los nacidos bajo el alinea-

miento triplanetario de 1964-1967, parecen experimentar con especial sensibilidad los desafíos y las tensiones de esas fuerzas dinámicamente interactivas en el curso de su vida. En una extremada variedad de modalidades, las circunstancias de su vida parecen exigirles mantener la tensión y negociar un choque de opuestos enormemente complejo, a veces (como en el caso de Mijail Gorbachev y Boris Yeltsin, nacidos ambos en 1931, cuando la cuadratura en T se hallaba casi en su punto exacto) a gran escala y con consecuencias duraderas.

Es notable comprobar que el propio Karl Marx nació en un momento en que Saturno, Urano y Plutón formaban aspectos duros entre sí. Este complejo arquetípico triple se observa también en la acusada tensión, a menudo inconsciente, que se dio en la personalidad y el pensamiento de Marx entre el impulso uraniano a la rebelión, la innovación y la emancipación, y el impulso saturniano al control, la rigidez, la estructura, la represión y la autoridad, principios que se entremezclan de maneras contradictorias y problemáticas, ambos forzados y potenciados con una intensidad titánica de índole plutoniana. En consecuencia, Marx nació bajo un tipo de configuración que coincidía con los distintos períodos que hemos examinado en los párrafos previos: la época del Terror y del Comité de Salvación Pública de la Revolución Francesa de mediados de la última década del siglo XVIII, el tumultuoso período de ruptura y crisis política y económica de 1929-1933 y la época de la Revolución Cultural china bajo Mao, que empezó a mediados de los años sesenta del siglo XX, todas ellas etapas históricas en que se pusieron en práctica, a gigantesca escala colectiva, los temas e impulsos contradictorios característicos del pensamiento de Marx.

AUGE CONSERVADOR

Para volver al ciclo de Saturno-Plutón propiamente dicho, examinaremos la configuración de acontecimientos históricamente significativos que coinciden con las conjunciones sucesivas y luego con las cuadraturas y las oposiciones intermedias. Los sucesos correspondientes a la conjunción de 1981-1984 –la potenciación de las tendencias conservadora y reaccionaria en todo el mundo y la intensificación máxima del antagonismo de la Guerra Fría entre las dos superpotencias– pueden reconocerse en estrecha relación con los acontecimientos de la conjunción inmediatamente anterior de Saturno y Plutón, la de 1946-1948, a comienzos de la Guerra Fría. Durante el primero de estos alineamientos, la instauración del Telón de Acero y la dominación soviética de Europa Oriental se correspondió en Estados Unidos con el establecimiento, en el marco de la Guerra Fría, de un buen número de estructuras políticas y militares anticomunistas que caracterizaron la respuesta norteamericana a ese estado de crisis y tensión global permanente. Entre ellas cabe destacar la creación de la CIA, el Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Defensa; la formulación de la política de contención con el influyente documento de George Kennan publicado en *Foreign Affairs* y la afirmación de la doctrina Truman; la intensificación de las audiencias que celebraba el Comité de Acti-

vidades Antinorteamericanas del Congreso (HUAC) y que desembocó en el macartismo, el establecimiento de la lista negra de Hollywood y la amplia caza de brujas anticomunista, entre muchos otros fenómenos comparables que expresaban ese complejo arquetípico.

Es digno de destacar que George Orwell escribiera su sombría visión de la opresión y el control totalitario, *1984*, durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948, y que la situara precisamente en 1984, año que coincide con la conjunción siguiente de Saturno y Plutón, un ciclo entero más tarde. Lo que movió a Orwell a escribir el libro fue su creciente temor y su convicción de que no sólo había empezado una Guerra Fría (la expresión es suya) contra el totalitarismo, sino que en ese período crítico de finales de la década de los cuarenta, durante la conjunción, las democracias occidentales la estaban perdiendo.

Estos dos períodos –el de 1946-1948 y el de 1981-1984–, que coincidieron con dos *conjunciones* sucesivas de Saturno y Plutón, están histórica y arquetípicamente relacionados con el período de *oposición* intermedio de esos mismos planetas, en 1964-1967. En Estados Unidos, por ejemplo, en 1964, Barry Goldwater –contra la tendencia general de la década– inició el gradual ascenso de las bases populares de la derecha republicana, que culminó en la conjunción siguiente de Saturno y Plutón con la elección de Reagan. Durante la misma oposición, en 1966, Reagan inició su ascenso político al ganar las elecciones de California por aplastante mayoría e inmediatamente después entró en acción para reprimir las protestas estudiantiles y el movimiento por la libertad de expresión en la Universidad de California en Berkeley. Igualmente representativo del giro a la derecha de este período de 1964-1967 fue el auge de una extendida «reacción blanca» contra las conquistas obtenidas por los negros en materia de derechos civiles. También el gobierno de Johnson se inclinó a la derecha, como lo muestra su decisión de intensificar la Guerra de Vietnam a partir de 1964-1965. En la Unión Soviética, Krushev, más liberal, fue sustituido en 1964 por Brezhnev, más conservador, cuyo régimen se mantuvo precisamente hasta la conjunción siguiente de Saturno y Plutón, la de 1982.

Este patrón cíclico de auge conservador en Estados Unidos llega hasta el alineamiento más reciente de Saturno y Plutón, la oposición de 2000-2004. Este alineamiento empezó con la discutida elección presidencial y la decisión del Tribunal Supremo que dio el poder a Bush hijo y a la derecha exactamente cuando la oposición entraba por primera vez en la franja de 15°, en el otoño de 2000. El posterior aumento de poder del gobierno de Bush y la derecha republicana tras los sucesos del 11 de septiembre de 2001, junto con la sistemática intensificación de sus esfuerzos en nombre de un programa conservador extremo, coincidió precisamente con el momento en que la oposición de Saturno y Plutón alcanzó la exactitud. El período de mayor auge conservador, incluida la invasión norteamericana de Irak de marzo de 2003, coincidió con la oposición de Saturno y Plutón durante los dos años siguientes. El propio George W. Bush nació bajo la conjunción de Saturno y Plutón de 1946.

Durante todos los períodos regidos por Saturno-Plutón que hemos examinado hasta ahora, como el de 1981-1984 o el de 2000-2004, última conjunción y última oposición de estos planetas, respectivamente, podemos observar la coherencia con que, con amplio apoyo social y político, estas épocas dan lugar a una vigorosa determinación al restablecimiento de los «valores tradicionales». Tienden entonces a surgir diversos movimientos consagrados a «restaurar un sólido fundamento moral», a reafirmar «la mayoría moral», a «recuperar los valores de la familia». Por ejemplo, en Estados Unidos, mientras que la década de los sesenta, durante la conjunción de Urano y Plutón, exaltó a los pensadores progresistas, radicales y revolucionarios, el período de 1981-1984 y el más reciente de 2000-2004, durante los alineamientos de Saturno y Plutón, dieron alas a una serie de pensadores conservadores y neoconservadores. Mientras que los años sesenta trajeron consigo una oleada de rebelión contra las estructuras y los valores establecidos, rebelión que una gran parte de la población hizo suya, los períodos de 1981-1984 y 2000-2004 llegaron acompañados de un movimiento conservador que exigía ley y orden y que contó con una adhesión tan amplia como aquélla. Toda la década de los sesenta y su *ethos* dominante se convirtieron con frecuen-

cia en blanco de la condena moral de las personalidades más destacadas de los años 1981-1984, como cuando Margareth Thatcher, siendo primera ministra, rechazó el espíritu de los años sesenta en 1982: «Las teorías a la moda y las charlatanerías permisivas prepararon una sociedad en la que se ultrajaron los viejos valores de disciplina y contención».

Durante los períodos dominados por Saturno-Plutón, como los de 1981-1984 o 2000-2004, la potenciación de la tendencia conservadora se expresó también en restricciones sociales y legales y juicios (Saturno) contra la sexualidad (Plutón), tales como los intentos de limitar el uso de medios anticonceptivos y el derecho al aborto, las relaciones sexuales prematrimoniales y el matrimonio homosexual. Durante ambos períodos se recortó la financiación gubernamental de la investigación científica y de los programas internacionales de salud pública, que los conservadores consideraban un estímulo a la irresponsabilidad sexual. Se defendió la abstinencia sexual y la monogamia como ideales sociales y religiosos. La naturaleza misma pareció conspirar a favor del cambio arquetípico que se produjo entre los años sesenta y comienzos de los ochenta, cuando la aparición de la epidemia de sida, en coincidencia con la conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1984, produjo lo que en su momento se bautizó como «el fin de la revolución sexual» y de la era de experimentación y libertad sexual, que había predominado durante la conjunción de Urano y Plutón y el despertar dionisíaco de la década de los sesenta. Temas tan típicos de Saturno-Plutón como el sufrimiento, la enfermedad, la muerte y el temor generalizados se presentaron esta vez en relación con la sexualidad, tal como hizo la transformación conservadora de las costumbres sociales con el establecimiento de nuevas estructuras de inhibición y control, tanto internas como externas.

Otro importante conjunto de temas típicos de Saturno-Plutón se puso de manifiesto en la psique colectiva de esta época en el gran número de interpretaciones fundamentalistas de la epidemia y en la denuncia moral de la misma como justo castigo de Dios por el pecado y el libertinaje. Este fenómeno se parecía mucho al del amplio surgimiento de opiniones que en la Europa medieval, durante la conjunción de Saturno y

Plutón de 1348-1350, consideraron evidente que la peste negra o bubónica era la encarnación de la ira con que Dios castigaba a los hombres.

Interpretaciones análogas de acontecimientos de la historia contemporánea reaparecieron durante la conjunción de Saturno y Plutón correspondiente al período 2000-2004, como las afirmaciones fundamentalistas cristianas acerca de la verdadera causa del ataque al World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre. Líderes religiosos como Jerry Falwell y Pat Robertson sostuvieron que los atentados eran el justo castigo divino por la corrupción moral y el libertinaje de la ciudad atacada, que simbolizaba los pecados cometidos por la América secular, los liberales, los homosexuales y las feministas. En cierto sentido, estos juicios eran casi idénticos, tanto en terminología como en carácter arquetípico, a las ideas de los fundamentalistas islámicos, incluidas las que inspiraban a los terroristas de la *yihad*. En otros períodos de la historia se produjeron fenómenos comparables, como las antiguas interpretaciones, tanto paganas como cristianas, del saqueo de Roma por los bárbaros como expresión de la cólera punitiva de los dioses o de Dios contra un pueblo sin fe.

El contraste arquetípico entre la época uranoplutionana de los años sesenta del siglo XX y los dos períodos dominados por Saturno-Plutón de comienzos de los ochenta y los primeros años del siglo XXI resulta igualmente claro si observamos las actitudes populares predominantes en esas épocas en lo tocante al patriotismo. En Estados Unidos, por ejemplo, mientras que en los sesenta hubo una amplia y ferviente resistencia ciudadana al gobierno de la nación durante toda la década, en los períodos 1981-1984 y 2000-2004, por el contrario, se advierte un resurgir igualmente amplio y ferviente del patriotismo tradicional norteamericano, visible por doquier en la exhibición de banderas, la realización de ceremonias y la expresión de actitudes populares. A menudo, un impulso patriótico y un impulso conservador favorable a la ley y el orden, ambos intensificados, se fundieron estrechamente, como ocurrió con la Patriot Act del período de 2001-2004. Aprobada de urgencia por el Congreso de los Estados Unidos inmediatamente después del atentado del 11 de septiembre y con la

supervisión de John Ashcroft al frente del ministerio fiscal, la ley establecía como «medidas vitales de seguridad» un ámbito de jurisdicción gubernamental en el que muchos observadores vieron la conculcación de las libertades civiles, tan discutible que se hicieron amplias y repetidas referencias a *1984*, de Orwell, y a la sombra del control del Gran Hermano Estado sobre la vida privada y la libertad de los ciudadanos. La tendencia a la hipervigilancia y las fronteras blindadas que se asocia al complejo arquetípico de Saturno-Plutón fue evidente en la experiencia colectiva del período 2001-2004, como en la extremada intensificación de la seguridad de los viajes aéreos, las constantes advertencias de máxima alerta ante amenazas de catástrofes y la gran popularidad de vehículos todoterreno agresivamente superdimensionados, cuasi militares. (El propio tanque acorazado se inventó y se fabricó por primera vez durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1914-1915.)

Los alineamientos cuadráticos del ciclo muestran más señales de ese mismo patrón. Por ejemplo, en el contexto político norteamericano, el alineamiento cuadrático más reciente de Saturno y Plutón se produjo en 1992-1994 (a mitad de camino entre la conjunción de principios de los ochenta, con la primera presidencia de Reagan, y la oposición de 2000-2004, con la primera presidencia de Bush hijo). Ese período coincidió con el ascenso intermedio del conservadurismo, materializado en el Congreso de mayoría republicana que se eligió en 1994, con Newt Gingrich como portavoz y el «Contract with America» como su manifiesto. La misma cuadratura de Saturno y Plutón coincidió con una inequívoca oleada de acontecimientos en Estados Unidos y en todo el mundo que reflejaban los patrones característicos de este complejo arquetípico, como el apocalíptico sitio en Waco (Texas), al grupo fundamentalista de los Branch Davidians; el juicio por apaleamiento a Rodney King y los posteriores disturbios en Los Ángeles; la emboscada a soldados norteamericanos en Mogadiscio por señores de la guerra de Somalia, el combate más desastroso para los Estados Unidos desde Vietnam; la crisis bosnia y la limpieza étnica en Yugoslavia, con los primeros campos de concentración en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, más el comienzo de la crisis y las masacres de Ruan-

da. Todos estos acontecimientos se produjeron durante el mismo alineamiento de Saturno y Plutón de 1991-1994, en coincidencia con los diversos acontecimientos ya mencionados en relación con este período y el terrorismo internacional, a saber, la llegada al poder de los talibanes fundamentalistas en Afganistán, el llamamiento de Bin Laden a la *yihad* contra los Estados Unidos y el atentado contra el World Trade Center. Como es típico de estos aspectos duros de Saturno y Plutón, por doquier se palpaba el ambiente general de contracción en los asuntos humanos.

Durante todos estos alineamientos se destacaron muchos otros temas relacionados con este complejo arquetípico: cada vez más llamamientos al rigor moral y las restricciones sociales, la censura y la represión, los modelos puritanos de conducta, severos juicios punitivos (como el uso creciente de las duras leyes de la *sharia* en el mundo islámico, o la imposición de la pena de muerte en Estados Unidos), y las guerras contra enemigos percibidos como malignos. Llama la atención la notable correlación de muchos de estos períodos de alineamientos cuadráticos con depresiones, recesiones y dificultades económicas en el mundo entero (1921-1923, 1929-1933, 1946-1948, 1973-1975, 1981-1984, 2000-2004). En términos más generales, este patrón cíclico parece coincidir con una extendida sensación, tanto individual como colectiva, de estar severamente constreñido o amenazado por fuerzas superiores, por poderes hostiles, por la pobreza o la falta de recursos, por la herencia y los errores el pasado, así como por los juicios punitivos y el poder opresivo de la autoridad.

Igualmente notable durante los alineamientos de Saturno y Plutón es el despliegue de acontecimientos con un claro marchamo de grave delito, escándalo moral y político, culpa y humillación pública, proceso y sentencia judicial, crimen y castigo. Los juicios de Nuremberg a los criminales de guerra nazis durante la conjunción de Saturno y Plutón en 1946-1948 fueron un ejemplo de consecuencias históricas característico de esta tendencia. El famoso *J'accuse*, de Émile Zola, carta abierta al presidente de Francia que denunciaba el antisemitismo del departamento de guerra en el caso Dreyfus y que obligó a celebrar un nuevo juicio y a poner en conocimiento público el

gran alcance de la corrupción militar y gubernamental, fue escrito durante la oposición de Saturno y Plutón de 1898-1899.

El alineamiento más reciente de Saturno y Plutón, el de 2000-2004, coincidió con la oleada de escándalos en la Iglesia católica romana, cuya jerarquía fue acusada de encubrir sistemáticamente los delitos de abuso sexual que cometían sus sacerdotes. Esta crisis produjo una crítica generalizada del aspecto sombrío de las restricciones impuestas por la jerarquía en lo relativo a la sexualidad humana, el celibato obligatorio de los sacerdotes, la dominación masculina de la jerarquía y la situación de subordinación religiosa de las mujeres. El gran número de iglesias que cerraron o que se declararon en quiebra tras la estela de escándalos y juicios refleja de modo muy semejante el mismo campo arquetípico. En el mismo período tuvieron lugar importantes escándalos empresariales y financieros con prácticas delictivas sistemáticas de administradores y ejecutivos de Enron, Halliburton, WorldCom, Vivendi, Harken Energy y la Bolsa de Nueva York, entre muchos otros en Estados Unidos, aparte de episodios similares en Rusia, Italia, Francia, México o Naciones Unidas. Estos fenómenos reflejaban el tema, característico de Saturno-Plutón, del crimen y el castigo, del juicio saturniano por transgresiones plutonianas, ya fueran de codicia, de poder, de sexualidad o de corrupción política.[5]

El escándalo más espectacular en la historia política de los Estados Unidos, el Watergate, las audiencias senatoriales y la dimisión forzosa de Nixon, coincidieron con la cuadratura de Saturno y Plutón de 1973-1975. Fue éste el alineamiento cuadrático inmediatamente posterior a la oposición del comienzo de la Guerra de Vietnam. Es significativo que este mismo alineamiento coincidiera en 1973-1975 con la derrota de Estados Unidos en Vietnam (que los norteamericanos percibieron en general como humillante y traumática, cualidades características del complejo arquetípico de Saturno-Plutón) y con el embargo de petróleo de la OPEP y la crisis energética mundial, que culminó en una recesión económica global y tuvo importantes ramificaciones geopolíticas, que se pusieron de manifiesto en los años siguientes.

Además, otros acontecimientos muy característicos del

ciclo y del complejo arquetípico de Saturno-Plutón durante este mismo período fueron el golpe de Estado del ala derecha del Ejército en Chile, la invasión de Chipre por la junta militar griega, la devastadora hambruna en Etiopía, la primera prueba de arma nuclear en India, la Guerra de Yom Kippur en Oriente Próximo, el permanente bombardeo de Estados Unidos sobre civiles en Camboya y el comienzo de la destrucción genocida que practicaron los Jemeres Rojos bajo el régimen dictatorial de Pol Pot. Una vez más, durante el período correspondiente a este alineamiento fue tangible una muy difundida sensación de profunda contracción y crisis histórica.

Lo mismo que en el caso de George W. Bush a comienzos del período 2000-2004, es típico de estas épocas que los individuos nacidos bajo alineamientos de Saturno y Plutón –como Henry Kissinger, que nació bajo la cuadratura de 1923– tengan particulares aptitudes para la política y desempeñen papeles importantes en acontecimientos históricos de esa época, como hizo Kissinger en muchos de los acontecimientos que acabamos de mencionar: Vietnam, Camboya, Oriente Próximo, Chile. Análogamente, Donald Rumsfeld y Dick Cheney, los dos hombres que ejercieron las funciones de mayor responsabilidad en la política exterior de Bush que se inició durante la oposición de Saturno y Plutón de 2000-2004, nacieron bajo los alineamientos cuadráticos que tuvieron lugar entre el nacimiento de Kissinger y el de Bush (Rumsfeld en la oposición de 1932 y Cheney durante la cuadratura de 1941, ambos con su Sol alineado con la configuración de Saturno y Plutón).

En la notable secuencia diacrónica siguiente podemos ver a la vez la acusación pública de conducta inmoral, solemne proceso y juicio, denuncia fundamentalista, prohibición y rotunda afirmación de autoridad conservadora o reaccionaria con consecuencias fuertemente inhibidoras y represivas. El proceso por herejía y la ejecución de Giordano Bruno por la Inquisición romana coincidió con la oposición de Saturno y Plutón de 1600. Durante la conjunción inmediatamente posterior de estos mismos planetas, la de 1616, el Vaticano declaró «falsa y errónea» la teoría de Copérnico e incluyó *De Revolutionibus* en la lista de libros prohibidos a todos los católicos romanos,

el *Index Librorum Prohibitorum*. El alineamiento axial inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, la oposición de 1632-1633, coincidió con el requerimiento, proceso y condena de Galileo y la inclusión del *Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo* en el *Index* de libros prohibidos. Estos tres trascendentales acontecimientos en que están involucrados la Inquisición, los procesos eclesiásticos por herejía, la censura y la condena, coincidieron con la secuencia de alineamientos axiales de Saturno y Plutón de 1600, 1616 y 1632-1633, que en esos años específicos eran exactos.

Durante un alineamiento anterior de Saturno y Plutón, el de 1543 (el año en que se publicó *De Revolutionibus* y en que murió Copérnico), la Inquisición española quemó por primera vez a protestantes en la hoguera y el papa Pablo III instituyó en Roma el *Index Librorum Prohibitorum*. Este tema, distintivo del complejo arquetípico de Saturno-Plutón, afectaba tanto a católicos como a protestantes: durante la oposición inmediatamente anterior de Saturno y Plutón de 1534-1536, Enrique VIII encarceló en Inglaterra a Tomás Moro, su docto amigo y *lord chancellor*, por negarse a reconocerlo como cabeza de la Iglesia inglesa (1534), y un año después lo decapitó (1535).

Fue durante este mismo alineamiento cuando Calvino –que había nacido bajo la primera cuadratura de Saturno y Plutón del siglo– publicó *La institución de la religión cristiana*, con sus doctrinas sobre la depravación innata de la humanidad después de la Caída, la predestinación a la condena eterna para la mayor parte de la humanidad y, por tanto, la necesidad de severas restricciones al pensamiento y la acción humanos, para asegurar la rectitud moral y la corrección dogmática. Durante ese mismo período, bajo la influencia de Calvino, los reformadores protestantes se apoderaron del gobierno de Ginebra: se encarceló entonces a los sacerdotes católicos, se arrasaron los altares y se destruyeron las imágenes sagradas, se multó a los ciudadanos por no asistir a los sermones y dio comienzo a un régimen de estricta censura moral. Durante la conjunción inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, la de 1553, el médico, astrólogo y teólogo aragonés Miguel Servet –que había criticado la *Institución* de Calvino y se

había opuesto a las doctrinas del pecado original y la depravación humana innata y sostenido en cambio la presencia de Dios en toda la creación– fue arrestado en Ginebra por herejía, a requerimiento de Calvino, y quemado en la hoguera. La repulsa a la ejecución de Servet contribuyó a catalizar el nacimiento de la tolerancia religiosa en Europa.

Es notable que Saturno y Plutón también estuvieran en oposición del 28 al 31 d.C., los años en que muchos historiadores bíblicos ubican el juicio a Jesús y su crucifixión. También se encuentran claramente temas característicos del ciclo de Saturno-Plutón en el espíritu de profunda perentoriedad, gravedad y enjuiciamiento moral, llamadas al arrepentimiento y apocalípticas expectativas del fin de los tiempos que impregnan los relatos del Nuevo Testamento sobre las enseñanzas tanto de Jesús de Nazaret como de Juan el Bautista, cuyo ministerio comenzó el 28-29, «en el año quince de Tiberio César».

Si miramos a un pasado aún más lejano, encontramos que Saturno y Plutón también formaban un aspecto duro en 399 a.C., el año del juicio contra Sócrates y su muerte en Atenas, condenado por «impiedad y corrupción de la juventud» por sus enseñanzas filosóficas. Aquí, una vez más, al igual que en el juicio a Giordano Bruno y su quema en la hoguera en 1600, la condena del copernicanismo por la Iglesia en 1616 y el juicio a Galileo por la Inquisición en 1633, observamos la coincidencia del ciclo de Saturno-Plutón con acontecimientos de gran calado histórico que reflejan el motivo del proceso, el juicio, la condena y la afirmación punitiva de la autoridad conservadora o reaccionaria.

ESCISIÓN, MAL Y TERROR

Una de las características más importantes y potencialmente útiles que he observado en todas las categorías de correlaciones es la persistencia de algo común –aunque no libre de ambigüedad– a las experiencias interiores y los acontecimientos exteriores correspondientes al mismo alineamiento. El complejo arquetípico involucrado parece tan pertinente para la comprensión de las manifestaciones subjetivas como de las objetivas, y a menudo es difícil establecer una frontera entre unas y otras.

Por ejemplo, los alineamientos del ciclo de Saturno-Plutón, incluido el más reciente, que coincidió con los acontecimientos del 11 de septiembre y sus secuelas, no sólo parecen guardar relación con acontecimientos cuya extraordinaria gravedad, peligro, carácter opresivo y oscuridad moral eran absolutamente reales, sino también con una tendencia igualmente pronunciada de la psique colectiva a constelar esas sombrías cualidades con insólita potencia. Esta tendencia adoptó de modo característico formas tales como la interpretación del mundo en términos exclusivos de guerra entre el bien y el mal, la percepción y la imposición intransigente de dicotomías simplistas, la consideración de los otros como peligrosas amenazas morales o mortales y la identificación de individuos o Estados particulares como perversos enemigos.

A menudo se producía un estallido de antiguos resentimientos y enemistades, como ocurrió con la acusada tendencia a buscar chivos expiatorios y, al mismo tiempo, a sentirse víctima de determinados grupos.

Estos fenómenos se daban típicamente acompañados del establecimiento de rígidas fronteras defensivas y estructuras políticas represivas que se justificaban en nombre de la «seguridad vital», a menudo en combinación con la agresión «preventiva» contra enemigos reales o imaginarios. Es sistemática la coincidencia de actos deliberados y extremadamente organizados de destrucción masiva con aspectos cuadráticos de Saturno y Plutón, actos que a menudo se justificaban como respuesta necesaria a cuestiones de vida o muerte, supervivencia nacional o necesidad de ampliar el territorio, intenciones hostiles o acciones pretéritas del supuesto enemigo, o bien como el destino especial de la nación invasora a hacer la guerra en el presente para crear un mundo en paz en el futuro. En esos momentos se advierte con regularidad una y peculiar asociación y mutua potenciación entre fuerzas belicistas de derecha en el seno de gobiernos establecidos y fuerzas terroristas fundamentalistas sin Estado, todas las cuales apoyan la matanza en masa como necesidad estratégica en sus visiones del mundo moralmente opuestas, pero mutuamente necesarias. La naturaleza abrumadora del trauma padecido por una nación o un pueblo puede convencer a éste de que sus posiciones y sus acciones están libres de cualquier crítica, como sucedió con el gobierno de Bush y gran parte de la opinión pública norteamericana después del 11 de septiembre de 2001, o con la psicología que con harta frecuencia ha dominado el Estado de Israel, que nació durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948, a la sombra del Holocausto. Alternativamente, se cree que la importancia de lo que está en juego –la salvación eterna o la necesidad histórica de que la humanidad avanzara hacia la igualdad utópica, como veremos más adelante en los casos de Agustín y de Marx– justifica el uso del poder autoritario y la represión al servicio de la derrota del malvado, del enemigo burgués, el pagano, el hereje, el disidente, la amenaza siempre insidiosa de la corrupción ideológica y moral.

Muchas veces, durante estos alineamientos se da una fuerte identificación, ya con un líder, ya con un grupo o una nación, ya con un Dios de recta venganza e implacable justicia, cuya voluntad y juicio están al margen de cualquier cuestionamiento. Se afirma una postura de absolutismo moral con la convicción de que las propias motivaciones personales están sin ninguna duda del lado de las fuerzas del bien en el mundo. Durante los alineamientos de Saturno y Plutón, cuando la psique colectiva empieza a estar atrapada por estas percepciones y sombríos impulsos arquetípicos, tienden a aparecer los líderes que los expresan al mismo tiempo que los exacerban y que, a veces, catalizan de manera devastadora los exaltados impulsos de naciones enteras. Símbolos religiosos íntimamente entretejidos con impulsos autoritarios manipulan poderosamente la opinión pública. Es típico de estos períodos el llamamiento a cruzadas, *yihads* y guerras santas contra el perverso enemigo.

Por ejemplo, la Primera Cruzada, la de los cristianos de Europa contra los musulmanes de Oriente Próximo, coincidió precisamente con la oposición de Saturno y Plutón de 1097-1099, cuyo clímax fue la infame masacre de Jerusalén de julio de 1099, cuando estos planetas alcanzaban el alineamiento exacto. Percepciones, afirmaciones y acciones análogas fueron evidentes en ambos bandos de la guerra contra el terror durante la oposición más reciente de Saturno y Plutón, la de 2000-2004, con referencias de los líderes a cruzadas y *yihads* (Bush, Bin Laden), y repetidas proclamas que se arrogaban la representación de la autoridad divina en la batalla contra el vil y despiadado enemigo –una «guerra de fundamentalismos opuestos»–. Similar constelación de demonización recíproca y justiciera venganza fue evidente en el conflicto israelopalestino de los mismos años, con su incesante ciclo de atentados suicidas y letales contraataques y represión.

Formas particularmente virulentas de este complejo son evidentes en el surgimiento de los movimientos racistas de supremacía blanca y aria durante los alineamientos del ciclo de Saturno-Plutón. Estos planetas estaban en oposición en 1865-1867, justo en el momento en que se fundaron el Ku Klux Klan y los Caballeros de la Camelia Blanca –grupos su-

premacistas, camuflados bajo la convicción religiosa, que postulaban la superioridad racial blanca y la insidiosa amenaza de la potenciación política y sexual de los negros–, que sembraron el terror y practicó el linchamiento de negros en todo el sur de Estados Unidos durante muchas décadas tras la Guerra Civil. Hitler y los nazis concibieron la solución final de exterminar a los judíos y comenzaron a ejecutarla durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1939-1941.

Por tanto, esta *Gestalt* arquetípica parece reflejar una interacción epistemológicamente ambigua de los dos principios polivalentes asociados a Saturno y Plutón. Por un lado, está la percepción, la proyección o la irrupción de amenazadores elementos subversivos: infieles, herejes, terroristas, salvajes, razas inferiores, bárbaros, criminales, perversos, malvados. A todos ellos se los puede considerar representantes del «inframundo» plutoniano arquetípico en varios sentidos: instintivo, psicológico, sociológico y teológico. Por otro lado, esta percepción de terrible amenaza es igualada por un auge compensatorio de fuerzas conservadoras, represivas o reaccionarias en compleja combinación. Semejante auge produce muchas veces la aplicación de métodos y actividades (guerra, tortura, esclavitud, asesinato legalizado, exterminio, armas de destrucción masiva, manipulación mediante engaño y propaganda) que en otros contextos o en manos de otros actores se habrían considerado moralmente condenables y se habrían prohibido.

La psicodinámica subyacente a esta interacción fue agudamente descrita por Freud en su concepción de la compleja relación entre superego y el ello. El superego, en tanto principio interno de la conciencia, el juicio moral y la limitación instintiva, lleva en su naturaleza misma el temor de la reacción punitiva de la autoridad parental introyectada. Freud reconoció que el superego no era sólo una instancia represiva y punitiva *contra* los impulsos instintivos del ello, pues, desde el punto de vista energético, el propio ello le daba impulso (inconscientemente, desde abajo, por así decir). A veces la consecuencia psicológica podía adoptar la forma de tendencias obsesivo-compulsivas, o bien crueles y sádicas, dirigidas ya hacia adentro, contra uno mismo, ya hacia fuera, contra otros, y a menudo ambas cosas. Esta concepción del superego (ar-

quetípicamente asociado a Saturno) y del ello (a Plutón) fue formulada por Freud precisamente durante una cuadratura de estos dos planetas, en su libro *El «yo» y el «ello»*, publicado en 1923.

En términos psicoanalíticos, la intensificada dialéctica en el plano colectivo entre la represión del ello y el «retorno de lo reprimido», a menudo en forma encubierta, fue típica de los períodos históricos presididos por Saturno-Plutón. Los períodos correspondientes a tales alineamientos parecen coincidir con una tendencia particularmente acentuada a la «escisión» psicológica, como, por ejemplo, la tendencia a identificarse con el bien e identificar al otro con el mal, ambas cosas de manera absoluta. En estrecha asociación con este mecanismo de defensa existe otra tendencia, tan fuerte como la anterior, a la intensa objetivación de otros sujetos. Esta objetivación, cuando se combina con la proyección o la experiencia del mal y la negatividad, tiende a promover emociones como la suspicacia violenta, el terror, el odio, la venganza, el fanatismo y la crueldad asesina.

Semejantes impulsos parecen posibles debido al establecimiento o la experiencia de una frontera absoluta (Saturno) entre el yo y el otro. Entonces se percibe al otro –ya se lo defina en función de la nacionalidad, la religión, la raza, la clase, la casta, el género, la orientación sexual, el sistema de creencias o de cualquier otra categoría– como radicalmente separado y ajeno. Durante estos alineamientos de Saturno-Plutón son frecuentes las referencias a bestias abominables, animales depredadores, el cerdo, la suciedad, demonios, diablos, el cáncer, virus, alimañas, roedores, topos, reptiles, víboras, ciénagas, guaridas, persecución de animales hasta darles caza o ahuyentarlos, exterminación de una pestilencia, etcétera, todo lo cual refleja temas plutonianos.

La intuición freudiana de la doble relación oculta del superego con el ello puede profundizarse mediante la perspectiva de Jung, según la cual la sombra, que posee al ego pero que es proyectado en el otro, pone en acción su crueldad contra el objeto de su cólera con toda la insidiosa destructividad que percibe en el otro y niega en sí mismo. En términos teológicos, el mal se apropia sutilmente de las motivaciones del alma,

que, puesto que se identifica exclusivamente con Dios y el bien, ejecuta sus acciones perversas engañándose a sí misma, pero con absoluta confianza en que está moralmente obligada a actuar de esa manera contra un mal tan evidente. Es así como el padre temeroso de Dios castiga al hijo rebelde con crueldad, pero «por su bien». El inquisidor tortura y quema en la hoguera a una persona cuyas creencias percibe como peligrosamente distintas de las suyas. El comité de seguridad, el departamento de actividades secretas, reúnen su información, entrenan a sus escuadrones de la muerte, sabotean las elecciones, fomentan y asesinan, todo para asegurar el predominio del bien en el mundo.

A menudo el complejo saturnoplutoniano constela una compulsión a la persecución obsesiva, como la de Ahab, de un mal que es imperioso desarraigar a cualquier precio. Es notable que Henry Melville, quien exploró este complejo con tan reveladora profundidad, haya nacido durante la primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo XIX (1819), y escribiera *Moby Dick* precisamente un ciclo más tarde, durante la conjunción inmediatamente siguiente de estos planetas (1850-1851).

Desde ese encuentro casi fatal Ahab alimentó una terrible necesidad de venganza contra la ballena, que cada vez se exacerbó más en él, pues en su insensata obsesión llegó a identificar con Moby Dick no sólo todos sus males físicos, sino todas sus exasperaciones intelectuales y espirituales. La Ballena Blanca nadaba frente a él como la encarnación monomaníaca de todas esas fuerzas perversas por las cuales algunos hombres profundos se sienten devorados en su interior, hasta que quedan reducidos a vivir con medio corazón y medio pulmón. Ante esa maldad intangible que existe desde el origen de todas las cosas, a cuyo dominio los cristianos modernos adscriben la mitad de los mundos y que los antiguos ofitas de Oriente reverenciaban en su estatua del mal, Ahab no caía de rodillas, como aquéllos; al contrario, identificando en su delirio esa imagen del mal con la de la aborrecida ballena, se arrojaba contra ella, mutilado como estaba. Todo lo que atormenta y enloquece más la razón humana; todo lo que trastrueca las cosas; toda verdad contaminada de malicia; todo lo que enturbia la mente; todo el sutil demonismo de la vida y del

pensamiento; todo el mal estaba encarnado en Moby Dick para el enloquecido Ahab y, por lo tanto, en ella le era posible atacarlo. Sobre la blanca giba de la ballena, Ahab acumulaba la suma de todo el furor y el odio sentidos por su raza desde Adán; y como si su pecho hubiera sido un mortero, en él hacía estallar la bomba de su ardiente corazón.

Así actúan el terrorista suicida, el que quema brujas, el esclavista que blande el látigo y el miembro del Ku Klux Klan que incendia cruces, el dictador monomaníaco y el líder derechista cuya tarea, por encargo divino, es liberar el mundo del mal que, él lo sabe, está exclusiva y perversamente encarnado en otra persona o raza. Con esta convicción absoluta de un destino y una justicia ineluctables, justo antes de la batalla final con el aborrecido objeto de su obsesión, Ahab declara: «Esta escena está escrita, es inmutable… Soy el lugarteniente de los Hados; obro porque me han dado órdenes».

MOBY DICK Y LAS PROFUNDIDADES DE LA NATURALEZA

Una de las secuencias de sincronicidades más llamativas que he observado es la dramática convergencia de acontecimientos que implican a Melville, Moby Dick y los dos ciclos planetarios que hemos examinado hasta ahora en este libro. Como ya hemos visto, Melville nació en 1819, cuando Saturno y Plutón estaban en conjunción y se producía además la cuadratura de Urano y Plutón, que corresponde a esa poderosa combinación de impulsos que hemos observado en Marx (nacido durante el mismo alineamiento) y en varios períodos históricos particularmente críticos, como los de mediados de la década de los sesenta del pasado siglo y mediados de la de los noventa del siglo XVIII.

En el caso de Melville y *Moby Dick*, podemos reconocer la potente interacción de estos dos fuertes complejos arquetípicos: por un lado, los temas uranoplutonianos del despertar y la irrupción de fuerzas de la naturaleza en la ballena, el desencadenamiento del ello instintivo en Ahab, su titánico desafío, así como el gigantesco poder y la intensidad creativa del propio libro, *Moby Dick*; y por otro lado, los temas saturnoplutonianos de compensación punitiva contra la naturaleza y la implacable obsesión por el mal proyectado, la caldera de los instintos que en el corazón de Ahab impulsaba con fuerza inexorable su compulsión a la venganza.

Once días después del nacimiento de Melville, en agosto de 1819, el barco ballenero *Essex* partía de Nantucket hacia el Pacífico Sur, donde fue atacado por una ballena de veinticuatro metros y se hundió. De acuerdo con el relato posterior del segundo oficial del *Essex*, Owen Chase, la ballena chocó contra el barco deliberada y repetidamente con «furia y sed de venganza», hasta destruirlo y hundirlo. Los veinte marineros supervivientes del ballenero tuvieron que pasar los noventa y tres días siguientes desamparados y sin comida en botes de remo en el océano abierto, donde la mayoría de ellos finalmente murió. Este fatídico viaje, desde su partida hasta el ataque de la ballena y el naufragio de la nave quince meses más tarde, se produjo durante la misma conjunción de Saturno y Plutón y la cuadratura de Urano y Plutón del nacimiento de Melville. Es posible ver aquí el súbito despertar y el estallido completamente imprevisto (típico del complejo arquetípico de Urano-Plutón) de las fuerzas titánicas de la naturaleza encarnadas en la ballena, viva expresión del principio plutoniano del poder, la fuerza y el instinto elemental de la naturaleza. Sin embargo, la ballena que volcó y hundió el *Essex* también se convirtió, como Moby Dick y Ahab, en agente saturniano de juicio, venganza y muerte, todo lo cual refleja precisamente el complejo de Saturno-Plutón.

Melville se crió sin tener noticia de este dramático suceso, temporalmente tan cercano a su nacimiento, y a comienzos de la veintena firmó un contrato para un viaje de tres años en un barco ballenero que lo llevó a la misma zona del Pacífico Sur donde naufragó el *Essex*. La suerte quiso que durante el viaje se encontrara con el hijo de Owen Chase, el segundo oficial del *Essex*, quien le prestó una copia de la narración original de su padre. Melville se sintió profundamente afectado por la lectura del «maravilloso relato sobre el mar sin tierra a la vista», como escribiría más tarde, «y tan próximo a la verdadera magnitud del naufragio».

Exactamente un ciclo completo de Saturno-Plutón después del nacimiento de Melville y del hundimiento del *Essex*, durante la conjunción inmediatamente posterior de esos dos planetas, en 1850-1851, Melville escribió y publicó *Moby Dick*. Es asombroso que precisamente cuando Melville estaba

acabando el libro, en agosto de 1851, con la conjunción de Saturno y Plutón a menos de 4° del alineamiento exacto, el ballenero *Ann Alexander* fue embestido y hundido por un cachalote enfurecido al que había estado persiguiendo en las mismas aguas en que, más de treinta años antes, el *Essex* había sufrido el mismo destino, los dos únicos casos bien documentados de semejante acontecimiento hasta el día de hoy. Enterarse de esa gran coincidencia produjo en Melville un profundo impacto.

Como cabe recordar, la publicación de *Moby Dick* y el naufragio del *Ann Alexander* no sólo coincidieron con la conjunción de Saturno y Plutón, sino también con la de Urano y Plutón de 1845-1856, a la que ya hemos hecho mención, es decir, con la triple conjunción de estos planetas, la única de los últimos doscientos años. El poder extraordinariamente elemental de *Moby Dick*, su repentina liberación de lo sombrío y lo volcánico, el desencadenamiento de las fuerzas de la naturaleza tanto en la ballena como en la imaginación creadora humana, se apoderaron por completo de Melville mientras trabajó en la novela. Escribiendo hora tras hora durante todo el día, sin detenerse ni para comer, alternativamente inflamado de energía y desanimado a causa del inmenso desgaste, exclamó:

> ¡Denme el cráter del Vesuvio como tintero! ¡Sostengan mis brazos, amigos! Porque en el simple acto de escribir mis pensamientos sobre este leviatán, esos pensamientos me agotan, me consumen con la extensión de su envergadura, como si quisieran incluir todo el ámbito de las ciencia y todas las generaciones presentes, pasadas y futuras de ballenas, hombres, mastodontes, con todos los mudables panoramas de los imperios terrestres y del universo entero... ¡Tal es la virtud magnificadora de un tema inmenso y libre! Crecemos con su volumen. Para producir un gran libro hay que elegir un gran tema.

Todas estas figuras y estos acontecimientos –la vida y la imaginación creadora de Melville, el relato y los temas de *Moby Dick*, la titánica figura de Ahab, la matanza de ballenas y las ballenas que matan a los asesinos de ballenas– reflejan profundamente el carácter de los complejos arquetípicos que

hemos estudiado aquí, el de Saturno-Plutón y el de Urano-Plutón. Me sorprendió extraordinariamente la configuración sincrónica en que dos acontecimientos, el nacimiento de Melville y la publicación de *Moby Dick*, coincidían con los sucesivos alineamientos de Saturno y Plutón y de Urano y Plutón con tal precisión: fueron las dos únicas conjunciones de Saturno y Plutón de los primeros setenta años del siglo XIX y los dos *únicos* alineamientos de aspecto duro de Urano y Plutón en ese mismo período. Pero cuando, más tarde, descubrí que los dos acontecimientos coincidían también con los naufragios de balleneros hundidos por cetáceos, acontecimientos tan excepcionales, tan simbólicamente evocadores y a la vez tan misteriosamente relacionados con la vida entera de Melville y con su obra maestra, aunque también tan pertinentes a los complejos arquetípicos asociados con los alineamientos mencionados, tuve la sensación de que en todos esos acontecimientos, que se sucedieron con implacable coherencia, había hecho irrupción en la naturaleza misma un poder sincrónico de gran intensidad que, en su potencia elemental, resultaba auténticamente numinoso. «En todas las cosas está siempre oculto un significado», escribió Melville en *Moby Dick*.

Como sabemos, Jung prestó especial atención a los movimientos repentinos o insólitos de la naturaleza por su potencial significado sincrónico, ya se trate de viento y agua, ya de aves, insectos, peces u otros animales. Pero los acontecimientos y coincidencias que acabamos de exponer –el hundimiento de barcos balleneros, el nacimiento de Melville y de *Moby Dick*– y los movimientos cósmicos y las configuraciones arquetípicas con los que coinciden sugieren una forma de orquestación sincrónica en la naturaleza que, en comparación con el escarabajo de oro que entró por la ventana de Jung en el preciso momento en que su paciente narraba su sueño, reviste una grandeza épica sobrecogedora. Esta poderosa configuración, que opera en tantos niveles de lo humano y de los mundos naturales, guarda íntima relación con la posibilidad de que en «todas las cosas» –tanto en las profundidades de la psique humana como en las de la propia naturaleza– resida un *anima mundi*, esto es, una profunda interioridad arquetípica-

mente informada. La poderosa obra de Melville es algo más que una obra humana: representa la violenta irrupción de la fuerza misma de la naturaleza, imbuida de oscuro y numinoso significado. Fuerzas elementales de sentido y finalidad que surgen del fondo del océano, dos veces como ballenas y dos veces con formas humanas, en el nacimiento de Melville y en el de su libro. Estas sincronicidades dobles en el reino humano y en el de los cetáceos son suficientemente asombrosas por sí mismas como para suscitar una reflexión en profundidad. Sin embargo, de alguna manera ligado a todos esos acontecimientos y coincidencias y dándoles unidad está el gran macrocosmos mismo, los movimientos planetarios en el vasto cielo estrellado, muy por encima del océano de las ballenas y de los hombres, reflejando una profundidad de configuración significativa y misteriosa finalidad en el fondo de todas las cosas.

DETERMINISMO HISTÓRICO, *REALPOLITIK* Y APOCALIPSIS

A fin de mantener un mínimo de sencillez y claridad en lo que para muchos lectores sea tal vez su primer contacto con los arquetipos planetarios, me he ocupado en general sólo de un tema a la vez y he cargado el acento sobre unos a expensas de otros, de modo que sólo se transmite una parte de la verdadera complejidad del cuerpo completo de datos. Puesto que nos estamos refiriendo por entero a los aspectos cuadráticos dinámicos, o duros, del ciclo de Saturno-Plutón, la evidencia presentada se ha decantado notablemente del lado de las dimensiones más desafiantes, problemáticas y oscuras de este complejo. Además, hemos centrado particularmente la atención en el gran drama de la historia y la cultura, donde las duras pruebas de la experiencia y las crisis de la humanidad en su conjunto eran muy evidentes y donde los individuos paradigmáticos encarnaban y expresaban fuerzas y luchas colectivas. De esa manera hemos podido vislumbrar más directamente toda la magnitud y el poder de la dimensión arquetípica que se expresa en los asuntos humanos.

Sin embargo, si analizáramos cada uno de los individuos nacidos bajo aspectos de Saturno-Plutón o que experimentan tránsitos de Saturno-Plutón (mundiales o personales), veríamos muchos ejemplos de encarnaciones igualmente características, aunque menos intensas, de los mismos principios arque-

típicos. Y si analizáramos también los aspectos confluyentes, o blandos, de este ciclo, esto es, los trígonos y los sextiles, observaríamos que estos dos principios se dan conjuntamente en innumerables formas más armoniosas, de apoyo mutuo e intrínsecamente fortalecedoras; por ejemplo: capacidad bien desarrollada para mantener el esfuerzo y la disciplina, facilidad espontánea para contener y dirigir energías de gran intensidad, organización equilibrada y eficaz del poder, cierto espíritu de autoridad y seriedad personal merecidas, gran firmeza de carácter, sensibilidad en el juicio moral, todo tipo de estructuras profundamente establecidas y duraderas, etcétera.

Además, contrariamente a lo que sostiene gran parte de la tradición astrológica, he comprobado que, a menudo, incluso aspectos duros entre dos planetas coinciden con la manifestación de las potencialidades positivas de los arquetipos correspondientes, aunque lo típico es que esto ocurra tras considerable esfuerzo individual o colectivo para lograr la integración de los diferentes impulsos implicados en una dialéctica tan difícil. La presente exposición es sólo una introducción a una realidad considerablemente más amplia y compleja, de la que es al mismo tiempo un fragmento. Ofrece un vasto cuerpo de evidencias que, aunque refleja rigurosamente las dinámicas arquetípicas correlacionadas con su ciclo planetario, ilumina sólo una parte del espectro total de manifestaciones que acompaña regularmente tales alineamientos. El análisis que se realiza en estas páginas posee la ventaja de realzar algunas de las características y de los temas más significativos y distintivos de este poderoso complejo arquetípico. Dada la naturaleza particular de estos dos principios –ambos potencialmente estimulantes y serios, a veces en exceso–, el hecho de centrarnos en los aspectos duros, tanto en el contexto de la historia como en el de las figuras culturales influyentes, nos permite una interpretación más estricta de las cualidades esenciales que se asocian a esta combinación planetaria.

Si la obra de Melville reflejaba vivamente muchos temas arquetípicos y psicológicos característicos de Saturno-Plutón,

lo mismo ocurría con la de Franz Kafka, que nació en 1882 durante la conjunción de Saturno y Plutón inmediatamente posterior a la aparición de Moby Dick, y que escribió sus paradigmáticas obras *El proceso* y *En la colonia penitenciaria* en 1914, exactamente un ciclo después, durante la siguiente conjunción de Saturno y Plutón. Es asombroso que estas cuatro conjunciones consecutivas de Saturno y Plutón coincidan de forma tan precisa con la sucesión de nacimientos y obras capitales de estos dos maestros de la literatura y la psicología, profundos exploradores del complejo arquetípico al que tan consistentemente se asocia este ciclo planetario. Con precisión surrealista, Kafka describió los motivos característicos de Saturno-Plutón acerca del juicio y la culpa, la crueldad del castigo, la burocracia claustrofóbica y el confinamiento totalitario. Obra tras obra, en cuentos, novelas y su propio diario, retrató el implacable cautiverio de la conciencia que se produce tanto en el corazón del tirano como en el de la víctima, tanto en el perseguidor como en el perseguido, que a veces coinciden en el mismo individuo.

Particularmente pertinente es aquí uno de los últimos relatos que escribió Kafka, *La madriguera*, en el que un topo, utilizando su cabeza como almádena, dedica todo el tiempo que está despierto a cavar y fortificar obsesivamente un complicado laberinto de túneles y defensas para protegerse de la bestia depredadora que, está seguro, lo espera fuera de su fortaleza subterránea. Todos los poderes de una razón privilegiada están al servicio de esa tarea, mientras ni por un instante deja de imaginar las incontables maneras en que, en cualquier momento, su enemigo podrá sorprenderlo y matarlo. *La madriguera*, brillante parábola del incesante temor del yo con respecto a un mundo peligroso por doquier, un mundo cuyo constante peligro estriba tanto en las profundidades de la propia psique y el miedo a la muerte como en el medio exterior, fue escrito en 1923, muy poco antes de la muerte de Kafka, durante la misma cuadratura de Saturno y Plutón en la que Freud escribió *El «yo» y el «ello»*.

En el plano colectivo, es típico que las tendencias características del complejo de Saturno-Plutón a percibir y constelar peligro, amenaza subversiva y oscuros elementos maléficos en

una visión del mundo rígidamente polarizada, vayan acompañadas de una creciente percepción de lo inevitable del conflicto y la guerra, ya se exprese en el ámbito de la psicología de masas o en un elaborado análisis racional. La convicción subyacente de la inexorabilidad del conflicto y la guerra encontró expresión filosófica en obras tan paradigmáticas del pensamiento político como el *Leviatán*, de Thomas Hobbes, con su visión de la condición natural de la humanidad como «guerra de todos contra todos», o, más recientemente, en *El choque de civilizaciones*, de Samuel Huntington, para quien el futuro geopolítico del mundo será ineluctablemente modelado por la enemistad históricamente determinada entre bloques de la humanidad definidos religiosa y culturalmente, como, por ejemplo, entre el mundo islámico y Occidente. Estos dos libros fueron escritos en coincidencia precisa con alineamientos de Saturno y Plutón (la conjunción de 1648-1650 y la última cuadratura, la de 1992-1994, respectivamente). A su vez, estas obras volvieron a ser relevantes, ampliamente mencionadas e instauradas como fuente de autoridad en períodos correspondientes a alineamientos posteriores de Saturno y Plutón, como en el tiempo que siguió al 11 de septiembre de 2001. Afín a esta misma Gestalt arquetípica es la percepción de una decadencia inevitable de la civilización o la historia, como en *La decadencia de Occidente*, de Spengler, obra escrita en gran parte durante la conjunción de Saturno y Plutón de la Primera Guerra Mundial.[6]

Un tema dominante de este complejo arquetípico es el firme realismo y la gravedad de la perspectiva ligada a una visión de la inexorabilidad del conflicto o la decadencia, ya sea auténtica y empíricamente justificada, ya subjetivamente distorsionada. Por ejemplo, el término *realpolitik*, de origen alemán, comenzó a usarse en la lengua inglesa durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1914. Muchos de los temas mencionados se observan en la filosofía política, las decisiones en materia de política exterior y las actividades secretas de Henry Kissinger, quien nació en 1923, durante la cuadratura inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, que coincidió también con *La madriguera*, de Kafka. Típica de la perspectiva y el *ethos* de la *realpolitik*, inspirada en Saturno-Plutón, es la

respuesta que Kissinger dio al Congreso cuando se le criticó que la CIA hubiese fomentado activamente la resistencia de los kurdos contra Saddam Hussein en 1975 (durante otra cuadratura de Saturno y Plutón), para abandonarlos repentinamente luego, cuando decidió cambiar de estrategia diplomática, lo que tuvo como consecuencia la matanza de millares de kurdos: «No hay que confundir las actividades secretas con obras misioneras». Acciones y juicios de ese tipo, que reflejan la perspectiva de la *realpolitik*, podrían mencionarse a propósito de Donald Rumsfeld y Dick Cheney, a menudo en referencia a los mismos personajes y a las mismas zonas geográficas, y, una vez más, en coincidencia con el ciclo de Saturno-Plutón.[7]

El malestar en la cultura

Una gran parte de las tendencias arquetípicas que aquí hemos analizado, aunque con una modalidad distinta, pero de importantísimas consecuencias, son evidentes en la obra y la visión de Karl Marx. En nuestra exposición anterior sobre la combinación triplanetaria de Urano, Saturno y Plutón hemos visto que la tensión y las formaciones de compromiso entre el principio saturniano de control y autoridad y el principio uraniano de rebelión y libertad eran prominentes en la filosofía y el carácter de Marx, mientras que Plutón intensificaba ambos impulsos. (Su afirmación de que «Prometeo es el santo y mártir más noble del calendario de la filosofía» representa bien la sensación de Prometeo encadenado que a menudo coincide con el complejo arquetípico de Saturno-Urano.) Marx nació en 1818, durante la primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo XIX –la misma de Melville– y presenta muchas de las características del complejo de Saturno-Plutón. Lo mismo que Melville, nació además bajo el alineamiento cuadrático de Urano y Plutón, y en cada una de estas figuras titánicas son evidentes los dos complejos arquetípicos que hemos estudiado en estos capítulos. En cierto sentido, *El capital* fue el *Moby Dick* de Marx, con el capitalismo en el papel de la ballena blanca, objeto a destruir con la obsesión de todo el poder y

toda la voluntad que pueda movilizarse en una tarea de tan metafísica e histórica urgencia.

Toda la obra de Marx estuvo al servicio de un marco general de revolución en nombre de una causa emancipadora, lo que corresponde a su marcada cuadratura natal de Urano y Plutón. Sin embargo, en ese marco, la visión filosófica de Marx estaba claramente dominada por ciertos temas típicos del complejo de Saturno-Plutón, como el determinismo absoluto y lo inevitable, la rígida polarización del conflicto, la opresión y la dictadura. Por otra parte, en su penetrante análisis del aspecto sombrío del capitalismo del siglo XIX y en su sensibilidad al mismo, a la extrema injusticia social y la alienación humana inherentes a los sistemas económicos y las sociedades de su tiempo, vemos el lado positivo del mencionado complejo. Esa sensibilidad aparece intensificada en su análisis de la relación del amo y el esclavo, su reconocimiento de la continua reaparición de estructuras de opresión en toda la historia, su visión de la aplastante inhumanidad de la prisión en la que permanecen encerradas tantas vidas humanas, la esclavización y el empobrecimiento de los trabajadores bajo el capitalismo y el ubicuo poder del opresor sobre el oprimido.

El espectro más amplio de temas propios de Saturno-Plutón se concreta y elabora en doctrinas marxistas tales como el determinismo último de todas las estructuras sociales e ideológicas en función de factores económicos y materiales, las inextirpables contradicciones de las relaciones sociales burguesas, la necesidad del conflicto y la lucha de clases, el inevitable despliegue de la dialéctica de la historia y la necesidad de una dictadura intermedia del proletariado para destruir por completo todo resto de sociedad burguesa. En términos más generales, el complejo es evidente en una cierta rigidez autoritaria y dogmática de la filosofía y la sensibilidad marxista, impulsada por una especie de titánica fuerza de voluntad.

Sin embargo, comenzamos a apreciar el extraordinario abanico de polivalencias arquetípicas de las correlaciones de Saturno y Plutón cuando comparamos la expresión marxiana y acusadamente atea de la historia con una visión teológica de la misma, igualmente paradigmática. Pues muchos de estos mismos temas arquetípicos –determinismo y sobrepotencia-

ción de las fuerzas que gobiernan y constriñen la vida humana, conflicto rígidamente polarizado, juicio moral enormemente negativo sobre la condición presente de la humanidad, necesidad de voluntad inflexible para contrarrestar y reprimir las fuerzas oscuras–, aunque en formas y con intenciones completamente distintas, se expresan también con toda vehemencia en las ideas religiosas y los influyentes legados de San Agustín y Calvino.

Agustín y Calvino son, respectivamente, los teólogos más influyentes del catolicismo y el protestantismo, ambos nacidos bajo alineamientos cuadráticos de Saturno y Plutón. En ambos casos, sus concepciones personales acerca del destino humano rígidamente polarizado adoptaron la forma de grave juicio moral, moldeado por una intensa sensación de profunda corrupción de la humanidad, del poder del mal en el mundo y de la culpa innata del alma humana. Otros temas que reflejan con precisión este complejo arquetípico son el énfasis que ambos teólogos pusieron toda su vida en la condenación eterna que amenaza por doquier, la necesidad de reprimir rigurosamente la sexualidad y el instinto no regenerado espiritualmente, la abrumadora e implacable omnipotencia de Dios y la certeza teológica de la predestinación.

Los motivos arquetípicos que dominan la vida y la obra de un individuo parecen hallar paradigmática expresión en momentos de alineamiento planetario arquetípicamente consonante con esos temas específicos, cuando los acontecimientos exteriores correspondientes dan forma tanto al punto de vista individual como al *Zeitgeist* de la época. Muchos de los temas mencionados se expresan, con enorme influencia sobre la imaginación religiosa occidental, en *La ciudad de Dios*, la monumental obra de Agustín. Allí expuso su visión de la historia como una dramática batalla entre dos sociedades invisibles, la de los elegidos y la de los condenados, la ciudad de Dios y la ciudad del mundo, que culmina en el Juicio Final. La poderosa visión de *La ciudad de Dios* parece especialmente inspirada y permeada por el complejo arquetípico asociado al ciclo de Saturno-Plutón: la percepción de la existencia humana determinada e impulsada por fuerzas arrolladoras, la gravedad moral y mortal de la condición humana, el dualismo cósmico

maniqueo, el permanente poder del mal y la subversión satánica, la expectativa de la finalidad escatológica y el juicio final, el infierno y la condenación. Agustín concibió y comenzó a escribir *La ciudad de Dios* durante la primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo V, en 410-412. Era la misma conjunción que coincidió con las incursiones bárbaras en masa y el saqueo de Roma por Alarico y los visigodos, la conciencia de todo lo cual modeló profundamente la manera de entender la historia de Agustín y la visión que se expone en *La ciudad de Dios*.

En consecuencia, volvemos a reconocer aquí tanto la configuración diacrónica como la sincrónica. Desde el punto de vista diacrónico, como hemos visto ya en los casos de Kafka y de Melville, Agustín nació durante un alineamiento de Saturno y Plutón, y escribió la obra que refleja de modo particular ese complejo durante un alineamiento posterior de los mismos planetas. Desde el punto de vista sincrónico, el período que produjo ese trabajo se caracterizó por acontecimientos históricos con el mismo carácter arquetípico que la obra de Agustín.

Pero esta correlación es más compleja aún, pues el propio Agustín nació no sólo bajo un aspecto duro de Saturno y Plutón, sino también de Urano y Plutón –como Marx y Melville–, con el característico conflicto titánico y la violenta intensidad interna y externa que coinciden con esta configuración triplanetaria. Además, estos tres planetas formaban otra vez un aspecto duro en 410-412 (la conjunción de Saturno y Plutón de esos años, que se produce cerca del final de la cuadratura de Urano y Plutón, más larga, de 406-413), años de grandes agitaciones en las postrimerías del Imperio romano, producidas por las incursiones bárbaras y el saqueo de Roma, cuando Agustín daba comienzo a *La ciudad de Dios*. Tanto el drama de la vida y el carácter de Agustín como estas conmociones y traumas históricos reflejan las fuerzas arquetípicas de los dos ciclos planetarios que hemos examinado hasta ahora, Urano-Plutón y Saturno-Plutón, en interacción tensa y, muchas veces, violentamente desestabilizadora.

Más de un milenio después, observamos una configuración muy semejante en el primer hito moderno de la filosofía

política, el *Leviatán*, de Hobbes, con su análoga obsesión por el violento desorden social, su visión de la naturaleza como estado de guerra perpetua y la consecuente necesidad de control autoritario absoluto por parte de un gobernante soberano (el llamamiento de Hobbes a la monarquía absoluta sustituía al de Agustín a la autoridad soberana de la Iglesia). El *Leviatán* fue escrito en 1648-1650, bajo el impacto de la Guerra de los Treinta Años, recién terminada, y la ejecución de rey Carlos I durante el torbellino político de la Guerra Civil Inglesa. Esto coincidió tanto con la conjunción de Saturno y Plutón de 1647-1650 como con la oposición más larga de Urano y Plutón de 1643-1655, correspondiente a los años de revolución en Inglaterra, que ya hemos analizado.

Por tanto, lo mismo que el de *La ciudad de Dios* de Agustín, el período que produjo la influyente visión histórica de Hobbes –como el de las incursiones bárbaras y el saqueo de Roma de 410-412, el Reino del Terror en 1793-1795, el período de crisis económica y política mundial y de potenciación fascista de 1929-1933 y el de 1964-1967, de violenta insurrección revolucionaria, opresión y agitación en todo el mundo– tenía a Saturno, Urano y Plutón en alineamientos de aspecto duro entre sí. Todos estos períodos estuvieron marcados por un choque extraordinariamente intenso, violento, incluso cataclísmico, de fuerzas opuestas.

Hay otra obra importante cuya visión histórica es asombrosamente similar a las del *Leviatán* y *La ciudad de Dios*, tanto por su influencia cultural como por su carácter arquetípico: *El malestar en la cultura*, la última obra de Freud, publicada en 1930, cuando Saturno y Plutón se hallaban en oposición. De toda la obra de Freud, los dos títulos mencionados en este capítulo, *El «yo» y el «ello»* y *El malestar en la cultura*, son los que muestran el mayor predominio de la particular dinámica arquetípica asociada al complejo de Saturno-Plutón –uno en el nivel individual, el otro en el colectivo–, y ambos coinciden precisamente con los aspectos duros de Saturno-Plutón inmediatamente posteriores a la conjunción de la Primera Guerra Mundial. En ambas obras, Freud pone de relieve el intenso conflicto y la intrincada interacción entre el ello y el superego, entre Plutón y Saturno, ya sea en el campo de

batalla del ego y la vida individual, ya en el de la cultura y la historia.

Una vez más, lo mismo que en *La ciudad e Dios* y el *Leviatán*, la perspectiva histórica que se expone muestra la vida inexorablemente dominada por el conflicto, la lucha y el poder abrumador de fuerzas impersonales. Además, esta obra, al igual que las anteriores de Agustín y de Hobbes, coincide no sólo con el ciclo de Saturno-Plutón, sino también con el de Urano-Plutón, en uno de esos raros momentos en que los tres planetas forman aspectos duros entre sí. El libro de Freud estaba profundamente influido por el terrible impacto de la Primera Guerra Mundial, que coincidió con la conjunción de Saturno y Plutón, y fue escrito y publicado, con el rápido ascenso del nazismo como telón de fondo, bajo la oposición de ese mismo ciclo, el período de 1929-1933, en el que Urano se hallaba en cuadratura con Saturno y con Plutón. Del mismo modo en que *La ciudad de Dios* se asocia a las invasiones bárbaras y al saqueo de Roma y el *Leviatán* a la Guerra de los Treinta Años y las agitaciones de la Guerra Civil Inglesa, *El malestar en la cultura* recibe su impronta de los traumáticos acontecimientos que coinciden con el ciclo de Saturno-Plutón, más la intensidad y la conflictividad añadidas que aportan los impulsos de emancipación y la liberación de fuerzas titánicas del ciclo de Urano-Plutón.

El complejo arquetípico asociado a esta combinación triplanetaria corresponde estrechamente tanto al espíritu filosófico de estas tres obras como a las épocas en las que vieron la luz: conmoción revolucionaria, amenaza de catastrófico hundimiento de las estructuras establecidas, violenta imprevisibilidad de la vida, inevitabilidad del conflicto entre fuerzas de desestabilización y fuerzas de orden y, por tanto, necesidad de un control firme –absoluto, incluso– del instinto y de los elementos de rebeldía, para que la civilización no se pierda en el libertinaje, la guerra y el caos. Con estas tres visiones paradigmáticas ante nosotros, tal vez reconozcamos el aire de familia entre obras producidas en épocas muy diferentes y pertenecientes a géneros completamente distintos, pero todas nacidas bajo idénticos alineamientos planetarios y todas representativas de idénticas dinámicas arquetípicas. Por un lado,

El malestar en la cultura de Freud es un análisis que se sitúa explícitamente en la tradición de Hobbes, con su visión de la condición natural de la humanidad en estado instintivamente violento de anarquía y de guerra, y por tanto, la necesidad de imponer estrictas limitaciones sociales para impedir una catástrofe sin fin. Por otro lado, en un nivel más profundo de la imaginación arquetípica, la obra refleja la tradición de Agustín, con la visión maniquea de la vida como batalla eterna entre la luz y las tinieblas, aunque expresada en los términos freudianos de batalla entre Eros y Tánatos, amor y odio, impulso de vida e impulso de muerte y destrucción.

En la visión freudiana, este conflicto eterno se entreteje y se complica con la batalla perpetua entre la cultura y los instintos naturales que impulsan la sociedad humana y a la vez la amenazan. Todo instinto y deseo (Plutón), sea libidinal o agresivo, está necesariamente limitado y frustrado por las necesidades de la civilización y el superego cultural (Saturno), de lo cual deriva el destino peligrosamente incierto de la Humanidad (muy al estilo de la visión agustiniana, aunque en ciertos aspectos desde una perspectiva completamente opuesta). Para Freud, la supervivencia de la humanidad depende de la represión de la pasión erótica y la agresión destructiva por la cultura, coerción nunca lograda del todo y que desemboca en una incurable infelicidad. La condición humana presenta, pues, un problema insoluble.

En la cultura popular, el análisis de la frustración de los instintos libidinales por las coerciones de la cultura que expone Freud en *El malestar en la cultura* tuvo una encarnación emblemática en *(I Can't Get No) Satisfaction*, de los Rolling Stones, que se grabó a principios de 1965 y fue incesantemente escuchado por millones de personas durante la oposición de Saturno y Plutón de 1965-1967. Aquí, el impulso prometeico-dionisíaco a la liberación sexual, dominante de los años sesenta, se expresa como desafío a la convención, pero está, al mismo tiempo y con igual fuerza, bajo el control del principio saturniano. Los motivos característicos de Saturno se manifiestan en distintos aspectos de la canción: en las repetidas experiencias de rechazo sexual, en los idiotizantes anuncios comerciales y en la sociedad conformista que ellos represen-

tan, y en la regularidad simplista de la propia música *bass-heavy*. Los dos complejos arquetípicos opuestos, el de Urano-Plutón y el de Saturno-Plutón, se neutralizan en tensa confrontación, en la que ora permanecen en equilibrio, ora se descargan rítmicamente en la machacona repetición de la lamentación dionisíaca. El éxito popular de *Satisfaction* podría deberse en parte a la expresión tan directa y enfática de un conflicto arquetípico en el preciso momento en que la psique colectiva experimentaba un aumento de tensión entre esas fuerzas opuestas.

Es notable que *El malestar en la cultura*, de 1930, y *Satisfaction*, de 1965, coincidieran con los dos únicos momentos del siglo XX en que los tres planetas pertinentes –Saturno, Urano y Plutón– formaron entre sí alineamientos triples de aspecto duro. Ambas obras famosas, cada una a su propia y elocuente manera, encarnan precisamente el impulso dionisíaco-prometeico de liberación sexual, permanentemente inhibido por el superego y las rígidas coerciones del complejo de Saturno-Plutón.

Además de Agustín, Hobbes y Freud, hay una cuarta figura importante cuya obra más influyente, semejante en temas y en carácter, implica idéntica secuencia de correlaciones con los dos ciclos que estamos estudiando. Mientras que en el trasfondo de la visión histórica de Freud se advierten los ecos de Hobbes y Agustín, su marco de referencia más inmediato es la idea schopenhaueriana de una ciega voluntad o energía que domina la vida e impulsa todos los deseos e instintos humanos. Schopenhauer nació en 1788, en el inicio de la oposición de Urano y Plutón correspondiente a la Revolución Francesa, como ya hemos visto, y al final de la conjunción de Saturno y Plutón de 1785-1788 (años de severa depresión económica y gran hambruna que contribuyeron a precipitar la revolución). Su obra capital, *El mundo como voluntad y representación*, apareció en 1818, durante la conjunción inmediatamente posterior de Saturno y Plutón –la que coincidió con el nacimiento de Marx y Melville–, que coincidió además con el siguiente alineamiento cuadrático de Urano y Plutón.

La filosofía de Schopenhauer refleja con toda vivacidad tanto el complejo arquetípico de Urano-Plutón como el de

Saturno-Plutón, no como dos temas separados, sino integrados en una poderosa síntesis. Para Schopenhauer, la voluntad universal de vivir, incesantemente en tensión, es un impulso irresistible que se apodera de la existencia humana y produce lucha, competición y deseos imposibles de satisfacer, cuya inevitable frustración da lugar a un permanente sufrimiento. La voluntad trata constantemente de perpetuarse a través de nosotros, utilizando nuestros deseos e impulsos insaciables, sin que nos demos cuenta: somos meros mecanismos y estrategias para su propósito de propagación y autopreservación. Se trata, en ciertos aspectos, de la anticipación filosófica decimonónica de la sociobiología, fundada durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1973-1975 con la publicación de *Sociobiología*, de Edward O. Wilson (el alineamiento de Saturno y Plutón que coincidió con el caso Watergate y el apogeo de la actividad geopolítica de Kissinger, entre muchos otros fenómenos arquetípicos ya mencionados).

Desde el punto de vista de Schopenhauer, la voluntad primordial (plutoniana) moldea y reifica por doquier nuestras percepciones, nuestras ideas, nuestro mundo. La dimensión saturniana se manifiesta aquí claramente en la doctrina de la «negación de la voluntad». Pues, según Schopenhauer, sólo a través de la ascética negación de esta voluntad de vivir que todo lo consume, limitando su poder a través del autoconocimiento o trascendiéndola a través del arte, es posible buscar cierto equilibrio en medio del permanente dolor de la existencia. Todos estos temas son impulsados por la convicción, reflejo fiel del complejo de Saturno-Plutón, de que ninguna filosofía ni religión que omita afrontar la naturaleza sombría, auténticamente malvada, del mundo tal como se presenta en la experiencia real de los seres vivos, puede aspirar a la adecuación ni a la validez. Schopenhauer, de un modo desconocido hasta entonces, impulsó la mente europea a reconocer el sufrimiento de toda vida, no sólo de la humana, sino también de la animal, y de lo animal que hay en lo humano. Criticó brillantemente la crueldad de la creencia cristiana en un Dios punitivo que crea un mundo en el que sólo se salvará una ínfima minoría, mientras que la inmensa mayoría será condenada al sufrimiento eterno, y la comparó con el verdadero infierno de

la vida en la Tierra y la crueldad de los seres humanos hacia otros seres humanos y hacia los animales. Exigió incansablemente afrontar el lado sombrío de la existencia y comprometerse con las profundidades del propio ser –instintivas, irracionales, salvajes, ciegas, abrumadoras– en contraste con el ingenuo optimismo del racionalismo de la Ilustración, las versiones superficiales del idealismo romántico o el cristianismo convencional.[8]

He observado que esas perspectivas que ponen de relieve los aspectos oscuramente problemáticos de la existencia –lucha intensa, sufrimiento y muerte, implacable tensión entre fuerzas opuestas y, en general, el poder abrumador de fuerzas impersonales que determinan la vida humana–, al igual que las visiones filosóficas y religiosas de carácter pronunciadamente dualista o apocalíptico, surgen regularmente durante los alineamientos de Saturno y Plutón. Dadas las connotaciones maniqueas de las obras de Freud y Agustín, llama la atención que Saturno y Plutón estuvieran en conjunción entre los años 243 y 245 d.C., cuando Mani, el fundador del maniqueísmo en la antigua Persia, proclamó por primera vez su ascética religión de dualismo cósmico, para la cual toda existencia está determinada por una batalla universal entre las fuerzas buenas de la Luz y las malignas y caóticas de la Oscuridad, batalla en que la Luz se identifica con Dios, y la Oscuridad, con la materia y la encarnación.

Análogamente, el ascenso al poder del apasionado predicador fundamentalista Savonarola, en Florencia, donde denunció la vanidad y la corrupción de la cultura del Renacimiento e inició una estricta reforma moral bajo la amenaza de condenación eterna y apocalipsis inminente, empezó durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1490-1492. Una vez más, la naturaleza *sincrónica* y *polivalente* de esas correlaciones resulta asombrosamente clara. Pues se trata aquí del mismo alineamiento de Saturno y Plutón que coincidió con el comienzo de lo que en muchos sentidos iba a ser la transformación apocalíptica de las Américas, que empezó con la llegada de Colón a las Bahamas el 12 de octubre de 1492. Este acontecimiento coincidió con la cuadratura de Saturno y Plutón y con la cuadratura de Urano y Plutón, más larga, de la década de 1490, ya

mencionada en relación con la época de penetración europea en el Oeste y en la India que llevaron a cabo los navegantes y exploradores españoles y portugueses.

Además, también en 1492, el rey Fernando conquistó Granada y expulsó a los moros, completando la larga cruzada contra el islam en Europa, e inmediatamente después la Inquisición española expulsó de España a los judíos. Se ordenó a más de cincuenta mil familias judías abandonar el país en el plazo de cuatro meses a partir de la promulgación del edicto, «para el honor y la gloria de Dios», lo que obligó a una vasta migración de refugiados judíos que no fue muy distinta de la que empezaría durante otra configuración similar de Saturno, Urano y Plutón, en los años treinta del siglo XX.

Escenarios apocalípticos

Insistamos en que las correlaciones arquetípicas trascienden las simples dicotomías de lo subjetivo y lo objetivo, de la proyección distorsionada y el discernimiento riguroso. Cuando se constela un campo arquetípico poderoso, su influencia no es meramente intrapsíquica. A menudo, la convicción de que los individuos humanos están condenados a ser presa de abrumadoras fuerzas impersonales, destructivas o tenebrosas, presente de manera sistemática durante los alineamientos de Saturno y Plutón (incluido el más reciente, de 2000 a 2004), se basa en evidencias poderosas. Es verdad que tales alineamientos también coinciden de modo regular con la creencia religiosa en la inminencia del fin del mundo. Sin embargo, durante esos alineamientos, las perspectivas apocalípticas y el Día del Juicio Final también se hallan en rigurosos análisis políticos y militares, incluso en las ciencias naturales y con considerable apoyo empírico.

Por ejemplo, la hipótesis del «invierno nuclear» a resultas de una guerra atómica fue postulada por Carl Sagan y otros científicos durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1984, cuando durante la primera presidencia de Reagan llegó a su punto más peligroso la sensación de que una «espada de Damocles» nuclear se cernía sobre el mundo. En aque-

llos años, la tremenda concentración nuclear a ambos lados del Atlántico llegó a adquirir proporciones apocalípticas y provocó en la psique colectiva el temor al holocausto nuclear en el que podría desembocar una batalla maniquea entre las superpotencias. La angustia generalizada ante la posibilidad de «desencadenar una Tercera Guerra Mundial», la observación de muchos paralelismos históricos con el desastroso comienzo de la Primera Guerra Mundial (que había tenido lugar también durante una conjunción de Saturno y Plutón, dos ciclos antes) y el programa de televisión sobre la catástrofe atómica titulado *The Day After*, que contó con una gran audiencia, todo ello era expresión de la activación de este campo arquetípico. De modo semejante, estos temas y preocupaciones se materializaban en esa época en el intenso activismo antinuclear y las advertencias apocalípticas de Helen Caldicott y los Médicos por la Responsabilidad Social, así como en el influyente libro de Jonathan Schell titulado *El destino de la Tierra*, todo ello durante el mismo alineamiento. Es verdad que estos temores y representaciones de un Armagedón nuclear catalizaron la imaginación fundamentalista, pero por entonces estos temores eran prácticamente universales, tanto entre las personas sensatas como entre las insensatas, y contribuyeron a poner fin a la Guerra Fría.[9]

Durante el alineamiento más reciente de Saturno y Plutón, en 2003, el Departamento de Defensa de Estados Unidos elaboró un informe científico, ampliamente comentado, bajo el título «La perspectiva de un brusco cambio climático y sus implicaciones en la seguridad nacional de EEUU: imaginar lo impensable», en el que se analizaban los posibles efectos de cambios bruscos del clima mundial si continúa el calentamiento de la Tierra. Inspirado en datos empíricos y en modelos informáticos, como la perspectiva del invierno nuclear de la conjunción anterior, el informe sugería que durante las dos próximas décadas podía haber consecuencias catastróficas para gran parte del mundo –inundaciones por doquier, grandes sequías, frío glacial, hambruna, guerra y caos endémicos–, advertencia que, con su interpretación de un futuro apocalíptico, reflejaba los mismos temas de Saturno-Plutón que la literatura fundamentalista del mismo período. El film *El día de*

mañana (*The Day After Tomorrow*), de 2004, que tuvo un público muy amplio, presentaba una versión cinematográfica de la catástrofe del cambio climático con notable paralelismo con el *The Day After* de 1983 y su interpretación de la catástrofe nuclear, durante la conjunción de Saturno y Plutón inmediatamente anterior.

Paradójicamente, los alineamientos de Saturno y Plutón no sólo coinciden con la intensificada conciencia colectiva de espantosas amenazas a la especie humana y a la biosfera, sino también con otra expresión frecuente del mismo complejo arquetípico, aunque en forma casi opuesta, la intensificación de los esfuerzos contrarios a la defensa del medio ambiente, en particular en Estados Unidos, por parte del *establishment* empresarial y político. A este respecto, una típica combinación de materialismo depredador e incansable impulso de control y dominación de la naturaleza sugiere la presencia del complejo negativo de Saturno-Plutón. Igualmente sugerente es la frecuente asociación de políticas insensibles al medio ambiente con posiciones políticas y sociales conservadoras, creencias religiosas fundamentalistas y presiones empresariales en favor de la ausencia de regulación estatal y del incremento de beneficios. La sistemática intensificación de fuerzas y políticas antiecologistas tomó fuerza durante la oposición más reciente de Saturno y Plutón, la de 2001-2004, bajo el primer gobierno de Bush-Cheney, tal como ocurrió durante la conjunción de Saturno y Plutón, de 1981-1984, bajo el primer gobierno de Reagan, sobre todo mediante las políticas del Secretario de Interior, James Watt.

También en esto es evidente la sinergia que opera entre diferentes formas del complejo arquetípico, pues entre los electores republicanos que eligieron a Reagan y a Bush hijo había muchos cristianos fundamentalistas con expectativas explícitamente apocalípticas que reflejaban de manera semejante una de las posibles modalidades del complejo de Saturno-Plutón. El auge de individuos y grupos que sostienen creencias apocalípticas, ya sea a la manera de predicadores fundamentalistas como Savonarola en 1490-1492 o David Koresh, de los Branch Davidians, en 1992-1993, o a la de políticos influidos por el fundamentalismo, como Reagan en 1981-

1984 y Bush en 2001-2004, coincide de modo sistemático con alineamientos de Saturno y Plutón. Las actitudes apocalípticas se interconectan frecuentemente con actitudes antagónicas o indiferentes respecto de la naturaleza y el mundo presentes, lo cual estimula políticas de explotación o destrucción que al mismo tiempo ratifican la sensación de separación de la naturaleza y sirven para apresurar el apocalipsis anunciado.[10]

La guerra entre el hombre y la naturaleza

El ciclo planetario de Saturno-Plutón y su complejo arquetípico parecen asociarse íntimamente a muchos fenómenos y tendencias cuyo tema central es la «guerra entre el hombre y la naturaleza». La batalla de Freud entre el superego y el ello, el conflicto de Hobbes entre una autoridad gubernamental de control y el estado natural de guerra interminable, el obsesivo impulso de Agustín y de Calvino a negar las demandas del instinto y reprimir la sexualidad, los motivos afines del rechazo del mundo en el puritanismo y el cristianismo fundamentalista, las creencias apocalípticas, el ascetismo punitivo y el odio al cuerpo, el temor o la aversión a la sexualidad, el miedo al poder elemental de la naturaleza, el impulso a dominar la naturaleza o vengarse de ella, la caza de la ballena y la caza mayor, la devastación de la naturaleza por las grandes multinacionales, la objetivación de la naturaleza, ciertas formas de ciencia mecanicista y de tecnología industrial son todas ellas expresiones de esta tensión arquetípicamente constelada.

Cada uno de los términos de la expresión «guerra entre el hombre y la naturaleza» refleja presuposiciones casi siempre inconscientes y hunde sus raíces en temas centrales del complejo de Saturno-Plutón: la metáfora de la «guerra», que implica una situación establecida de violencia masiva mutua, intencional y continuada, y de antagonismo asesino; la estrecha simbolización de heroísmo masculino implícita en «hombre», término que se emplea para representar la totalidad de la condición humana y de la comunidad humana; y, finalmente, la índole sustantiva de la «naturaleza», ente definido y objetivado que, a cierto nivel, se distingue esencialmente del «hom-

bre» y se erige en su antagonista, con la imagen inconsciente de una poderosa y acechante Madre Naturaleza en segundo plano.

En esta «guerra» arquetípica hay varios motivos característicos del complejo de Saturno-Plutón: en primer lugar, la focalización del interés en los aspectos ásperos, punitivos, problemáticos, restrictivos, avasalladores y mortalmente amenazantes de la naturaleza; en segundo lugar, el miedo a la naturaleza, que produce la necesidad compensatoria de defenderse de ella, controlarla, derrotarla, castigarla o destruirla; en tercer lugar, el énfasis en los instintos depredadores y asesinos tanto en los seres humanos como en el resto de la naturaleza; en cuarto lugar, la tendencia a trazar una frontera rígida entre el hombre y la naturaleza para ver a ésta como radicalmente «otra», inferior, inconsciente, sin alma, insensible al dolor, incapaz de sufrimiento, bestial, infrahumana y evidentemente indigna de los derechos y el tratamiento respetuoso que merece un ser humano; en quinto lugar, una variante científica de lo mismo, el impulso a objetivar y reducir la naturaleza a fin de dominarla (personificado claramente por Francis Bacon, que nació bajo la cuadratura de Saturno y Plutón), a menudo en combinación con la creencia en que la naturaleza puede reducirse a puro cálculo y (como en el caso del científico y matemático Pierre-Simon Laplace, que nació bajo Saturno y Plutón en conjunción), y en sexto lugar, en contrapunto con todo lo anterior, la perspectiva ecologista de una naturaleza víctima de la despiadada explotación humana: objetivada, diseccionada, presa, convertida en granja industrial, deforestada, objeto de cruel experimentación, devastada, extinguida. (En palabras de Schopenhauer: «Se podría decir, sin faltar a la verdad, que los seres humanos son los demonios de la Tierra y que los animales son las almas que esos demonios atormentan».)

Los aspectos duros de Saturno y Plutón se encuentran con regularidad, por ejemplo, en las cartas natales de individuos con marcado impulso a matar grandes animales salvajes –así Ernest Hemingway y Theodore Roosevelt–, o los líderes de organizaciones como la Asociación Nacional del Rifle, como Charlton Heston. (También atañe a este complejo arquetípico

la relación histórica entre las ambiciones imperiales europeas de dominación en África y Asia y las demandas de las élites europeas de acceso a territorios de caza mayor.) Pero a veces, como ocurrió con los tres barcos balleneros, el *Essex*, el *Ann Alexander* y el *Pequod* de *Moby Dick*, la suerte se invierte.

El tema del poder destructivo y elemental de la naturaleza y la necesidad de hazañas extremas de fortaleza humana como respuesta puede verse en el caso de la expedición de Shackleton a la Antártida durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1914-1916. El barco expedicionario, el *Endurance*, quedó varado en el hielo del Mar de Weddell y luego fue aplastado por la presión del hielo. Durante casi dos años, los veintiocho hombres permanecieron varados en medio del frío y la oscuridad permanentes, mal protegidos y con escaso alimento, hasta que finalmente pudieron escapar. Jack London, que nació bajo una cuadratura de Saturno y Plutón, exploró una y otra vez idénticos temas en sus escritos, como en la famosa narración breve titulada *Encender una hoguera*. La película *En busca del fuego*, asombrosamente realista, que se produjo durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1982, describe sin palabras la vida primordial de los seres humanos de la edad de hielo, en una naturaleza que amenaza constantemente la supervivencia, es brutalmente indiferente a la existencia humana y requiere actos de valor desesperado y extremo esfuerzo físico para subsistir.

Este ciclo planetario y este complejo arquetípico se asocian estrechamente a épocas y a individuos dominados por un fuerte impulso a la explotación implacable de la naturaleza –el modo en que las multinacionales rapaces tratan el medio ambiente, la destrucción del sutil equilibrio de la naturaleza, la crueldad con los animales, etcétera–, así como la honda necesidad de responder a ello con una acción decidida. La Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales, por ejemplo, se fundó durante la oposición de Saturno y Plutón de 1866, la inmediatamente posterior a la conjunción que coincidió con *Moby Dick*. Rachel Carson, la madre del movimiento ecologista moderno, nació durante la primera cuadratura de Saturno y Plutón del siglo XX, en 1907. El filósofo moral Peter Singer, fundador del movimiento por los

derechos de los animales y de la Asociación Internacional de Bioética, nació durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1946. *Liberación animal*, la influyente obra de Singer en este terreno, que surgió de los acontecimientos y las ideas que coincidieron con la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta, fue escrita y publicada bajo la cuadratura de Saturno y Plutón de 1973-1975. La Ley sobre las Especies en Peligro, de 1973, fue aprobada por el Congreso de Estados Unidos durante el mismo alineamiento. La primera ley de Estados Unidos para proteger especies en peligro fue aprobada en 1966, durante la oposición de Saturno y Plutón inmediatamente anterior.

Los dos alineamientos axiales más recientes de Saturno y Plutón, el de 1981-1984 y el de 2000-2004, no sólo coincidieron con gobiernos y políticas depredadoras del medio ambiente, sino también con un gran auge de las ideas y organizaciones ecologistas. Ambos lados respondían a la inspiración y el impulso del mismo complejo arquetípico, pero de maneras diametralmente opuestas. Durante este último período se consteló en la psique colectiva un conjunto de motivos interconectados de Saturno-Plutón: la aguda conciencia de los límites de la naturaleza, la cada vez más rápida y masiva extinción de especies, el potencial agotamiento de los recursos de la Tierra que amenaza con desestabilizar las relaciones internacionales y ser causa de guerras devastadoras, y la inminente posibilidad de un catastrófico cambio climático.

Una expresión concisa de este tipo de temas es el muy difundido libro del geólogo y biólogo Jared Diamond, *Colapso: Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, escrito durante la oposición más reciente de Saturno y Plutón. Mediante el examen de la historia de una amplia gama de civilizaciones desaparecidas, Diamond analiza las maneras en que las sociedades, cegadas por presupuestos culturales, determinan su propio destino y se autodestruyen a través de la depredación de los recursos naturales, que desemboca en un desastre ecológico general.

Al mismo tiempo que Diamond escribía *Colapso*, la Autoridad Espacial de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, bajo la dirección de Donald Rumsfeld, daba a conocer un conciso

alegato que expresaba temas completamente distintos del complejo de Saturno-Plutón. *Strategic Master Plan 2004 and Beyond*, de la mencionada Autoridad, declaraba su misión de lograr la máxima ventaja bélica y el dominio militar mundial gracias a la «posesión» del espacio, que proporcionaría la capacidad para lanzar un ataque instantáneo contra cualquier punto de la Tierra: «Una viable capacidad de ataque global rápido, nuclear o no, permitirá a Estados Unidos atacar, sin posibilidad de ser alcanzado por el enemigo, blancos fundamentales de difícil acceso y producir el efecto deseado». Pero, advertía el *Master Plan*, «no podemos explotar por completo el espacio mientras no lo *controlemos*» (la cursiva es del original).

Tal como sucede con todos los complejos arquetípicos, parece que ambos lados de la *Gestalt* de Saturno-Plutón se dan siempre en interacción dinámica, como elementos polares que se implican mutuamente y que en conjunto constituyen el complejo en su totalidad. Ello es un elemento clave del potencial múltiple de los arquetipos –y corolario de la libertad y la responsabilidad humanas–, esencial en la perspectiva y las correlaciones que se presentan en este libro. Aquí uno piensa en el realismo moral que, con el sello de Saturno-Plutón, se expresa en esta imagen que Melville pone en boca del viejo cocinero negro del *Pequod*: «... pero si domináis al tiburón que hay en vosotros, entonces seréis ángeles. Porque los ángeles no son otra cosa que tiburones dominados».

No hemos de olvidar la naturaleza compleja de estos principios arquetípicos y el múltiple potencial de sus manifestaciones concretas. En particular, es importante llamar aquí la atención sobre la dimensión más noble de la *Gestalt* arquetípica de Saturno-Plutón que resulta evidente en muchos de estos fenómenos. Los alineamientos de Saturno y Plutón parecen coincidir con el llamamiento, tanto individual como colectivo, a incesantes esfuerzos y resolución, gran concentración y disciplina con mínimos recursos, así como coraje y actos de voluntad excepcionales a fin de hacer frente al peligro y la dificultad extremos, la muerte y la oscuridad moral. Ejemplo paradigmático de ello son los bomberos y la policía que subieron a las torres del World Trade Center después del atentado terrorista de 2001. También lo fueron Churchill y Gran Bretaña en su resistencia en solitario al avasallador predominio de la Alemania nazi en los oscuros días de 1939-1941.

Otro ejemplo son los ecologistas comprometidos y los pueblos indígenas que hacían frente a las penosas realidades de la extinción en masa de especies, la destrucción ambiental, el cambio climático y la crisis ecológica de la Tierra, al mismo tiempo que, en el período 2000-2004, las fuerzas gubernamentales y empresariales depredadoras conquistaban, en particu-

lar en los Estados Unidos, un poder sin precedentes y comenzaban a imponer su política. La oposición a esas políticas, que requería hacer frente a obstáculos y resistencias aparentemente insuperables –como la perseverancia de Sísifo, contra toda esperanza, para empujar la enorme piedra cuesta arriba–, parece acercarse al corazón del complejo arquetípico de Saturno-Plutón.

Por oscura y problemática que fuera su sombría proyección, este complejo arquetípico parecía mantener la misma capacidad para constelar acciones, transformaciones y consecuencias sociopolíticas que implican extraordinaria determinación moral, así como gran esfuerzo físico y de voluntad. Para bien o para mal, esos períodos parecen coincidir con una sensación colectiva de determinación, de galvanización de la voluntad contra poderosísimos obstáculos, de dura resolución ante un peligro extremo. Son típicos los actos de abnegación personal y social, el trabajo duro y tenaz, el compromiso perseverante con una tarea difícil y la profundización radical de la seriedad en la psique colectiva.[11]

Un tema frecuente relacionado con este ciclo es la movilización permanente de la voluntad y los recursos colectivos para satisfacer una emergencia de vida o muerte, como fue palpable en la catástrofe del 11 de septiembre. Otro ejemplo paradigmático fue el puente aéreo que establecieron Estados Unidos y Gran Bretaña en respuesta al bloqueo soviético de Berlín occidental, durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1948, en que miles de aviones volaron con 4.500 toneladas diarias de alimento y otros suministros durante más de un año para evitar que dos millones de residentes de Berlín Occidental sucumbieran por hambre o cayeran bajo la ocupación soviética. Cada uno de estos temas –por un lado, la permanente fortaleza, la organización disciplinada y el despliegue de recursos masivos y, por otro lado, la amenaza de hambruna y de opresión en una sombría atmósfera de peligro mortal y graves consecuencias geopolíticas– refleja una dimensión diferente del complejo de Saturno-Plutón.

Igualmente característica de este complejo arquetípico es la tarea de reconstruir a partir de escombros, como sucedió con el Plan Marshall y la reconstrucción de Europa tras la Se-

gunda Guerra Mundial, durante la conjunción de 1946-1948. Una expresión más reciente de este mismo tema fue la hercúlea labor de desescombro y limpieza en la Zona Cero, el lugar de Manhattan donde otrora se levantara el World Trade Center, así como la restauración de las estructuras y la estabilización de los cimientos y contenciones destruidos o dañados.

Muchas versiones menos dramáticas y menos extremas de estas mismas tendencias, en escala más reducida y en circunstancias más personales y con menos intensidad gráfica, fueron evidentes durante estos mismos alineamientos en otros contextos: la reconstrucción a partir de las cenizas, la necesidad de afrontar problemas aparentemente insuperables, la movilización incesante de recursos y voluntades en situaciones de crisis mortal, y la valiente confrontación del peligro, el mal, la muerte o el intenso sufrimiento.

Durante los alineamientos de Saturno y Plutón se advierte un notable incremento de la tendencia colectiva a mirar de frente el lado oscuro de la humanidad. Esto fue evidente, por ejemplo, durante la conjunción de 1946-1948, cuando el mundo afrontó por primera vez la verdadera magnitud del horror y la maldad del Holocausto gracias a los juicios de Nuremberg a los criminales de guerra nazis, la exhibición de películas relativas a los campos de concentración filmadas al final de la guerra, y la publicación de los primeros libros acerca de esos campos. La atmósfera de gravedad moral y jurídica de estos procesos, de confrontación con la espantosa maldad e «inhumanidad del hombre para con el hombre», es típica de esta *Gestalt* arquetípica.

La misma conjunción de Saturno y Plutón coincidió también con la amplia reflexión acerca del lanzamiento de bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki por Estados Unidos, como se expresa, por ejemplo, en el poderoso relato de John Hersey de 1946, *Hiroshima*.[12] En una conferencia pronunciada en el Massachussetts Institute of Technology durante esta conjunción, en 1947, Robert Oppenheimer, principal figura del Manhattan Project que produjo la bomba, expresaba esta sombría conciencia emergente en una confesión, al estilo agustiniano, de la responsabilidad y la caída moral colectivas: «En un sentido de crudeza tal que ninguna vulgari-

dad, humor ni exageración borrarán del todo, los físicos han conocido el pecado; jamás podrán liberarse de ese conocimiento». Juntos, el Holocausto y los bombardeos atómicos produjeron una ola de intensa reflexión moral sobre la oscura realidad de la crueldad y la violencia humanas, el horror de la muerte y el sufrimiento en masa y la responsabilidad individual y colectiva ante tales acontecimientos. Este mismo fenómeno fue otra vez evidente tras el 11 de septiembre de 2001, en la extraordinaria profusión de reflexión moral sobre la capacidad humana para el mal y la violencia y sobre el lado oscuro de los fundamentalismos religiosos y del triunfalismo económico occidental.

Otra oleada de reflexión moral sobre estos temas y sobre la guerra y el violento despliegue de poder unilateral en un mundo interdependiente, se produjo en el período inmediatamente anterior y posterior a la decisión del gobierno de Bush de invadir Irak, en marzo de 2003, durante la misma oposición de Saturno y Plutón. Durante la oposición inmediatamente anterior, la de 1964-1967, correspondiente a la escalada de la guerra de Estados Unidos en Vietnam, tuvo lugar un brote análogo de condena moral colectiva de las políticas belicistas del gobierno de Johnson y de la agresión militar que recaía sobre multitud de personas inocentes. En ambos casos, durante estas dos oposiciones consecutivas de Saturno y Plutón, las acciones que adoptaron quienes ostentaban el poder, con motivaciones y tácticas muy representativas de este complejo arquetípico, dieron comienzo a un largo y caótico ciclo de violencia que ellos mismos no habían previsto.

Durante la oposición de 2000-2004 también tuvieron lugar importantes procesos judiciales ante el Tribunal Internacional de La Haya, al estilo de los de Nuremberg, por crímenes de guerra que se habían cometido en Bosnia y en Ruanda durante la cuadratura anterior de Saturno y Plutón, en 1992-1994. Este período también coincidió con el rechazo internacional de la tortura y la humillación sexual de prisioneros por Estados Unidos en Irak, lo que produjo llamamientos muy amplios a la reprobación y el enjuiciamiento de los culpables. La misma dinámica fue evidente en la autorización del gobierno de Bush al trato cruelmente vejatorio que se da a los prisione-

ros en Guantánamo, despreciando las normas internacionales de derechos humanos establecidas por la Convención de Ginebra, y el traslado clandestino de sospechosos a otros países para ser allí interrogados y torturados.

La dinámica arquetípica que opera en estos fenómenos –del nazismo y los procesos de Nuremberg a la Guerra de Vietnam, el 11 de septiembre y la guerra de Irak– es compleja. Los dos principios se combinan de múltiples maneras en el mismo fenómeno: el complejo de Saturno-Plutón es a la vez la tiranía ejercida por el terrorismo (dirección Plutón-Saturno) y el denodado e incansable esfuerzo para oponerse a él y exterminarlo (dirección Saturno-Plutón). También es la tiranía de una sociedad presa de sus temores, sus controles y sus rigideces antiterroristas, de modo semejante al topo de *La madriguera* de Kafka. Son condiciones perfectas para lanzarse a asesinar a millares de inocentes para cumplir el implacable propósito de exterminar al malvado enemigo. A menudo la movilización de las estructuras de poder contra el mal somete a los agentes de ese poder, poseídos por su lado oscuro, a las mismas fuerzas que perciben en los demás.

En cierto sentido, los principios negativos de Saturno y Plutón se combinan sinérgicamente en los diversos acontecimientos: el trauma y la crisis de la guerra, la eficiente organización de la violencia y de un despliegue de inmenso poder destructivo, la victimización de los que carecen de poder, la muerte masiva y el fin de la inocencia. También vemos que el principio negativo de Saturno actúa contra un principio plutoniano proyectado, pero al mismo tiempo es impelido por impulsos plutonianos internos, como en el superego sádico de Freud: el despliegue de violencia y terror bajo el manto de la rectitud moral, una causa justa, la voluntad de Dios, la seguridad nacional o la ley y el orde, la dura represión gubernamental, la objetivación del otro, la escisión radical entre el buen yo y el enemigo maligno.

Sin embargo, en otro sentido, en el drama subsiguiente de reflexión moral, vemos que la conciencia saturniana se yergue para juzgar las fuerzas plutonianas de la guerra y los instintos desatados, lo que refleja una expresión positiva del superyó en su tarea de oponerse y juzgar al ello: haciendo frente y dando

nombre a la crueldad inhumana, la maldad bestial, el horror del Holocausto y el horror nuclear, la limpieza étnica, el imperialismo depredador. Por último, el arquetipo de Plutón da intensidad y profundidad al juicio de Saturno, da hondura a su evaluación moral. Potencia el impulso necesario para penetrar en una dura verdad subyacente, para una confrontación moral consigo mismo o con el otro, a veces a escala masiva. Las manifestaciones positivas y negativas del mismo complejo están inextricablemente entrelazadas. Todas estas dimensiones de la dialéctica arquetípica, todas estas encarnaciones distintas de dirección Saturno-Plutón y de dirección Plutón-Saturno operan simultáneamente en este fenómeno.[13]

Esta complejidad se encarna de forma paradigmática en la gran figura de Agustín, origen de tantas cosas que dieron forma al espíritu occidental y forjaron su conciencia. Agustín, que escribía cuando el Imperio romano de Occidente y la civilización clásica agonizaban, era plenamente consciente de la crueldad, el mal y el sufrimiento que los seres humanos se infligen unos a otros. Fue testigo de las devastaciones de la guerra y de la violencia masiva, la violación, el asesinato y la corrupción que tanto impregnaron esa época. Diseccionó con gran perspicacia los procesos psicológicos por los que pequeñas decisiones llevan a hábitos duraderos, lo que su vez forja ineluctables cadenas que aprisionan al espíritu humano. En su propio y dramático viaje espiritual, Agustín dirigió con implacable intensidad el juicio moral a su propia alma y su propia vida, siempre al servicio de una relación más profunda con el Dios de bondad y luz absolutas al que amaba con tanto fervor. Sin embargo, precisamente esta luminosidad de lo divino y lo trascendente era lo que, por contraste, colocaba al ser humano y al mundo creado en una sombra más oscura.

En vista de la gran diversidad con que los seres humanos han experimentado las revelaciones de lo divino a través de los siglos, me pareció muy interesante que cuando Agustín tuvo su poderosa experiencia de conversión en el jardín de Milán, en septiembre de 386, Saturno formara cuadratura con Plutón

en el cielo –lo mismo que el día de su nacimiento, justo un ciclo entero antes–, a menos de 2° del alineamiento exacto. La naturaleza de la famosa experiencia de conversión de Agustín, tal como él mismo la describió posteriormente en las *Confesiones*, desde el agudo sufrimiento físico producido por el carácter extremo de su conflicto interior hasta el mensaje específico que le transmitieron las palabras de la epístola de Pablo a los romanos, desencadenantes de su transformación religiosa, contiene signos inequívocos de un complejo enormemente activado de Saturno-Plutón.

Cuando la terrible experiencia de ese dramático día llegó al máximo de intensidad, Agustín gimió y anduvo agitadamente de un lado a otro, presa de un agónico frenesí espiritual, tirándose de los pelos y golpeándose la frente. Se sentía prisionero de sus bajos instintos y frustrado más allá de toda expresión posible por su incapacidad para orientar su voluntad en la pureza de la dirección espiritual que deseaba. Finalmente, después de oír una voz infantil que le repetía misteriosamente «*Tolle, lege, tolle, lege*» («Toma y lee, toma y lee»), cogió desesperado el libro de las epístolas de Pablo que tenía al lado, lo abrió al azar y leyó en silencio el primer pasaje sobre el que cayeron sus ojos: «nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias» (Romanos, 13:13-14). Con esas palabras que el destino le servía en bandeja, no quiso «leer más, ni tampoco era menester, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas».

El pasaje bíblico que abrió el camino al ulterior despliegue de la vida espiritual de Agustín –y la de los millones de católicos y protestantes que serían modelados por su experiencia en los quince siglos siguientes– parecía enunciar un juicio decisivo contra la futilidad pecaminosa de su vida anterior y llamarlo a dejar atrás su sumisión al libertinaje para entregarse a la trascendente pureza absoluta de la voluntad de Dios. La lucha frustrada de Agustín con su propia voluntad e instintos, su sensación de ser esclavo de deseos físicos, el tremendo tra-

bajo de parto que suponía el frenesí de su prueba interior: todas estas expresiones clásicas del complejo arquetípico de Saturno-Plutón quedaron repentinamente resueltas gracias a una poderosa experiencia de naturaleza numinosa.

Agustín también se hallaba en esos días bajo el tránsito personal, único en la vida, de Neptuno en exacta conjunción con su Plutón natal. Como veremos más tarde cuando nos refiramos a Dostoievski, se trata de un tránsito que suele coincidir con intensas experiencias imaginativas y espirituales (Plutón-Neptuno), marcadas en casos excepcionales por una sobrecogedora numinosidad. A menudo estas experiencias constituyen una dialéctica entre lo biológico-instintivo (Plutón) y las dimensiones espirituales e imaginales (Neptuno) de la existencia, entre la naturaleza y el espíritu, interpenetrados en una experiencia a la vez visceral y numinosa.

La fuerza de la resolución espiritual que aquel día alcanzó su dolorosa prueba interior acompañó a Agustín para siempre. Los términos de esa resolución estaban impregnados de la irresistible sensación de una luz divina de bondad en diametral oposición a sus pasiones corporales. La negación de sus instintos eróticos, la caracterización de la sexualidad como una forma de esclavitud, la afirmación de una moral superior basada en una vida de contención sexual, la presencia constante de remordimiento y culpa en su vida interior, todo eso sugiere que este complejo dominante de Saturno-Plutón en la psique y la biografía de Agustín estaba vigorosamente constelado, pero ahora con toda la fuerza de una irresistible transformación espiritual.

A lo largo de su tormentoso viaje interior, Agustín había sido atraído por posiciones religiosas y filosóficas, como el platonismo y el maniqueísmo, marcadas por un desprecio dualista del cuerpo físico y el mundo natural en beneficio de una pureza espiritual trascendente. Agustín, sin duda la persona de mayor complejidad introspectiva de su época, parece haber experimentado esta profunda polaridad, tan característica de muchas de las religiones de la era axial en gran parte del mundo antiguo, como tensión especialmente aguda de impulsos opuestos en su interior. Cuando su crisis espiritual llegó por fin al punto de ruptura, la resolución que experi-

mentó fue la decisiva afirmación de un lado de la polaridad y la negación enfática del otro. La multitud de implicaciones de esta negación –sus puntos de vista teológicos sobre el cuerpo, la naturaleza, la sexualidad, las mujeres, la concepción y el nacimiento, su comprensión del mal, la culpa, el pecado original, el infierno, la condenación y la predestinación, su compromiso con la autoridad absoluta de la Iglesia, su visión dualista de la historia, su imagen de Dios y de la redención–, parecía reflejar su resolución personal de conflictos y temas profundamente asociados al complejo arquetípico de Saturno-Plutón.

El poder espiritual y el potente dualismo de la conversión de Agustín produjo una estructura autoritaria de creencias religiosas y actitud psicológica que impregnó la evolución posterior del espíritu occidental. El conflicto interior entre impulsos opuestos que precipitó su experiencia de conversión pasó directamente a las generaciones futuras de esforzados cristianos en forma de una tensión constante e intolerable entre la búsqueda espiritual y los instintos sexuales. Subyacente a este legado se hallaba la tensión más amplia que Agustín experimentó entre la trascendencia divina y el ser humano encarnado, con la lucha interior, la culpa y la polarización moralista de los sexos que esta tensión implicaba.

Volvamos ahora a Jung, cuya obra y sensibilidad descollan la observación firme y penetrante del lado sombrío de lo humano. Como Agustín, Jung nació bajo una cuadratura de Saturno y Plutón, cuando se hallaban a menos de 1° de la alineación exacta. Durante toda su vida Jung insistió en la necesidad de que el yo moderno tomara conciencia de su *sombra*, a la que dio nombre, reconoció como un principio arquetípico y examinó en los traumas de la historia del siglo XX: la sombra de la civilización europea, la sombra del hombre moderno, la sombra de la tecnología moderna, la sombra del patriarcado y la unilateralidad masculina, la sombra del cristianismo, la sombra del yo consciente, la sombra en el seno de cada individuo. «No es, por cierto, asunto menor el de cono-

cer la propia culpa y la propia maldad, y nada ganamos con apartar la vista de la sombra propia... Sin culpa, desgraciadamente, no puede haber maduración psíquica ni ampliación del horizonte espiritual». Para Jung, incluso el cambiante Dios de la tradición bíblica se ha visto obligado a afrontar y asimilar su propia sombra en el curso de su relación con el yo humano. En *Respuesta a Job*, su obra más incisiva y de mayor repercusión desde el punto de vista histórico, escrita en los últimos años de su vida, Jung luchaba con el Yaveh de severa omnipotencia y violenta vindicación apocalíptica –al igual que Agustín y Calvino, Melville y el propio Job– como si hubiera un linaje histórico de poderosos y proféticos encuentros con la dimensión de lo divino afín a Saturno-Plutón.

La noción misma de sombra, tal como Jung la concebía, representa una complicada síntesis de los dos principios planetarios: de Saturno, los motivos de juicio, culpa y vergüenza, represión y eliminación, escisión y separación, negación, lo inferior, lo que se lamenta y se niega; y de Plutón, los aspectos del yo que constituyen su «inframundo», los instintos, las oscuras profundidades de la personalidad, el aspecto animal, los impulsos tantas veces crueles y repugnantes al servicio del poder, la dominación, la lujuria y otros impulsos que representan también la saludable vida instintiva de la cual puede derivar en última instancia la curación, la totalización y finalmente una conciencia superior.

El tono de intensa urgencia moral y seriedad histórica tan frecuente en los escritos de Jung es muy característico de este complejo arquetípico, lo mismo que su tendencia a la severidad de juicio. Y también lo es su constante énfasis en el poder determinante del inconsciente arquetípico sobre la vida y la historia humanas, más allá de cualquier supuesto control del yo racional, cuando no se le presta atención, no se lo reconoce, no se lo expresa ni se toma conciencia de él. A veces, la sensibilidad de Jung a este poder de las fuerzas arquetípicas para dar forma a la vida humana y dominarla desde las profundidades del inconsciente colectivo, junto con su conciencia de las poderosas tendencias apocalípticas activas en la historia del siglo XX, estuvo a punto de imponerse a su creencia en la capacidad del yo individual para ser el «contrapeso que incli-

na la balanza», «esa unidad infinitesimal de la que depende el mundo».

Muchos de los temas que en Jung implican gravedad moral y juicio histórico, culpa y responsabilidad, poder del destino y determinismo, omnipotencia divina y existencia del mal, pueden reconocerse también en otras figuras estudiadas en estos capítulos sobre el complejo de Saturno-Plutón, desde Agustín hasta Calvino y Schopenhauer, quien ejerció sobre Jung una profunda influencia en sus años de formación.[14] Pero en Jung estos temas adoptan una nueva forma de reflexión psicológicamente compleja, con nuevas posibilidades de desarrollo evolutivo, tanto moral como histórico. Especialmente adecuado a este nuevo potencial psicológico es el reconocimiento junguiano de que la sombra contiene fuentes de energía vital cuya represión en el inconsciente contribuye a acrecentar su índole destructiva, distorsionante y degenerativa, mientras que su integración permite la liberación del potencial regenerador y creativo que le es propio.

Hubo en la vida y el pensamiento de Jung otro motivo central que expresaba claramente el complejo arquetípico de Saturno-Plutón, de una manera diferente pero en última instancia muy adecuada a esta tarea. Nos referimos a la importancia que dio Jung al compromiso total con el conflicto inevitable de las fuerzas opuestas en la vida, al mantenimiento de la tensión a menudo insoportable de opuestos en la psique, incluso al extremo de sentirla como una crucifixión. Vemos aquí el principio saturniano de tensión, polaridad, contradicción y conflicto intensificado hasta proporciones titánicas por el principio plutoniano, a veces con la constelación de una angustiosa experiencia de dolor, ya psicológico, ya físico, como hemos visto en Agustín. Lo que parece explicar que esta tensión de opuestos fuera tan dominante y estuviera tan cargada de intolerable complejidad es el factor adicional, evidente en toda la obra de Jung, del impulso prometeico a la emancipación y el cambio (Urano) *capturado por* este inexorable conflicto de fuerzas opuestas (Saturno-Plutón), pero también *actuando a través y por medio* de él.

Lo mismo que Agustín, Schopenhauer, Marx y Melville, Jung nació cuando tanto Saturno como Urano formaban as-

pectos duros con Plutón (en el caso de Jung, un aspecto cuadrático en T, con Saturno y Urano en oposición y Plutón en cuadratura con ambos). Una vez más, en la vida de estos individuos que nacieron bajo aspectos duros de los tres planetas, y también en los períodos históricos correspondientes a esos alineamientos triplanetarios, esta combinación astral se asocia a una dinámica arquetípica especialmente desafiante en la que toda la gama de conflictos que caracteriza la dialéctica entre el principio prometeico y el saturniano –entre cambio y resistencia al cambio, futuro y pasado, imprevisibilidad creativa y orden ineluctable, libertad y opresión, desorganización y estabilidad, innovación y tradición, lo *puer* y lo *senex*–tienden a intensificarse al máximo. El período central de la década de los sesenta, la última vez que estos tres planetas formaron un aspecto duro entre sí (Saturno en oposición a la conjunción de Urano y Plutón), nos proporciona un ejemplo reciente de esta complicada dialéctica arquetípica, con la extraordinaria agitación social y política de la época y con los profundos cismas que surgieron en esos años y que continúan influyendo en la sociedad norteamericana y mundial.

En Jung, como en otros individuos o épocas con este alineamiento, he descubierto que la presencia del principio prometeico como tercer factor en el complejo de Saturno-Plutón, parecía proporcionar no sólo una mayor dimensión problemática al conflicto, que ve incrementado su reto ya en apariencia intolerable, sino también una nueva posibilidad de resolución creativa de polaridades antagónicas. Por un lado, produce una situación en la que se activa al mismo tiempo el impulso al cambio y la libertad, si bien encadenado por el complejo de Saturno-Plutón y preso de éste en un estado de «Prometeo encadenado»: Saturno/Plutón-Urano. Por otro lado, coherente con su naturaleza arquetípica, el principio prometeico también parece proporcionar un potencial de inesperada liberación *por medio y a través* del conflicto titánicamente intensificado e ineluctable: Urano-Saturno/Plutón. Es notable que Shelley escribiera *Prometeo desencadenado* –donde, en el dramático despliegue de esa dialéctica arquetípica, Prometeo es finalmente liberado– en 1820, justo en el momento en que se producía esta configuración, el mismo ali-

neamiento triple de Saturno, Urano y Plutón que coincidió con el nacimiento de Melville y de Marx, cuyas respectivas obras mantienen un compromiso muy semejante con esta dialéctica.

La resolución más profunda de esta tensión arquetípica de opuestos no parece darse por medio de una identificación unilateral con uno de los polos, que de alguna manera termina por imponerse al otro, como ocurrió, por ejemplo, con Marx y Agustín (el trabajo vence al capital, el espíritu vence a la materia), sino más bien –como tan a menudo destacó Jung– sosteniendo la tensión que implacablemente tira de los dos lados. Gracias al agotador mantenimiento de la fidelidad a cada uno de los principios opuestos –conciencia *e* instinto, superego *y* ello, individuo *y* comunidad, tradición *e* innovación, masculino *y* femenino, consciente *e* inconsciente, destino *y* voluntad, o cualquier otra polaridad presente– pueden surgir, aunque sin certeza sobre el momento y el modo en que lo harán, la repentina resolución de la tensión y una profunda transformación estructural.

Jung y Agustín nacieron bajo configuraciones casi idénticas de los tres planetas que hemos estado estudiando, y operaron en su vida y su pensamiento con dinámicas y tensiones arquetípicas muy similares. Como Jung llegó en una fase mucho más tardía del desarrollo histórico de la psique y el espíritu occidental que Agustín conoció en sus comienzos, estuvo en condiciones de aprovechar todo lo que durante los siglos intermedios se había sufrido, descubierto y forjado. Este largo desarrollo comprendía el creciente movimiento de encarnación en el mundo natural y el cuerpo representado en la tradición espiritual occidental, de maneras distintas y a veces conflictivas, por figuras como Rousseau, Goethe, Schopenhauer, Darwin, Nietzsche, Freud y muchos otros. En esa tarea Jung también se benefició de la decisiva influencia de las mujeres extraordinarias en su vida, sobre todo Emma Jung y Toni Wolff.

Apoyado e impulsado por este enorme desarrollo histórico, así como por estas duraderas relaciones personales, Jung fue capaz de abordar y reelaborar muchas de las polaridades que le presentaban tanto la tradición cristiana como la mente

moderna, y mirar de frente, en la medida de sus posibilidades, la sombra del cristianismo, de la mente moderna y de sí mismo. Con gran valor y fortaleza, intentó también mantener la tensión de los opuestos en la condición humana en general y alumbrar una nueva resolución de las demandas espirituales de la era moderna. De ahí los inmensos esfuerzos y las luchas titánicas de Jung con los grandes cismas culturales de su tiempo y del nuestro, para integrar los opuestos de ciencia y religión, espíritu y naturaleza. interior y exterior, femenino y masculino.

Cuando tenía setenta años, Jung expresó este drama y esta dinámica arquetípicos en una carta a una mujer que se sentía atrapada entre las conflictivas exigencias de la profesión y la familia:

> Querida señora Frobe:
>
> ... No hay solución, sólo cabe tener paciencia con los opuestos, que provienen al fin y al cabo de su propia naturaleza. Usted misma es un conflicto que se enfurece en y contra sí mismo, a fin de fundir en el fuego del sufrimiento sus sustancias incompatibles, lo masculino y lo femenino, y crear así esa forma fija e inalterable que es la meta de la vida. Todo el mundo pasa por ese trance, consciente o inconscientemente, voluntariamente o por la fuerza. Estamos crucificados entre los opuestos y librados al tormento hasta que tome forma el «tercero que concilia». No dude de que los dos lados que alberga en su interior merecen la pena, y deje que lo que vaya a suceder suceda, sea lo que sea. El conflicto, en apariencia insoportable, es la demostración del valor de su vida. Una vida sin contradicción interior sólo es media vida o una vida en el Más Allá, destinada exclusivamente a los ángeles. Pero Dios ama más a los seres humanos que a los ángeles.
>
> Mi más cordal saludo,
>
> C. G. Jung

Aquí, en la profundidad de la autoridad y la solidez de carácter que impregna estas palabras, encontramos otro tema a menudo evidente en individuos que nacen bajo configuraciones de Saturno-Plutón. La experiencia de haber pasado por un intenso enfrentamiento con los opuestos y por una impla-

cable contradicción y compresión interior, en combinación con el encuentro con la dimensión sombría de uno mismo y de la existencia, puede desembocar en una profunda autoridad existencial que se comunica a través de la obra y la personalidad de aquel individuo. Lo vemos en Jung y en Agustín, y también en Melville y en Marx. Según la magnitud de la confrontación y la profundidad de la resolución, las cualidades derivadas pueden expresarse como dogmatismo rígido y autoritarismo compulsivo, o bien como la auténtica seriedad de una sabiduría forjada en el sufrimiento, el tiempo y la experiencia.

En el mismo año en que se produjo el nacimiento de Jung, 1875, nació también Rainer Maria Rilke, bajo el mismo alineamiento cuadrático en T de Saturno, Urano y Plutón. Es notable que Rilke viviera precisamente la misma dialéctica que hemos visto en Jung: el prolongado desafío psicológico y espiritual de la lucha con los opuestos de la vida y su mantenimiento para alumbrar la nueva creación, el nacimiento poético, la criatura divina. Cerca del final de su vida, después de muchos años de profundo combate y paciente espera de la inspiración que finalmente le llegó en *Las elegías de Duino*, Rilke escribió las famosas palabras que hablan tan directamente de este reto, con una visión prácticamente idéntica a la de Jung, duramente conquistada y epifánica:

> Pon tensas las ejercitadas fuerzas
> hasta que, entre dos contradicciones,
> alcancen... Pues quiere el dios en el hombre
> estar aconsejado.

OBRAS DE ARTE PARADIGMÁTICAS

La dimensión arquetípica se expresa en forma particularmente viva y tangible en el dominio del arte. A lo largo de nuestra investigación hemos visto el ciclo de Saturno-Plutón asociado a temas tales como la brutalidad de la opresión y la coerción, el crimen y el castigo, el pecado y el juicio, el trauma y la venganza, el control inflexible y sus sombrías consecuencias, las contradicciones y las tensiones intensamente exigentes, las profundidades de la sombra y el discernimiento moral. Estos mismos temas se manifiestan clara y consistentemente en la creación de obras literarias escritas durante períodos correspondientes a alineamientos de Saturno y Plutón. Así, las ya mencionadas *1984* de Orwell, *Moby Dick* de Melville y *El proceso* de Kafka, cada una de ellas elocuente reflejo de este dominio arquetípico, fueron escritas cuando Saturno y Plutón se hallaban en conjunción. Estas correlaciones forman parte de patrones sincrónicos y diacrónicos de mucho mayor alcance que implican otras obras literarias paradigmáticas.

En efecto, Mary Shelley publicó *Frankenstein*, su profética obra maestra de la novela gótica, que describe la monstruosa sombra de la voluntad de poder tecnológica, durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1818, en el mismo año y la misma conjunción en que Schopenhauer publicó su som-

bría obra maestra sobre la ciega voluntad de lucha, *El mundo como voluntad y representación*. Durante la conjunción inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, la de 1850, Hawthorne publicó *La letra escarlata*, su vigorosa versión del juicio y la culpa en el puritanismo, los oscuros secretos de la trasgresión sexual, los chivos expiatorios y la humillación pública, la crudeza que no sabe de perdón y la persecución obsesiva. Es la misma conjunción que coincidió con la redacción y la publicación de *Moby Dick*, de Melville. Durante la oposición inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, la de 1865-1867, Dostoievski escribió y publicó *Crimen y castigo*, una de las exploraciones más profundas de este dominio arquetípico. La oposición inmediatamente posterior de estos mismos planetas, la de 1898-1899, coincidió con *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, que describía la horrible crueldad y maldad de la explotación europea de africanos en la jungla del Congo («el horror, el horror»).

El clásico poema del pesimismo modernista de T. S. Eliot, *La tierra baldía*, fue escrito durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1921-1922. La epopeya sobre las privaciones, la opresión y la resistencia humanas que es *Las uvas de la ira*, de John Steinbeck, se publicó en 1939, durante la cuadratura inmediatamente posterior. Durante ese mismo alineamiento de 1939-1941, que coincidió con el comienzo de la Primera Guerra Mundial, Albert Camus escribió *El extranjero* (finalizado en mayo de 1940) y *El mito de Sísifo* (finalizado en febrero de 1941). El propio Camus, que con tanta vehemencia se identificó con la figura de Sísifo y que escribió otras obras importantes que afrontaban lo oscuro, lo inevitable y los aspectos moralmente problemáticos de la existencia humana, como *La caída* y *La peste*, había nacido en noviembre de 1913, al comienzo de la conjunción de Saturno y Plutón que coincidió con el inicio de la Primera Guerra Mundial. Análogamente, Arthur Miller, cuyas piezas teatrales se ocuparon de graves problemas de conciencia moral y fuerzas sociales opresivas, nació durante la misma conjunción de estos planetas, en 1915, y escribió *La muerte de un viajante* en 1948, bajo la conjunción siguiente de Saturno y Plutón, el mismo alineamiento durante el cual Orwell escribió *1984*.

El espíritu, el ambiente y los motivos arquetípicos comunes que vinculan estas distintas obras son fáciles de reconocer y se asocian claramente al complejo de Saturno-Plutón. El carácter emblemático de estas obras se debe en parte a la elocuente intensidad con que expresan y encarnan los temas profundos y misteriosos de este multifacético complejo arquetípico. Igualmente expresivas resultan obras importantes de otras artes, como la música compuesta durante esos alineamientos. Por ejemplo, durante la misma oposición de Saturno y Plutón de 1865-1867 en que Dostoievski escribió *Crimen y castigo*, Mussorgsky compuso su oscuro poema sinfónico *Una noche en el monte Pelado*, que describía los rituales satánicos del aquelarre. Es el mismo alineamiento que coincidió con la fundación del Ku Klux Klan, con sus propios rituales tenebrosos de quema de cruces, muerte, odio y terror.[15]

Igor Stravinsky nació durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1882 (la misma de Kafka) y compuso *La consagración de la primavera* en 1913, a los treinta años, cuando Saturno en tránsito cruzaba su conjunción natal de Saturno y Plutón (por tanto, también durante su retorno de Saturno). Tanto la música de *La consagración de la primavera* como su tumultuoso estreno profetizaban la irrupción de fuerzas destructivas que devastarían la civilización europea durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1913-1916. Unos pocos meses después, en 1914, durante esa misma conjunción, el oscuro titanismo del movimiento inicial de *Los planetas*, de Gustav Holst, ofrecía una encarnación más militarista de aquella misma energía primordial, que anticipaba con gran vitalidad el despliegue de los ejércitos totalitarios que marcharían por toda Europa, matando y muriendo, durante las tres décadas que comenzaron pocas semanas después de que Holst terminara su composición.[16] Más recientemente, en 1967, la emblemática canción de Jim Morrison y The Doors sobre el descenso apocalíptico y la irrupción del instinto asesino, *The End*, coincidió con la oposición de Saturno y Plutón de 1964-1967 y la guerra de Estados Unidos en Vietnam.

Expresión del impulso revolucionario de Urano-Plutón combinado con el complejo de Saturno-Plutón de mediados de los años sesenta fue *Like a Rolling Stone*, de Bob Dylan,

grabado en 1965 y verdadero hito de una época. La intensidad del juicio severo, expresado con poder arrebatador y escuchado una y otra vez por millones de personas, parecía servir como catalizador iniciático de la época, a la que impulsaba hacia una mayor madurez existencial a partir de un estado previo de inconsciente presuntuosidad y falta de autenticidad. Las palabras y la voz abrasadora de Dylan invocaban temas tan característicos de Saturno-Plutón como el fin de la ingenuidad y del excesivo privilegio, la dura caída, la expulsión, la pobreza y el exilio, la jungla urbana, el realismo implacable, el descenso necesario al destino del hombre común:

> ¿Qué tal sienta...
> depender de ti mismo,
> no tener domicilio
> como un total desconocido,
> como una piedra rodante?

Lo mismo ocurrió en las otras artes. En la historia del cine, *El séptimo sello*, la adusta obra maestra en blanco y negro de Ingmar Bergman, retrato arquetípico del encuentro del hombre con la muerte, fue rodada durante la cuadratura inmediatamente anterior de Saturno y Plutón, la de 1956. En la historia de la pintura, un ejemplo particularmente emblemático de este complejo arquetípico de temas, que coincidió con la oposición de Saturno y Plutón de 1536, es *El juicio final*, de Miguel Ángel, con su poderosa evocación de la caída en el inframundo de la perdición, el sufrimiento en masa, la absoluta impotencia ante la abrumadora condenación divina.

En general, en la obra de James Joyce se destacan las dinámicas arquetípicas, asociadas a su triple configuración natal de Saturno, Plutón y Neptuno. Sin embargo, el complejo de Saturno-Plutón se expresa con gran riqueza imaginativa en el famoso tercer capítulo del *Retrato del artista adolescente*, publicado en 1914-1915, durante la conjunción de Saturno y Plutón que coincidió con el comienzo de la Primera Guerra Mundial. La viva descripción de la condenación eterna que hace el predicador católico irlandés y que el joven estudiante, angustiado por la culpa sexual, oye en estado de terror, explo-

ra con exquisita precisión y una elocuencia de sublime oscuridad toda la dimensión de la eterna agonía física y espiritual del infierno. El solemne retrato del horror que despliega es un compendio de todos los sermones sobre el infierno que se hayan podido pronunciar desde los tiempos antiguos y medievales hasta esta versión de Joyce:

Vamos a tratar ahora de imaginarnos, en la medida que podamos, la naturaleza de aquella mansión de los condenados creada por la justicia de Dios ofendido, para eterno castigo de los pecadores. El infierno es una angosta, oscura y mefítica mazmorra, mansión de los demonios y las almas condenadas, llena de fuego y de humo. La angostura de esta prisión ha sido expresamente dispuesta por Dios para castigar a aquellos que no quisieron sujetarse a sus leyes. En las prisiones de la tierra el pobre cautivo tiene al menos alguna libertad de movimiento, aunque no sea más que entre las cuatro paredes de su celda o en el sombrío patio de la cárcel. Pero no es así en el infierno. Allí, por razón del gran número de los condenados, los prisioneros están hacinados unos contra otros en su horrendo calabozo, las paredes del cual se dice tienen cuatro mil millas de espesor. Y los condenados están de tal modo imposibilitados y sujetos, que un Santo Padre, San Anselmo, escribe en el libro de las Semejanzas que no son capaces ni aun de quitarse del ojo el gusano que se lo está royendo...

Nuestro fuego terreno, sean cuales sean su furia y su extensión, tiene siempre una zona limitada; pero el lago de fuego del infierno no tiene límites, ni playas, ni fondo. Se dice que una vez el mismo diablo, preguntado por cierto soldado, se vio obligado a confesar que si toda una montaña fuera arrojada en aquel océano hirviente sería consumida en un instante como un pedazo de cera. Y este terrible fuego no aflige las almas de los condenados solamente por fuera sino que cada alma condenada será un infierno dentro de sí misma, abrasada por aquel fuego devorador en sus mismos centros vitales. ¡Oh, cuan terrible es la suerte de aquellos miserables seres! La sangre bulle y hierve en sus venas, los sesos se les abrasan en el cráneo, el corazón se les quema en el pecho como un ascua, sus intestinos son una masa rojiza de ardiente pulpa, sus tiernos ojos llamean como globos candentes...

Y todavía lo que he dicho referente a la fuerza, cualidad e ilimitación de este fuego, no es nada si se compara con su intensidad, una intensidad que ha sido el instrumento escogido por designio divino para castigo del alma y del cuerpo a la par. Es un fuego que procede directamente de la ira de Dios, y que no obra por propia actividad, sino como un instrumento de la divina venganza. Como las aguas del bautismo purifican el alma y el cuerpo al mismo tiempo, así el fuego del castigo tortura el espíritu y la carne. Todos los sentidos de la carne sufren tortura y todas las facultades del alma al mismo tiempo. Los ojos, la impenetrable y absoluta oscuridad; la nariz, los pestilentes olores; el oído, los alaridos, bramidos e imprecaciones; el gusto, las materias corrompidas, el estiércol sofocante e indescriptible; el tacto, las punzadas de las candentes aguijadas y púas y los crueles lamidos de las lenguas de fuego. Y a través de los múltiples tormentos de los sentidos, el alma inmortal se ve torturada eternamente en su íntima esencia entre leguas y leguas de llamas ardientes inflamadas en los abismos por la majestad ofendida del omnipotente Dios y alimentadas con una furia perdurable y cada vez más intensa por el soplo de la cólera de la divinidad...[17]

Aquí se podrían mencionar también obras emblemáticas escritas por artistas en el momento en que pasaban por tránsitos personales de Saturno-Plutón, como el *Infierno* de Dante, el texto originario de todas las versiones posteriores del infierno, y *A puerta cerrada*, de Sartre, moderna versión existencialista del infierno, en el que los condenados no pueden escapar de un estado de autotormento y crueldad interpersonal sin fin. Lo mismo ocurre con obras de artistas nacidos durante alineamientos de Saturno y Plutón, como *El caballero, la muerte y el diablo*, el clásico grabado de oscuridad y riesgo de Alberto Durero (que prefigura tanto los temas como la estética de *El séptimo sello* de Bergman); el Fausto de Goethe, con su mefistofélico tentador originario del infierno, destructivo «espíritu que siempre niega»; *La bestia en la jungla*, de Henry James, estudio de la obsesión que autoencarcela; el gran número de brillantes pinturas de Frida Kahlo sobre el tema de la muerte, el dolor extremo y la implacable coacción; y *Las brujas de Salem*, la pieza teatral de Arthur Miller que describe los procesos de finales del siglo XVII a los que alude su título.

El característico auge del conservadurismo religioso que coincide con los alineamientos de Saturno y Plutón se manifiesta a menudo en libros y filmes que expresan aspectos de la tradición cristiana como el sufrimiento y la crucifixión de Cristo, la oscuridad del mundo, la culpa y el juicio. Una de las películas de gran éxito y objeto de las más intensas discusiones durante la oposición más reciente de Saturno y Plutón es *La Pasión de Cristo*, producida y dirigida por Mel Gibson, él mismo nacido bajo un aspecto duro de Saturno y Plutón.[18] Muchos motivos característicos de este complejo arquetípico son evidentes tanto en la película como en su amplia repercusión cultural: el brutal realismo, el hecho de afrontar la muerte, la tortura, el sufrimiento insoportable, el juicio y ejecución, la crucifixión, la oscuridad moral y el odio, el constante peso del pasado, la sensibilidad religiosa conservadora que la película expresa, la escisión entre judíos y cristianos que dejó como estela, la atmósfera de acusación grave tanto en el film como contra él.

En ocasiones, una obra de arte presenta con tal fuerza las características y las motivaciones de un personaje, que éste termina por convertirse en una especie de arquetipo con el que serán comparados los individuos reales con cualidades semejantes. Victor Hugo, por ejemplo, que nació bajo una oposición de Saturno y Plutón, creó en *Los miserables* una versión épica de muchos temas característicos de Saturno-Plutón –enormes sufrimientos y esfuerzos humanos, crimen y castigo, prisión y trampas en un sistema de insoportable injusticia social– y un personaje que representa la implacable obsesión persecutoria, el inspector Javert. Más de un siglo después, muchas veces se comparó al fiscal Kenneth Starr con el inspector Javert por su obsesión igualmente implacable por la trasgresión sexual de Bill Clinton. El propio Starr nació bajo una conjunción de Saturno y Plutón (en una cuádruple conjunción con el Sol y Mercurio).

Es característico de artistas nacidos durante alineamientos de Saturno y Plutón que, obra tras obra, expresen facetas distintas del complejo arquetípico, como compelidos a explorar nuevas modalidades posibles, hasta ahora no representadas ni encarnadas. Por ejemplo, Alfred Hitchcock, que nació en

1899 durante una oposición de Saturno y Plutón, produjo una extraordinaria sucesión de películas meticulosamente realizadas –*39 escalones*, *Sabotaje*, *Recuerda*, *Encadenados*, *Yo confieso*, *Crimen perfecto*, *La ventana indiscreta*, *Vértigo*, *Con la muerte en los talones*, *Psicosis*, *Los pájaros*– que abordan un abanico de motivos íntegramente asociados al complejo de Saturno-Plutón: peligro mortal, miedo extremo, asesinato, culpa, las ocultas y oscuras profundidades de la existencia humana, siniestras intrigas, celadas a las que es imposible escapar, horror y terror.[19]

La misma oposición de Saturno y Plutón que coincidió con el nacimiento de Hitchcock, coincidió también con el nacimiento de Ernest Hemingway, cuyas numerosas novelas y relatos fueron igualmente emblemáticos de este complejo, aunque adoptaran un espectro algo diferente de modalidades. La preocupación (y la atracción) que Hemingway experimentó toda su vida por la guerra, la muerte, la matanza, la sombría brutalidad de la vida y el impertérrito realismo ante la muerte y la dureza de la vida sugiere una *Gestalt* arquetípica de Saturno-Plutón. Sin embargo, en su última novela Hemingway, *El viejo y el mar*, se expresa con toda claridad otro aspecto del mismo complejo a través de la valiente e inflexible determinación del viejo pescador, a pesar de la extrema dificultad de un largo combate con los tiburones, la naturaleza y la muerte. También aquí se halla el típico tema de Saturno-Plutón, notable también en Camus, de la inevitabilidad de la derrota humana en un universo indiferente, y también, como en Sísifo, la dignidad de la resistencia estoica ante esa oscura verdad.

En escritores y artistas nacidos durante alineamientos de Saturno y Plutón, como Hemingway y Hitchcock, he comprobado que la obra creativa, la personalidad y la vida en su conjunto tendían a reflejar los motivos arquetípicos pertinentes de una manera reconocible de inmediato, aunque, como siempre, en una polivalente diversidad de formas. Un ejemplo particularmente impresionante es el de Franz Kafka, que nació en 1883 durante la conjunción inmediatamente anterior a la oposición que vio nacer a Hitchcock y Hemingway. La imaginación creadora de Kafka parecía servir de escenario

sobre el que los motivos característicos de su complejo arquetípico se representaron de una manera extrema a lo largo de su vida, y no sólo en las obras ya mencionadas, como *El proceso*, *En la colonia penitenciaria* y *La madriguera*, sino también en *La condena*, *La metamorfosis*, *El castillo* y *Un artista del hambre*, entre muchas otras. Los propios títulos evocan temas de Saturno-Plutón –proceso, condena, castigo, prisión, tortura, privación, culpa que todo lo abarca–, lúcidamente presentados. Detrás de sus versiones particulares asoma un penetrante sentido de la futilidad de la condición humana ante la incomprensibilidad de Dios: «El estado en el que nos encontramos es pecaminoso, con total independencia de la culpa... Sólo nuestro concepto de tiempo nos permite hablar del Día del Juicio Final: en realidad se trata de un tribunal sumario en sesión permanente».

Sabemos que las circunstancias externas de la vida de Kafka reflejaban también de un modo notable esos motivos: su padre, crítico tiránico y punitivo, las agobiantes restricciones que la burocracia gubernamental imponía a su obra, el opresivo confinamiento de la vida judía en Praga. Estos motivos corren a su vez paralelos al drama y el tono de la vida y la personalidad del propio Kafka, conmovedoramente descritas en sus diarios: el infierno privado de su despiadada autocrítica, sus sentimientos de intolerable humillación e impotencia, su sensación de desamparo ante la asfixiante dominación patriarcal de su padre. Al contemplar en su conjunto la *Gestalt* de la vida y la obra de Kafka, resulta difícil imaginar un principio general de orden y sentido más idóneo que el complejo arquetípico de Saturno-Plutón para reunir en una unidad coherente los diversos motivos que reconocemos como de la quintaesencia del universo de Kafka, lo «kafkiano». Ya describiera los procedimientos de una burocracia totalitaria, con su absurda carencia de sentido y la diabólica frustración que producen, o se refiriera a una prisión interior de persistente vergüenza y autodesprecio, su mundo imaginativo posee una consistencia penetrante y que el lector capta fácilmente. Está saturado de un ambiente y un espíritu particulares que se manifiestan de manera múltiple y coherente, con la claridad y la intensidad de las pesadillas.[20]

Aunque es en su obra más que en las circunstancias externas de la vida de Kafka donde aparece una multitud de temas arquetípicamente decisivos en toda su profundidad, una vez más se presenta aquí la ambigüedad entre las realidades interiores y las exteriores. Pues la visión imaginativa de Kafka anticipó proféticamente, desarrollos históricos demasiado reales como el totalitarismo y el Holocausto, asociados al mismo complejo arquetípico y al mismo ciclo planetario. A menudo se ha puesto de relieve esta dimensión profética y anticipadora del arte (como la famosa sentencia de Oscar Wilde, que con tanta penetración anticipaba su propia vida: «La vida imita al arte en mucho mayor medida que el arte imita a la vida»). Sin embargo, la sistemática coincidencia de las obras de arte y los acontecimientos que prefiguran con diferentes alineamientos del mismo ciclo planetario, presenta una nueva dimensión a los misterios de la imaginación creadora.

W. H. Auden, por ejemplo, que nació en 1907, bajo Saturno en cuadratura con Plutón, escribió *1 de septiembre de 1939*, poema al que, con asombro por su profética pertinencia, se dio amplia difusión a partir del día de los atentados contra el World Trade Center. El poema mismo fue escrito durante una cuadratura de Saturno y Plutón, exactamente un ciclo entero después del nacimiento de Auden. Saturno y Plutón estaban a menos de 1° del alineamiento exacto el día que se conmemora en el título del poema, cuando la Alemania nazi invadió Polonia, tal como ambos planetas volvieron a estar alineados casi con exactitud el 11 de septiembre de 2001.

oleadas de furia y miedo
circulan por los países brillantes
y ensombrecidos de la tierra
obsesionando nuestras vidas privadas;
el innombrable olor de la muerte
ofende la noche de septiembre...

en qué inmensa imago se erigió
un dios psicopático:
la opinión pública y yo sabemos
lo que todos los escolares aprenden:

a quien mal se inflige
maldades comete a cambio...

En este aire neutral
donde los rascacielos ciegos se sirven
de toda su altura para proclamar
la fuerza del Hombre Colectivo,
cada lenguaje derrama su vana
excusa competitiva:
pero quién puede vivir mucho tiempo
en un sueño eufórico;
desde el espejo miran
el rostro del imperialismo
y el agravio internacional...

Indefenso bajo la noche
nuestro mundo yace estupefacto...[21]

Una implícita conciencia colectiva del íntimo parentesco arquetípico entre estas épocas se observa una y otra vez en sus libros, sus películas y en las referencias históricas que se citan espontáneamente en ensayos y en conversaciones, sin el conocimiento consciente, por cierto, de que ambas coinciden con el mismo alineamiento planetario. Aunque se preste atención al paralelismo de detalles concretos, lo que en realidad se está reconociendo es la tácita pero poderosa identidad y relación arquetípicas entre esas épocas. Como hemos analizado ya, esas asociaciones espontáneas fueron evidentes entre los años 1981 y 1984, el período de máximo antagonismo de la Guerra Fría, en el que muchos observadores recordaban con angustia las tensiones geopolíticas y la crisis de gravedad paralela que habían desembocado en la Primera Guerra Mundial en 1914, durante el mismo alineamiento. Lo mismo vale para la insurrección revolucionaria y el cambio radical, de la década de 1960, las revoluciones de 1848, la Revolución Francesa y otras épocas de Urano-Plutón analizadas en los capítulos anteriores. La existencia de tales vínculos espontáneos es mucho más notable de lo que podrían dar a entender las conexiones particulares entre acontecimientos históricos a gran escala.[22]

A menudo la resonancia inconsciente entre esos períodos en una vida personal sirve como catalizador creativo, como ocurre con un artista que pasa por determinadas experiencias durante un alineamiento dado y les da expresión artística cuando el mismo alineamiento se repite. Joseph Conrad, por ejemplo, escribió *El corazón de las tinieblas* en dos meses durante la oposición de Saturno y Plutón de 1898-1899 (la misma durante la cual nacieron Hitchcock y Hemingway). El relato se inspiraba directamente en su experiencia profundamente perturbadora como testigo de atrocidades en el Congo belga en 1890, durante la cuadratura exactamente anterior de Saturno y Plutón. Allí presenció las horrorosas consecuencias de las políticas europeas de colonización imperial del «continente negro» que había puesto en práctica sobre todo el rey Leopoldo II de Bélgica en 1889, bajo el mismo alineamiento que coincidió con la masacre de trescientos sioux desarmados –hombres, mujeres y niños– en su campamento de Wounded Knee (Dakota del Sur), perpetrada por la caballería de Estados Unidos en 1890. Este acontecimiento marcó el fin de la resistencia de los indios norteamericanos al establecimiento de los blancos en el continente.

A su vez, la publicación de *El corazón de las tinieblas* en Inglaterra en el año 1898 y en Estados Unidos en 1899, durante la oposición inmediatamente posterior de Saturno y Plutón, desempeñó un papel fundamental en el surgimiento del debate público acerca de la sombría realidad del imperialismo occidental, que se reflejaba en las atrocidades y abusos sistemáticos que los europeos llevaban a cabo en el Congo («lo más impactante que se haya escrito jamás sobre el tema»).[23] Ejemplo paralelo del mismo fenómeno cultural fue la publicación, durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1852, de *La cabaña del tío Tom*, el libro de Harriet Beecher Stowe que tan poderosa influencia ejerció. En un año se vendió la insólita cantidad de 300.000 ejemplares sólo en Estados Unidos, con ciento veinte reimpresiones, y en el extranjero se registraron parecidas cifras de venta. Mucha gente, incluido Lincoln, consideraron que las gráficas descripciones que Stowe presentaba de la crueldad de la esclavitud habían catalizado el sentimiento antiesclavista en el Norte que condujo

a la Guerra Civil. En una carta que una amiga escribió a Stowe se aprecia un atisbo tanto del poder del efecto inmediato del libro sobre los lectores durante esa conjunción como del doble aspecto del complejo de Saturno-Plutón, esto es, lo horrible del sufrimiento y la opresión de la esclavitud, y, como respuesta a ello, la profundidad del juicio y de la pasión ética:

Querida señora Stowe:

Anoche me quedé levantada hasta mucho después de la una de la mañana para terminar de leer *La cabaña del tío Tom*. No pude abandonarlo, como no hubiera podido abandonar a un niño agonizante; ni pude contener los sollozos casi histéricos que se prolongaron durante una hora tras apoyar la cabeza en la almohada. Creía ser una consumada abolicionista, pero su libro me ha provocado tal indignación y tal compasión, que ahora tengo la impresión de no haber sentido nada. Pero ¿qué *podemos* hacer? ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué podemos hacer? Toda la noche he sentido que esta tormenta de sentimientos ardía rabiosamente como una llama en mis huesos, y durante toda la mañana me ha seguido persiguiendo en mis quehaceres; no puedo desprenderme de ella. De buen grado habría salido al aire libre en medio de la tormenta de anoche y, como el viejo y bendito mártir, dejarme lapidar hasta morir, si con ello hubiera podido rescatar a estos seres oprimidos y afligidos. Pero no habría solucionado nada. ¿Y qué hago ahora? Lo más estúpido del mundo. Escribirle a usted, que no necesita incitación alguna; a usted, que ha tejido con el hilo de sus propias entrañas este tapiz de agonía y de verdades; pues sé, siento, que aquí se concentran ardientes gotas de la mejor sangre de su corazón. A usted, que no necesita mi estímulo ni mi simpatía y a quien no osaría insultar con alabanzas. ¡Demasiado elevada es su eminencia para el elogio! Pero me imagino las plegarias de los pobres y las bendiciones de los moribundos como nubes a su alrededor y formando un halo en torno a su amada cabeza. Y seguramente las tiernas y compasivas lágrimas de niño que sobre tantos hogares cristianos se vierten a causa de los agravios y las crueldades que tan conmovedoramente describe usted, regarán la hierba y brotarán como flores brillantes a sus pies. Mejor aún, sé, veo, en la mejilla sonrojada, el puño apretado y la mirada indignada del joven que arroja el libro y va y viene por la habitación para ocultar las lágrimas, dema-

siado orgulloso para mostrarlas y demasiado impotente para reprimirlas, que está usted sembrando semillas que brotarán para mayor gloria de Dios, para bien de los pobres esclavos, para la liberación de nuestro país, querido pero culpable.

Como tantos otros en el movimiento antiesclavista, Harriet Beecher Stowe recibió una profunda formación de su medio religioso puritano de raíces calvinistas y agustinianas. Su padre y siete hermanos fueron pastores congregacionistas, como su marido y su hijo, y a lo largo de su vida, los escritos de Stowe obedecieron a una pasión moral que procuraba instruir y reformar, corregir y edificar, para lo que empleaba la literatura como púlpito. Como saludable superego, el elevado nivel de conciencia moral que el puritanismo le ayudó a alcanzar puede considerarse la forma positiva del complejo arquetípico de Saturno-Plutón, asociado aquí a la experiencia religiosa de una deidad todopoderosa que se identifica con el bien absoluto que gobierna un universo moral. El lado sombrío del mismo complejo puede reconocerse en la opresiva crueldad del superego patológico, el amo esclavista interior, la estructura obsesivo-compulsiva, la conciencia puritana que niega la vida, la insaciable compulsión de orden, control, juicio e inhibición. En el plano religioso, estos temas suelen asociarse a doctrinas teológicas de culpa primordial, predestinación, juicio final y condenación eterna, así como con el retrato bíblico de venganza apocalíptica y tiranía punitiva encarnadas en el omnipotente Jehová. (De ahí la característica combinación junguiana de riguroso juicio moral y confrontación con el lado sombrío del Dios judeocristiano que se expresa en *Respuesta a Job*, donde Jung juzga gravemente la sombra de Dios.)[24] En este nivel arquetípico es donde podemos observar la paradójica asociación del inmisericorde propietario de esclavos, el torturador inquisitorial y el terrorista con convicciones y justificaciones religiosas absolutas, en la medida en que todos se identifican con la implacable rectitud de una deidad –sea Jehová, sea Alá– de límites rígidos y juicios tajantes y absolutos. Apelando a otros recursos de la tradición bíblica y de la psique colectiva, Stowe fue capaz de asimilar de su fondo puritano las benignas cualidades forjadoras de concien-

cia del complejo de Saturno-Plutón, aunque sin dejar de reconocer su lado sombrío de éste y enfrentarse a él.

Durante la misma conjunción de Saturno y Plutón fue escrita y publicada *Moby Dick*. También ésta fue modelada por la sensibilidad puritana, que con tanta penetración exploró Melville no sólo en el personaje de Ahab, sino también en el drama que la novela despliega desde el sermón inicial hasta su apocalíptica culminación. Tanto Stowe como Melville nacieron bajo Saturno y Plutón en aspecto duro (en 1811 y 1819, respectivamente, durante la cuadratura y la conjunción inmediatamente posterior), y tanto *Moby Dick* y *La cabaña del tío Tom* como sus autores reflejan la profunda complejidad arquetípica de la Gestalt de Saturno-Plutón y del puritanismo y las religiones bíblicas en general. *La letra escarlata*, otra exploración paradigmática de la sensibilidad puritana que se publicó en coincidencia con la misma conjunción de Saturno y Plutón (1850-1852) completa esta trinidad de obras maestras de la literatura norteamericana del siglo XIX inspiradas en el complejo de Saturno-Plutón.

En sus personajes, sus argumentos y su visión moral, estas tres novelas exactamente sincrónicas ejemplifican las múltiples maneras en que el complejo de Saturno-Plutón puede presentarse en un único fenómeno. Con Stowe, ese complejo era al mismo tiempo visible, en primer lugar, en su retrato de Simon Legree, el supervisor déspota y sádico; en segundo lugar, en el lado opuesto de la *Gestalt*, en su versión del cruel sufrimiento impuesto a los esclavos; y en tercer lugar, en la intensidad de su propia pasión, repulsión y juicio moral. De modo similar, en la novela de Melville, el mismo complejo se difracta y se encarna de distintas maneras en el personaje extraordinario de Ahab, en la figura de la ballena, a la vez víctima y verdugo, y en la propia penetración de la intuición moral y psicológica de Melville. Y lo mismo ocurre en *La letra escarlata*, en la que el mismo complejo se encarna simultáneamente en el personaje obsesivamente persecutorio de Roger Chillingworth, en la experiencia de Hester Prynne como marginado moral y como víctima indefensa, y en la profundidad de la visión moral y psicológica del propio Hawthorne.

Las manifestaciones polarizadas de un único complejo ar-

quetípico durante el mismo alineamiento también se advierten en el contexto histórico inmediato de la decisión de Stowe de escribir *La cabaña del tío Tom*. Lo que más la impulsó a emprender esa tarea fue la aprobación en el Congreso de la Ley sobre Esclavos Fugitivos, en 1850, durante la misma conjunción de Saturno y Plutón. La ley declaraba delito la ayuda que los ciudadanos de estados sin esclavitud brindaran a esclavos que habían escapado de estados esclavistas. La Ley sobre Esclavos Fugitivos despertó un amplio debate moral en el Norte sobre el reconocimiento que otorgaba al «derecho» de los propietarios de esclavos a hacer arrestar a los esclavos fugitivos y devolverlos al Sur para castigarlos y mantenerlos en la esclavitud.[25] La legalización de la opresión, la compulsiva expresión artística de esa opresión desde ambos lados de la experiencia de la esclavitud, el intenso impacto de ese retrato y la abrumadora respuesta ante él y, finalmente, el profundo juicio moral contra el mal y la crueldad de la esclavitud, son expresiones diferentes, pero intrínsecamente interconectadas, de la *Gestalt* de Saturno-Plutón.

Un ejemplo comparable de esta constelación de temas, eco de *La letra escarlata*, de Hawthorne, fue evidente durante la última oposición de Saturno y Plutón, la de 2002-2004, en la decisión de un tribunal nigeriano regido por la *sharia* que condenó a una joven a morir lapidada por adulterio, en el rechazo de esa decisión y esa práctica judicial en todo el mundo y en la presión colectiva que se ejerció sobre el gobierno nigeriano para salvar la vida de la mujer.

Ya se trate de *La cabaña del tío Tom* de Stowe y la Ley sobre Esclavos Fugitivos, ya de *La letra escarlata* de Hawthorne y los juicios por adulterio bajo la *sharia* (o, en otra categoría, del *Moby Dick* de Melville y el hundimiento de buques balleneros por ballenas), la evidencia sugiere que amplias constelaciones arquetípicas se dan en la psique colectiva en coincidencia con alineamientos planetarios específicos, y que éstos son visibles, sincrónica y diacrónicamente, tanto en expresiones artísticas y filosóficas como en acontecimientos históricos concretos. A menudo, las dos categorías están íntimamente relacionadas. Hemos observado el mismo patrón en muchos otros casos, como en *La ciudad de Dios* de Agustín,

El corazón de las tinieblas de Conrad, *El malestar en la cultura* de Freud y *1 de septiembre de 1939* de Auden.

La solución final de Hitler fue concebida y comenzó a ponerse en práctica durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1939-1941. El rodaje y el estreno de las películas de mayor influencia cultural sobre el Holocausto coincidieron con alineamientos posteriores del ciclo de Saturno-Plutón. La secuencia se inició durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948 con la exhibición de las tomas originales de un documental sobre los campos de concentración nazis, que junto con los procesos de Nuremberg de ese mismo período, dio a conocer al mundo entero la plena realidad del horror del Holocausto. A éste le siguieron, en las décadas posteriores, *Noche y niebla*, el clásico documental de Resnais, *El prestamista* de Lumet, *La decisión de Sophie* de Pakula, *Shoah* de Lanzmann y *La lista de Schindler* de Spielberg, filmes cuya producción, sin excepción, coincidió con alineamientos de Saturno y Plutón.[26] El más reciente de estos alineamientos, la oposición de Saturno y Plutón, coincidió con el rodaje y el estreno en 2002 de la más reciente película sobre el Holocausto, *El pianista*, de Polanski.

El espíritu y la estética característicos del complejo de Saturno-Plutón, así como la clara relación diacrónica con acontecimientos históricos anteriores correspondientes al mismo ciclo, se encarnan poderosamente en el Monumento Conmemorativo de la Guerra de Vietnam de Washington, proyectado por Maya Lin en 1981 e inaugurado en 1982, en coincidencia con la conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1984, durante la primera presidencia de Reagan. También aquí se manifiesta claramente el patrón diacrónico: la Guerra de Vietnam empezó –con las fatales decisiones que se adoptaron en Washington– durante la oposición de Saturno y Plutón inmediatamente anterior, la de 1964-1967. El monumento, con su inmensa solemnidad y sombría gravedad, su mudo juicio sobre la guerra y sobre todas las guerras, su meticulosa conmemoración de la muerte y el sufrimiento –57.692 nombres de norteamericanos muertos o desaparecidos en acción durante esa guerra, grabados en granito negro– es en sí mismo un elocuente e imperecedero emblema de los múltiples temas

históricos y arquetípicos a los que nos hemos referido en las páginas precedentes.

Esta configuración cíclica continuó durante la oposición de Saturno y Plutón más reciente, cuando en 2002, al mismo tiempo que se daban los primeros pasos en el proyecto del Monumento Conmemorativo del World Trade Center y mientras se construía en Berlín el Monumento Conmemorativo del Holocausto, Maya Lin comienza a trabajar en un gran monumento en honor de las especies extinguidas del mundo.

La dinámica de la tragedia

Quisiera poner de relieve que en el examen de estos patrones arquetípicos peculiares no sólo resultan de gran pertinencia los tránsitos mundiales y los aspectos natales, sino también los tránsitos personales que implican la combinación de Saturno y Plutón. En tales casos, como en los de *El infierno* de Dante y *A puerta cerrada* de Sartre, ya mencionados, el mismo complejo arquetípico que hemos venido examinando en el nivel colectivo tiende a constelarse en la vida y la experiencia de un individuo durante los meses o años específicos en que experimenta un tránsito personal de Plutón sobre su Saturno natal, o de Saturno sobre su Plutón natal. Aunque la mayoría de los individuos no ha nacido bajo un aspecto duro de Saturno-Plutón, todos pasan no sólo por las épocas colectivas de los alineamientos cíclicos de estos planetas, que hemos analizado en estos capítulos, sino también por períodos de su vida en que experimentan tránsitos personales de Saturno-Plutón. Estos períodos se caracterizan por fenómenos muy similares, aunque circunscritos a la experiencia vital del individuo. En el caso de artistas y escritores, el complejo arquetípico es apreciable en su mundo interior y su trabajo creativo, en los acontecimientos biográficos exteriores o en ambos campos.

Un ejemplo particularmente llamativo es el de Oscar Wilde, quien llegó al apogeo de sus capacidades creadoras en 1893-1895, cuando Urano en tránsito llegaba al punto de opo-

sición, es decir, a 180° de su posición en el momento del nacimiento de Wilde. Era el mismo tránsito personal que tuvieron Galileo cuando dirigió el telescopio al cielo, Freud y Jung cuando experimentaron el giro decisivo en su evolución psicológica e intelectual, Betty Friedan cuando escribió *La mística femenina*, o Rosa Parks cuando se negó a abandonar su asiento en el autobús, un tránsito que coincidió de modo característico no sólo con importantes rupturas creativas, sino también con acontecimientos cardinales de rebeldía, imprevisibilidad y ruptura. En el caso de Wilde, fue durante este tránsito personal de tres años cuando escribió su obra maestra de la comedia, *La importancia de llamarse Ernesto*, en una explosión de creatividad durante agosto y septiembre de 1894, cuando el tránsito era prácticamente exacto.[27] Unos pocos meses más tarde durante el mismo tránsito, a comienzos de 1895, Wilde tenía al mismo tiempo en los escenarios londinenses *Un marido ideal* y *La importancia de llamarse Ernesto*, con gran éxito de crítica y de público.

Sin embargo, el año 1895 también coincidió con el comienzo de un largo tránsito personal único en la vida: el de Plutón en conjunción con el Saturno natal de Wilde. Simultáneamente, en una convergencia de tránsitos personales verdaderamente inusual, en 1895 Saturno entró en oposición con el Plutón natal de Wilde en un tránsito personal más corto, de doce meses. Así, ambos planetas, Saturno y Plutón –uno como planeta en tránsito, el otro como natal–, estaban doblemente implicados en tránsitos correspondientes a este complejo arquetípico. Precisamente cuando estos dos tránsitos convergían, entre febrero y mayo de 1895, en una serie de fatídicos acontecimientos Wilde demandó judicialmente por difamación al marqués de Queensbury, padre de su amante, lord Alfred Douglas, lo que desembocó en un proceso contra el propio Wilde por prácticas homosexuales, proceso en el que fue declarado culpable y condenado a dos años de prisión con trabajos forzados.

El proceso, el veredicto y el comienzo de su condena tuvieron lugar justamente cuando esos tránsitos convergían. Públicamente humillado, con la salud y el ánimo quebrantados por la cárcel, sus obras eliminadas de los escenarios y

repudiadas, al salir de la cárcel Wilde dejó Inglaterra y se marchó a París, donde vivió en el exilio y empobrecido, hasta su muerte en 1900, todo ello en coincidencia con el tránsito más largo de Plutón en conjunción con su Saturno natal. De este período proceden sus sombrías obras finales, la *Balada de la Cárcel de Reading*, estudio de un prisionero condenado a muerte, y *De Profundis*, su conmovedora apología y *cri de coeur*. Como ejemplo de muchas de las conmovedoras expresiones del complejo arquetípico de Saturno-Plutón evidentes en estas últimas obras, en *De Profundis* Wilde se reservó para sí el juicio más severo, por la traición a sus dotes espirituales e imaginativas implícita en su abandono a lo que luego consideraría años de insensata disipación y promiscuidad, indignas del papel cultural que debería haber cumplido.

Debo decirme que me arruiné a mí mismo y que nadie grande o pequeño puede ser arruinado sino por su propia mano... Lanzo esta implacable acusación contra mí mismo. Terrible como fue lo que me hizo el mundo, fue mucho más terrible lo que me hice a mí mismo. Yo era un hombre que estaba en relación simbólica con el arte y la cultura de mi época. Lo comprendí en el alba de mi madurez y luego obligué a mi época a aceptarlo. Pocos hombres alcanzan en vida una posición semejante y logran verla aceptada. Por regla general se la otorgan historiadores y críticos, si llegan a otorgársela, mucho tiempo después de que el hombre y la época han desaparecido. En mi caso fue distinto. Lo advertí y logré que otros lo advirtiesen...

Los dioses me concedieron casi todo... Pero me dejé extraviar y caí en largos encantamientos de insensatez y sensualidad. Me divertía ser un *flâneur*, un *dandy*, un hombre a la moda. Me rodeé de las naturalezas más pequeñas y de las mentes más mezquinas. Me convertí en el derrochador de mi propio genio y encontré un goce extraño en malgastar mi eterna juventud. Cansado de la cima bajé deliberadamente al abismo, en busca de nuevas sensaciones. En la esfera de la pasión, la perversidad fue para mí lo que la paradoja en la esfera del pensamiento. A la postre, el deseo fue una enfermedad, una locura o ambas cosas. Llegué a despreocuparme de las vidas ajenas. Tomé el placer de donde quise y seguí mi camino. Olvidé que hasta la mínima acción diaria construye o destruye el carácter; lo que hicimos en la cámara secreta un día lo lloraremos a gritos en los tejados. Dejé de

ser el dueño de mí mismo. Ya no guiaba mi alma y lo ignoraba. Permití que el placer me dominara. Terminé en la horrible desgracia. Ahora sólo me resta la absoluta humildad.

Un ejemplo distinto de escritor creativo que padece un juicio extremadamente opresivo –y con amenaza de muerte– y con el mismo tránsito personal, es el de Salman Rushdie, que nació durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1947. En 1989, cuando el ayatolá Jomeini de Irán promulgó la *fatua* –condena a muerte– contra Rushdie por la blasfemia que se le imputaba a causa de *Los versos satánicos*, libro que se había editado ese mismo año, el escritor pasaba por el tránsito personal, único en la vida, de Plutón en cuadratura con su conjunción natal de Saturno y Plutón. Este tránsito había comenzado durante los años inmediatamente anteriores, cuando estaba escribiendo *Los versos satánicos*, muchos de cuyos temas reflejan los motivos característicos del complejo arquetípico de Saturno-Plutón.

En comparación con los alineamientos del ciclo de Saturno-Plutón en tránsito mundial que hemos venido examinando, en los tránsitos personales los fenómenos pertinentes se dan en el contexto individual, no en el colectivo. Sin embargo, en última instancia esos tránsitos también pueden dejar su marca en la psique cultural en general. Semejante influencia puede tener lugar incluso cuando ese tránsito no coincida con dramáticos acontecimientos exteriores visibles para los demás, como en los casos de Wilde o Rushdie, sino que se refleje con mayor potencia en la vida interior, lo que en un artista creador tiende a resultar fácilmente reconocible en los temas y el espíritu de la obra producida en esos años.

Para dar sólo un ejemplo: si, como cree la mayoría de los expertos, William Shakespeare nació en abril de 1564, la única vez en su vida que experimentó un tránsito personal de Plutón en aspecto duro con su Saturno natal fue el período comprendido entre 1599 y 1607. De acuerdo con las estimaciones más fiables de los especialistas, estos años coinciden exactamente con el período en que fueron escritas y representadas por vez primera la totalidad de las principales tragedias shakespeareanas, empezando por *Julio César*, en 1599-1600 (cuando el

tránsito entraba en la franja de 5° con respecto al alineamiento exacto, el orbe habitual para los tránsitos personales de planetas exteriores), seguido de *Hamlet* en 1600-1601 (cuando los planetas llegaban a los 3° exactos), y luego *Otelo*, *El rey Lear* y *Macbeth*, en 1604-1606 (los años de mayor exactitud del tránsito, a menos de 1°). Incluso a las comedias de Shakespeare de este período, *A buen fin no hay mal principio* y *Medida por medida* (1602-1604), se las conoce tradicionalmente como las «comedias oscuras». Cuando, en 1606-1607, el tránsito de Plutón y Saturno entraba en sus últimas fases, a 3° después del punto exacto, Shakespeare escribió *Antonio y Cleopatra*.[28] (Como sucedió también con Wilde, la duración del largo tránsito personal de Shakespeare de Plutón con el Saturno natal fue doble de lo que sería hoy; esa diferencia se debe a que Plutón estaba más lejos del Sol y por tanto se movía más lentamente.)

En estas obras se expresan de manera profundamente arquetípica muchos de los temas principales del complejo de Saturno-Plutón analizados en estas páginas: la continua exploración del lado sombrío de la existencia humana, la confrontación con la oscuridad moral, la insistencia en la muerte y el significado de la mortalidad, la preocupación por el destino de personas atrapadas en las garras de contradicciones insuperables. Los motivos dominantes –ambición homicida, celos y venganza, crimen y castigo, la mancha de la culpa que no se puede borrar, el horror de la catástrofe obstinada, la pérdida y el sufrimiento abrumadores– son todos reflejos de la *Gestalt* de Saturno-Plutón. A lo largo de la secuencia de las grandes tragedias, la vida y la muerte humanas son contempladas con la máxima seriedad. Apenas terminado este tránsito, las piezas de Shakespeare cambian claramente de tema y de espíritu, pasando a las tramas tragicómicas de sus últimos años de creación: *Cimbelino*, *El cuento de invierno* y *La tempestad*, en 1609-1611, piezas características de los alineamientos de Urano con Neptuno y de Júpiter con Urano, que tenían lugar en ese momento y que representan los dos ciclos que exploraremos a continuación.

Vale la pena destacar que en la vida y la obra de Dante se observa una correlación exactamente paralela. Sobre la base de

la información que él mismo da en *La divina comedia* sobre su nacimiento, Dante pasó por el mismo tránsito personal de Plutón en cuadratura con el Saturno natal, que sólo ocurre una vez en la vida, entre 1304 y 1316, y que tuvo su centro en los ocho años comprendidos entre 1306 y 1313. Los años en que escribió *El infierno* y *El purgatorio* coinciden precisamente con este tránsito único, cuyo carácter arquetípico se corresponde tan estrechamente con esos dos poemas. De acuerdo con las estimaciones ampliamente aceptadas de Giorgio Petracchi, Dante empezó a escribir *El infierno* a comienzos de 1304, pero fue de 1306 a 1308 cuando compuso la mayor parte del mismo, mientras que *El purgatorio* surgió de su pluma entre 1308 y 1312. En 1316, ya finalizado el tránsito de Plutón-Saturno, dio comienzo a *El paraíso*.[29] Como veremos, los ciclos de Urano-Neptuno y de Júpiter-Urano y su carácter arquetípico fueron muy relevantes en la entera redacción de *La divina comedia*, y en el carácter poético-espiritual de su visión.

LA FORJA DE ESTRUCTURAS PROFUNDAS

Como se desprende de los capítulos anteriores, el potencial positivo del complejo arquetípico asociado a los alineamientos de Saturno y Plutón parece entretejido con la necesidad de hacer frente a sus manifestaciones negativas: la rectitud moral y la sabiduría nacidas de experiencias difíciles y de sufrimiento; fortaleza y arrojo ante lo oscuro, el mal, el peligro y la muerte; capacidad para mantener el esfuerzo, determinación y control disciplinado de intensas energías, tanto interiores como exteriores. En términos generales, el complejo de Saturno-Plutón parece presionar a la psique, individual o colectiva, hacia la forja de una estructura de conciencia moral más profunda y más vigorosa. El superego resultante puede ser rígido, patológico y proclive a la proyección y a la escisión, o bien representar un progreso moral, una profundización de la conciencia y de la autoconciencia crítica. Cuando está bien integrado, puede producir una comprensión más aguda de las complejidades de la motivación humana, tanto en uno mismo como en los otros, lo que a su vez refuerza la determinación moral en un mundo de gran dramatismo y en el que están en juego consecuencias de gran calado. Encontramos bien representada esta polivalencia en las famosas palabras finales del *Retrato del artista adolescente* de Joyce, cuando el joven protagonista, Stephen Dedalus, rechaza final-

mente la estrecha visión del pecado y la condenación eterna de la religión de su infancia para asumir, con la misma seriedad moral, su vocación artística:

> Amén. Así sea. Bien llegada, ¡oh, vida! Salgo a buscar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza... Antepasado mío, antiguo artífice, ampárame ahora y siempre con tu ayuda.

He comprobado que a menudo los individuos nacidos bajo un aspecto duro de Saturno y Plutón parecen sentir a lo largo de sus vidas que tienen responsabilidades morales especiales, a veces con la pesada carga de la historia sobre sus hombros. Semejante tendencia es evidente en las biografías de muchas de las figuras que hemos examinado hasta ahora, como Agustín o Marx, Harriet Beecher Stowe o Jung. Un ejemplo contemporáneo es el del teólogo y ecologista Thomas Berry, nacido en 1914 durante la misma conjunción de Saturno y Plutón que coincidió con la Primera Guerra Mundial y con la publicación del *Retrato del artista adolescente*. En sus influyentes escritos y conferencias, Berry expone una visión de la historia humana que sintetiza muchos de los temas típicos del complejo de Saturno-Plutón: la confrontación con el lado sombrío de la actividad humana, la gran preocupación por la obsesiva explotación comercial-industrial y el saqueo del mundo natural propios de la civilización moderna, la aniquilación de pueblos indígenas y la extinción masiva de especies, el reconocimiento de las estructuras profundas de la evolución y el fin de vastas épocas evolutivas, así como la experiencia de oscuros períodos de la historia como crisoles de transformación. En todo su análisis, lo mismo que en los pasajes siguientes de su libro más importante, *The Great Work* (publicado cuando tenía ochenta y cuatro años, durante su tránsito de retorno de Urano), Berry constata en la existencia humana importantes responsabilidades colectivas, enormes tareas generacionales y fuerzas del destino que nos asignan papeles y trabajos más allá de nuestra elección consciente:

La historia se rige por movimientos generales que dan forma y significado a la vida al vincular la aventura humana con los más amplios destinos del universo. La creación de ese movimiento podría considerarse como la Gran Obra de un pueblo... Ahora, cuando entramos en un nuevo milenio, la Gran Obra consiste en promover la transición de un período de devastación de la Tierra a un período en que la relación de los seres humanos con ésta sea mutuamente beneficiosa.

La Gran Obra que tenemos por delante... no es un papel que hayamos elegido. Es un papel que nos es dado... Somos arrojados a la existencia, por así decirlo, con un desafío y una misión que trasciende cualquier elección personal. No hemos escogido. Fuimos elegidos para esta tarea histórica por un poder que nos trasciende. La nobleza de nuestra vida, sin embargo, depende de cómo lleguemos a entender y desempeñar la función que se nos ha asignado.

Este mismo espíritu y esta misma visión de la historia fue evidente en el plano colectivo durante muchas épocas de alineamientos de Saturno y Plutón, como en la más reciente, la de 2000-2004. El *Zeitgeist* es afectado por un estado de ánimo característico, el de afrontar una época oscura, llevar la pesada carga de la historia con responsabilidades morales especiales, y a menudo está teñido de una sensación de que el destino o unas fuerzas superiores determinan la vida personal. Con posterioridad suele comprobarse que semejantes períodos de crisis, tanto en la historia como en la vida personal, sirvieron para edificar duraderos fundamentos sociopolíticos, morales y psicológicos. Las privaciones, las pérdidas y los duros trabajos de estos períodos presionan a los individuos y a las sociedades a abandonar una forma antigua de vida y adoptar una nueva, aunque a menudo durante estos alineamientos aún no es visible lo nuevo, mientras que son claramente perceptibles la triste realidad de las dificultades y la opresión, contracción y decadencia.

Todos los acontecimientos y las experiencias que coinciden con los dos ciclos que hemos examinado hasta ahora –el de Urano-Plutón y el de Saturno-Plutón– despliegan la profunda ambigüedad de los principios arquetípicos asociados a Plutón, al mismo tiempo destructivo y regenerativo. Estas ten-

dencias polares se reflejan con especial claridad en Dioniso, en el panteón griego, y en Kali y Shiva, en el indio, deidades soberanas del misterio de la muerte y el renacimiento. En el ciclo de Saturno-Plutón, la combinación de este poderoso arquetipo plutoniano con el principio saturniano de contracción, finales críticos, mortalidad y cambios difíciles, señala lo que a menudo parecen ser espasmos mortales de la historia. Sin embargo, en otro nivel menos evidente, este complejo también parece catalizar las esforzadas contracciones del *nacimiento* de la historia: las angustias y los esfuerzos de transformación profunda, la destrucción de un orden antiguo y la forja de lo que se convertirá en fundamento de un nuevo desarrollo evolutivo.

Algo parecido a este proceso más profundo se puede observar en él más reciente de estos alineamientos, cuando en el invierno de 2002-2003 la oposición de Saturno y Plutón, más larga, coincidió con los alineamientos sucesivos y más cortos de Júpiter con Urano y con Neptuno, ciclos asociados a un espíritu muy diferente, más expansivamente rebelde e idealista. En febrero de 2003, la ola mundial sin precedentes de manifestaciones contra la política del gobierno de Bush de guerra preventiva en Irak, con la coordinación espontánea de decenas de millones de manifestantes en Australia, Nueva Zelanda, Asia, Europa y América del Norte, representó un juicio moral prácticamente universal contra la guerra no provocada. La histórica confrontación de valores y voluntades diametralmente opuestos, la gente desarmada en las calles del mundo contra un superpoder militar que presionaba a favor de la guerra, produjo un choque de fuerzas de inmenso poder, «como el choque de icebergs gigantescos en el Atlántico Norte». Con independencia de su resultado a corto plazo, esta enorme declaración no violenta de resistencia democrática contra el uso destructivo del poder fue indicio de una importante evolución moral en el seno de la psique colectiva: la forja gradual de una conciencia colectiva contra la oscuridad moral de una autoridad poderosa. No podría ser más impactante la diferencia entre la respuesta pública internacional al llamamiento a la guerra en 2003 y la que se produjo en 1914. La gran cantidad de manifestaciones en todo el planeta parecía

reflejar una especie de proceso colectivo de individuación en la psique global, del que tanto Jung como Gandhi se habrían sentido orgullosos, así como Thoreau, Tolstoi y King (figuras cuyas palabras e ideales se citaron repetidamente en el período que desembocó en aquellas marchas). A pesar de la vasta destrucción y el sufrimiento que se desencadenaron sólo unas semanas después con la estrategia *shock and awe*, la estructura moral más profunda de la conciencia colectiva que esas manifestaciones reflejaban no se destruyó, sino que ha seguido expresándose una y otra vez, puesto que no se limita a un individuo o un grupo de individuos a los que se pudiera acallar, encarcelar o matar. La forja se ha ido desarrollando lenta y gradualmente en otro nivel del espíritu humano en evolución, y va a perdurar.

Creo que podremos comprender mejor estos y muchos otros desarrollos, incluido nuestro momento histórico, si examinamos ahora las correlaciones y el carácter arquetípico de los otros dos ciclos planetarios mencionados.

CICLOS DE CREATIVIDAD Y EXPANSIÓN

Todavía hay mil caminos inexplorados... El hombre y la tierra de los hombres están todavía por descubrir. ¡Vigilad y oíd, solitarios! Del futuro llegan vientos que baten secretamente sus alas; un alegre mensajero busca oídos delicados.

Friedrich Nietzsche
Así habló Zaratustra

LA APERTURA DE NUEVOS HORIZONTES

Los historiadores y los psicólogos conocen desde hace tiempo el enigmático fenómeno de individuos y sociedades que actúan poseídos por modos particulares de percibir la realidad. Los datos que hemos examinado hasta ahora sugieren que, en ciertos momentos, la constelación de un poderoso complejo arquetípico puede dominar de tal modo todas las dimensiones de la experiencia, tanto interna como externa, que el individuo o la sociedad contemplan el mundo exclusivamente a través de esa lente y actúan en concordancia con ello. Es como si en diferentes momentos de la vida o de la historia uno entrara en un universo imaginativo y emocional distinto, con sus parámetros, sus supuestos y su ambiente característicos. El contraste entre un período y otro puede ser tan llamativo como el que existe entre, digamos, *Macbeth* y *Mucho ruido y pocas nueces*, o entre *El séptimo sello* y *La novicia rebelde*.

Una vez más, en las acertadas palabras de Hillman: «Hay algo absolutamente esencial a la noción de arquetipos: su posesivo efecto emocional, su deslumbramiento, tan extremos que la conciencia termina ciega ante su propia actitud. Al instaurar un universo que tiende a reforzar todo lo que hacemos, vemos y decimos bajo su influencia, lo que más se parece a un arquetipo es un Dios». En efecto, la imagen misma de Dios y lo divino, tal como es vivida y expresada por diferentes indi-

viduos y en diferentes épocas, parece profundamente afectada por los complejos arquetípicos más activos en cada una de ellas. Ya sea en religión, en arte, en biografías personales o en grandes acontecimientos y épocas de la historia, lo que da a la vida su significado profundo y lo que inspira el cambio de perfil de su drama en curso es esta dimensión arquetípica de la experiencia. Sin embargo, precisamente en este sutil poder para configurar o reforzar nuestras percepciones y creencias conscientes es donde reside el peligro.

Este poder no consiste meramente en distorsiones internas y en percepciones selectivas que producen diferentes estados existenciales. La absoluta diferencia de espíritu y de actitud entre *La importancia de llamarse Ernesto* de Oscar Wilde y su *De Profundis*, escrito tres años después, no se debió únicamente a una transformación interior, a un cambio de humor. Como tampoco fue esa la razón del cambio de actitud de Estados Unidos en materia de seguridad nacional después del 11 de septiembre de 2001. Hubo acontecimientos exteriores decisivos que pusieron en marcha el complejo arquetípico. Pero aun cuando los factores causales no sean evidentes, los acontecimientos externos y las actitudes internas tienden a reflejarse mutuamente. Este reflejo recíproco de lo interior y lo exterior, que todos nosotros hemos observado en el curso de la vida, parece expresar la coherencia subyacente a dos manifestaciones interrelacionadas de una realidad de mayor alcance. En cierto sentido, el mundo se hace cómplice de nuestros estados internos, y a la inversa. El «destino» colabora con fenómenos sincrónicos absolutamente adecuados que afectan y al mismo tiempo reflejan el estado de conciencia. Rara vez se trata de puras imaginaciones.

Ésa es la gran ambigüedad que impregna muchos de los fenómenos que aquí estamos estudiando. Las percepciones del mundo que responden a arquetipos pueden ser «realistas» y a la vez tan parciales y posesivas como para cegar cada vez más al sujeto ante otras realidades y potencialidades. Estas percepciones conducen a supuestos y convicciones que nos llevan sutilmente a actuar de cierta forma y producen nuevas confirmaciones de la percepción inicial. Pronto, en compleja interacción dinámica con el medio, el sujeto instaura una estructura

estable de la realidad que determina poderosamente el futuro, por ejemplo un estado de «guerra contra el terror» que se basa en el uso del terror, un ciclo perpetuo de violencia y represión, bombardeos y venganzas, temor y hostilidad. O, como ocurrió durante la Guerra Fría, un estado de peligro nuclear mundial en el seno de una división maniquea cada vez más profunda, impulsada por la demonización recíproca y la hostilidad a escala global. O en religión: un estado de temor y juicio metafísicos, pecado y culpa, herejes e inquisiciones, expectativas de apocalipsis, condena eterna, predestinación del alma en manos de un Dios colérico, inconciliable división del mundo entre los renacidos y los irredentos, entre el bien y el mal, con todas las consecuencias sociales y psicológicas de tales creencias. O incluso en ciencia: un estado de desencanto cósmico empíricamente refrendado, en el que el ser humano, genéticamente programado y existencialmente aislado en un universo sin sentido, es un síntoma solitario de inteligencia y aspiración espiritual en un vasto cosmos de procesos aleatorios sin ninguna finalidad.

Así, la presencia de un complejo arquetípico en nosotros puede servir como ventana al universo, como puerta y sendero, pero también como muro que cierra, como frontera y barrera infranqueable que limita nuestro universo. Sólo una conciencia crítica de esa limitación y un acto de imaginación para transcenderla pueden abrir nuestro horizonte. A tal fin es muy útil reconocer los complejos arquetípicos y la dinámica predominantes en una época dada, ya sea en el caso de un individuo, ya en el de toda una civilización, y ello se ve extraordinariamente realzado por el conocimiento de qué planetas están alineados en cada momento y por cuánto tiempo, así como por la comprensión de cuál de ellos es el que puede proporcionar una perspectiva decisiva sobre la cambiante dinámica arquetípica.

En este sentido, incluso cuando las correlaciones observadas afecten a las cuestiones más graves y oscuras, la perspectiva arquetípica abre la posibilidad de una inesperada liberación de limitaciones que de lo contrario podrían resultar insuperables. Este potencial emancipador tiene tres elementos distintos pero interrelacionados.

En primer lugar, al proporcionar una visión matizada, clarificadora, de cuáles son los complejos arquetípicos con mayor

probabilidad de constelarse en un individuo o en una sociedad, y cuándo, semejante perspectiva puede abrir un nuevo potencial de *reflexión crítica y autoconciencia*, una nueva posibilidad de trascender la inmersión inconsciente en el presente y, por tanto, un grado decisivo de autonomía en relación con las poderosas fuerzas que operan en la psique individual y colectiva.

En segundo lugar, esa intuición permite percibir la *relatividad de toda situación existencial* en que uno se encuentre, ya sea un estado mental, una fase de la vida o una época histórica: «También esto pasará», tanto lo penoso como lo agradable; por convincente que parezca la *Gestalt* arquetípica actual, en ella no se agota la historia.

Por último, más allá de las particularidades de la configuración planetaria y arquetípica, el mero reconocimiento de que tales correlaciones se dan con tan extraordinaria consistencia y elegante complejidad, permite una profunda conciencia de la condición humana como *inserción y participación creativa en un cosmos vivo, de significado y finalidad en continuo desarrollo*.

A medida que progresaba en mi investigación tuve que tratar con un creciente cuerpo de correlaciones, ya en el orden individual, ya en el colectivo. Mi comprensión de los acontecimientos históricos y de los fenómenos culturales sufrió una especial trasformación y una inesperada apertura cuando comencé a explorar el ciclo planetario del que nos ocuparemos a continuación.

Hasta ahora hemos pasado revista a dos ciclos de planetas exteriores. Sigue siendo para mí una fuente de asombro la regularidad con que se muestran en los fenómenos históricos y culturales unos patrones arquetípicos de tan impactante claridad y definición, cada uno con su carácter propio y adecuado, correspondientes a cada uno de los diez ciclos planetarios que involucran a los cinco planetas exteriores y sus combinaciones. Tal vez lo más sorprendente sea los alineamientos mayores del ciclo relativamente breve de Júpiter-Urano, cada una de cuyas conjunciones dura más o menos catorce meses.

Al igual que los otros planetas conocidos por los antiguos, parece ser que el significado arquetípico de Júpiter se estableció en los orígenes mismos de la tradición astrológica clásica. Ligado a las cualidades específicas de la figura mítica correspondiente –la deidad griega Zeus, rey de los dioses del Olimpo, el Marduk de Babilonia, el Júpiter romano–, ha sido también objeto de ampliaciones simbólicas derivadas de distintas tradiciones: platónica, hermética, árabe, medieval y renacentista. En este desarrollo histórico, Júpiter ha sido asociado al principio de expansión y grandeza, providencia y plenitud, liberalidad, elevación y ascenso, así como a la tendencia a experimentar crecimiento y progreso, éxito, honor, buena fortuna, abundancia, engrandecimiento, prodigalidad, exceso y vanidad. También se asocia con frecuencia al ámbito y las aspiraciones de la cultura, sobre todo la alta cultura: principio de excelencia, estudios superiores, amplitud de conocimiento, educación liberal, erudición culta, una perspectiva amplia y envolvente. En general, parece impulsar un movimiento que tiende a abarcar totalidades de mayor alcance, ampliar el mundo personal y abrazar principios de orden más elevado, órdenes superiores de magnitud y más dilatados horizontes de experiencia.

Cuando Júpiter y otro planeta entran en alineamiento cíclico, los acontecimientos coincidentes sugieren que la influencia arquetípica de Júpiter magnifica y aporta al segundo arquetipo planetario una cualidad de expansión y elevación –«lo corona», por así decir–, garantizando su éxito, honrándolo, haciéndolo fructificar, mediando en favor de su despliegue positivo, su crecimiento, su realización, su enriquecimiento, su ascenso cultural, con un potencial asimismo para el exceso y la vanidad.

En el ciclo de Júpiter-Urano, todas estas tendencias parecen interactuar de manera intensa con el principio asociado a Urano, esto es, el complejo arquetípico que implica cambio radical y repentino, rupturas creativas, rebelión contra las limitaciones y el statu quo, el impulso a la libertad y a lo nuevo, aperturas y despertares repentinos, una tendencia a constelar lo imprevisto y lo perturbador, etcétera. La naturaleza específica de estos dos principios planetarios es tal que su in-

teracción arquetípica parece tener un efecto mutuamente estimulante y de enorme capacidad sinérgica. Estas épocas se caracterizan por una expansiva y alegre cualidad, que a menudo da lugar a cierto brillo creativo y al entusiasmo que acompaña a la experiencia de horizontes expandidos.

En los tránsitos mundiales, los alineamientos cíclicos de Júpiter y Urano se dan en correlación con oleadas de célebres hitos de actividad creadora o emancipadora en múltiples campos. La conjunción de estos dos planetas se produce aproximadamente cada catorce años. Durante cada conjunción, así como durante las oposiciones intermedias, parecen presentarse, en un breve lapso y con gran sincronicidad, decisivas crestas de movimientos de ruptura e innovación en muchos terrenos de la actividad humana. Las pruebas sugieren que los desarrollos culturales a largo plazo asociados al ciclo más largo de Urano-Plutón (y a otros ciclos más largos de los planetas exteriores que aún no hemos examinado, como el de Urano-Neptuno) tienen florecimientos cíclicos más frecuentes en coincidencia con los alineamientos de Júpiter y Urano. Estas ondas cíclicas de actividad cultural creativa y emancipadora tienen lugar como crestas intermedias entre los alineamientos más largos y menos frecuentes de Urano y Plutón, o bien como momentos de apogeo durante o inmediatamente después del alineamiento más largo.

Tal como ocurre con los tránsitos personales de Urano ya mencionados, también aquí he podido rastrear la frecuencia y la calidad de importantes descubrimientos, logros y nuevos comienzos en la cultura sobre el fondo de las posiciones planetarias que durante meses y años se producen a uno y otro lado del alineamiento exacto, y en cuyo transcurso el acercamiento de Júpiter y Urano a la zona de exactitud y su posterior alejamiento trazan una curva semejante a una campana. No sólo era evidente la estrecha correlación que con este ciclo planetario presentaban las configuraciones sincrónicas de expresiones de creatividad, rebelión y despertares culturales, sino también la que mostraban los patrones diacrónicos de acontecimientos estrechamente relacionados a lo largo de alineamientos consecutivos.

CONVERGENCIA DE AVANCES CIENTÍFICOS

Muy pronto en mi investigación consideré a la posibilidad de que algún patrón cíclico de la historia se diera en correlación con el ciclo de Júpiter-Urano. Vi que un gran número de coincidencias famosas en la historia de la ciencia, en las que dos o más científicos hacían públicos descubrimientos importantes prácticamente al mismo tiempo, coincidían también con una conjunción de Júpiter y Urano.

Uno de los primeros ejemplos que encontré, y que los historiadores de la ciencia mencionan a menudo, es el del anuncio público que de manera independiente y con pocos meses de diferencia hicieron Kepler y Galileo de sus respectivos descubrimientos, realizados por separado, que apoyaban la teoría copernicana del sistema solar. En el verano de 1609, Kepler publicó en Praga su obra revolucionaria *Astronomia Nova*, en la que presentaba sus dos primeras leyes del movimiento de los planetas (según las cuales los planetas se mueven en órbitas elípticas a velocidades tales que barren superficies iguales en tiempos iguales), con lo que quedaba resuelto el problema de los planetas con el que los astrónomos llevaban dos milenios luchando. En ese mismo verano, Galileo mostró por primera vez el telescopio en público (ante el Senado de Venecia); luego, en Padua, entre octubre de 1609 y enero de 1610, dirigió por primera vez el telescopio al cielo y descubrió

la «increíble cantidad» de estrellas distintas que forman parte de la Vía Láctea, los cráteres de la Luna, las manchas del Sol, los cuatro satélites de Júpiter, las fases de Venus y otros fenómenos celestes que daban apoyo a la hipótesis copernicana; el 12 de marzo de 1610 publicó *Sidereus Nuncius* (*El mensajero de los astros*), la revolucionaria exposición de sus observaciones. (Todo este período coincidió también con un tránsito personal de Galileo: la ya mencionada oposición de Urano a su Urano natal.) La combinación de ambos acontecimientos –la publicación de los hallazgos matemáticos de Kepler y los descubrimientos de Galileo con el telescopio– brindó al mundo científico una impresionante confluencia de evidencias que daban solidez a la teoría heliocéntrica, llamaban la atención pública sobre ella y sentaban las bases del éxito de la revolución copernicana. En el momento en que aparecieron ambas publicaciones, Júpiter y Urano se hallaban en estrecha conjunción, a menos de 5°.

Júpiter y Urano estuvieron nuevamente en conjunción durante el período de catorce meses de noviembre de 1899 a diciembre de 1900. Muchas veces se ha señalado este momento de entrada en el siglo XX como el del comienzo simultáneo de dos de las revoluciones intelectuales más importantes del siglo, el psicoanálisis y la teoría cuántica. El psicoanálisis salió a la luz gracias a la publicación en Viena de *La interpretación de los sueños de Freud* (editado en noviembre de 1899 con fecha de 1900); por otro lado, durante el otoño de 1900, Max Planck presentó en dos reuniones de la Sociedad Alemana de Física en Berlín su innovadora hipótesis de que la energía radiada es emitida o absorbida en cuantos discretos, lo que dio comienzo a la revolución de la física cuántica.

Como corresponde a esta teoría, la física cuántica no ha progresado de manera continua, sino más bien en dos grandes saltos cuánticos, uno en el momento de su nacimiento, en 1900 con Planck, y otro al llegar a la madurez, en 1927, cuando Júpiter y Urano estaban otra vez en conjunción, durante el extraordinario período de catorce meses comprendido entre marzo de 1927 y abril de 1928 en que Niels Bohr, Werner Heisenberg y sus colegas culminaron la revolución de la física cuántica, primero por separado y luego en interacción en el

histórico Congreso Solvay, celebrado en Bruselas en octubre de 1927. Se ha dicho que en 1927 el ritmo de los descubrimientos realizados en física teórica fue tal vez el más vertiginoso en toda la historia de la ciencia. En palabras de Bohr, el intelectual más destacado del congreso, la síntesis final fue resultado de «una cooperación particularmente fructífera de toda una generación de físicos», entre los que figuraban Schrödinger, Born, de Broglie, Pauli, Dirac, Planck y Heisenberg. Durante el tiempo que duró esta conjunción, de marzo de 1927 a abril de 1928, se formularon y se hicieron públicos los dos axiomas fundamentales de la mecánica cuántica. Además, esta misma conjunción coincidió en 1927 con uno de los hitos más importantes de la cosmología moderna: el astrofísico belga Georges Lemaître propuso la primera teoría del universo en expansión y formuló la superestructura matemática de lo que luego sería la teoría del *Big Bang*. Durante el mismo alineamiento, Alfred North Whitehead pronunció las Gifford Lectures en 1927-1928, base de *Proceso y realidad* y de la filosofía del proceso, último sistema metafísico importante de la filosofía moderna.

Júpiter y Urano también estaban en conjunción en el momento en que se produjo la famosa serie de acontecimientos que condujo al primer anuncio público de la teoría de la evolución por Darwin y Alfred Russel Wallace, en julio de 1858. Aunque ya en septiembre de 1838 (cuando Urano en tránsito se hallaba a menos de 1° del trígono exacto con su Urano natal), Darwin había formulado en privado la teoría de la evolución en su cuaderno de notas, durante casi veinte años no hizo públicos sus hallazgos; en ese lapso fue acumulando evidencias y desarrollando la teoría relativamente en solitario. El 18 de junio de 1858 recibió inesperadamente una carta de Wallace, quien por entonces se hallaba en el archipiélago Malayo, con el enunciado de una teoría de la evolución casi idéntica, a la que Wallace había llegado de manera independiente. A consecuencia de esta carta y de las presiones de los colegas de Darwin, el 1 de julio de 1858 se leyó en la Linnean Society de Londres un documento conjunto de ambos científicos, en el que anunciaban la teoría. Inmediatamente después, en el curso de la misma conjunción, Darwin comenzó a escribir su

magna obra, *El origen de las especies*, el libro fundacional de la biología moderna.

Estas diversas convergencias de descubrimientos científicos que llegaron al dominio público bajo conjunciones de Júpiter y Urano –la de Kepler y Galileo en 1609-1610, la de Darwin y Wallace en 1858, la de Freud y Planck en 1900, la de Bohr, Heisenberg, Lemaître, Whitehead y demás en 1927– me sugirieron la existencia de patrones de mayor alcance. En este momento inicial de mi investigación, sólo habría tomado nota de estas correlaciones en lo que respecta a la combinación de su conocido carácter de puntos de inflexión en la historia de la ciencia y su asombrosa adecuación a los significados arquetípicos de Júpiter y Urano: el éxito y la elevación cultural (Júpiter) en una inesperada irrupción del impulso a la ruptura creativa y el cambio radical (Urano). En todos estos casos era como si, de pronto, el principio prometeico de la psique colectiva recibiera un gran impulso de expansión y de realización, así como una inesperada afirmación e influencia cultural.

Esta impresión inicial se vio considerablemente realzada cuando reparé en otra categoría de los fenómenos históricos prometeicos, esto es, en la esfera social y política. Pronto vi que en coincidencia con el ciclo de Júpiter-Urano había eclosiones súbitas, y con frecuencia brillantemente triunfales y objeto de amplias celebraciones posteriores, de un impulso colectivo de emancipación social y política, innovación y rebelión.

EL CICLO DE JÚPITER-URANO

Alineamientos axiales desde 1775

Orbe de 15°		Alineamientos exactos < 1°
Marzo 1775-abril 1776	*conjunción*	Junio de 1775
Enero 1782-noviembre 1783	*oposición*	Marzo-diciembre 1782
Agosto 1788-octubre 1789	*conjunción*	Junio-julio 1789
Febrero 1796-marzo 1797	*oposición*	Abril 1796-marzo1797
Octubre 1802-julio 1804	*conjunción*	Septiembre 1803

Junio 1809-abril 1811	*oposición*	Mayo 1810
Diciembre 1816-febrero 1818	*conjunción*	Noviembre 1817
Julio 1823-abril 1825	*oposición*	Sept. 1823-junio 1824
Diciembre 1830-enero 1832	*conjunción*	Marzo 1831
Octubre 1836-julio 1838	*oposición*	Sept. 1837-julio 1838
Marzo 1844-mayo 1845	*conjunción*	Febrero 1845
Noviembre 1850-octubre 1852	*oposición*	Octubre 1851
Julio 1857-marzo 1859	*conjunción*	Mayo 1858
Diciembre 1864-octubre 1866	*oposición*	Febrero-diciembre 1865
Julio 1871-septiembre 1872	*conjunción*	Mayo-junio 1872
Febrero 1879-febrero 1880	*oposición*	Marzo 1879-enero 1880
Septiembre 1885-nov. 1886	*conjunción*	Agosto 1886
Junio 1892-marzo 1894	*oposición*	Abril-mayo 1893
Noviembre 1899-enero 1901	*conjunción*	Octubre 1900
Junio 1906-julio 1907	*oposición*	Agosto 1906-junio 1907
Diciembre 1913-enero 1915	*conjunción*	Febrero-marzo 1914
Octubre 1919-agosto 1921	*oposición*	Sept. 1910-mayo 1921
Marzo 1927-abril 1928	*conjunción*	Junio 1927-enero1928
Octubre 1933-septiembre 1935	*oposición*	Enero-octubre 1934
Julio 1940-agosto 1941	*conjunción*	Mayo 1941
Diciembre 1947-enero 1949	*oposición*	Febrero-noviembre 1948
Junio 1954-agosto 1955	*conjunción*	Sept. 1954-mayo 1955
Mayo 1961-febrero 1963	*oposición*	Marzo-diciembre 1962
Agosto 1968-nov. 1969*	*conjunción*	Nov. 1968-julio 1969
Mayo 1975-marzo 1977	*oposición*	Abril 1976
Noviembre 1982-dic. 1983	*conjunción*	Febrero-octubre 1983
Junio 1989-julio 1990	*oposición*	Agosto 1989-mayo 1990
Noviembre 1996-dic. 1997	*conjunción*	Febrero 1997
Septiembre 2002-agosto 2004	*oposición*	Agosto-septiembre 2003
Marzo 2010-abril 2011	*conjunción*	Mayo 2010-enero 2011
Octubre 2016-sept. 2018	*oposición*	Dic. 2016-octubre 2017
Junio 2000-abril 2004	*oposición*	Julio 2001-junio 2002
Noviembre 2008-agosto 2011	*cuadratura*	Nov. 2009-agosto 2010
Enero 2018-diciembre 2021	*conjunción*	Dic. 2019-enero 2020

En general, el orbe de 20° añade un mes antes y un mes después a las fechas consignadas para los 15°; ocasionalmente, hasta nueve meses. En el caso de oposiciones y, más raramente, de conjunciones que entran y salen del orbe de 15 ° durante veintitrés meses, el orbe de 20° añade siempre un mes antes y otro después.

* Para 1968-1969 y la triple conjunción de Júpiter, Urano y Plutón, véase la nota 3, p. 451.

REBELIONES Y DESPERTARES SOCIALES Y POLÍTICOS

El patrón más consecuente que he observado es la coincidencia de los períodos de alineamiento de Júpiter y Urano con los meses de arranque de largos procesos, como si el impulso arquetípico asociado a este ciclo actuara como catalizador inicial de esos fenómenos: el principio de expansión y crecimiento, propio de Júpiter, junto al impulso prometeico de nuevos comienzos. Júpiter y Urano estuvieron en conjunción recíproca exactamente durante los catorce meses que coincidieron con el comienzo de la Revolución Norteamericana de 1775-1776. El 19 de abril de 1775, un mes después de que la conjunción entrara a menos de 15° del alineamiento, empezó la Guerra de la Independencia, cuando los soldados británicos se enfrentaron en Lexington con rebeldes americanos armados y los disparos de ese choque «se oyeron en el mundo entero». Los meses de alineamiento coincidieron estrictamente con el desarrollo de la revolución: en marzo de 1775, el primer mes de la conjunción, el discurso de Patrick Henry en la Convención de Virginia, conocido como «Dadme la libertad o la muerte», pedía la oposición militante a los británicos; en abril, las batallas de Lexington y Concord; en mayo, la primera victoria norteamericana con la captura de Fort Ticonderoga y la celebración del Segundo Congreso Continental en Filadelfia, bajo el liderazgo de Thomas Jefferson, Benjamin Franklin y

John Adams; en junio, la designación de George Washington como comandante en jefe del ejército revolucionario, seguida de la batalla de Bunker Hill; en julio, la declaración formal del Congreso sobre las causas para alzarse en armas; a partir de ese verano y durante la primavera siguiente, Washington organiza y prepara el ejército norteamericano; en enero de 1776, se publica *Common Sense*, el manifiesto de Thomas Paine contra el poder real británico en las colonias, que movilizó a la opinión pública tras la causa revolucionaria y del que en pocas semanas se vendieron medio millón de ejemplares en las colonias. En marzo de 1776, el ejército de Washington obligaba al principal contingente británico a evacuar Boston, lo que le daba la victoria en el primer asalto decisivo de la Guerra de Independencia. La conjunción salió de la franja de 15° a finales de abril de 1776, y de la de 20° a finales de mayo. Cuando Marte entró en conjunción con Urano, a principios de junio, Jefferson empezaba a redactar la Declaración de Independencia.

Exactamente un ciclo completo y catorce años más tarde, durante la conjunción inmediatamente posterior, el 14 de julio de 1789, se produjo la caída de la Bastilla y dio comienzo la Revolución Francesa, cuando Júpiter y Urano se hallaban a sólo 2° de su conjunción exacta. Lo mismo que ocurrió en el comienzo de la Revolución Norteamericana, todo el período correspondiente a esta conjunción de Júpiter y Urano, entre agosto de 1788 y octubre de 1789, coincidió estrechamente con importantes acontecimientos que marcaron el inicio de la Revolución Francesa: en agosto de 1788, el acuerdo arrancado por la fuerza a la corona francesa para que convocara los Estados Generales, que puso en marcha los acontecimientos que desembocaron en la revolución; en septiembre, la reacción popular contra la decisión del Parlamento de reunir los estados por separado; en diciembre, la decisión de la corona de ampliar el Tercer Estado; en enero de 1789, la publicación del influyente panfleto del abate Sieyès titulado «¿Qué es el Tercer Estado?»; en abril, las insurrecciones rurales y urbanas; en mayo, la reunión de los Estados Generales; en junio, la proclamación de la Asamblea Nacional por el Tercer Estado y el Juramento del Juego de Pelota. Después de la toma de la

Bastilla en julio y de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano en agosto, en septiembre la Asamblea comenzó a diseñar el nuevo gobierno. Finalmente, cuando la conjunción se aproximaba a los 15° posteriores a su punto exacto, a principios de octubre de 1789, durante las agitaciones y manifestaciones masivas de los Días de Octubre el rey y la familia real fueron obligados a trasladarse de Versalles a París, donde se los podía tener vigilados; la Asamblea se trasladó a París y dio comienzo a la fase más radical, justo cuando Urano y Plutón se aproximaban a la oposición. La larga época revolucionaria se desarrolló a partir de entonces en exacta correlación con el alineamiento de Urano y Plutón durante la mayor parte de los años noventa, como ya hemos visto.

En comparación con la revolución más local de las colonias americanas durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1775-1776, la tumultuosa era de la Revolución Francesa fue prácticamente de alcance mundial. Los acontecimientos que se acaban de mencionar a propósito de la conjunción de Júpiter y Urano de 1788-1789 catalizaron una prolongada época de violencia revolucionaria e impulsos de emancipación.

Así como los alineamientos axiales del ciclo de Urano-Plutón –conjunciones y oposiciones– coinciden de manera sistemática con fenómenos históricos y culturales arquetípicamente significativos, así ocurre también con el ciclo de Júpiter-Urano. En efecto, los alineamientos axiales consecutivos de estos planetas muestran configuraciones en las que los acontecimientos correspondientes a una conjunción se asocian a los correspondientes a la oposición y a la conjunción siguientes que completan el ciclo. Esta configuración diacrónica es fácilmente visible, por ejemplo, en el ciclo completo de alineamientos de Júpiter y Urano que se desplegaron en las décadas de 1770 y 1780. La Revolución Norteamericana, que empezó en coincidencia con la conjunción de Júpiter y Urano de 1775-1776, culminó con la independencia de la nueva nación, formalmente ratificada con la firma del Tratado de París siete años después, durante la oposición inmediatamente posterior de Júpiter y Urano de 1782-1783.[1] La plena consecución de la anhelada independencia, la alegría del éxito emancipador,

la expansiva victoria de la rebelión, todo ello se ajusta muy bien al complejo arquetípico característico asociado a Júpiter y Urano.

A su vez, fue precisamente durante los catorce meses de la conjunción inmediatamente posterior de Júpiter y Urano, en 1788-1789, cuando el nuevo gobierno norteamericano empezó su gestión, se ratificó y se puso en vigor la Constitución, se celebraron las primeras elecciones nacionales, George Washington asumió su cargo como primer presidente y se presentó en el Congreso la Carta de Derechos, todo ello en exacta coincidencia con el comienzo de la Revolución Francesa y la toma de la Bastilla. Las estrechas conexiones históricas y los recíprocos factores causales que unen las revoluciones Norteamericana y Francesa son una sugerente evidencia de la configuración diacrónica que vincula alineamientos sucesivos.

La naturaleza *sincrónica* de las correlaciones con el ciclo de Júpiter-Urano es tan sorprendente como la diacrónica. Por ejemplo, durante la misma primavera de 1789 en que se produjo la primera eclosión revolucionaria en toda la campiña francesa, tuvo lugar en el Pacífico Sur, el 28 de abril, el famoso motín del *Bounty* encabezado por Fletcher Christian contra el capitán William Bligh durante el viaje de regreso de Tahití. Por tanto, la misma conjunción de Júpiter y Urano que coincidió con la caída de la Bastilla, coincidió también con el motín del *Bounty*, revueltas que se produjeron con pocas semanas de diferencia una de otra, en lugares opuestos de la Tierra.

Muchas de las actividades revolucionarias en Europa y otros lugares a partir de la conjunción de Júpiter y Urano de 1789 –la revolución belga, las revueltas de esclavos de las Indias Occidentales, la revolución polaca, la rebelión irlandesa, la ola de pensamiento radical en Inglaterra y en Alemania– pueden atribuirse a la influencia directa de los acontecimientos de Francia. Pero el *Bounty* zarpó de Inglaterra hacia el Pacífico Sur a finales de 1787, muchos meses antes del estallido de la Revolución Francesa, y cuando se produjo el motín llevaba un año y medio sin contacto con Europa. Que el ejemplo más famoso de rebelión de la historia marítima, el motín del *Bounty*, se produjera al mismo tiempo que el ejemplo más

famoso de rebelión de la historia política –la toma de la Bastilla, que dio comienzo a la Revolución Francesa–, pese a los miles y miles de kilómetros que los separaban y sin comunicación posible entre sus protagonistas, encaja con el concepto junguiano de que en la psique colectiva una poderosa *Gestalt* arquetípica puede influir en asuntos humanos que no tengan ninguna conexión causal convencional. La coincidencia añadida de estos acontecimientos arquetípicamente ligados con la conjunción de Júpiter y Urano –el mismo alineamiento que coincide sistemáticamente con otros hitos de carácter prometeico y triunfante– sugiere una correlación entre configuración arquetípica y ciclo planetario.

Cuando estos alineamientos más cortos del ciclo de Júpiter-Urano coinciden con los más largos del ciclo de Urano-Plutón –es decir, cuando los tres planetas, Júpiter, Urano y Plutón, entran en alineamiento recíproco, como en el momento de la toma de la Bastilla–, los acontecimientos concurrentes tienden a ser especialmente dramáticos y cargados de consecuencias. En poco más de cincuenta días de julio y agosto de 1789, en coincidencia con este alineamiento múltiple, el *Ancien Régime* francés, aparentemente indestructible, se hundió casi por completo. Era como si la típica explosión de dinamismo rebelde, expansiva innovación cultural, emancipación y despertar, que tiende a coincidir con los alineamientos breves de Júpiter y Urano, catalizara aquí el impulso revolucionario más enérgico asociado al alineamiento de Urano y Plutón, que empezaba en ese momento y proseguiría durante la mayor parte de la década de los noventa.

Un despliegue notablemente paralelo de acontecimientos se produjo en el motín del *Bounty*. Hasta el día de hoy sigue siendo un misterio qué emociones y motivos, sin duda poderosos, impulsaron repentinamente a Fletcher Christian y a los otros marineros a rebelarse. El éxito de esa revuelta dio lugar en la isla de Pitcairn, en la década de 1790, al drama prolongado, intenso y de carga erótica asesina que se apoderó de los amotinados y de las mujeres y los hombres tahitianos que los acompañaban, todo ello en una isla completamente apartada del resto del mundo, muy lejos de Europa y de la violenta insurrección que se estaba desarrollando allí precisamente

al mismo tiempo, durante el largo alineamiento de Urano y Plutón. El resultado fue como un caso de laboratorio de la sincronicidad entre acontecimientos paralelos y totalmente aislados entre sí que reflejan los mismos complejos arquetípicos.[2]

En el siglo pasado hubo un momento en que Júpiter, Urano y Plutón estuvieron en triple conjunción: fue en 1968-1969. Durante todo este período de dos años, los tres planetas estuvieron más cerca uno de otro que en ningún otro momento del siglo XX.[3] Fue, naturalmente, el extraordinario momento de apogeo de los años sesenta, una explosión de rebeliones, manifestaciones y huelgas sin precedentes en todo el mundo. El movimiento de protesta norteamericano se hallaba entonces en su punto culminante; las revueltas estudiantiles alteraron la vida normal de multitud de centros de enseñanza y universidades, como las de Columbia, Harvard o San Francisco State, entre muchas otras. El período comprendido por esta triple conjunción vio los fecundos acontecimientos del Mayo de París, la poderosa insurgencia del Tet en Vietnam, las tumultuosas protestas de Chicago en la Convención Nacional Demócrata, el consiguiente proceso a los Ocho de Chicago, los Días de Furia de los Weathermen, los disturbios del People's Park en Berkeley, los atletas afroamericanos negros en los Juegos Olímpicos de México en el podio con sus puños en alto cubiertos con guantes negros en apoyo de los derechos civiles y del Poder Negro, la fundación del American Indian Movement y los disturbios de Stonewall en Nueva York, entre muchos otros acontecimientos comparables. La «contracultura» –el término se inventó precisamente durante esos meses– entraba en su fase más exuberante. Tuvo lugar el festival de música de Woodstock, uno más de una oleada de festivales masivos celebrados en esos meses al impulso de una irrupción extraordinariamente rica de creatividad, tanto en música como en otras artes. En muchos ámbitos se discutían ideas radicales y se actuaba de acuerdo con ellas, como si de pronto se hubiera alcanzado un punto de ebullición en el torbellino creativo de la década.

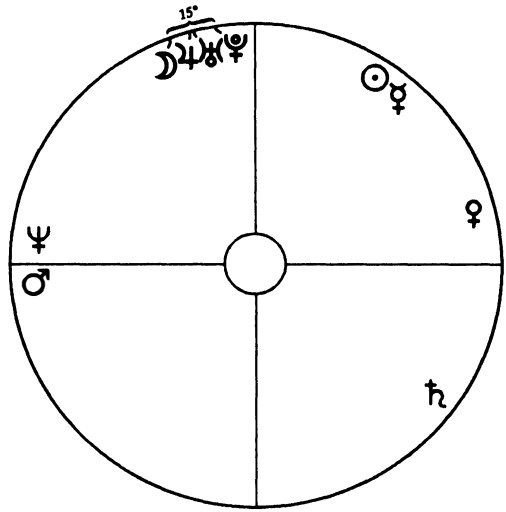
En realidad, este período de triple conjunción de 1968-1969 coincidió con una ola de innovaciones culturales, tecno-

lógicas y científicas, indicativas de que también en muchos otros aspectos históricamente relevantes estaba emergiendo algo poderoso y arquetípico. Particularmente espectacular fue, en julio de 1969, la culminación del programa de vuelos espaciales de los sesenta con el alunizaje del Apolo 11. Después de una década en la que se había invertido más de quince mil millones de horas de trabajo en el proyecto y tras haber recorrido en tres días por el espacio cuatrocientos millones de kilómetros con un peligroso momento final en el que Neil Armstrong se vio obligado a utilizar el control manual del módulo de aterrizaje, los astronautas pusieron pie en la Luna con combustible para sólo veinte segundos más. Era la primera vez en la historia que los seres humanos se liberaban del campo de gravitación de la Tierra y descendían a otro cuerpo celeste: «Houston. Aquí Tranquillity Base. El Eagle ha alunizado». Es notable que en el día del alunizaje, precisamente la Luna se había unido al alineamiento de Júpiter, Urano y Plutón, creando una conjunción cuádruple.

Muchos otros acontecimientos, nuevos movimientos y nuevas ideas vieron la luz durante aquel período de triple conjunción que todavía ejerce su influencia en la sociedad y el pensamiento de hoy. La famosa conferencia de Douglas Engelhart, del Stanford Research Institute, en diciembre de 1968 en San Francisco («todavía hoy la exhibición más notable de tecnología informática de todos los tiempos»), ante un público electrizado formado por miles de científicos e ingenieros informáticos, mostró el primer modelo operativo de la computación personal: la posibilidad de compartir información digital de manera instantánea y a larga distancia, la edición por ordenador y el procesador de textos, el ratón, el cursor, las ventanas, el enlace de hipertextos, el correo electrónico, las videoconferencias con pantalla compartida y la filosofía subyacente de utilizar los ordenadores para potenciar radicalmente la inteligencia humana individual y colectiva. Nueve meses más tarde tuvo lugar en la Universidad de California en Los Ángeles la primera transmisión exitosa del prototipo de Internet. Durante este mismo período de triple conjunción se produjo la presentación pública de lo que hoy se conoce como hipótesis Gaia –a cargo de James Lovelock en una reunión de

la American Astronautical Society– y de la famosa fotografía conocida como *Earthrise*, tomada por los astronautas del Apollo 8 desde la Luna la víspera de Navidad de 1968 («la fotografía medioambiental de mayor repercusión que se haya tomado nunca»), además de la fundación del proyecto Día de la Tierra para catalizar la conciencia ecologista mundial y el comienzo de la ecología radical con la publicación de *Desert Solitaire* de Edward Abbey.

Este período también produjo el comienzo de la liberación gay con la revuelta de Stonewall, así como el surgimiento del



Alunizaje del Apolo 11

20 de julio de 1969, 4:18 PM, Cabo Cañaveral, Florida

Triple conjunción de Júpiter, Plutón y Urano de 1968-1969, con la Luna en cuádruple conjunción el día del alunizaje. La distancia entre Júpiter y Urano es de 0° 04'; entre Urano y Plutón, de 7° 41'. Toda la cuádruple conjunción se halla a menos de 15° de la alineación exacta.

Figura 10

feminismo radical, con la fundación de Mujeres Radicales de Nueva York. Durante el mismo período se produjo la primera conferencia nacional de liberación de las mujeres en Chicago, la fundación del grupo feminista radical Redstockings (que introdujo los eslóganes «La hermandad de mujeres es poderosa» y «Lo personal es político») y la fundación del Colectivo de Salud de las Mujeres de Boston, que publicó *Nuestros cuerpos, nuestras vidas*, obra capital del feminismo. *Sobre la muerte y los moribundos*, de Elisabeth Kübler-Ross, dio comienzo a la revolución en el cuidado de los moribundos y contribuyó a establecer el movimiento de la medicina paliativa. Richard Alpert, a poco de regresar de la India con el nuevo nombre de Ram Dass, comenzó su carrera de maestro espiritual y pronunció conferencias públicas que se convirtieron en la base de *Be Here Now*, libro clásico de la contracultura. Stanislav Grof y Abraham Maslow fundaron la psicología transpersonal en Estados Unidos, y James Hillman y su círculo crearon la psicología arquetipal en Suiza.

Por último, este mismo período fue testigo de la publicación de una oleada de libros que reflejaban y al mismo tiempo catalizaban los impulsos culturales y contraculturales de la época: *Nacimiento de una contracultura* (que dio origen al vocablo), de Theodore Roszak; *Política sexual*, de Kate Millett; Los ejércitos de la noche, de Norman Mailer; *Alma encadenada*, de Eldridge Cleaver; *Las enseñanzas de Don Juan*, de Carlos Castaneda; *Gaseosa de ácido eléctrico*, de Tom Wolfe; *Operating Manual for Spaceship Earth*, de Buckminster Fuller; *Un ensayo sobre liberación*, de Herbert Marcuse; *Matadero 5*, de Kurt Vonnegut; *Sueños y existencia*, de Fritz Perls; Conocimiento e interés, de Jürgen Habermas, y *The Whole Earth Catalog*, de Stewart Brand, entre muchos otros. Son pocos los campos de la actividad humana que no se vieron afectados por la atmósfera arquetípica de la época, y pocos los individuos que, al mirar hacia atrás, no consideren ese período un poderoso punto de inflexión en su vida.

En el pasado reciente hubo otra convergencia multiplanetaria poco habitual en la que el ciclo de Júpiter y Urano no coincidió con Plutón, sino con Neptuno. Fue la última oposición de Júpiter y Urano del siglo XX: el asombroso período de

catorce meses de junio de 1989 a julio de 1990 que vio la inesperada oleada de manifestaciones de centenares de miles de personas en Europa del Este pidiendo libertad, lo que apresuró el hundimiento del comunismo en Europa y la caída del Telón de Acero. Preparada a lo largo de décadas por valientes actos de disidencia y movimientos clandestinos de emancipación, la oleada liberadora surgió en unas pocas semanas, primero en Polonia y los países bálticos y luego, en rápida expansión, en Alemania Oriental, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumanía, lo que trajo consigo la caída del Muro de Berlín, la Revolución de Terciopelo de Praga y la elección de Václac Havel. Esos mismos meses vieron también la liberación de Nelson Mandela y el momento clave de la lucha contra el *apartheid* en Sudáfrica.

El sentimiento casi universal de la época –la repentina, inesperada y eufórica liberación– es característico del complejo arquetípico de Júpiter-Urano. No sólo los millones de individuos de las naciones en las que ese cambio revolucionario, rápido y asombrosamente pacífico tenía lugar sentían dicha emoción y liberación, sino también los miles de millones que en todo el mundo percibían el final de la Guerra Fría y del opresivo estado de tensión nuclear y peligro mundial que planeaba sobre toda la comunidad humana. El alineamiento de Júpiter y Urano se produjo en la primera parte de la conjunción más larga de Urano y Neptuno de 1985-2001. Como veremos más adelante, la presencia en esta configuración múltiple de Neptuno en vez de Plutón –como había ocurrido en 1968-1969 y 1788-1789– guarda estrecha relación con la distinta inflexión arquetípica en este caso más reciente.

SALTOS CUÁNTICOS Y EXPERIENCIAS CUMBRE

De todos los ciclos planetarios, el de Júpiter-Urano presenta tal vez la configuración secuencial más rica en el registro cultural e histórico. El impulso arquetípico de expansión y grandeza asociado a Júpiter parece interactuar de una manera inusualmente dinámica con el principio emancipador e innovador de cambio radical repentino que se asocia a Urano. Los alineamientos mayores de estos dos planetas coinciden con un sistemático despliegue de grandes hitos creativos y acontecimientos liberadores en todos los campos de la actividad humana con cuya historia tengo la familiaridad suficiente como para evaluar correlaciones significativas. Los patrones de este complejo arquetípico son evidentes sobre todo en el dominio de la alta cultura –artes y ciencias, filosofía y humanidades–, pero no de manera exclusiva. Este ciclo planetario y esta combinación arquetípica también se asocian a la aparición de grandes avances personales con una implícita sensación de despertar repentino y feliz, de renacimiento psicológico, de gozosa epifanía intelectual, de horizontes radicalmente ampliados, de acontecimientos a menudo descritos como «saltos cuánticos» y «experiencias cumbre» por los sujetos que los experimentaban.

La expresión «experiencias cumbre» –acuñada por Abraham Maslow para referirse a experiencias particularmente en-

noblecedoras que producen en el individuo la sensación de un incremento radical de comprensión, felicidad y vitalidad– tuvo su origen en dos experiencias personales, una intelectual y una emocional, por las que Maslow pasó durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1927-1928. Era la misma conjunción que se había dado en el apogeo de la revolución cuántica, marcado por el principio de complementariedad de Bohr, el de indeterminación de Heisenberg y la celebración del Congreso Solvay de 1927.

Es llamativa la regularidad con la que tantos hitos de la historia de la ciencia coinciden con el ciclo de Júpiter-Urano. Por ejemplo, la oposición inmediatamente anterior a la conjunción que se acaba de mencionar coincidió con el momento triunfal de la teoría general de la relatividad de Einstein, noviembre de 1919, cuando la Royal Society de Londres oyó el impactante informe de Arthur Eddington y Frank Dyson que confirmaba la predicción de Einstein de la curvatura de la luz en un campo gravitacional. Vale la pena recordar el intenso dramatismo de este acontecimiento, no sólo por tratarse de un excelente ejemplo de la dinámica arquetípica que opera en estos alineamientos, sino también por las personas presentes en él y la impresionante imagen de Newton en el fondo, que simbolizaba la transferencia de soberanía de un mundo establecido largo tiempo atrás a otro radicalmente nuevo.

Los Miembros de la Royal Society y de la Royal Astronomical Society no se reunieron finalmente en Burlington House para oír los resultados oficiales de los cálculos relativos a los dos eclipses el martes 6 de noviembre de 1919 por la tarde... El objetivo de la investigación había sido poner a prueba la teoría de Einstein y en los círculos científicos circulaban desde hacía semanas noticias extraoficiales acerca de los resultados. Aquí, aunque sólo fuera aquí, los hombres eran conscientes de que se estaba acabando una época, de modo que el salón principal rebosaba de público. Estaban J. J. Thompson, actual presidente de la Royal Society, James Jeans y Lindemann. También estaban Sir Oliver Lodge y el matemático y filósofo Alfred North Whitehead. A todos les inquietaba la misma cuestión. ¿Resultarían defectuosas las ideas en las que durante tanto tiempo habían confiado? «La atmósfera de tenso interés allí reinante era

exactamente la de un drama griego», escribiría Whitehead más adelante. «Éramos el coro que comentaba el decreto del destino, desvelado en el desarrollo de un incidente supremo. La cualidad dramática se hallaba ya en la simple puesta en escena: la ceremonia tradicional, con el retrato de Newton al fondo para recordarnos que la más grandiosa de las generalizaciones científicas estaba a punto de recibir su primera modificación tras más de dos siglos. El interés personal no se vio frustrado: una gran aventura del pensamiento llegaba por fin a puerto sana y salva.»

Thomson se levantó para dirigirse a los presentes, se refirió a la teoría de Einstein como «uno de los mayores logros en la historia del pensamiento humano» y expuso con convicción todo lo que significaba la relatividad. «No es el descubrimiento de una isla remota, sino de un continente entero de nuevas ideas científicas... Es el mayor descubrimiento en relación con la gravitación desde que Newton enunció sus principios.»

Vemos aquí no sólo la ruptura científica (Urano) triunfante (Júpiter), sino también el gran honor cultural (Júpiter) de un inesperado cambio revolucionario en el pensamiento humano (Urano), temas que reflejan los principios arquetípicos asociados a ambos planetas. También reconocemos un tercer tema arquetípicamente apropiado y frecuente en este alineamiento: el de la repentina e inesperada expansión de horizontes intelectuales y cosmológicos a dimensiones radicalmente nuevas.

En los meses posteriores de este alineamiento, todo 1920 y parte de 1921, el logro de Einstein y la teoría de la relatividad fueron recibidos con una atención de los medios de comunicación y un entusiasmo público desconocidos hasta entonces por una teoría científica. Se declaró a Einstein el mayor genio de la historia y la teoría de la relatividad fue por primera vez ampliamente aclamada por la comunidad científica y propagada al gran público. El propio Einstein había nacido cuando Júpiter y Urano se hallaban en estrecha oposición, exactamente tres ciclos antes, y en cierto modo su vida y su obra pueden considerarse una encarnación paradigmática del complejo arquetípico de Júpiter-Urano: la innovación intelectual de máxi-

mo éxito, el asombroso salto de la imaginación científica más allá de las estructuras de tiempo y espacio establecidas, un cambio súbito y difícilmente concebible en la naturaleza de la realidad, el celebrado y honrado genio rebelde. En todos estos aspectos, por así decirlo, Prometeo triunfante.

El complejo de Júpiter-Urano parece asociarse a la experiencia de rupturas de todo tipo, gozosos momentos prometeicos de descubrimiento, ascensos repentinos, intuiciones inesperadas que expanden el mundo personal, la experiencia del «¡aja!». La historia de los avances tecnológicos se asocia estrechamente a los alineamientos axiales de Júpiter-Urano: el descubrimiento de la inducción electromagnética (1831), el invento del telégrafo (1844), el invento de la bombilla eléctrica (1879), la primera emisión de radio (1920), la primera película sonora (1927), la primera transmisión de televisión (1927), la primera transmisión por Internet (1969). Durante la oposición de Júpiter y Urano de 1976, Steve Wozniak y Steve Jobs construyeron su primer ordenador personal.

Particularmente notable es la historia de la aviación y de los vuelos espaciales, en los que se encarna con especial claridad el característico impulso de Júpiter-Urano a desafiar límites, a trascender la gravedad, a ascender y alejarse hasta alcanzar la libertad y el espacio exterior. Cuando se produjo el primer vuelo espacial, el del globo que lanzaron los hermanos Montgolfier en Francia a finales del siglo XVIII, Júpiter y Urano estaban alineados. Los hermanos Montgolfier inventaron el globo de aire caliente en noviembre de 1782. Tras meses de experimentos lanzaron el primer globo con un pasajero humano en París, el 15 de octubre de 1783; fue el primer caso registrado de alejamiento físico de la Tierra por parte de un ser humano. Los dos acontecimientos –el invento y el lanzamiento– tuvieron lugar durante la oposición de Júpiter y Urano de 1782-1783, que coincidió con la ratificación de la independencia de las colonias norteamericanas por el Tratado de París, firmado en esta ciudad un mes antes del exitoso lanzamiento.

Benjamin Franklin, que nació durante la primera conjunción de Júpiter y Urano del siglo XVIII, en 1706, estaba en París precisamente en este período como representante de la nueva nación. En una carta de julio de 1783 a Sir Joseph

Banks, presidente de la Royal Society, un Franklin de setenta y siete años escribía acerca del futuro de la ciencia, la tecnología y el progreso humano con el optimismo expansivo y la alegría del descubrimiento tan característicos de la combinación de Júpiter y Urano:

> Estoy contento con los últimos descubrimientos astronómicos realizados por nuestra Sociedad. Provista como está hoy toda Europa de Academias de la Ciencia, buenos instrumentos y espíritu de experimentación, el progreso del conocimiento humano será rápido y se harán descubrimientos de los que hoy no tenemos ni idea. Empieza a darme una cierta tristeza haber nacido tan pronto, pues no podré tener la dicha de conocer lo que se sabrá dentro de cien años.
>
> A la Royal Society, mis deseos de éxito incesante en sus trabajos, y a usted, que siga por mucho tiempo honrándola con su presidencia,
>
> Estimado Sir, su más obediente y más humilde servidor,
>
> B. Franklin
>
> [P.D.] El doctor Blagden lo pondrá al corriente del experimento de un gran Globo que se ha enviado al aire, del que hoy se habla mucho aquí, y que, si se sigue investigando, puede proporcionar medios para nuevos conocimientos.

Análogamente, los primeros experimentos en aviación que realizaron los hermanos Wright tuvieron lugar durante la conjunción de Júpiter y Urano de octubre de 1900, con su primer vuelo en planeador en Kitty Hawk, Carolina del Norte (la misma conjunción que coincidió con los comienzos de la física cuántica y el psicoanálisis). Júpiter y Urano estaban nuevamente en conjunción en mayo de 1927 cuando Charles Lindbergh realizó en solitario el primer vuelo a través del Atlántico, de Long Island a París, en el avión *The Spirit of St. Louis* (la misma conjunción que corresponde a los hitos de Bohr-Heisenberg y del Congreso Solvay en la física cuántica).

Y Júpiter y Urano volvieron a alinearse en los inicios de la historia de los vuelos espaciales. Los primeros vuelos espaciales de Yury Gagarin y Alan Shepard coincidieron con la oposición de 1961-1962.[4] Durante este mismo alineamiento, el 25

de mayo de 1961, el presidente John F. Kennedy hizo su histórico llamamiento a los Estados Unidos a conseguir un alunizaje tripulado antes de que terminara la década.

> Creo que esta nación debería comprometerse a lograr, antes de que termine esta década, la meta de poner un hombre en la Luna y traerlo a la Tierra sano y salvo. Ningún proyecto espacial de este período impresionará más a la humanidad, o será más importante para la exploración espacial a largo plazo; y nada será tan difícil ni tan caro de conseguir.[5]

En resumen: la conjunción de Urano y Plutón abarca todo el período del programa espacial de los años sesenta, que empezó cuando Júpiter entraba en oposición con esta conjunción. Su apogeo, el alunizaje del Apolo 11 en 1969, coincidió con el momento en que Júpiter entraba en conjunción triple con Urano y Plutón. El «salto de gigante para la humanidad» es un ejemplo paradigmático del tema de los saltos cuánticos y las experiencias cumbre, que aquí tuvo lugar de modo general en el mundo entero. La hazaña científica, tecnológica y humana de volar a la lejana Luna, poner pie en ella y regresar sin problema a la Tierra –sin precedentes, espectacular y hasta entonces prácticamente inconcebible– constituyó un salto cuántico en la evolución humana y, a la vez, una experiencia cumbre para los seiscientos millones de personas que presenciaron el acontecimiento en todo el mundo.[6]

Tres semanas más tarde tuvo lugar el festival de música de Woodstock, al que asistió casi medio millón de personas y que, en muchos sentidos, fue la culminación emocional y artística del *ethos* contracultural de los años sesenta. Estos dos acontecimientos tan cercanos en el tiempo, el alunizaje y Woodstock, representan el mismo complejo arquetípico, aunque con encarnaciones muy diferentes: el principio jupiteriano de elevación y expansión, grandeza, éxito y alegría, combinado con el impulso prometeico de innovación, creatividad, rebelión, ruptura y desafío a las limitaciones; y ambos titánicamente potenciados e intensificados por el principio plutoniano, también asociado a acontecimientos de carácter masivo, evolutivo e histórico.

Lo más sorprendente es que estos dos acontecimientos paradigmáticos tuvieran lugar en el verano de 1969, precisamente durante la única conjunción triple de Júpiter, Urano y Plutón del siglo XX. En ese momento, los tres planetas se hallaban de hecho en su alineamiento más exacto desde el nacimiento de René Descartes en 1596. Es notable que Descartes naciera con el Sol en cuádruple conjunción con Júpiter, Urano y Plutón, tal vez el retrato cósmico más impresionante que quepa imaginar de quien anunció el nacimiento del yo moderno en toda su radiante gloria solar y confianza emancipadora. Quería emprender «la tarea de deshacerme de todas las opiniones a las que hasta entonces había dado crédito», declaró Descartes en la primera de sus *Meditaciones metafísicas*, y lo mismo podría haber dicho en 1968-1969 la mayor parte de una generación.

La revolución científica

Volvamos al comentario de Michelet, según el cual «la Revolución de 1789 empezó con el *Discurso del método*». Júpiter y Urano no sólo estuvieron en conjunción en 1789, sino también en 1637, el año en que se publicó el *Discurso de método* de Descartes, con su *cogito* de enorme trascendencia histórica.[7] Y Descartes, como hemos apuntado, había nacido en una conjunción anterior de Júpiter y Urano. La secuencia de correlaciones de estas conjunciones es típica de la configuración secuencial de este ciclo planetario.

La conjunción de 1595-1596, bajo la cual nació Descartes, coincidió también con el decisivo punto de inflexión en la vida y la obra de Kepler. En julio de 1595 Kepler experimentó la repentina iluminación de las armonías geométricas de las órbitas planetarias, que le inspiró la larga y laboriosa investigación que finalmente lo condujo a descubrir las leyes del movimiento de los planetas. Durante esa misma conjunción escribió su primera obra importante, M*ysterium Cosmographicum*, la primera obra que, desde *De Revolutionibus*, desarrollaba y extendía los argumentos matemáticos a favor de la teoría copernicana, y la primera de la ciencia moderna en proponer explicaciones físicas de los fenómenos celestes.

La conjunción siguiente de Júpiter y Urano, catorce años después, fue la de 1609-1610, que coincidió con la publicación

de la *Astronomia Nova* de Kepler, en la que hacía públicas sus revolucionarias leyes del movimiento planetario, y de *El mensajero de los astros*, de Galileo, que anunciaba los históricos descubrimientos realizados con su telescopio. La conjunción de 1623-1624 continuó la secuencia, con la publicación del famoso *El ensayador* de Galileo (octubre de 1623), que contenía su exposición del nuevo método científico y de la nueva visión de la realidad, base de la ciencia moderna. En esta obra incluyó Galileo su famosa afirmación de que «el libro de la naturaleza está escrito con caracteres matemáticos», distinguió por primera vez entre cualidades primarias (cuantificables) y secundarias, y afirmó que la investigación era superior a la autoridad. Además, fue durante esta misma conjunción cuando Galileo dio inicio a su gran tratado copernicano, *Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo*, el libro que precipitó su conflicto con la Iglesia católica.

Durante la conjunción inmediatamente posterior de 1637-1638, Descartes no sólo publicó su *Discurso del método*, obra fundacional de la filosofía moderna, sino también su *Geometría*, obra fundacional de la geometría analítica, que introdujo por primera vez las coordenadas cartesianas y el uso del álgebra para resolver problemas geométricos. Además, durante esa misma conjunción, Galileo publicó la última y la más importante de todas su obras, resumen de la investigación de toda su vida en ciencia experimental, *Consideraciones y demostraciones matemáticas sobre dos nuevas ciencias*, clandestinamente sacada de Italia y publicada en Holanda.

Durante la oposición siguiente, la de 1644, Descartes publicó su obra más amplia, *Los principios de la filosofía*; durante la conjunción siguiente, en 1651, Thomas Hobbes publicó su gran obra *El Leviatán*; finalmente, Júpiter y Urano estuvieron nuevamente en conjunción catorce años después, de enero de 1665 a febrero de 1666, momento decisivo en que Isaac Newton, de veintidós años a la sazón y con un tránsito personal de Urano en cuadratura con Urano, dejó la Universidad de Cambridge y se marchó a Lincolnshire, donde comenzó el espectacular período de dieciocho meses de creatividad intelectual que sentó las bases de sus descubrimientos posteriores en matemáticas y en física: descubrió el teorema

general del binomio, inventó el cálculo diferencial e integral, hizo sus primeros descubrimientos astronómicos y realizó la investigación experimental más avanzada de su época en óptica. Durante este período tuvo lugar, de acuerdo con el relato posterior de Newton, la anécdota de la caída de la manzana. A semejanza del comentario que hemos realizado a propósito de 1927, podríamos decir que el ritmo de descubrimientos en física teórica de 1665 fue tan intenso como no lo ha sido en casi ningún otro año de la historia de la ciencia.

La culminación de esos avances –la formulación de Newton del concepto de gravitación universal y su redacción de los *Principia*– se produjo en estrecha coincidencia con la oposición de Júpiter y Urano de 1685-1686. Este alineamiento de Júpiter y Urano en el cielo coincidió con el tránsito personal, único en vida de Newton, de Urano en oposición a Urano, ya analizado: Júpiter y Urano cruzando su Urano natal al mismo tiempo. Ésta fue, de hecho, la misma extraordinaria convergencia de tránsitos personales y mundiales que ocurrió tanto en la vida de Galileo como en la de Descartes, así como en la de Einstein: en todos estos casos el tránsito mundial de Júpiter-Urano coincidió precisamente con el tránsito personal de Urano en oposición a Urano.

Si nos remontamos al siglo anterior, al verdadero comienzo de la Revolución Científica, vemos que Júpiter y Urano también estaban en conjunción en 1540-1541, momento en que Copérnico decidió finalmente publicar su *De Revolutionibus* persuadido por su discípulo más próximo, Rheticus, quien en ese momento presentaba la primera exposición pública de la teoría heliocéntrica de Copérnico, la *Narratio Prima*, en dos ediciones, una en Gdansk en 1540 y otra en Basilea en 1541. Simultáneamente, durante los catorce meses de esta conjunción de 1540-1541, Vesalio escribió el grueso de su *De Humani Corporis Fabrica*, que marcó el inicio de la revolución científica moderna en medicina.

Este alineamiento particular de Júpiter y Urano en el momento en que nacía el copernicanismo coincidió también con el ciclo más largo de Urano-Plutón. Así pues, la rara configuración axial de Júpiter, Urano y Plutón que coincidió con el alunizaje del Apolo en 1969 –en cierto sentido, la culminación

histórica de la Revolución Científica– se daba también en el nacimiento mismo de esta revolución. Aquí no se trataba de una triple conjunción, sino que la conjunción de Júpiter y Urano se alineaba en oposición a Plutón, la misma configuración que tuvo lugar durante el comienzo de la Revolución Francesa.

Los siglos XVIII y XIX

El ciclo de Júpiter-Urano o un factor fiable para medir el ritmo de los principales acontecimientos intelectuales que tuvieron lugar entre el *Discurso* de Descartes y la Revolución de 1789. Por ejemplo, si examinamos la historia del pensamiento europeo durante la Ilustración, centrándonos en particular en las obras que prepararon el fundamento de las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII, reparamos en las contribuciones de los filósofos franceses Voltaire, Montesquieu, Diderot y Rousseau. Junto con la *Enciclopedia* (cuya publicación por entregas se prolongó a lo largo de la cuadratura de Urano y Plutón de mediados de siglo y más tarde), las obras más decisivas fueron *Las cartas filosóficas* de Voltaire, *El espíritu de las leyes* de Montesquieu y *El contrato social* y el *Emilio* de Rousseau. Es notable que estos cuatro libros se publicaran en exacta coincidencia con las conjunciones consecutivas de Júpiter y Urano, con intervalos de catorce años: las *Cartas filosóficas* en 1734, *El espíritu de las leyes* en 1748 y *El contrato social* y el *Emilio*, ambos en 1762. Estos años coincidieron precisamente con las tres conjunciones sucesivas de Júpiter y Urano del siglo XVIII.

Si cruzamos el Canal para observar las principales figuras de la Ilustración inglesa contemporáneas, de los *philosophes* –Pope, Hume, Gibbon, Adam Smith–, encontramos el mismo patrón. El *Ensayo sobre el hombre*, de Alexander Pope (reimpreso más de sesenta veces en Francia antes de 1789) fue publicado durante la conjunción de 1734, el mismo año que las *Cartas filosóficas* de Voltaire. La principal obra filosófica de David Hume, *El ensayo sobre el entendimiento humano*, se publicó durante la conjunción de 1748, el mismo año que *El espíritu de las leyes*, de Montesquieu. Y tanto la *Historia de la*

decadencia y caída del Imperio Romano, de Edward Gibbon, como *La riqueza de la naciones*, de Adam Smith, se publicaron durante la conjunción de 1775-1776, a comienzos de la Revolución Norteamericana.

Pero el patrón secuencial no termina aquí. Las conjunciones de Júpiter y Urano inmediatamente posteriores a las que acabamos de mencionar coincidieron precisamente con hitos decisivos de la historia de la filosofía política y económica, marcados por una serie de obras y análisis de gran repercusión y separadas por intervalos de catorce años, de Bentham (1789), Ricardo (1817), Tocqueville (1831), Marx y Engels (1844-1845) y John Stuart Mill (1859).[8] Además, en la historia de la ciencia, una secuencia paralela de descubrimientos y publicaciones marcó la revolución en la química moderna, una vez más en coincidencia precisa con el ciclo de catorce años de Júpiter y Urano: los experimentos decisivos de Priestley y Lavoisier que condujeron al abandono de la teoría del flogisto y el nacimiento de la química moderna (1775-1776); el *Tratado elemental de química*, de Lavoisier, texto fundacional de la química moderna (1789), y la creación de Dalton de la primera tabla de pesos atómicos y el primer enunciado de la teoría atómica de la materia (1803).

Más aún: los históricos experimentos de Faraday que demostraron la inducción electromagnética se produjeron durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1831. Durante esa misma conjunción, Charles Darwin inició su histórico viaje a América del Sur y las islas Galápagos a bordo del *Beagle*. Durante la conjunción siguiente, la de 1844-1845, Darwin escribió su primer resumen de la teoría de la selección natural –primera versión de lo que sería luego *El origen de las especies*–, manuscrito de doscientas páginas que compartió sólo en privado (a semejanza de lo que hizo Copérnico con su primer resumen de la teoría heliocéntrica, el *Commentariolus*). En 1858, exactamente catorce años después y en coincidencia con la conjunción siguiente, se produjo el anuncio de Darwin y Wallace de la teoría de la evolución y Darwin escribió *El origen de las especies*. Y otros catorce años y un ciclo más tarde, en coincidencia con la conjunción de Júpiter y Urano de 1871-1872, Darwin publicó *El origen del hombre*.

Dicho sea de paso, para proseguir nuestro análisis anterior de las casi idénticas cartas natales de Darwin y Lincoln: el año 1858, en el que por primera vez se prestó atención pública a Darwin y su teoría de la evolución, durante la conjunción de Júpiter y Urano, tras su exposición en la Linnean Society de Londres, fue también el año en que Lincoln y su visión de la esclavitud alcanzaron preeminencia nacional gracias a los famosos debates Lincoln-Douglas, en los que la elocuente oposición de Lincoln a la extensión de la esclavitud en Estados Unidos se difundió por todo el país. Lincoln fue elegido candidato a senador e inició su campaña el 16 de junio de 1858. Darwin recibió la carta decisiva de Wallace que puso en marcha la difusión pública de su teoría el 18 de junio de 1858.

Para volver a la historia de la ciencia, fue durante la oposición siguiente de Júpiter y Urano, la de 1865, cuando James Clerk Maxwell publicó su fundamental artículo «Una teoría dinámica del campo electromagnético», culminación de la revolución en la física del siglo XIX que había comenzado con los experimentos de Faraday durante la conjunción de 1831. (Se da la coincidencia de que el propio Maxwell nació durante esta última conjunción, en el mismo mes en que Faraday anunciaba en la Royal Society los resultados de estos experimentos, que serían la base de la formulación de Maxwell de la ecuación que subyace a la teoría de los campos electromagnéticos.)

Finalmente, durante esa misma oposición de Júpiter y Urano de 1865 Gregor Mendel anunció su descubrimiento de las leyes de la herencia, que daban a la hipótesis evolucionista de Darwin y Wallace –anunciada durante la conjunción inmediatamente anterior– el mecanismo genético que requería para su coronación teórica. Sin embargo, este anuncio del monje y científico austríaco, que tuvo lugar en dos reuniones de la Sociedad de Ciencia Natural de Brno, Moravia, en febrero y marzo de 1865, pasó prácticamente inadvertido. Los revolucionarios descubrimientos fueron totalmente ignorados por la comunidad científica durante varias décadas, hasta que, de pronto, en 1900, durante la conjunción de Júpiter y Urano de ese año, la obra de Mendel fue simultáneamente redescubierta por tres botánicos europeos –de Vries, Correens y Von

Tschermak– que, trabajando en forma independiente (en Ámsterdam, Tubinga y Viena, respectivamente), realizaron experimentos que ratificaban la teoría de Mendel y, para darlos a conocer, publicaron informes por separado y en un período de sólo dos meses. Durante el mismo año y la misma conjunción, el biólogo inglés William Bateson también descubrió la obra de Mendel, la tradujo al inglés y dio a la nueva ciencia el nombre de genética.

MÚSICA Y LITERATURA

Las correlaciones secuenciales que hemos estudiado en estos capítulos sugieren la coincidencia de importantes alineamientos cíclicos de los planetas exteriores con una activación mutua de los correspondientes principios arquetípicos, pero lejos de agotar su significado en un mecánico «encendido» de la *Gestalt* arquetípica y su posterior «apagado» una vez finalizado el tránsito, cada alineamiento parece representar un despliegue complejo y sutil de patrones arquetípicos en forma de onda. La evidencia sugiere que cada alineamiento de un ciclo planetario particular coincide con un período en el cual el complejo arquetípico correspondiente se manifiesta de una manera definida y fácil de distinguir –expresa su significado, muestra su esencia en la psique colectiva con una notable concentración de acontecimientos arquetípicamente apropiados–, pero que una vez que el alineamiento ha tocado a su fin, ese mismo impulso continúa activo. Permanece, evoluciona, experimenta cambios, a veces por debajo de la superficie, a veces por encima. Pasa por incontables modificaciones bajo el impacto de nuevas influencias arquetípicas mientras se desarrollan los alineamientos cíclicos y siempre cambiantes con otros planetas y mientras los individuos pasan por sus tránsitos personales y responden creativamente a las fuerzas arquetípicas activas.

Luego, cuando los dos planetas originales vuelven a entrar en un alineamiento cíclico, se produce otra notable activación del complejo arquetípico correspondiente, con fenómenos culturales y religiosos claramente relacionados con períodos anteriores del mismo ciclo. Pero esa nueva activación tiene lugar de tal manera que todo lo que se ha desplegado desde el último alineamiento cíclico ha sido absorbido y ahora el nuevo ciclo lo integra. Hemos visto indicaciones de ese proceso, por ejemplo, con el ciclo de Urano-Plutón y los grandes movimientos de emancipación y despertares dionisíacos que se presentan de manera cíclica en la era moderna. Lo hemos visto también con el ciclo de Saturno-Plutón y sus correlaciones con las guerras mundiales y la Guerra Fría, y a propósito de las confrontaciones morales colectivas con el lado sombrío de la existencia. Y también es evidente en los desarrollos históricos aquí mencionados, de la liberación social y política a las revoluciones y la creación artística.

Cualquiera que sea el campo de la actividad humana al que dirijamos la atención, una vez captado el modelo propio del ciclo de Júpiter-Urano, los patrones coincidentes de rupturas creativas e hitos culturales resultan sorprendentemente claros. En el campo de la música, por ejemplo, examiné el caso de la *Heroica* de Beethoven, su *Tercera Sinfonía*, tal vez la obra más explícita y expansivamente prometeica de la historia de la música clásica, tan revolucionaria en espíritu como en concepción y en impacto histórico. Comprobé que Beethoven compuso la *Heroica* durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1803. Fue la primera conjunción después de la de 1788-1789 y el desencadenamiento de la Revolución Francesa, en cuyos ideales se inspiró directamente esa gran sinfonía. A su vez, Beethoven empezó la composición de la *Novena Sinfonía*, tan grandiosamente expansiva y llena de exaltación, durante la conjunción inmediatamente posterior, catorce años después, en 1817.

Cuando miré hacia atrás en busca de la obra que más plenamente anticipaba la *Heroica* –la última sinfonía de Mozart, la acertadamente denominada *Júpiter*, en do mayor (K. 551)–, comprobé que había sido compuesta durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1788-1789, exactamente un ciclo entero

antes que la *Heroica*. Además, durante esta misma conjunción Haydn había compuesto su *Sinfonía Oxford* (nº 92, en sol mayor), a la que se ha llamado la «Heroica» de Haydn debido a la nueva libertad creativa a la que daba curso, allende las limitaciones clásicas de las sinfonías anteriores. La *Oxford* inauguraba una nueva fase en la evolución musical de Haydn, que se desarrollaría en los años noventa con su serie de sinfonías londinenses, que, junto con las tres últimas de Mozart, constituyen la cumbre de la composición para orquesta antes de la *Heroica*.

El patrón diacrónico de estas dos conjunciones consecutivas (1788-1789 y 1803) que conectan a Mozart y Haydn con Beethoven es indicativo del cuadro más complejo de evolución arquetípica que acabo de describir. Estas dos conjunciones de Júpiter y Urano son las mismas que tuvieron lugar en el comienzo y en el final del período de la Revolución Francesa. Se podría decir que lo que separa a las últimas sinfonías de Mozart y Haydn de la *Heroica* de Beethoven y sus sucesoras es la oposición de Urano y Plutón de la década de 1790 y todo lo que ella representó. En términos arquetípicos, lo que marcó la evolución dramática de Mozart y Haydn a Beethoven fue precisamente la radical intensificación de las cualidades prometeicas y dionisíacas en interacción dinámica –el exaltado impulso emancipador, la titánica voluntad de libertad creadora, la intensidad del torbellino y los cambios repentinos e impredecibles, el arrollador movimiento masivo de las energías, el poder de transformación–, esto es, las mismas cualidades que marcaron toda la época de la Revolución Francesa. Como más tarde diría Wagner, Beethoven fue «un titán en lucha con los dioses».

Al prestar atención a la composición posterior a la *Heroica* que ejerció una influencia revolucionaria en la música clásica de la segunda mitad del siglo XIX –el *Tristán e Isolda* de Wagner–, comprobé que también esta obra fecunda fue compuesta precisamente durante una conjunción de Júpiter y Urano (la misma conjunción, exacta en 1858, que coincidió con el anuncio de Darwin-Wallace de la teoría de la evolución y con la redacción de *El origen de las especies*, de Darwin).[9] De hecho, en notable paralelismo con la *Heroica*, *Tristán e Isolda*

coincidió con la conjunción de Júpiter y Urano inmediatamente posterior a la conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856, primer alineamiento axial de estos planetas después de Beethoven y del período de la Revolución Francesa.

Una vez más, al igual que la *Heroica*, el extraordinario poder primordial de *Tristán e Isolda* parece encarnar y transmitir la combinación de las energías arquetípicas de Prometeo y Dioniso –a la vez titánicas y emancipadoras, instintivas y revolucionarias– que, previamente catalizadas durante los años del período de Urano-Plutón, influyeron en el desarrollo interior y las aspiraciones musicales de Wagner exactamente como había ocurrido con Beethoven durante el alineamiento de Urano y Plutón de los años noventa del siglo anterior. Además, en el mismo año en que Wagner empezó a componer *Tristán e Isolda*, Baudelaire publicó *Las flores de mal*, su libro igualmente revolucionario. Ya ha habido quienes destacaran la coincidencia: «Que Wagner, con su manejo de la armonía, inició una nueva era es un lugar común en la historia de la música; algunos historiadores incluso se inclinan a considerar el *Tristán* como el inicio de la música moderna, de la misma manera que *Las flores del mal* de Baudelaire marcó el inicio de la literatura moderna. La coincidencia de fechas es sorprendente».[10]

Un patrón semejante se descubre a propósito de *La consagración de la primavera* de Stravinsky, cuyo famoso estreno en París tuvo lugar en 1913, cuando la conjunción de Júpiter y Urano entraba en la franja de 20°. Nuevamente, era la primera vez que se daba esa conjunción después de la oposición de Urano y Plutón de principios del siglo XX (el primer alineamiento axial posterior al ya mencionado a propósito de Wagner) y, una vez más, el despertar revolucionario de energía dionisíaca encarnaba con gran intensidad el tema de Urano-Plutón. La brillantez creativa de *La consagración de la primavera* (y la respuesta del público en el estreno) era tanto una nueva expresión de las desatadas fuerzas orgiásticas y ctónicas de la naturaleza (Urano-Plutón) como la anticipación de la devastadora destrucción y el histórico trauma de la inminente guerra mundial (en coincidencia con la conjunción de Saturno y Plutón, que por entonces también comenzaba, exactamen-

te un ciclo después de la correspondiente al nacimiento de Stravinsky).

Como sugieren estos ejemplos, tanto el ritmo exacto como el carácter arquetípico de las correlaciones de estos hitos en la historia de la música clásica son notablemente más complejos de lo que se resume en la simple correspondencia con el ciclo de Júpiter y Urano. No sólo hay coherencia en la multiplicidad de ciclos presentes y superpuestos de los tránsitos mundiales, sino que también son pertinentes los tránsitos personales de los compositores. Por ejemplo, Stravinsky vivió su tránsito personal de Plutón en conjunción con su Sol natal, único en la vida, entre 1909 y 1913, período en el que compuso *La consagración de la primavera* y otras dos obras igualmente dionisíacas: *El pájaro de fuego* (1910) y *Petrushka* (1911). Tras este período de intensidad primordial, la obra de Stravinsky adoptó un carácter decididamente más contenido a medida que entraba en sus fases neoclásica y serial. Nunca volvió a componer con la misma inspirada y violenta eclosión de potencia que caracteriza las obras de su fase primordial de creación.

Un factor importante para evaluar todas esas correlaciones concierne a la cualidad y el espíritu mismos de las obras musicales en cuestión. Es cierto que el ciclo de Júpiter-Urano coincide con extraordinaria regularidad con rupturas creativas e hitos en la historia de la música, al igual que en muchos otros campos. Pero no es menos cierto que las obras compuestas y estrenadas bajo estos alineamientos relativamente breves tienden a reflejar, como ethos cultural general del momento, cualidades particularmente expresivas del complejo arquetípico de Júpiter y Urano, por ejemplo un espíritu creador de inspiración particularmente elevada, exuberante y festiva. Así, los *Conciertos de Brandeburgo* de Bach, con su exultante virtuosismo y su vigor, coronación de la era barroca, fueron compuestos durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1720-1721. Ésta tuvo lugar inmediatamente después de una conjunción más larga de Urano y Plutón, que a su vez antecedió a la oposición correspondiente a la Revolución Francesa, de manera que forma una secuencia cíclica perfecta con las correlaciones mencionadas a propósito de Mozart y Haydn, Beethoven, Wagner y Stravinsky.

Si pasamos ahora a la historia de la literatura, el período de 1720-1721 de la conjunción de Júpiter y Urano que produjo los *Conciertos de Brandeburgo* también coincidió con el comienzo de la gran sátira de Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver*. Los alineamientos del ciclo de Júpiter-Urano coinciden regularmente con obras creativas que destacan por su magnitud impactante o por una sorprendente expansión de los límites convencionales, lo que puede entenderse como expresión de la dirección dinámica Urano-Júpiter, con la súbita liberación del impulso a la grandeza y la expansión y su encarnación creadora por vías sorprendentes. La *Heroica* de Beethoven es, por supuesto, un ejemplo clásico en el campo musical, que por la expansión sin precedentes de la magnitud de la orquesta, la longitud de cada movimiento y de la sinfonía entera –por no hablar de la magnitud del sonido mismo–, trascendía con mucho los límites establecidos por Mozart y Haydn. Una modalidad distinta de este mismo tema de las magnitudes creadoras asombrosas la encontramos en *Los viajes de Gulliver*, tanto en la experiencia del repentino encuentro de los liliputienses con el portentoso gigantismo de Gulliver como, a la inversa, en la sobrecogedora experiencia de Gulliver en Brobdingnag, la tierra de los gigantes.

En la historia de la literatura, que tiene tantos autores y obras importantes y constituye una amplísima base de datos, el modelo sincrónico y el diacrónico son particularmente ricos y ramificados. Cada alineamiento axial de Júpiter y Urano coincidió sistemáticamente con una insólita multiplicidad de hitos creativos en la literatura, y los alineamientos posteriores de esos mismos planetas coinciden con olas similares de creatividad literaria cuya estrecha conexión arquetípica e histórica sugiere con gran fuerza la existencia de patrones cíclicos.

Por ejemplo, cuando investigué una época literaria bien conocida por su carácter revolucionario, las dos primeras décadas del siglo XX, examiné las posibles correlaciones con el ciclo de Júpiter-Urano de diversos escritores que, en conjunto, habían producido la transformación radical de la literatura moderna en ese momento: Joyce, Proust, Kafka, Pound, Eliot, Stein, Lawrence y Woolf. La conjunción de Júpiter y Urano que corresponde a ese período general se hallaba a menos de

15° de la posición exacta en los catorce meses en torno a 1914: de diciembre de 1913 a enero de 1915.

Cuando revisé las biografías correspondientes a este breve período, muy pronto tuve claro que estos catorce meses específicos fueron cruciales prácticamente para todos esos escritores y que vieron nacer un extraordinario número de obras fundamentales de la literatura del siglo XX. Tras años de escritura y desarrollo artístico en solitario, Joyce publicó durante esos meses sus dos primeras obras, *Dublineses* y *Retrato del artista adolescente*; durante esta misma época empezó su obra maestra, *Ulises* (que terminó siete años después, bajo la oposición siguiente de Júpiter y Urano). En ese momento, en un giro radical en su carrera, T. S. Eliot se trasladó de Estados Unidos a Inglaterra y empezó su fértil asociación con Ezra Pound. Éste, que descubrió e inició ese año la publicación por entregas de *Retrato del artista adolescente* y descubrió también el primer poema importante de Eliot, «Canción de amor de J. Alfred Prufrock», publicó ese mismo año de 1914 la primera antología de poesía imaginista, *Des Imagistes*, y, con Wyndham Lewis, dio comienzo a la revista vorticista *Blast*. En el mismo año, William Butler Yeats publicó su *Responsabilidades y otros poemas*, que reflejaba análogamente la nueva estética modernista, mientras que Gertrude Stein publicaba su volumen de poemas más explícitamente «cubistas», *Brotes tiernos*. Wallace Stevens publicó ese año sus primeros poemas, mientras que Robert Frost publicó *Al norte de Boston*, que contenía muchos de sus poemas más conocidos, como «Mending Wall» y «The death of the Hired Man». D. H. Lawrence publicó su primer volumen de cuentos, *El oficial prusiano y otros relatos*, mientras escribía también en esos meses la primera de sus mayores novelas, *El arco iris*. Y en esos mismos meses, Franz Kafka escribía *El proceso*, su primera novela importante. En el mes inmediatamente anterior a la entrada de la conjunción en el orbe de 15°, en noviembre de 1913, Marcel Proust había publicado a sus expensas el primer volumen de su obra maestra, *En busca del tiempo perdido*.

El asombroso patrón sincrónico puede reconocerse como parte del patrón *diacrónico* más largo relacionado con este ciclo. Por ejemplo, con respecto al desarrollo de la novela mo-

dernista, durante la conjunción inmediatamente anterior de Júpiter y Urano de 1900 (en coincidencia con *La interpretación de los sueños* y el descubrimiento de la física cuántica), Henry James escribía *Los embajadores* (que había comenzado en el verano de 1900 y terminó en la primavera siguiente). Ese libro y los dos que le siguieron, *Las alas de la paloma* y *La copa dorada*, anticipaban las innovaciones formales y temáticas de la narrativa del siglo XX que pronto serían exploradas a fondo en la obra de Joyce y Proust, y más tarde en la de Virginia Woolf y William Faulkner.

Durante la conjunción inmediatamente posterior a las dos que acabamos de mencionar, la de 1927-1928 (que coincidió con la síntesis de la física cuántica de Bohr-Heisenberg y la teoría del universo en expansión de Lemaître), Virginia Woolf publicó *Al faro*, su principal novela, mientras en esos mismos meses William Faulkner iniciaba su extraordinaria sucesión de grandes obras con la redacción de *Sartoris*, la primera de su larga serie de novelas del condado de Yoknapatawpha, y más tarde, siempre dentro de esta misma conjunción, de *El ruido y la furia*, la primera de sus obras maestras y tal vez su novela capital.

La historia de la novela modernista sugiere, pues, un patrón diacrónico de desarrollo en estrecha correlación con las tres primeras conjunciones de Júpiter y Urano del siglo XX, que, con perspectiva histórica, pueden considerarse en coincidencia con el inicio o la publicación de los libros más significativos y decisivos de la revolución literaria: *Los embajadores*, de James, como la gran precursora; *En busca del tiempo perdido*, de Proust, *Ulises*, de Joyce (y, en una línea distinta del modernismo, *El proceso*, de Kafka), como las obras plenamente logradas en la primera generación, y *Al faro*, de Woolf, y *El ruido y la furia*, de Faulkner, en la generación siguiente.

En cualquier época literaria estudiada se encuentran patrones comparables. Por ejemplo, los hitos más importantes de la literatura inglesa de Spenser a Milton tuvieron lugar en precisa coincidencia con los principales hitos de la Revolución Científica ya mencionados, que implican a Kepler, Galileo, Descartes y Newton. Durante la conjunción de 1595-1596, Edmund Spenser publicó su obra maestra, *La reina de las ha-*

das; en la conjunción siguiente, la de 1609-1610, se produjo la primera edición de los *Sonetos* de William Shakespeare; en la conjunción de 1623-1624 tuvo lugar la primera edición, conocida como *First Folio*, de las piezas teatrales de Shakespeare; durante la conjunción siguiente, la de 1637-1638, se publicó *Lycidas*, de John Milton, uno de los poemas más importantes de la lengua inglesa; y durante la conjunción de 1665-1666, Milton terminó su obra maestra, *El paraíso perdido*. Para seguir la secuencia, en la oposición siguiente, la de 1671-1672, se publicó *El paraíso recuperado* y su última gran obra, *Samson Agonistes*.

Lo mismo ocurrió con el comienzo de la novela inglesa en el siglo XVIII. Cuando busqué las fechas de publicación de los trabajos pioneros de Henry Fielding, Samuel Richardson y Tobias Smollett, descubrí que los dos primeros habían publicado sus novelas más importantes –*Tom Jones* y *Clarissa*, respectivamente–, y el tercero, su primera novela, *Las aventuras de Roderick Random*, en el mismo período de catorce meses, entre enero de 1748 y febrero de 1749, en el que Júpiter y Urano estuvieron en conjunción. Durante la oposición inmediatamente anterior, exacta en 1741, tanto Richardson como Fielding habían publicado sus primeras novelas, *Pamela* y *Joseph Andrews*, respectivamente.

Una vez más, es importante tener en cuenta el carácter y el espíritu subyacentes a las obras en cuestión y no sólo su estatus de icono cultural de innovación o de logro. En *Tom Jones*, por ejemplo, lo mismo que en muchas otras obras artísticas y fenómenos culturales que coinciden con el ciclo de Júpiter-Urano (como la *Heroica*, que celebraba los despertares revolucionarios de 1775-1776 y 1789, el florecimiento contracultural de 1968-1969, o la eufórica caída del comunismo en Europa Oriental en 1989), es fácil advertir, tanto en el héroe como en la narración, el espíritu característicamente pródigo del complejo arquetípico de Júpiter-Urano, esto es, intrépidamente aventurero, sin trabas, entusiasta, generoso, excesivo y al mismo tiempo de admirables principios, alegremente transgresor y permanentemente abierto a nuevos horizontes. Ese espíritu refleja una dimensión esencial de este complejo subyacente, cuyo surgimiento en la vida colectiva de la cultura

durante dichos alineamientos parece constelar una cierta vitalidad aventurera y realzar la inspiración creadora, que a su vez produce estas oleadas de obras innovadoras.

El cuadro general de la historia de la literatura presenta un panorama en el que los alineamientos axiales del ciclo de Júpiter-Urano coinciden de manera sistemática con hitos concurrentes de innovación creadora. En efecto, en la historia de la literatura occidental desde el Renacimiento hasta nuestros días son evidentes los asombrosos patrones diacrónicos en coincidencia con el ciclo de Júpiter y Urano. Pero no se trata, una vez más, de que tales acontecimientos ocurran repentina y exclusivamente durante estos alineamientos, sin conexión con los acontecimientos y las actividades de los años intermedios. Por el contrario, es como si en la actividad literaria y la creatividad cultural se produjese una suerte de cresta de ola en correlación con esos alineamientos. Estas crestas son perceptibles en multitud de publicaciones o inicios de obras importantes y revolucionarias que tienen lugar durante esos alineamientos, así como en las diversas concentraciones que se producen en muchas categorías de acontecimientos, como la puesta en marcha de movimientos de gran influencia, nuevos géneros o asociaciones creadoras de grandes figuras literarias. Todo el conjunto de correlaciones parece formar un patrón inteligible de fenómenos culturales cíclicamente relacionados y portadores de las cualidades arquetípicas asociadas a Júpiter y Urano.

A menudo, un período particular de la conjunción de Júpiter y Urano produce una obra que marca el comienzo de una serie de obras del mismo tipo de un gran autor, que adoptarán el carácter básico de la que había aparecido en coincidencia con la conjunción. Un ejemplo es Faulkner, quien dio comienzo a la larga serie de novelas del condado de Yoknapatawpha durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1927-1928, con *Sartoris* y *El ruido y la furia*, primeras de la serie de obras maestras que vinieron a continuación (*Mientras agonizo*, *Santuario*, *Luz de agosto* y las demás). Otro caso es el de Thomas Hardy, que empezó su larga serie de novelas de Wessex con *Bajo el árbol*, durante la conjunción de 1871-1872, para continuar con *Lejos del mundanal ruido*, *El regre-*

so del nativo, *El alcalde de Casterbridge*, *Tess la de los D'Urbervilles* y sus otras novelas centradas en el pueblo y el paisaje del sudeste de Inglaterra.

Durante la misma conjunción de 1871-1872, Émile Zola inició su experimento de veinte novelas naturalistas, el ciclo de novelas de los Rougon-Macquart, que documentaba la vida en el Segundo Imperio Francés, con la publicación de *La fortuna de los Rougon*. Análogamente, Colette publicó la primera de su serie de novelas durante la conjunción de 1900. Durante la misma conjunción, como ya se indicó, Henry James entraba en la fase final y la más compleja de su obra, con *Los embajadores*, a la que siguieron *Las alas de la paloma* y *La copa dorada*, tres novelas que forman un todo formal filosóficamente coherente. La conjunción siguiente de 1913-1914 produjo el primero de los varios volúmenes que componen *En busca del tiempo perdido*, de Proust (el último se publicó en 1927, en coincidencia con la conjunción siguiente).

Durante la única conjunción de Júpiter y Urano que omití en la secuencia que acabo de mencionar, se inició otra memorable serie de obras de ficción, la de Arthur Connan Doyle, quien escribió el primer relato de Sherlock Holmes, *Estudio en escarlata*, en marzo y abril de 1886.[11] Además, en el ciclo inmediatamente anterior, Lewis Carroll publicó *Alicia en el País de las Maravillas* y su secuela, *Alicia a través del espejo*, en exacta correlación con los alineamientos sucesivos de 1865 y 1872. Tras décadas de escritura, Tolkien comenzó la publicación de su trilogía de *El Señor de los Anillos* durante la conjunción de 1954-1955, los tres libros en esos dos años. Durante la misma conjunción, J. D. Salinger empezó su última fase de la familia Glass con la publicación de *Franny* en *The New Yorker's* en enero de 1955, seguida de Zooey; *Levantad, carpinteros, la viga del tejado*; *Seymour: una introducción* y *Hapworth, 16, 1924*, títulos íntegramente publicados a lo largo de la década siguiente y que también constituyen un todo de gran coherencia artística y filosófica.[12] Durante la conjunción inmediatamente posterior, la de 1968-1969, Patrick O'Brian publicó *Capitán de mar y guerra*, la primera de su serie de veinte volúmenes de novelas históricas ambientadas en la era napoleónica. Durante la misma conjunción,

aunque en un género diferente, comenzó la serie de libros de Don Juan, de Carlos Castaneda, con *Las enseñanzas de Don Juan*. Podrían darse muchos otros ejemplos comparables. Durante la conjunción más reciente de Júpiter y Urano, la de 1997, J. K. Rowling publicó el primer libro de la serie de Harry Potter, *Harry Potter y la piedra filosofal.*

El denominador común de muchos de estos patrones de creatividad literaria es la correlación precisa del ciclo de Júpiter y Urano con diversos tipos de nuevos comienzos: la publicación de la primera obra de un autor importante, la primera de una serie importante de libros esencialmente relacionados, la primera de un nuevo género, y así sucesivamente. Dostoievski, Tolstoi, Melville, por ejemplo, escribieron y publicaron sus primera obra o su primera novela en coincidencia con conjunciones u oposiciones de Júpiter y Urano, lo mismo que Jane Austen, Mary Shelley, Dickens, Thackeray, Gogol, Mark Twain, George Eliot, Henry James, Zola, Colette, Conrad, London, Dreiser, Mann, Kafka, Joyce, Thomas Wolfe, Evelyn Waugh, Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez, así como Fielding, Richardson y Smollett. Lo mismo vale para la primera obra de poetas: Blake, Keats, Baudelaire, Auden, García Lorca, Wallace Stevens, Dylan Thomas, Derek Walcott, Allen Ginsberg. Durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1858, Emily Dickinson empezó a reunir sus poemas en fascículos encuadernados, única forma más o menos parecida a una edición que conoció su poesía en vida de la autora.

MOMENTOS EMBLEMÁTICOS E HITOS CULTURALES

Las correlaciones con el ciclo de Júpiter-Urano que implican otros fenómenos culturales, como la historia del cine, el teatro, la pintura, el *jazz*, la música, el *rock* y la contracultura, o campos específicos de estudio como la antropología, la psicología o la filosofía, presentan patrones igualmente ricos de acontecimientos y de hitos sincrónicos y diacrónicos. Daré una breve indicación de algunos de ellos: si preguntara cuáles fueron las tres películas de mayor impacto en la evolución del cine, la mayoría de los historiadores elegiría *El nacimiento de una nación*, de D. W. Griffith, el film que se considera que más influencia ha tenido en la historia del cine, con numerosas innovaciones técnicas y estéticas que establecieron el lenguaje del nuevo arte; *El cantante de jazz*, con Al Jolson, la película que sincronizó el sonido, revolucionó la industria del cine y marcó el nacimiento de la era sonora; y *Ciudadano Kane*, de Orson Welles, jalón en la historia del cine sonoro, con su dominio de considerables innovaciones técnicas y artísticas que influyeron tanto en la cinematografía posterior como las de *El nacimiento de una nación* en el cine mudo. Estas tres películas coincidieron precisamente con las tres conjunciones consecutivas de Júpiter y Urano de la primera mitad del siglo XX: *El nacimiento de una nación* se rodó durante la conjunción de 1914 y se estrenó a comienzos de 1915;

El cantante de jazz coincidió con la conjunción siguiente, y su famoso estreno tuvo lugar en octubre de 1927 (el mismo mes de la Conferencia Solvay); y *Ciudadano Kane* coincidió con la conjunción siguiente y se estrenó en mayo de 1941.

Cada uno de estos tres períodos tuvo enorme importancia para la historia del cine en muchos otros aspectos. La secuencia de alineamientos axiales de Júpiter y Urano en el siglo XX coincidió estrechamente con obras maestras que representaban la culminación de desarrollos previos y con el inicio de nuevos movimientos y géneros que se desarrollarían en años posteriores. La conjunción de 1940-1941, que coincidió con *Ciudadano Kane*, por ejemplo, coincidió también con el nacimiento del neorrealismo italiano en las películas y los manifiestos de Rossellini, De Sica y Visconti. La conjunción siguiente, la de 1954-1955, coincidió con otra oleada extraordinaria de hitos cinematográficos: las primeras obras maestras de Bergman y Fellini así como el nacimiento de la *nouvelle vague* francesa –con los manifiestos y los primeros experimentos de Truffaut, Godard, Varda y Resnais– y del *free cinema* británico, encabezado por Lindsay Anderson, Karel Reisz y Tony Richardson.

La conjunción inmediatamente posterior, la de 1968-1969 (la triple conjunción con Plutón), coincidió con una explosión de obras innovadoras e influyentes prácticamente en el cine de todas las nacionalidades y todos los géneros, tanto por parte de directores ya consagrados (Fellini, Bergman, Visconti, Bresson, Buñuel, Godard, Truffaut, Antonioni, Bertolucci, Polanski, Pasolini, Rohmer, Chabrol, Tati, Varda, Wajda, Anderson, Nichols, Kubrick) como por el extraordinario conjunto de directores nuevos que debutaron entonces (Scorsese, Spielberg, Woody Allen, Rafelson, Mazursky, Fosse, Bogdanovich, Pakula, Newman, Herzog, Fassbinder). Igualmente notable durante este último alineamiento de finales de los años sesenta fue la oleada de películas que reflejaban temas revolucionarios o contraculturales, o que se centraban en héroes rebeldes o antihéroes, de *El graduado*, *Easy Rider*, *Alice's Restaurant*, *Medi Cod* y *Cowboy de medianoche*, a *El conformista*, *Adalen 31*, *If* y *Z*.

En otra ocasión expondré con mayor detalle y rigor la

notable claridad de los patrones que este ciclo muestra en la historia del cine, así como su complejidad y su multitud de matices, pues proporcionan una nueva dimensión para comprender el desarrollo histórico del cine en el siglo XX. Por ejemplo, los hitos principales de la comedia del siglo XX, de las primeras películas de Charlie Chaplin y su creación del Vagabundo, bajo la conjunción de 1914, a la primera obra de Monty Python, bajo la de 1969, guardan estrecha correlación con el ciclo de Júpiter y Urano. Idénticos patrones son discernibles en la historia del *jazz*, desde las históricas grabaciones de Hot Five y Hot Seven de Louis Armstrong y el contrato de Duke Ellington que empezó en el Cotton Club bajo la conjunción de 1927-1928, pasando por los primeros registros de Billie Holiday, el surgimiento de las grandes bandas de Benny Goodman y Count Basie y el repentino surgimiento del *swing*, todo durante la oposición que tuvo su centro en 1934, hasta comienzos de la revolución del *bebop*, cuando Charlie Parker y Dizzy Gillespie tocaron con Lester Young, Kenny Clarke, Charlie Christian y Thelonius Monk en el Minton's Playhouse y en Monroe's Uptown House durante la conjunción de 1940-1941, y el posterior surgimiento del *cool jazz*, con las grabaciones de *Birth of the Cool* de Miles Davis durante la oposición de Júpiter y Urano de 1948.

Lo mismo ocurrió con la historia de la música *rock* a partir de la conjunción siguiente: llama la atención que los cinco registros que marcaron el nacimiento del *rock and roll* se realizaran durante los catorce meses de la conjunción de Júpiter y Urano de 1954-1955: la primera grabación de Elvis Presley (*That's All Right*, en julio de 1954), de Bo Diddley (*Bo Diddley*, en mayo de 1955), de Chuck Berry (*Maybelline*, en julio de 1955), de Buddy Holly (once canciones que sólo se dieron a conocer póstumamente) y la interpretación de *Rock Around the Clock* por Bill Haley y Comets en la película *Semilla de maldad*, de 1955.[15] También a comienzos de 1955 Ray Charles grabó *I've Got a Woman*, de la que a menudo se ha dicho que es el nacimiento de la música *soul*, síntesis del góspel y el *rythm and blues*.

La oposición siguiente de Júpiter y Urano, en 1962, coincidió con los primeros registros de Bob Dylan y los Beatles y

con la constitución de los Rolling Stones, las tres fuerzas creadoras dominantes en la cultura musical de los años sesenta. Este surgimiento creativo sincrónico forma parte de una ola de hitos culturales que catalizó muchos movimientos clave de los años sesenta y de la conjunción de Urano y Plutón de esa década.[14]

La triple conjunción siguiente de Júpiter, Saturno y Plutón de 1968-1969 coincidió con lo que en ciertos aspectos fue la culminación de la era clásica del *rock*, un período de veinticuatro meses que produjo una auténtica catarata de creatividad y muchas de las obras más famosas del género: los tres últimos álbumes de los Beatles (el doble *White Album*, *Abbey Road* y *Let It Be*); *Beggar's Banquet* y *Let It Bleed*, de los Rolling Stones (que incluía los temas *Sympathy for the Devil*, *Street Fighting Man*, *Midnight Rambler* y *Gimme Shelter*); *John Wesley Harding* y *Nashville Skyline*, de Dylan; *Axis: Bold as Love*, *Electric Ladyland* y el titánico *Star-Spangled Banner*, de Hendrix, este último en Woodstock; la ópera *rock Tommy*, de The Who; *Wheels of Fire*, de Cream, con el magistral *Crossroads*, de Eric Clapton; *Live/Dead*, de Grateful Dead; *Cheap Thrills*, de Big Brother y la Holding Company, con Janis Joplin; *Music from Big Pink* y *The Band*, de The Band; *The Hangman's Beautiful Daughter*, de la Incredible String Band; *Astral Weeks*, de Van Morrison; *The Turning Point*, de John Mayall; el nacimiento del *reggae* en Jamaica con *Do the Reggay*, de The Maytals, y las grabaciones de fusión de *jazz* y *rock* que realizó Miles Davis en *In a Silent Way* y *Bitches Brew*.

Igualmente notable fue la extraordinaria oleada de ediciones de primeros álbumes de conjuntos y solistas que marcarían una época en 1968-1969 : Joni Mitchell, Crosby Stills and Nash, Neil Young, James Taylor, Leonard Cohen, Santana, los Allman Brothers, Led Zeppelin, Jeff Beck, Quicksilver Messenger Service, Creedence Clearwater, Sweat and Tears, Procul Harum, Jethro Tull, Blind Faith, Fairport Convention, King Crimson, Genesis, Spirit, Yes, y muchos otros.[15] Como reflejo de esta explosión creadora en la contracultura, entre el verano de 1968 y el de 1969 hubo dieciséis grandes festivales de música, incluido el de Woodstock con su gran número de

hitos musicales y una asistencia media de más de cien mil personas. Ningún otro momento de la historia de la música popular es comparable con este período de triple conjunción de Júpiter, Urano y Plutón, la única del siglo XX.

Es posible seguir el desarrollo de esta secuencia a lo largo de los alineamientos posteriores de Júpiter y Urano. Por ejemplo, la oposición de 1975-1976 coincidió tanto con el surgimiento del *punk rock* (Patti Smith, Sex Pistols, The Clash, Los Ramones) y la *new wave* (Talking Heads, The Cars), como con la creación de U2, la célebre banda de *rock* de las décadas siguientes. Durante la conjunción posterior, la de 1983, se fundó la importante banda de *jam-rock* de estas décadas Phish, y durante la oposición siguiente, la de 1989-1990, Nirvana grabó su primer álbum, lo que marcó un nuevo impulso generacional en la historia del *rock*.

Si, por otro lado, volvemos a remontarnos a la conjunción de Júpiter y Urano exactamente anterior a los años sesenta, la de 1954-1955, con la mirada puesta en los temas de rebelión, creatividad y giros contraculturales tan característicos de este complejo arquetípico, la coincidencia de estas mismas conjunciones con importantes hitos en otros ámbitos no resulta menos digna de atención. Los catorce meses del verano de 1954 al verano de 1955 fueron testigos de la producción o el estreno de las tres películas de James Dean (*Al este del Edén*, *Rebelde sin causa* y *Gigante*; Dean murió un mes después que la conjunción hubo acabado), y de *La ley del silencio*, con Marlon Brando. Estos mismos meses también coincidieron con el giro literario del movimiento *beat*. Allen Ginsberg escribió *Aullido*, el manifiesto poético de los *beats*, en el verano de 1955. *En el camino*, de Jack Kerouac, se publicó por primera vez en extracto en *New World Writing* en abril de 1955 bajo el título «*Jazz* de la generación *beat*» (en el mismo número figuraba «Catch 18» de Joseph Heller, la primera señal de lo que luego sería *Catch-22*. En San Francisco, Lawrence Ferlinghetti inauguró la serie de poesía de la librería y editorial City Lights, la primera en dar a conocer obras de poetas *beat*, con la edición, en julio de 1955, de su primer volumen de poemas, *Pictures of the Gone World*. En Tánger y en esos mismos meses, William Burroughs empezó a escribir *El almuerzo des-*

nudo, obra que, junto con *Aullido* y *En el camino*, constituyó el triunvirato clásico de la literatura *beat*.

En éstas y en muchas otras correlaciones, tanto en la cultura popular como en la alta cultura, puede observarse una tendencia de los acontecimientos y las figuras que sobresalieron bajo alineamientos de Júpiter y Urano a verse rodeados de una cierta aura mítica, de leyenda, una y otra vez celebrados e invocados al punto de llegar a convertirse en emblemas de la imaginación cultural: Galileo dirigiendo por primera vez su telescopio al cielo, la epifanía de la ley universal de la gravedad de Newton en la manzana que cae, los «disparos de Lexington que se oyen en todo el mundo», el discurso de Patrick Henry «Dadme la libertad o la muerte», la toma de la Bastilla, el motín del *Bounty*, la composición de la *Heroica* de Beethoven, la lucha de Byron por la independencia de Grecia, la rebelión de esclavos encabezada por Nat Turner en Virginia, el viaje de Darwin a bordo del *Beagle*, el discurso de Emerson conocido como *American Scholar*, la primera transmisión telegráfica eléctrica de Samuel Morse, la construcción de Thoreau de su cabaña en Walden Pond, los debates entre Lincoln y Douglas, el anuncio conjunto de la teoría de la evolución por Darwin y Wallace, la demostración de Thomas Edison de la luz eléctrica de filamento de carbono («el nacimiento de la moderna investigación tecnológica», 21 de octubre de 1879), la insurrección de Pancho Villa en México, el primer ayuno de Gandhi como medio de protesta política contra el gobierno británico en la India, la impresionante confirmación de la teoría de la relatividad de Einstein, el vuelo en solitario de Charles Lindbergh a través del Atlántico, el alunizaje de Neil Armstrong, el festival de música de Woodstock, la caída del Muro de Berlín y la Revolución de Terciopelo, entre otros.

A todo esto podrían añadirse momentos incomparables de la historia del deporte, como la marca de sesenta *home run* en una temporada, que logró Babe Ruth durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1927, o el récord aún no superado de Joe DiMaggio de bateo de 56 partidos seguidos, catorce años después, en 1941. Más recientemente, la histórica victoria de Tiger Woods en el Masters de golf con una nueva marca ré-

cord durante la conjunción más reciente de Júpiter y Urano, la de 1997.

Otra categoría de fenómenos culturales cuya correlación con el ciclo de Júpiter-Urano cabe destacar es la de famosos primeros encuentros de figuras culturales que se han convertido en emblemas de la imaginación colectiva. Así, por ejemplo, el primer encuentro de Freud y Jung en la casa de Freud en Viena el 3 de marzo de 1907, en el que ambos hablaron animadamente trece horas seguidas, tuvo lugar durante la oposición de Júpiter y Urano siguiente a la publicación de *La interpretación de los sueños*. Otras relaciones personales de gran influencia cultural que comenzaron en coincidencia con alineamientos de Júpiter y Urano fueron las de Goethe y Schiller (1788), Wordsworth y Coleridge (1797), Keats y Shelley (1817) Chopin y Liszt (1831), Pushkin y Gogol (1831), Emerson y Thoreau (1837), Marx y Engels (1844), Verlaine y Rimbaud (1871), Van Gogh y Gauguin (1886), T. S. Eliot y Ezra Pound (1914) y Einstein y Bohr (1920), para indicar sólo unas pocas.

Las relaciones más significativas de amor romántico suelen coincidir con tránsitos personales de los planetas exteriores sobre Venus, la Luna o el Ascendente (y también, en el caso de matrimonios y relaciones de larga duración, con el ciclo de tránsito personal de Saturno). Sin embargo, también aquí, muchas veces resulta pertinente el ciclo de tránsito mundial de Júpiter y Urano: por ejemplo, los estudiosos de Goethe reconocerán que las dos conjunciones que coincidieron con los comienzos de la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa (1775-1776 y 1788-1789) coinciden también exactamente con los comienzos de las dos relaciones amorosas más importantes de Goethe: la primera, con Charlotte von Stein; la segunda, con Christiane Vulpius. Análogamente, el famoso primer encuentro de Petrarca con Laura en Aviñón, punto de inflexión en el itinerario creativo del poeta, pues Laura iba a ser su fuente de inspiración el resto de su vida, tuvo lugar el 6 de abril de 1327, cuando Júpiter y Urano estaban en oposición y transitaban sobre su Sol natal.

Un tema común a muchas de estas correlaciones es el de la repentina e inesperada expansión de horizontes personales o

culturales. Puede tratarse de una expansión en sentido literal a la vez que intelectual, como cuando Galileo, al dirigir su telescopio al cielo durante la conjunción de 1610, descubrió un universo nuevo e inmenso. Lo mismo ocurrió durante la conjunción de 1513, cuando Vasco Núñez de Balboa se convirtió en el primer europeo que cruzaba el istmo de Panamá y, desde las alturas de la serranía de Darién, contempló la magnífica vista del Océano Pacífico. Este momento fue conmemorado por Keats en su primer gran soneto, «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», que se publicó durante otra conjunción de Júpiter y Urano, la de 1816-1817:[16]

> contemplara el Pacífico –mientras todos sus hombres
> se miraban atónitos y con incertidumbre–
> silencioso, en la cumbre de un monte de Darién.

En tales ejemplos, vemos la dirección Urano-Júpiter, en la que el principio de Urano abre repentina e inesperadamente la experiencia jupiteriana de horizontes más dilatados, de experiencia expandida, de elevación y magnitud, de un mundo más extenso. Otro ejemplo es el primer viaje del capitán James Cook a Tahití, Nueva Zelanda y Australia durante la oposición de Júpiter y Urano de 1768-1769. La expansión súbita de horizontes puede lograrse con el movimiento horizontal o con el vertical: los primeros ascensos en globo, los primeros vuelos espaciales, el primer alunizaje. En la biografía de muchas figuras de la cultura, la repentina expansión de horizontes adopta a menudo la forma de puntos de inflexión en los que el individuo entra en un nuevo medio que expande su obra creativa y su vida personal. A veces se trata de un viaje o de una permanencia prolongada en otro lugar, que de alguna manera ejerce una influencia importante en el desarrollo intelectual o artístico. Así ocurrió con el largo viaje de Darwin a Sudamérica y a las islas Galápagos, que empezó durante la conjunción de 1831, o la famosa visita de nueve meses de Tocqueville a Estados Unidos durante esa misma conjunción de 1831, de la que nació *La democracia en América*, libro revelador todavía hoy. Podría citarse también la construcción de Thoreau de su cabaña en Walden Pond en 1845 durante la

conjunción siguiente. O la permanencia de Voltaire en Inglaterra durante la oposición de Júpiter y Urano de 1726-1727, que afectó profundamente su visión intelectual y lo movió a llevar al Continente las aspiraciones liberadoras de la Ilustración. Sus *Cartas filosóficas*, que contenían estas ideas y que tanta influencia ejercieron, se publicaron durante la conjunción inmediatamente posterior, la de 1734.

Con frecuencia, los horizontes súbitamente expandidos adoptan la forma de un encuentro transformador con un individuo o una institución en el extranjero, como ocurrió en la decisiva permanencia de Freud en París en el curso de la conjunción de 1885-1886, durante la cual estudió en la Salpêtrière con el neurólogo Jean-Martin Charcot, lo que le impulsó a cambiar la orientación de su vida profesional para dedicarse al estudio de la psicopatología y el inconsciente. Lo mismo sucedió con el iluminador viaje de Joseph Campbell durante la conjunción de 1927-1928 para estudiar en París y Munich, donde descubrió la obra de Freud, Jung, Joyce, Mann y Picasso y concibió su idea de los fundamentos míticos de la experiencia humana. La peregrinación igualmente transformadora que el mismo Campbell realizó durante todo un año a la India, el sudeste de Asia y Japón, tuvo lugar precisamente en el período de catorce meses correspondiente a otra conjunción de Júpiter y Urano, en 1954-1955. El importante giro vital de James Hillman se produjo durante la conjunción de Júpiter y Urano inmediatamente posterior, la de abril de 1969, en Londres, en el Warburg Institute, donde su revelador encuentro con una tradición de imágenes politeístas clásicas y con el núcleo de la imaginación cultural catalizaría el nacimiento de la psicología arquetipal.

A veces, la repentina apertura de nuevos horizontes se produce a través de un libro descubierto por casualidad, como cuando Nietzsche, durante la oposición de Júpiter y Urano de 1865, dio en una librería de Leipzig con *El mundo como voluntad y representación*, de Schopenhauer, que resultó ser un punto de inflexión decisivo en su vida intelectual. En otras ocasiones, el cambio de lugar de residencia y la expansión de horizontes es física y al mismo tiempo intelectual, como en el caso del propio Nietzsche durante la oposición inmediata-

mente posterior de 1879, catorce años más tarde, cuando dejó su carrera docente universitaria y comenzó su gran década creadora de escritor itinerante en Suiza, Francia e Italia.[17]

> Yo soy un viajero, un trepador de montañas... los lugares bajos no me gustan, y creo que no puedo permanecer largo tiempo sentado. Y cualquiera que sea mi destino y los acontecimientos que me esperen, siempre habrá en ellos una ascensión, porque, finalmente, no vivimos sino de nosotros mismos.

En otros casos el cambio de lugar por un escenario más estimulante fue duradero, como por ejemplo, la mudanza de Goethe a Weimar, trascendental en su vida, durante la conjunción de 1775-1776, o, durante la conjunción de 1914, la de T. S. Eliot a Inglaterra, de consecuencias no menos decisivas, pues allí se catalizaron sus dotes poéticas y se desarrolló su carrera literaria.

Como en el caso del encuentro de Eliot con Pound y con otros modernistas tempranos en Londres, a menudo la mudanza de un artista individual durante un alineamiento de Júpiter y Urano le lleva a un medio más rico en artistas creadores, como en el caso del traslado de Chopin a París durante la conjunción de 1831, donde encontró a Liszt, Berlioz, Bellini y Mendelssohn. Igualmente decisivo fue el traslado de Van Gogh a París durante la conjunción de 1885-1886, donde encontró a Gauguin, Toulouse-Lautrec, Pissarro y Seurat. Lo mismo sucedió con Picasso cuando, catorce años más tarde, durante la conjunción siguiente de 1900, se fue a vivir a París, donde, durante la oposición siguiente de los mismos planetas, la de 1906-1907, realizó la primera pintura magistral del cubismo, *Las señoritas de Aviñón*, una de las obras clave del arte del siglo XX.

La culminación del Renacimiento

En general, en la historia del pensamiento y la cultura occidentales, que es la tradición que mejor conozco, he encontrado patrones correlativos bien definidos para cualquier siglo

del que se disponga de registros históricos lo suficientemente precisos y extensos. A medida que se retrocede en la historia, la densidad de los datos culturales decrece poco a poco, y cuando uno se adentra en los siglos y los milenios anteriores a 1500, dichos datos desaparecen casi por completo. Por tanto, resulta particularmente interesante el estudio de la primera conjunción posterior a 1500, exacta en 1513 (en realidad, los planetas entraron por primera vez en el orbe de 15° en junio de 1512, salieron y volvieron a entrar en él durante el resto de 1512 y 1513 y lo abandonaron definitivamente en febrero de 1514, lapso insólitamente prolongado para una conjunción de Júpiter y Urano). Este período coincidió con una ola extraordinaria de acontecimientos que, en muchos sentidos, parecían marcar el punto culminante del Renacimiento italiano.

En octubre-noviembre de 1512 Miguel Ángel terminó de pintar la Capilla Sixtina y su trabajo fue dado a conocer. A comienzos de 1513 empezó a esculpir el *Moisés* para la tumba del papa Julio II. Durante el mismo período, Rafael dio fin al gran ciclo de pinturas para la Stanza della Segnatura y la Stanza di Eliodoro, que incluía *La escuela de Atenas*, *Parnaso* y *El triunfo de la Iglesia*. Era, en efecto, el período culminante del papado de Julio II, el mayor mecenas del Renacimiento, él mismo nacido durante una conjunción de Júpiter y Urano cinco ciclos antes y que supervisaba las realizaciones de Miguel Ángel y Rafael en la Capilla Sixtina y las estancias del Vaticano, respectivamente. (El otro gran legado de Julio fue la Basílica de San Pedro, cuya construcción, por entonces en curso, comenzó bajo Bramante, durante la oposición inmediatamente anterior de Júpiter y Urano, siete años antes, y cuya piedra fundacional había sido colocada en abril de 1506.) En Venecia, durante esta conjunción, Tiziano, que a la sazón se hallaba en los comienzos de su larga carrera, pintó su famosa alegoría neoplatónica, *Amor sagrado y amor profano*. En Alemania, en ese mismo momento, Alberto Durero grababa un conjunto de tres piezas maestras: *San Jerónimo en su estudio*; *El caballero, la muerte y el diablo*, y *Melancolía I*, todas en 1513-1514.

Pero esta onda creativa no se limitaba a las artes visuales. Entre la primavera y el otoño de 1513, Maquiavelo empezó a

trabajar en sus dos obras maestras, *El príncipe* y los *Discursos*, obras fundacionales de la teoría política moderna. En el mismo año, Castiglione comenzaba su obra renacentista por excelencia, *El cortesano*, que, tras catorce años de difusión y pulido, fue enviada al editor a comienzos de 1527, durante la conjunción inmediatamente posterior de Júpiter y Urano.

La conjunción de 1513 fue también importante para la teología y la religión. Durante estos meses, Martín Lutero dio comienzo en Wittenberg a su famosa serie de conferencias sobre los *Salmos* y la *Epístola a los Romanos*, de Pablo, que establecieron su nueva manera de entender la salvación, únicamente a través de la fe en la gracia de Dios, y la consiguiente instauración de las bases teológicas de la Reforma.

Los historiadores de la ciencia consideran que este período coincidió con la redacción y la distribución privada del *Commentariolus* de Copérnico, el breve manuscrito que contenía la primera descripción de su teoría heliocéntrica, que hizo circular entre amigos y colegas. El primer dato que tenemos de la existencia de este texto es su registro, a principios de 1514, en el inventario de la biblioteca de un erudito, sólo dos meses después de que la conjunción dejara atrás los 15°. Los estudiosos de Copérnico piensan que lo más probable es que haya sido escrito en 1512-1513.

Es como si, hace cinco siglos, una fuerza arquetípica impulsara el nacimiento del yo moderno –en arte, religión, ciencia, el Renacimiento, la Reforma, la Revolución Científica– y este breve período representara una suerte de umbral de un fenómeno más amplio. Incluso en el campo de la exploración mundial, fue en estos mismos meses extraordinarios, en septiembre de 1513, cuando Balboa divisó por primera vez el Océano Pacífico, forma literal, geográfica, de un despertar inesperado y de la expansión a nuevos horizontes. Además, junto a todos estos acontecimientos y fenómenos culturales sincrónicos se advierte también la presencia de configuraciones diacrónicas en la exploración mundial: durante la oposición inmediatamente posterior, la de octubre y noviembre de 1520, Magallanes atravesó por primera vez el estrecho que conecta el Atlántico y el Pacífico (y bautizó a éste como Pacifica) durante la histórica expedición que por vez primera

circunnavegó el globo. Exactamente dos ciclos antes, durante la oposición de Júpiter y Urano de 1492, Cristóbal Colón zarpó en el viaje que lo llevaría por primera vez al Nuevo Mundo.

En estas correlaciones podemos reconocer el principio arquetípico de Júpiter en su dimensión de ensanchamiento y elevación cultural: expansión de horizontes intelectuales y artísticos, inclinación a las aspiraciones superiores, la cultura refinada, las artes y las ciencias, la filosofía, comprensión más vasta, amplitud de visión cultural e intelectual, apertura a otras culturas y a un espectro más rico de perspectivas. También podemos observar la asociación de Júpiter con el impulso a expansiones de un orden más literal, como en las exploraciones de los navegantes transoceánicos. A su vez, el principio prometeico asociado con Urano parece catalizar y liberar este impulso jupiteriano en formas inesperadas e innovadoras, mientras se eleva y se expande con éxito (Júpiter) en su propia tendencia emancipadora y creativa (Urano). Aquí comenzamos a ver algo de la complejísima dialéctica arquetípica que se da entre los dos principios: Júpiter-Urano y Urano-Júpiter, que se activan, se penetran y se influyen recíprocamente.

En los capítulos precedentes hemos visto que muchos hitos de la historia de la libertad coinciden con el ciclo de Júpiter-Urano, desde la toma de la Bastilla hasta la caída del Muro de Berlín. Este despliegue cíclico de expansiones y florecimientos del impulso prometeico también se manifiesta en súbitos avances en la lucha por los derechos humanos, como

la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano que se proclamó en Francia durante la conjunción de 1789 y la Carta de Derechos que se presentó ese mismo año en el Congreso de los Estados Unidos durante la misma conjunción. Análogamente, Júpiter y Urano se hallaban en oposición el 1 de agosto de 1838, día en que fueron liberados todos los esclavos del Imperio británico, auténtica culminación del movimiento abolicionista que William Clarkson había iniciado más de cincuenta años antes. En 1865, cuando la Decimotercera Enmienda de la Constitución prohibió la esclavitud en Estados Unidos, Júpiter y Urano volvían a estar en oposición; lo mismo ocurría en 1893, cuando Nueva Zelanda se convirtió en el primer país que daba carta de naturaleza al voto femenino, y otra vez en 1920, cuando el prolongado impulso en favor del sufragio femenino en Estados Unidos desembocó en la ratificación de la Decimonovena Enmienda.

Podrían agregarse otros acontecimientos análogamente paradigmáticos. En Inglaterra, durante la misma oposición de 1865 que coincidió con el final de la esclavitud en Estados Unidos, John Stuart Mill presentó en el Parlamento el primer proyecto de ley de la historia inglesa en defensa del voto femenino. La misma oposición que en 1920 coincidió con el sufragio femenino en Estados Unidos coincidió también con la fundación de la Unión Americana por las Libertades Civiles. La Declaración Universal de los Derechos Humanos se ratificó en Naciones Unidas durante la oposición de Júpiter y Urano de 1948. Los Acuerdos de Helsinki sobre Derechos Humanos se firmaron durante la oposición de Júpiter y Urano de 1975-1976 y sirvieron de estímulo a los disidentes de la Unión Soviética y Europa del Este en los años previos al hundimiento del Telón de Acero, que ocurrió un ciclo después, durante la oposición inmediatamente posterior de Júpiter y Urano en 1989.

Una vez más, estas correlaciones con el ciclo de Júpiter-Urano, tanto en política y en derechos humanos como en las artes y las ciencias, parecen expresar en sus múltiples formas la síntesis arquetípica de Júpiter y Prometeo: la expansión, el crecimiento y el triunfal predominio del principio de libertad, revolución e innovación creadora. En esos acontecimientos

Júpiter parece elevar y coronar de éxito a Prometeo. Sin embargo, cabe pensar que la interacción arquetípica durante los alineamientos de Júpiter y Urano no consiste tan sólo en el efecto que cada uno de los principios produce en el otro, sino también en la impregnación recíproca de ambos principios y en su completa integración, al punto de manifestarse como un único principio compuesto, como si las dos iguras míticas, Prometeo y Júpiter, se unieran en una y la misma figura. Hemos observado un fenómeno semejante durante los alinea-mientos de Urano y Plutón, como el de la década de 1960 o el de la Revolución Francesa, momentos en que parecía haberse constelado colectivamente una figura arquetípica compuesta de Prometeo-Dioniso. En el caso de los alineamientos de Jú-piter y Urano, es como si en estas diversas rupturas creativas y revolucionarias, el propio Prometeo *se convirtiera* en el Jú-piter soberano del Olimpo y recibiera la corona de rey. La mis-ma imagen de Prometeo coronado podría verse en el triunfal alunizaje del Apolo. En cierto sentido, toda ruptura creativa, todo momento de rebelión exitosa, toda expansión inespera-da o feliz despertar puede considerarse una expresión de esta síntesis arquetípica.

Aunque en las correlaciones que hemos examinado el triunfo de Prometeo se expresa en un amplio abanico de formas, a veces se expresa de forma rotunda, como en el caso de la Estatua de la Libertad, emblemática encarnación del complejo arquetípico de Júpiter y Urano en forma integrada: una estatua en que se sintetizan perfectamente los dos símbolos distintivos de dichos dioses, esto es, la corona enaltecedora de Júpiter y el fuego liberador de Prometeo. Tanto en su doble simbolismo integrado como en su impresionante tamaño, la Estatua de la Libertad es tal vez el monumento esencialmente jupiteriano al arquetipo prometeico.

El hecho de que este gran símbolo de libertad fuera erigido y dedicado en el puerto de Nueva York precisamente durante el período de catorce meses de la conjunción de Júpiter y Urano de 1885-1886 parece tener un especial significado cósmico, pues era un regalo de Francia a Estados Unidos con motivo de la conmemoración de la Revolución Norteamericana y de la Revolución Francesa de un siglo atrás, que

empezaron en coincidencia con las conjunciones de Júpiter y Urano consecutivas de 1775-1776 y 1788-1789.[18]

Es instructivo el agudo contraste arquetípico entre la Estatua de la Libertad, erigida durante una conjunción de Júpiter y Urano, y el Monumento Conmemorativo de la Guerra de Vietnam, realizado durante una conjunción de Saturno y Plutón. En diversos aspectos –su forma y su apariencia, el espíritu y el carácter de su estética, sus significados simbólicos y los acontecimientos históricos y las épocas que conmemoran–, ambos monumentos son expresiones paradigmáticas de los ciclos planetarios con los que coinciden y de los principios arquetípicos correspondientes.

A la vista de esta comparación y de las correlaciones similares mencionadas en los capítulos dedicados a estos dos ciclos, se podría decir que la combinación arquetípica de Saturno y Plutón sugiere una cualidad dominante de sombría gravedad, una dirección de profundidad descendente, de fuerte contracción, de siniestra realidad, muerte y pérdida, el lastre del pasado; mientras que los alineamientos de Júpiter y Urano parecen coincidir con una orientación más luminosa, ascendente y expansiva, a saber, el avance hacia el futuro, el ascenso a brillantes alturas, la libertad repentina, la expansión a mundos nuevos e inesperados, todo ello con alegría creadora.

A la inversa, mientras que los acontecimientos del ciclo de Saturno-Plutón producen estructuras duraderas, gravedad moral, profundidad de experiencia, solemnidad y solidez, antigua tradición y raíces profundas, la costosa sabiduría de la madurez y la potenciación del principio del *senex*, la tendencia de Júpiter-Urano es a menudo ingenuamente optimista e ilimitada, el *puer eternus*, el niño eterno, engreído y sin trabas, en un vuelo que, al modo de Ícaro, no conoce límites en su ascenso. En efecto, a los alineamientos de Júpiter y Urano se asocia la celebración acrítica del progreso científico y tecnológico, la jubilosa quiebra de reglas y superación de límites, la pródiga falta de control de la rebelión contracultural, los excesos carnavalescos, la efímera euforia de los recién liberados, las indulgencias excesivas y la vistosa riqueza del nuevo rico, la ostentación y el deslumbramiento de la fama, el inventor fanático que no puede dejar de seguir innovando.

Todo complejo arquetípico tiene su sombra, y en el caso del complejo de Júpiter-Urano es fácil poner de manifiesto la sombra de tan feliz superabundancia. Como dijo Mae West, que nació bajo una oposición de Júpiter y Urano, «el exceso de lo bueno es maravilloso». Así habla el irreprimible y sonriente Truhán en defensa de la plenitud desmesurada, propia de Júpiter, libre de preocupaciones inhibidoras y con un imprevisto toque de humor para celebrar las virtudes del exceso y los buenos momentos sin límites. En el universo del complejo arquetípico de Júpiter-Urano no se ven las sombras. Pero el mundo no está gobernado por ningún complejo arquetípico en solitario. Los dioses, dijo Schiller, nunca aparecen solos.

A veces el despliegue de los dos ciclos planetarios que hemos comparado hasta ahora, el de Saturno-Plutón y el de Júpiter-Urano, se produce de tal manera que en un momento particular de la historia se solapan. Entonces podemos observar cómo los fenómenos coincidentes reflejan la influencia conjunta de los dos complejos arquetípicos. Por ejemplo, en 1914, la primera conjunción de Saturno y Plutón del siglo XX coincidió exactamente con la conjunción de Júpiter y Urano de ese año. Ambos pares de planetas estaban en conjunción en el verano y el otoño de 1914, durante aquellos fatídicos meses en que prácticamente toda Europa se lanzó entusiasmada a la guerra. Dirigentes nacionales llenos de exaltación y una juventud voluntariosa y apasionada, inspirados por un optimismo sin límites y motivados por ambiciones patrióticas y personales, pusieron en marcha el matadero más horrible que el mundo había conocido hasta entonces y dieron así oscuro fin a la era de ascenso de la civilización europea. En los treinta años posteriores del conflicto mundial se perdieron dos generaciones de potencial creativo.

Una dinámica semejante se puede reconocer también en el desarrollo de una vida individual. Napoleón nació durante una oposición de Júpiter y Urano (ambos formaban un preciso aspecto mayor con Marte, planeta que se asocia al principio arquetípico de la autoafirmación, la agresión y el guerrero). Tras una serie casi ininterrumpida de éxitos militares, entre 1808 y 1811, Napoleón se hallaba en la cumbre de su

poder mientras Urano en tránsito entraba en conjunción con su Júpiter natal y en oposición a su Urano natal (los mismos tránsitos que tuvo Einstein cuando se corroboró su teoría de la relatividad y se lo aclamó como el mayor genio de todos los tiempos). El genio militar surgido de la época de la Revolución Francesa no sólo era Emperador de Francia, autocoronado en la catedral de Notre Dame, sino el hombre más poderoso de Europa. Había ascendido de la oscuridad corsa a las alturas de la *grandeur* imperial. Como un conquistador antiguo, había cruzado el Mediterráneo para invadir y conquistar Egipto en la batalla de las Pirámides. Su imperio incluía los Países Bajos, Toscana, partes de Alemania y las provincias ilirias. Los reinos de España, Italia, Wesftalia y Nápoles eran estados vasallos gobernados por parientes suyos. Se casó con la hija del emperador austríaco y su hijo recién nacido era rey de Roma. Se consideró heredero de Alejandro y de Carlomagno. Ningún obstáculo a la posterior expansión de su asombroso éxito parecía insuperable.

El año siguiente, Napoleón invadió Rusia y en el duro invierno ruso de 1812-1813, cuando Saturno en tránsito entraba en conjunción exacta con su Plutón natal, la fortuna le dio la espalda. En una serie fatídica de errores de cálculo, exceso de despliegues militares y extralimitación imperial, el imperio napoleónico inició su caída. En junio de 1815, precisamente cuando Saturno en tránsito entraba en cuadratura con su alineamiento natal de Júpiter y Urano, Napoleón fue derrotado en Waterloo: la súbita caída del estado de gracia, el hundimiento de la grandeza.

Hay dramas personales que tienen lugar en el escenario público de la historia, que son presenciados y vividos por multitudes. Otros, en cambio, se desarrollan en la soledad de una vida y pasan en gran medida inadvertidos por sus contemporáneos, en una batalla interior, pero no por eso son menos arquetípicos en intensidad y en magnitud. Tal vez ninguna figura del pensamiento occidental haya expresado de manera más poderosa el impulso de ilimitada liberación prometeica que Friedrich Nietzsche, que nació en 1844, bajo Júpiter y Urano en conjunción. Este mismo alineamiento coincidió con la composición de *Tannhäuser*, de Wagner, el comienzo de la

colaboración de Marx y Engels y sus primeras obras importantes, la primera exposición que Darwin hizo de su revolucionaria teoría y la construcción de Thoreau de su cabaña en Walden Pond. Todos esos acontecimientos y la conjunción de Júpiter y Urano tuvieron lugar durante las primeras fases de la conjunción de Urano y Plutón de mediados del siglo XIX; otra versión de la inusual conjunción triplanetaria alcanzó mayor exactitud en 1968-1969.[19]

A lo largo de su vida, Nietzsche se rebeló contra las creencias culturales y filosóficas establecidas, las criticó brillantemente y se liberó de todas ellas, una otras otra. Cuando, en 1879, Júpiter y Urano entraban en oposición, dejó la vida de profesor universitario decimonónico, para la que tan bien se había educado pero a la que tan mal se adaptaba, y comenzó sus años itinerantes.

> Pues ésta es la verdad: que yo he salido de la casa de los sabios dando un portazo. Mucho tiempo se sentó mi alma hambrienta a su mesa; pero no como la suya, preparada para el conocimiento como para cascar nueces. Yo quiero libertad, y a mí me gusta el aire libre que orea la tierra fresca; más prefiero dormir sobre la piel de los bueyes que sobre los honores y las dignidades de los sabios. Soy demasiado ardiente, y estoy muy quemado por mis propios pensamientos; tanto, que a menudo me falta la respiración. Entonces tengo que vivir al aire libre y salir huyendo de los cuartos llenos de polvo.

El estilo de Nietzsche, dominado por elocuentes metáforas de vuelo y de ascenso, siempre buscando horizontes radicalmente nuevos y la apertura de nuevos mundos, refleja con toda vivacidad el complejo de Júpiter-Urano. En el pasaje culminante de *Aurora*, escrito cerca del comienzo de sus años itinerantes, da testimonio de las aspiraciones que siente surgir en su interior y en el interior del alma humana.

> *Nosotros, los aeronautas del espíritu*. Todos esos pájaros atrevidos que vuelan hacia espacios lejanos, llegará un momento en que no podrán ir más lejos y tendrán que posarse en un poste o en un pelado arrecife, considerándose felices con hallar ese miserable asilo.

¿Pero hemos de deducir de ahí que no queda delante de ellos un espacio libre y sin fin y que han volado todo lo lejos que se puede volar? Sin embargo, nuestros grandes iniciadores y nuestros precursores acabaron por detenerse... Lo mismo nos sucederá a ti y a mí. *¡Otros pájaros volarán más lejos!* Este pensamiento, esta fe que nos anima, toma vuelo, rivaliza con ellos, vuela cada vez más lejos y más alto, se eleva derechamente por los aires encima de la impotencia de nuestras cabezas, y desde el azul ve en las lejanías del espacio bandadas de pájaros mucho más ligeros que nosotros, que se lanzaron en la dirección en que nos lanzamos y en que todo es mar, nada más que mar, mar y mar. ¿Dónde queremos ir? ¿Queremos *atravesar* el mar? ¿Adónde nos arrastra esa pasión potente que a toda otra pasión se sobrepone? ¿A qué ese desesperado vuelo hacia el punto en que hasta ahora todos los soles declinaron y se extinguieron? Se dirá algún día de nosotros que navegando siempre hacia el Oeste esperamos llegar a unas Indias desconocidas, pero que nuestro destino era naufragar en lo infinito. O bien, hermanos, se dirá...

Nietzsche nació con la conjunción de Júpiter y Urano en oposición exacta a una conjunción igualmente exacta de Marte y Mercurio, la síntesis arquetípica del guerrero y el pensador, el guerrero que tiene por espada su pluma, sus palabras, sus ideas. En la vida y en el carácter de Nietzsche, el complejo arquetípico de Marte-Mercurio se expresa en su uso permanentemente combativo y forzado del lenguaje, en sus ideas incisivas, su brusca franqueza de expresión, la ligazón siempre vigorosa de pensamiento y acción. Con su estilo aforístico, se sentía como «un oficial asaltando las barricadas». Se imaginaba sirviendo al gran imperativo de su época, el de «allanar el camino para otra época aún más grande y concentrar la fuerza que habrá menester esa época alguna vez –esa época que lleva el heroísmo al conocimiento y *libra guerras* por los pensamientos y sus consecuencias–. Para tal fin se requieren por ahora muchos hombres precursores, valientes...».

Esta síntesis del guerrero Marte y del pensador y escritor Mercurio está en Nietzsche estrechamente entretejida con el ilimitado impulso prometeico asociado a Júpiter-Urano; el impulso a una libertad cada vez mayor, a la liberación de la visión cultural y filosófica, el descubrimiento de nuevos mun-

dos, el goce de la incertidumbre, la alegría de la rebelión victoriosa, la celebración del genio creador sin trabas, todo expresado en ideas y lenguaje (Mercurio) a la vez afirmativos y vigorosos (Marte), sorprendentes y de brillante inventiva (Urano) y expansivamente enaltecedores y elevados, como una proclama hecha desde la cumbre de una montaña (Júpiter).

Todo individuo es a la vez punto de encuentro y continente de muchos impulsos arquetípicos. Con Nietzsche, lo mismo que con cualquier otra persona que analizamos en este libro, la única manera en que podemos comenzar a captar la rica complejidad de sus arquetipos astrológicos es reconocer en qué medida cada aspecto natal se inserta en un todo de mayor alcance –la carta natal completa– que comprende todos los planetas, cada uno configurado de manera única con otros, de tal manera que cada complejo arquetípico pertinente resulta modelado y modificado por los otros complejos activos en la vida de la persona. Mientras que, en un sentido, es posible aislar la conjunción de Júpiter y Urano de Nietzsche y reconocer su complejo arquetípico distintivo en la biografía y las ideas del filósofo, en otro sentido sólo es posible comprender ese complejo si se tiene en cuenta la carta natal completa con su multiplicidad de aspectos natales en intersección. En este libro, en aras de la sencillez y la claridad, he centrado la exposición en una sola combinación planetaria cada vez. Pero un análisis más riguroso debe ocuparse del complejo más amplio de relaciones arquetípicas que operan siempre en toda vida personal, en todo acontecimiento y en toda época cultural.

En la carta natal de Nietzsche, lo mismo que en su biografía, está claro que el complejo arquetípico unificador central es su oposición exacta entre el Sol y Plutón, es decir, el plenilunio de 180° del ciclo de Sol-Plutón. No sería exagerado decir que Nietzsche encarna esta configuración de manera, dado su papel sin parangón de avatar heroico de Dioniso en la historia del pensamiento occidental. Su identificación permanente con el principio dionisíaco (incluso al punto de firmar sus últimas cartas como «Dioniso»), su compromiso con las fuerzas elementales de la naturaleza y los instintos («Para el hombre con discernimiento, todos los instintos son sagra-

dos»), su tema filosófico y su identificación con la voluntad de poder («Hay en mí algo invulnerable, que no puede ser enterrado y que hacer saltar las rocas: es *mi voluntad*»), su titánica lucha con la civilización toda, de la que era a la vez recipiente y antagonista, su repetido llamamiento al descenso del ser humano valiente, como el Sol desciende a la oscuridad del inframundo plutoniano para permitir la resurrección de una vida más digna, todo esto expresa una encarnación extraordinariamente elocuente de los principios arquetípicos asociados al Sol y a Plutón en interacción dinámica.

El mismo complejo arquetípico se expresa en la identificación de Nietzsche con la vida entendida como estado de flujo incesante, en evolución, en transformación, que muere y se regenera («Mira... yo soy *lo que siempre debe superarse a sí mismo*»). Y también se muestra en su conciencia de caos y guerra interior entre los instintos como condición de su esencia creadora:

> Es necesario llevar dentro de sí mismo el caos para poder engendrar una estrella danzarina.

Y en su celebración de la lucha, el combate y el peligro como necesarios para la grandeza de espíritu:

> ¡Pues, creedme! El secreto para cosechar la fecundidad más grande y el goce más grande de la existencia está en *vivir peligrosamente*. ¡Construid vuestras ciudades en las faldas del Vesubio! ¡Lanzad vuestros barcos por mares ignotos! Vivid en guerra unos con otros y con vosotros mismos!

Todo esto muestra la dinámica de Sol-Plutón, en la que el principio solar ilumina y encarna heroicamente el principio plutoniano, se identifica con él, a él desciende, por él es superado y a través de él renace:

> Y sólo donde hay sepulcros es donde hay resurrecciones.

Sin embargo, con la misma intensidad se muestra en la vida de Nietzsche la dinámica arquetípica inversa, Plutón-Sol, ante

todo en la titánica intensificación y potenciación de la voluntad de ser, de manifestarse, de proyectar de modo radiante el propio ser y la propia luz en el mundo, de actualizar de la manera más completa el yo individual heroico, de llegar a ser («¡Sé lo que eres!»). Este vector arquetípico *de* Plutón *hacia* el Sol también resulta evidente en la profunda conciencia nietzscheana de un impulso evolutivo que opera en él y en la especie humana para dar a luz, a través de la lucha, la destrucción y la transformación, una nueva forma de ser humano, un yo nuevo y más poderoso. Nietzsche expresa este impulso evolutivo cuando identifica su propio ser y su yo como una fuerza de la naturaleza, por momentos, poseída por el principio dionisíaco. Esta compleja reciprocidad de dinámicas arquetípicas, en la que cada principio activa el otro como en un bucle de retroalimentación, converge en la visión nietzscheana del *Übermensch*, la encarnación suprema de la voluntad creadora y del yo potenciado que sentía emerger dentro de sí como anticipación de un desarrollo mayor en la humanidad misma.

Pero en Nietzsche el complejo Sol-Plutón no sólo se manifiesta en una triunfante libertad y una expresión audaz, como si sus otras configuraciones natales fueran únicamente las conjunciones de Júpiter y Urano y la de Mercurio y Marte. Pues Nietzsche también nació bajo *Saturno* en aspecto duro de 90° con el Sol y Plutón, con los tres planetas en configuración cuadrática en T. La yuxtaposición de las configuraciones de Júpiter-Urano y de Saturno-Plutón, los complejos que hemos examinado en esta sección y en la anterior, refleja la extraordinaria tensión de opuestos que marcaron la vida y el pensamiento de Nietzsche. Por un lado, su impulso a la libertad creadora sin límites lo llevó a una cierta ligereza de espíritu y a una voluntad de desafío de cualquier límite, visto como mera imposición arbitraria de una creencia coercitiva, rasgos sin duda característicos del complejo de Júpiter-Urano. Por otro lado, como reflejo de Saturno-Plutón sobre su Sol, Nietzsche estaba dominado por un abrumador sentido del destino, del poder ineluctable de la necesidad que gobernaba su vida, tanto en sentido positivo como negativo. Conoció la prisión de la soledad y la experiencia de ser prácticamente ignorado, nunca reconocido. Era muy consciente del empo-

brecimiento de la vida que imponen los códigos y los dogmas heredados, de la escala de valores que pende sobre la cabeza de todos. Reconocía por doquier el aplastante peso de la historia y el hábito, la coerción que encadena la fuerza vital en el interior del ser humano. Década tras década, él mismo padeció una y otra vez enfermedades, debilidades que lo incapacitaban, dolores de cabeza que lo enceguecían. «Para los indicios de la decadencia y del progreso yo tengo un olfato más fino que hombre alguno; en este punto soy maestro por excelencia, conozco ambas cosas, las soy yo mismo.»

El polivalente complejo de Saturno-Plutón se expresa también poderosamente en muchos otros aspectos del carácter y de las ideas de Nietzsche. Se sentía compelido a contemplar sin temor el oscuro abismo de la existencia, el caos que subyace a todas las construcciones humanas de orden y valor. Veía en el nihilismo el precio por abrazar de lleno la condición humana en un universo dominado por la necesidad aleatoria, desprovisto de sentido. Reconoció los instintos biológicos básicos que se ocultaban tras las creencias metafísicas y las pretensiones morales del animal humano, que él juzgaba con una perspicacia y una severidad sin precedentes. La implícita filosofía política de Nietzsche, basada en la voluntad de poder, tenía la índole de una Realpolitik despiadada. Nietzsche contempló una y otra vez en la naturaleza del mal, su relación con los instintos, su naturaleza de construcción cultural.

Sin embargo, Nietzsche también expresó otro aspecto del complejo arquetípico de Saturno-Plutón específicamente dirigido *hacia* el yo, al apelar al despliegue de cualidades saturnianas con intensidad plutoniana. Así, su repetida exigencia de la disciplina más rigurosa, de una despiadada dureza consigo mismo, del compromiso con una inflexible y silenciosa resolución de búsqueda en solitario, con la disposición a aceptar toda derrota y toda pérdida, de soportar las cargas más pesadas de la vida, de juzgarse con la máxima severidad y convertirse en dueño de sí mismo: «Sólo se manda al que no sabe obedecerse a sí mismo».

¿Puedes dictarte a ti mismo tu Mal y tu Bien y suspender sobre ti tu voluntad como una ley? ¿Puedes ser, a la vez, juez de ti mismo

y el vengador de tu ley? Es terrible eso de quedarse solo con el juez y el vengador de su propia ley. Así se encontraría una estrella arrojada a los espacios siderales de la fría soledad del éter.

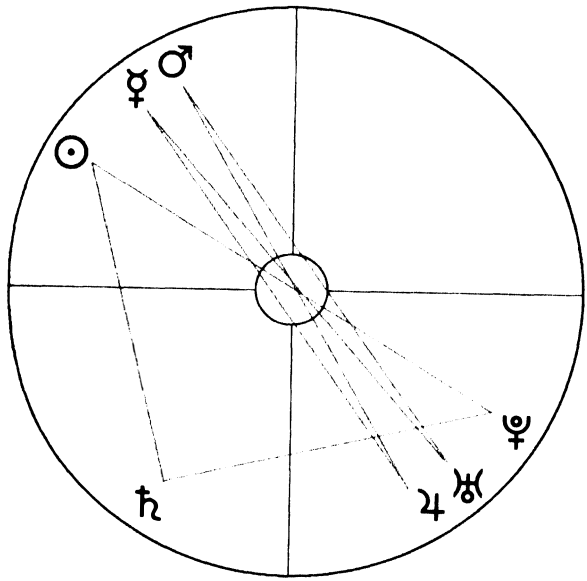
Con cada año que pasaba, Nietzsche libraba con intensidad creciente esta lucha de tendencias opuestas: por un lado, la creciente libertad sin límites; por otro lado, la restricción despiadada y el sufrimiento sombrío. A comienzos de los años ochenta, con un libro tras otro escritos «para espíritus libres» y que en su tiempo no leía casi nadie, había llevado las fronteras de su pensamiento sobre la crisis de escepticismo y nihilismo modernos a un extremo desconocido entonces. Saturno había entrado en una singular triple conjunción con Plutón y Neptuno, único alineamiento de este tipo en la era moderna. Fue entonces cuando Nietzsche declaró la irrevocable realidad de la muerte de Dios; la destrucción del Ser poderosamente proyectado en «el más allá», que había presidido la civilización y proporcionado a ésta su estructura moral permanente y sus coerciones opresoras de la vida. En esta muerte Nietzsche reconocía –y, una vez más, la polaridad y la tensión arquetípicas emergen aquí– una liberación y un acontecimiento oscuro, tremendo, terrible:

> ¿Cómo hemos hecho esto? ¿Cómo pudimos vaciar el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar todo el horizonte? ¿Qué hicimos al desatar esta Tierra de su Sol? ¿Hacia dónde va ella ahora? ¿A dónde vamos? ¿Alejándonos de todos los soles? ¿No estamos cayendo continuamente? ¿Hacia atrás, hacia un lado, hacia adelante, hacia todos los lados? ¿Existe todavía un arriba y un abajo? ¿No estamos vagando como a través de una nada infinita? ¿No nos roza el soplo del vacío? ¿No hace ahora más frío que antes? ¿No cae constantemente la noche, y cada vez más noche?

Se trataba de un giro de trascendencia histórica. Nietzsche sabía que la psique colectiva apenas empezaba a darse cuenta de ese giro, al que auguraba consecuencias decisivas, incluso catastróficas. A la vez que alcanzaba esta frontera del pensamiento, Nietzsche se hallaba en una crisis filosófica y emocional permanente, en la que el humillante fracaso de sus espe-

ranzas amorosas respecto de Lou Salomé desempeñó un papel central. En diciembre de 1882 le había tentado el suicidio.

Luego, precisamente cuando Urano en tránsito llegaba a la zona de oposición a la conjunción natal de Júpiter y Urano,



Friedrich Nietzsche

15 de octubre de 1844
10.00 horas
Röcken, Prusia

Aspectos mayores

El Sol en oposición a Plutón. La conjunción de Júpiter y Urano en oposición a la conjunción de Mercurio y Marte. Saturno en cuadratura con Plutón y el Sol.

Figura 11

en enero de 1883, la tensión que se había ido acumulando durante tanto tiempo se quebró de repente «tras diez días de enero absolutamente frescos y alegres». Una explosión de poder creador se apoderó de él. Y entonces, en una avalancha de inspirada claridad, *pathos* y belleza, manó a raudales *Así habló Zaratustra*. Nietzsche describiría más tarde el estado de inspiración que le había embargado, reflejando otra vez los dos complejos arquetípicos en síntesis.

¿Tiene alguien, a fines de este siglo XIX, la noción de lo que los poetas llamaban en las grandes épocas de la humanidad «inspiración»? Si no lo sabe nadie, yo voy a explicarlo aquí. Por poco que conservemos la menor parcela de superstición, no podríamos defendernos de la idea de que no somos más que la encarnación, el portavoz, el médium de poderes superiores. La palabra revelación, entendida en este sentido de que de repente se revela a nuestra vista o a nuestro oído alguna cosa, con una indecible precisión, con una inefable delicadeza, «algo que nos conmueve, que nos derriba hasta lo más íntimo de nuestro ser», es la simple expresión de la exacta realidad. Se oye, no se busca; se toma, no se pide. Como un relámpago, el pensamiento brota repentinamente con necesidad absoluta, sin vacilación ni tanteos. Yo no he tenido nunca que hacer una elección [...] es un transporte en el que nuestra alma, desmesuradamente tensa, se alivia a veces por un torrente de lágrimas [...] es una plenitud de felicidad en que el extremo sufrimiento y el horror no son ya sentidos como contraste, sino partes integrantes e indispensables, como un matiz necesario en el seno de este océano de luz [...] Todo esto sucede sin que nuestra libertad tome parte alguna en ello y, por tanto, nos vemos arrastrados como en un torbellino por un intenso sentimiento de embriaguez, de libertad, de soberanía, de omnipotencia, de divinidad... Tal es mi experiencia de la inspiración; y no dudo que me sea preciso remontarme miles de años atrás para encontrar a alguien que tenga el derecho de decir «es también la mía».

Aquí encontramos, en intensa epifanía, la síntesis de los dos complejos arquetípicos: una experiencia profundamente involuntaria (Saturno-Plutón), pero paradójicamente marcada al mismo tiempo por una exaltada libertad (Júpiter-Urano); una experiencia de lo más doloroso y sombrío (Saturno-Plu-

tón) que aparece en el seno de una exuberancia de luz y de felicidad (Júpiter-Urano), no como su antítesis, sino como *su condición necesaria*. Como escribió Nietzsche después de acabar el *Zaratustra*:

> Vosotros queréis, en lo posible, *eliminar el sufrimiento* [...] ¡parece cabalmente que nosotros preferimos que el sufrimiento sea más grande y peor que lo ha sido nunca! [...] La disciplina del sufrimiento, del gran sufrimiento [...] ¿no sabéis que únicamente esa disciplina es la que ha creado hasta ahora todas las elevaciones del hombre? Aquella tensión del alma en la infelicidad, que es la que le inculca su fortaleza, los estremecimientos del alma ante el espectáculo de la gran ruina, su inventiva y valentía en el soportar, perseverar, interpretar, aprovechar la desgracia, así como toda la profundidad, misterio, máscara, espíritu, argucia, grandeza que le han sido donados al alma: ¿no le han sido donados bajo sufrimientos, bajo la disciplina del gran sufrimiento?

En los dos años que van de enero de 1883 a enero de 1885, en coincidencia con el tránsito personal, único en la vida, de Urano con su aspecto natal de Júpiter-Urano (en esencia, el mismo tránsito personal que experimentaron Einstein y Napoleón en sus respectivos momentos culminantes) y también en coincidencia con el tránsito mundial, único en toda una época, de la triple conjunción de Saturno, Neptuno y Plutón, Nietzsche escribió las cuatro partes de *Zaratustra* como en un vendaval de libertad y poder. La tensión dialéctica entre los dos grandes factores arquetípicos dominantes en su vida –y en la psique colectiva–, que durante tanto tiempo había sobrellevado, parecían unirse con intensidad volcánica en una síntesis creadora que trascendía cada complejo por separado y les daba realidad en un nivel más alto. La contradicción de opuestos había llegado a su punto álgido e hizo eclosión, dejando un profético testamento investido de la seriedad, la autoridad, el juicio, el profetismo y el poder de un complejo arquetípico y del desafío rebelde, la libertad trascendente, la ligereza de espíritu y la alegría creadora del otro.

Gracias al individuo heroico con la fuerza necesaria para dominar sus pasiones, antes que para debilitarlas o extirparlas,

y con el valor suficiente para *superarse a sí mismo*, gracias a este tipo de persona, la Voluntad universal en toda su poderosa y fatal inevitabilidad se convierte en auténtico instrumento de libertad y da nacimiento a una nueva forma de ser: la del creador alegre que afirma la vida incondicionalmente y que, convertido en su propia ley, descubre en sí mismo el sentido de la Tierra.

Querrás arder en tus propias llamas; sin haberte convertido antes en ceniza, ¿cómo pretender renovar tu ser?

Nietzsche se enfrentaba al poder inhibidor del *senex* oscuro:

Cuando vi a mi demonio, le encontré serio, grave, profundo y solemne; era el espíritu de la pesantez; por él caen todas las cosas. No se mata con la cólera, sino con la risa; matemos, pues, el espíritu de la pesantez.

Y afirmaba el milagro de creación del puer eterno:

El niño es inocencia y olvido, un empezar de nuevo, un juego, una rueda que gira, un primer movimiento, una santa afirmación.

He aprendido a andar; desde entonces corro. He aprendido a volar; desde entonces no quiero que me empujen para trasladarme de un lugar a otro. Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo debajo de mí, ahora baila un dios en mí.

Y por último:

...entonces me sucedía que volaba estremecido, como una flecha, a través de éxtasis ebrios de sol; más allá, en los lejanos futuros que nadie ha visto, en los mediodías más cálidos que jamás pudo soñar la imaginación humana; allá donde los dioses danzantes tienen vergüenza de toda clase de vestiduras... donde todo devenir me parecía danzas divinas... donde la necesidad era la libertad misma, que se divertía jugando con el aguijón de la libertad.

¡Oh tú mi voluntad... defiéndeme de todas las pequeñas victorias!... ¡Guárdame y resérvame para un gran destino!... Para que un día esté yo dispuesto y maduro como el acero calentado al rojo blanco, como la nube preñada de relámpagos y la ubre hinchada de leche... un arco que arde por conocer su flecha, una flecha que arde por conocer su estrella: una estrella presta y madura en su mediodía, ardiente y enamorada de la flecha celeste que la destruye... ¡Resérvame para una gran victoria!

En todo este titánico poder y esta exaltada grandeza, *Zaratustra* es un himno a la soledad y la necesidad y, al mismo tiempo, un manifiesto de libertad y alegría creadora.

Pero yo conjuro en mi amor y en mi esperanza: No arrojes al héroe de tu alma. ¡Santifica tu más alta esperanza! Así habló Zaratustra.

En otro lugar examinaré el resto de los años de vida creativa de Nietzsche y su trágico desenlace en la enfermedad mental de enero de 1889. Para ello será necesaria la comprensión de complejos arquetípicos que aún no hemos explorado, en particular la combinación de Saturno con Neptuno y la de Neptuno con Plutón. Pero si, manteniendo aún el foco en el complejo de Júpiter-Urano, seguimos el desarrollo cultural posterior a *Así habló Zaratustra*, encontramos un notable patrón de correlaciones planetarias similares. En homenaje a la obra maestra de Nietzsche, Richard Strauss compuso el poema sinfónico *Así habló Zaratustra* en 1896, precisamente cuando, también en este caso, Urano en tránsito entraba en conjunción con su Júpiter natal, una vez más, un tránsito personal único en la vida, y cuando Saturno en tránsito se oponía a su Plutón natal. La asombrosa síntesis de oscuro poder titánico y ascendente brillantez de su pasaje inicial, «Aurora», transmite acertadamente su inspiración nietzscheana y las fuerzas arquetípicas correspondientes. La continuación del ciclo de Urano-Plutón y de su complejo arquetípico es reconocible también a mayor escala: el nacimiento de Nietzsche al comienzo de la conjunción de Urano y Plutón de mediados del siglo XIX y la composición de *Zaratustra* de Strauss a comien-

zos de la oposición siguiente de los mismos planetas, en 1896, reflejan, en una secuencia cíclica, el tema de la lucha titánica y la liberación.

Por último, durante la conjunción de Urano y Plutón siguiente, cuando Júpiter y Urano también estaban en conjunción en el momento de la triple conjunción de 1968-1969 –único alineamiento de este tipo del siglo XX que reunió los tres planetas que en el siglo anterior formaban una conjunción cuando nació Nietzsche–, este poderoso pasaje inicial del *Así habló Zaratustra* de Strauss fue por primera vez objeto de una amplia difusión cuando se convirtió en banda sonora del arranque del épico film de Stanley Kubrick *2001: Una odisea del espacio*. Con su peculiar expresión de temas como la repentina innovación evolutiva y tecnológica, «La aurora del hombre», la inesperada expansión radical de la conciencia, la grandeza cósmica y la profecía del futuro nacimiento de una nueva forma del ser humano, la película encarnaba perfectamente el simbolismo arquetípico de la triple conjunción. Era el mismo alineamiento de 1968-1969 que coincidió con el alunizaje del Apolo 11, la hipótesis Gaia, la fotografía «Earthrise», el apogeo de la contracultura de los años sesenta y su exuberante celebración de la libertad creadora, así como el rápido surgimiento de la convicción, sentida en todo el mundo y discernible en los movimientos sociales, la música, la literatura y muchos otros fenómenos culturales, de que una nueva era estaba asomando.

NACIMIENTOS OCULTOS

Difícilmente el torrente de actividad y pensamiento humanos coincide exactamente con los alineamientos planetarios. Todos los años hay multitud de fenómenos culturales importantes. Sin embargo, parece claro que las conjunciones y las oposiciones de Júpiter y Urano tienden a coincidir, con extraordinaria regularidad, con un clímax cíclico de creatividad y liberación cultural y una sensación de nuevos comienzos, tanto en la vida de los individuos como en la del conjunto de la comunidad humana. Cada uno de estos alineamientos parece hacer las veces de signo de puntuación en la continuidad del ciclo: como culminación de lo que le antecedía, como fructificación del proceso creativo del pasado inmediato e incluso como gran paso adelante hacia un nuevo nivel de creatividad que se despliega en los años sucesivos, con ideas revolucionarias que se incorporan al discurso público, con procesos creativos de larga germinación que asoman bruscamente a la superficie, con el nacimiento y la difusión de nuevas obras, la exploración de nuevos horizontes, el comienzo de nuevas asociaciones, el inicio de nuevos movimientos, la conquista de nuevas libertades, el despertar de nuevas formas de comprensión.

Sin embargo, una característica menos evidente de las correlaciones aquí mencionadas es que el significado de mu-

chos acontecimientos que coincidieron con alineamientos del tránsito mundial de Júpiter y Urano no fue advertido en el momento en que ocurrieron, ni en los años inmediatamente posteriores. Es cierto que en muchos de los ejemplos que hemos expuesto, el significado era evidente y ampliamente reconocido, como el alunizaje, la toma de la Bastilla o la caída del Muro de Berlín. Pero en 1858, cuando Darwin y Wallace presentaron conjuntamente ante la Linnean Society su artículo sobre la teoría de la evolución, pocas personas advirtieron el significado del mismo. En su momento, este anuncio sólo recibió el silencio por respuesta, y cuando publicó en las actas de la sociedad, la reacción fue en general crítica. Varios meses después, cuando el presidente de la sociedad resumió los acontecimientos del año anterior, se lamentó:

> El año que acaba de terminar... no ha quedado en realidad marcado por ninguno de esos descubrimientos asombrosos que de inmediato revolucionan, por así decir, el campo científico al que pertenecen.

A menudo el momento de despertar cultural, cualquiera que sea su trascendencia histórica, se da muy silenciosamente. Aparte de Kepler, pocos, si acaso alguien, captaron en 1609-1610 el pleno significado de su *Astronomia Nova*, con su brillante solución al antiguo problema de los planetas y su respaldo matemático a la teoría heliocéntrica. Ni siquiera Galileo, cegado por sus ambiciones personales, fue capaz de reconocer la importancia del trabajo de Kepler. No era del todo retórica la afirmación de Kepler de que su trabajo podía «esperar un siglo hasta tener un lector, así como Dios esperó seis mil años un testigo».

Por tanto, las correlaciones con los alineamientos más recientes de Júpiter y Urano no son fáciles de tratar, pues carecemos aún de suficiente perspectiva histórica. Durante la conjunción de 1803 apenas habría alguien que supiera que Beethoven estaba componiendo la *Heroica*, por no hablar de la comprensión del significado que tendría para las generaciones futuras. Seis años después de su publicación, *La interpretación de los sueños* de Freud sólo había vendido 351 ejempla-

res. En 1927, el modesto sacerdote jesuita Lemaître y su hipótesis de la expansión del universo fueron marginados e ignorados por todos los distinguidos físicos presentes en el famoso Congreso Solvay, incluido Einstein. En 1962, nadie advirtió que Betty Friedan acababa de escribir un libro que catalizaría una revolución social. Pocos habrían podido predecir que, en ese mismo año, Rachel Carson había inaugurado una nueva era en la conciencia ecológica y un movimiento de grandes consecuencias planetarias.

Aunque los alineamientos de Júpiter y Urano coinciden con comienzos creativos y de emancipación, con el nacimiento de obras, movimientos e ideas importantes, estos comienzos son a menudo como nacimientos en un establo, humildes y alejados de los centros del poder y la atención mundiales, esto es, en privado y en solitario, en un estudio silencioso, en una pequeña reunión, en un cuaderno de notas, en la soledad de un sendero montañoso, junto a una charca, en una mente individual, en el castillo interior. Con frecuencia fueron ignorados por el público general de su época, y a veces no tuvieron el reconocimiento de nadie, ni siquiera de sus protagonistas. Sólo con posterioridad el acontecimiento o su importancia se hicieron visibles; a veces mucho más tarde, bajo un alineamiento posterior de Júpiter y Urano, como sucedió con los descubrimientos genéticos de Mendel, por mucho tiempo ignorados.

Durante la oposición de Júpiter y Urano de 1976 nadie se enteró de que en un garaje de California dos jóvenes habían dado comienzo a la revolución del ordenador personal. Durante la conjunción siguiente de Júpiter y Urano, la de 1983, nadie reconoció que se había puesto en marcha la *perestroika* cuando Mijail Gorbachev, en calidad de jefe de los expertos agrícolas de la Unión Soviética, realizó ese año su decisiva visita a Canadá, donde se encontró con la eficiencia y la productividad de la agricultura norteamericana y la apertura del estilo político de Occidente y empezó su fundamental asociación con Alexander Jakolev, a la sazón embajador soviético en Canadá, que se convirtió en el principal teórico de la *perestroika* y la *glasnost*. Esas correlaciones sólo se hicieron visibles con el tiempo.

A juzgar por las pruebas recogidad en los alineamientos previos de Júpiter y Urano, es prácticamente seguro que aún no conocemos la mayoría de los acontecimientos de naturaleza prometeica más importantes en coincidencia con los alineamientos recientes, hecho que hay que tener siempre presente a propósito de la oposición de Júpiter y Urano que empezó en el otoño de 2002 y se prolongó hasta el verano de 2004. Muchos fenómenos característicos de Júpiter-Urano de este período son fácilmente visibles, como la oleada de avances en astronomía y en exploración espacial, las ya mencionadas manifestaciones mundiales contra la invasión de Irak, el repentino entusiasmo por los documentales antisistema y la intensa transformación de Internet en medio para el activismo progresista y la difusión de noticias y opinión disidentes.[20] Pero, lo mismo que ocurrió con la mayoría de las correlaciones estudiadas en estos capítulos sobre del ciclo de Júpiter-Urano, desde el *Discurso del método* y el *cogito* cartesianos, en 1637, hasta el nacimiento del *rock and roll* en 1954-1955, muchos de los principales fenómenos culturales arquetípicamente pertinentes al alineamiento de 2002-2004, tal vez la mayoría, resultarán visibles y se abrirán a la evaluación histórica con el paso del tiempo, a medida que se adquiera suficiente perspectiva respecto del momento en que vivimos.

Tal vez sea adecuado terminar esta sección sobre el ciclo de Júpiter-Urano con la aclaración de que el *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Pico della Mirandola, con el que empezamos este libro, fue escrito durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1486, cuando alboreaba la culminación del Renacimiento. La coincidencia es representativa de este ciclo. El manifiesto de Pico, que los estudiosos modernos consideran unánimemente como iniciador de una nueva época, apenas fue conocido en el año de su redacción, pues el Vaticano prohibió la celebración de la reunión de filósofos para la que había sido escrito como discurso de apertura. Sin embargo, con su conmovedora declaración de libertad humana y de ilimitadas posibilidades en la aventura cósmica, con su optimismo y su creatividad, así como con su éxito cultural final y su legendario estatus histórico, ilustra con intensidad los temas centrales del ciclo Júpiter-Urano y el triunfo de Prometeo:

Tú, no coartado por límite alguno, en concordancia con tu propio libre albedrío, en cuyas manos te hemos puesto, ordenarás por ti mismo los límites de tu naturaleza... No te hemos hecho celestial ni terrenal, mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, puedas darte la forma que prefieras.

DESPERTARES DEL ESPÍRITU Y EL ALMA

Nuestra conciencia despierta normal, a la que llamamos racional, no es más que un tipo especial de conciencia, mientras que alrededor de ella, y de ella separadas tan sólo por la pantalla más sutil, hay formas potenciales de conciencia completamente distintas... Ninguna explicación del universo en su totalidad puede ser definitiva si deja por completo de lado estas otras formas de conciencia.

William James
Las variedades de la experiencia religiosa

CAMBIOS TRASCENDENTALES DE VISIÓN CULTURAL

Examinemos ahora nuestro cuarto y último ciclo planetario de esta exposición inicial de tránsitos mundiales y correlaciones históricas con fenómenos culturales colectivos. El ciclo de Urano-Neptuno tiene unos 172 años de duración, el más largo de los que hemos analizado hasta ahora. Las conjunciones y las oposiciones de Urano y Neptuno se prolongan por períodos relativamente largos y permanecen en el orbe de 15° entre catorce y diecinueve años. En general, el carácter arquetípico de estos períodos históricos es menos concreto y tangible que el de los otros ciclos que hemos examinado, pero su influencia final en los tiempos que les sucedieron no fue menos profunda ni menos duradera.

En el siglo y medio posterior al descubrimiento de Neptuno, los astrólogos han considerado el principio arquetípico asociado al planeta como omniabarcador y de evanescente sutileza. Se le adjudica el dominio de las dimensiones trascendentes de la vida, la visión imaginativa y espiritual y el ámbito de lo ideal. Rige el fundamento invisible e intangible de la experiencia, pues da forma a la conciencia más allá de los mecanismos causales habituales. Su influencia típica es la de disolver fronteras y estructuras, mezclar lo que está separado. Antepone lo unido a lo dividido, lo intemporal a lo temporal, lo inmaterial a lo material, lo infinito a lo finito.

El arquetipo de Neptuno también se asocia a la ilusión, el engaño y el autoengaño, la confusión, la ambigüedad, la proyección, maya. Rige tanto el sentido positivo del encantamiento como el negativo, tanto la visión poética como la quimera, el misticismo como la locura, las realidades superiores como la irrealidad engañosa. Es esencial a todo lo que está paradójicamente unido. Trasciende y confunde los intentos de mantener fronteras, definiciones y dicotomías estrictas. Es el principio arquetípico de lo multidimensional y lo metaempírico, lo metafórico y lo polivalente.

El principio de Neptuno se relaciona especialmente con la corriente de la conciencia y las profundidades oceánicas del inconsciente, con todos los estados de conciencia no ordinarios, con el ámbito de los sueños y las visiones, las imágenes y los reflejos. Gobierna el mito y la religión, la poesía y las artes, la inspiración y la aspiración, la experiencia de la divinidad, lo numinoso, lo inefable, lo sagrado y lo misterioso. Su mundo es antes el significado que la materia, antes lo simbólico que lo real. Se asocia con la esfera del alma y del espíritu, el dominio transpersonal, el inconsciente colectivo, el *anima mundi*, la dimensión arquetípica de la vida, el mundo de las Ideas platónicas. En términos más generales, se considera que Neptuno gobierna en última instancia todos los modos de conciencia, en el sentido de que abarca todos los dioses y arquetipos que informan y modelan la manera en que se tiene experiencia del mundo externo y del interno. Es también el principio arquetípico que inspira los enunciados que acabamos de formular, es decir, que hace posible toda perspectiva o experiencia relativa a «dioses y arquetipos», «lo numinoso» o «el *anima mundi*».

En los períodos correspondientes a alineamientos de Urano y Neptuno, al igual que en los otros ciclos que hemos examinado en los que interviene Urano, observé que el arquetipo de Prometeo volvía a parecer claramente constelado en la psique colectiva y en los fenómenos culturales. Era fácil observar sus conocidas cualidades de cambio acelerado, despertar repentino, innovación creativa, emancipación, rebelión y trastorno, pero en este caso esas cualidades surtían efectos relacionados con los diversos temas arquetípicos asociados a

Neptuno. Los períodos correspondientes a alineamientos de Urano y Neptuno se caracterizan no tanto por grandes cambios políticos u otros cambios materialmente tangibles, como por transformaciones de la visión subyacente a una cultura: amplios despertares espirituales, el nacimiento de nuevos movimientos religiosos, renacimientos culturales, el surgimiento de nuevas perspectivas filosóficas, el retorno del idealismo, cambios repentinos en la visión cosmológica y metafísica de una cultura, rápidas transformaciones colectivas en la comprensión psicológica y la sensibilidad interior, ciertas formas de cambio de paradigma científico, nuevas ideas y movimientos sociales, así como cambios fundamentales en la imaginación artística de una cultura.

Estos alineamientos tienden también a coincidir con períodos de amplia confusión y desorientación espiritual y filosófica, asociados a la rápida disolución de estructuras establecidas de creencias y certezas, así como a una cierta susceptibilidad a distintos tipos de trance de masas. Lo mismo que ocurre con otras configuraciones en las que interviene Urano, hay una permanente cualidad de despertar estimulante y liberador, acompañada de una espontánea innovación creadora, o bien una cualidad desestabilizadora producida por inesperados y repentinos cambios radicales. Pero ambas cualidades se expresan de modo característico mediante la imaginación colectiva y la visión cultural –espiritual, artística, científica, cosmológica, filosófica, social– con una tendencia a lo ideal, lo poético, lo esotérico y lo místico, a menudo en compañía de un incansable impulso de trascendencia e iluminación espiritual.

Comencemos este examen citando algunos ejemplos históricos paradigmáticos. En relación con *el nacimiento de nuevos movimientos filosóficos*, en particular los de carácter metafísico e idealista, Urano y Neptuno se hallaban en conjunción en el período comprendido entre 412 y 397 a.C., los años de mayor influencia de la enseñanza de Sócrates en Atenas, durante su última década y media de vida, incluido todo el período en que Platón se formó con él y el surgimiento con-

siguiente del platonismo o, en realidad, de toda la tradición filosófica occidental, cuya fuente originaria reside precisamente en Sócrates y Platón. La visión filosófica que surge en este período contiene ya con claridad muchos rasgos característicos de alineamientos posteriores, como la afirmación de una realidad espiritual trascendente, la visión de las Ideas arquetípicas, la creencia de que la muerte es una vía de acceso a una vida más valiosa y la revelación de un dominio superior de la existencia que inspira la vida humana y la impregna de sentido y finalidad.

En lo concerniente a *despertares espirituales y el nacimiento de nuevas religiones*, Urano y Neptuno estuvieron en oposición de 32 a 13 a.C., período que en general los historiadores consideran que abarca la vida adulta y el ministerio de Jesús, su muerte y el nacimiento de la religión cristiana. Como veremos en el curso de la exposición, es posible reconocer aquí la esencia de muchos rasgos característicos de otros alineamientos de Urano y Neptuno: la influencia carismática de un maestro espiritual inspirado por un despertar místico, la revelación de un nuevo orden espiritual y de una nueva relación con lo divino, la creencia en que una realidad divina superior ha entrado inesperadamente en los asuntos humanos con consecuencias liberadoras, la afluencia pentecostal de nuevos poderes espirituales y la comunión extática con la divinidad.

Así como los ciclos de Urano-*Plutón* de la década de 1960, la Revolución Francesa y otros períodos comparables, como el de la enorme rebelión de Espartaco en la Antigüedad romana, coinciden con activaciones colectivas de un Prometeo de poder titánico, el ciclo de Urano-*Neptuno* parece coincidir con la activación colectiva de un Prometeo más espiritual. La imagen de Jesucristo que surge de este período es portadora de muchos de los motivos prometeicos, aunque en manifestación marcadamente espiritual: el rebelde divino contra el viejo orden, el liberador eterno de la humanidad que trae el fuego de la gracia divina del cielo para emancipar a la humanidad de su dependencia de la muerte y el pecado y reabrir las puertas del paraíso. Como veremos, en esta era resultan evidentes muchos otros temas que posteriormente caracterizarán los

períodos de alineamiento de Urano y Neptuno: el énfasis en fenómenos milagrosos y sobrenaturales, curas repentinas tanto de naturaleza física como espiritual, la preocupación por la redención y el renacimiento espiritual, la creencia colectiva en una realidad radicalmente diferente que repentinamente reemplazará el orden actual del mundo, la disolución de antiguas estructuras coercitivas, el inesperado despertar a una vida inmortal, el llamamiento a una ética de compasión universal y la unidad espiritual de la humanidad.

En lo que respecta a *renacimientos culturales*, Urano y Neptuno estuvieron en conjunción de 1472 a 1486, el corazón del Quattrocento italiano, que vio la resurrección de la Academia Platónica en Florencia y su apogeo durante el reinado de Lorenzo el Magnífico; a su amparo Marsilio Ficino escribió la *Teología platónica*, su obra magna en dieciocho volúmenes, desarrolló su influyente concepción del amor platónico, difundió las ideas de la tradición hermética y otras tradiciones esotéricas y místicas y publicó la primera traducción completa de Platón en Occidente. Este mismo período fue testigo del comienzo de la carrera artística de Leonardo da Vinci con *La adoración de los Magos*, mientras que Botticelli pintó la *Primavera* y *El nacimiento de Venus*, obra que simboliza la resurrección renacentista de la belleza arquetípica. Fue también el período de formación de Erasmo, el paradigmático humanista cristiano del Renacimiento.

Cuando la conjunción de Urano y Neptuno entraba en su último año, Pico della Mirandola compuso su *Discurso sobre la dignidad el hombre*. En ese momento, en 1486, había una triple conjunción de Júpiter, Urano y Neptuno. Hemos analizado ya los elementos del *Discurso* que reflejaban el impulso arquetípico de Júpiter-Urano. En el contexto del ciclo que ahora nos ocupa, podemos reconocer varios temas característicos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno, como la revelación numinosa de una renovada forma autónoma del ser humano, el fluido sincretismo e interpenetración de muchas tradiciones espirituales y filosóficas, a menudo de carácter esotérico, la renovación de la antigüedad clásica y la imaginación antigua, la revisión creativa de mitos antiguos y de textos bíblicos, y la celebración de una imagen del ser humano al

mismo tiempo prometeica y espiritual, divinamente inspirada para cumplir con su papel cósmico único.

Como hemos observado en otros ciclos planetarios, los alineamientos mayores de los planetas exteriores no sólo coinciden con fenómenos culturales arquetípicamente pertinentes, sino también con el nacimiento de individuos cuya vida y obra posterior encarnarán y transmitirán al futuro dichos impulsos arquetípicos. Durante el alineamiento de Urano y Neptuno de 1472-1486 nacieron Rafael y Miguel Ángel, encarnaciones paradigmáticas del ideal artístico del Renacimiento, ambos inspirados por una síntesis del misticismo neoplatónico y cristiano. Este alineamiento también coincidió con el nacimiento de Copérnico y de Lutero, las figuras que iniciaron los grandes cambios de paradigma –cosmológico y religioso, respectivamente– que serían el punto de partida de la era moderna.

Durante este alineamiento en el centro mismo del Renacimiento podemos reconocer fenómenos arquetípicos que se dan simultáneamente en diversas categorías de la experiencia cultural y la imaginación: las artes, la filosofía, la religión, la ciencia. También vemos la tendencia característica de estos períodos a unir distintos ámbitos, como en Leonardo (arte y ciencia), Ficino y Pico (filosofía y religión, erudición y gnosis), y Botticelli y Rafael (arte y filosofía). En el pasado reciente, un ejemplo muy claro de esta interacción sincrónica nos lo ofrece la más reciente oposición de Urano y Neptuno, que tuvo lugar a comienzos del siglo XX.

En los fenómenos y acontecimientos culturales que se produjeron en coincidencia con el alineamiento de 1899-1918, los temas característicos de la combinación arquetípica de Urano y Neptuno pueden observarse en numerosas categorías. En relación con un *gran cambio cultural en la visión artística*, en pintura y artes visuales, es el período decisivo para Picasso, Braque, Matisse, Mondrian, Duchamp, Kandinsky y Klee, así como el de la influyente obra tardía de Cézanne y Rodin. En literatura, es el período de experimentación y cambio radical para Joyce, Proust, Mann, Rilke, Kafka, Yeats, Pound, T. S. Eliot, D. H. Lawrence, Gertrude Stein, Robert Frost y Wallace Stevens. En la música lo es para Stravinsky, Schönberg y

Scriabin, y en la danza, para Isadora Duncan, Nijinsky y Diaghilev. El alineamiento de Urano y Neptuno de este período abarca el multifacético nacimiento del modernismo en la cultura europea y norteamericana.

Esta oposición de Urano y *Neptuno* se superpuso significativamente a la de Urano y *Plutón* de 1896-1907, cuya multitud de acontecimientos y tendencias de índole revolucionaria ya hemos analizado. Cuando se producen estas superposiciones de alineamientos planetarios pueden observarse expresiones y síntesis de ambos complejos arquetípicos. En este caso, con dos alineamientos tan largos, una superposición tan sostenida y un mismo planeta (Urano) presente en ambos ciclos, a veces las distinciones pueden ser sutiles, pero no por ello menos discernibles cuando se las observa a la luz de patrones históricos más amplios.

Esos elementos y temas compartidos por los dos ciclos –aumento de la creatividad, cambios repentinos y rupturas radicales, transformaciones para emanciparse de estructuras establecidas, despertares repentinos, innovación artística y científica– se asocian al planeta Urano. Por poner la ciencia como ejemplo, el ciclo de Urano-Plutón coincidió sistemáticamente con importantes revoluciones científicas, asociadas a una intensificación del impulso a la innovación intelectual y el poder tecnológico que en el período 1896-1907 supuso el nacimiento de la era nuclear –el descubrimiento de la radiactividad del uranio, el aislamiento del radio y del polonio y la fórmula einsteiniana de la equivalencia entre masa y energía–, así como el desarrollo de la aviación, el automóvil y muchos otros avances tecnológicos. Por el contrario, el ciclo de Urano-Neptuno tiende a coincidir con cambios radicales en la imaginación científica colectiva, pero de dimensión o epistemológica más intangible, que disuelven a tal punto las creencias establecidas en lo tocante a la naturaleza de la realidad, que a menudo trascienden el campo científico en el que habían tenido origen.

Así, el período en que, a principios del siglo XX, se solaparon la oposición de Urano y Plutón y la de Urano y Neptuno, coincidió con el comienzo de las grandes revoluciones simultáneas de la física moderna: la teoría de la relatividad y la físi-

ca cuántica. En conjunto, las dos revoluciones constituyeron un cambio trascendental que acabó influyendo en todas las ciencias y modeló vigorosamente la imaginación cultural del siglo XX. Como han señalado muchos historiadores de la cultura, hubo notables paralelismos entre, por un lado, la revolución artística de Cézanne, Picasso, Braque, Matisse, Joyce, Proust, Stravinsky y Schönberg, y, por otro lado, la revolución científica de Einstein, Planck, Bohr y otros. En ambas resoluciones advertimos otro conjunto de temas característicos de Urano-Neptuno: la disolución de las estructuras establecidas de la realidad, con frecuencia de una manera desorientadora que introduce una pluralidad de realidades y perspectivas simultáneas o entrelazadas, y que pone en tela de juicio supuestos fundamentales acerca de la subjetividad y la objetividad, lo relativo y lo absoluto, el tiempo y el espacio, la sustancia y el proceso.

A menudo, los alineamientos de Urano y Neptuno coinciden con *cambios de visión cosmológica*, ya catalizados por nuevos datos astronómicos o por saltos importantes de la imaginación científica que introducen un marco conceptual radicalmente nuevo. Toda la secuencia de acontecimientos implicada en la transformación einsteiniana de la visión cosmológica moderna tuvo lugar en coincidencia exacta con la oposición de Urano y Neptuno, y es ilustrativo indicar su despliegue sincrónico. También podemos reconocer aquí el característico tema de Urano-Neptuno de la subversión de las estructuras establecidas de la realidad, asociadas con Saturno: tiempo absoluto, materia sólida, gravedad y realidad consensual. La revolución comenzó con Urano en oposición a Neptuno y a Plutón, durante el solapamiento de los ciclos, cuando en 1905 Einstein escribió y publicó los cuatro artículos que contenían la teoría especial de la relatividad, la equivalencia entre masa y energía, la teoría del movimiento browniano y la teoría fotónica de la luz. En los años siguientes, cuando la oposición de Urano y Plutón tocaba a su fin y la oposición de Urano y Neptuno se acercaba a su punto exacto (1906-1910), la teoría de la relatividad, al comienzo ampliamente ignorada, comenzó a atraer gradualmente la atención de Planck, Max Born y otros físicos que luego dieron confe-

rencias y publicaron artículos para dar a conocer la teoría y sus aplicaciones. En 1907, Einstein escribió un trabajo exhaustivo sobre la teoría de la relatividad, que incluía el resultado general $E = mc^2$. Entre 1907 y 1910, en una serie de conferencias y artículos, el ex profesor de matemáticas de Einstein, Hermann Minkowski, introdujo el espacio-tiempo de cuatro dimensiones, reformuló las matemáticas de la teoría y observó que, a la luz de la relatividad, la teoría newtoniana de la gravedad resultaba inadecuada. En 1911, Paul Langevin pronunció la famosa conferencia que presentó la «paradoja de los gemelos», según la cual, en sensacional desafío al tiempo absoluto, una persona que viaje a la velocidad de la luz a una estrella y regrese habrá invertido dos años en su viaje, mientras que en la Tierra, donde se queda su hermano gemelo, habrán pasado dos siglos. En 1912, el asistente de Planck, Max von Laue, escribió el primer libro de texto sobre relatividad.

Entretanto, en 1907, cuando la oposición de Urano y Neptuno alcanzaba por primera vez el alineamiento exacto, Einstein tuvo la idea decisiva de poner en marcha la teoría *general* de la relatividad, al darse cuenta de que si una persona cayera en caída libre, no sentiría su peso. (Vemos aquí un prometeico «desafío a la gravedad», pero expresado en el plano imaginativo-cosmológico típico de Urano-Plutón, en comparación con el desafío más literal y tecnológico que los hermanos Wright hicieran poco antes con el desarrollo del avión, bajo la oposición de Urano y *Plutón*, o en comparación con los vuelos espaciales de la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta.) Einstein continuó trabajando los años siguientes, durante el alineamiento de Urano y Neptuno, hasta que en 1915 estuvo en condiciones de presentar plenamente desarrollada la teoría general, seguida de la publicación de una «versión autorizada» de la teoría en 1916, que transmutaba radicalmente las fuerzas gravitatorias newtonianas en aspectos de la curvatura del espacio-tiempo de cuatro dimensiones. En 1917, antes de que el alineamiento tocara a su fin, Einstein escribió el artículo «Consideraciones cosmológicas sobre la teoría general de la relatividad», que introducía la constante cosmológica, hoy confirmada, y abría de modo más

general el campo de la cosmología, que hasta entonces era prácticamente una rama de la metafísica, a los nuevos datos y las nuevas teorías de la física y la astronomía física. En el mismo año, el astrónomo norteamericano Vesto Slipher daba a conocer en un artículo la primera prueba observacional de que el universo se expandía.

Por último, en 1918, cuando el alineamiento de Urano y Neptuno llegó al orbe de 15°, Arthur Eddington, el principal partidario de la ideas de Einstein, escribió su autorizado e influyente resumen *Informe sobre la teoría relativista de la gravitación*. En 1919, al finalizar la guerra, Eddington organizó la famosa expedición del eclipse para comprobar la predicción de la teoría de que el Sol curvaba la luz de las estrellas. En noviembre de ese mismo año, justo cuando Júpiter entraba en oposición a Urano-Neptuno (por entonces a 16°), se celebró la reunión conjunta de la Royal Society y la Royal Astronomy Society en la que se anunció que las mediciones confirmaban la teoría de Einstein. Como ya hemos visto, casi de la noche a la mañana y con intensidad creciente durante todo el alineamiento de Júpiter y Urano de 1920-1921, la fama de Einstein y la de la asombrosa revolución cosmológica, desafío a la estructura misma de la realidad tanto para científicos como para legos, se desplegaron en innumerables artículos periodísticos, editoriales y discusiones públicas. Esta última fase de la revolución relativista se produjo cuando Urano y Neptuno se hallaban en las últimas etapas del alineamiento, entre los 15° y los 20° posteriores a la posición exacta. De modo parecido a lo que hemos comprobado en ejemplos relativos a otros ciclos planetarios, puede considerarse que los desarrollos arquetípicos acumulativos que se produjeron en el curso de la oposición de Urano y Neptuno de comienzos del siglo XX se aproximaban al clímax a medida que el alineamiento se acercaba al orbe de 20°. La cualidad frecuentemente intensificada de los acontecimientos y las experiencias que se dan cerca del fin de un largo período de alineamiento es indicativa de un ocaso, con la mayor profundidad de la luz y la plena saturación de los colores características de la puesta de sol cuando el viaje diurno llega a su término. El ingreso de Júpiter en el alineamiento, en el caso de producirse en esta fase, coincide en gene-

ral con una cualidad adicional de expansión, optimismo y éxito en los acontecimientos pertinentes.

En relación con los cambios trascendentales *en la comprensión psicológica y la sensibilidad interior*, este mismo período de superposición de alineamientos mayores de planetas exteriores coincidió con el surgimiento de la psicología profunda. Abarca desde la publicación de *La interpretación de los sueños* de Freud, en 1899-1900, a la de *Símbolos de transformación* de Jung, en 1911-1912, así como los posteriores progresos críticos realizados por ambos en los años inmediatamente siguientes. Es notable que justamente cuando Urano y Plutón se hallaban en el alineamiento más preciso (1896-1907), la orientación predominantemente instintiva y biológica de la psicología de Freud recibió su impulso más importante, adecuado al complejo arquetípico dionisiaco-plutoniano (elocuentemente expresado en el epígrafe de Virgilio que Freud escogió para *La interpretación de los sueños*: «Si no puedo persuadir a los dioses del cielo, moveré a los del infierno»). Por el contrario, la psicología de Jung, de orientación más transpersonal, mítica, simbólica y espiritual, incluidos sus estudios tempranos en astrología y tradiciones esotéricas, así como sus fecundas intuiciones acerca de la *coniunctio oppositorum* (conjunción de opuestos) y la función trascendente, recibió su impulso más significativo cuando Urano se hallaba en alineamiento preciso únicamente con Neptuno (1908-1918).

La correlación del ciclo de Urano y Neptuno con el surgimiento de nuevas filosofías que disolvían los supuestos y las creencias establecidas, y en las que la dimensión espiritual, idealista o psicológica era central, fue muy clara en la obra de muchos filósofos y psicólogos durante el alineamiento de 1899-1918. Entre ellos, cabe mencionar a William James en Estados Unidos (*La variedades de la experiencia religiosa*, *Un místico pluralista*), Henri Bergson en Francia (metafísica intuicionista, evolución creadora), Alfred North Whitehead en Inglaterra (filosofía de las matemáticas en la tradición platónico-pitagórica y filosofía de la ciencia alternativa al materialismo), Edmund Husserl en Alemania (fenomenología), Benedetto Croce en Italia (estética idealista), Josiah Royce en Esta-

dos Unidos (idealismo ético, la «comunidad amada» de toda la humanidad como objeto de lealtad y fuente última de valores éticos), Richard Bucke en Canadá (*Conciencia cósmica*), y Frederick Myers en Inglaterra (*Personalidad humana y su supervivencia a la muerte del cuerpo*), cuyo concepto del yo subliminal influiría a su vez en William James.

En el campo de la *filosofía esotérica y la espiritualidad mística*, Rudolf Steiner dio comienzo en esta época a la presentación pública de su obra esotérica en una serie de conferencias y libros: *Misticismo y el alba de la era moderna*, *El cristianismo como hecho místico*, *¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?*, *Teosofía* y *Esbozo de ciencia esotérica*. En 1913 fundó una nueva forma de teosofía que denominó antroposofía –«una senda de conocimiento que conduce la espiritualidad del ser humano a la espiritualidad del universo»–, que pone el énfasis en la evolución de la conciencia, el significado cósmico del ser humano, la libertad moral y espiritual, la unión del esoterismo cristiano con las corrientes místicas hindúes y budistas y la necesidad de forjar una «ciencia espiritual» para la era moderna.

> En todo ser humano duermen facultades por medio de las cuales uno puede adquirir por sí mismo un conocimiento de mundos superiores. Los místicos, los gnósticos y los teósofos, todos hablan de un mundo de alma y espíritu para ellos tan real como el mundo físico que vemos con los ojos y tocamos con las manos.

Durante estos mismos años, en coincidencia con este alineamiento, la obra de artistas como Mondrian y Kandinski fue profundamente influida por su encuentro con la teosofía. Durante este alineamiento, el arte mismo se impregnó de una nueva sensación de significado espiritual, ya fuera en la pintura, la literatura (Rilke, Joyce, Proust) o la danza (Isadora Duncan: «El arte que no es religioso no es arte, sino pura mercancía»).

En este período se produjo igualmente el influyente giro de Martin Buber al hasidismo. También en esta época comenzó la fecunda reforma del pensamiento místico hindú realizada por Sri Aurobindo, y el filósofo y poeta Rabindranath Ta-

gore dio a conocer *Gitanjali*, su obra más famosa de poesía mística. En todas estas corrientes culturales –pragmatismo norteamericano, esoterismo e idealismo europeo, espiritualidad judía, misticismo hindú– surgió durante este alineamiento de Urano y Neptuno en 1899-1918 un impulso filosófico creativo y espiritualmente inspirado que muy pronto ejercería una profunda influencia en el desarrollo intelectual, artístico y religioso del siglo XX.

En el desarrollo de la satyagraha de Gandhi, que se inició en 1906, encontramos bajo la misma configuración el tema del *activismo político de inspiración espiritual*. Tanto la filosofía de la resistencia política de Gandhi como el compromiso de inspiración espiritual con lo político representado por Tolstoi a partir del cambio de siglo, al que ya nos hemos referido en el contexto del ciclo de Urano-*Plutón*, son característicos de las influencias arquetípicas combinadas de estos dos ciclos, que a la sazón se solapaban. La famosa correspondencia entre Tolstoi y Gandhi sobre religión y resistencia no violenta tuvo lugar en los años 1909-1910, inmediatamente antes de la muerte de Tolstoi. Si nos centramos exclusivamente en el ciclo de Urano-Neptuno, podemos distinguir fácilmente los dos principios arquetípicos asociados a estos dos planetas: a Urano, libertad, rebelión, desafío a las estructuras legales y políticas, resistencia a la opresión, actividad inconformista creativa e impredecible; a Neptuno, idealismo social y espiritual, entrega al servicio de una realidad superior, compasión universal. Tanto Tolstoi como Thoreau, las dos figuras clave del siglo XIX en el desarrollo de la resistencia no violenta, habían nacido durante la conjunción anterior de Urano y Neptuno, la de 1814-1829, y Gandhi lo hizo en 1869, durante la cuadratura intermedia de Urano y Neptuno, a mitad de camino hacia la oposición de comienzos del siglo XX. Estas tres figuras afirmaron inspirarse en el idealismo ético que se expresa en las enseñanzas y las acciones de Jesús, que floreció durante el alineamiento de Urano y Neptuno de 16-32.

La secuencia de estos dos ciclos mayores, el de Urano-Neptuno y el de Urano-Plutón, a comienzos del siglo XX, coincide con un cambio en los intereses y las actividades de importantes figuras culturales en esa época. Así como el cam-

EL CICLO DE URANO-NEPTUNO

Alineamientos axiales desde 600 a.C.

Orbe de 15°		Alineamientos exactos < 1°
584-568 (a.C.)	*conjunción*	576-575
499-482	*oposición*	493-488
412-397	*conjunción*	405-403
328-311	*oposición*	322-317
240-226	*conjunción*	234-232
157-140	*oposición*	150-146
69-55	*conjunción*	62-61
16-32 (d.C.)	*oposición*	22-26
104-117	*conjunción*	110-111
187-203	*oposición*	193-197
275-288	*conjunción*	281-282
358-374	*oposición*	364-368
446-458	*conjunción*	452-453
529-545	*oposición*	535-539
617-629	*conjunción*	622-624
700-716	*oposición*	706-710
788-800	*conjunción*	794-795
872-887	*oposición*	877-882
959-972	*conjunción*	964-966
1043-1059	*oposición*	1048-1053
1130-1143	*conjunción*	1135-1137
1213-1230	*oposición*	1219-1224
1301-1314	*conjunción*	1307-1308
1385-1402	*oposición*	1391-1395
1472-1486	*conjunción*	1478-1479
1556-1574	*oposición*	1563-1567
1643-1658	*conjunción*	1649-1650
1728-1746	*oposición*	1734-1738
1814-1829	*conjunción*	1821-1822
1899-1918	*oposición*	1906-1910
1985-2001	*conjunción*	1992-1993

El orbe de 20° añade de dos a tres años antes y después de las fechas asignadas a los 15°.

bio de énfasis que se dio entre Freud y Jung en las etapas iniciales de la psicología profunda coincidió casi exactamente

con el paso de la oposición de Urano y Plutón a la de Urano y Neptuno, así ocurrió también con cambios paralelos en la vida y la obra de muchos de sus contemporáneos. Cada uno de estos cambios reflejaba a su manera los motivos característicos de los dos complejos arquetípicos. Por ejemplo, Sri Aurobindo fue un líder activo del movimiento político revolucionario nacionalista contra el imperialismo británico en la India durante la oposición de Urano y *Plutón* de 1896-1907. Arrestado en 1908, entre este año y el siguiente, mientras se hallaba en la cárcel, pasó por una serie de experiencias místicas transformadoras en coincidencia con la oposición de Urano y *Neptuno*. Durante el resto del alineamiento, que continuó durante la década siguiente, Aurobindo estableció en 1910 el *ashram* de Pondicherry y allí dio comienzo a sus obras más importantes de filosofía mística, *La vida divina* y *La síntesis del yoga*, que se publicaron por entregas a partir de 1914.

Análogamente, durante el período regido por Urano-*Plutón*, Martin Buber compartía activismo con Theodor Herzl en el movimiento sionista en Viena, de cuyo órgano oficial, *Die Welt*, asumió en 1901 la jefatura de redacción. El período presidido por Urano-*Neptuno* coincidió con la posterior dedicación de Buber al estudio intensivo del hasidismo, que comenzó a finales de 1903 y continuó en la publicación de sus primeros libros hasídicos en 1906-1909 y sus influyentes conferencias de Praga sobre judaísmo en 1909-1911. En 1916 dio comienzo a la redacción de su obra maestra, *Yo y tú*.

Por último, en lo que concierne a *nuevas formas de arte y nuevos medios de expresión de la imaginación cultural*, y aparte de los movimientos y figuras artísticas revolucionarios ya mencionados (Picasso, Stravinsky, Joyce y otros), este alineamiento de 1899-1918 presenció también el surgimiento del cine como forma de creación artística de amplia influencia cultural. El cine necesitaba progresos tecnológicos en lo relativo a la producción, la proyección y la difusión (Urano) de sus imágenes, que tienen algo de *maya* (Neptuno). A partir de este momento, la influencia cultural del cine fue, por un lado, emancipadora, innovadora y rompedora de las relaciones sociales y los modos de expresión establecidos (Urano) y, por otro lado, estímulo de la imaginación, hipnótica, a menudo

fuente de evasión, y disolvente de las estructuras convencionales de identidad y realidad (Neptuno).

La llamativa fusión de todos estos acontecimientos y todas estas tendencias –en las artes, las ciencias, la filosofía, la psicología, la política y la espiritualidad– que se dio bajo este alineamiento de 1899-1918 precipitó una compleja transformación de la experiencia cultural en muchos frentes, y sembró las semillas de importantes cambios futuros en la psique colectiva, cuyos efectos se perciben aún hoy.

EPIFANÍAS ESPIRITUALES Y EL SURGIMIENTO DE NUEVAS RELIGIONES

Del mismo modo que los otros ciclos de planetas exteriores que ya hemos estudiado, cada uno de los períodos que coinciden con los alineamientos cíclicos mayores de Urano y Neptuno se ramifica en un patrón sincrónico y otro diacrónico, ambos de sorprendente claridad. Por ejemplo, con respecto a los despertares espirituales de nuevas religiones desde el nacimiento del cristianismo, Urano y Neptuno volvían a estar alineados entre 617 y 630, cuando Mahoma fundó el islam. Estos planetas estaban a un 1° de la conjunción exacta en el año 622, momento de la Hégira, la emigración a la Medina, la «ciudad del Profeta», que marcó el año uno de la era musulmana. En 629, La Meca reconoció a Mahoma como profeta y en 630 el islam dominaba ya toda Arabia.

En el contexto occidental, una sucesión de importantes renovaciones espirituales en la Europa medieval y moderna y en la América colonial coincide notablemente con la secuencia de conjunciones y oposiciones de Urano y Neptuno. A menudo, estos movimientos religiosos eran catalizados por el poderoso despertar místico que experimentaba un individuo que posteriormente encabezaba la renovación espiritual o influía en ella. Por ejemplo, la primera conjunción de Urano y Neptuno del milenio anterior, que tuvo lugar en 1130-1143, coincidió con la visión mística que transformó la vida de Hil-

degard von Bingen en 1141 e inició su liderazgo espiritual, su creatividad artística y la redacción de sus influyentes escritos sobre medicina, historia natural y teología:

> Y ocurrió que... cuando tenía yo cuarenta y dos años y siete meses, el cielo se abrió y una luz enceguecedora de brillo excepcional me inundó por completo el cerebro. Y me encendió el corazón y el pecho como una llama que no quemaba, pero calentaba... y de pronto comprendí el significado de lo que exponían los libros...

Fue durante esta misma conjunción de Urano y Neptuno de 1136 cuando San Bernardo de Claraval, figura dominante en el cristianismo europeo de su época, dio comienzo a sus *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, que exponen el ideal de la unión mística con Dios en un estado de amor divino infinito. También durante esta misma conjunción, en 1135, en la Córdoba musulmana, nació Moisés Maimónides, cuya síntesis filosófica de religión judía y racionalismo griego inspiró la síntesis que en el siglo siguiente realizaría Tomás de Aquino en un contexto cristiano.

La oposición siguiente de estos dos planetas, la de 1214-1230, coincidió con el amplio despertar evangélico liderado por san Francisco de Asís y santo Domingo y la rápida propagación por toda Europa de sus respectivas órdenes. Aquí, los temas arquetípicos característicos del ciclo de Urano-Neptuno eran visibles no sólo en la decisiva inquietud espiritual de la época, sino también en la innovadora disolución de las fronteras entre mundo laico y mundo religioso que llevaron a cabo los franciscanos y los dominicos, el dinamismo de la fe cristiana fuera del claustro; en las formas más democráticas de gobierno en el seno de las órdenes religiosas, con mayor autonomía individual; en la compasión universal de san Francisco y su participación mística en la naturaleza en tanto que expresión de la divinidad, lo que subvertía el dualismo cristiano tradicional entre espíritu y naturaleza, y en el influyente llamamiento dominico a un despertar del saber y de la educación, que serviría a la difusión del evangelio cristiano y que mediante la interacción del intelecto y el espíritu liberaría a ambos.

Este mismo alineamiento de Urano y Neptuno coincidió con el nacimiento de Tomás de Aquino (1225), que representa el punto culminante de este despertar en la Baja Edad Media y cuya síntesis creadora del evangelio cristiano y la filosofía griega, de fe y razón –en un primer momento condenada por la Iglesia debido a sus innovaciones, pero finalmente consagrada como canónica– fue decisiva para la evolución posterior del pensamiento occidental. Podemos aquí reconocer los temas del complejo arquetípico de Urano-Neptuno en diversos niveles: una vez más, la integración inesperadamente creativa de ámbitos que hasta entonces la autoridad ortodoxa había mantenido rígidamente separados (religión y racionalidad, pensamiento pagano y creencia cristiana, espíritu y naturaleza); la eclosión filosófica de inspiración idealista, metafísica y espiritual, pero bajo una forma nueva, liberadora, que afirmaba el valor del mundo natural y de esta vida; la renovación y la reformulación creativa de la tradición platónica, enriquecida por su encuentro con Aristóteles, y la rebelión contra la autoridad religiosa conservadora o reaccionaria, al servicio de una nueva autonomía espiritual. Incluso la modalidad de la argumentación filosófica de Tomás de Aquino da muestras de una nueva y liberadora confianza en sí mismo y de independencia respecto a la autoridad del pasado: «La autoridad es la fuente de prueba más débil», escribe Tomás en la *Suma teológica*, anticipándose al espíritu de la Ilustración.

El complejo arquetípico de Urano-Neptuno es visible sobre todo en la afirmación tomasiana de la autonomía humana (Urano) dentro de un universo ordenado e impregnado de divinidad y espíritu (Neptuno). Esta síntesis se logró al formular Aquino lo que era en esencia el principio místico de participación, según el cual la lucha humana por la libertad, el desarrollo intelectual autónomo y la autorrealización existencial no es una amenaza a la soberanía de un Dios separado y distante, sino afirmación y expresión de la voluntad divina misma, con la participación del ser humano finito en el ser divino infinito, del cual la humanidad recibe sus capacidades y su esencia extraordinarias. Mientras que la disolución de fronteras y la cualidad mística de esta visión reflejan el arquetipo neptuniano, los elementos de creativa innovación filosó-

fica, lucha por la libertad humana y apertura a la novedad en el orden universal expresan la presencia del principio prometeico asociado a Urano. Esta revolución teológica que Tomás de Aquino produjo en la Baja Edad Media estableció el fundamento histórico necesario para el surgimiento del yo de la era moderna: el alumbramiento de la modernidad que se había gestado en el vientre medieval, logrado en virtud de una reforma y síntesis de las fuentes griegas y cristianas del legado occidental.

La conjunción siguiente de Urano y Neptuno, la de 1301-1314, coincidió con la gran oleada de fervor místico que barrió Renania y Europa central a principios del siglo XIV como reflejo de las enseñanzas de Meister Eckhart. La manera en que Eckhart entendía la inmanencia divina en la experiencia humana quedó resumida en su famoso enunciado: «El ojo con el que veo a Dios es el mismo ojo con el que Dios me ve: mi ojo y el de Dios son uno y el mismo ojo, único en la visión, único en el conocimiento, único en el amor». Muchos de estos enunciados, con su repetida afirmación de que el nacimiento de Cristo tiene lugar en el presente y en el alma individual de la misma manera en que lo hizo en la historia y lo hace en la eternidad, transmiten con fuerza una síntesis del impulso místico, asociado a Neptuno, y la liberadora subversión contra las estructuras ortodoxas, asociada a Urano.

> ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los Judíos? Y en relación con este nacimiento, indicad dónde sucede. Digo una vez más, como ya he dicho antes, que este nacimiento acontece en el alma exactamente tal como en la eternidad, ni más ni menos: este nacimiento acontece en el fundamento y la esencia del alma... Dios está en todas las cosas como ser, como actividad y como poder.

En Italia, el período correspondiente a este alineamiento coincidió con la composición de *La divina comedia*, la obra literaria más destacada de la imaginación artística y espiritual medieval. Dante comenzó a escribirla en 1304-1306 y continuó durante toda la conjunción de Urano y Neptuno y posteriormente, hasta su muerte, acaecida en 1321. En una extensa síntesis de fe cristiana, teología tomista, filosofía neoplatóni-

ca, astronomía y astrología medievales, épica clásica y poesía trovadoresca, todo ello impregnado de su propia gnosis mística, Dante compuso los cien cantos que culminan en el Paraíso con la Visión Beatífica del Absoluto. Una vez más podemos observar la correlación característica de Urano-Neptuno: experiencia e iluminación religiosa directa en combinación con rebelión contra las estructuras ortodoxas de la Iglesia (como en el encuentro de Dante con siete papas a lo largo de su viaje por el infierno). También aquí observamos el tema de la música platónico-pitagórica de las esferas celestes (que volveremos a encontrar en Kepler), cuyos movimientos cósmicos son la expresión de la creatividad y de la belleza divinas. Y vemos cómo el complejo de Urano-Neptuno asocia la creatividad divina y la libertad de la voluntad humana.

El don mayor que Dios en su largueza
hizo al crearnos, y el que más conforme
está con su bondad, y él más lo estima,
tal fue la libertad del albedrío;
del cual, a los que dio la inteligencia,
fueron y son dotados solamente.

Otra indicación de la presencia de este complejo arquetípico es la síntesis del misticismo cristiano y la exaltación cortesana del amor romántico y la feminidad divina, con Beatriz como guía al paraíso y como símbolo de revelación espiritual liberadora:

Vencido con la luz de su sonrisa,
ella me dijo: «Vuélvete y escucha;
no está en mis ojos sólo el Paraíso.

Típico de la *Gestalt* de Urano-Neptuno es el clímax de epifanía mística de la luz divina y su omnipresencia universal:

¡Oh gracia tan copiosa, que me dio
valor para mirar la luz eterna,
tanto como la vista consentía!
En su profundidad vi que se ahonda,

atado con amor en un volumen,
lo que en el mundo se desencuaderna:
sustancias y accidentes casi atados
junto a sus cualidades, de tal modo
que es sólo débil luz esto que digo.
Creo que vi la forma universal
de este nudo, pues siento, mientras hablo,
que más largo se me hace mi deleite...
Así mi mente, toda suspendida,
miraba fijamente, atenta, inmóvil,
y siempre de mirar sentía anhelo.

Por último, en esta epifanía podemos observar otro motivo frecuente de Urano-Neptuno, una iluminación repentina en la que lo más íntimo de la propia persona se une al cosmos y a lo divino en sublime armonía:

mas ya mi voluntad y mi deseo
giraban como ruedas que impulsaba
Amor que mueve el sol y las estrellas.

Se cree que Dante dio comienzo a su gran épica entre 1304 y 1308, y que en el año 1306 el trabajo en el poema adquirió particular intensidad. Dante experimentó su tránsito personal de Urano en oposición a Urano en 1304-1307. En el año clave de 1306 tuvo lugar una conjunción triple de Júpiter, Urano y Plutón, configuración que no volvió a darse hasta 1486, cuando Pico escribió su no menos trascendental *Discurso sobre la dignidad del hombre*.

Además, el período correspondiente a esta misma conjunción de Urano y Neptuno de 1301-1314 no sólo coincidió con la ola de misticismo renano, la enseñanza de Meister Eckhart en Alemania y la composición de *La divina comedia* en Italia, sino también, en España, con la publicación del *Zohar*, el texto fundacional de la Cábala.

Finalmente, en lo que concierne al nacimiento de individuos relevantes cuyo papel cultural encarnó los impulsos arquetípicos asociados al ciclo de Urano-Neptuno, durante este mismo alineamiento, en 1304, nació Petrarca, precursor y

profeta del Renacimiento italiano, cuya expresión de epifanía poética de inspiración espiritual y despertar cultural ejerció enorme influencia. En Petrarca se reconocen varios temas muy característicos del complejo de Urano-Neptuno. Lo vemos en su desazón con respecto a las definiciones tradicionales de la vida religiosa y su impulso irrefrenable por tener un nuevo tipo de experiencia de lo espiritual y lo sagrado. Ello expresa en su renovación de la cultura mediante el reconocimiento de los ideales y los logros clásicos de la antigüedad, así como a través de su recuperación de la tradición platónica. Esta combinación arquetípica también se aprecia en la invención de nuevas formas literarias que realiza Petrarca, su cultivo de la imaginación creadora a lo largo de toda la vida, su idealización espiritual del amor romántico y su anuncio de una nueva época cultural definida por nuevos valores imaginativos y espirituales.

Cuando seguimos la secuencia de alineamientos axiales de Urano y Neptuno volvemos a encontrar desarrollos *diacrónicos* en acontecimientos y nacimientos coincidentes con la oposición siguiente, la de 1385-1402, en diversos ámbitos: despertar y rebelión en ámbitos religiosos, renacimiento cultural, creatividad artística y literaria con implicación de elementos espirituales y religiosos. En este momento se inicia la prédica del reformador bohemio Jan Hus, precursor decisivo de la Reforma, mientras en 1388 se edita en Inglaterra la primera Biblia en lengua inglesa, punto de partida de las traducciones de la Biblia en lengua vernácula, que tan democratizadora influencia ejercerían en la espiritualidad europea durante los siglos siguientes. Geoffrey Chaucer, tal como había ocurrido en el caso de Dante y *La divina comedia* durante la conjunción anterior, pasó prácticamente todo ese alineamiento escribiendo *Los cuentos de Canterbury*. Además, en coincidencia con este alineamiento nacieron muchas figuras clave del Renacimiento italiano del siglo XV: Donatello, Masaccio, Alberti, Nicolás de Cusa, Cosimo de Medici.

La conjunción siguiente de Urano y Neptuno, ya mencionada, se produjo entre 1472 y 1486, en el corazón del Quattrocento italiano. Una vez más, vemos el tema de la rebelión y el despertar religioso durante el mismo alineamiento, con el

nacimiento de Martín Lutero y de Zwinglio, que encabezó la reforma protestante en Suiza. En las artes, este período trajo el nacimiento de Rafael y de Miguel Ángel, que no sólo se distinguieron por su creatividad artística y capacidad de revelación, sino también por su elevada luminosidad espiritual e inspiración neoplatónica. El tema esotérico se advierte en la coincidencia de esta conjunción con las obras de Ficino y Pico, que recuperaron y renovaron las tradiciones e ideas esotéricas antiguas, y también con el nacimiento de Agrippa von Nettesheim, el autor del tratado *De occulta philosophia*, que ejerció una gran influencia en el pensamiento esotérico renacentista.

La primera oposición de Urano y Neptuno que siguió a esta conjunción tuvo lugar entre 1556 y 1574, el extraordinario período de la historia del misticismo español, en el que santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz experimentaron sus respectivas epifanías transformadoras. Teresa escribió y publicó una exposición detallada de sus experiencias místicas en su autobiografía (1562-1565), fundó la orden espiritual de las Carmelitas Descalzas (1562) y comenzó su asociación con san Juan de la Cruz, quien puso en marcha la misma orden reformada para monjes (1568). En el mismo período, John Knox, inspirado en su experiencia de la teocracia reformada de Ginebra –«la escuela de Cristo más perfecta que haya habido en la Tierra desde los tiempos de los Apóstoles»– inició en Escocia el movimiento religioso presbiteriano. En el ámbito del esoterismo judío, ese mismo alineamiento coincidió con los años en que Isaac ben Solomon Luria profesó en Jerusalén su revolucionaria enseñanza de la Cábala, enseñanza que luego serviría de base a los estudios cabalísticos. En esta misma época, el mago y científico isabelino John Dee escribió su principal obra esotérica, *Monas hieroglyphica*, cuya filosofía cabalística y hermética mostraba la naturaleza como Libro de escritura divina, cuyo lenguaje y profundos misterios están al alcance del estudioso iniciado.

El movimiento axial siguiente fue la conjunción de Urano y Neptuno de mediados del siglo XVII, de 1643 a 1658, que coincidió con la conversión religiosa de Blaise Pascal, que tanta influencia ejercería, así como con la fundación de los

cuáqueros (la Sociedad Religiosa de Amigos), cuyo origen fue la epifanía espiritual de George Fox en esa misma época. Durante ese mismo año se produjo en Inglaterra una enérgica oleada particularmente activa de movimientos religiosos místicos, «entusiastas» y milenaristas. Recordemos que fue también ésta la oposición de Urano y *Plutón* (1643-1654) que coincidió con el período de gran agitación social, rebelión violenta y radicalismo político conocidos indistintamente como Revolución Inglesa o Revolución Puritana, Guerras Civiles o Gran Rebelión («el mundo patas arriba»). La combinación de los temas asociados a estos dos ciclos planetarios –el despertar espiritual, el entusiasmo religioso y las tendencias esotéricomístico-utópicas del ciclo de Urano-Neptuno, y la revolución política violenta, el radicalismo filosófico y la agitación social del ciclo de Urano-Plutón– era evidente en los dramáticos acontecimientos y tendencias históricas de la época. La multitud de grupos nuevos o renovados que hicieron su aparición en este período –puritanos radicales, niveladores, cuáqueros, cavadores, *ranters*, muggletonianos, hombres de la quinta monarquía y adamistas, entre otros– se destacaba precisamente por su poderosa combinación de convicciones políticas radicales y creencias religiosas emancipadoras. Florecieron justamente en los años de solapamiento de estos dos ciclos.

La oposición siguiente de Urano y Neptuno, de 1728 a 1746, coincidió con el nacimiento del metodismo en Inglaterra bajo John Wesley y el simultáneo Gran Despertar que se extendió por las colonias norteamericanas tras la chispa de resurrección religiosa que encendió Jonathan Edwards en 1734 y la gira evangélica de George Whitefield, en 1740-1742. (Estas dos explosiones de renacimiento religioso coincidieron exactamente con la conjunción y la oposición de Júpiter y Urano de 1734 y 1740-1741, respectivamente). El título de la obra de Edwards de 1736 (*Relato fiel de la sorprendente obra de Dios*) en la que defendía la autenticidad de las conversiones religiosas espontáneas y las asombrosas conductas que derivaron de ellas, transmite bien los dos principios arquetípicos asociados a la combinación de Urano y Neptuno: lo inesperado combinado con lo divino, lo truhanesco combinado con lo

sagrado. Podemos contrastar también el despertar cultural de este alineamiento de Urano y Neptuno en 1728-1746 con la cuadratura más breve de Saturno y Plutón que tuvo lugar en su transcurso, coincidiendo con el famoso sermón de Edwards de 1741 «Pecadores en manos de un Dios colérico».

Muchos otros temas pertinentes al complejo arquetípico de Urano-Neptuno son discernibles en los impulsos sociales, psicológicos y religiosos activos en las colonias norteamericanas durante el Gran Despertar de los años treinta y cuarenta del siglo XVIII: el debilitamiento generalizado de los vínculos entre la iglesia y el gobierno civil, la nueva libertad individual para escoger y combinar confesiones diversas, la afirmación religiosa de independencia respecto de la autoridad paterna y la tradición. La sensación de optimismo espiritual y cohesión de la generación del Gran Despertar tuvo particulares consecuencias en las colonias norteamericanas, con la convicción de que esa joven cultura estaba imbuida de una condición espiritual y una gloria especiales, cual nuevo Israel que habría de conducir el mundo a una transformación milenaria cuya pronta llegada se esperaba ansiosamente.

Simultáneamente, en Europa, este período comprendido entre 1728 y 1746 produjo el hasidismo y las enseñanzas de Ba'al Shem Tov, su fundador, que dio un nuevo impulso religioso al judaísmo europeo. Aquí es evidente un patrón diacrónico de Urano-Neptuno, pues en lo esencial el hasidismo recogía la visión de la cábala mística que se había manifestado durante los alineamientos anteriores y le daba amplia expresión social. Luego, en coincidencia con la oposición de Urano y Neptuno de comienzos del siglo XX, un ciclo más tarde, el hasidismo recibiría una nueva expresión creativa en la obra de Buber. Además, este mismo alineamiento del siglo XVIII que coincidió con el Gran Despertar en América, el nacimiento del metodismo en Inglaterra y el nacimiento del hasidismo en Polonia, también coincidió con la importante epifanía espiritual de Emanuel Swedenborg en Suecia, base de sus escritos teosóficos, cuya influencia se haría sentir ampliamente en las generaciones sucesivas.[1]

Esta notable secuencia continuó con la conjunción siguiente de Urano y Neptuno, la de 1814-1829, que coincidió con la

fundación de otro nuevo gran movimiento religioso, el mormonismo, por parte de Joseph Smith. Coincidió también con el nacimiento de dos fundadores de nuevas religiones, Bahá'u'lláh, líder de la fe bahá'í, y Mary Baker Eddy, fundadora de la ciencia cristiana. Esta época fue también la del apogeo del Segundo Gran Despertar, marcado por la rápida expansión del evangelicalismo revivalista por toda la nueva nación americana gracias a los predicadores itinerantes baptistas y metodistas. Este movimiento religioso puso nuevo énfasis en las conmociones íntimas del corazón, la relación emocional del individuo con lo divino y la confianza en Jesús como salvador personal y ejemplo moral. Este activismo evangélico, en crecimiento ininterrumpido desde la revolucionaria década final de siglo XVIII y la oposición de Urano y Plutón, reforzó los impulsos populares hacia la libertad religiosa y una dinámica democratización de la espiritualidad.

El auge de diversos grupos religiosos locales y de predicadores carismáticos durante el Segundo Gran Despertar produjo un movimiento centrífugo de autoridad religiosa que se apartó de las iglesias establecidas y sus doctrinas teológicas, para desembocar finalmente en un movimiento de liberación en todas las iglesias protestantes norteamericanas. También aquí reconocemos una síntesis de dos principios arquetípicos asociados a Neptuno y Urano: uno, espiritual; el otro, emancipador. Las doctrinas más severas del calvinismo –predestinación, depravación innata, dependencia de la salvación respecto de la voluntad arbitraria de un Dios riguroso– se desplazaban cada vez más en favor de una nueva creencia en la posibilidad universal de salvación y regeneración mediante la fe interior, la práctica de la devoción y el ejercicio moral del libre albedrío. Este cambio también reflejaba las influencias liberalizadoras de la Ilustración, con su afirmación de la libertad humana y sus concepciones más benignas tanto de la naturaleza como de la Deidad. Estas tendencias también se vieron estimuladas por la movilidad y el individualismo optimista de la nueva nación norteamericana, que contribuyó a una nueva conciencia religiosa centrada en una combinación de salvación personal y reforma social. Cuando el Segundo Gran Despertar llegó a su plena madurez, a finales de los años veinte y

siguientes del siglo XIX, dio lugar en Nueva Inglaterra, con Emerson y los trascendentalistas, a una forma intelectualmente más desarrollada y universalista.

Por último, la oposición siguiente de Urano y Neptuno a comienzos del siglo XX, de 1899 a 1918, que hemos examinado ya en función del nacimiento del modernismo y los múltiples y radicales cambios artísticos, científicos y filosóficos de esa época, coincidió no sólo con la obra de James, Jung, Buber, Gandhi y Aurobindo, sino también con despertares espirituales de otras figuras que desempeñaron un papel transformador en la vida religiosa del siglo XX, como Yogananda, Meher Baba y Krishnamurti. Fue al comienzo de este alineamiento, a finales de 1899, cuando Rudolf Steiner experimentó su apertura mística, que culminaría en su «estar en presencia espiritual del Misterio del Gólgota en el más profundo y solemne festival de conocimiento», después de lo cual comenzó su vida de maestro esotérico. Este mismo alineamiento coincidió también en 1906 con el nacimiento de otra nueva religión, el pentecostalismo, que junto con el islam y el mormonismo es una de las religiones que más crecen hoy en el mundo. El acontecimiento pentecostal originario coincidió con otro alineamiento de Urano y Neptuno diecinueve siglos antes: el del nacimiento del cristianismo.

La descripción de Pentecostés en los Hechos de los Apóstoles, en Nuevo Testamento, contiene muchos de los temas y características distintivos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno: el repentino despertar espiritual colectivo, las visiones y profecías, las sanaciones por la fe y otros sorprendentes fenómenos carismáticos y el descenso del fuego prometeico del Espíritu Santo. Acontecimientos notablemente similares parecen haberse constelado una y otra vez en estrecha coincidencia con el despliegue secuencial de los alineamientos de Urano y Neptuno de siglos posteriores.

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. De repente vino del cielo un ruido como una impetuosa ráfaga de viento, que llenó toda la casa en la que se encontraban. Se les aparecieron unas lenguas como de fuego que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos; se llenaron todos de

Espíritu Santo y se pusieron a hablar en diversas lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse...

... es lo que dijo el profeta: Sucederá que en los últimos días, dice Dios, derramaré mi Espíritu sobre todo mortal y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños. Y también sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu. Haré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra... (Hechos, 2: 1-4, 16-19).

Durante estos mismos siglos he advertido la presencia de un patrón paralelo de fenómenos históricos que, coincidiendo también con los alineamientos del ciclo de Urano-Neptuno, implica el surgimiento de perspectivas y movimientos sociales de naturaleza utópica. Una vez más, la *Gestalt* arquetípica subyacente puede reconocerse como síntesis de los dos principios pertinentes: el impulso prometeico al experimento creativo y la innovación, la libertad, la rebelión contra el statu quo y una orientación al futuro, todo ello unido a las características neptunianas de idealismo y esperanza, inspiración espiritual, visión intuitiva, disolución de fronteras y de estructuras convencionales y el sueño de una armonía y unidad en la comunidad humana.

La primera utopía social influyente en la tradición occidental fue el ideal de república comunitaria de Platón, que debía ser supervisado por gobernantes filósofos guiados por las Ideas intemporales. Esta visión, que se expone en *La República*, deriva del despertar filosófico de Platón durante la conjunción de Urano y Neptuno a comienzos del siglo IV a.C. Análogamente, la primera obra utópica del primer período moderno fue la *Utopía* de Tomás Moro, con su visión humanista de un orden social más perfecto. La obra de Moro fue la primera en emplear la voz «utopía», que, con ambigüedad y

carácter paradójico típicamente neptunianos, se inspira en raíces griegas para dar a entender al mismo tiempo «buen lugar» (*eu-topos*) y «no lugar» (*ou-topos*), y es un mundo a la vez ideal e imaginario, dos aspectos distintos del principio neptuniano condensados en una palabra ambivalente. La secuencia de alineamientos axiales del ciclo Urano-Neptuno guarda estrecha relación con los nacimientos de individuos que produjeron obras y visiones utópicas de gran influencia, como el nacimiento de Tomás Moro en 1478, durante una conjunción casi exacta de Urano y Neptuno. Fue la conjunción que tuvo lugar entre 1472 y 1486, el período de la Academia Platónica Florentina y el neoplatonismo, de Ficino, Pico, Botticelli y Leonardo, y que coincidió también con el nacimiento de reformadores visionarios radicales como Lutero y Copérnico.

Este patrón continúa en la oposición siguiente, de 1556-1574, que coincidió con el nacimiento de Francis Bacon, cuya *La nueva Atlántida*, obra explícitamente utópica, junto con sus otros libros importantes –como *El avance del saber* y *Novum Organum*– instauraron la visión de una luminosa sociedad futura en la que ciencia, tecnología y progreso contribuirían a que la humanidad reconquistase el paraíso perdido en la Caída. En lo esencial, Bacon integró el espíritu optimista y progresista de la revolución científica con una esperanza milenarista renovada por la Reforma protestante. Sobre esta base, profetizó una civilización científica en la que la mejora de las condiciones materiales de la humanidad coincidiría con la llegada del milenio cristiano. Aquí se combinaba el aspecto religioso, redentor, idealista y visionario (Neptuno) con el científico, tecnológico, inventivo y emancipador (Urano).

Durante los siglos posteriores a Bacon, estos diversos temas utópicos, que reunían el idealismo visionario y la inspiración espiritual con la emancipación sociopolítica y el avance filosófico-científico, se presentaron repetidamente en estrecha coincidencia con la continuación del ciclo de Urano y Neptuno. Este patrón era claramente visible en la oleada de obras y movimientos utópicos que florecieron en el período correspondiente a la conjunción siguiente, la de 1643 a 1658, durante la Gran Rebelión Inglesa o Revolución puritana, y luego en los escritos y nacimientos de famosos utopistas de la tradición

occidental –Condorcet, Fourier, Owen, Saint Simon, Marx, Engels, Thoreau y Tolstoi– que tuvieron lugar a lo largo de la secuencia de alineamientos de los siglos XVIII y XIX. La oposición más reciente de Urano y Neptuno, la de comienzos del siglo XX, coincidió con *Una utopía moderna*, de H. G. Wells; *Herland*, la utopía feminista de Charlotte Perkins Gilman, y el nacimiento, en 1904, del psicólogo conductista B. F. Skinner, autor de la utopía reciente más ampliamente difundida, *Walden II*, que vuelve a combinar ciencia y tecnología con idealismo y fantasía utópicos.

Muchas de las visiones y experimentos utópicos más importantes se inspiraron en ideales y fuentes religiosos. Particularmente compleja fue la influencia de fuentes judías y cristianas sobre la imaginación utópica, pues si bien la insistencia bíblica en la necesidad de la intervención divina y la pobre capacidad de la humanidad para mejorarse a sí misma operaba contra el utopismo, en otros aspectos esta herencia prestó un sólido apoyo al impulso utópico con imágenes concretas de armonía universal y una creencia subyacente en el movimiento de la historia humana hacia una edad futura de bienaventuranza, inscrito en la voluntad divina. Una fuente de inspiración especialmente importante fueron las enseñanzas de Jesús sobre el Reino de los Cielos, en el Nuevo Testamento, y la descripción de un estado de unidad y amor trascendente que, según los Hechos de los Apóstoles, surge de pronto entre los primeros cristianos apenas pasado Pentecostés:

> Se mantenían constantes en las enseñanzas de los apóstoles, en la comunidad, en la fracción del pan y en las oraciones... Todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y gozando de la simpatía de todo el pueblo. Por lo demás, el Señor agregaba al grupo a los que cada día se iban salvando. (Hechos de los Apóstoles, 2:42, 44-47.)

Es llamativo constatar hasta qué punto una cualidad de esperanza visionaria e idealismo de luminosidad prácticamente mística puede impregnar los escritos filosóficos y la conciencia de un individuo nacido bajo un alineamiento de Urano y Neptuno y completamente comprometido con un secularismo antirreligioso. La fe utópica de un filósofo no creyente de la Ilustración puede asemejarse a la convicción redentora de un antiguo mártir cristiano bajo la persecución romana.

Un testimonio elocuente de ello es el marqués de Condorcet, que nació en 1743, bajo la oposición de Urano y Neptuno que coincidió con el Gran Despertar. A los cincuenta años, Condorcet escribió la declaración más integradora y apasionada de la Ilustración acerca de la de la filosofía progresista de la historia, el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, «testamento filosófico del siglo XVIII» legado al siglo XIX. En 1793, mientras se ocultaba del Comité de Salud Pública de los jacobinos, que había ofrecido una recompensa por su detención, y sólo unos meses antes de morir en la cárcel, Condorcet escribió su gran obra. Esto ocurrió durante el Terror y los momentos más oscuros de la Revolución Francesa, a la que él había dado su apoyo tan abiertamente y con tanto idealismo. En el *Bosquejo*, Condorcet describió el largo viaje de la humanidad en su progreso a través de diversas etapas, liberándose poco a poco de la oscura opresión y superstición del pasado, avanzando a través del poder de la razón y con ayuda del progreso tecnológico, todo lo cual desembocará finalmente en la perfección de la vida humana en un futuro glorioso de libertad, conocimiento, amabilidad, armonía y felicidad.

En el pasaje final del *Bosquejo*, que reproducimos a continuación, y guiados por lo que hemos aprendido en nuestro estudio de los diversos ciclos planetarios, podemos reconocer las influencias simultáneas del complejo arquetípico de Urano-Plutón (constelados a lo largo de la última década del siglo XVIII y la Revolución Francesa), el de Saturno-Plutón (de 1793-1794, período del Terror) y el de Urano-Neptuno (la conjunción correspondiente al nacimiento de Condorcet en 1743), inextricablemente fundidas en un único y apasionado discurso.

¡Este retrato de la humanidad, que libre de estas cadenas y de los enemigos del progreso avanza con paso seguro por la senda de la verdad, la virtud y la felicidad, presenta al filósofo una visión que lo consuela de los errores, los crímenes y las injusticias que aún mancillan la tierra y de los que a menudo es él mismo víctima. La contemplación de este retrato es la recompensa por sus esfuerzos a favor del progreso de la razón y la defensa de la libertad. Luego se atreve a unir estos esfuerzos a la cadena del destino humano: allí encuentra la verdadera recompensa de las virtudes, el placer de haber creado un bien duradero, que el destino ya no destruirá trayendo de nuevo el prejuicio y la esclavitud. Esta contemplación es para él un refugio en el cual ya no perdura el recuerdo de sus persecuciones; en el que, viviendo en el pensamiento, con una humanidad que ha recuperado los derechos y la dignidad de su naturaleza, olvida al corrupto y al atormentado por la codicia, el miedo, la envidia; es allí donde existe en realidad con quienes se le asemejan, en un Elíseo que su razón sabe cómo crear y que su amor a la humanidad ha adornado con los goces más puros.

Del complejo arquetípico de Urano-Plutón de la década de la Revolución Francesa vemos aquí el intenso fervor revolucionario y emancipador, el irresistible impulso al cambio radical, la intensa sensación de que el progreso y la libertad humanos son impulsados sin cesar por poderosas e imparables fuerzas evolutivas que ahora irrumpen en un torrente liberador. Del complejo de Saturno-Plutón del período 1793-1794 reconocemos no sólo el trasfondo inmediato del Terror en la condición de víctima de Condorcet y en la dura realidad de su sufrimiento, inminente apresamiento y muerte, sino también la visión de una inmensa lucha humana contra vastas eras de opresión y corrupción, esclavitud y cadenas, prejuicio y miedo, codicia y envidia. También podemos apreciar otro aspecto de la *Gestalt* propia de Saturno-Plutón: la noble vinculación del esfuerzo personal con la cadena del destino humano, lo que crea un bien duradero y forja un desarrollo moral profundo en la evolución humana. Por último, impregnando la totalidad de la visión histórica, está el espíritu característico del complejo de Urano-Neptuno: esperanza y fe en un ideal futuro que habrá de liberar a la humanidad, el Elíseo

de la imaginación del filósofo –más real que el presente corrupto–, la confianza infinita en la inacabable perfectibilidad de la humanidad, la creación de un nuevo paraíso a través del libre ejercicio de la voluntad y la razón y la transformación espiritual de la condición humana gracias al avance de la ciencia y la tecnología.[2]

Karl Marx nació en 1818, durante la conjunción de Urano y Neptuno inmediatamente posterior al nacimiento de Condorcet, con las tres combinaciones planetarias que nos ocupan (Urano-Plutón, Saturno-Plutón y Urano-Neptuno, todas en aspecto duro entre sí) en una única configuración natal. No es difícil distinguir en la visión marxista su retórica y su influencia histórica, precisamente los mismos motivos que expresó Condorcet durante los alineamientos del Terror de la Revolución Francesa, inspirados también por impulsos utópicos independientes de fuentes religiosas.

Como hemos visto a lo largo de este libro, los complejos arquetípicos –al margen de las intenciones conscientes de los actores involucrados– parecen expresarse sincrónica y diacrónicamente en diferentes formas que pueden llegar a ser incluso antitéticas entre sí, como en las diversas expresiones seculares y religiosas del impulso utópico, que sin embargo hunden sus raíces en los mismos principios arquetípicos subyacentes. Un patrón semejante de antagonismo que emerge de una unidad subyacente era visible, por ejemplo, en nuestro análisis del terrorismo y la respuesta gubernamental al mismo, durante el ciclo de Saturno-Plutón. También resultaba evidente en la Guerra Fría, con las reacciones conservadoras mutuamente satanizantes por ambos bandos. Ya se trate de la obra y la visión de Platón o de los Apóstoles, de Tomás Moro o de Francis Bacon, de Marx o de Skinner, el impulso utópico, a pesar de la gran variedad de expresiones que adopta, coincide con el ciclo planetario de Urano-Neptuno y despliega síntomas distintivos de su complejo arquetípico subyacente.

ROMANTICISMO, GENIO IMAGINATIVO Y EPIFANÍA CÓSMICA

Pocos movimientos culturales han encarnado más claramente que el Romanticismo el espectro completo de temas arquetípicos característicos del ciclo de Urano-Neptuno. En su conjunción del siglo XIX, la de 1814-1829, el romanticismo estaba en su apogeo. Era la época de Keats, Byron y los Shelley, las epifanías poéticas y míticas de la *Oda a una urna griega*, *Oda a un ruiseñor*, *Al otoño*, *Himno a la belleza intelectual*, *Defensa de la Poesía*, *Prometeo desencadenado* y el compendio filosófico del romanticismo, la *Biografía literaria de Coleridge*. Fue la época que vio nacer las inspiradas obras maestras finales de Beethoven, Blake y Goethe: la *Novena Sinfonía* con su invocación al amor universal y la «Oda a la alegría», la *Missa solemnis*, los últimos cuartetos, *El Evangelio eterno*, las *Ilustraciones al Libro de Job*, la finalización del *Fausto*.

Fue una época que declaró la liberación y el despertar de la imaginación creadora del mundo, la elevada vocación espiritual del artista, el poder emancipador del amor y el arte. Afirmó la unidad última, de cuño romántico-platónico, de lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello. Produjo la visión de Keats del mundo como «valle hacedor de almas». Era una época que aspiró específicamente a realizar lo trascendente y lo numinoso, el ideal exaltado. Fue la época de Schubert, Pushkin,

Scott, Stendhal y Lamartine, y el período de formación de Hugo, Berlioz, Chopin, Schumann y Liszt.

En filosofía vemos otra vez los temas característicos de Urano-Neptuno: es la época de la culminación de la visión hegeliana del mundo, con su articulación del idealismo absoluto y la concepción de la historia como vasto movimiento evolutivo que finalmente integra todos los contrarios –espíritu y naturaleza, humano y divino– en una síntesis superior. Fue también la época de la decisiva gestación del trascendentalismo norteamericano, en que Emerson se embebió de las ideas fundamentales del romanticismo, el platonismo, el idealismo alemán y las tradiciones místicas asiáticas para producir una nueva expresión del Segundo Gran Despertar norteamericano. Este período trajo consigo una nueva apreciación del Renacimiento, la Edad Media y la Antigüedad Griega, cuya influencia ha perdurado hasta nuestros días. También produjo una decisiva renovación del pensamiento platónico y neoplatónico (como en el caso de Hegel, Shelley y Emerson), un amplio y renovado interés por la filosofía y la religión hindú y budista, una resurrección de las tradiciones esotéricas occidentales (como en el caso del renacimiento de la astrología en Inglaterra a partir de 1816), la fundación de la egiptología y el gran progreso que constituyó el desciframiento de los jeroglíficos que logró Champollion trabajando sobre la Piedra Rosetta (1822), así como el auge de los estudios eruditos de mitología antigua, el folclore, la leyenda y los cuentos de hadas (como en el caso de la fecunda obra de los hermanos Grimm en esos años).

A menudo, estos diferentes motivos de Urano-Neptuno se combinarían entre sí, como ocurrió con la apelación de Shelley, en su *Defensa de la Poesía*, a las esotéricas imágenes de la alquimia para describir el poder transformador de la imaginación poética:

> Transmuta todo lo que toca y una maravillosa simpatía convierte toda forma que se mueve bajo el brillo de su presencia en encarnación del espíritu que ella misma respira; su secreta alquimia torna en oro potable las aguas pestilentes que manan de la muerte a través de la vida.

En la categoría de nuevas formas de arte y nuevos medios técnicos que expresan la imaginación cultural e influyen en ella, durante esta conjunción se inventó la fotografía, que arrancó en 1826 con Niepce y Daguerre. (Este desarrollo tiene una relación diacrónica con el rápido desarrollo del cine durante la oposición siguiente de Urano y Neptuno, a comienzos del siglo XX.) En la fotografía resultan evidentes los temas superpuestos de revelación inesperada e innovación tecnológica: nuevas imágenes y nuevas percepciones de la realidad, nuevos modos de relación con la memoria, nuevas modalidades de expresión artística y cambio radical de las formas artísticas tradicionales (influencia de la fotografía en la pintura).

«Al leer por vez primera el Homero de Chapman», de Keats, su primer gran poema e inicio de su vocación poética, fue escrito y publicado en 1816-1817, momento particularmente fértil del despertar del romanticismo, cuando Júpiter se unió a Urano y Neptuno para formar una conjunción triple.[3] Con su sublime representación del despertar del poeta a la dimensión mítica de la realidad, el poema describe y plasma en sí mismo varios de los temas más destacados del complejo arquetípico de Urano-Neptuno:

> Mucho he viajado por los mundos del oro,
> y he visto muchos reinos e imperios admirables,
> y he estado en torno a muchas islas occidentales
> que los bardos protegen como feudos de Apolo.
> He oído hablar a veces de un vasto territorio
> que rigió en propiedad el taciturno Homero,
> mas nunca he respirado su aire sereno y puro
> hasta que he oído a Chapman hablar con vehemencia:
> entonces me he sentido como el que observa el cielo
> y ve un nuevo planeta surgir ante su vista,
> o como el gran Cortés cuando con ojos de águila
> contemplara el Pacífico –mientras todos sus hombres
> se miraban atónitos y con incertidumbre–
> silencioso, en la cumbre de un monte de Darién.

En este elegante resumen del complejo arquetípico de Urano-Neptuno podemos reconocer muchos de sus temas carac-

terísticos: revelación súbita, inesperada apertura al reino arquetípico del ser, evocación de numinosidad antigua, liberación de la imaginación creadora, asombro ante el descubrimiento de nuevos horizontes, tanto internos como externos –la visión repentina de una nueva realidad cósmica, del dominio homérico del mito, de una vastedad oceánica jamás soñada–, todo ello integrado en una epifanía poética.

La comparación de Keats de su despertar mítico con una revelación astronómica experimentada por «el que observa el cielo y ve un nuevo planeta surgir ante su vista», alude al trascendental descubrimiento de Urano que realizó William Herschel, quien había nacido bajo la oposición casi exacta de Urano y Neptuno de 1738.

Es particularmente rigurosa la correlación que presenta el ciclo de Urano-Neptuno con el nacimiento de individuos que aportaron a la cultura importantes descubrimientos astronómicos. Copérnico nació durante la conjunción de Urano y Neptuno de 1473, Galileo y Kepler nacieron durante la oposición siguiente, en 1564 y 1572, respectivamente, e Isaac Newton nació durante la nueva conjunción, la de Navidad de 1642.[4]

Todos ellos vivieron un extraordinario despertar cosmológico, una repentina revelación que transformó radicalmente sus fundamentos cósmicos y metafísicos. Ese despertar estaba imbuido de significación numinosa, era un súbito regalo divino que abría la mente humana a los misterios sagrados del universo. Cada uno de ellos fue mediador entre ese despertar cosmológico y la cultura en sentido amplio, en una secuencia diacrónica de revelaciones cada vez más vastas: Copérnico guió a Kepler y Galileo, luego los tres guiaron a Newton. Es notable que desde el nacimiento de Copérnico hasta el de Newton se produce un despliegue completo de 360° del ciclo de Urano-Neptuno, de conjunción a conjunción, mientras que los nacimientos Galileo y Kepler se dan a mitad de camino, en la oposición de 180°.

Además, entre el nacimiento de Copérnico y el de Newton hubo dos momentos decisivos de despertar cultural al nuevo cosmos, en el curso de este ciclo de 360°. El primero fue la repentina y espectacular aparición de una supernova en 1572,

una estrella que explota y cuyo brillo aumenta exponencialmente en un período muy breve. Más brillante que Venus, la nueva estrella fue visible a simple vista durante dos años antes de desvanecerse. La aparición de la nueva estrella contradecía directamente la antigua doctrina de la inmutabilidad del cielo, planteaba un dramático reto a los supuestos que los astrónomos llevaban afirmando desde hacía siglos y abría el camino a la revolución cosmológica copernicano-newtoniana. El año en que apareció la supernova, 1572, fue el mismo en que nació Kepler: ambos acontecimientos coincidieron con la oposición de Urano y Neptuno. El 11 de noviembre de ese año, Tycho Brahe daba un paseo vespertino cuando vio de pronto algo que le pareció increíble. Su descripción de ese momento transmite bien la cualidad de impacto revelador característica de los fenómenos propios de Urano-Neptuno.

> Sorprendido, me quedé quieto, entre el asombro y la estupefacción, con los ojos clavados en aquella estrella que estaba a muy corta distancia de las que la antigüedad atribuía a Casiopea. Cuando me hube convencido de que nunca había brillado antes una estrella de ese tipo, lo increíble del espectáculo me sumió en tal perplejidad que comencé a perder la confianza en mi vista.

El otro momento decisivo en la revolución cosmológica que se desarrolló entre el nacimiento de Copérnico y el de Newton se produjo en 1609-1610, con la notable coincidencia, en el término de nueve meses, de la publicación de la *Astronomia Nova* de Kepler, los descubrimientos que Galileo realizó con el telescopio y su publicación de *El mensajero de los astros*. Estos acontecimientos coincidieron no sólo con el período de catorce meses de la conjunción de Júpiter y Urano de 1609-1610, como ya hemos visto, sino también con la cuadratura de Urano y Neptuno que se inició en 1607 y se prolongó toda una década. Este alineamiento de Urano y Neptuno, que coincidió con el invento del telescopio, tuvo lugar exactamente a mitad de camino entre, por un lado, los nacimientos de Galileo y Kepler y la aparición de la supernova, durante la oposición, y, por otro, el nacimiento de Newton, en la conjunción siguiente.

En esta secuencia de correlaciones vemos una síntesis característica de temas de Urano-Neptuno: el repentino despertar a una nueva visión cosmológica que integra, por un lado, ruptura científica, genio innovador, invención tecnológica e inesperados datos astronómicos, todo ello asociado a Urano, y, por otro, una renovación creativa de la visión filosófica platónico-pitagórica, la influencia del esoterismo hermético, una disolución de las fronteras entre la mente divina y la humana y una experiencia radicalmente transformadora de epifanía espiritual y numinosa comprensión visionaria, todo ello asociado a Neptuno. De allí la extática declaración de Kepler: «Libremente me entrego al sagrado frenesí; me atrevo a confesar francamente que he robado el vaso dorado de los egipcios para construir un tabernáculo a mi Dios lejos de Egipto».

Para Kepler, los astrónomos eran «sacerdotes del Dios más elevado en relación con el libro de la naturaleza». En la gran revolución cosmológica de su época, pensó que le había sido asignado el sagrado «honor de guardar, con mi descubrimiento, la puerta del templo de Dios en cuyo interior Copérnico oficia ante el gran altar». Análogamente, Newton estaba tan absorto en los aspectos esotéricos, mágicos y teológicos de su investigación como en lo que en adelante la mente moderna consideraría ciencia. Entre el súbito surgimiento de las innovaciones científicas de su juventud (durante su tránsito de Urano en cuadratura con Urano) y la publicación de los *Principia* (durante su tránsito de Urano en oposición a Urano), Newton se consagró con tal constancia, día y noche, al estudio de la alquimia y la profecía bíblica, que superó en tiempo y afanes a cualquier otro individuo que se haya dedicado a ello en su tiempo o después. Como observó John Maynard Keynes en un artículo que escribió con motivo del Tricentenario de Newton, debería considerarse a éste no tanto como el «primer representante de la era de la razón» sino como el «último de los magos, el último babilonio y sumerio»:

> Contemplaba el universo entero y todo lo que hay en él como un enigma, como un secreto que se pudiera leer mediante la aplicación del pensamiento puro a cierta evidencia, a ciertos indicios místicos que Dios hubiera dejado en el mundo para permitir que la herman-

dad esotérica realizara, por así decir, una especie de caza filosófica del tesoro. Creía que estos indicios serían descubiertos en parte en la evidencia del cielo y en la constitución de los elementos..., pero también en parte en determinados papeles y tradiciones trasmitidos por los hermanos en un cadena que se remontaba sin interrupción hasta la críptica revelación originaria en Babilonia...

Leía el enigma en el cielo. Creía que gracias a los mismos poderes de su imaginación introspectiva leería el enigma de la divinidad, el enigma de los acontecimientos pasados y futuros divinamente preordenados, el enigma de los elementos y su constitución a partir de una primera materia indiferenciada, el enigma de la salud y la inmortalidad. Todo le sería revelado únicamente si perseveraba hasta el final...

La correlación del ciclo de Urano y Neptuno con los diversos temas, arquetípicamente coherentes, que hemos encontrado hasta ahora –epifanía cosmológica, descubrimiento asombroso y de naturaleza muchas veces esotérica o espiritual, revelación de una dimensión mítica de la realidad, inspiración y genio imaginativo de naturaleza extraordinariamente poética–, también pueden observarse en la vida y la obra de William Shakespeare. También aquí podemos apreciar un patrón sincrónico y un patrón diacrónico de mayor alcance, a la vez estético y matemático, pues Galileo y Shakespeare nacieron en 1564 con pocas semanas de diferencia, cuando Urano y Neptuno estaban muy cerca de la oposición exacta. Mientras que las revelaciones de Galileo se dieron en un contexto astronómico y científico, las de Shakespeare se expresaron en forma poética y dramática, pero con análoga cualidad arquetípica de despertar inesperado a una realidad radicalmente nueva y a menudo con implicaciones metafísicas y espirituales. Estas epifanías, a veces de un poder asombroso, capaces de cambiar la vida, se dan repetidamente en las obras de Shakespeare –con independencia de su índole trágica, cómica o romántica–, evocando de formas diferentes el reconocimiento shakespeareano de que en el cielo y en la tierra existen más realidades que aquellas con las que sueñan nuestras ciencias y filosofías actuales.

Cuando el ciclo de Urano-Neptuno, en su movimiento desde la oposición correspondiente al nacimiento de Shakespeare y Galileo, llegaba al alineamiento cuadrático siguiente, en el período de 1608-1612, el tema de las súbitas sorpresas reveladoras y los repentinos despertares espirituales se hizo claramente más pronunciado en las obras de Shakespeare, hasta que esas epifanías alcanzaron su clímax en *Cimbelino*, *El cuento de invierno* y *La tempestad*, las grandes tragicomedias que Shakespeare produjo entre 1609 y 1611. Fue exactamente el mismo período en que se produjeron los descubrimientos telescópicos de Galileo y la amplia difusión cultural de *El mensajero de los astros*. (Fueron también ésos los años en que se publicó la inspirada traducción de la Biblia del rey Jacobo.) En comparación con las tragedias, comedias y dramas históricos anteriores de Shakespeare, escritos durante los tránsitos de Urano y Plutón y de Saturno y Plutón ya mencionados, estas últimas obras, escritas durante la cuadratura de Urano y Neptuno, exploran una modalidad más simbólica, fantástica y experimental del drama, en que las dimensiones trágicas y problemáticas de la existencia se integran en relatos de redención espiritual con connotaciones claramente esotérica y místicas. Como escribió Ted Hughes en *Shakespeare and the Goddess of Complete Being*:

> La propia actitud de Shakespeare respecto a su tarea como dramaturgo parece haberse trasmutado en este último grupo de obras. De visionario profeta arrastrado por las incontenibles fuerzas desatadas de la historia, abiertamente expuesto a las glorias y los terrores de la creación y de los acontecimientos humanos [lo que se manifiesta en sus piezas correspondientes a los alineamientos de Urano y Plutón y de Saturno y Plutón]... parece haberse convertido en una especie de Noé en medio de las aguas en ascenso, en el mago de un ritual gnóstico, hermético.

Especialmente características del complejo arquetípico de Urano-Neptuno son la intuición shakespeareana de la vida como una especie de juego divino o exhibición artística, de modo muy parecido a la concepción hindú de *maya* y *lila*, y su revelación de esta realidad como una epifanía dramática en

sus propias obras. Este tema, que aparece de maneras sutiles e implícitas en toda su producción, resulta explícito en *La tempestad*, que contiene su autorretrato como mago y fue escrita hacia el final de su trayectoria creativa, precisamente cuando el alineamiento de Urano y Neptuno llegaba a su punto exacto. Aquí vemos la revelación shakespeareana de un misterioso fundamento espiritual-imaginativo subyacente a toda realidad, que disuelve en aire tenue la apariencia literal de todas las cosas para revelar el sueño divino de la vida, el teatro espiritual de la condición humana:

> Nuestros divertimientos han dado fin. Estos actores, como había prevenido, eran espíritus todos y se han disipado en el aire, en el seno del aire impalpable; y a semejanza del edificio sin base de esta visión, las altas torres que tocan las nubes, los suntuosos palacios, los solemnes templos, hasta el inmenso globo, sí, y cuanto en él descansa, se disolverán, y, tal como ocurre en esta vana ficción, desaparecerán sin dejar humo ni estela. Estamos hechos de la misma materia que los sueños.
>
> [*La Tempestad*, 4.4]

Es característico de las épocas dominadas por Urano-Neptuno, y de las principales figuras culturales de esos períodos, que a menudo su legado cultural se vea envuelto de una cierta *numinosidad*. Esto no ocurre únicamente en los casos de épocas explícitamente religiosas, como la del nacimiento del cristianismo en los tiempos de Jesús y los apóstoles, sino también en las de despertares filosóficos, como la del nacimiento del platonismo en tiempos de Sócrates y Platón, y las grandes épocas de revelación artística, como el Renacimiento italiano de Leonardo, Rafael y Miguel Ángel. Lo mismo puede decirse de las figuras reverenciadas por su imaginación creadora en la historia de la literatura. Muchas veces se ha señalado que para el espíritu moderno la obra de Shakespeare es como la revelación de una escritura sagrada, en la que cada palabra o variante ambigua se analiza y se discute meticulosamente como si se tratara de un antiguo texto bíblico y en la que complejos estratos de significado se van revelando a nuevas generaciones. Melville, apenas antes de empezar a trabajar

en *Moby Dick*, a los veintinueve años, cuando se hallaba en medio de su exultante revelación tras la primera lectura de las obras de Shakespeare, escribió a su editor:

> ... el divino William. ¡Ah! Está lleno de Sermones de la Montaña, y es, sí, casi tan dulce como Jesús. Hombres así escojo para inspirarme. Fantaseo que en este momento está Shakespeare en el cielo junto a Gabriel, Rafael y Miguel. Si otro Mesías viene algún día, lo hará en la persona de Shakespeare...

Numinosidad y estatus espiritual comparables en el legado cultural de Occidente tiene *La divina comedia* de Dante. En una secuencia de notable paralelismo con la de Shakespeare, Dante nació en 1265, cuando Urano y Neptuno se hallaban en cuadratura, y comenzó a escribir *La divina comedia* en 1304-1306, cuando el ciclo de Urano-Neptuno había recorrido exactamente 90° para alcanzar la conjunción. En el momento en que Dante inició su trabajo en el gran poema, la conjunción de Urano y Neptuno transitaba precisamente sobre su cuadratura natal de estos planetas, formando una exacta configuración cuadrática en T, convergencia muy poco frecuente del tránsito mundial y el personal sobre un aspecto natal, en el que los seis alineamientos –aspecto natal, tránsito mundial y tránsitos personales– implican tanto a Urano como a Neptuno.[5] Se podría decir que el mero título y la esencia misma de *La divina comedia* contienen en síntesis los dos principios asociados a Urano y Neptuno: la divinidad y la sublime cualidad visionaria de Neptuno en combinación con el despertar de Urano, la inesperada apertura y resolución más allá de lo trágico. Los mismos principios animan igualmente las maravillosas comedias finales de Shakespeare, los tragicómicos romances de *La tempestad* y *El cuento de invierno*.

La elevada cualidad espiritual de las obras de Shakespeare y de Dante es compartida por las grandes novelas de Tolstoi y Dostoievski: *Guerra y paz*, *Ana Karenina*, *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*. La profundidad y el poder revelador de sus respectivas visiones imaginativas proporciona una fuente análogamente duradera de penetración espiritual y de ahondamiento interior. Lo mismo cabría decir del *Moby*

Dick de Melville. Llama la atención que estos tres novelistas nacieran durante la conjunción de Urano y Neptuno de 1814-1829, en el apogeo del romanticismo. Este alineamiento coincidió con la oleada de nacimientos de genios de la imaginación que hicieron de la novela del siglo XIX un medio con gran poder de revelación y de visión espiritual –no sólo Dostoievski, Tolstoi y Melville, sino también Flaubert, Turguéniev, las Brontë y George Eliot– y de poetas igualmente reveladores como Whitman y Baudelaire. Dickens nació en la cúspide inicial del alineamiento; Emily Dickinson, en la final.[6] Todos ellos desempeñaron un papel decisivo en la transformación de la literatura moderna, que se convirtió en una forma de descubrimiento espiritual y en vehículo de los impulsos religiosos cuya expresión tradicional había sido devaluada por las implicaciones desencantadoras de la ciencia moderna. Como ha destacado Charles Taylor, este impulso revelador y transformador que opera en la literatura de la época vale también para los «realistas» antirrománticos como Flaubert y Baudelaire, que se esforzaron por revelar con su arte lo desencantado y carente de sentido mediante la transfiguración creativa de la banalidad y el determinismo en liberadora experiencia artística, epifánica y poseedora de su propia belleza –a veces incluso sublime– más allá de los cánones artísticos anteriores.[7]

Es importante observar aquí que muchos de estos novelistas y poetas nacidos durante la conjunción de Urano y Neptuno de la era romántica –Dostoievski, Melville, Flaubert, Baudelaire, George Eliot, Whitman– también nacieron bajo la cuadratura de Urano y Plutón de 1816-1824, que hemos analizado ya. La combinación de estos dos complejos arquetípicos, el de Urano-Neptuno y el de Urano-Plutón, parece haber dado un impulso creativo particularmente dinámico a las principales figuras culturales que trabajaron durante esta configuración triplanetaria y a las de la generación siguiente, la que nació en ese período. Entre las primeras encontramos esta síntesis arquetípica en el *Prometeo desencadenado* de Shelley de 1818-1819, con su descripción de un Prometeo que es encarnación mítica de una humanidad ideal (Urano-Neptuno), pero a la vez una fuerza titánica de cambio radical y de emancipación respecto de la tiranía (Urano-Plutón).

A veces la combinación de estos dos complejos arquetípicos en la obra de un mismo pensador produce perspectivas divergentes muy peculiares. Por ejemplo, *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer, publicado en 1818-1819, combinaba el despertar propio de Urano-Plutón (los poderes ctónicos de la naturaleza, la voluntad universal y el inframundo de experiencia humana, en una evocación protodarwiniana de la incesante lucha por la existencia) con temas característicos de Urano-Neptuno: su visión filosófica del mundo como «idea», como algo que sólo existe en tanto que «representación»; su apropiación de ciertas doctrinas místicas del hinduismo y el budismo (la unidad de la vida tras las apariencias, el mundo como *maya* o ilusión, la trascendencia ascético-mística lograda mediante la negación de la voluntad y del apego mundano); su concepción de las Ideas platónicas como formas universales de las que se puede tener experiencia a través de las grandes obras de arte, y su exaltación del arte y la experiencia estética como vías de trascendencia que pueden liberarnos de la prisión existencial.

En la vida y las obras de las principales figuras culturales que nacieron bajo ambos ciclos (1816-1824), la interpenetración de dos complejos arquetípicos tan diferentes parece haber proporcionado a la imaginación creadora una expresión extraordinariamente poderosa, y a veces intensamente polarizada. Algo de esta profunda dialéctica y polarización hemos visto en Marx y su intento de síntesis de lucha titánica y revolución política, por un lado, e idealismo utópico y humanitarismo, por otro. En el ámbito de la literatura, igualmente asombroso resulta Dostoievski, que nació en 1821, en el momento culminante de este solapamiento, con una conjunción exacta de Urano y Neptuno (menos de 0,5°) y una cuadratura de Urano y Plutón (a menos de 3°). En cada una de sus grandes novelas, Dostoievski representa creativamente los temas de estos complejos arquetípicos con una fuerza excepcional.

En su última obra maestra, *Los hermanos Karamazov*, podemos reconocer un sorprendente patrón arquetípico en los tres hermanos –Dimitri, Iván y Aliosha–, cada uno de los cuales encarna claramente uno de los tres principios arquetípicos asociados a los tres planetas exteriores. El hermano

mayor, Dimitri, lujurioso, volcánico, impulsado por los instintos, es una encarnación clásica del arquetipo plutoniano; Iván, el brillante rebelde existencial, es sin ninguna duda portador del principio prometeico asociado al de Urano; y el menor, Aliosha, el místico religioso, es una personificación igualmente diáfana del arquetipo neptuniano. Da la impresión de que la íntima experiencia vital de Dostoievski con estos tres principios en tenso contrapunto –lo que corresponde al alineamiento de los tres planetas exteriores en el momento de su nacimiento– se tradujo, gracias a su imaginación creadora, en las personificaciones independientes y de rasgos marcadamente definidos de los tres hermanos. En este contexto dramático, los complejos arquetípicos en la persona de Dostoievski y en la psique colectiva no sólo quedaban diferenciados, expresados y más conscientes, sino también inmersos en una interacción directa y un desarrollo dialéctico.

Sin embargo, más allá de esta intrincada dialéctica entre los tres principios arquetípicos, es ilustrativo distinguir en las obras de Dostoievski otro conjunto de temas y de cualidades en el que los tres principios –Urano, Neptuno y Plutón– se combinan para formar un complejo arquetípico *único* y de mayor alcance. Vemos encarnarse esta triple combinación en la sobrecogedora potencia y las imprevisibles irrupciones espirituales e instintivas que tanto afectan y angustian a sus personajes principales, que casi siempre presentan los aspectos espirituales e instintivos en estrecha interconexión. Encontramos esta *Gestalt* arquetípica más amplia en el estado, característicamente dostoievskiano, de extrema agitación mental, emocional y física, rayana en la locura, que él llamaba «fiebre cerebral». Y resulta evidente en la profundidad y la intensidad de las transformaciones repentinas de conciencia por las que pasan sus personajes, que cualquier lector de las obras más distintivas de Dostoievski conoce perfectamente; y no me refiero sólo a los trances de revelación espiritual, sino también, más en general, a los estados de arrebatada pasión, de amor u odio, de desesperación o de esperanza, de devoción reverencial, de oscuro descenso, de luminosa resurrección.

Si distinguimos con precisión los tres principios arquetípicos por separado y los matices de sus interacciones, adverti-

mos que todas las cualidades y temas arriba mencionados, que tanto impregnan las novelas de Dostoievski, reflejan perfectamente la interacción de los tres arquetipos planetarios. Podemos distinguir tres vectores arquetípicos:

En primer lugar, podemos apreciar el arquetipo plutoniano de poder titánico, profundidades ctónicas que intensifican y fuerzan tremendamente los cambios de conciencia imprevistos y los súbitos despertares espirituales propios de Urano-Neptuno (Plutón-Urano/Neptuno), revelaciones y cambios de conciencia a los que imprime una potencia volcánica elemental.

En segundo lugar, podemos reconocer el tema de la intensidad repentina y a menudo violenta, propio de Urano-Plutón, activado por factores neptunianos como el alcohol, la confusión mental y emocional, la locura y la percepción mística (Neptuno-Urano/Plutón).

En tercer lugar, podemos distinguir el principio prometeico asociado a Urano, que despierta repentinamente y cataliza de maneras inesperadas, dando expresión, liberando o perturbando temas propios de Neptuno-Plutón: convulsiones de la conciencia intensos y a veces destructivos, descensos al inframundo, erupciones volcánicas de las profundidades del inconsciente arquetípico, visiones y proyecciones alucinatorias y transformaciones espirituales vividas en profundidad (Urano-Neptuno/Plutón).

Todos estos temas se dan juntos en lo que tal vez sea la experiencia espiritual nuclear de la vida de Dostoievski, muchas veces repetida al comienzo de los ataques de epilepsia que padeció durante casi toda su vida adulta. Dostoievski describe con precisión clínica esta experiencia en *El idiota*, cuando se refiere a las reflexiones íntimas del príncipe Mishkin:

> Pensó entonces con suma lucidez en un fenómeno que precedía, entre otros, a sus ataques epilépticos cuando se producían en estado de vigilia. En medio del abatimiento, melancolía, oscuridad y opresión de ánimo que experimentaba el enfermo en tales ocasiones, parecía, a trechos, surgir en su cerebro un rayo de luz y dijérase que todas sus energías vitales se esforzaban de pronto, trabajando al máximo de intensidad. La sensación de vivir, la conciencia de sí mis-

mo, casi se decuplicaban en aquellos instantes fugaces como el relámpago. Una claridad extraordinaria iluminaba su espíritu y su corazón. Todas las agitaciones se calmaban, todas las dudas y perplejidades se resolvían a la vez en una armonía suprema, en una tranquilidad serena y alegre, plenamente racional y justificada. Pero estos momentos radiantes no eran sino el preludio del instante final, tras el que sobrevenía siempre el paroxismo. Aquel instante final era inexpresable. Cuando más tarde, vuelto a la razón, el príncipe reflexionaba sobre lo sucedido, se decía que aquellos instantes fugaces, donde se manifestaba la más alta e intensa vida, no eran debidos más que a la enfermedad, a la ruptura de las condiciones normales y, siendo así, no equivalían a una vida superior, sino a una vida inferior, del orden más mezquino. Ello, no obstante, no le impedía llegar a esta extremadamente paradójica conclusión: «¿Y qué, si esto es enfermedad? ¿Qué importa que se trate de una tensión anormal si su resultado, tal como lo considero y analizo cuando vuelvo a mi estado corriente, contiene armonía y belleza en el máximo grado, y si en ese minuto experimento una sensación inaudita, insospechada hasta entonces, de plenitud, de ritmo, de paz, de éxtasis devoto que me funde en la más alta síntesis de la vida?» Tan vagas expresiones parecíanle perfectamente comprensibles, aunque poco definidoras. Que allí existía, en efecto, «armonía y belleza», que aquello era realmente «la más alta síntesis de la vida», era cosa de la que no admitía la menor posibilidad de duda.

Como más tarde recordaron diferentes personas que conocieron al escritor, Dostoievski describe sus revelaciones catalizadas por la epilepsia en términos que sugieren la misma abrumadora intensidad, el mismo poder de comprensión, la misma exaltación espiritual:

Por breves momentos siento una felicidad impensable en un estado normal e imposible de imaginar para quien no haya pasado por ello. En esos momentos estoy en perfecta armonía conmigo mismo y con todo el universo; tan poderosa y tan deleitosa es la sensación, que por unos segundos de semejante felicidad estaría uno dispuesto a dar diez años de vida, incluso quizás la vida entera.

Tenía el sentimiento de que el cielo había bajado a la tierra y me había tragado. De verdad captaba a Dios y lo sentía en cada fibra de mi ser.

Los aspectos planetarios natales de Dostoievski arrojan luz sobre otro patrón arquetípico de sus obras. En sus novelas más importantes un elemento esencial de la intriga es el papel del principal personaje femenino en relación con el protagonista masculino, de quien es al mismo tiempo compañera sentimental y espejo espiritual, como en *Crimen y castigo*, donde cada paso de la transformación moral y espiritual de Raskolnikov está mediado por la santidad de la joven Sonia. Me parece extraordinario no sólo que Dostoievski hubiera nacido cuando los tres planetas exteriores, Urano, Neptuno y Plutón, formaban una especial configuración de aspectos dinámicos, sino también que el día de su nacimiento el planeta Venus estuviera en conjunción exacta con este alineamiento. (Venus estaba precisamente entre Urano y Neptuno, ellos mismos a menos de 0,5° entre sí, y los tres en estrecha cuadratura con Plutón.) Debido a la asociación arquetípica de Venus con el amor romántico, la belleza y el compañero amado, me parece asombroso que prácticamente todos los personajes masculinos de las principales novelas de Dostoievski tengan una implicación romántica con mujeres que reflejan exactamente sus actitudes existenciales más profundas, correspondiente a los arquetipos de los tres planetas exteriores. Análogamente, cada una de estas mujeres desempeña un papel decisivo en la agitación extrema (Urano-Plutón) o en los despertares espirituales (Urano-Neptuno) que pautan la vida de los protagonistas, como sucedió también en la vida del propio Dostoievski, tal como se advierte con toda claridad en la secuencia de sus tres relaciones más importantes con mujeres.

También son prominentes en cada una de sus principales novelas temas tales como el súbito despertar del amor romántico y la percepción inesperada de la belleza, uno y otra de efectos liberadores, inquietantes y, a menudo, asociados a acciones rebeldes contra las convenciones sociales (Venus-Urano), el poder espiritualmente redentor del amor y la belleza espiritual del amor compasivo (Venus-Neptuno), y por último la irresistible intensidad del amor erótico pasional con su potencial de violencia instintiva y emocional (Venus-Plutón).

Es notable que la única otra gran figura literaria cuyo nacimiento he visto que coincide con esta misma configuración de cuatro planetas –Venus en estrecha alineación con Urano, Neptuno y Plutón, todos en alineamiento de aspecto duro– es Shakespeare, quien, según la mayoría de los estudiosos de su vida y su obra, nació el 23 de abril de 1564, con un error máximo de tres días (fue bautizado el 26 de abril). Los temas arquetípicos que, como acabamos de ver, se expresan en la vida y la obra de Dostoievski son también evidentes, con la misma intensidad y riqueza de matices, prácticamente en la totalidad de las piezas teatrales y los poemas de Shakespeare. El extremo de la pasión, la potencial violencia instintiva y emocional del amor romántico y erótico, la rebelión de los amantes contra la autoridad coercitiva de las estructuras de origen social o familiar, el súbito despertar del amor romántico, la repentina apertura al amor compasivo y misericordioso, los encantamientos y los desengaños de la fascinación, la espiritualidad transformadora y el poder redentor del amor y la belleza, el inesperado poder de la belleza para cambiar el alma humana, el papel decisivo de las muchachas, las mujeres y las amantes en la forja del drama de la vida humana a través de la belleza y el amor, y finalmente la oportunidad de renacimiento espiritual, todo ello se expresa en la obra de Shakespeare con tal precisión de detalle que difícilmente podría tener más vitalidad.

Incluso en un contexto absolutamente cómico, como en *Sueño de una noche de verano*, Shakespeare trasmite con precisión este amplísimo complejo arquetípico en su elocuente yuxtaposición de amor y locura, reconociendo a ambos como afines a su capacidad imaginativa para dar cuerpo a una nueva realidad:

> Dejemos a los amantes y a esas imaginaciones ardientes, a esas extravagantes fantasías que van más allá de lo que la razón puede percibir. El loco, el amante y el poeta son todo imaginación: el uno, el loco, ve más demonios de los que el infierno puede contener; el amante, no menos insensato, ve la belleza de Helena en la frente de una gitana; la mirada del poeta, en un hermoso frenesí, del cielo va a la tierra y vuelve al cielo, y mientras la imaginación dispone formas

de cosas ignotas, la pluma las modela y da a la aérea nada un lugar donde hospedarse y un nombre.

Aparte de la presencia de Venus, de curso más veloz, en esta configuración, prácticamente en toda la obra de Shakespeare es posible reconocer, desde el punto de vista arquetípico, la cuadratura en T de los planetas exteriores, Urano, Neptuno y Plutón, bajo la cual nació. Esa cualidad general se manifiesta en los innumerables y diversos estados de abrumadora intensidad mental y emocional, profundidades viscerales y elevaciones espirituales, tan a menudo asociadas al amor, pero también a la ambición, el poder y el orgullo, la envidia y los celos, la esperanza, la desesperación, la venganza, la locura, la muerte, la vejez o el renacimiento. En general, el alineamiento en T de tres planetas, *cualesquiera* que sean, coincide en general con una dinámica arquetípica tensa y difícil; cuando se trata de los tres planetas más lejanos –lo que en la era moderna sólo se ha dado una vez– parece producir un espectro extraordinario de experiencia humana y profundos conflictos internos y externos que a menudo tienen una cualidad transpersonal. El choque de las dinámicas fuerzas opuestas –prometeicas, dionisíacas, neptunianas– exige expresión dramática y presiona hacia una ampliación del potencial humano. En muchos sentidos es posible reconocer que, como han observado Harold Bloom y otros críticos, en el brillo casi anónimo de sus multifacéticos personajes, Shakespeare da a luz el carácter autorreflexivo de la modernidad en toda su complejidad –espiritual, instintiva, emancipadora, rebelde, inspirada, apasionada– en el preciso momento histórico en que está naciendo.

Si recordamos que también Galileo nació en 1564, bajo esta misma cuadratura en T, salvo que en su caso eran Mercurio y el Sol los alineados con los tres planetas exteriores y no Venus, se pueden apreciar paralelismos entre los papeles que ambos desempeñaron como mediadores del nacimiento de la sensibilidad moderna. En Galileo, el factor plutoniano (había nacido con el Sol y Mercurio en triple conjunción con Plutón, todos en cuadratura en T con Urano y Neptuno) parece haberse expresado como una titánica lucha de poder

del yo y el intelecto (Sol-Mercurio-Plutón) en el contexto de un cambio radical de cosmovisión cultural (Urano-Neptuno) en el que las fuerzas en oposición eran la ciencia y la religión. En esta oposición de fuerzas culturales, un lado ejercía una influencia emancipadora y subversiva (Urano), mientras que el otro afirmaba una dimensión trascendente de la existencia (Neptuno). Este impulso religioso, sin embargo, se daba fatalmente unido a las estructuras autoritarias y las creencias dogmáticas de una jerarquía eclesiástica temerosa, acorazada y punitiva, tal como hemos descrito ya respecto a las prohibiciones del Vaticano y los juicios de la Inquisición en coincidencia con el ciclo de Saturno-Plutón. No obstante, el surgimiento de la visión científica tiene su propia numinosidad cósmica (Urano-Neptuno), cuyo poder inspiró en los revolucionarios copernicanos cierta convicción espiritual.

Podría decirse que, en la historia de la civilización occidental, el significado épico del drama galileano reside en cómo plasmó la verdadera naturaleza de la realidad para el mundo moderno. También modeló la naturaleza del conocimiento humano y determinó qué autoridad cultural podía configurar esa realidad. La importancia cultural e histórica de esta lucha parece corresponderse con la tensión dinámica constelada por los grandes principios asociados a los planetas exteriores: Urano, Neptuno y Plutón. Es decir, el pensamiento y la escritura de Galileo (Mercurio), su compromiso esencial con el intelecto revitalizado (Mercurio-Plutón), la aguda penetración de su mente, sus palabras y su personalidad intensamente polémicas, su actitud extraordinariamente dinámica y a veces destructiva (Sol-Plutón) y, por cierto, su poderosa elevación del Sol a la centralidad del universo, todo ello se convirtió en centro de atención histórico alrededor del cual giró esta titánica transformación, como si estuviera representando su propio drama shakespeareano en el escenario de la historia del mundo. Pero, mientras que el excelso altar de Shakespeare se consagraba a la diosa de la belleza, el arte y el amor, el de Galileo estaba dedicado a la mente autosuficiente.

Ya la epifanía adopte la forma de los descubrimientos telescópicos de Galileo o de las revelaciones dramáticas de Shakespeare, la visión beatífica de Dante en *La divina comedia* o la epifanía de Petrarca en la cumbre del Mont Ventoux, el despertar filosófico de Platón a las Ideas trascendentes tras la muerte de Sócrates o el despertar pentecostal del Espíritu tras la muerte de Jesús, en cualquier caso el tema arquetípico del desvelamiento epifánico coincide, con luminosa coherencia, con los alineamientos del ciclo de Urano-Neptuno.

Si seguimos el ciclo de Urano-Neptuno posterior a la época de Keats y de los Shelley, Coleridge y Emerson, Beethoven y Goethe, el idealismo y el romanticismo, podemos reconocer un desarrollo diacrónico del desvelamiento epifánico, el genio imaginativo y el papel sagrado del individuo en esas revelaciones. En efecto, durante la era romántica correspondiente a esta conjunción de Urano y Neptuno se tomó plena conciencia de los conceptos gemelos de la imaginación creativa y el papel sagrado del artista en la creación de nuevas realidades. Estas mismas ideas y aspiraciones, aunque de distinta manera, cobraron otra vez actualidad en la vida y las obras de las principales figuras creadoras nacidas en esa época: Wagner y Dickens en su primera etapa, luego las hermanas Brönte, Melville, Whitman, George Eliot, Dostoievski, Flaubert, Baudelaire, Tolstoi, Dickinson. Este impulso recibió una formulación decisivamente nueva en el modernismo –continuación y a la vez ruptura respecto de la posición romántica–, durante la oposición inmediatamente posterior de 1899-1918: empezando por la obra de Cézanne, Mahler y Henry James, y más tarde Rilke y Yeats, Picasso y Matisse, Joyce y Proust, Pound y Eliot, Stravinsky, Schönberg, Diaghilev, Duncan, Nijinsky, Kandinsky, Mann, Lawrence, Stein, Frost y Stevens.[8]

En el ámbito de la ciencia, es imposible imaginar una epifanía más dramática que la que en esta época produjo Einstein con las teorías especial y general de la relatividad y la súbita apertura de un cosmos radicalmente nuevo a la imaginación moderna. Esencial a esta epifanía, y al surgimiento simultáneo de la física cuántica, era la repentina disolución de estructuras y fronteras previamente establecidas: entre materia y energía, tiempo y espacio, sujeto y objeto, onda y partícula, ser y no ser.

La propia palabra *epifanía* recibió nueva definición y significado en virtud de los escritos de James Joyce en esa época. La usó ya en 1907, en su temprana novela inédita, Stephen Hero, en la que la palabra significaba la revelación súbita de la naturaleza o significado esencial de una cosa, una persona o una situación, ese momento en que «el alma del objeto más común... se nos aparece radiante». La palabra *epifanía* contiene precisamente la combinación del impulso prometeico asociado a Urano –lo repentino, inesperado, lo que ilumina, revela, despierta, libera– y el elemento neptuniano de la imaginación estética y espiritual, lo poético y lo numinoso, el significado interior, la realidad más profunda, el alma radiante de las cosas.

A su vez, muchas figuras decisivas que posteriormente participaron en los despertares espirituales, filosóficos e imaginativos del siglo XX nacieron en los años de esta oposición de Urano y Neptuno de comienzos del siglo y representaron, cada uno a su manera, distintas categorías de este complejo arquetípico: poetas que abrían nuevos horizontes, como Pablo Neruda y Dylan Thomas; místicos e innovadores religiosos de gran influencia, como Thomas Merton, Simone Weil, Karl Rahner y Bede Griffiths; importantes investigadores en temas de mitología y religión, como Joseph Campbell, Mircea Eliade, Erich Neumann, Henry Corbin, Paul Ricoeur, Jean Gebser y Marie-Louise von Franz; grandes innovadores en filosofía matemática, como Kurt Gödel, Alan Turing y John von Neumann, que sirvieron a la vez a la esfera platónico-pitagórica de las formas matemáticas y al desarrollo de la teoría de los conjuntos, la teoría de los juegos, la teoría de la información y el diseño de ordenadores; pioneros en el despertar a una visión del mundo más integradora y holística que refleja la interdependencia de la realidad, como Gregory Bateson, David Bohm, Rachel Carson, Arne Naess y Thomas Berry; y destacadas personalidades de la contracultura espiritual, como Alan Watts, Albert Hofmann, Abraham Maslow y J. D. Salinger.

Tal vez una de las epifanías más ampliamente valoradas de la literatura norteamericana moderna sea aquella con la que Salinger honró a sus lectores en *Franny y Zooey*, escrita y

publicada por primera vez en exacta coincidencia con la cuadratura más reciente de Urano y Neptuno, que tuvo lugar en los años cincuenta y cubrió casi toda la década. Este alineamiento coincidió con una ola de impulsos culturales y espirituales que se abrieron paso en la conservadora psique colectiva de la época. Esta ola resultó particularmente visible en el rápido aumento del interés occidental por el budismo, el hinduismo y otras formas de misticismo asiático, con las influyentes conferencias de D. T. Suzuki sobre zen, Erich Fromm, el viaje de Joseph Campbell a Asia y el comienzo de su trabajo enciclopédico sobre la mitología mundial, *Las máscaras de Dios*, la publicación de *El camino del zen* de Alan Watts y la aparición del movimiento *beat* (de *beatific*) con Allen Ginsberg, Jack Kerouac y Neal Cassady («*hipsters* con cabezas de ángel ardiendo por la antigua conexión con el cielo», *Aullido*).

El descubridor del LSD, Albert Hofmann, había nacido durante la anterior oposición de Urano y Neptuno y también podemos reconocer los temas característicos del complejo de Urano-Neptuno en la experimentación psicodélica como camino de cambio psicológico y epifanía espiritual, como se reflejaba en *Las puertas de la percepción* de Aldous Huxley, de 1954, la acuñación del término *psicodélico* por Humphrey Osmond en una carta a Huxley en 1956, el encuentro de Gordon Wasson con la curandera mejicana María Sabina y la publicación en 1957 de su influyente artículo sobre el hongo sagrado psilocibina, así como el comienzo en Praga de la investigación de Stanislav Grof con el LSD, integrando el psicoanálisis con una apertura a la experiencia mística transformadora. Como reflejo de diversos temas que combinan el principio prometeico y el neptuniano, Huxley comenzó en ese momento a escribir *La isla*, novela utópica que describe una sociedad de compasión social y libertad individual cuyo fundamento religioso está influido por la ingestión ritual de una droga psicodélica. Al igual que Huxley y Grof, durante este alineamiento de Urano y Neptuno de los años cincuenta comenzaron sus experimentos psicodélicos Alan Watts, Allen Ginsberg y Ken Kesey. Estas exploraciones pioneras contribuyeron al movimiento contracultural de rebelión social y

emancipación de la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta.

El alineamiento de Urano y Neptuno de los años cincuenta también coincidió con la decisiva apertura religiosa de Martin Luther King –su «experiencia de la cocina», en enero de 1956– en los primeros meses del movimiento por los derechos civiles en Montgomery, Alabama (cuando también Saturno estaba en cuadratura con Plutón). Una noche, ya muy tarde y después de haber recibido una serie de llamadas telefónicas amenazantes, cuando había llegado a tocar el oscuro fondo del miedo y el desaliento, tuvo de pronto la experiencia de Dios ya no como «categoría metafísica», sino como poderosa presencia divina que le daba el valor moral y espiritual necesario para arriesgar la vida liderando el nuevo movimiento y sirviendo al «nacimiento del ideal de libertad en los Estados Unidos» y al «nacimiento de una Nueva Era» (Urano en arquetípica asociación con el nacimiento, la libertad, el despertar y lo nuevo; Neptuno, con los ideales, la inspiración espiritual y la experiencia de lo numinoso): «He experimentado la presencia de lo Divino como nunca antes». Poco después, bajo la influencia de Bayard Rustin, King adoptó la estrategia de Gandhi de resistencia no violenta como principio moral y a la vez como fuerza eficaz de cambio. (Gandhi nació durante la cuadratura anterior de Urano y Neptuno; Thoreau y Tolstoi, durante la conjunción inmediatamente anterior.) Durante este mismo alineamiento se produjo el *revival* protestante y las cruzadas de Nuevo Evangelismo lideradas por el carismático predicador Billy Graham; en 1957 Graham invitó al joven King a que, en su condición de líder de una «gran revolución social», condujera la plegaria de la multitud.

Podemos añadir la oleada de otras obras que surgieron durante esta cuadratura más reciente de los años cincuenta y que tanta influencia ejercieron en el desarrollo espiritual de la segunda mitad del siglo XX: *El fenómeno humano* y *El medio divino*, de Teilhard de Chardin (1955 y 1957, respectivamente), con su disolución de la frontera entre ciencia y religión en una visión mística de la evolución; *El valor de ser* (1952) y *Dinámica de la fe* (1957), de Paul Tillich, con su apasionado

compromiso cristiano con las tensiones filosóficas y existenciales de una era secular; *Saving the Appearances* (1957), de Owen Barfield, con su influyente exposición de la evolución de la conciencia, adelantada ya por Rudolf Steiner durante la oposición anterior; y *La religión gnóstica* (1958), de Hans Jonas, que introdujo a los lectores modernos en el gnosticismo. En filosofía, se puede mencionar aquí la publicación en 1953 de dos textos fundacionales de lo que llegaría a ser la visión filosófica posmoderna: las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein, y la *Introducción a la metafísica* de Heidegger, seguida de otras obras que expresaban la poética filosofía tardía de Heidegger, centrada en el misterio del Ser.[9]

Este alineamiento de Urano y Neptuno coincidió también con las extraordinarias últimas obras de Jung: *Sincronicidad*, *Respuesta a Job*, *Aion*, *Mysterium Coniunctionis*, *El yo oculto* y *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Estas obras reflejan un cambio radical en la psicología religiosa, la epistemología y la filosofía de la historia que se ha convertido en la contribución más radical y tal vez más fecunda de Jung. Imbuidas de temas característicos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno, se las puede considerar inesperados avances creativos en el pensamiento de Jung y culminación de la transformación intelectual y psicoespiritual de Jung iniciada durante la oposición precedente de Urano y Neptuno, en 1913-1918, exactamente 90° antes.

A todos estos fenómenos culturales que sugieren la activación del complejo de Urano y Neptuno deberíamos añadir la repentina serie de películas espiritualmente reveladoras de Ingmar Bergman y Federico Fellini –*El séptimo sello*, *Fresas salvajes*, *La Strada*, *Las noches de Cabiria*– que aparecieron en los años cincuenta, atrajeron la atención internacional y dieron comienzo, junto con la *Nouvelle Vague* francesa, el *Free Cinema* británico, Akira Kurosawa en Japón y Satyajit Ray en India, a una revolución creativa en el cine que impregnaría la experiencia cultural de los años sesenta y más allá.

Al mismo tiempo, la evolución del *jazz* durante la cuadratura de Urano y Neptuno experimentó la influencia mística de la famosa epifanía espiritual de John Coltrane en 1957. En un intento de describir el aura de sacralidad y divinidad que

impregnó los conciertos posteriores de este músico, su mujer, Alice Coltrane, declaró:

> Llamadlo Conciencia Universal, Ser Supremo, Naturaleza, Dios. Llamad a esa fuerza con el nombre que os guste, pero allí estaba, y tan fuerte era la sensación que la mayoría de la gente tenía de su presencia que resultaba casi palpable.

REVELACIONES DE LO NUMINOSO

Como hemos visto, el período de la oposición más reciente de Urano y Neptuno, la de 1899-1918, tuvo un papel catalizador en la historia del siglo XX. Al igual que en otros períodos correspondientes a este mismo alineamiento, la situación intelectual de la época parece haber estimulado respuestas nuevas y creativas a los característicos impulsos arquetípicos de Urano-Neptuno. Dado el predominio de la ciencia moderna en la sensibilidad contemporánea, muchos pensadores cuya formación espiritual data de esa época se sintieron obligados a abordar el fenómeno de la experiencia religiosa de manera tal que satisficiera exigencias de rigor empírico y análisis crítico. Muchas de las figuras que hemos analizado en las páginas anteriores estuvieron comprometidas en esta tarea: William James, Jung, Steiner, Buber, Bergson, Bucke y Royce. A ellas es necesario añadir otros importantes teóricos de la religión cuya obra es precisamente de esa época, como Max Weber y Rudolf Otto.

En el contexto de la psicología, fueron en especial James y Jung quienes contribuyeron a integrar la dimensión religiosa en la visión del mundo del siglo que por entonces se iniciaba. Tanto la psicología transpersonal como la arquetipal, dos de las corrientes más prometedoras que surgieron de la psicología profunda de las décadas anteriores, tienen su origen en

ideas y enfoques de estos autores durante aquel alineamiento de Urano y Neptuno. Tanto en el estudio de lo numinoso como en el análisis de testimonios místicos y experimentos psicodélicos, este período abrió fecundas vías de exploración filosófica y psicológica de la dimensión espiritual. Como declaró James en 1909 al final de *Un universo plural*:

> Si alguna vez el empirismo se asocia a la religión como, debido a un extraño malentendido, hasta ahora ha estado asociado a la irreligión, estoy convencido de que todo estará dispuesto para el inicio de una nueva era en religión y en filosofía.

En el siglo XX, los psicólogos del inconsciente y los estudiosos de la religión utilizaron la misma palabra –«numinoso»– para calificar experiencias impregnadas de un sentido de lo santo, lo sagrado, el misterio, la presencia divina y la veneración religiosa. El concepto fue desarrollado por Rudolf Otto en una serie de obras que se iniciaron en 1904 y culminaron en 1917 con *Lo santo*, todas escritas durante la oposición de Urano y Neptuno de 1899-1918. Las ideas de Otto fueron influidas por *Las variedades de la experiencia religiosa*, de William James, con su revisión empírica y su análisis de una multitud de testimonios de fenómenos religiosos y espirituales. *Las variedades* fue presentado en las Gifford Lectures, en 1901-1902, al comienzo de la misma oposición de Urano y Neptuno. A su vez, tanto las ideas de Otto como los estudios de James influyeron en la obra de Jung, quien durante este mismo alineamiento integró el concepto de lo numinoso en su propia psicología y filosofía de la experiencia religiosa.

También aquí cabe distinguir un patrón diacrónico de correlaciones. Otto consideraba a Friedrich Schleiermacher su precursor más importante y la figura clave en el redescubrimiento filosófico del sentido de lo sagrado. Schleiermacher, el fundador de la teología protestante moderna, publicó *La fe cristiana*, la obra maestra de mayor influencia del protestantismo del siglo XIX, en 1821-1822, en coincidencia con la conjunción anterior.

El concepto de lo numinoso y el análisis de los fenómenos numinosos tal como se desarrollaron en la obra de estos auto-

res –Schleiermacher, Otto, James, Jung– produjo, en esencia, una *liberación de la idea de lo sagrado* en el discurso moderno, un despertar a una realidad previamente oculta o reprimida por la secularización de la mente moderna. Esta expresión característica del complejo arquetípico de Urano-*Neptuno* contrasta con *la liberación de lo instintivo* y el despertar a lo dionisíaco que tuvo lugar a través de la obra de Schopenhauer, Darwin, Nietzsche y Freud, en coincidencia con alineamientos sucesivos de Urano y *Plutón*.

No sólo su efecto cultural e intelectual como idea espiritualmente liberadora, sino la naturaleza misma de lo numinoso tal como la formularon Otto y Jung, encarna las cualidades distintivas de los dos principios arquetípicos del complejo de Urano-Neptuno. En la perspectiva de Otto, lo numinoso no sólo se define como sacralidad, divinidad, inspiración, misterio y veneración religiosa (cualidades asociadas íntegramente con Neptuno), sino también como algo que pone súbitamente la conciencia humana ante una dimensión inesperada de la realidad, algo que se vive como «Absolutamente Otro» respecto de la esfera de lo mundano, que trasciende y subvierte por completo el mundo de la experiencia convencional (temas que reflejan cualidades de Urano influidas por Neptuno). Esta misma síntesis arquetípica se aprecia en el énfasis de Otto en la repentina presencia de la gracia divina en el alma que cataliza un radical cambio interior.

Análogamente, Jung describió una y otra vez la aparición de lo numinoso como la abrupta intrusión de otra realidad en el estado de conciencia ordinario, como algo que de repente se cruza en nuestro camino y nos detiene, algo imbuido de una cualidad misteriosa, desafiante, a menudo desestabilizadora. Algo que nos abruma con su alteridad, su poder autónomo, ambiguo y que escapa a toda anticipación o control.

Con su característico énfasis en lo imprevisible, lo autónomo y la naturaleza espiritual del inconsciente, Jung estudió los sueños, los síntomas psicológicos, los lapsus y los errores, las sincronicidades, los acontecimientos súbitamente intrusivos, ya internos, ya externos, el «destino» –todo el *modus operandi* de la dimensión arquetípica tal como se manifiesta imprevisiblemente en la experiencia humana–.[10] El propio fenómeno

de la sincronicidad puede reconocerse como expresión de estos dos principios arquetípicos: el truhán metafísico, la inesperada correspondencia de acontecimientos interiores y exteriores que revela una profunda coherencia de sentido vital, la inexplicable coincidencia portadora de una carga de numinosidad, la repentina revelación de una finalidad espiritual que subvierte la aparente aleatoriedad de la existencia. Recordemos que el fecundo artículo de Jung sobre sincronicidad –que subvierte él mismo los supuestos establecidos y la lógica convencional y no está exento de desconcertantes ambigüedades– se publicó durante la cuadratura de Urano y Neptuno de los años cincuenta.

El testamento de Jung en lo que respecta a esta concepción de lo numinoso, que inspiraba su psicología y su experiencia de la vida y que con tanta coherencia expresa el complejo de Urano-Neptuno, se puede resumir en la antigua máxima latina que Jung inscribió sobre la puerta de su casa a orillas del Lago Zurich, donde aún hoy se puede leer: *Vocatus atque non vocatus deus aderit* («Se lo llame o no, dios acudirá»).

En *Las variedades de la experiencia religiosa*, William James examinó los testimonios religiosos y místicos procedentes de muchas fuentes a lo largo de siglos, con el fin de distinguir las cualidades más características de esta experiencia. James creía que en la naturaleza humana había un estrato místico, fuente de todas las religiones, y que en el núcleo de la experiencia religiosa personal había estados místicos de conciencia. Su investigación de estos estados representa un conciso catálogo de fenómenos y temas arquetípicos característicos asociados al complejo de Urano-Neptuno. Las cualidades que se exponen a continuación fueron destacadas por el propio James como las que definen la naturaleza mística, y es fácil reconocer en ellas la síntesis de estos dos principios arquetípicos.

Inefabilidad. Los estados místicos presentan típicamente un carácter tan radicalmente diferente de la experiencia ordinaria y las estructuras del lenguaje convencional, que desafían cualquier intento del místico de transmitir adecuadamente a

los demás su fuerza o su significado. Están fuera del alcance de la formulación verbal y para comprender y apreciar su significado es preciso tener experiencia directa de ellos.

A quien nunca ha experimentado claramente un sentimiento determinado, nadie puede explicarle en qué consiste. Para conocer el valor de una sinfonía es necesario tener oído musical; y para entender el estado de ánimo de un amante es necesario haber estado enamorado. A falta de corazón o de oído, es imposible interpretar con justicia al músico o al amante, e incluso es probable que se los tenga por débiles mentales o absurdos. El místico considera igualmente incompetente el tratamiento que la mayoría de nosotros otorga a sus experiencias.

Cualidad noética. Estos estados se viven no sólo como estados de sentimiento, sino también como estados de conocimiento. Quienes los han experimentado tienen la sensación de ser receptores de verdades tan profundas que resultan inaccesibles al intelecto ordinario y que transmiten tal poder de convicción que pueden durar toda la vida: «Son iluminaciones, revelaciones, plenas de significado e importancia... llevan consigo, por regla general, un curioso sentido de autoridad para el futuro».

Transitoriedad. Los estados místicos llegan y se van con una evanescencia espontánea, no duran en general más que breves períodos antes de desvanecerse. Sin embargo, en esa súbita apertura de una ventana a otra realidad, como en los fugaces momentos de percepción poética que se tienen bajo los efectos de la embriaguez, esos estados dan testimonio de una intrínseca «facultad mística de la naturaleza humana, por lo general mortalmente anulada por el énfasis en lo fáctico y la árida crítica de las horas de sobriedad».

Pasividad. Aunque a menudo se ven facilitados por acciones preliminares voluntarias, como la meditación o la plegaria, el ayuno, técnicas de respiración especiales o la ingestión de plantas o compuestos químicos psicoactivos, los estados místicos son típicamente experimentados en estado de receptividad pasiva, con la entrega de la voluntad personal en beneficio de la apertura al influjo divino: «El místico siente como si

su propia voluntad estuviera en suspenso, y en realidad a veces como si un poder superior la tuviera cogida y bajo su dominio».

Otras cualidades características de Urano-Neptuno que James especificó como características de estos estados son la repentina presencia de una sensación onírica de misterio y de intemporalidad, veneración indescriptible, disolución del sentido habitual del yo o de la identidad personal y el reconocimiento, a menudo desorientador, de que la conciencia ordinaria sólo muestra una irrealidad fantasmal. En su estudio James recurre a testimonios de místicos y poetas frecuentemente asociados ellos mismos a alineamientos anteriores de Urano y Neptuno: Meister Eckhart, san Juan de la Cruz, santa Teresa de Ávila, Jakob Boehme, Whitman. Se menciona a cada uno de ellos como ejemplo de una cualidad o un matiz diferente del espectro místico. La paradoja e inefabilidad de la experiencia mística es ilustrada por Eckhart (que lideró el despertar místico de Renania a comienzos del siglo XIV) y Boehme (cuya *Aurora*, obra fundacional de la teosofía cristiana, fue publicada en 1612, durante la misma cuadratura que *El mensajero de los astros* de Galileo). San Juan de la Cruz, cuyo despertar espiritual tuvo lugar durante la oposición de Urano y Neptuno anterior, es mencionado como testimonio de ese estado de elevado éxtasis en la «unión de amor», que escapa al poder de la descripción verbal. El alma, escribió Juan de Yepes,

> ... no halla modo, ni manera, ni símil que le cuadre para poder significar [la] inteligencia tan subida y [el] sentimiento espiritual tan delicado [que la colma]... Y tanto levanta entonces y engrandece este abismo de sabiduría al alma, metiéndose en las venas de la ciencia de amor...

James evoca luego a Teresa de Ávila, «la experta entre expertos en describir esas condiciones», cuya autobiografía mística coincidió con la misma oposición de Urano y Neptuno. En los pasajes que cita James, la profunda intimidad de Teresa con estados místicos sólo se ve igualada por su transparente modestia espiritual:

Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fue una representación con toda claridad) como se ven en Dios todas las cosas, y como las tiene todas en sí... esto... quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho... Pareciome tan sutil, y delicado, que el entendimiento no lo debe alcanzar.

Fija Dios a sí mesmo en lo interior de aquel alma de manera, que cuando torna en sí, en ninguna manera pueda dudar que estuvo en Dios y Dios en ella; con tanta firmeza le queda esta verdad, que anque pase años sin tornarle Dios a hacer aquella merced, ni se le olvida, ni puede dudar que estuvo... Pues ¿cómo lo que no vimos se nos queda con esa certidumbre? Eso no lo sé yo, son obras suyas, mas sé que digo verdad, y quien no quedare con esta certidumbre, no diría yo que es unión de toda el alma con Dios.

Qué señorío tiene un alma, que el Señor llega aquí, que lo mire, todo sin estar enredada en ello! ¡Qué corrida está del tiempo que lo estuvo! ¡Qué espantada de su ceguedad! ¡Qué lastimada de los que están en ella!... Fatígase del tiempo en que miró puntos de honra, y en el engaño que traía de creer, que era honra lo que el mundo llama honra... Ríese de sí, del tiempo que tenía en algo los dineros, y codicia dellos... ¡Oh todos diesen en tenerlos por tierra sin provecho, qué concertado andaría el mundo, qué sin tráfagos, con qué amistad se tratarían todos, si faltase interese de honra, y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.

Como ejemplo del tipo «esporádico» de experiencia mística, James cita los conocidos versos de Whitman en *Hojas de hierba* en los que describe una envolvente epifanía espiritual que de pronto lo inunda por completo:

Yo creo en ti, alma mía...
Recuerdo cómo nos acostamos, una mañana diáfana de estío...
Velozmente eleváronse y me rodearon la paz y el conocimiento
que rebasan a todas las disputas de la tierra,
Y sé que la mano de Dios es la promesa de la mía,
Y sé que el espíritu de Dios es hermano del mío,
Y sé que todos los hombres que han existido son mis hermanos;

y las mujeres, mis hermanas y mis amantes,
Y que el amor es el sostén de la creación...

Whitman, que nació en 1819 durante la conjunción de Urano y Neptuno correspondiente a la época romántica, también es citado por su descripción de lo que James considera «una percepción mística crónica» en la vida del poeta:

Aparte del intelecto, hay en la constitución de toda identidad humana superior algo misterioso que comprende sin razonamiento, a menudo sin lo que se conoce por educación (aunque para mí sea ése el objetivo y la culminación de toda educación que merezca tal nombre), una intuición del equilibrio absoluto, en el tiempo y el espacio, de la totalidad de esta variedad, esta juerga de locos, esta increíble y ficticia inestabilidad general que llamamos mundo; una visión del alma de esa señal divina e hilo invisible que sostiene todas las colecciones de cosas, toda la historia y el tiempo, y todos los acontecimientos, triviales o importantes... [De] esa visión del alma y centro radical de la mente, el mero optimismo sólo explica la superficie.

Para una epifanía semejante, pero provocada por la naturaleza, James emplea un pasaje de *Memorias de una idealista*, de Malwida von Meysenbug, que nació en 1816 durante la misma conjunción de Urano y Neptuno que Whitman. Durante muchos años, a Von Meysenbug, reformadora social y feminista, amiga de Wagner y de Nietzsche y apasionada defensora de una generación de jóvenes artistas y pensadores alemanes, le había resultado imposible rezar, debido a sus creencias filosóficas materialistas. En el relato siguiente, el mar simboliza y a la vez cataliza su apertura mística, y sus metáforas expresan explícitamente la fluidez, infinitud y reconciliadora unidad de Neptuno en conjunción con el repentino e inesperado impulso de liberación de Urano:

Estaba sola y a la orilla del mar cuando me vinieron todos estos pensamientos liberadores y reconciliadores; y nuevamente, lo mismo que hace mucho tiempo en los Alpes del Delfinado, me sentí impelida a ponerme de rodillas, esta vez ante el ilimitable océano, símbolo de lo Infinito. Sentí que rezaba como nunca había rezado, y supe

entonces qué es de verdad rezar: volver de la soledad de la individuación a la conciencia de unidad con todo lo que es, arrodillarse como un ser efímero e incorporarse como imperecedero. La tierra, el cielo y el mar resonaron como partes de una vasta armonía que envolvía el mundo. Era como si estuviera rodeada del coro formado por toda gran persona que hubiera vivido alguna vez. Me sentí una sola cosa con ellas, me parecía oír que me saludaban: «Tú también estás entre los vencedores».

Incluso los testimonios anónimos que cita James dan cuenta del carácter específico de este complejo arquetípico, como ocurre en este ejemplo de una «repentina comprensión de la presencia inmediata de Dios», que se produjo en un medio totalmente ajeno a la celda monástica del místico o al mar inspirador.

Conozco un oficial de nuestro cuerpo de policía que me contó que en muchas ocasiones, cuando estaba fuera de servicio y se dirigía a su casa, al atardecer, le asaltaba una comprensión tan clara y tan vital de unicidad con este Poder Infinito, y que este Espíritu de Paz Infinita se apoderaba de él y lo llenaba de tal manera que era como si apenas pudiera mantener los pies en contacto con el suelo, tal era la ligereza y la alegría que sentía gracias a esta marea que lo inundaba.

Por último, tenemos el relato que James hace de su propia iluminación, propiciada por una experiencia con óxido nítrico, droga psicotrópica que constituye su rotunda declaración sobre el misterio de los estados no ordinarios de conciencia.

En ese momento se impuso a mi mente una conclusión, de cuya verdad mi creencia jamás ha sufrido mella. Se trata de que nuestra conciencia despierta normal, a la que llamamos racional, no es más que un tipo especial de conciencia, mientras que alrededor de ella, y de ella separadas tan sólo por la pantalla más sutil, se hallan formas potenciales de conciencia completamente distintas... Ninguna explicación del universo en su totalidad puede ser definitiva si deja por completo de lado estas otras formas de conciencia. La cuestión estriba en cómo considerarlas, dada su completa discontinuidad respecto de la conciencia ordinaria. Pese a ello pueden determinar actitudes

aun cuando no puedan proporcionar fórmulas, y abrir una región aun cuando no puedan suministrar un mapa de ella. En cualquier caso, impiden saldar prematuramente nuestras cuentas con la realidad.

Esta clásica afirmación jamesiana de un universo abierto, interior y exterior, y esta postura de radical apertura intelectual y espiritual a su misterio, se hicieron todavía más claras en los textos que James escribió durante la oposición de Urano y Neptuno que coincidió con la última década de su vida. Más allá de esa pragmática afirmación de apertura, James agregó otra nota al relato de sus experiencias. Es una nota que se vuelve a oír una y otra vez en las filosofías místicas, las iluminaciones poéticas y los despertares religiosas asociados a épocas e individuos uranoneptunianos, la experiencia de la repentina *reconciliación*, la inesperada resolución en una unidad compleja más amplia de lo que parecían principios o fuerzas irrevocablemente opuestas: el *mysterium coniuctionis*.

Si miro al pasado, a mis propias experiencias, veo que todas convergen en un tipo de intuición a la que no puedo dejar de atribuir significado metafísico. La clave de ellas es, invariablemente, una reconciliación. Es como si los opuestos del mundo, cuya contradictoriedad y conflicto es la fuente de todas nuestras dificultades y nuestras inquietudes, se fundieran en una unidad. No sólo pertenecen, en tanto especies opuestas, a uno y el mismo género, sino que *una de las especies*, la más noble, la mejor, *es ella misma el género*, y de esa manera impregna y absorbe a su opuesto en sí misma. Sé que esta manera de hablar resulta oscura al expresarla en términos de lógica común, pero no puedo escapar del todo a su autoridad. Siento que algo tiene que significar… Quienes tienen oídos para oír, que oigan.

EL GRAN DESPERTAR DE LA ERA AXIAL

Ha llegado la hora de examinar el único período de la historia documentada en que los tres planetas más lejanos –Urano, Neptuno y Plutón– estuvieron en conjunción triple prácticamente exacta. Fue, en varios milenios, el único momento en que una conjunción de Urano y Neptuno estuvo en conjunción exacta también con Plutón. Sobre la base del gran número de correlaciones que hemos visto hasta ahora, podríamos esperar que este período histórico presentase un interés especial, incluso que sirviera como piedra de toque del enfoque que aquí estamos estudiando.

El hecho es que la larga conjunción triple de Urano, Neptuno y Plutón tuvo lugar en la extraordinaria época, sin precedentes y sin paralelo posterior en la historia, de la primera mitad del siglo VI a.C. Estas décadas constituyen el núcleo de la gran Era Axial, en cuyo transcurso nacieron muchas de las principales filosofías y tradiciones espirituales del mundo. A pesar de que cuando se trata de acontecimientos y personalidades de una época tan lejana es difícil precisar fechas –en general, lo único que se conoce es la década–, la evidencia de la importancia única de este período resulta abrumadora. Fue la época de Buda, que dio origen al budismo en India; de Mahavira y del origen del jainismo en India; de Lao Zi y el origen del taoísmo en China, al que una década después sucedió

el nacimiento de Confucio, contemporáneo más joven de Lao Zi. Esta misma época coincidió con la repentina oleada de profetas del Israel antiguo –Jeremías, Ezequiel y el Segundo Isaías– a través de los cuales se forjó una profunda transformación en la imagen judía de lo divino y en la comprensión de la historia humana. En esta misma época se compilaron y redactaron por primera vez las escrituras hebreas. En cuanto a la datación tradicional de Zoroastro y el surgimiento del zoroastrismo en Persia, con su inmensa influencia histórica, hace ya mucho tiempo que se fija en el siglo VI, pese a que todavía no puede precisarse.

En Grecia, el período de la triple conjunción coincidió exactamente con el nacimiento de la filosofía griega, pues entre los años ochenta y sesenta del siglo VI tuvieron su apogeo los primeros filósofos griegos, Tales y Anaximandro, y nació Pitágoras, figura clave de la historia de la filosofía y la ciencia occidental. En la religión griega emergía el orfismo y el oráculo de Delfos se hallaba en su momento de máxima influencia. Durante el mismo período floreció la gran poetisa lírica de la cultura occidental, Safo, cuya creatividad y dominio del arte fueron objeto de tal admiración que los autores clásicos la llamaron la décima Musa. En el mismo período nació Tespis, el padre de la tragedia griega, cuya decisiva innovación de poner en boca de actores individuales versos del diálogo que hasta entonces sólo pronunciaba el coro tradicional se considera el punto de partida del drama.

En otro orden de cosas, estas mismas décadas trajeron las revolucionarias reformas legales y económicas del estadista-poeta Solón en Atenas, que prepararon el camino al desarrollo de la democracia, en coherencia con el ciclo de Urano-*Plutón*: períodos de cambio radical, reforma política liberal y un renovado impulso hacia el progreso social y cultural. (El Siglo de Pericles ateniense coincidió con la conjunción siguiente de Urano y Plutón, un siglo y medio más tarde, en 443-430.) Durante este período, Solón estableció reglas para la recitación pública de la épica homérica, que llegó a ser la base de la educación griega y la imaginación clásica, reflejando un tema que se repetiría de modo sistemático bajo alineamientos posteriores de Urano y *Neptuno*, como los de la Antigüedad

Romana (Cicerón, Virgilio), el Renacimiento y el Romanticismo.

Las grandes figuras y los importantes acontecimientos, ideas, movimientos, despertares y transformaciones de la conciencia colectiva que se produjeron durante esta época prodigiosa han permeado la evolución posterior de la humanidad. Me parece asombroso que la época que se reconoce universalmente como la más significativa en toda la evolución filosófica y espiritual del mundo coincidiera con la única conjunción triple de Urano, Neptuno y Plutón, los mismos planetas cuyos alineamientos han estado asociados a significados arquetípicos propios de una época de despertar espiritual y transformación cultural tan universales. Después de pasar toda una vida estudiando estos ciclos planetarios, comprobé que las asombrosas coincidencias de esta época con la conjunción triple de los tres planetas más alejados posee en sí misma una cierta numinosidad.

Desde el punto de vista astronómico, fue la única época de la historia documentada en que los ciclos de Urano-Neptuno, Urano-Plutón y Neptuno-Plutón coincidieron en una conjunción triple tan estrecha. Los tres planetas estaban a menos de 2° del alineamiento exacto a mediados del período, es decir, en 577-576 a.C. Contemplados, por así decirlo, con un gran angular telescópico, los fenómenos históricos y culturales coincidentes parecen haber formado una inmensa onda arquetípica en el medio siglo comprendido entre 600 y 550, que abarcó casi exactamente el período en que Neptuno y Plutón estuvieron a menos de 30° de su conjunción (602-552). Como ya he observado al analizar otras conjunciones triples de planetas exteriores, como la notable conjunción de Júpiter, Urano y Plutón de 1968-1969, la presencia de tres planetas en semejante configuración parece coincidir con una importante ampliación del orbe en el que se dan acontecimientos arquetípicamente pertinentes. En la conjunción de la primera mitad del siglo VI a.C., los tres ciclos planetarios formaron una serie de alineamientos exactamente concéntricos en el interior de este período más largo; su superposición es tan ajustada que el intervalo entre sus conjunciones se fue estrechando durante los años noventa y ochenta, hasta alcanzar el alineamiento

más preciso en los años 578-575 y luego separarse gradualmente durante los años sesenta y cincuenta.[11]

Aquí encontramos los temas característicos del ciclo de Urano-Neptuno que hemos expuesto en los capítulos anteriores, pero, como corresponde a la triple conjunción con Plutón, expresados con espectacular fecundidad, de manera masiva y profunda, hondamente evolutiva y transformadora en gran escala, tanto temporal como geográficamente. El tema básico de los *despertares espirituales y el nacimiento de nuevas religiones* durante esta época y las décadas siguientes es, por supuesto, el más llamativo de estos motivos característicos de Urano-Neptuno: las grandes revoluciones religiosas del budismo, el taoísmo, el confucianismo, el jainismo, etc. Desde la perspectiva de la historia de la religión occidental, en las revelaciones proféticas del judaísmo de esta época vemos ejemplificado el tema esencial de Urano-Neptuno de radical transformación de la imagen de Dios y una nueva y revolucionaria comprensión de la voluntad divina actuando en la historia, particularmente adecuada a la presencia de Plutón, con su relación arquetípica con la evolución, y a la voluntad universal.

Con respecto al tema del *nacimiento de nuevas filosofías*, característico de Urano-Neptuno, nos encontramos aquí con el nacimiento mismo de la filosofía occidental, visible en Tales, Anaximandro y Pitágoras, todos los cuales ejercieron una nueva capacidad de la razón crítica para descubrir los *arkhái* fundamentales, las causas unitivas originarias que subyacen al flujo y la diversidad del mundo. Otro tema de Urano-Neptuno, el surgimiento de *filosofías de carácter específicamente idealista*, es evidente en la concepción pitagórica de las formas matemáticas trascendentes y la inteligencia universal que gobiernan el cosmos. Es notable que la conjunción siguiente de Urano y Neptuno, exactamente un ciclo más tarde, coincidiera con el nacimiento del platonismo, profundamente influido por Pitágoras.

El motivo *astronómico* del ciclo de Urano-Neptuno que hemos visto en la secuencia de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton es evidente aquí en el nacimiento de la astronomía misma, a través de la obra de Tales, Anaximandro y Pitágoras. Este comienzo históricamente trascendental está dominado

por las primeras especulaciones astronómicas de Tales (incluida su famosa predicción de un eclipse en 585); la postulación de Anaximandro de la primera cosmología científica, que consideraba a la Tierra suspendida libremente en el centro de un universo esférico; y la postulación de Pitágoras de una Tierra esférica encerrada en la esfera rotatoria de las estrellas fijas, mientras que los planetas rotaban en la dirección contraria. (Otro patrón diacrónico: Eudoxio, el primer astrónomo griego que propuso una cosmología detallada que explicaba los distintos movimientos planetarios, nació durante la conjunción siguiente de Urano y Neptuno, al comienzo del siglo IV.)

Entre el gran número de innovaciones intelectuales y nuevos comienzos de la Era Axial está el primer mapa de la Tierra, obra de Anaximandro, quien además postuló la primera teoría de la evolución que se conozca, de acuerdo con la cual la vida surgió del mar y los primeros seres humanos eran semejantes a peces. Se trata de una correlación muy interesante en vista de la asociación de Plutón con la evolución biológica y la coincidencia de los alineamientos de Urano-Plutón con el surgimiento de las teorías de la evolución (la de Darwin y Wallace durante la conjunción de los años cuarenta y cincuenta del siglo XIX, las de Erasmus Darwin, Geoffroy Saint-Hilaire, Goethe y Lamarck durante la oposición anterior de los años noventa del siglo XVIII y las de la «segunda revolución darwinista» durante la conjunción más reciente de los años sesenta del siglo XX.) El hecho de que esa conjunción particular de Urano y Plutón incluyera a Neptuno en el alineamiento sugiere el motivo oceánico dominante de la teoría de la evolución de Anaximandro, y el extraordinario salto imaginativo e intuitivo que se requería para tal conjetura en aquella época.

El tema de la *epifanía cósmica* de Urano-Neptuno, que desvela una dimensión espiritual del universo, se expresa espléndidamente en la revelación pitagórica de la armonía trascendente de las esferas que une astronomía y música en un todo de ordenación divina. También se expresa en el uso pitagórico de la palabra *kosmos* para describir un universo vivo impregnado de inteligencia espiritual, belleza y perfección estructural. En Pitágoras vemos también la *unidad de ciencia y religión*, la ausencia absoluta de fronteras categoriales, que

representa otro motivo frecuente de Urano-Neptuno. En lo que atañe al *surgimiento creativo de tradiciones esotéricas* que hemos observado en coincidencia con alineamientos posteriores de Urano-Neptuno, la fundación de la hermandad y la filosofía pitagóricas es fuente de inspiración de muchas tradiciones esotéricas occidentales que han visto en Pitágoras su origen y su reverenciada autoridad carismática.

Otro motivo característico de Urano-Neptuno evidente durante esta época fue el nacimiento de nuevas formas de expresión artística, visible en el inicio del drama trágico y el papel del actor introducido por Tespis. Una vez más, encontramos un patrón diacrónico: el primer gran trágico, Esquilo, surgió durante la oposición siguiente de Urano y Neptuno: en 485 a.C. ganó el primero de los muchos premios que obtuvo en el festival anual de Atenas, y continuó escribiendo hasta totalizar noventa piezas en el curso de su larga vida. Shakespeare, su heredero renacentista, nació durante una oposición de Urano y Neptuno, dos mil años más tarde.

El surgimiento de nuevas formas artísticas y genio creativo también queda maravillosamente encarnado durante el período de la triple conjunción en la luminosa figura de Safo, quien tuvo su apogeo a partir de los años ochenta del siglo VI. Lo mismo que a Pitágoras, se atribuye a Safo un carisma espiritual como gran sacerdotisa de la isla de Lesbos, donde presidía un culto femenino del amor, la belleza y la poesía. Incluso en los escasos fragmentos que han llegado hasta nosotros es evidente, muchos siglos después, que su obra representó no sólo una ruptura creativa respecto de la imaginación poética, sino también un profundo cambio psicológico en la actitud del artista. Safo produjo una nueva forma de desvelamiento poético personal e íntimamente emocional. Transformó creativamente la poesía lírica tanto en la técnica como en el estilo, pues abandonó la tradición de la poesía escrita desde la perspectiva de los dioses y las musas y adoptó un enfoque que expresaba el punto de vista personal del individuo. Al escribir en primera persona, al describir el amor y su pérdida tal como la afectaban personalmente, parece haber servido con su arte al progreso en el impulso a la individuación que por entonces asomaba en la psique griega.

También podemos reconocer en Safo dos temas importantes de Urano-Plutón que ya hemos visto correlacionados con este ciclo en épocas posteriores, como durante los años sesenta del siglo XX, de 1896 a 1907, de 1845 a 1856 y la última década del siglo XVIII: la *potenciación social de las mujeres* y *el despertar dionisíaco y la liberación erótica*. La presencia del complejo asociado a los tres planetas en combinación puede percibirse en la profundidad del sentimiento y la intensidad de la expresión lírica que distingue la obra de Safo, una revelación del eros irresistible en su potencia visceral e instintiva (Urano-Plutón) e inextricablemente ligada con las dimensiones poética, romántica e imaginativa de su arte (Urano-Neptuno).

Un igual a los dioses me parece
el hombre aquel que frente a ti se sienta,
de cerca y cuando dulcemente hablas
te escucha, y cuando ríes
seductora. Esto –no hay duda– hace
mi corazón volcar dentro del pecho.
Miro hacia ti un instante y de mi voz
ni un hilo ya me acude,
la lengua queda inerte y un sutil
fuego bajo la piel fluye ligero
y con mis ojos nada alcanzo a ver
y zumban mis oídos;
me desborda el sudor, toda me invade
un temblor, y más pálida me vuelvo
que la hierba. No falta –me parece–
mucho para estar muerta.

He aquí presente algo del estallido shakespeareano de intensidad romántico-erótica, una modalidad lírica de la fiebre cerebral dostoievskiana y también una insinuación del intenso eros poético plenamente carnal de Whitman. En todos esos casos estaban en alineamiento dinámico los mismos tres planetas, pero esta vez en una conjunción triple.

La compresión de estas maravillas del mundo antiguo –culturales, religiosas, científicas, filosóficas y artísticas– en un

corto lapso y en coincidencia exacta con la conjunción de Urano, Neptuno y Plutón, también se refleja en la arquitectónica de la Babilonia de Nabucodonosor. El reinado de Nabucodonosor en Babilonia, que se extendió de 605 a 562 a.C., coincidió de modo casi preciso con toda esta época. Durante dicho período, Nabucodonosor hizo restaurar prácticamente todos los templos de su imperio. Babilonia era una gran ciudad de grandeza palaciega, de monumentales edificios públicos con fachadas de azulejos esmaltados con brillantes colores, canales, amplias avenidas, calles sinuosas y los Jardines Colgantes, llenos de flora exótica que se regaban con agua llevada del Éufrates.

Esta Babilonia fue el crisol de la gran metamorfosis del judaísmo que tuvo lugar en esta época. La destrucción de Jerusalén en 586 por Nabucodonosor y la deportación de la mayor parte de la población judía al cautiverio babilónico se produjo en exacta coincidencia con el tránsito mundial de Saturno en cuadratura con Plutón y Neptuno (inmediatamente antes de que Urano entrara en estrecha conjunción con estos dos planetas). En las décadas siguientes, la profunda respuesta de los profetas judíos a esos catastróficos acontecimientos políticos y espirituales desencadenó la transformación del judaísmo en una religión caracterizada por el universalismo monoteísta y el individualismo ético. Los escritos de Jeremías y Ezequiel durante esta era expresaban un énfasis radicalmente nuevo en la relación del individuo con Dios. Los del Segundo Isaías, nacido bajo la triple conjunción, aportaron la poderosa declaración de un Dios soberano y lleno de amor que reina sobre toda la historia y toda la humanidad, inspirando en las generaciones venideras una visión esperanzada en el advenimiento del reino de Dios, que liberaría a su pueblo de los sufrimientos y las injusticias del presente.[12] La metamorfosis de la imaginación profética en esa época se convirtió en fuente de inspiración para incontables figuras y movimientos religiosos de siglos posteriores, incluidas muchas visiones utópicas y milenaristas que surgieron una y otra vez durante los alineamientos posteriores del ciclo de Urano-Neptuno, desde el período del Nuevo Testamento al movimiento del siglo XX por los derechos civiles:

Así dice el Dios Yahvé, el que crea los cielos y los extiende, el que hace firme la tierra y lo que en ella brota, el que da aliento al pueblo que hay en ella, y espíritu a los que por ella andan. Yo, Yahvé, te he llamado en justicia, te así de la mano, te formé, y te he destinado a ser alianza del pueblo y luz de las gentes, para abrir los ojos ciegos, para sacar del calabozo al preso, de la cárcel a los que viven en tinieblas.

Una voz clama: «En el desierto abrid camino a Yahvé, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios. Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano, y las breñas planicie. Se revelará la gloria de Yahvé, y toda criatura a una la verá».

(Isaías, 42: 5-7; 40: 3-5)

Hemos visto ya la combinación de los planetas Urano, Neptuno y Plutón en las configuraciones cuadráticas de los siglos XVI y XIX, al ocuparnos de los complejos choques de poderosas fuerzas detectables en las obras de Shakespeare, Galileo y Dostoievski. Ello nos puede proporcionar un atisbo de la sobrecogedora transformación de la conciencia que el Despertar Axial del siglo VI a.C. produjo en un sinnúmero de personas en las civilizaciones del mundo antiguo, de China e India a Persia, Babilonia, Israel y Grecia: la destrucción de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo, cambios sin precedentes en la percepción de la realidad, el poder de las revelaciones que inauguran una época, el despertar de perspectivas religiosas, filosóficas y científicas radicalmente novedosas, en realidad el nacimiento de la filosofía y la ciencia tal como las entendió luego nuestra civilización, y el nacimiento de tradiciones religiosas hasta hoy mismo fundacionales de la comunidad humana. Además, en lo que se refiere al aspecto social de la evolución religiosa, la Era Axial abrió para la humanidad la posibilidad de un compromiso individual directo y mucho más amplio con lo divino por parte de místicos, profetas, filósofos y sabios, cuya experiencia religiosa y autoridad espiritual representa la emancipación de la arcaica jerarquía que hasta entonces había mediado dicha experiencia.

Cuando consideramos el progreso del ciclo de Urano-Neptuno y los patrones diacrónicos de fenómenos culturales

arquetípicamente vinculados que se desplegaron durante alineamientos posteriores, como los nacimientos del platonismo y el cristianismo, podemos reconocer que muchas de las grandes religiones y epifanías filosóficas del Despertar Axial se centraban en una *transformación* profunda y duradera de *la experiencia de lo numinoso*. Esta transformación adoptó formas radicalmente diversas en las distintas civilizaciones y tradiciones –budista, taoísta, confuciana, jainista, zoroastrista, judía, griega–, que se desarrollaron con orientaciones divergentes de acuerdo con sus respectivas tradiciones. Lo común a estas distintas transformaciones es una nueva y poderosa distinción, que a menudo se convertiría en una dicotomía radicalmente polarizada, entre una realidad espiritual radicalmente superior y una realidad percibida como intrínseca o provisionalmente inferior. Ambas realidades se distinguían y se definían en muchos niveles, a menudo solapadas: el mundo divino de eternidad y el mundo humano de flujo y finitud, el ontológicamente primordial y el derivado, el trascendente y el inmanente, espíritu y materia, bueno y malo, luz y oscuridad, arriba y abajo, perfecto e imperfecto, uno y múltiple, realidad e ilusión, Brahman y *maya*, nirvana y samsara, el Tao y el mundo convencional, el reino de Dios y el mundo secular, el futuro redimido y el presente pecador, salvación/iluminación y oscura cárcel de la condición humana ordinaria, el filósofo-profeta-místico-sabio y el no iluminado.

Toda tradición religiosa desarrolló estas diferenciaciones y luchó de diversas formas por superarlas, con resultados espirituales y filosóficos completamente distintos en Asia y en Occidente. Sobre estas polaridades se estableció el fundamento espiritual e intelectual de una parte de la evolución histórica de la conciencia humana que ha tenido lugar desde entonces, sobre todo en Occidente, donde estas dicotomías han sido particularmente pronunciadas y han tenido consecuencias importantes. Desde un punto de vista hegeliano y junguiano, se podría decir que esta revelación de opuestos metafísicos dinámicamente relacionados en la experiencia humana, de tanta trascendencia histórica, inició un gran proceso evolutivo de tensiones y síntesis dialécticas en el que aún hoy vive nuestra época.

El gran Despertar Axial del período de la triple conjunción fue un fenómeno extremadamente complejo, un *fons et origo* con múltiples corrientes. Desde el momento de su aparición, todas las religiones y filosofías que nacieron o se transformaron durante esta época tenían una complejidad interna que se desarrolló y se diferenció creativamente en los siglos siguientes. Cada corriente fue objeto de múltiples ramificaciones, divisiones internas y nuevas divergencias. La nueva autonomía del individuo, la nueva capacidad para una conciencia plenamente reflexiva, la nueva voluntad de poner en tela de juicio lo recibido y lo dado, los retos a las creencias establecidas, la rebeldía profética y filosófica contra los poderes seculares y los valores convencionales, el nuevo papel de místicos y sabios, las nuevas modalidades de expresión artística que sirven de apoyo a una mayor individualidad y a una crítica reflexiva acerca de la condición humana, el emergente impulso general a alejarse de lo local y lo tradicional y acercarse a lo universal y lo nuevo, y por último, aunque no menos importante, el despertar a una realidad trascendente que busca un nuevo tipo de encarnación en el mundo de la historia humana: todas estas características decisivas de la época axial pusieron en movimiento procesos que se desarrollaron dialécticamente en los siglos y milenios posteriores.

Por un lado, podemos reconocer la dinámica arquetípica de la conjunción triple como expresión de un titánico poder de evolución: profundidad e intensidad del principio plutoniano que impulsa y potencia los fenómenos arquetípicos del ciclo de Urano-Neptuno, cuyos alineamientos coinciden de modo sistemático con los nacimientos de nuevas religiones, despertares místicos, renacimientos culturales, revelaciones artísticas, nuevas filosofías, visiones utópicas y epifanías cósmicas (Plutón-Urano-Neptuno). Según este enfoque, los fenómenos básicos de la Era Axial durante la conjunción triple son los que hemos visto como característicos del ciclo de Urano-Neptuno, pero imbuidos de una intensidad trascendental por la presencia de Plutón.

Por otro lado, podemos describir la dirección arquetípica durante el período de conjunción triple como aquella en que el principio de Neptuno espiritualiza y da forma religiosa, me-

tafísica e imaginativa a los fenómenos –característicos del ciclo de Urano-Plutón– de súbito cambio radical y agitación revolucionaria, amplia potenciación de la creatividad y un intensificado impulso colectivo hacia la innovación progresista y la lucha por nuevos horizontes (Neptuno-Urano-Plutón).

Por último, podemos abordar el complejo arquetípico triplanetario durante este período del Despertar Axial como expresión del principio prometeico de Urano en la medida en que libera, despierta y cataliza de manera súbita e imprevista los fenómenos característicos asociados al ciclo de Neptuno-Plutón (Urano-Neptuno-Plutón).

El ciclo de Neptuno-Plutón, que implica a los dos planetas más lejanos, es el más largo de los ciclos planetarios y sus fenómenos históricos y culturales sincrónicos son, en ciertos aspectos, los más profundos y de mayores consecuencias. Se extiende aproximadamente por espacio de cinco siglos y las oposiciones intermedias tienen lugar unos dos siglos y medio después de cada conjunción. El período de cada uno de tales alineamientos de Neptuno y Plutón, dentro del orbe de 15°, dura por sí mismo de veinticinco a treinta años, aproximadamente, y dentro del orbe más amplio de 20°, más de un tercio de siglo.

Para limitarnos ahora a la historia cultural de Occidente, podemos seguir brevemente la secuencia de los alineamientos cíclicos de Neptuno y Plutón y la extraordinaria regularidad de su coincidencia con los comienzos y finales de grandes épocas históricas de enorme dimensión cultural. Como acabamos de ver, la triple conjunción del siglo VI a.C. no sólo coincidió con el corazón de la Era Axial mundial, sino también con el auge de Grecia y su pronta conversión en civilización histórica mundial. La oposición siguiente de Neptuno y Plutón de 345-315 a.C. coincidió exactamente con el clímax del período clásico griego y el inicio de la era helenística, marcada por la inmensa transformación que produjo Alejandro Magno en el mundo mediterráneo y en Asia occidental.

La conjunción siguiente de Neptuno y Plutón coincidió con el pleno auge de Roma en la época de Julio César y Augusto (siglo I a.C.); la siguiente, con la caída del Imperio romano de Occidente y el comienzo de la Edad Media (si-

glo V d.C.); la siguiente, con el comienzo de la Baja Edad Media (siglo X), y la posterior con el final de la Edad Media y el inicio del Renacimiento (finales del siglo XIV y principios del XV). En el punto medio de los quinientos años del período moderno, la oposición de Neptuno y Plutón coincidió con el momento culminante de la Revolución Científica, a mediados del siglo XVII. Por último, la conjunción más reciente de Neptuno y Plutón coincidió con la gran época de *fin de siècle*, últimas décadas del siglo XIX y primeros años del siglo XX (1880-1905), que dio comienzo al ciclo de quinientos años en el que nos hallamos.

El ciclo de Neptuno-Plutón, con su correspondiente complejo arquetípico, exige por sí mismo un estudio y análisis detallados que expondré en otro lugar. Lo que aquí puede mencionarse brevemente es que, además de las grandes épocas que marcan el comienzo y la caída de civilizaciones, que acabamos de sugerir, los alineamientos mayores del ciclo de Neptuno-Plutón parecen haber coincidido con transformaciones especialmente profundas de la visión cultural y la experiencia colectiva de la realidad, que a menudo se produjeron muy por debajo de la superficie de la conciencia colectiva. Podemos reconocer algunos de sus temas característicos en el gran crisol de destrucción y regeneración metafísicas por las que pasó la cultura occidental durante la última conjunción de Neptuno y Plutón de finales del sigo XIX, ese final de una época y umbral transformador simbolizado por la transvaloración nietzscheana de todos los valores, la agonía de los dioses que habían regido el espíritu occidental durante más de dos milenios, la disolución subterránea de la creencia cristiana convencional y de los presupuestos de la Ilustración, el poderoso surgimiento del «inconsciente» en muchos sentidos (incluida su primera conceptualización), la interpenetración global de las tradiciones religiosas y culturales y la aparición en la cultura occidental de un abanico de fenómenos culturales e impulsos arquetípicos reprimidos y de largo desarrollo, que condujeron al mundo intensamente dinámico del siglo XX.

Tales transformaciones subyacentes de las eras de Neptuno-Plutón tienden a emerger en la superficie de la vida cul-

tural en forma más explícita durante los alineamientos posteriores de Urano y Plutón y de Urano y Neptuno, a menudo como rupturas creativas y súbitos despertares. Hemos visto una oleada de acontecimientos y figuras de este tipo en los cambios revolucionarios y las epifanías culturales que tuvieron lugar durante las oposiciones superpuestas de Urano y Plutón y de Urano y Neptuno, a comienzos del siglo XX. Estos inmensos impulsos transformadores en la psique colectiva profunda produjeron otra eclosión cíclica de creatividad e intenso cambio cultural acentuado durante la conjunción siguiente de Urano y Plutón, en los años sesenta del siglo pasado. Esto nos lleva a la conjunción de Urano y Neptuno más reciente.

EL CICLO DE NEPTUNO-PLUTÓN

Alineamientos axiales desde 60 a.C.

Orbe de 15°		Alineamiento exacto < 1°
590-565 a.C.	*conjunción**	579-577
345-315	*oposición*	333-327
96-71	*conjunción*	85-82
150-180 d.C.	*oposición*	162-168
399-424	*conjunción*	410-413
645-674	*oposición*	656-662
893-918	*conjunción*	904-906
1137-1167	*oposición*	1150-1155
1386-1411	*conjunción*	1397-1400
1631-1660	*oposición*	1643-1648
1880-1905	*conjunción*	1891-1893

El orbe de 20° añade de tres a cinco años antes y después de las fechas consignadas para los 15°.

* Para la triple conjunción de Urano, Neptuno y Plutón correspondiente al siglo VI a.C., orbe de 20°:

Conjunción de Neptuno y Plutón	594-560
Conjunción de Urano y Neptuno	586-566
Conjunción de Urano y Plutón	583-570

EL FINAL DEL SIGLO XX Y EL CAMBIO DE MILENIO

Nuestro último ejemplo del ciclo de Urano-Neptuno es la conjunción más reciente, que estuvo a menos de 15° del alineamiento exacto entre 1985 y 2001. Si lo consideramos más ampliamente, en el orbe de 20°, este alineamiento se prolongó hasta finales de 2004 y las correlaciones de las últimas etapas sugieren el fenómeno habitual de «poniente» al cierre de un desarrollo arquetípico largo y acumulativo.

Si retrotraemos la mirada a este extraordinario período de finales del siglo XX y el cambio de milenio, podemos reconocer que prácticamente la totalidad de las principales categorías evidentes en las épocas pasadas de Urano-Neptuno desempeñaron un papel dominante en la vida de la comunidad mundial: la amplia renovación espiritual de la época, la asombrosa multiplicidad de caminos y tradiciones originarias de muchas culturas y épocas que se difunden y se mezclan en todo el mundo, el florecimiento de movimientos religiosos en Latinoamérica, África, Rusia y Asia Oriental, el renacimiento del islamismo en Oriente Próximo y en otras regiones, la rápida expansión del pentecostalismo y otras iniciativas misioneras cristianas en muchos continentes. Durante esta conjunción, podemos reconocer los signos familiares al complejo arquetípico de Urano-Neptuno en la penetración y la intensidad del interés que el Occidente contemporáneo mostró por el budis-

mo, el sufismo, el hinduismo y el taoísmo, la meditación y el misticismo, las tradiciones esotéricas y la mitología, la psicología junguiana y arquetipal, la teoría transpersonal y la investigación de la conciencia, el chamanismo y las tradiciones indígenas, el misticismo de la naturaleza, la convergencia entre ciencia y espiritualidad y, por último, el surgimiento de paradigmas holísticos y participativos prácticamente en todos los campos.

Sin embargo, esta época ha sido, tanto intelectual como espiritualmente, de una insólita fluidez y una compleja ambigüedad; fluidez y ambigüedad que reflejan la misma *Gestalt* arquetípica. Otro motivo igualmente característico del ciclo de Urano-Neptuno, evidente durante este alineamiento, es la aparición de la «posmodernidad», que desarrolló y, en muchos sentidos, llevó a su punto culminante impulsos intelectuales y culturales que se habían puesto en movimiento a finales del siglo XIX y comienzos del XX, durante la convergencia de los planetas exteriores que hemos analizado al final del último capítulo. La sensibilidad posmoderna, de creciente peso tanto en la vida y la visión de la cultura académica como de la sociedad en general durante finales de los años ochenta y los noventa, marcó una rápida disolución y deconstrucción de estructuras, fronteras y jerarquías establecidas desde hacía mucho tiempo, así como de muchas certezas, creencias y supuestos otrora inconmovibles, todo al servicio de la emancipación.

La realidad no es lo que acostumbraba a ser, declaraba el título de un libro característico de los años noventa que resumía los desarrollos culturales posmodernos. La apreciación de que la realidad objetiva y la identidad personal son «construidas», que no tienen un fundamento independiente, que son una suerte de mito social, ha sido, con todas las ramificaciones liberadoras y desconcertantes de este reconocimiento, un tema dominante de esta época. La crítica epistemológica de la ciencia moderna y de sus pretensiones de poseer un acceso único o intrínsecamente superior a la verdad objetiva impregnó análogamente toda la vida cultural del período. Esta crítica y disolución de estructuras de creencia establecidas se extendió a la presunción de hegemonía intelectual, espiritual y

cultural de la civilización occidental en general, y al mismo tiempo socavó y liberó la mente occidental desde dentro y desde fuera.

Un rasgo esencial de esta época, y reflejo precisamente de la *Gestalt* arquetípica de Urano-Neptuno, fue la sensación generalizada de que la conciencia colectiva occidental había entrado en un estado liminal entre paradigmas, con una variabilidad, incertidumbre, libertad y confusión epistemológica y metafísica sin precedentes, pero, en virtud de su flexibilidad radicalmente plural, abierto a posibilidades y realidades vedadas en el discurso colectivo convencional de las generaciones anteriores.

Una expresión de este complejo arquetípico que tuvo consecuencias profundas en el escenario político internacional fue el surgimiento de la *perestroika* y la *glasnost* durante la época de Gorbachev en la Unión Soviética, en exacta coincidencia con el inicio de la conjunción de Urano y Neptuno de mediados de los años ochenta. A partir de ese momento, en la sociedad que hasta entonces había sido tal vez la más estrictamente cerrada y blindada del planeta, se produjo un movimiento hacia una mayor apertura política y una innovación más flexible. Otra señal del mismo complejo arquetípico que se dio en estos mismos años fue el despertar extraordinariamente amplio y vigoroso, en ambos bandos de la Guerra Fría y en la comunidad internacional en general, a un impulso de unidad y paz mundial. En Europa, todo el alineamiento de Urano-Neptuno estuvo dominado por el movimiento político y económico que tendía al establecimiento de la Comunidad Europea, que disuelve las antiguas fronteras nacionales en favor de una amplia comunidad continental con libre circulación de personas, ideas y bienes. En todos estos contextos, el impulso a la unificación y la paz estaba estrechamente asociado a la creciente disolución de las barreras globales (Neptuno) en virtud de la rápida expansión de las tecnologías de la comunicación (Urano).

Los nuevos impulsos y desarrollos de la Unión Soviética y Europa Oriental durante la segunda mitad de los años ochenta, característicos del complejo de Urano-Neptuno –emancipador, unificador, innovador– provocaron considerable resis-

tencia y lucha. Precisamente en esos años, de 1985 a 1991, Saturno formaba una conjunción triple poco común con Urano y Neptuno, la única del siglo XX. Las tensiones entre el orden antiguo y el nuevo, la quiebra de estructuras y las desestabilizaciones, junto con la creciente pérdida de fe en el sueño comunista (cambio colectivo de conciencia ampliamente catalizado por emisiones televisivas que cruzaban las fronteras y daban a conocer la realidad de la vida detrás del Telón de Acero), todo ello reflejaba temas típicos de estos complejos planetarios en intrincada y tensa interacción.

Precisamente cuando Júpiter entraba en estrecha oposición a esta triple conjunción de Saturno, Urano y Neptuno, del verano de 1989 al verano de 1990, se produjeron las revoluciones de Europa del Este, la liberación de Nelson Mandela y el comienzo del final del *apartheid* en Sudáfrica. El clima de euforia colectiva en presencia de un cambio radical aparentemente milagroso y repentino, exento casi por completo de violencia, acompañada de una dimensión espiritual (como la expresó Václav Havel, por ejemplo), reflejaba elocuentemente los temas arquetípicos característicos que se asocian a la combinación de Júpiter, Urano y Neptuno. La caída del otrora impenetrable Muro de Berlín y el desmantelamiento de la larga barrera que dividía Alemania Oriental y Alemania Occidental fueron tan vertiginosos que los periodistas y los fotógrafos tuvieron que correr frenéticamente para dejarlos registrados. Como informó Associated Press: «Por dondequiera que el dique se derrumbaba, ríos de alemanes lo atravesaban llorando y gritando de alegría». Vemos aquí típicas metáforas neptunianas –ríos de gente llorando– en combinación con el motivo característico de Saturno-Urano del hundimiento repentino de estructuras, en medio de temas de euforia, cambios de rapidez deslumbrante y súbita victoria de la libertad, propios de Júpiter-Urano.

No sólo la liberación de millones de personas de la opresión del comunismo soviético coincidió exactamente con este alineamiento multiplanetario, sino también la liberación de la conciencia colectiva internacional de la prisión de la Guerra Fría y su constante amenaza de apocalipsis nuclear. De la misma manera, la propagación del ideal democrático por todo el

mundo durante los años de la conjunción fue coherente con el complejo de Urano-Neptuno. La síntesis del impulso emancipador prometeico y un idealismo de expresión mítica quedó claramente ilustrada en la primavera de 1989 por la aparición de la estatua de la Diosa de la Libertad, construida por los estudiantes chinos insurrectos, en la Plaza de Tiananmen.[13]

La espectacular transformación de la experiencia individual y colectiva que derivó de la rapidez del desarrollo y la difusión de la alta tecnología, sobre todo el ordenador personal e Internet, es básica, por supuesto, para la comprensión de toda esta época y refleja motivos característicos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno. Podemos mencionar brevemente algunos de los temas que reflejan con claridad la combinación de Urano y Neptuno: la síntesis de innovación tecnológica y cambios radicales en la conciencia, la aceleración sin precedentes del flujo de información y la experiencia interna de la vida, la corriente incesante y la instantaneidad de la comunicación producida por el correo electrónico, la sensación de interconexión sin límites y la acelerada disolución de fronteras (relacionales, globales, económicas, epistemológicas). La dimensión experiencial de estos cambios refleja claramente el complejo de Urano-Neptuno en la apertura repentina, liberadora y, para muchos, desconcertante de redes infinitas de conexiones y de acceso a nuevas fuentes de datos. Lo mismo ocurre con el aspecto adictivo e inductor de trances, propio del uso de Internet, similar al de las drogas.

También sugieren esta *Gestalt* arquetípica términos y metáforas tan característicos como «ciberespacio», «World Wide Web», «hipertexto» y el «mar» dinámico y no lineal de fuentes de información prácticamente infinitas, interconectadas de modo complejo a través de vínculos de hipertexto, todo ello mediado por motores de búsqueda cuasi mágicos, que han revolucionado la búsqueda y transmisión de conocimiento. Las numerosas alusiones a Internet como el medio que facilita el surgimiento de una «mente global», una «mente Gaia», «noosfera teilhardiana» o «red de Indra», con conexiones de

Internet, cables de fibra óptica de gran velocidad (en gran parte submarinos) y la tecnología sin hilos, potencialmente capaz de conectar cualquier nódulo de conciencia individual con otro cualquiera del planeta, refleja claramente el complejo arquetípico de Urano-Neptuno. También podemos reconocer los signos distintivos de esta combinación planetaria en las aspiraciones utópicas, incluso místicas, que surgieron en conexión directa con las nuevas tecnologías.

En estos mismos años fueron evidentes muchos temas característicos de Urano-Neptuno en el ámbito de las ciencias. La aparición de teorías del hiperespacio, realidades alternativas, partículas virtuales, materia oscura invisible y energía oscura, junto con la teoría multidimensional de las cuerdas (según la cual el universo está compuesto por cuerdas «tan pequeñas que una observación directa equivaldría a leer el texto de esta página desde una distancia de cien años luz»), sugiere esta *Gestalt* arquetípica. De manera similar refleja el complejo de Urano-Neptuno la teoría del «multiverso», según la cual nuestro universo no es más que uno entre incontables universos que existen en otras dimensiones, con nuevos universos reproduciéndose a partir de agujeros negros y *big bangs* como burbujas a partir de un mar infinito de burbujas. Vemos aquí el ascenso espontáneo de una mentalidad científica de metáforas y características neptunianas (mar, burbujas, infinito, dimensiones invisibles de la realidad, imaginación especulativa sin trabas) en combinación con temas uranianos (ciencia astronómica, realidades nuevas y sorprendentes, creatividad cósmica incesante y nuevos comienzos).

En términos más generales, el ciclo de Urano-Neptuno también se puede asociar con el auge de la propia cosmología y la catalización de creativas conjeturas cosmológicas. Tales conjeturas y progresos teóricos se vieron muy acelerados durante estos años por nuevos datos obtenidos gracias a la mayor calidad tecnológica del telescopio, el procesamiento informático de imágenes, los satélites y las sondas (de modo muy parecido a como el telescopio de Galileo estimuló nuevas maneras de comprender el sistema solar y el cosmos). Es notable que al inicio de la conjunción de Urano y Neptuno el *Voyager II* enviara a la Tierra las primeras imágenes de estos

dos planetas, en 1986 y 1989, respectivamente. La existencia de planetas exteriores a nuestro sistema solar quedó demostrada por una serie de descubrimientos que se iniciaron en 1989; al final del alineamiento se habían registrado más de cien planetas extrasolares. El descubrimiento de fluctuaciones primordiales en el cosmos, que datan de trescientos mil años después del *Big Bang*, realizado por el satélite *Cosmic Background Explorer* (COBE) y anunciado en 1992, ofreció una información precisa y sin precedentes en lo tocante a parámetros cosmológicos tan decisivos como la estructura profunda, la geometría y la tasa de expansión del universo. Sin embargo, la fuente más espectacular de revelaciones fue el telescopio espacial *Hubble*, «el instrumento más importante que se haya construido jamás en astronomía».

Lanzado durante el alineamiento de Júpiter, Urano y Neptuno de 1989-1990, que también coincidió con la caída del Muro de Berlín y la Revolución de Terciopelo, el *Hubble* transmitió durante esta conjunción, año tras año, imágenes que hicieron posible una serie extraordinaria de avances astronómicos. El telescopio espacial, que con sus cuatrocientos mil componentes tal vez fuera el instrumento más complejo que se había construido hasta entonces, permitió a los astrónomos calcular la edad y la tasa de expansión del universo y abrió la visión y la imaginación humanas a las realidades cósmicas a través de enormes distancias espaciales y temporales. Durante este alineamiento se anunciaron incontables descubrimientos. Cuando, en 2004, se aproximaba el final de la conjunción de Urano y Neptuno (y en coincidencia con la oposición de Júpiter-Urano que tuvo lugar un ciclo entero y catorce años después de su lanzamiento), el Hubble hizo posible la visión telescópica más profunda del universo que hasta ese momento había obtenido la humanidad. Entre las diez mil nuevas galaxias que reveló se hallaban las que resultaron ser galaxias bebés, formadas durante los primeros quinientos millones de años después del *Big Bang*, en las «edades oscuras» anteriores a la posibilidad misma de la formación de estrellas.[14] La época de la conjunción de Urano y Neptuno fue una y otra vez aclamada por científicos y periodistas como la que produjo una «edad de oro» y un «renacimiento» en astronomía.

Sin embargo, gran parte del discurso y de la teoría científica de este período sugiere otras expresiones del mismo complejo arquetípico. Es el caso, por ejemplo, de la creciente influencia de la teoría de sistemas, la teoría de la complejidad y la teoría del caos, todas ellas centradas en redes de relación siempre cambiantes, dinámicas no lineales y la compleja interdependencia de los sistemas vivos. También se podría mencionar aquí la amplia popularidad de las perspectivas científicas holísticas y participativas, como las de David Bohm (totalidad y orden implicado en física), Ilya Prigogine (teoría de las estructuras disipativas y de no equilibrio en química), Rupert Sheldrake (teoría del campo mórfico en biología), Barbara McClintock («sensibilidad para el organismo» en investigación biológica y genética), Edgar Morin (holismo complejo y transdisciplinario en ciencias sociales y naturales), Stuart Kauffman y el Santa Fe Institute (autoorganización y complejidad en biología), Humberto Maturana y Francisco Varela (teoría de la autopoiesis y la cocreación enactiva de la realidad en neurociencia cognitiva) y Ervin Laszlo (hipótesis de un «campo psi» que actúa como pleno cósmico subyacente o mar de energía superfluida que conserva toda la información y transmite modelos de coherencia), entre muchos otros.

Varios motivos superpuestos de Urano-Neptuno son a menudo visibles en una única teoría, como en la hipótesis del «Hypersea» de Mark y Dianna McMenamin en geología y biología evolucionista, en la que el tema que se examina, las metáforas que se utilizan y los principios que se postulan reflejan este campo arquetípico (mar y océano, interconectividad fluida, simbiosis, todas las formas de vida terrestre, en su extraordinaria diversidad, como una única forma de vida e intrincadamente anidada y unida por su mar interior de fluidos corporales portadores de nutrientes). Otros temas de este complejo arquetípico son sugeridos por el trabajo de Terrence Deacon sobre las consecuencias evolutivas de la cognición simbólica (*The Symbolic Species*), y la exploración de George Lakoff y Mark Johnson sobre la naturaleza metafórica de la percepción y la comprensión humanas (*Metáforas de la vida cotidiana*). El súbito auge del interés en una multidisciplinaria «ciencia de la conciencia» durante los años noventa, expresa-

do en numerosas conferencias, revistas y programas académicos, es otra manifestación característica del complejo de Urano-Neptuno.

Un reflejo particularmente ilustrativo de este campo arquetípico es el acercamiento entre, por un lado, la ciencia, y, por otro, la religión, la teología y la espiritualidad, visible en multitud de libros y simposios dedicados a esos temas durante los años noventa. Los diálogos entre científicos occidentales y el Dalai Lama, de amplia difusión, así como el proyecto de investigación sobre la biología y la neurociencia de la meditación, en cooperación con el Dalai Lama y monjes budistas, que se inició en 1992, son expresiones típicas del complejo de Urano-Neptuno constelado en la psique colectiva de esta época. La «neurología de la experiencia religiosa» se convirtió en un notable tema de investigación científica y discusión pública. Igualmente característica de este impulso arquetípico fue la amplia aspiración de reconciliar las perspectivas religiosas y las teorías evolucionistas, ya fuera mediante síntesis de antiguas ideas místicas asiáticas y la ciencia occidental contemporánea, con teorías de diseño inteligente de acuerdo con principios bíblicos, o mediante el desarrollo de elaboradas concepciones filosóficas y cosmológicas influidas por pensadores como Teilhard de Chardin y Alfred North Whitehead.

En esta época, las principales tradiciones religiosas del mundo –cristiana, judía, budista, hindú, islámica, taoísta, las diversas corrientes indígenas y chamánicas de América del Sur y del Norte, África y Australia– adoptaron una fluidez y una apertura radicales. Durante los años de esta conjunción de Urano y Neptuno hubo complejas combinaciones, diálogos y fusiones creativas de estas tradiciones, tanto en el seno de las distintas culturas como en los individuos, a una velocidad y con una profundidad sin precedentes. Se produjeron importantes reformas e incluso desarrollos revolucionarios en estas tradiciones, incluidos cambios creativos en el ritual, la doctrina, las estructuras jerárquicas y las prácticas.

En términos más específicos, este período aportó a las

diversas tradiciones religiosas un impulso a abrirse para abrazar valores claramente asociados al complejo arquetípico de significados de Urano-Neptuno: a flexibilizar su estructura y su aislamiento, adoptar actitudes más relacionales, más abiertas a la totalidad, más ecológicas y cosmológicas, más integralmente encarnadas, más directamente experienciales, más abiertas a la dimensión mística de la religión, más plurales y proclives al diálogo, más orientadas a la comunidad mundial y, en muchos sentidos de la palabra, más participativas. Todos estos desarrollos sugieren un impulso prometeico que se expresa a través y dentro del dominio de Neptuno: religión y espiritualidad, disolución de fronteras y movimiento hacia la unidad y la interconectividad.

Aparte de estas tendencias más liberalizadoras, esta conjunción coincidió con el auge general de la religiosidad en todo el mundo, tema característico de las épocas presididas por Urano-Neptuno. Muchos movimientos cristianos –pentecostal, evangélico, carismático, revivalista y otros– experimentaron durante estos años un crecimiento impresionante, que empezó en las comunidades locales y se extendió luego al mundo entero gracias en parte al poder de difusión de los medios de comunicación electrónicos. Este crecimiento recibía el impulso de fenómenos carismáticos, rituales religiosos de gran intensidad emocional, sanaciones por la fe, experiencias de renacimiento, apariciones numinosas y otras vías de transformación espiritual. El auge de la religiosidad adoptó una amplia diversidad de formas en muchas religiones –muy notable en el islam, pero no menos en el resurgimiento de la ortodoxia rusa y el catolicismo eslavo, la expansión del mormonismo, el surgimiento de las megaiglesias coreanas, los movimientos populares en China y las iglesias sincréticas en Sudamérica–, todas ellas indicativas de una vigorosa constelación del complejo de Urano-Neptuno en la psique colectiva.

Mientras las principales tradiciones religiosas experimentaban estas transformaciones, con consecuencias aún hoy imprevisibles, gran parte del dinamismo espiritual característico de la época tenía lugar al margen de las tradiciones. La influencia de los impulsos esotéricos y místicos en la psique colectiva durante esta conjunción fue particularmente acusa-

da, como en la difusión de la meditación budista vipassana, el esoterismo cristiano y las nuevas formas de gnosticismo. La oleada de renovado interés por las tradiciones mitológicas de todo el mundo tras la difusión póstuma, por radio y televisión, de las entrevistas a Joseph Campbell en la primavera de 1988, es una clara muestra de esta tendencia. A finales de los años ochenta y durante toda la década siguiente, bajo esta conjunción, las listas nacionales de libros más vendidos en Estados Unidos solían incluir una proporción insólitamente elevada de obras escritas por autores de orientación junguiana y arquetipal, como Campbell, Robert Bly, Thomas Moore, Clarissa Estes, Marion Woodman y James Hillman, y la palabra «alma» figuraba en los títulos de incontables obras populares.

Revistas tales como *Gnosis*, *Alexandria*, *Parabola*, *Common Boundary*, *The Quest*, *Culture and Cosmos* (Inglaterra), *Esoterica* (Estados Unidos), *Esotera* (Alemania) y *Universalia* (Praga), se hicieron muy populares y las acompañó un renovado interés por el misticismo, el hermetismo, el gnosticismo, el pitagorismo, la Cábala, la teosofía y la antroposofía. Se dedicaban conferencias y libros especializados a temas como las prácticas adivinatorias en la Antigüedad Clásica, historia de la astrología helenística, el uso de enteógenos psicoactivos en los misterios eleusinos, los rituales chamánicos de la selva amazónica, las corrientes esotéricas en el arte y el pensamiento renacentistas, los orígenes de la religión mistérica del mitraísmo, las prácticas mágicas bizantinas, las perspectivas feministas sobre el budismo tántrico, la geometría sagrada en la arquitectura occidental, la Ilustración de los rosacruces, la alquimia y la tradición hermética en la Praga del siglo XVII, etcétera. La combinación de lo astronómico y lo esotérico-místico se expresaba en el renovado interés popular por la arqueoastronomía, Stonehenge y las Pirámides, las profecías de los indios americanos, el calendario maya y las convergencias armónicas.

Las obras de ficción que exploraron temas metafísicos y esotéricos, como *Las nueve revelaciones* y *El código da Vinci*, tuvieron millones de lectores. Los libros más vendidos en todo el mundo durante este alineamiento fueron la serie de novelas de J. K. Rowling, sobre magia y artes ocultas (comenzando por *Harry Potter y la piedra filosofal*, título explícitamente

alquímico, en 1997, durante la conjunción triple con Júpiter). Otros temas característicos de Urano-Neptuno –experiencias místicas próximas a la muerte, la vida después de la muerte, vidas anteriores, ángeles, auras, fenómenos mediúmnicos, adivinación, desarrollo de la intuición y la imaginación creadora, interpretación de los sueños, tarot, Yiying, yoga, taichí, métodos holísticos de sanación, sanación de la unidad mente-cuerpo, sanación espiritual, círculos de oración, introducción de espiritualidad e idealismo social en la práctica empresarial, dimensión espiritual de la ecología, espiritualidad y resolución de problemas de género, la danza y el arte como caminos espirituales, peregrinaciones espirituales a lugares sagrados de todo el mundo, poesía mística– inundaron la conciencia colectiva durante esta conjunción. El poeta con más ventas en América del Norte durante los años noventa, en gran número de traducciones, fue Rumi, el místico sufí del siglo XIII.

En términos más generales, el complejo de Urano-Neptuno parecía evidente en el despertar colectivo de un deseo espiritual y existencial de fundirse con una unidad mayor, de reconectarse con la Tierra y todas las formas de vida en ella, con la comunidad global, con el cosmos, con el fundamento espiritual de la vida, con la comunidad del ser. Este impulso arquetípico es visible también en la nueva conciencia de una invocación al *anima mundi*, el alma del mundo, la dimensión arquetípica de la vida, y en el amplio llamamiento a un reencantamiento del mundo: el reencantamiento de la naturaleza, la ciencia, el arte, la vida cotidiana. En esta época, la *Gestalt* arquetípica asociada a Urano-Neptuno se aprecia especialmente en la urgencia prácticamente universal por superar viejas escisiones y dualismos –entre ser humano y naturaleza, espíritu y materia, mente y cuerpo, sujeto y objeto, masculino y femenino, intelecto y alma, cosmos y psique– y descubrir una realidad integral y una conciencia unificadora más profundas.[15] Todas estas tendencias pueden entenderse como expresiones del impulso arquetípico asociado a la *coniunctio oppositorum*, la conjunción de opuestos, y el *hierós gámos*, el matrimonio sagrado. Este impulso, reflejo de temas místicos herméticos, cabalísticos y cristianos que, como hemos visto, se correlacionan con alineamientos previos de Urano y Nep-

tuno, tuvo su expresión más reciente a través de Jung, en el contexto de la psicología profunda y en coincidencia con la oposición y la cuadratura anteriores de este mismo ciclo, ya analizadas.

Con todos estos impulsos y desarrollos, parecía que cierta expectativa espiritual relativa a un cambio de época se hubiera apoderado de la psique colectiva. Abundaban las profecías procedentes de múltiples tradiciones, leídas sobre el telón de fondo de una mayor urgencia histórica producida por la aceleración de los desarrollos geopolíticos, nucleares y ecológicos del mundo. El cielo mismo produjo fenómenos insólitos y espectaculares durante esta conjunción, como fueron la aparición extraordinariamente clara del cometa Hale-Bopp, el impresionante choque del cometa Shoemaker-Levy 9 con Júpiter, que tanta gente contempló, y el brillo increíble de Marte mientras orbitaba más cerca de la Tierra que en ningún otro momento de la historia documentada. Otros fenómenos como la misteriosa aparición de complejísimos círculos de las cosechas en todo el mundo, proporcionaron un homólogo terrenal a ese espectáculo del cielo, al igual que los patrones climáticos de creciente imprevisibilidad y rareza, la fundición de los casquetes polares y las predicciones científicas del cambio climático mundial. La combinación de estos diversos fenómenos trajo a la mente de algunos la profecía bíblica «Haré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra».

La sed de trascendencia espiritual y unidad holística de la psique colectiva, enormemente activada durante este período, mostró también el lado problemático de este complejo arquetípico, patente en un amplio espectro de impulsos y comportamientos. La conciencia religiosa de la época promovió multitud de caprichosos entusiasmos y excéntricos movimientos propios de la New Age, a la vez que inspiró y fomentó fanatismos fundamentalistas en muchas religiones de todo el mundo. Sectas tan disímiles en sus creencias como Puerta del Cielo, Templo Solar, Aum Shinrikyo y los Branch Davidians, reflejaban la intensificada sensibilidad religiosa y metafísica de la época. Comunidades religiosas y sistemas de creencia que tendían a cerrarse sobre sí mismos estimularon diversas formas de rechazo del mundo, desde el aislamiento hasta el suicidio.

Especialmente importantes fueron ciertas consecuencias del *revival* del cristianismo evangélico en Estados Unidos, que a menudo adoptó la forma política de conservadurismo reaccionario e irreflexivo. En su modalidad activa, este movimiento reivindicó agresivamente los «valores bíblicos» contra los de una sociedad secular pluralista, combinando a veces esta reivindicación con un nacionalismo mesiánico (especialmente catalizado durante los alineamientos de Saturno y Plutón ya analizados, como en 2000-2004). En otros casos, el impulso evangélico, de modo muy semejante al de ciertas corrientes del movimiento de la New Age, se combinó con el abandono del compromiso con los desafíos de la vida moderna y la deliberada ignorancia de las realidades medioambientales y económicas del mundo. Particularmente indicativa del complejo de Urano-Neptuno fue la extendida creencia en un inminente «rapto» masivo en el que los creyentes cristianos serían transportados súbitamente al reino de los cielos, junto a Jesús, dejando un mundo que caería en la tribulación apocalíptica. Entre 1995 y 2004 se vendieron más de cuarenta millones de ejemplares de novelas de la serie «Left Behind», difusoras de esta creencia, cifra sólo superada por la Biblia entre los textos leídos por cristianos. El clímax de la serie llegó en 2004 –también en coincidencia con la oposición de Júpiter y Urano–, con la publicación del vigésimo volumen, *Glorious Appearing*, que describía el regreso triunfal de Jesús al mundo.

En términos más generales, fue evidente una intensificada tendencia psicológica al escapismo y la negación, la pasividad y el narcisismo, la credulidad y el engaño, reforzada por la inmersión colectiva en la realidad artificial de los medios de comunicación de masas. Estas tendencias y patologías reflejan el aspecto sombrío del complejo de Urano-Neptuno, al igual que la saturación de la conciencia colectiva por imágenes tecnológicas, poderosamente estimulantes y vacías de significado. La fascinación hipnótica y adicción a la imagen, la tendencia colectiva a la grave confusión epistemológica –la mezcla de lo real con lo virtual y lo ilusorio, de biografías con historias semificticias, las noticias dramatizadas, emisiones de vídeos gubernamentales camuflados de noticiario, tergiversaciones

políticas, docudramas, infoanuncios, *reality shows*, rumores en Internet, relatos de noticias inventadas y periodismo fraudulento, trabajos de erudición o escolares plagiados, la difusión electrónicamente acelerada de lo insustancial y lo espurio– y la continua exhibición de relativismo posmoderno vulgar que infecta sutilmente a la cultura popular, son expresión cabal de este complejo. Todo esto sugiere el aspecto sombrío de Neptuno (ilusión, disolución desconcertante de fronteras, confusión y mezcla, engaño y autoengaño, fantasía, imagen, pasividad hipnotizada) catalizado por Urano (tecnología electrónica de alta velocidad, innovación, sed de excitación y estimulación, lo novedoso, lo que está en cambio constante).

Estos temas se resumieron en la estética dominante de los vídeos de MTV (canal de música internacional), cuya influencia masiva fue aumentando durante este alineamiento, desde mediados de los ochenta hasta el final del siglo. El cambio rápido de yuxtaposiciones disyuntivas de imágenes impulsadas por ritmos musicales repetitivos produce una forma de entretenimiento hipnótico de masas que contribuye a la disolución de las estructuras de racionalidad narrativa e identidad personal. Estas tendencias culturales se combinan a su vez con una amplia susceptibilidad a la obsesión por toda clase de adicciones –drogas, alcohol, consumismo, televisión, zapeo mecánico, cobertura mediática de personajes famosos, videojuegos, pornografía, Internet–, todo lo cual sugiere el aspecto problemático del principio arquetípico de Neptuno: adictivo, evasivo, narcisista, ilusorio, hipnótico. Estas y otras formas de *maya* intensificado de la cultura global ponían en peligro el potencial positivo de los otros fenómenos característicos de Urano-Neptuno, como los multimedia electrónicos interactivos, la inteligencia artificial, el desarrollo de efectos especiales espectacularmente creativos en el cine y la realidad virtual.

Como hemos visto en repetidas ocasiones, es frecuente esta combinación de manifestaciones positivas y problemáticas del mismo complejo arquetípico durante un alineamiento planetario. Sin embargo, es en los alineamientos en que se halla involucrado Neptuno donde más parece destacarse una cualidad de irresoluble ambigüedad, fluidez y confusión epistemológica. ¿Dónde se traza la línea divisoria entre lo positi-

vo y lo problemático en muchos de los fenómenos que hemos mencionado? ¿Quién debe trazarla? La perspectiva arquetípica sugiere aquí una especie de metaperspectiva, pues la naturaleza relativa de todos los juicios refleja una posición filosófica –podría llamársela reflexividad posmoderna– que expresa en sí misma precisamente el complejo arquetípico de Urano-Neptuno. Este modo de conciencia se hizo dominante durante los años de conjunción de Urano-Neptuno, con multitud de consecuencias que han sido al mismo tiempo liberadoras y desconcertantes. Finalmente, como en alineamientos anteriores de este ciclo planetario, el resultado fue el surgimiento de una radical fluidez creativa y flexibilidad metafísica en la conciencia colectiva de nuestro tiempo.

Muchos de los desarrollos más controvertidos y desafiantes de esta época pueden considerarse expresiones de una orientación característica del complejo de Urano-Neptuno –la disolución de fronteras mediante la tecnología y el cambio, que, en su forma negativa, se traduce en la pérdida de tradiciones culturales, lenguas, religiones y comunidades a través de los medios de comunicación de masas, la globalización, la inmigración y la asimilación, la difusión y la apropiación, con las consiguientes tensiones y reacciones defensivas–. Es posible reconocer una dinámica similar en las artes y la propiedad intelectual como consecuencia de la digitalización de la información y el acceso libre, espontáneo y potencialmente universal a la descarga de música, películas, imágenes y textos desde la web. Todas estas cosas son susceptibles de revisiones tecnológicas con resultados cuya naturaleza cubre tanto lo creativo y divertido como lo distorsionante y fraudulento. Incluso el modo característico de rebelión sociópata adolescente durante este período –la diseminación de virus informáticos en la World Wide Web– reflejan otro aspecto del complejo de Urano-Neptuno.

El auge extraordinario del teléfono móvil, con su multitud de complejas implicaciones sociológicas y psicológicas en los años noventa, es un síntoma particularmente elocuente de la *Gestalt* de Urano-Neptuno. Al final de la conjunción de Urano y Neptuno, su uso no sólo había disuelto de manera novedosa las fronteras entre los individuos y los lugares, sino que

también abría las fronteras entre los usuarios de móviles y sus vecinos físicos –en restaurantes, metros, aeropuertos, aceras–, que no pueden dejar de oír la conversación y asimilar la realidad privada del otro. El amplio uso de teléfonos móviles produjo también una experiencia sin precedentes de muchas realidades al mismo tiempo: los individuos hablan por teléfono a la vez que participan de reuniones o fiestas, hacen los deberes escolares, conducen en medio del tráfico urbano o caminan por la calle, de manera que están continuamente comprometidos, a veces de modo intenso, con otro mundo. Este tipo de situaciones, repetidas incontables veces a lo largo del día en todo el mundo, contribuye también a la creciente aparición de «comunidades virtuales» de relación y diálogo, muchas veces en combinación con la desaparición virtual del contexto físico inmediato. Puede haber varias personas físicamente presentes en el mismo lugar y, sin embargo, a fines prácticos, son invisibles entre sí mientras se enfrascan en conversaciones con personas que no están presentes.

La movilidad de los teléfonos no sólo proporciona un grado de accesibilidad sin precedentes, sino también una frecuente confusión y desorientación (a veces engaño deliberado) acerca de dónde se halla en ese momento la persona que habla por el móvil, que tanto puede estar detrás de la puerta como al otro lado del planeta. La interacción a través de diversas zonas horarias se ha convertido en experiencia cotidiana. Esta condición de «no localidad» ha tenido su paralelo en el mundo del ciberespacio y en Internet, en donde se combina con el fenómeno de la adopción de muchas identidades virtuales por el mismo usuario en salas de chat y otros foros de Internet. Una forma muy característica de no localidad que ha hecho su aparición en esta época ha sido la experiencia de muchos individuos que, a través del ciberespacio y la televisión global, terminan por conocer más a fondo el estado del mundo y de regiones lejanas del planeta que su propia vecindad. Todas estas experiencias de reciente aparición en la psique colectiva –disolución de fronteras, accesibilidad sin límites, no localidad, realidades múltiples, realidades virtuales, identidades virtuales múltiples, desorientación, confusión, ilusión, interconexión y unidad globales, todo ello mediado por las nue-

vas tecnologías– refleja con toda elocuencia diversas expresiones del complejo arquetípico de Urano-Neptuno.

De la misma manera en que los años sesenta, con su conjunción de Urano y *Plutón*, desplegaron un poderoso dinamismo creativo y emancipador y liberaron destructivas energías instintivas en casi todas las áreas de la actividad humana, el período de la conjunción más reciente de Urano y Neptuno mostró una expresión claramente ambivalente de los respectivos impulsos arquetípicos, divididos casi por igual entre lo admirable y lo problemático. Sin embargo, adoptaran formas positivas o negativas, durante ambas conjunciones estos fenómenos reflejaron los principios arquetípicos asociados a dichos planetas. En esta indeterminación yace tanto la potencial libertad creativa como la responsabilidad moral del individuo y la comunidad humana para abrazar y encauzar estas fuerzas arquetípicas de la manera más ennoblecedora y vital.

Comparación de los años sesenta y los noventa

El período de 1960-1972 fue el primero que examinamos en este libro. Ahora, al final de la exposición, puede resultar útil comparar y contrastar los dos períodos –aproximadamente los años sesenta y los años noventa– que coincidieron con las únicas conjunciones de los planetas exteriores en los últimos cien años. La próxima conjunción de este tipo, de Urano y Plutón, sólo se producirá dentro de cien años. Puesto que es raro que en una misma generación se den *dos* conjunciones de ese tipo, estamos ante una oportunidad magnífica para la comparación histórica. Ambos períodos son lo bastante recientes como para que muchos lectores puedan enriquecer la comparación de registros históricos con sus conocimientos y experiencias personales. Esta comparación particular tiene además la ventaja de ocuparse de dos conjunciones que tienen un planeta en común, Urano, de modo que podemos observar las similitudes arquetípicas relativas a la presencia del principio de Prometeo activado en ambos casos, y también las diferencias arquetípicas relativas a la presencia de Plutón en un alineamiento y Neptuno en el otro.

Comparemos brevemente los dos períodos en varias categorías de fenómenos culturales empleando como abreviaturas: «los sesenta», para abarcar todo el período de la conjunción de Urano y Plutón que se inició alrededor de 1960, alcanzó la exactitud en 1965-1966 y se extendió hasta comienzos de los años setenta; y «los noventa», para abarcar todo el período de la conjunción un poco más larga de Urano y Neptuno que se inició a mediados de los años ochenta, alcanzó el punto exacto en 1993 y se extendió durante toda la década siguiente, hasta comienzos del nuevo milenio.

Es fácil distinguir el conjunto de cualidades arquetípicas compartidas por las dos épocas, y de hecho la semejanza entre los sesenta y los noventa ha sido observada muchas veces. Ambos fueron períodos de cambios extraordinariamente rápidos y –cada uno a su manera– notables por la desestabilización de las estructuras establecidas, la creatividad acelerada y el intensificado impulso a la emancipación y el experimento. Todos estos temas reflejan, naturalmente, el arquetipo de Prometeo asociado a Urano, el planeta común a ambos alineamientos. Con estas cualidades arquetípicas compartidas, las diferencias entre una y otra época pueden reconocerse, en buena medida, como reflejo de la presencia arquetípica dominante de Plutón en los sesenta y de Neptuno en los noventa.

Desde el punto de vista político, los sesenta se caracterizaron por una erupción volcánica de actividad revolucionaria y emancipadora que afectó prácticamente a todas las esferas de la experiencia humana. Incluso las manifestaciones contra la guerra que reclamaban paz y amor estaban imbuidas de una pasión elemental y a menudo incontrolable, una irresistible intensidad visceral que una y otra vez se volcaba en violencia y enfrentamientos feroces. Prácticamente todos los campus universitarios importantes de Estados Unidos fueron escenarios de rebelión extremadamente cargados de antagonismo, y la mayoría de las principales ciudades sufrieron la feroz destrucción perpetrada por los disturbios urbanos de la década. En contraste, podemos pensar en la Revolución de Terciopelo y en realidad en casi todo el hundimiento revolucionario del Telón de Acero en 1989-1990, que se produjo casi sin derramamiento de sangre, fenómeno poco menos que inconcebible

hasta ese momento. Era como si, en una nación tras otra, hubiera tenido lugar un súbito cambio de la conciencia colectiva, sutil pero penetrante, en virtud del cual se deshacían de repente estructuras establecidas desde hacía mucho tiempo. Esta «revolución por disolución», como se la ha llamado, refleja precisamente las dos fuerzas operativas en el complejo de Urano-Neptuno, y es aplicable a la World Wide Web y la revolución del comercio mundial y las estructuras empresariales impulsadas por la informática, y también a los cambios radicales que tuvieron lugar en el campo político durante el mismo período.

Otro ejemplo igualmente ilustrativo de este contraste entre ambas épocas puede encontrarse en China. A mediados de los años sesenta, durante la Revolución Cultural iniciada por Mao Zedong, decenas de miles de jóvenes de la Guardia Roja protagonizaron una eclosión de instinto furioso, asombrosamente violento, a gran escala y durante años, que afectó a millones de personas y fue causa de una inmensa destrucción en todo el país en nombre de la revolución y la libertad. Este panorama de desenfreno político durante la conjunción de Urano-Plutón contrasta con las acciones de los pacíficos estudiantes rebeldes de la Plaza de Tiananmen en 1989, durante la conjunción de Urano y Neptuno, con su idealismo de la Diosa de la Libertad y la famosa imagen de desafío pacifista que encarnó el estudiante solo y desprotegido, pero en serena actitud de resistencia, ante el avance de los tanques.

Análogamente, el movimiento afroamericano por los derechos civiles de los años sesenta, a pesar de la política de no violencia de King y muchos otros (que comenzó durante la cuadratura de Urano y Neptuno de los años cincuenta), fue dando paso durante toda la década de Urano-Plutón a la militancia exaltada del movimiento Black Power, el ascenso de los Black Panthers, asaltantes armados que ocupaban edificios universitarios, y la violencia desesperada del «*Burn, baby, burn*» de las incontables conflagraciones urbanas de la década; de nuevo, más de ciento veinte ciudades fueron desgarradas por disturbios tan sólo en el verano de 1967. Por el contrario, la Marcha del Millón de Hombres, en marzo de 1995, durante la conjunción de Urano y Neptuno, se caracterizó por la

oración masiva y las expresiones colectivas de religiosidad, un impulso explícitamente espiritual y un llamamiento a la unidad más impregnado de fervor evangélico que revolucionario. Incluso después de las revueltas de 1992 en Los Ángeles (durante la cuadratura de Saturno y Plutón), lo que produjo el efecto más conmovedor y duradero fue el breve discurso de la figura central del drama, Rodney King, en su *cri de coeur* a favor de una comunidad humana de tolerancia pacífica y simpatía mutua: «¿No podemos vivir juntos?».

Por supuesto, el cambio histórico de una época a otra no se reduce al simple contraste. En los ejemplos mencionados para el período de la conjunción de Urano y Neptuno podemos apreciar la neta continuación de impulsos de emancipación y la fuerte tendencia al cambio radical que surgió abiertamente durante la conjunción de Urano y Plutón de los sesenta. Como hemos analizado en capítulos anteriores, las fuerzas arquetípicas subyacentes que surgen durante un alineamiento específico no desaparecen de modo repentino cuando el alineamiento llega a su fin, sino que continúan desplegándose en multitud de formas. Estas manifestaciones subsecuentes son significativamente modeladas por la nueva dinámica arquetípica de las épocas posteriores, que corresponde a los nuevos alineamientos planetarios que van teniendo lugar en los diversos ciclos. Por tanto, no se trata de comparar de una manera simple dos épocas como si fueran objetos newtonianos completamente distintos y separados. Por el contrario, para emplear una sencilla metáfora olímpica, el proceso se parece más al pase del testigo, que se lleva a un nuevo contexto. La época posterior parece *contener en sí la anterior* de una manera causalmente eficaz, y continúa encarnando y desarrollando los impulsos arquetípicos dominantes que surgieron explícitamente durante el alineamiento planetario previo. Pero lo hace de tal modo que refleja la cambiante dinámica arquetípica de la nueva época, en correspondencia con su nueva convergencia de alineamientos planetarios.

La revolución feminista bajo la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta, por ejemplo, se centró sobre todo en lograr el reconocimiento legal y la autonomía personal –de orden político, económico y sexual– de las mujeres como

medio y medida de su liberación. Este poderoso impulso continuó a lo largo de las décadas siguientes, evolucionando y redefiniéndose año tras año. Durante la conjunción de Neptuno y Plutón de finales de los ochenta y la década siguiente, el impulso feminista se expresó en una nueva diversidad de formas, muchas de las cuales favorecieron el cultivo de lo que se vivió y se definió como «valores femeninos»: mayor conciencia holística en distintas formas, con énfasis en la intuición y empatía, sensibilidad relacional, inserción ecológica, conciencia plenamente encarnada, pluralismo creativo, preferencia del diálogo pacífico a la agresión competitiva, educación y cuidado, dignidad de lo maternal, sacralidad del parto, a menudo con todos estos valores y cualidades asociados explícitamente a temas espirituales. Hizo su aparición un nuevo reconocimiento y cultivo de las «formas femeninas de conocer», que refleja orientaciones epistemológicas distintas de las predominante, en el pensamiento moderno.

Durante los años noventa, la dimensión espiritual y religiosa del feminismo se hizo mucho más pronunciada que en los sesenta. La afirmación de la autoridad espiritual de las mujeres en religión se convirtió en un tema central, con amplia presión a favor de la ordenación de las mujeres como pastoras y sacerdotisas, lo que a menudo constituía un desafío a las autoridades conservadoras y que tuvo una evolución similar en las religiones judía, budista y otras. El creciente reconocimiento de la dimensión femenina de lo divino, el rápido desarrollo de un movimiento que buscaba recuperar una «tradición de divinidad femenina» de la imaginería y el ritual religiosos, el crecimiento del movimiento wicca y la invocación de una «sabiduría de la Tierra», el surgimiento de la espiritualidad ecofeminista, la creciente popularidad del cristianismo sofiánico, el repentino interés por los relatos de visiones de María en la devoción católica romana y la fundación de programas académicos sobre la espiritualidad de las mujeres durante ese período, sugieren la constelación del complejo arquetípico de Urano-Neptuno. Las perspectivas históricas también se modelaban de acuerdo con esta lente, como se advierte en el hecho de que muchos abrazaran el trabajo arqueológico pionero de Marija Gimbutas como demos-

tración de que en la antigua Europa había un igualitarismo pacífico y una sociedad matriarcal que reflejaban la primacía de valores espirituales y estéticos. Tales perspectivas alentaron renovaciones de un idealismo utópico que no se diferencia demasiado de otras visiones utópicas que hemos visto asociadas a los alineamientos de Urano-Neptuno de otras épocas, sólo que esta vez su objetivo central era reinstaurar a las mujeres y la dimensión femenina de la existencia en el centro de la vida cultural y espiritual.

Un cambio paralelo puede observarse en la historia de la emancipación de gays y lesbianas en estas dos épocas. Una vez más, el impulso dominante que surgió en los años sesenta y comienzos de los setenta fue la reivindicación de libertad personal, reconocimiento de derechos políticos y liberación sexual. Aunque estas aspiraciones mantuvieron su importancia en las décadas siguientes, se les agregaron intereses y valores nuevos que reflejaban temas características de la conjunción de Urano y Neptuno que se inició a mediados de los años ochenta. En parte bajo el impacto de la epidemia de sida (que comenzó apenas antes del inicio de la conjunción de Saturno y Plutón), se puso de manifiesto un nuevo espíritu de servicio compasivo centrado en la curación, el sacrificio altruista, muchas veces de proporciones heroicas, y el reconocimiento de la dimensión espiritual de la vida. En una etapa posterior de este período, a lo largo de los años noventa y en la entrada del nuevo milenio, el impulso colectivo de la comunidad de gays y lesbianas reflejó de modo creciente una reivindicación de valores relacionales y espirituales, que se expresa en la demanda del derecho a contraer matrimonio con la aprobación de la religión y de la sociedad civil, y a ejercer como sacerdotes, pastores y obispos en posiciones de autoridad religiosa en el ejercicio libre y abierto de sus creencias espirituales.

Ciencia y tecnología

Durante la conjunción de Urano y Neptuno, también las teorías científicas fueron visiblemente influidas por esta *Gestalt* arquetípica. En primer lugar, el reconocimiento posmo-

derno de que todas las teorías científicas están radicalmente impregnadas, en general de modo inconsciente, por factores no empíricos: género, clase, raza, etnia, lenguaje, mitos, ambición personal, afán de controlar o conquistar la naturaleza, etcétera. Aunque la comprensión revolucionaria de los paradigmas científicos surgió en los años sesenta, tras la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn, fue durante los años noventa cuando esta visión impregnó tanto el mundo académico como la cultura popular. No se trató simplemente de una mayor difusión de la teoría de Kuhn, sino de su desarrollo y revisión en formas específicas y arquetípicamente adecuadas, y de su articulación, por ejemplo, en formas nuevas y de mayor matización psicológica, tales como el giro feminista que aportaron Evelyn Fox Keller y Carolyn Merchant, el ecologista debido a Theodore Roszak y Ralph Metzner, y las variantes transpersonal y arquetipal que aportaron los trabajos de Stanislav Grof y James Hillman.

Ciertas disciplinas científicas parecen haber sido afectadas de modo significativo por este cambio en la dinámica arquetípica de una a otra época. Por ejemplo, la teoría cosmológica de los sesenta estuvo dominada por el descubrimiento de la radiación cósmica de fondo, que apoya la teoría del *Big Bang*. La repentina liberación de fuerzas elementales de inimaginable potencia en el nacimiento del cosmos, en una masiva explosión centrífuga de energía y materia estelar, es una magnífica expresión del complejo arquetípico de Urano-Plutón, al mismo tiempo prometeico y dionisíaco. Aunque esta teoría siguió desarrollándose en las décadas posteriores, en los años noventa tuvo lugar un cambio, en parte debido a la nueva información aportada por el telescopio espacial *Hubble*, con el surgimiento de teorías cosmológicas multidimensionales más complejas que incorporaban procesos y fenómenos apenas alcanzables por la imaginación humana, a semejanza de la situación que se creó a partir de la revolución einsteiniana durante la última oposición de Urano y Neptuno, a principios del siglo XX.

Otra faceta del mismo complejo fue el auge extraordinario de teorías de la evolución cosmológica que integran específicamente una dimensión espiritual. Este impulso es evidente en

un abanico de formas, entre las cuales las propuestas de John Barrow y Frank Tippler de un principio cosmológico antrópico, de acuerdo con el cual ciertas constantes en la evolución cósmica están calibradas exactamente para permitir la existencia de la vida humana, y diversos juicios de carácter espiritual de destacados científicos, tales como la declaración del astrónomo Allan Sandage según la cual el *Big Bang* sólo puede considerarse un «milagro». Durante este alineamiento, el mismo impulso se expresó de modo más general en el desarrollo de una «cosmología sagrada» y una visión de la evolución cósmica de inspiración espiritual, teilhardiana o whiteheadiana, en pensadores tales como Thomas Berry, Brian Swimme y David Ray Griffin. Cada época configura su cosmología, sus perspectivas históricas y sus metanarrativas evolutivas de acuerdo con su propio *Zeitgeist*, que a mi juicio tiene uno de sus indicadores más exactos en el estado de la dinámica arquetípica asociada a las configuraciones planetarias.

La metamorfosis de la hipótesis Gaia entre los años sesenta y los noventa muestra la misma progresión arquetípica. En su formulación original por Lovelock a finales de los sesenta, la hipótesis Gaia era sobre todo una teoría relativa a las interrelaciones dinámicas de los procesos físicos, biológicos y químicos de la Tierra, que sugería que ésta era una red integrada de vida con propiedades emergentes de autorregulación. En el curso de los años ochenta y noventa, la cultura en general consideró la hipótesis Gaia como base de una orientación más espiritual y mitopoética hacia los problemas ecológicos: no sólo se veía a la Tierra como un sistema de vida intrincadamente autosostenido y autoorganizado, sino también como la propia Gaia, la diosa Tierra, un ser cósmico de naturaleza y valor sagrados. Pese a los intentos de la comunidad científica y del propio Lovelock de circunscribir la hipótesis a parámetros científicos, en el discurso general el término «Gaia» se asoció de manera creciente a una actitud de veneración por todas las formas de vida del planeta, con rituales e invocaciones y con un activismo ecologista que, en última instancia, se inspira en valores espirituales y en un sentimiento subyacente de unidad mística con la naturaleza.

Las teorías sobre la evolución biológica correspondientes

a una y otra época también sugieren un cambio de influencias arquetípicas en correspondencia con las dos diferentes conjunciones planetarias. Las teorías de la evolución del ser humano y del primate características de los años sesenta se expusieron en obras de amplia difusión de Konrad Lorenz, Robert Ardrey y otros autores, que ponían el acento en la lucha por la supervivencia y en el mono desnudo –al que en general se imaginaba como macho y cazador– con agresividad, sentido territorial y rapacidad sexual innatos, todo lo cual sugería de modo elocuente la presencia del complejo arquetípico de Urano-Plutón. Por el contrario, la investigación y las teorías de los noventa, como se refleja en la obra de científicos como Jane Goodall y Frans de Waal, ponen énfasis en las tendencias innatas al comportamiento cooperativo de los primates, los imperativos relacionales de la comunidad, la función de los factores maternales, la inserción ecológica, el juego creativo y las señales de una conciencia e incluso una moralidad incipientes en los animales no humanos. En estos años se produjeron cambios comparables en otros ámbitos afines, como la comunicación entre especies y la antropología cultural.

La exploración científica del espacio presenta un patrón de desarrollo similar en una y otra época. Hemos observado repetidamente la estrecha asociación de Urano y el arquetipo prometeico con el impulso científico-tecnológico a liberarse de las limitaciones gravitacionales, explorar nuevos horizontes, ascender en el aire y el espacio exterior y abrir la posibilidad de una relación fundamentalmente nueva con el cosmos. Es instructiva la diferencia entre el período de la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta y el de la conjunción de Urano y Neptuno de los noventa. Los sesenta vieron el titánico logro de los primeros vuelos tripulados al espacio que culminó con la llegada del hombre a la Luna, lo cual requirió el despliegue de tecnología de propulsión de un poder sin precedentes para vencer la atracción de la gravedad. Toda la trayectoria, desde los primeros vuelos de Gagarin y Shepard en 1961 hasta el último alunizaje de 1972, se produjo precisamente durante la única conjunción de Urano y Plutón del siglo XX. Por el contrario, los progresos más impresionantes

de la exploración del espacio durante los años noventa se centraron en los avances tecnológicos del telescopio espacial *Hubble* y el torrente de imágenes sin precedentes y nuevas vistas del cosmos que éste proporcionó, con consecuencias inmediatas para la teoría cosmológica y la imaginación astronómica.

El *Hubble* de los años noventa atrajo la atención pública más que cualquier otra aventura científica desde el programa espacial y la llegada del hombre a la Luna en los sesenta. El principio prometeico de la innovación tecnológica y el progreso liberador asociado a Urano estuvo presente con toda claridad en las principales actividades espaciales de ambas décadas, pero las actividades de los sesenta tenían una cualidad y una potencia inequívocamente plutónicas, mientras que las de los años noventa son inequívocamente neptunianas, pues casi todos esos esfuerzos tienen que ver con la transmisión electrónica de nuevas imágenes, que cambió radicalmente la visión cultural y estimuló la imaginación cosmológica, desveló lo previamente invisible, abrió la posibilidad de nuevas realidades multidimensionales y despertó un sentimiento de asombro cósmico y veneración espiritual. Incluso la estación espacial, uno de los pocos proyectos de esta época con mayor implicación de astronautas que de sondas instrumentales y telescopios, tuvo un carácter diferente del de la «carrera espacial» de los sesenta, motivada por la febril competitividad. En efecto, la estación espacial constituyó un esfuerzo de colaboración multinacional, dedicado a establecer acuerdos mundiales para la organización de la vida cooperativa y colectiva en el espacio, temas que repiten claramente los impulsos utópicos e idealistas que disuelven fronteras, propios del complejo de Urano-Neptuno.

Es interesante observar que los esfuerzos de los años noventa por repetir o extender las exploraciones espaciales tripuladas de los sesenta fracasaron sistemáticamente a la vez que florecían las actividades de observación, más adecuadas al nuevo arquetipo. A la inversa, precisamente cuando la conjunción de Urano y Neptuno se acercaba a los 20°, en 2004, el telescopio espacial *Hubble* comenzó a fallar. La National Aeronautics and Space Administration decidió cortar provisio-

nalmente la financiación del mantenimiento futuro del *Hubble* en favor de futuras expediciones tripuladas a la Luna y a Marte, que han sido programadas en coincidencia con el período en que Urano vuelve a alinearse con Plutón, en la segunda década del siglo XXI.[16]

Las tecnologías dominantes de las dos décadas también reflejan estrechamente los dos diferentes complejos arquetípicos, Urano-Plutón y Urano-Neptuno. Las tecnologías características de los años sesenta incluían otras de naturaleza análogamente prometeico-plutónica, como la energía nuclear y la propulsión a chorro, como se mostró en la rápida proliferación de las plantas de energía nuclear y la aviación de retropropulsión durante la década (incluido, por ejemplo, el desarrollo del *Concorde* supersónico, cuyos primeros vuelos se realizaron en 1969). Por el contrario, las tecnologías dominantes de los años noventa implicaban el chip de silicio, casi invisible, antes sutil que titánico en sus operaciones, lo que produjo una radical expansión y aceleración de la revolución informática y el rápido desarrollo de una plétora de tecnologías digitales, multimedia y de comunicación. Aquí se podría mencionar también la utopía de la nanotecnología molecular como fundamento de una futura revolución. Lo más importante es que las nuevas capacidades tecnológicas de esta década no se expresan en la propulsión por cohetes y la energía nuclear, sino en el rápido y permeante cambio de la conciencia colectiva producido por la disolución, a través de la alta tecnología, de las estructuras y barreras globales, comerciales, relacionales y epistemológicas, todo lo cual es característico de los motivos de Urano-Neptuno. A menudo, estas tecnologías se asocian a su vez a ideas e impulsos utópicos, esotéricos y místicos.[17]

Una familia de ciencias y tecnologías que parece tener una especial relación con el ciclo de Urano-Neptuno es la que comprende la química y la bioquímica, la microbiología, la genética y la farmacología. En esta categoría, el impulso prometeico –científico, experimental, liberador, desafiante de límites, que produce súbitos progresos, que abre nuevas posibilidades de autonomía humana con respecto a la naturaleza– se combina con temas neptunianos tales como lo químico y

líquido, lo microscópico e invisible, procesos que implican fusiones y uniones, los medicamentos y los cambios producidos químicamente, tanto en el cuerpo como en la psique. Las correlaciones diacrónicas nos llevan aquí a la ambigua línea fronteriza de la alquimia y la química, como en el trabajo de Robert Boyle, estudioso de aquélla y pionero de ésta, cuyos experimentos comenzaron en 1654, durante la conjunción de Urano y Neptuno de los años cincuenta del siglo XVII. Lavoisier, el fundador de la química moderna, nació en 1743, durante la oposición siguiente de Urano y Neptuno. Gregor Mendel, fundador de la genética y descubridor de las leyes de la herencia, nació en 1822, bajo la conjunción siguiente, y sus principales descubrimientos se publicaron por primera vez entre 1865 y 1869, en coincidencia exacta con la cuadratura siguiente de Urano y Neptuno. El progreso de Mendel no fue reconocido, como ya hemos visto, hasta que fue simultáneamente redescubierto por tres científicos diferentes y William Bateson acuñó el nombre de genética para la disciplina, todo en 1900, exactamente cuando se iniciaba la oposición siguiente de Urano y Neptuno.

La secuencia diacrónica no terminó allí. En efecto, durante la cuadratura siguiente de Urano y Neptuno en 1953, Francis Crick y James Watson descubrieron en el Cavendish Laboratory la estructura de doble hélice de la molécula de ADN, desvelando los medios por los cuales las características heredadas pueden transmitirse de una generación a la siguiente. Por último, completando el ciclo cuadrático, estos desarrollos llegaron a su punto culminante durante la conjunción de Urano y Neptuno de los años noventa, con el Proyecto de Genoma Humano, la rápida aceleración de la industria biotecnológica, la investigación de la recombinación del ADN y una amplia manipulación genética experimental con tejido celular, plantas y animales. La primera clonación que sobrevivió unos años, la de la oveja Dolly, se produjo en Escocia en 1997 (también en coincidencia con la conjunción más reciente de Júpiter y Urano), y la primera clonación de un embrión humano tuvo lugar en 2004, en Corea del Sur, a finales del alineamiento de Urano y Neptuno (durante la oposición más reciente de Júpiter y Urano).

Muchos progresos rápidos realizados en farmacología, virología, microbiología e inmunología guardan relación con estos desarrollos. Durante este alineamiento vio la luz un gran número de nuevos medicamentos para el tratamiento de enfermedades físicas y mentales, desde las del sistema inmunológico como el sida, hasta las perturbaciones como la depresión. Particularmente notables han sido las ramificaciones sociales de productos farmacéuticos como Prozac, Zoloft, Viagra y Botox, que la sociedad contemporánea ha adoptado ampliamente. En estas innovaciones tecnológicas vemos reflejado un conjunto de cualidades características de Urano-Neptuno que, según los casos, alteran la conciencia, liberan psicológicamente y atañen a la imagen externa o la apariencia subjetiva, difuminando las fronteras entre realidad e ilusión. El gran número de individuos, niños, adolescentes y adultos, a quienes en los años noventa se prescribieron drogas psicotrópicas para estados psicológicos tales como la hiperactividad o la depresión y cuya experiencia de la realidad fue significativamente definida mediante tecnologías químicas, sugiere con fuerza la presencia del complejo arquetípico de Urano-Neptuno. Lo mismo ocurre con el uso explosivo de esteroides, hormonas del crecimiento humano, betabloqueadores y otras sustancias estimulantes en actividades atléticas, entre otras. Desde el punto de vista diacrónico, una oleada similar de novedades farmacéuticas y consecuencias sociales tuvo lugar en los años cincuenta, durante la cuadratura anterior de Urano y Neptuno, con el desarrollo de la vacuna antipoliomielítica y los antibióticos, así como de tranquilizantes y medicamentos antipsicóticos, como Thorazine, que desde entonces ocupan un lugar importante en la medicina y la psiquiatría.

También podemos reconocer motivos habituales del complejo de Urano-Neptuno a nivel teórico. La neuroquímica y la investigación del cerebro han disuelto esencialmente la frontera entre la condición bioquímica natural del cerebro y las «drogas», mostrando que algunas de sus variedades son producidas por el propio cerebro. Una situación similar resulta patente en el campo de la investigación genética, donde la sutil interacción entre factores genéticos y ambientales en la conformación de la conducta, la salud y la enfermedad humanas

se reconoce hoy de tal complejidad como para poner seriamente en duda cualquier enfoque causal y reduccionista. La manera en que cualquier gen específico se expresará en un individuo dado depende de la acción de otros genes, de sustancias químicas en la célula, de circunstancias biográficas y del medio prenatal. En esta compleja interacción no sólo se ha desdibujado la dicotomía naturaleza-cultura, sino que se ha reconocido también que la voluntad y la actividad humanas son factores decisivos capaces de afectar de un modo imprevisible la ya fluida interacción de genética y medio. En conclusión, los motivos arquetípicos de Urano-Neptuno son visibles en toda la gama de temas mencionados: innovaciones técnicas en ámbitos tales como la neuroquímica y la genética, despertares intelectuales que disuelven fronteras y distinciones que hasta entonces se daban por supuestas, nuevo reconocimiento de la interpenetración de factores concomitantes, indeterminación de una complejidad de gran fluidez interactiva y papel impredecible de la intervención humana en la plasmación del resultado final de esta fluida interacción.

Las artes

Igualmente asombrosos son el contraste y el cambio arquetípico que encontramos en las artes de una y otra época. Como hemos explorado en los capítulos dedicados a Urano-Plutón, la música popular de los años sesenta era impulsada por una fuerza elemental sin precedentes. Por un lado, era prometeica en su insistente impulso a la liberación, la libertad creativa, la improvisación, la protesta y la rebelión, así como en su uso innovador de la electricidad. Por otro lado, era enfáticamente dionisíaca en su poder erótico y rítmico, con temas de libertad sexual, revolución política y simpatía por lo demoníaco, lo instintivo y los elementos sombríos de la psique humana. Aunque esos temas e impulsos han continuado, desde el *indie rock* al *hip-hop*, la conjunción de Urano y Neptuno de los años noventa coincidió claramente con desarrollos musicales tan arquetípicamente coherentes como la *world music*, con la interacción creativa de múltiples géneros musicales de diferentes

continentes y tradiciones culturales, y el surgimiento del trance por medios electrónicos y la música *New Age*. Especialmente característica del complejo de Urano-Neptuno es la emergencia de una cultura de la mezcla en la que los *disk jockeys* emplean tecnologías de mezcla digital para producir un *collage* improvisado de géneros musicales, tales como *hip-hop*, tecno, música ambiental, minimalismo, salmodias y *world music*, empalmados con muestras de diversos registros y géneros del pasado. Se empieza a desarrollar un arte multimediático que implica la mezcla creativa de cualquier sonido, imagen o texto de toda la memoria colectiva de la humanidad.

Este campo arquetípico también queda reflejado en acontecimientos musicales rituales de índole «tecnoespiritual» (Urano: lo tecnológico; Neptuno: lo espiritual). Esto se puso notablemente de manifiesto en el fenómeno de los *raves*, fiestas en las que a partir de 1988 cada fin de semana millones de jóvenes se reúnen en grandes ciudades, zonas deshabitadas y playas y participan en danzas multitudinarias en las que emplean éxtasis y música para entrar en trances que eliminan las fronteras personales y provocan experiencias de autotrascendencia y euforia espiritual.[18] Se considera que los *raves*, para muchos crisol de espiritualidad juvenil durante los años noventa, «han transmutado el papel de elevarnos al plano sacramental y sobrenatural que había tenido anteriormente la religión organizada».

Durante esos mismos años tuvo lugar el fenómeno igualmente extraordinario de las giras de conciertos de los Grateful Dead. Aunque estos recitales tuvieron sus inicios en los sesenta, sólo a partir de los ochenta y hasta la muerte de Jerry García, en 1995, se convirtieron esencialmente en rituales masivos de transformación a los que asistían fielmente centenares de miles de espectadores en grandes espacios y en el mundo entero. La gran popularidad de la banda Phish, tan parecida a los Dead en su espíritu de idealismo contracultural y sus rituales musicales improvisados, abarcó por completo la conjunción de Urano y Neptuno. El Burning Man Festival, que empezó a celebrase durante este mismo período, muestra la misma combinación de motivos arquetípicos de la *Gestalt* de Urano-Neptuno: transformación ritual colectiva, experimentación y

creatividad sin trabas, combinación de lo tecnológico y lo espiritual con la rebelión y la excentricidad, utilización omnipresente de drogas psicotrópicas y plantas alucinógenas, cultivo de lo no ordinario tanto en la conciencia como en la libre expresión de uno mismo y formación de una comunidad utópica temporal que estimula el individualismo creativo extremo y los estados unitivos de fusión colectiva.

El mismo impulso se expresó análogamente, aunque de modo muy diferente, en la rápida expansión de la música de «oración y culto» amplificada electrónicamente, el *rock* cristiano en grandes servicios rituales y giras de música evangélica en las que participan millones de jóvenes cristianos. Era típico que estos acontecimientos tecnológicamente realzados terminaran con la aparición de las palabras «Revolución Sagrada» en gigantescas pantallas, una sugerencia más del complejo de Urano-Neptuno. También podemos mencionar aquí la expansión, en estos años, de las ciberiglesias, ministerios y comunidades religiosos virtuales y las misas *rave*, liturgias acompañadas de *rock* y música de trance que los anglicanos introdujeron en Inglaterra a principios de los años noventa y que muy poco después el sacerdote católico disidente Mathew Fox llevó a los Estados Unidos.

Igualmente indicativo del complejo arquetípico de Urano-Neptuno fue el repentino ascenso del interés popular por la música sacra de otras culturas y épocas, tales como los *kirtans* indios y el canto gregoriano, y su asimilación creativa en lenguajes musicales modernos. Podemos reconocer aquí un claro patrón diacrónico en importantes períodos creativos de la historia de la música sacra en coincidencia con alineamientos cíclicos de Urano-Neptuno: la oleada de obras maestras de carácter religioso de los grandes compositores polifónicos Palestrina y Tallis, durante la oposición de Urano y Neptuno de 1556-1574, en coincidencia con la época de Teresa de Ávila y Juan de la Cruz; de Bach y Händel durante la oposición siguiente de los mismos planetas, la de 1728-1746, en coincidencia con la época del Gran Despertar (Misa en si menor, *La Pasión según San Mateo*, *El Mesías*); y de Beethoven y Schubert durante la conjunción siguiente, en 1814-1829, en coincidencia con la época del Romanticismo (*Missa solemnis*, la

Novena Sinfonía con su marcado idealismo espiritual, el *Ave María*, las seis misas), para mencionar unos pocos ejemplos emblemáticos.

Puede percibirse una continuación de este patrón diacrónico en obras importantes de música sacra y de profundidad espiritual en el siglo XX, en las que nuevamente cualidades específicas que reflejan el complejo arquetípico de Urano-Neptuno –numinosidad, espíritu místico, evocación de veneración religiosa– se expresaron en composiciones musicales durante todos los alineamientos cuadráticos. Las obras relevantes de Alexander Scriabin (la trilogía mística de 1905-1911, *El poema divino*, *El poema del éxtasis* y *Prometeo*), Charles Ives (la *Cuarta Sinfonía*, de 1909-1916) y Ralph Vaughan Williams (la *Fantasía sobre un tema de Thomas Tallis*, de 1910) fueron todas compuestas bajo la oposición más reciente de Urano y Neptuno. También se podrían mencionar los movimientos lentos de la *Cuarta* y la *Quinta* sinfonías de Mahler, de tanta resonancia espiritual, compuestas durante estos años. La cuadratura más reciente, la de los años cincuenta, coincidió con *La montaña misteriosa*, de Alan Hovhaness, y la conjunción de los años noventa produjo una oleada de obras sacras de John Tavener (*Resurrección*, *Himnos del Paraíso*) y Arvo Pärt (*Te Deum*, *Las bienaventuranzas*) y obras con temas explícitamente espirituales, como las composiciones de Philip Glass para las películas *Anima Mundi* y *Kundun*.

También en el cine podemos reconocer este patrón arquetípico. Las películas de los años sesenta se destacaban por una libertad sin precedentes en la presentación de la sexualidad y la violencia, y su contenido se centraba en motivos de Urano-Plutón tales como la revolución política y social (*La batalla de Argelia*, *Z*, *Medium Cool*, *Adalen 31* y muchas películas de Godard), rebelión contracultural (*Easy Rider*, *Alice's Restaurant*, *Woodstock*), exploración espacial (*2001: Una odisea del espacio*), el submundo de delincuencia (*Bonnie and Clyde*, *El Padrino*, *French Connection*), erotismo (*La Dolce Vita*, *Blow up*, *El último tango en París*), y el ello desatado (*Fellini-Satyricon*, *If*, *La naranja mecánica*).

Por el contrario, las innovaciones creativas en el cine de los noventa fueron sobre todo evidentes en la inmensa amplia-

ción de los efectos especiales, la animación informatizada y otras tecnologías que producían realidades virtuales de tipo maya y fantasías multidimensionales en un extenso abanico de géneros, tanto en la forma como en el contenido. Los filmes que tuvieron más espectadores y los más característicos del período de Urano-Neptuno, aunque continuaban con los temas abiertos en los sesenta, versaban de modo creciente sobre muchos asuntos claramente neptunianos: mito, leyenda y fantasía (la trilogía de *El Señor de los Anillos*, la serie de Harry Potter), realidades virtuales (la trilogía de *Matrix*, *El show de Truman*, *Pleasantville*), sueños, visiones, realismo mágico (*Campo de sueños*, *El secreto de la isla de las focas*, *Amélie*, *Chocolat*, *Hable con ella*, *Forrest Gump*, *Big Fish*, *American Beauty*, *El tigre y el dragón*), temas religiosos y bíblicos (*La misión*, *La última tentación de Cristo*, *La pasión de Cristo*), el renacimiento de Shakespeare (*Mucho ruido y pocas nueces*, *Romeo y Julieta*, *Sueño de una noche de verano*, *Hamlet*, *Otelo*, *Enrique V*, *Los libros de Próspero*, *Shakespeare in love*), el renacimiento del cine de animación (*¿Quién engañó a Roger Rabbit?*, *El pequeño Mermaid*, *La bella y la bestia*, *Aladino*, *El rey león*, *Kiki's Delivery Service*, *La princesa Mononoke*, *El viaje de Chihiro*, *Toy Story*, *Evasión en la granja*, *Shrek*, *Buscando a Nemo*, *Los increíbles*), relatos oceánicos y marinos (*Titanic*, *Whale Rider*, *La tormenta perfecta*, *Al otro lado del mundo*), diversos temas espirituales (*Siete años en el Tíbet*, *Kundun*, *Baraka*, *El festín de Babette*, *La vida es bella*, *Pena de muerte*, *Cadena perpetua*), la vida después de la muerte (*Más allá de los sueños*, *Ghost*, *El sexto sentido*, *Los otros*), cambios imprevistos de la realidad y la conciencia (*Memento*, *Mulholland Drive*, *Cómo ser John Malkovich*, *Adaptation* [*El ladrón de orquídeas*], *Olvídate de mí*, *Una mente maravillosa*, *Vanilla Sky*, *A. I. Inteligencia artificial*, *Minority Report*, *Contacto*, *Big*, *Atrapado en el tiempo*, *Alicia en el país de las maravillas*[19]).

A estas películas podrían agregarse otras muchas sobre temas igualmente característicos de Neptuno, como Dios y seres divinos de diversas clases, espíritus, ángeles, extraterrestres, alucinaciones, viajes en el tiempo, vidas anteriores, identidades y realidades múltiples, así como la exploración de

otras dimensiones de la existencia. Uno de los motivos más frecuentes del cine de esta época, que representa una nueva capacidad tecnológica a la vez que una nueva fluidez metafísica, es el *morphing* de distintas entidades, caracteres y medios enteros, de una forma a otra y de una manera imprevista y a menudo enormemente creativa.

La innovación tecnológica (Urano) al servicio de la imagen y la ilusión (Neptuno) refleja de modo especial el complejo arquetípico de Urano-Neptuno, y los principales avances en este dominio se asocian estrechamente al despliegue de alineamientos de este ciclo planetario. La fotografía hizo su aparición durante la conjunción de Urano-Neptuno de los años veinte del siglo XIX, por obra de Niepce y Daguerre. Durante la oposición siguiente en 1899 y 1918, surgió el cine como importante fenómeno cultural y forma artística. La cuadratura siguiente de los años cincuenta coincidió con la rápida difusión de la televisión y su adopción generalizada en la sociedad, con todos los elementos positivos y problemáticos característicos de Urano-Neptuno. La generación de los niños nacidos bajo esta cuadratura (1950-1960) fue la primera sobre la cual la televisión ejerció desde la infancia una importante influencia modeladora de la conciencia. También bajo este alineamiento Marshall McLuhan –que había nacido en 1911, durante la oposición anterior de Urano y Neptuno, en estrecho alineamiento con el Sol– desarrolló por primera vez sus influyentes teorías sobre la tecnología como extensión del sistema nervioso humano, el impacto transformador del medio televisivo sobre la conciencia cultural y el surgimiento de una «aldea global» unificada y modelada por las tecnologías de la información electrónica (de donde el profético papel de McLuhan como «padre del ciberespacio»).

Por último, cuando este ciclo de Urano-Neptuno que había comenzado con la conjunción de los años veinte del siglo XIX y los inicios de la fotografía llegó a su fin, la conjunción de finales de los ochenta y los noventa del siglo XX coincidió con la gran expansión de la televisión y las tecnologías multimediáticas: cientos de estaciones de cable accesibles en el mundo entero a través de satélites y conexiones de fibra óptica de alta velocidad, vídeos y DVD con potencialidad para

incluir todas las películas que se hayan filmado, televisión de alta definición, videograbadoras, teléfono móvil, digitalización de imágenes y muchos otros progresos tecnológicos que se difundieron rápidamente durante esta conjunción. También cabe citar la multitud de consecuencias culturales, sociales y psicológicas de esta revolución, como la globalización de la cultura, el efecto democratizador sobre la creación y difusión de información y la influencia a menudo catalizadora que han ejercido la televisión y los ordenadores en los desarrollos sociales y políticos revolucionarios (en las revoluciones de 1989 en Europa de Este, en China a lo largo de los años noventa). Igualmente indicativos de la esfera de Urano-Neptuno son el predominio decisivo de los medios televisivos en la conformación de la imaginación colectiva durante esta época, la sustitución de los medios de prensa por la imagen televisada y el desarrollo de un modo hipercinético de comunicación visual y auditiva a través de yuxtaposiciones de imagen y sonido que cambian a gran velocidad. Una consecuencia particularmente problemática de estos progresos ha sido el surgimiento de una forma de conciencia interesada sobre todo en el entretenimiento y el consumo, pasiva y al mismo tiempo siempre inquieta –sobreestimulada, fragmentaria, descontextualizada y ahistórica–, que ha dado lugar a consecuencias tan diversas como el trastorno de déficit de atención y la política exterior norteamericana.

Psicología

Como último ejemplo de los cambios arquetípicos de los años sesenta y los noventa podemos mencionar la transformación de la psicología, que es el segundo período experimentó dos desarrollos claramente diferenciados que reflejan temas característicos del complejo de Urano-Neptuno. El enfoque psiquiátrico dominante al final del siglo XX, impulsado por los avances de la farmacología y la neurología, y también por presiones de las compañías de seguros, consistía en considerar y tratar la enfermedad psicológica esencialmente como condición bioquímica susceptible de ser rectificada, o bien libera-

da de sus síntomas, mediante el uso de medicamentos. Las cualidades subjetivas de la experiencia humana se reducían enteramente a las condiciones bioquímicas del cerebro. Cabe comparar esta orientación bioquímica con el énfasis que la psiquiatría de los años sesenta ponía en la liberación del individuo de las experiencias infantiles traumáticas y las influencias familiares y culturales represivas.

Sin embargo, más allá de la neurociencia, la psiquiatría convencional y el complejo formado por intereses médicos, farmacéuticos y aseguradores, en los años noventa se produjo también un cambio cultural colectivo en la comprensión psicológica y en la sensibilidad de la cultura, que reflejó temas arquetípicos e impulsos más profundos que hemos observado a lo largo de esta exploración del ciclo de Urano-Neptuno. También aquí es evidente el contraste con los años sesenta. Las principales teorías y terapias psicológicas innovadoras que aparecieron durante la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta se interesaban sobre todo por la liberación catártica del material instintivo y emocional reprimido: se pensaba que la ruptura de la coraza defensiva, la descarga de agresividad y el logro de potencia orgásmica y libertad erótica eran decisivos para la salud psicológica. El espíritu de la época, en psicología como en otros ámbitos de la cultura, estuvo dominado por una síntesis de impulsos prometeicos y dionisíacos en mutua activación. El objetivo principal era aumentar la autonomía del individuo. En muchos escritos y teorías, la liberación psicológica y somática se asociaba estrechamente a la emancipación social y la evolución política. Las ideas y la orientación filosófica de Freud fueron fundamentales en estos desarrollos durante los años sesenta (como lo habían sido también durante la cuadratura de Urano y Plutón de los años treinta), sobre el fondo de las ideas de Nietzsche, Darwin y Marx. El ambiente psicológico de los sesenta estaba impregnado de los conceptos y las prácticas de figuras tales como Wilhelm Reich, Fritz Perls, Ronald Laing, Norman Brown, Herbert Marcuse, Albert Ellis, Ida Rolf, Will Schutz y Arthur Janov. Las modalidades innovadoras características de la época eran la liberación bioenergética, los grupos de encuentro de intensidad emocional, la terapia gestáltica, el Rolfing y

otras formas de intervención somática, el grito primario, las maratones de gente desnuda, todo lo cual reflejaba inequívocamente el complejo arquetípico prometeico-dionisíaco.

En contraste con el espíritu más agonístico de los sesenta, las teorías y las terapias psicológicas surgidas a finales de los ochenta y en los noventa son de muy distinta naturaleza, pues contienen temas clave como el cuidado del alma, el despertar a la importancia de la dimensión espiritual de la vida, la integración de la psicoterapia con la meditación y la práctica espiritual, así como el reconocimiento del potencial curativo de lo numinoso y las experiencias religiosas. Se presta nueva atención a la dimensión mítica y arquetípica de los sueños, el arte y la experiencia religiosa. El análisis junguiano y las psicologías arquetípica y transpersonal se han convertido en orientaciones muy influyentes. Las revistas informativas norteamericanas de los años noventa tomaron nota del auge de Jung, que dejaba atrás a Freud, mientras muchos individuos se dedicaban a la búsqueda de psicologías con un marcado carácter espiritual. La psicología y la psicoterapia son consideradas cada vez más como caminos de descubrimiento y trasformación espiritual, apoyos en la tarea de «hacer alma» (recogiendo la frase y la perspectiva que adoptó John Keats en 1819, durante la conjunción anterior de Urano y Neptuno). La psicología profunda se ve ahora como una auténtica *vía regia* a lo sagrado para la época de la postilustración. Su carácter y sus aspiraciones parecen especialmente adecuados a una época que es al mismo tiempo secular y espiritual, incesantemente experimental, globalmente interrelacionada e impregnada de un nuevo pluralismo religioso. También encaja con el descubrimiento contemporáneo de símbolos religiosos que, a juicio de muchas personas, las tradiciones religiosas no han sabido expresar u honrar adecuadamente.

Antes que luchar por un yo autónomo bien diferenciado, como se defendía en los sesenta, se va imponiendo la idea de que el mejor camino para alcanzar la salud psicológica es el cultivo de un yo relacional con fronteras más permeables, tan capaz de intimidad y reciprocidad como de soberanía personal. Se revaloriza la capacidad de abrirse compasivamente al otro y la sensibilidad a la inserción personal en la comunidad

local, ancestral, ecológica, espiritual y planetaria. Se da nueva importancia a la tarea de liberar a la psique individual de las preocupaciones y limitaciones de su ilusoria separación, abriendo la conciencia a las realidades y afirmaciones más amplias de la psique colectiva, el dominio transpersonal, el inconsciente ecológico, la comunidad global y el cosmos.

En conexión con estas orientaciones se revaloriza la importancia psicológica de superar la escisión entre interior y exterior, reconectar psique y mundo, recuperar el *anima mundi*, facilitar «el retorno del alma al mundo». Este reconocimiento se da estrechamente unido al impulso de recuperar y revalorizar lo femenino arquetípico, tanto en las mujeres como en los hombres y en la psique individual como en la colectiva, restituirlo al lugar que le corresponde en el cosmos psíquico y tender finalmente a una integración sanadora de lo femenino y lo masculino. En buena medida, cada uno de estos impulsos interrelacionados refleja motivos e intereses característicos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno.

Análogamente, en lugar de los modelos de la psique predominantes en los años sesenta, que ponían el acento en la descarga instintiva y emocional y en la liberación orgásmica, en los años noventa tomaba cuerpo una nueva apreciación del complejo carácter multidimensional de la psique. Esta multidimensionalidad adopta muchas formas –arquetipal, transpersonal, integral, multicultural–, todas ellas caracterizadas por una nueva conciencia de la naturaleza misteriosa e ilimitada del universo interior. El potencial curativo de los estados no ordinarios de conciencia, el uso de enteógenos y medicinas sagradas de las tradiciones chamánicas, los métodos especiales de respiración, como el holotrópico, las «búsquedas de la visión» en plena naturaleza, las disciplinas y técnicas de meditación, y el estudio de tradiciones esotéricas como la alquimia y el hermetismo, la Cábala y el gnosticismo, son temas característicos de las teorías y terapias psicológicas emergentes.[20] Muchos aceptan la relevancia de sistemas simbólicos y tradiciones religiosas de otras culturas en sus viajes individuales de transformación psicológica. Cambia incluso la naturaleza misma del simbolismo, pues el enfoque freudiano de los símbolos, interpretados reductivamente como sustitutos directos de

deseos o temores instintivos, va dando paso al enfoque junguiano de los símbolos como principios vivos y polivalentes que median el acceso a realidades más profundas y tienen un poder espiritualmente transformador.

Los objetivos y modelos psicológicos de los años sesenta no desaparecieron, por supuesto, pero en el nuevo contexto arquetípico se transformaron. Así, se mantiene la liberación de la sexualidad, pero el énfasis se ha ido desplazando hacia el cultivo de la capacidad para la relación recíproca y la fusión erótica antes que para el simple logro de una poderosa descarga orgásmica, el poder personal y la autonomía individual. Se estudian ampliamente tradiciones religiosas de sexualidad sagrada, prácticas sexuales tántricas y taoístas y enfoques de la dimensión espiritual de la sexualidad de los nativos americanos, y se centra más la atención en la trascendencia del yo individual, el éxtasis y la fusión interpersonal sacralizada. Análogamente, se mantiene el llamamiento de los años sesenta a una emancipación psicológica que potencie el compromiso político, el activismo social y la conciencia medioambiental, pero crecientemente inspirado en temas espirituales y en asociación cada vez más estrecha a movimientos como el budismo socialmente comprometido, el compromiso interreligioso con la justicia social y la libertad ejemplificado por la comunidad judía Tikkun, diversos círculos de oración y meditación centrados en la política, y un activismo ecologista que se alimenta explícitamente de recursos espirituales y de la experiencia de unidad subyacente con la comunidad de la Tierra. Un patrón semejante puede observarse en el desarrollo del feminismo dentro de la psicología profunda desde los años sesenta hasta los noventa, que tiende hacia la integración de un espectro de arquetipos femeninos, el reconocimiento de experiencias numinosas de deidades femeninas procedentes de diversas religiones y tradiciones mitológicas, y la profundización de la comprensión del inconsciente colectivo hasta abarcar el *anima mundi*.

Un último ejemplo de esta continuidad y transformación dinámicas entre una y otra época es el «giro participativo» en la espiritualidad y la psicología contemporáneas. Aquí, el énfasis en la libertad, el aumento de poder de decisión y la expre-

sión erótica de los años sesenta, se ha unido al pluralismo y los impulsos místico-espirituales posmodernos de los noventa en favor no sólo de un *despertar* a lo espiritual y a las dimensiones arquetípicas del ser, sino a una nueva *relación con* esas dimensiones del ser, una relación radicalmente participativa, cocreativa, pluralista y dialógica. Semejante perspectiva afirma la validez de una multiplicidad de tradiciones y prácticas que, a través de la participación cocreativa en un poder espiritual dinámico e indeterminado, dan a luz una pluralidad de liberaciones espirituales auténticas. El ideal que se invoca es al mismo tiempo unitivo y plural, emancipador y relacional, comprometido socialmente y de inspiración espiritual, encarnado y lleno de alma.[21]

En términos más generales, estos desarrollos bajo la conjunción de Urano y Neptuno de finales del siglo XX y de la entrada en el nuevo milenio pueden considerarse la activación cíclica y la renovación creativa de los impulsos culturales que hemos observado repetidamente en coincidencia con los alineamientos del ciclo de Urano-Neptuno a lo largo de los siglos. El patrón diacrónico de correlaciones en la evolución de la perspectiva arquetípica desde Platón hasta Jung es muy claro. El amplio interés por las ideas y la perspectiva mítica de Jung a finales del siglo pasado, en particular en los escritos de Joseph Campbell y James Hillman, Robert Bly, Stanislav Grof, Edward Edinger, Marion Woodman, Clarissa Estes y Thomas Moore, puede remontarse naturalmente a la oposición anterior de Urano y Neptuno de principios del siglo XX, cuando se fraguó la psicología de Jung. Fue también entonces cuando James Joyce y Thomas Mann –los otros héroes de Campbell, a quienes tan a menudo invocó junto a Jung– dieron inicio a la creación de su obra de inspiración mítica. Lo mismo vale para Rilke, quien desempeñó un papel similar en relación con Robert Bly.

La tradición de la imaginación que Hillman ha invocado como corriente de la que emerge la psicología arquetipal muestra una correlación igualmente notable con el ciclo de Urano-Neptuno: una vez más, retrocediendo primero a Jung y los otros autores de inicios del siglo XX, durante la última oposición; luego, al Romanticismo, Keats y Coleridge, durante la

conjunción anterior de Urano y Neptuno de comienzos del siglo XIX; luego, más hacia atrás, al Renacimiento, Ficino y la Academia Florentina, durante la conjunción de finales del siglo XV; luego a Petrarca, en la conjunción anterior de principios del siglo XIV, y finalmente hasta los griegos y la tradición platónica que se inició bajo la conjunción de Urano y Neptuno de comienzos del siglo IV a.C. La larga secuencia diacrónica constituye una especie de procesión de antepasados y fuentes de inspiración para la evolución de la perspectiva arquetipal, que ha surgido durante esta conjunción más reciente para producir otro florecimiento creativo en nuevas circunstancias históricas y con la apertura de nuevos horizontes.

Como hemos visto, muchos de estos linajes culturales que se remontan a muchos siglos en la historia se han desplegado en correlación notablemente coherente y precisa con el ciclo de Urano-Neptuno. Citemos un último tema: los numerosos ejemplos de individuos que se esfuerzan por lograr el repentino reconocimiento de un patrón subyacente de significado, lo que podría denominarse la experiencia arquetípica de la «piedra de Rosetta». A este respecto se podrían mencionar el gran paso adelante que supuso el desciframiento de los jeroglíficos egipcios de la propia piedra de Rosetta por Champollion; el extático descubrimiento de Kepler de las elegantes leyes matemáticas que resolvieron el antiguo problema platónico de los planetas; el descubrimiento de la estructura de doble hélice del ADN por Watson y Crick; la investigación cabalística y hermética del mago-científico isabelino John Dee con la intención de desvelar el lenguaje sagrado y los misterios ocultos en la naturaleza; el descubrimiento de Pitágoras de las formas matemáticas trascendentes que estructuran el cosmos, desde los sonidos musicales a los movimientos de los planetas; la pasión científica y alquímica de Newton por desentrañar las claves místicas que encierran la llave de la comprensión del mundo y de la historia, y el gran avance de la relatividad de Einstein. Todo esto surgió en individuos y épocas correlacionadas con alineamientos del ciclo de Urano-Neptuno.

Podríamos mencionar también el interés de Gregory Bateson durante toda su vida por las «pautas que conectan»: pa-

trones que revelan una mente inmanente que impregna toda la naturaleza, lo que demuestra «un mundo en el que la identidad personal se funde en todos los procesos de relación en una suerte de vasta ecología o estética de interacción cósmica». (Bateson definió la facultad estética como la «sensibilidad a las pautas que conectan».) A este motivo apunta particularmente el propio concepto junguiano de sincronicidad: patrones espontáneos de coincidencia de acontecimientos que revelan súbitamente significados imprevistos y una unidad subyacente del mundo interior y del exterior. Y más recientemente, Stanislav Grof, en muchas conferencias pronunciadas en los años noventa, se refirió a la astrología arquetipal como una piedra de Rosetta para la comprensión de la psique humana. En todos ellos es evidente un tema arquetípico común: la revelación de un patrón de inteligibilidad oculto desde hacía mucho tiempo, un principio de orden intangible, pero integrador –a menudo con connotaciones numinosas y estéticas, incluso en los contextos más científicos– que unifica lo separado e ininteligible y evoca una súbita sensación de liberación, despertar y repentina iluminación.

Con perspectiva histórica, tal vez estas dos grandes épocas de cambio y creatividad cultural radicales que coincidieron con las dos grandes conjunciones de la segunda mitad del siglo XX, la de Urano y Plutón y la de Urano y Neptuno, puedan entenderse mejor en relación con la enorme transformación histórica que se puso en movimiento durante la conjunción más reciente de Neptuno y Plutón. Como se analizó en el capítulo anterior, este alineamiento cubrió las últimas décadas del siglo XIX y los comienzos del XX. Históricamente, los alineamientos axiales de Urano –primero con Plutón, luego con Neptuno– posteriores a las conjunciones de Neptuno y Plutón han coincidido con períodos en los que, en forma de repentinas rupturas creativas y oleadas emancipadoras, salieron a la superficie procesos cuyas semillas se habían plantado durante la conjunción de Neptuno y Plutón. En términos más generales, los ciclos de Urano-Plutón y de Urano-Neptuno,

que han ocupado una parte sustancial de este libro, parecen asociarse a fenómenos históricos en los que el principio prometeico de creatividad, emancipación y cambio imprevisible impulsa dinámicamente el prolongado despliegue dialéctico de los principios arquetípicos asociados a Plutón y Neptuno, o, para emplear la terminología tradicional, la dialéctica entre «naturaleza y espíritu».

La conjunción más reciente de Neptuno y Plutón, que terminó hace un siglo, coincidió con una profunda reconfiguración de la relación percibida entre naturaleza y espíritu en la sensibilidad occidental, apreciable en las ideas, movimientos y figuras que surgieron o nacieron en esa época, de Nietzsche a Teilhard, de la teosofía a la psicología profunda, del encuentro con el inconsciente al Parlamento Mundial de Religiones. A la luz de la gran conjunción triple de Urano, Neptuno y Plutón del período del Despertar Axial del siglo VI a.C., es asombroso que muchos de los impulsos que irrumpieron en ese momento, hace más de dos mil quinientos años, hayan mantenido su influencia hasta el momento culminante de transformación del último siglo. Como reflejo de este trascendental desarrollo histórico, hubo en la última década del siglo pasado voces proféticas, como la del teólogo Ewert Cousins, que comenzaron a sugerir el posible advenimiento en nuestro tiempo de un segundo despertar axial comparable al primero:

> Si trasladamos la mirada desde el primer milenio a.C. a las vísperas del siglo XXI, podemos distinguir otra transformación de la conciencia. Se trata de un cambio tan profundo y de tan vasto alcance que le llamo Segundo Período Axial.

En una época que ha traído por primera vez conciencia global a la humanidad, en la que el planeta Tierra con todos sus habitantes puede verse íntegramente en el espacio cósmico como el singular cuerpo celeste que es, y en la que el universo se ha revelado como una inmensidad creativa en expansión a través de millones de galaxias y miles de millones de años de evolución cósmica desde el *Big Bang* hasta el presente, la conciencia colectiva emergente reconoce, de un modo antes imposible, que todo participa en una única y gigantesca

historia. Al mismo tiempo, esa historia, para la humanidad y la comunidad de la Tierra, ha alcanzado una fase de crisis y de peligro que se está acelerando.

Como han afirmado innumerables observadores atentos, el futuro depende de cómo afronte la humanidad este momento de desafío y elección sin precedentes, de cómo administre las tensiones entre unidad y multiplicidad en las naciones y las religiones del mundo, de cómo resuelva la polaridad entre espíritu y naturaleza en la conciencia de una especie humana con un poder tecnológico enormemente acrecentado. La primera Era Axial trajo a la espiritualidad humana una fase decisiva de diferenciación y de individuación: del recién emergido yo individual respecto de lo colectivo, de las nuevas tradiciones religiosas históricas con sus nuevas orientaciones respecto de las religiones arcaicas y chamánicas primordiales, y de la nueva conciencia humana respecto de la matriz primordial de la naturaleza, la Tierra y el cosmos. Nuestra época parece representar un momento crítico en el que los desarrollos evolutivos que se pusieron en marcha en aquel momento, hace dos milenios y medio, se acercan a un clímax y tal vez a una nueva etapa de evolución cultural de mayor complejidad dialógica y participativa en todos los aspectos.

HACIA UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

Un talante de destrucción y renovación universal... ha dejado su impronta en nuestro tiempo. Este talante se percibe por doquier, política, social y filosóficamente. Vivimos en lo que los griegos llamaban el *kairós* –el momento justo– para una «metamorfosis de los dioses», de los principios fundamentales y los símbolos. Esta peculiaridad de nuestro tiempo, que no elegimos conscientemente, es la expresión de lo humano inconsciente que llevamos dentro, que está cambiando. Las generaciones futuras tendrán que tener en cuenta estas importantes transformaciones para evitar la autodestrucción de la humanidad con el poder de su propia tecnología y su ciencia... Todo eso está en juego y todo ello depende de la constitución psicológica del hombre moderno.

C. G. Jung
El yo oculto

Todavía no hay democracia planetaria, pero nuestra civilización global ya le está preparando un lugar: Esta Tierra que habitamos, unida al Cielo que nos cubre. Sólo en este escenario puede ser recreada la reciprocidad y la comunidad de la especie humana, con reverencia y gratitud hacia lo que nos trasciende a cada uno de nosotros y a todos juntos. La autoridad de un orden democrático mundial solo se puede basar en la autoridad revitalizada del universo.

Václav Havel
Las raíces espirituales de la democracia

COMPRENDER EL PASADO, CREAR EL FUTURO

Antes de abordar la cuestión de los alineamientos planetarios futuros a la luz de los datos examinados hasta ahora, hemos de comprender las limitaciones del presente estudio. En aras de la sencillez y la claridad de este examen inicial, he restringido el enfoque de este libro casi por entero a las correlaciones arquetípicas de un corto número de ciclos de los planetas exteriores. Sin embargo, el cuadro astrológico general es mucho más rico y complejo, con muchas más variables entrelazadas. De las tres formas principales de correspondencia descritas en este libro –cartas natales, tránsitos personales y tránsitos mundiales–, me he centrado principalmente en las últimas. En esa categoría he reducido la exposición únicamente a cuatro combinaciones planetarias, y en esos ciclos sólo a los alineamientos cuadráticos, es decir, a las conjunciones, oposiciones y cuadraturas. No he incluido los alineamientos de otro carácter, como el trígono y el sextil. He mencionado sólo brevemente ciclos planetarios tan importantes como los de Neptuno-Plutón y Saturno-Urano, mientras que he omitido por completo el análisis de otros, como el de Saturno-Neptuno.

Estas limitaciones han determinado que abordara ciertos temas y características dominantes de los períodos examinados y que ignorara o pusiera entre paréntesis otros motivos

significativos sobre los que, en un contexto distinto, habría llamado la atención. Análogamente, estas limitaciones han hecho que me detuviera pormenorizadamente en ciertos períodos históricos y apenas mencionara otros. Por ejemplo, no se exploró la última parte de los años setenta del siglo XX ni la sección central de los años veinte, aunque a esos períodos se asocian muchos fenómenos culturales importantes y los alineamientos planetarios respectivos son tan dignos de atención y tan esclarecedores como los que hemos examinado. Toda época tiene su propia importancia, su propia nobleza, su propio y complejo drama, cada una su configuración única de alineamientos planetarios y su respectiva dinámica arquetípica.

Daremos sólo un ejemplo de una categoría de correlaciones que no hemos tenido en cuenta hasta ahora. Un alineamiento planetario particularmente notable en la historia de la cultura occidental que ha implicado el trígono fue la rara configuración de «gran trígono» de Urano, Neptuno y Plutón que tuvo lugar aproximadamente entre 1765 y 1777, cuando los tres planetas más lejanos formaron un triángulo equilátero, cada uno de ellos en una posición tal que formaba un ángulo de 120° con los otros dos. Los grandes trígonos entre tres planetas cualesquiera coinciden de modo característico con una armoniosa activación e interpenetración de los tres principios arquetípicos implicados. En la era moderna, este gran trígono de los tres planetas más lejanos sólo se produjo una vez. Dicho alineamiento coincidió con el apogeo de la Ilustración y vio nacer muchos de sus hitos más importantes, como la terminación de la *Encyclopédie*, la gran biblia de la emancipación intelectual del siglo XVIII, obra de Diderot y otros filósofos importantes de la época. El gran trígono coincidió también con el comienzo de la Revolución norteamericana liderada por Jefferson, Adams, Washington, Franklin y otros, como expresión autoconsciente de los ideales y los principios de la Ilustración. También aquí podemos reconocer el fondo arquetípico de clara numinosidad, el sentido de bendición providencial y destino divinamente ordenado que se ha atribuido históricamente a esos acontecimientos y figuras fundacionales. Esta numinosidad e idealismo espiritual (Neptuno) estaba a su vez radicalmente entretejida con el impulso

a la libertad y la revolución (Urano-Plutón), un complejo de temas que más tarde articularon poderosamente Lincoln y, a menudo de manera más problemática e interesada, otros.

Este mismo período de gran trígono de finales de los años sesenta y los setenta del siglo XVIII coincidió también con el gran nacimiento del Romanticismo en Alemania, que introdujo en la mente europea su profundo impulso cultural. A partir del trabajo de Herder y Goethe de esos años, surgieron nuevos conceptos de naturaleza, espíritu e historia –así como de lenguaje y arte, intelecto y sentimiento, interioridad e imaginación, sensualidad y espiritualidad, humanidad y divinidad– que darían sus impresionantes frutos, como hemos visto, durante los alineamientos axiales siguientes de Urano y Plutón y de Urano y Neptuno, desde la última década del siglo XVIII hasta los años veinte del XIX (e incluso en los más recientes de tales alineamientos, como los de los años sesenta y noventa del XX). Además, casi toda la generación central de románticos nació durante la década de este gran trígono: Wordsworth, Coleridge, Schelling, de Staël, los hermanos Schlegel, Schleiermacher, Hölderlin, Novalis.

La poderosa confluencia de brillante creatividad e imperiosa necesidad de libertad y cambio (Urano), imaginación, aspiración espiritual e idealismo carismático (Neptuno) y naturaleza, evolución, instinto y eros (Plutón), que en esa época comenzó a penetrar en el mundo y a la que luego daría forma artística y filosófica la generación nacida en este período, correspondía exactamente al carácter de un gran trígono con estos planetas y sus respectivos principios arquetípicos. Es notable que durante el período en que los tres planetas estuvieron en alineamiento especialmente estrecho, en 1769-1770, nacieran tres individuos clave en la historia mundial: Napoleón, con *Marte* en el gran trígono; Beethoven, con *Venus*, y Hegel, con *Mercurio*.

En una medida imposible de explorar en este libro, hoy se cuenta con un enorme abanico de evidencias relativas a las cartas natales y los tránsitos personales de individuos de relevancia histórica. El conjunto general de datos que abarca las tres formas de patrones de sincronicidad incluye todas las combinaciones asociadas a los astros en todos sus apareamientos

posibles; Sol-Plutón, Luna-Plutón, Mercurio-Plutón, Venus-Plutón, Marte-Plutón, Júpiter-Plutón, etc.; Sol-Neptuno, Luna-Neptuno, Mercurio-Neptuno, Venus-Neptuno, etcétera. Las correlaciones que hemos presentado en los capítulos anteriores, que sólo implican cuatro ciclos de tránsitos mundiales, constituyen una muestra y una ilustración sumamente reducidas de este conjunto de pruebas mucho mayor. Nos proporcionan una base limitada, aunque potencialmente útil, para observar los alineamientos planetarios del futuro.

Antes de dirigir la mirada al futuro, será útil considerar brevemente el camino que he seguido al evaluar los datos desplegados en los capítulos precedentes, así como la gradual transformación de mis planteamientos que ese recorrido supuso.

En cualquier investigación rigurosa y prolongada, el trabajo sistemático tropieza con muchas aparentes anomalías. Ninguna estructura teórica, por compleja, flexible y amplia que sea, puede abarcar algo tan complicado y misterioso como la historia humana, ni siquiera una vida humana individual. A lo largo de años, he examinado fenómenos biográficos e históricos en los que no podía reconocer de manera inmediata correlaciones planetarias significativas. Sin embargo, con el paso del tiempo y nuevos datos, o con una captación más profunda de los principios astrológicos operantes, muchas veces se me abría un nuevo horizonte de comprensión. Entonces me daba cuenta de que había intentado reducir con excesiva rigidez los datos a una estructura teórica inadecuada, o bien había usado datos imprecisos o incompletos. Estos problemas resultan familiares a los investigadores de cualquier disciplina. Como han observado Kuhn y otros historiadores de la ciencia, la confrontación de anomalías constituye un aspecto esencial en el aumento del conocimiento y en los procesos de cambio de paradigma.[1]

Para responder a tales desafíos, el investigador debe realizar una constante negociación entre la teoría y los datos, reconsiderando éstos a la luz de aquélla y viceversa en un pro-

ceso continuo de retroalimentación, con la modificación provisional de la estructura teórica, la comprobación más a fondo de las evidencias y la observación paciente. En mi caso, la evidencia era de dos tipos, astronómica e histórico-biográfica, y era preciso analizarlas cuidadosamente y compararlas con precisión para determinar la presencia de correspondencias significativas. Por tanto, la tarea requería atención disciplinada a pistas sutiles de configuración de auténticos patrones, pero también a los riesgos de la proyección distorsionante y el conocimiento insuficiente. Como Escila y Caribdis para Ulises, las dos direcciones tienen peligros: por un lado, el de acorazarse hasta el extremo del escepticismo, dando la espalda a toda posible realidad de correlaciones que cuestionen la visión moderna del mundo; por otro lado, el de aceptar acríticamente un enorme conjunto de teorías astrológicas heredadas que encontraran indiscriminadamente patrones en todas partes.

Al fin y al cabo, la evaluación adecuada de las correlaciones parecía implicar la interacción continua de «inteligencias múltiples», para emplear la útil fórmula de Howard Gardner. Para mantener la atención tanto a patrones como a proyecciones potenciales, resultaba decisivo el ejercicio de la razón crítica normal. Pero también era necesaria una especie de autoconciencia psicológica, con una voluntad decidida a desafiar propias ideas acerca de la realidad y los propios supuestos. La tarea parecía requerir no sólo capacidad intelectual, sino también capacidad emocional para tolerar la ausencia de conocimiento, para abstenerse de conclusiones prematuras –ya escépticas, ya afirmativas– que sólo sirvieran para apuntalar la sensación de seguridad existencial a expensas del descubrimiento de lo desconocido.

Igualmente decisivo fue el papel de la comprensión estética e imaginativa, sin la cual las formas y las configuraciones arquetípicas en el seno mismo de los fenómenos serían completamente invisibles (o inaudibles, como si las formas arquetípicas fuesen una lengua en la que el cosmos hablara sólo a quienes tienen oídos para oír). No menos importante fue la capacidad de penetración empática en el carácter subyacente de distintas épocas históricas y diversos personajes culturales. Esto, a su vez, había que combinarlo con un sólido sentido

histórico para determinar qué acontecimientos e individuos eran significativos en un ámbito particular, de qué maneras y con qué interconexiones y líneas de influencia. Pero siempre era preciso respetar los indicios: la vida misma con toda su complejidad, su particularidad y su autonomía soberana. Lo que trataba de explorar y entender parecía exigir el compromiso de todo mi ser para abrir sus patrones y significados más profundos, su inteligibilidad. El largo viaje de investigación no se diferenciaba mucho de un camino espiritual.

Al volver la mirada a las tres últimas décadas, reconozco que después de llegar a un umbral crítico, tanto en lo tocante a las correlaciones cuantitativas como a las cualitativas, mi actitud inicial experimentó una transformación esencial de perspectiva, parecida a la descrita en el capítulo «Dos pretendientes»: en lugar de dar por supuesta una aleatoriedad cósmica general, como sería usual, y luego comprobar con escepticismo la existencia de coincidencias de explicación altamente improbable que amenazaban contradecir el orden convencional, comencé a suponer, de manera flexible pero con cierto grado de confianza, un orden subyacente. Cuando encontraba un acontecimiento o fenómeno cultural para el que no hubiera evidencia inmediata de correlaciones planetarias convincentes, continuaba la investigación manteniendo abierta la posibilidad de que con el tiempo, cuando mi conocimiento fuera mayor, se presentara un patrón correlativo de significado. Esto fue lo que ocurrió en la gran mayoría de los casos. Si miro hacia atrás, compruebo que la atención rigurosa a anomalías resistentes a la comprensión resultó ser un factor importante de la investigación. Semejante enfoque terminó por producir valiosos avances conceptuales, a veces muchos años después de mi primer encuentro con el problema.

Sin embargo, sin la actitud inicial de apertura metodológica, es decir, a la vez libre de la coraza impenetrable y de la aceptación ingenua, lo más probable es que los patrones más profundos y convincentes no llegaran a hacerse visibles porque la estructura inicial de mis supuestos, con su impaciencia, les habría impedido mostrarse. He comprobado que el supuesto convencional moderno, según el cual el cosmos y sus procesos son intrínsecamente aleatorios y carecen de sentido,

constituía una barrera extraordinariamente eficaz contra un nuevo conocimiento. Y también lo era la aceptación acrítica de muchas doctrinas astrológicas convencionales. Encontrar el sendero intermedio entre estos dos obstáculos se convirtió en un factor esencial para desbrozar el camino del descubrimiento que, de otro modo, no se habría presentado por sí mismo.

Al continuar la investigación de esta manera y con este espíritu, la inteligibilidad del registro histórico se fue desplegando año tras año. Tal vez en los capítulos anteriores el lector haya observado un proceso similar. Tanto para el investigador como para el lector, el éxito de ese despliegue parece requerir una combinación plástica de cuestionamiento crítico, liberación del escepticismo cerrado y paciencia.

Cualquier análisis de alineamientos futuros, sea de tránsitos mundiales o de tránsitos personales, presenta extraordinarios retos y responsabilidades al investigador astrológico. Puesto que hemos comprobado la notable coherencia entre configuraciones planetarias y fenómenos arquetípicos, y puesto que podemos determinar matemáticamente y con gran precisión los alineamientos futuros, podría decirse que, en cierto sentido, sabemos algo acerca del futuro. Pero en otro sentido no es así. Creo que la medida en que hayamos adoptado esta humildad epistemológica es también la medida decisiva del valor potencial o de la perniciosidad de nuestro análisis. La diferencia entre predicción concreta y predicción arquetipal es semejante a la diferencia entre destino y libre albedrío. Para decirlo con más precisión: es la diferencia entre una afirmación inevitablemente constrictiva y probablemente mal entendida de un futuro dado de antemano, y el dar apoyo a un yo cocreador que participa conscientemente en el despliegue arquetípicamente estructurado de la vida en un universo abierto. Podría decirse con razón que todo el desarrollo moderno y posmoderno de la autonomía humana y la autoconciencia crítica nos ha preparado para caminar mejor por la cuerda floja que nos presenta la astrología arquetipal contemporánea; nos ha aportado, en particular, el conocimiento de la existen-

cia de planetas exteriores y sus correspondientes principios arquetípicos, el conocimiento retrospectivo de las correlaciones históricas y el conocimiento de alineamientos planetarios futuros.

Inicié mi investigación astrológica sistemática a mediados de los años setenta. En unos cuantos años, el marco básico de comprensión que subyace a este libro surgió con bastante rapidez. Por tanto, en aquel momento, buen número de los alineamientos planetarios más recientes que he analizado en los capítulos previos todavía pertenecían al futuro. Cuando, por ejemplo, vi que entre 1981 y 1984 se produciría una conjunción de Saturno y Plutón o que entre mediados de los años ochenta y hasta el final del siglo tendría lugar una conjunción mucho más larga de Urano y Neptuno, anticipé provisionalmente que la experiencia colectiva de la humanidad en esas épocas estaría marcada por un carácter arquetípico semejante al que había observado en tantos ejemplos anteriores de las mismas configuraciones. En ocasiones, tenía una intuición específica de los tipos de acontecimientos concretos que podrían ocurrir durante un alineamiento particular. Desde la perspectiva de finales de los años setenta, no era difícil suponer que la inminente conjunción de Saturno y Plutón de 1981-1984 podía muy bien coincidir con un período de amplio auge conservador, un fuerte incremento en las tensiones de la Guerra Fría y una crisis en Oriente Próximo, dado que era el tipo de fenómenos que se había producido durante cada cuadratura previa del ciclo de Saturno-Plutón desde la conjunción precedente de 1946-1948, cuando comenzó la Guerra Fría y se fundó el estado de Israel. Análogamente, durante la conjunción de Urano y Neptuno de finales de los años ochenta hasta el cambio de milenio, la probabilidad de una época de amplio despertar espiritual, exaltación de la creencia religiosa y un nuevo interés en los horizontes esotéricos, místicos y holísticos me parecía, dados los registros históricos, una prospección sencilla.

Aunque estas anticipaciones del futuro demostraron estar bien fundadas, hubo en esos períodos muchos acontecimientos y tendencias específicos que no había previsto. No preví que durante la conjunción de Urano y Neptuno de los años

noventa ocurriría algo así como la revolución de Internet y el impacto globalizador de la Word Wide Web, y lo mismo vale para gran número de fenómenos culturales de esa época, que hemos analizado en el capítulo anterior y que hoy puedo reconocer fácilmente como reflejo del complejo arquetípico de Urano-Neptuno. A la inversa, otras posibilidades que yo temía para estos períodos no se concretaron. En la conjunción de Saturno-Plutón de 1981-1984, cuando tantas circunstancias geopolíticas guardaban tanta semejanza son las de la conjunción de Saturno y Plutón de 1914-1916, dos ciclos antes, que habían coincidido con la repentina catalización de una guerra mundial entre todas las potencias y alianzas europeas, mucho me temía, durante la primera presidencia de Reagan, que el mundo no lograra pasar esa conjunción sin un conflicto directo y quizá catastrófico entre las superpotencias nucleares, mutuamente demonizantes, de la Guerra Fría, lo que también temían muchos expertos de la época, a menudo con referencias explícitas a la situación europea de 1914. Semejante resultado parecía tanto más verosímil en la medida en que la situación mundial de 1981-1984 parecía tender a un clímax de la Guerra Fría, cuyo comienzo había coincidido con la conjunción de 1946-1948, exactamente un ciclo de Saturno-Plutón antes. Parecía clara la presencia de un patrón cíclico: la cuestión principal era cómo terminaría. Sin embargo, en lugar de un conflicto catastrófico, lo que ocurrió fue una intensificación tan grande de las tensiones y peligros globales, junto a multitud de guerras locales, que desencadenó la crítica pública a gran escala y graves dificultades económicas, lo que a su vez terminó por producir otro resultado: el esfuerzo mutuo de ambas superpotencias, en la segunda mitad de los años ochenta, durante la conjunción de Urano y Neptuno, por establecer el control de las armas nucleares e incrementar el entendimiento diplomático, culminando con el fin de la Guerra Fría en 1989-1990, cuando Júpiter entraba en este alineamiento.

Más recientemente, en el caso de la oposición de Saturno y Plutón de 2000-2004, sobre la base de las correlaciones pasadas, me pareció que se podía anticipar otro período de auge conservador o reaccionario, crisis y contracción histórica y un gran aumento de la hostilidad y la violencia masiva en el mun-

do. También se presentaba la posibilidad de otra oleada de actividad terrorista, tal como había sucedido durante las cuadraturas anteriores de Saturno y Plutón del actual ciclo, en 1981-1984 y 1992-1994. Como ya he expuesto, los astrólogos sabían que la oposición de Saturno y Plutón alcanzaría por primera vez la exactitud en agosto de 2001, mientras que en septiembre entraba en una gran configuración en cruz y especialmente desafiante con el Sol y la Luna. Cuando se produjeron los hechos del 11 de septiembre, probablemente mi respuesta fue similar a la de la gran mayoría de investigadores astrológicos de todo el mundo: de inmediato supimos qué alineamiento planetario era pertinente y qué complejo arquetípico se había constelado tan trágica y devastadoramente. Pero la comprensión astrológica de los *detalles específicos* de los hechos, aunque prácticamente inmediata, fue arquetípica y retrospectiva, no concretamente predictiva.[2]

En la gran mayoría de los casos en los que he contemplado la probabilidad de acontecimientos coincidentes con alineamientos futuros, ya fuera en mi vida personal, en la de otros individuos o en la vida de la comunidad humana, me he visto sorprendido por la multitud de maneras en que los complejos arquetípicos pertinentes se manifestaban *realmente*, más allá de lo que yo había imaginado, y también por las maneras en que *no* se manifestaban como hubiera podido pensar o temer. En cambio, en incontables ejemplos, recibí una nueva lección en la creatividad infinita del cosmos, que desplegaba de modo imprevisible sus procesos y acontecimientos en correlación arquetípicamente configurada y de extraordinaria coherencia con los movimientos planetarios.

Por tanto, me interesa mucho más emplear la lente astrológica arquetípica para entender mejor el presente y el pasado que para predecir el futuro. Es una lente verdaderamente poderosa, con un campo que ahora abarca los planetas transaturnianos y una profundidad que hoy registra más plenamente el carácter multidimensional de los principios arquetípicos implicados. En cierto sentido, al mismo tiempo que hemos desarrollado telescopios espaciales extraordinariamente poderosos para captar el inmenso cosmos físico, nos ha sido dado un poderoso telescopio arquetipal para un vasto cosmos ar-

quetípico. Ambos tipos de instrumentos, cada uno a su manera, expanden inmensamente nuestro universo. Pero aunque permiten una comprensión sin precedentes del presente y del pasado, su valor para entender el futuro es considerablemente más limitado y sutil. La verdadera naturaleza de esta forma de comprensión arquetípica en relación con las particularidades concretas de la vida requiere un conocimiento de tales particularidades concretas y *también* de los alineamientos planetarios pertinentes para que las dos categorías se expliquen recíprocamente. Lo particular es iluminado por lo arquetípico en el mismo momento en que éste se encarna en lo particular. Antes de ese momento, lo arquetípico es una potencialidad estructural, una campana de Gauss de probabilidades, un recipiente de posibilidades a la espera de realización.

No sólo el conocimiento de lo arquetípico ilumina lo particular (arquetípico-particular), sino que, a la inversa, el conocimiento de lo particular puede arrojar nueva luz sobre lo arquetípico (particular-arquetípico), como cuando nuestro examen de acontecimientos y de figuras históricos y culturales nos proporciona una comprensión más profunda de los principios arquetípicos que ellos encarnan y ejemplifican. Adquirimos una nueva comprensión de Prometeo y de Dioniso mediante el reconocimiento de la naturaleza precisa de su presencia e interacción en los años sesenta del siglo XX. Entendemos mejor el complejo de Saturno-Plutón cuando hemos estudiado las particularidades de su expresión en la vida y la obra de Kafka, Melville, Marx, Calvino y Agustín, o en la pintura de Frida Kahlo, el Monumento Conmemorativo de Vietnam de Maya Lin, las tragedias de Shakespeare, la Inquisición, los acontecimientos del 11 de septiembre y sus secuelas. Cada particularidad concreta nos da un nuevo conocimiento del modo de manifestarse del complejo arquetípico dado. Cada acontecimiento, personaje u obra de arte profundiza nuestra comprensión de las costumbres de esos dioses del panteón planetario. Por el contrario, si conocemos los alineamientos planetarios, pero no la encarnación particular, sólo tenemos una información general a un nivel muy alto de abstracción: la campana de Gauss arquetípica antes de ser realizada concretamente, particularizada, modificada y creativamente re-

presentada. Por tanto, las percepciones de los patrones dinámicos de la experiencia humana que la astrología arquetipal hace retrospectivamente posibles pueden ser precisas, matizadas y mucho más reveladoras que los intentos siempre problemáticos y a menudo ineptos de predicción concreta por parte de una astrología literalista orientada al futuro.

El mismo contraste es cierto con respecto a las pruebas estadísticas de astrología predictiva. Mientras que tal investigación es indudablemente útil a corto plazo para estimular el diálogo científico sobre astrología, incluso los resultados positivos más importantes desde el punto de vista estadístico, como el efecto Marte u otras correlaciones de los experimentos de los Gauquelin, han arrojado escaso conocimiento para mejorar la comprensión de las complejidades de la experiencia humana. Han proporcionado un motivo de discusión sin límites a los escépticos y los científicos desconcertados por la existencia de datos anómalos tan asombrosamente incompatibles con sus creencias cosmológicas. Sin embargo, en comparación con el enfoque arquetipal, la metodología de la investigación estadística, obstaculizada por supuestos epistemológicos simplistas inherentes a ese modo de investigación, parece fundamentalmente inadecuada para el examen del alcance y la complejidad reales de las correlaciones astrológicas. Tales pruebas son incapaces de registrar la polivalencia arquetípica y resultan ciegas a la necesidad de compromiso pleno y participativo en el acto de cognición. Lo que es cierto de las sincronicidades en general es cierto también de las correlaciones astrológicas; la evaluación de tales coincidencias depende profundamente de una percepción sensible al contexto, al matiz y a múltiples niveles del significado. La configuración sugerente y la precisión sutil del detalle, características de tales fenómenos, escapan sin duda a la red de experimentos cuantitativos y evaluaciones objetivables. Es una tarea más apropiada para Sherlock Holmes que para Scotland Yard.

La convicción de que la investigación estadística debe ser el árbitro último de todo conocimiento positivo del mundo se apoya en el supuesto, ya insostenible, de que en última instancia sólo se puede conocer el mundo como un objeto aislado, mecanicista y cuantificable, y no como un campo relacional

multidimensional que se despliega de manera compleja y en el que participamos con todas nuestras facultades humanas. Esta presunción de que es posible dominar el mundo mediante el cálculo fue precisamente lo que Weber definió como la esencia del desencantamiento. Es evidente que la estadística puede tener un valor inestimable en determinados ámbitos de investigación, como en la comprobación de la eficacia de un fármaco para un objetivo médico particular. Pero la astrología representa una realidad mucho más compleja: presenta un desafío epistemológico que trasciende la competencia de la comprobación cuantitativa. Varias décadas de experimentos estadísticos en astrología, a pesar del servicio que puedan prestar como elementos de perturbación de los supuestos científicos, han contribuido muy poco al progreso hacia una profunda comprensión histórica, cultural o psicológica. Dada la disparidad entre el modo de investigación y los fenómenos investigados, no es probable que esa situación se modifique.

Sin embargo, todo esto deja sin respuesta la cuestión del análisis astrológico de alineamientos planetarios futuros. Vivimos en una era excepcionalmente precaria de la historia del mundo, en la que los problemas de la comunidad terrestre se profundizan y se aceleran. En tales circunstancias, nos sentimos naturalmente inclinados a consultar cualquier fuente de información y de percepción capaz de incrementar nuestra autocomprensión y la efectividad de nuestras estrategias actuales. En este contexto y con esta motivación, el conocimiento de los principales alineamientos futuros de los planetas exteriores y sus correspondientes complejos arquetípicos podrían ser realmente útiles, de la misma manera en que lo es el conocimiento del parte meteorológico antes de salir a practicar *surf* sobre grandes olas con vientos de muchas direcciones. Nuestro desafío, en consecuencia, estriba en mantener una vigilancia permanente para evitar las múltiples y generalizadas trampas en este tipo de análisis, principalmente la proyección de temores o deseos, la extracción de conclusiones definitivas sobre la base de datos limitados y el afán de controlar la vida antes que de participar en ella.

Hay otra cuestión que cabe mencionar en relación con el valor y la limitación de este tipo de estudios. Todo individuo

tiene su carta natal con su conjunto particular de configuraciones planetarias y sus tránsitos personales, con el despliegue de un único drama específico a esa persona y sólo a ella. Las generalizaciones acerca de épocas históricas y ciclos planetarios deben ser siempre consideradas en relación con las particularidades infinitamente variadas de las vidas individuales. No obstante, también podemos reconocer que el drama de la vida individual siempre tiene lugar en el marco del drama mayor de la comunidad humana, de la misma manera en que nuestra psique y nuestro inconsciente personales están siempre insertos en la psique y el inconsciente colectivos. Con estos matices y prevenciones, los principales alineamientos de tránsito mundial de los ciclos de planetas exteriores son, a mi juicio, los datos principales que hoy poseemos para comprender la dinámica arquetípica de los próximos años. La medida en que seamos conscientes de esa dinámica y participemos consciente y valientemente en su despliegue podría desempeñar un papel sustancial en el futuro que estamos a punto de crear.

OBSERVACIONES ACERCA DE FUTUROS ALINEAMIENTOS PLANETARIOS

Cuando estaba terminando este libro, llegaban simultáneamente a su fin los alineamientos axiales más recientes de tres de los cuatro ciclos planetarios que hemos estudiado en él: la oposición de veintitrés meses de Júpiter y Urano, la oposición de cerca de cuatro años de Saturno y Plutón y la conjunción de veinte años de Urano y Neptuno. Los tres ciclos llegaban a la zona final de 20° en el curso de 2004. Esta circunstancia fortuita nos ha permitido en los capítulos anteriores mirar hacia atrás y pasar revista a los fenómenos culturales y las correlaciones arquetípicas para la mayor parte de la duración de los tres alineamientos, ya en fase final.

Sin embargo, como ya he destacado, los alineamientos no se encienden y se apagan como accionados por un interruptor. Las tendencias históricas y los impulsos culturales que se iniciaron y florecieron durante estos alineamientos continuarán desplegándose en los próximos meses y años, a menudo llevando a la conciencia pública desarrollos ahora desconocidos o aparentemente periféricos. Los patrones arquetípicos muestran una indeterminación esencial –tanto en su ritmo específico como en la imprevisible diversidad de su expresión– que recuerda los patrones ondulatorios de la física cuántica.

Además, es a menudo en las últimas etapas de un alineamiento axial de los planetas exteriores, durante el período de

penumbra entre los 15° y los 20° de separación, cuando emerge el resultado acumulativo de desarrollos arquetípicos de ese alineamiento. El espíritu prometeico y dionisíaco de la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta, por ejemplo, fue en general mucho más evidente en su período final de 1972-1974 que en sus etapas iniciales, de 1958 a 1960. Este fenómeno de poniente parece ser particularmente pronunciado cuando a un alineamiento largo de dos planetas exteriores se une en sus fases finales un tercer planeta, como en el caso presente de la unión de Júpiter a la conjunción de Urano y Neptuno, formando una configuración triplanetaria (Júpiter en oposición a Neptuno y Urano en sucesión estrechamente superpuesta) desde el verano de 2002 al verano de 2004.[3]

La multitud de fenómenos que reflejan la larga conjunción de Urano y Neptuno ha saturado de tal manera nuestra experiencia colectiva durante las dos últimas décadas que resulta difícil percibir esta época desde fuera de su dominio arquetípico. Es como un gran mar que lo baña todo y en el que hemos estado profundamente sumergidos durante muchos años: el medio posmoderno de pluralismo interpenetrante y cambio continuo, la conciencia fluida y la incertidumbre epistemológica, la acelerada innovación cultural y tecnológica, los impulsos místico-esotérico-míticos, las tendencias utópicas, el elevado nivel de idealismo y religiosidad, la disolución de muchos tipos de fronteras, la multiplicidad de influencias globalizadoras, la ubicuidad de las tecnologías de la comunicación como los teléfonos móviles e Internet, la constante interconectividad universal, la seducción de las masas por los medios de comunicación dominados por las corporaciones y los creadores de imagen de la política, seducciones tecnológicas que modelan la conciencia colectiva, el interés por los paradigmas múltiples, realidades virtuales, estados no ordinarios de conciencia, nuevas visiones cósmicas, y las manipulaciones de la realidad y la experiencia producidas por los ordenadores, los fármacos y la biotecnología.

Tal vez podamos en este caso reconocer más directa y claramente la medida en que los impulsos y las cualidades del arquetipo del *Zeitgeist* siguen aún desplegándose después de la finalización del alineamiento.

Vale la pena observar que en sus últimas fases, cuando la conjunción de Urano y Neptuno llegó a los 15° de separación en 2001, muchos de los temas característicos de Urano-Neptuno chocaron con acontecimientos correspondientes al momento en que la oposición de Saturno y Plutón llegaba a su posición exacta: el atentado del 11 de septiembre, las acciones posteriores del gobierno de Bush, la guerra de Irak, el abrupto incremento de la actividad terrorista y la represión antiterrorista. En particular, para muchos la gravedad del trauma provocado por los acontecimientos del 11 de septiembre, pareció significar «el fin del relativismo posmoderno», el surgimiento de una nueva firmeza moral y un nuevo realismo epistemológico, así como la sobria clausura de la época de escapismo e ingenuidad narcisistas, todo ello característico de Saturno-Plutón. En comparación con el largo período de los años noventa que precedió a estos acontecimientos, un estado de ánimo marcadamente distinto impregnaba ahora la conciencia colectiva, ahora atenta a los peligros de la interconexión global, la porosidad de las fronteras, el pluralismo relajado y la religiosidad exaltada, todos ellos temas del lado oscuro de Urano-Neptuno visto a través de la lente de Saturno-Plutón. Estas percepciones y el nuevo estado de ánimo colectivo produjeron una escisión y una rigidez agresivas en el espíritu de la época: fronteras acorazadas, legislación y políticas gubernamentales enormemente restrictivas, certeza moral con tendencia al absolutismo, polarización simplista entre el bien y el mal y una nueva y cruel *Realpolitik* en la actividad política y militar, temas todos ellos, una vez más, característicos del complejo arquetípico de Saturno y Plutón.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, durante las últimas fases de la conjunción de Urano y Neptuno, entre 2001 y 2004, cuando ésta entraba en la franja final de los 20°, se fue haciendo patente que los temas característicos del complejo arquetípico de Urano-Neptuno *se fundían* con los del complejo de Saturno-Plutón activado al mismo tiempo. Ello era visible, por ejemplo, en el surgimiento de un idealismo mejor fundado, la unión de la aspiración espiritual y el realismo político en los esfuerzos no violentos y bien organizados de oponerse a las políticas opresoras y belicistas del gobierno

norteamericano. Una nueva seriedad moral se combinaba con la esperanza de emancipación en un choque valiente con fuerzas destructivas y con el poder.

El aspecto problemático de la fusión de estos mismos complejos arquetípicos se hizo evidente entre 2001 y 2004 en el exaltado fanatismo religioso e ideológico al servicio de la violencia reaccionaria y los impulsos opresores en ambos bandos de diversos conflictos mundiales; la manipulación orwelliana de retórica, símbolos e imágenes engañosos para dominar la opinión pública, y un estado de hipnosis colectiva a la que contribuyeron los medios de comunicación, que por un tiempo neutralizaron el despliegue de una mayor conciencia crítica de la situación mundial.

Pasando a los principales alineamientos planetarios del futuro inmediato, limitándonos en primer lugar a los ciclos específicos que hemos estudiado en este libro, podemos empezar con el de *Urano* y *Plutón*, el primero del que nos hemos ocupado. Después de la conjunción más reciente de 1960-1972, el próximo alineamiento de estos planetas, una cuadratura, se hallará en el orbe de 10° entre 2007 y 2020 habiendo entrado en la franja de penumbra de los 15° entre 2004 y 2006.

El próximo alineamiento de *Saturno* y *Plutón*, una cuadratura, tendrá lugar principalmente durante los años 2009-2011. Alcanzará por primera vez la franja de penumbra de los 15° en septiembre de 2008 y la de 10° en noviembre.

La próxima conjunción de *Júpiter* y *Urano* estará en el interior del orbe de los 15° entre marzo de 2010 y abril de 2011. (Agréguese un mes a cada extremo para el orbe de penumbra de 20°.)

En un futuro mucho más lejano, la próxima cuadratura de *Urano* y *Neptuno* ocurrirá entre los años 2035 y 2045 y alcanzará por primera vez el orbe de penumbra de 15° a comienzos de 2032.

A estos alineamientos de los cuatro ciclos examinados de planetas exteriores habría que agregar los siguientes:

Saturno en oposición a Neptuno, orbe de 15° de noviembre de 2004 a agosto de 2008 (con su primer ingreso en el orbe de 20° en agosto de 2004).

Saturno en oposición a Urano, orbe de 15° entre septiembre de 2007 y julio de 2012 (con su primer ingreso en el orbe de 20° en octubre de 2006).

Júpiter en conjunción con Plutón, orbe de 15° entre enero de 2007 y octubre de 2008. (Para el orbe de 20° en los alineamientos de Júpiter agréguese un mes a cada extremo.)

Júpiter en conjunción con Neptuno, orbe de 15°, tendrá lugar entre febrero de 2009 y marzo de 2010.

Júpiter en oposición a Saturno, orbe de 15°, tendrá lugar entre marzo de 2010 y marzo de 2012.

Sobre la base de los ciclos planetarios que ya hemos estudiado podemos intentar extrapolar las correlaciones previas y a tendencias actuales para evaluar qué tipos de fenómenos culturales e históricos podrían coincidir con estos próximos alineamientos. Los alineamientos inmediatamente anteriores de cada ciclo tienden a ser particularmente pertinentes. Por ejemplo, la cuadratura de Urano y Plutón que se extenderá hasta 2020 apunta a la posibilidad de un importante desarrollo cíclico de los impulsos culturales y las dinámicas arquetípicas que surgieron durante los años sesenta. Los temas característicos que hemos observado en relación con este ciclo en siglos pasados incluyen intensificados impulsos al cambio social radical y la creatividad cultural, acelerado progreso científico y tecnológico, potenciación de movimientos políticos progresistas y reformistas, auge del feminismo, los derechos civiles y la actividad contracultural, mayor impulso a la libertad y la autonomía individual y colectivamente, radicalización en muchas esferas de acción y de ideas, renovado activismo ecologista, despertar de los instintos y de la naturaleza en muchos sentidos, cambios en el equilibrio mundial del poder, grandes cambios demográficos y activación de energías y movimientos de masas de distinto tipo. En términos generales, las épocas presididas por Urano-Plutón han tendido a catalizar fuer-

zas poderosas en muchas formas, a despertar una poderosa voluntad que puede ser constructiva o destructiva, y a una palpable intensificación y aceleración de la experiencia humana.

Todos estos temas específicos han sido patentes durante los alineamientos pasados de Urano y Plutón. Sin embargo, cuáles de ellos resultarán visibles durante los próximos años es algo que, por supuesto, no podemos saber. Si consideramos el feminismo, por ejemplo (a partir de Mary Wollstonecraft y las mujeres de la Revolución Francesa, pasando por la convención de los derechos de las mujeres de Seneca Falls de 1848 y las sufragistas de comienzos del siglo XX, hasta llegar al despertar de la liberación de las mujeres de los años sesenta), el ciclo de Urano-Plutón ha mostrado una gran coherencia en sus correlaciones. El patrón diacrónico en desarrollo sugiere que con este próximo alineamiento dinámico de Urano y Plutón está en el horizonte inmediato un nuevo período de auge espontáneo de las mujeres y una intensa lucha por la igualdad y la autonomía. Puesto que se trata de una cuadratura, el potencial de tensión y de lucha es elevado, pero si tenemos en cuenta la clara secuencia de correlaciones del pasado, parece muy probable que otro empuje feminista impregne la cultura y que en la próxima década y media las mujeres aumenten considerablemente su poder político y económico. Sin embargo, nunca se puede asegurar de qué modo se encarnarán concretamente estas fuerzas arquetípicas, sino únicamente que tenderán a hacerlo de manera coherente con su carácter y sobre la base del contexto cultural en desarrollo.

Los diversos alineamientos futuros que implican a Júpiter o Saturno son más breves y tienen sus propias direcciones arquetípicas características: los alineamientos en que interviene Júpiter tienden a la elevación y la expansión, mientras que aquellos con presencia de Saturno tienden a lo problemático y restrictivo. Aunque de modo más sutil, lo inverso también es cierto: Júpiter siempre tiene su sombra perturbadora y Saturno sus dones ganados con esfuerzo.

Hay una tendencia humana natural a esperar que las perspectivas para el futuro inmediato serán completamente positivas. Sin embargo, conocer de antemano una realidad potencialmente difícil, afrontarla abiertamente, prepararse para ella

y reconocer sus señales y motivos característicos, sus peligros y su potencial positivo una vez asimilada y representada conscientemente, tiene sus ventajas. A la vez puede ser psicológicamente apaciguador y espiritualmente fortalecedor reconocer que tales períodos representan el despliegue de ciclos más amplios de desarrollo arquetípico en un contexto que, más que arbitrario, aleatorio y carente de significado, es cósmico, sutilmente ordenado e inteligible.

La oposición de Saturno y Neptuno finaliza en 2008. La combinación arquetípica de Saturno y Neptuno es excepcionalmente compleja y profunda. Ambos principios arquetípicos se diferencian radicalmente, pues rigen dos universos de significación por completo diferentes. La multitud de maneras en que estos significados pueden interactuar, oponerse, interpenetrarse y sintetizarse merece una exploración tan extensa como la que hemos dedicado a cada una de las cuatro combinaciones ya estudiadas. Sin una exposición de correlaciones históricas y biográficas es imposible transmitir la rica diversidad de posibles modificaciones inherentes a este complejo arquetípico, ni atisbar los patrones diacrónicos y sincrónicos que ayudarían a comprender los alineamientos actuales. Sin embargo, serán útiles unas cuantas indicaciones generales, con tal de que retengamos la considerable simplificación que impone esta breve visión de conjunto.

La exposición de los capítulos anteriores sobre Saturno y Neptuno en el contexto de otros ciclos planetarios puede sugerir algunos de los temas característicos que tienden a constelarse en la psique colectiva cuando estos dos arquetipos se combinan. En muchos sentidos, el complejo de Saturno-Neptuno puede compararse con el de Saturno-*Plutón*, pues los temas y la atmósfera que en ambos predominan son inequívocamente saturnianos. La gran diferencia entre ellos es que la cualidad que impregna esta impronta general saturniana es ahora neptuniana y no plutónica.

El complejo de Saturno-Neptuno también puede compararse con el de *Urano*-Neptuno, pero en lugar del impulso prometeico en interacción con Neptuno tenemos a Saturno. La tendencia dominante no es, por tanto, al despertar y la liberación de la dimensión neptuniana, sino al establecimien-

to de dicotomías y tensiones en ella, oponiéndose a ella enfatizando sus cualidades problemáticas; o bien una tendencia a disciplinarlas, estructurarlas, darles fundamento y madurez, es decir, dar expresión concreta a la dimensión neptuniana.

Un motivo característico de las épocas regidas por Saturno-Neptuno es el recrudecimiento de la tensión entre ideales, esperanzas y creencias por un lado, y las duras realidades de la vida por otro. El mismo complejo puede expresarse como intensificación de los conflictos entre religión y secularidad, en los que, para cada lado, el otro vive en estado de autoengaño. El escepticismo secular intensificado en lo relativo a todo tipo de creencias religiosas tiende a constelarse al mismo tiempo que el compromiso intensificado con la religiosidad conservadora, que a menudo se basa en interpretaciones literalistas. Una expresión de esta polaridad arquetípica es el conflicto entre creacionismo y evolución, como en el caso del juicio contra Scopes durante la cuadratura de Saturno y Neptuno de 1925, y en el del propio Darwin, que nació durante la conjunción de 1809 de estos planetas. La sensibilidad a los aspectos opresivos y coercitivos de la creencia religiosa tiende a agudizarse y a producir afiladas críticas a la religión como absurdidad supersticiosa, fantasía ingenua, «opio del pueblo» (en palabras de Marx, que nació durante la cuadratura de Saturno y Neptuno siguiente a la conjunción de Darwin), o ilusión de raíz psicológica (a juicio de Freud, que nació durante la cuadratura de Saturno y Neptuno exactamente un ciclo después). Con frecuencia se presentan cuestiones como la distinción entre verdad e ilusión y la confrontación del engaño.

Hay también en las épocas presididas por Saturno-Neptuno una tendencia a experimentar un oscurecimiento sutil de la conciencia colectiva, a veces como un difuso malestar social de difícil diagnóstico, otras veces como una respuesta directa a acontecimientos profundamente desalentadores o trágicos. Tales épocas están frecuentemente marcadas por experiencias colectivas de pérdidas trágicas, la frustración de ideales y aspiraciones, la muerte de un sueño, acompañadas de una honda aflicción. La oposición actual de Saturno y Neptuno entró por primer vez en la franja de los 15° en noviembre de 2004. La amarga decepción y tristeza que se apoderó de la mitad de

la población de Estados Unidos y gran parte del resto del mundo como consecuencia de la reelección de Bush, exactamente cuando el alineamiento llegaba al umbral de los 15°, son muy típicas del complejo de Saturno-Neptuno. La penetrante sensación de haber perdido un ideal adoptó muchas formas: la pérdida de la imagen ideal que Estados Unidos había representado para millones de personas, la frustración de amplias esperanzas de un cambio en el liderazgo mundial en un momento crítico de la historia, la sensación de futilidad que se experimentó tras tanto trabajo en nombre de esa causa, la pérdida de confianza en el proceso democrático, las dudas persistentes acerca de la fiabilidad del escrutinio electoral y la legitimidad de la elección. Muy propia del complejo de Saturno-Neptuno fue la aguda experiencia de desaliento y depresión, resignación, pesimismo, desesperación y abrumador extravío que como una inmensa nube oscura descendió sobre muchas personas en las semanas y los meses siguientes.

El mismo complejo fue visible, e incluso de un modo más intenso, un mes después tras el paso del tsunami por Asia, con su inmensa estela de dolor, pérdida y angustia inconsolables y rituales masivos de duelo. También aquí encontramos otros temas característicos de Saturno-Neptuno: muerte a causa del agua, el océano como fuente de sufrimiento y de pérdida, contaminación del agua, enfermedades e infecciones trasmitidas por el agua, innumerables e inolvidables imágenes de muerte y de dolor que se difundían por todo el mundo impregnando la conciencia colectiva.

Cuando el alineamiento de Saturno-Neptuno estrechaba su orbe a finales del verano de 2005, prácticamente todos estos temas se repitieron dramáticamente en la catastrófica inundación que devastó Nueva Orleans tras el huracán Katrina. Muchos motivos característicos del complejo de Saturno-Neptuno marcaron el acontecimiento y los días siguientes: muerte y desastre producidos por el agua, ruptura de los diques de contención por la fuerza de la riada, torrente de imágenes de sufrimiento y de muerte difundido por televisión en el mundo entero, anegamiento de una ciudad y de un legado que representaban el alma de gran parte de la cultura norteamericana, cadáveres flotando, aguas contaminadas transmisoras de

enfermedades, deshidratación, falta de medicamentos vitales, incontables crisis médicas, impotencia de hospitales y asilos de ancianos, extraña parálisis del gobierno, sensación colectiva de abatimiento y desesperación, atención permanente al sufrimiento de los pobres, los abandonados, los enfermos y los débiles, los muy viejos o muy jóvenes, los moribundos, los sin techo, los afligidos.

Es instructivo comparar las crisis centrales de las dos oposiciones consecutivas de Saturno –primero a Plutón y después a Neptuno– que han marcado la primera década del siglo XXI. El abrasador infierno de cenizas de la Zona Cero de Nueva York el 11 de septiembre, seguido de la destrucción (*Shock and awe*) de la invasión de Irak durante el alineamiento de Saturno y *Plutón*, presenta un fuerte contraste con las trágicas pesadillas de agua del tsunami de Asia y la inundación de Nueva Orleans durante el alineamiento de Saturno y *Neptuno*. También es asombrosa la diferencia en las respuestas emocionales colectivas ante las dos crisis: la intensificada lucha por el poder, el auge conservador, la firmeza en la determinación, la seguridad blindada y la demonización mutua durante el alineamiento de Saturno y Plutón, en contraste con la difusa desesperanza, desilusión y abatimiento, la amarga decepción ante las dimensiones del fracaso y la negligencia del gobierno, y la efusión de compasión, oración, sacrificio y ayuda de origen privado, durante el alineamiento de Saturno y Neptuno.

Análogamente, mientras que tras la crisis de 2001, bajo Saturno-Plutón, tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo el juicio y la división de la sociedad (Saturno) se centraron en el poder, la violencia, el terrorismo y la guerra (Plutón), tras la crisis de 2005, bajo Saturno-Neptuno, el juicio y la división de la sociedad se centraron en la empatía y la falta de empatía, la negligencia del sistema, la aguda y a la vez crónica ausencia de atención a los pobres y los postergados, la burbuja narcisista en que están encerrados los gobernantes norteamericanos y su política y, por último, el inmenso coste humano de esa ceguera e insensibilidad. En una suerte de precisa simetría y coherencia estética, las estructuras reaccionarias que en el primer período habían sido potenciadas por acontecimientos inflamados y despiadada violencia, se vieron

en el segundo período debilitadas o disueltas por acontecimientos relacionados con el agua y la preocupación compasiva. Como ocurre a menudo durante los alineamientos de Saturno y Neptuno, se hizo visible la sombra oculta de las acciones y las políticas del pasado.

Aunque sólo un extenso panorama histórico del ciclo de Saturno-Neptuno permitiría abordar el abanico entero de correlaciones pertinentes a la comprensión del alineamiento actual, vale la pena mencionar aquí que uno de los temas históricamente más frecuentes ha sido la sensación de descontento y de *pérdida de confianza* que invade el ambiente social y político, como en la prolongada «crisis de confianza» de 1978-1979, durante la cuadratura de Saturno y Neptuno que tuvo lugar en los últimos años del gobierno de Carter. En tiempos bélicos, los alineamientos de Saturno y Neptuno coinciden muchas veces con las fases finales de una guerra, en las que predomina una sensación colectiva de agotamiento físico y espiritual, desilusión y baja moral –a menudo en ambos bandos–, como sucedió al final de la Primera Guerra Mundial (conjunción de 1916-1919), la Segunda Guerra Mundial (cuadratura de 1943-1945), Vietnam (oposición de 1970-1973), y la Guerra Fría (conjunción de 1987-1991). Prácticamente toda la Guerra Civil Norteamericana se libró durante la oposición de Saturno y Neptuno de 1861-1865. A menudo se tiene la sensación de estar atrapado en un vano e interminable «lodazal», como ocurre al escribir estas líneas en el caso de la Guerra de Irak.

A esta lista podríamos añadir la Guerra de Corea, la mayor parte de la cual se libró durante la conjunción de Saturno y Neptuno de 1951-1953. Una de las reacciones más características de los períodos imbuidos de este complejo arquetípico es la aguda ironía, el humor sarcástico o amargo, una conciencia profunda de lo absurdo y demencial de la vida. El humor negro es una respuesta al sufrimiento y la desesperanza con la que de alguna manera se trata de evitar caer en la locura o sucumbir ante la desesperación. Para mencionar un ejemplo representativo, la película *MASH* se basaba en las experiencias de un cirujano que en 1951 y 1952, durante la conjunción de Saturno y Neptuno, prestaba servicio en una unidad médica

militar de Corea y trataba de hacer frente a las interminables bajas y el horror de la guerra. La película se estrenó en 1970 (y en 1972 la serie de televisión), en coincidencia con la oposición siguiente de Saturno y Neptuno de 1970-1973, y en ese momento captó con precisión el estado de ánimo de la nación y de sus soldados, atrapados en la desmoralizadora guerra de Vietnam. La película fue dirigida por Robert Altman, quien nació con Saturno y Neptuno en cuadratura, y cuyos múltiples filmes se han destacado indefectiblemente por la profunda ironía que los inspira.

Es frecuente que a nivel espiritual en las épocas presididas por Saturno-Neptuno se den noches oscuras del alma y severos desafíos a la fe religiosa, como el anuncio de Nietzsche de la «muerte de Dios» durante la conjunción de Saturno y Neptuno de 1881-1882, o la canción de John Lennon *Dios* a finales de los años setenta («Dios es un concepto con el que medimos nuestro dolor»), así como su amargo epitafio para la década de los sesenta durante el mismo alineamiento de 1970-1973: «Se acabó el sueño». En estos períodos es frecuente que los individuos cuestionen la existencia de un Dios todo amor que permite acontecimientos trágicos e inmensos sufrimientos humanos, como expresaron muchas personas tras el tsunami de Asia en el invierno de 2004-2005, o como experimentaron otras muchas en 1943-1945, durante el período de mayor horror y angustia en los campos de concentración. Una forma más específica de esta sensación de tragedia colectiva tuvo lugar durante la cuadratura de Saturno y Neptuno de 1963, con la tristeza y el masivo ritual de duelo en todo el mundo tras el asesinato de John F. Kennedy. Sin embargo, el impulso a mantener la fe y la esperanza en plena oscuridad, como en «He tenido un sueño», el valiente e inspirado discurso que Martin Luther King Jr. pronunció ante el Lincoln Memorial en 1963 durante el mismo alineamiento de Saturno y Neptuno, o *Imagine*, la influyente canción de Lennon de 1971, durante el alineamiento siguiente, son expresiones igualmente vigorosas de los arquetipos de Saturno y Neptuno combinados.

Paradójicamente, como hemos visto tantas veces en otros ciclos, tales períodos tienden a coincidir con expresiones colectivas de aspectos opuestos del mismo complejo: pérdida de

confianza y desilusión, pero también la forja de una fe más profunda ante realidades duras o trágicas. Esta segunda respuesta puede adoptar muchas formas: búsqueda de un fundamento de esperanza en una realidad más amplia aunque todavía invisible, retiro del mundo y toma de contacto con recursos e ideales espirituales interiores, fortalecimiento del compromiso con la religión tradicional, orientación a la disciplina y la práctica espirituales, el ritual, la oración y la meditación. El mismo complejo arquetípico puede encarnarse también en un impulso individual o colectivo a relacionarse con el mundo de un modo espiritual *y a la vez* pragmático, a dedicarse a superar la disparidad entre lo ideal y lo real mediante el servicio y la acción de inspiración espiritual. Aquí la síntesis de Saturno y Neptuno se expresa a través del agotador esfuerzo por plasmar valores espirituales e ideales de compasión en realidades concretas. Se siente un fuerte llamamiento al servicio y al sacrificio.

El Dalai Lama, que nació con Saturno y Neptuno en oposición, es un ejemplo paradigmático de ello. Con frecuencia, padecer el sufrimiento o ser testigo del mismo sirve para disolver fronteras rígidas y enemistades del pasado y para convocar impulsos sanadores de unión y compasión (como se pudo comprobar en muchos casos en Sri Lanka, por ejemplo, tras la estela del tsunami).

No obstante, lo mismo que ocurre en la multitud de aspectos duros de Saturno y Plutón que hemos analizado, los alineamientos de Saturno y Neptuno presentan en general un importante desafío al espíritu colectivo de una época. Son frecuentes la anomia social y el malestar espiritual, a veces intensificados al extremo de una profunda alienación. (Salman Rushdie en 2005: «La guerra fría se ha acabado, pero ha comenzado una guerra extraña. Tal vez la alienación no haya estado nunca tan extendida».) En su expresión más suave, estas tendencias pueden adoptar la forma de un subyacente estado anímico de confusión, duda, incertidumbre y ambivalencia. Muchos síntomas psicológicos tienden a ser más evidentes: vaga ansiedad, narcisismo, inercia apática, escapismo y negación, aturdimiento psíquico, disociación, introversión autista, tendencia a diversos tipos de adicción y de dependencia, in-

somnio y perturbaciones del sueño, cansancio físico y espiritual, hastío del mundo, desgana y debilidad de la voluntad, preocupación por enfermedades crónicas y debilitantes, como gripe, malaria u otras enfermedades infecciosas, virus y vacunas, estrés postraumático, «enfermedades fantasma» y estados mentales y físicos difíciles de diagnosticar (como en el caso del síndrome de fatiga crónica y el síndrome de la Guerra del Golfo, que se presentaron durante la última conjunción de Saturno y Neptuno en 1987-1991).

También podríamos mencionar aquí efectos secundarios y abusos de drogas de todo tipo, con o sin prescripción médica, y mayor conciencia pública de estos problemas, a menudo como resultado de nuevos datos que desvelan una oscura realidad oculta detrás de una imagen cuidadosamente manipulada, como en la tergiversación empresarial de los protocolos de pruebas y la supresión de datos negativos. Este motivo fue evidente durante el primer año de la oposición de Saturno y Neptuno, en 2004-2005, en fenómenos tales como la epidemia de metanfetamina (en un patrón diacrónico con la epidemia de *crack* de la conjunción precedente y la de heroína durante éste y anteriores alineamientos); la oleada de escándalos relacionados con el uso de drogas entre los atletas profesionales, con el empleo de esteroides y otras sustancias que mejoran el rendimiento; y la concurrente oleada de empresas farmacéuticas que se vieron forzadas a retirar del mercado o publicar advertencias acerca de medicamentos otrora prestigiosos (por ej., Vioxx, Plavix, Bextra, Celebrex) debido al descubrimiento de efectos secundarios y otros peligros derivados de su uso.

El tema del envenenamiento, la contaminación, los efectos químicos tóxicos y la sutil intoxicación de la opinión pública o el medio político, propio de Saturno-Neptuno, puede adoptar una notable variedad de formas: en sentido literal, como el envenenamiento por dioxina del candidato a presidente de Ucrania, Viktor Yushchenko, o, en sentido menos literal pero con efectos igualmente tóxicos, como la maquiavélica publicidad política, deliberadamente engañosa, del «Swift Boat Veterans for Truth» de la campaña presidencial de Bush, temas que, en ambos casos, se hicieron evidentes en coincidencia con los primeros meses de la oposición de 2004 de Saturno

y Neptuno. (El propio Maquiavelo nació con Saturno y Neptuno en estrecha oposición.) El original anuncio publicitario de «Willie Horton» que sirvió de modelo a esta forma política de engaño vio la luz precisamente en coincidencia con la conjunción de Saturno y Neptuno de 1988, durante la campaña presidencial de Bush padre. Tanto en 1988 como en 2004, los anuncios engañosos, ampliamente difundidos, con sus imágenes oscuras e inductoras de miedo, desempeñaron un papel decisivo en la derrota del otro candidato presidencial.

En su constelación negativa, este complejo no sólo tiene una expresión característica en el engaño, sino también en el autoengaño. El engaño acerca de la propia situación real en el mundo se mantiene cuidadosamente filtrando y negando toda información que pueda poner en duda la validez del sistema personal de creencias rígidamente protegido, lo que crea un cerrado bucle de retroalimentación. Tales tendencias abarcan desde un estado individual de enfermedad mental que requiere tratamiento, hasta un engaño colectivo más invasor, como cuando el grupo que dirige una nación se encapsula en una burbuja impenetrable de negación y autoafirmación, a menudo teñida de temas religiosos y fantasías, absolutamente reñidas con la realidad que percibe el resto del mundo. Evitar la reflexión crítica, junto con el apoyo de seguidores ingenuos u oportunistas, contribuye a impedir, al menos por un tiempo, la intrusión de realidades que pudieran perturbar la ilusión tan minuciosamente protegida.

Sin embargo, el mismo complejo arquetípico fomenta también un fuerte impulso a desenmascarar el engaño, a revelar la ilusión, a superar la negación, a afrontar la realidad que se oculta tras la imagen superficial. Una visión más penetrante de la sombra tiende a desarrollarse en la visión cultural colectiva, para culminar en una sensación más aguda de ironía (a veces de una ironía más amarga, como en el caso de Jonathan Swift y Mark Twain, ambos nacidos con Saturno y Neptuno en aspecto duro), con renovadas tendencias al distanciamiento irónico y el escepticismo ante a la retórica política, las creencias convencionales, la ingenuidad, la hipocresía y el engaño. La constatación pública, que en 2004-2005 creció espectacularmente, del engaño sistemático del gobierno de Bush al

comienzo de la Guerra de Irak, con la falsedad de sus afirmaciones sobre la existencia de «armas de destrucción masiva» y su vinculación con el atentado del 11 de septiembre, que se produjo paralelamente a las revelaciones en torno a los atletas y las drogas, la industria farmacéutica, las patrañas de los periodistas en los medios de información más importantes y la manipulación fraudulenta con la que el gobierno de Bush publicaba informes científicos sobre el cambio climático y otras cuestiones medioambientales, es característico del patrón de Saturno-Neptuno de verdad e ilusión, engaño y desenmascaramiento del engaño.

Por debajo de muchas de las tendencias que se acaban de mencionar, y como nexo unificador de todas ellas, se halla el tema central del *desencantamiento* y el *desengaño*, tanto en el sentido negativo como en el positivo y en el conjunto de significados de estos términos. Entre ellos no sólo están la pérdida de fe, el desaliento, la alienación social y la sensación de carencia de significado existencial, sino también el nuevo poder que emerge del hecho de desprenderse de una fe que ya no es viable, despertar como de un sueño, reconocer con lucidez una locura compartida, mostrar como falsa la versión de la realidad que nos ha sido dada, como ocurrió con la desilusión colectiva con el comunismo que se difundió rápidamente por los pueblos de Europa Oriental y la Unión Soviética durante la conjunción de Saturno y Neptuno de 1987-1991, en triple conjunción con Urano. Una sutil disolución de estructuras de opresión puede tener lugar a muchos niveles y afectar a estructuras de creencia tanto como a institucionales.

Sin embargo, otra forma importante que puede adoptar este motivo es la dicotomía entre reduccionismo materialista (Saturno) y visión imaginativa (Neptuno), entre materia y espíritu, y entre desencantamiento cósmico y universo con alma. Aquí resulta particularmente relevante la cuestión de juzgar qué es verdad y qué es ilusión, característica de Saturno-Neptuno, pues cada lado considera que el otro está atrapado en una ilusión. La posibilidad de que el desencantamiento moderno, en el sentido weberiano, sea a nivel más profundo una nueva forma de encantamiento ilusorio, un estado cerrado de conciencia alienada ciega a las dimensiones espirituales

de la existencia, ofrece una nueva amplificación de estos temas característicos de Saturno-Neptuno. El propio Weber, el gran teórico del desencantamiento, nació bajo la oposición de Saturno y Neptuno de 1864 y acuñó el concepto de desencantamiento en su conferencia «La ciencia como vocación», durante la conjunción de Saturno y Neptuno de 1919.

En líneas generales, la dicotomía entre el eje imaginativo-espiritual-religioso de Neptuno y el eje literalista-escéptico-científico de Saturno, característica de épocas e individuos influidos por este complejo, puede adoptar tres formas distintas. En primer lugar, encontramos una fuerte tendencia al escepticismo metafísico: un impulso a dudar de la existencia de realidades trascendentes o espirituales y a considerar la imaginación como fuente de distorsión subjetiva. Las dimensiones metafísica, espiritual, mística e imaginativa de la existencia son firmemente negadas en favor de un severo racionalismo crítico comprometido con el mundo empírico concreto. Esta negación adopta a menudo la forma de un fuerte impulso a mostrar las creencias religiosas como causa principal de opresión y de ilusión en la vida humana. Aquí encontramos figuras nacidas bajo aspectos de Saturno-Neptuno como David Hume, el escéptico paradigmático y agudo crítico de la religión (*Sobre los milagros*, *Diálogos sobre religión natural*); Bertrand Russell, que desempeñó el mismo papel en la filosofía del siglo XX (*Por qué no soy cristiano*); y Freud, para quien toda religión era un residuo psicológico de necesidades y proyecciones infantiles de omnipotencia paterna (*El porvenir de una ilusión*).

La segunda forma posible de esta dicotomía refleja una tendencia exactamente contraria, en la que un firme compromiso con la superioridad de la imaginación poética y espiritual se opone directamente a las limitaciones distorsionantes de la percepción convencional y el materialismo científico. William Blake, que nació bajo Saturno y Neptuno en estrecha oposición, es aquí una figura paradigmática:

> Si las puertas de la percepción se purificasen, cada cosa aparecería al hombre como es, infinita. Pues el hombre se ha encerrado hasta el punto de no ver sino a través de las grietas estrechas de su caverna.

Que Dios nos guarde
de la visión única y del sueño de Newton.
En el grito de cada Hombre,
En el grito de terror de todo Niño,
En cada voz, en cada prohibición,
siento las cadenas que nuestra mente ha forjado.

La poesía Encadenada Encadena a la Raza Humana.
¡Las Naciones se Destruyen o Florecen en proporción a como se Destruyen o Florecen su Poesía, su Pintura y su Música!

Degradado el Arte, proscrita la Imaginación,
La Guerra se enseñoreó de los pueblos

Una expresión igualmente frecuente de la polaridad Saturno-Neptuno es una especie de existencialismo romántico en el que las aspiraciones espirituales e imaginativas se enfrentan a la realidad de un mundo trágico o desencantado, lo que deriva en un sentimiento de pérdida melancólica, nostalgia y desilusión. Aquí, la preferencia estética se inclina de modo característico hacia las elegías, los *adagio*, los nocturnos, los réquiem, las *pietà*, los lamentos o los *blues*, reflejando así el conmovedor choque entre el temperamento poético y espiritualmente sensible y los aspectos trágicos, opresivos y tristes de la existencia (como se expresa, por ejemplo, en el representativo *Adagio para cuerdas* de Samuel Barber, compositor y composición nacidos bajo alineamientos de Saturno y Neptuno; en *Both Sides Now y Blue*, de Joni Mitchell, que también nació con Saturno y Neptuno alineados; o en *Sad-Eyed Lady of the Lowlands*, de Dylan, compuesta durante un tránsito personal de Saturno-Neptuno). La atmósfera dominante es de patetismo, hastío del mundo y resignación espiritual, anhelo insaciable del alma, o un estado de profundo desconocimiento, de melancólica ambigüedad, un punto muerto entre dos universos inconmensurables: interior y exterior, subjetivo y objetivo, sensibilidad poética y lógica inflexible, las grandes aspiraciones del alma y las crudas realidades de la vida.

Los alineamientos de Saturno y Neptuno tienden a estar entre las épocas más exigentes desde los puntos de vista psico-

lógico y espiritual, así como las que con más probabilidad convocan la auténtica nobleza de espíritu y profundidad de visión. Pueden engendrar un modelo más oscuro para la imaginación, pero también una espiritualidad más realista. Tal vez en su forma más admirable, el complejo de Saturno-Neptuno parece asociarse al valor para afrontar una realidad difícil, y a menudo trágica, sin vanas ilusiones y manteniendo no obstante la fidelidad a los ideales y sueños de un mundo mejor. En lugar de provocar desesperación o pasividad, la penosa brecha entre el ideal y la realidad empuja a emprender todas las acciones necesarias para transformar las estructuras del mundo (políticas, económicas, religiosas, filosóficas) al servicio de las más altas intuiciones espirituales.

Robert Kennedy, que nació con la cuadratura de Saturno y Neptuno directamente sobre su Sol natal, refleja precisamente esta expresión del complejo arquetípico. Embargado por el dolor del asesinato de su hermano en 1963 (cuando Saturno y Neptuno se hallaban nuevamente en cuadratura), Kennedy sufrió una crisis espiritual y emocional que lo mantuvo prácticamente paralizado durante los meses y años siguientes, mientras luchaba por asimilar la tragedia y afrontar la destruida imagen del buen Dios que había heredado de la fe católica de su infancia. Transformado por este sufrimiento, y con la ayuda de largas meditaciones sobre obras de poetas como el elegíaco Alfred Tennyson (que nació con Saturno y Neptuno en conjunción), Kennedy regresó poco a poco a la vida pública con los ideales y las actitudes con que hoy se le identifica, y que reflejan una resolución interna de la dialéctica arquetípica asociada al complejo de Saturno y Plutón, es decir, una fe espiritual más profunda, mediada por el encuentro con la muerte y el sufrimiento, la esperanza que trasciende la tragedia, la acción compasiva en beneficio de los pobres y los oprimidos, el compromiso con una vida de servicio y sacrificio a favor de la comunidad humana y la fe en la posibilidad de un mundo mejor, como se expresa en su frecuente cita de estas palabras de Tennyson: «Venid, amigos míos, no es demasiado tarde para buscar un mundo nuevo».

Por último, una personalidad histórica paradigmática a este respecto es la de Abraham Lincoln, que nació en 1809,

con Saturno y Neptuno en conjunción. La intensidad de la depresión y la tristeza que le afligió toda la vida, los numerosos fallecimientos y pérdidas trágicas que marcaron su existencia, su lucha espiritual con lo irreversible de la muerte, su escepticismo respecto de las creencias religiosas ortodoxas, su profundo sentido de la resignación y su pronunciada capacidad de ironía, todo ello refleja claramente esta combinación arquetípica. Lo mismo ocurre con su compromiso compasivo con los oprimidos, los heridos, las viudas y los huérfanos, su respeto a los muertos, su perdón del enemigo, su vacilación y humildad espirituales. Lincoln fue, esencial y conmovedoramente, un «hombre de tristeza y de reconciliación» (tristeza como expresión de Saturno, reconciliación como expresión de Neptuno). Podemos reconocer esta síntesis arquetípica en la capacidad de Lincoln para percibir, en el sufrimiento y la muerte de tantas personas –incluido él mismo– sacrificadas en aras de un ideal superior, el misterioso funcionamiento de un propósito espiritual que actúa en las luchas mortales de la historia humana y a través de ellas.

Esto está muy cerca del núcleo del complejo de Saturno y Neptuno y su potencial *coniunctio oppositorum*: el reconocimiento del espíritu en la materia, de lo universal en lo particular, de lo arquetípico en lo concreto, el brillo redentor del alma eterna en el cuerpo mortal del mundo empírico. Tal como se refleja de manera icónica en la *Pietà* de Miguel Ángel (1499), los tránsitos de Saturno-Neptuno tienden a coincidir con períodos de profunda pérdida y contracción espiritual, en los numerosos sentidos ya sugeridos, pero también con períodos de profunda creación espiritual, de forja del alma, de materialización redentora del espíritu, que reflejan la lucha y la síntesis superior de la encarnación.

Ningún alineamiento, como la oposición de Saturno y Neptuno que acabamos de analizar, tiene lugar en el vacío como único factor pertinente a la hora de comprender la dinámica arquetípica de un período. Como hemos visto en esta investigación, en cualquier momento dado está en orbe una

multitud de alineamientos planetarios que se solapan mutuamente, con la correspondiente interacción de múltiples fuerzas arquetípicas. A menudo estas diferentes combinaciones arquetípicas son de naturaleza divergente, influyen en el clima cultural de modos muy distintos y, a veces, se interpenetran con consecuencias extraordinariamente imprevistas. Por ejemplo, difícilmente las cualidades asociadas al alineamiento de Urano y Plutón que se ha iniciado recientemente podrían diferenciarse más de las asociadas a la oposición de Saturno y Neptuno. Únicamente una «teoría de la complejidad» adecuada a interacciones arquetípicas tan intrincadas podría servirnos para evaluar el despliegue del *continuum* de la historia. Huelga decir que toda la perspectiva que aquí se expresa tiene como base el reconocimiento fundamental de la indeterminación y la impredecibilidad.

Con esta advertencia en mente, adentrémonos un poco en los alineamientos futuros. Si podemos juzgar sobre la base de la experiencia del pasado, la configuración más significativa y potencialmente más dramática del horizonte cercano es la convergencia de tres ciclos planetarios que dará lugar a un estrecho alineamiento de *cuadratura en T* de Saturno, Urano y Plutón entre 2008 y 2011. La última vez que estos tres planetas estuvieron al mismo tiempo en aspecto duro fue de 1964 a principios de 1968, cuando Saturno se opuso a la conjunción más amplia de Urano y Plutón de los años sesenta y cuando tanto el impulso revolucionario como el reaccionario se constelaron e interpenetraron intensamente en la psique colectiva. Fue el período de mayores tensiones y convulsiones de esa década tumultuosa, en la que se produjo un acelerado cambio cultural y un desarrollo particularmente tenso. La configuración de aspecto duro anterior que implicó a estos tres planetas fue la cuadratura en T que tuvo lugar entre 1929 y 1933, al comienzo de la larga cuadratura de Urano y Plutón que se prolongó toda la década de los años treinta. Hemos observado otros períodos de este tipo en los siglos anteriores.

Históricamente, como hemos visto, la dinámica arquetípica de épocas en las que estos tres planetas estuvieron en semejante configuración fue particularmente poderosa y transformadora. Las fuerzas implicadas parecen exigir, y al mismo

tiempo posibilitar, una capacidad más profunda para la resolución creativa de tensiones entre fuerzas intensamente opuestas: lo viejo y lo nuevo, el pasado y el futuro, el orden y el cambio, la tradición y la innovación, la estabilidad y la libertad. Es típica una atmósfera general de lucha por el poder. Tienden a exacerbarse las tensiones subyacentes entre autoridad social establecida e impulsos contraculturales de reciente cuño. Lo mismo ocurre con las tensiones generacionales entre viejos y jóvenes y las políticas entre conservadores y progresistas. En la psique colectiva suele darse una maduración acelerada. Los supuestos y expectativas arraigados se enfrentan con lo imprevisible y lo subversivo. Que el resultado sea un choque destructivo entre fuerzas de cambio revolucionario y rígidas fuerzas reaccionarias o una síntesis pragmática de innovación creativa y firme disciplina depende de factores que escapan a nuestro enfoque. Tales períodos han sido marcados en general por acontecimientos y fenómenos culturales que culminan y catalizan procesos a más largo plazo. Las tensiones internacionales y las divisiones geopolíticas pueden intensificarse, de modo que para resolver antiguos antagonismos y conflictos de valores se requieren enfoques radicalmente nuevos. Los problemas que rodean las imprevistas consecuencias del desarrollo tecnológico tienden a hacerse presentes en la conciencia pública.

En la actual situación global, parece probable que en este período, con una urgencia mayor por resolver problemas que implican el reparto y la conservación de los recursos naturales del mundo, se vean afectadas las estructuras ecológicas, políticas y sociales a gran escala.

Sin embargo, todo dependerá en gran parte de los pasos que se den en los próximos años y de la actitud, colectiva e individual, con que se aborden los desafíos con los que hoy se enfrenta la comunidad humana. Como he señalado enfáticamente a lo largo de este libro, para cada uno de esos alineamientos es posible un espectro extremadamente amplio de «escenarios» arquetípicos pertinentes, que reflejan diferentes modalidades potenciales de las fuerzas arquetípicas en juego. Estos distintos escenarios y modalidades reflejan a su vez la irreductible indeterminación polivalente que reside en la na-

turaleza misma de los arquetipos. Tal vez haya quienes consideren que la regularidad observada en la correlación entre patrones de experiencia humana y movimientos planetarios es una demostración de que la historia, en cierto sentido esencial, está predeterminada en sus líneas básicas, cuando no en todos sus detalles. Una conclusión de ese tipo refleja, creo, supuestos simplistas acerca de la causalidad y el determinismo que hemos heredado de la mentalidad moderna (y premoderna). También es posible que refleje profundas tendencias psicológicas, colectivas y personales, arraigadas en sentimientos inconscientes de desamparo. Sin embargo, más que reforzar la sensación de estar atados a un destino definitivo, el conocimiento de los tránsitos futuros, como el conocimiento de los tránsitos personales y la carta natal, puede abrirnos la posibilidad de una respuesta mejor informada y más creativa a las fuerzas operantes en cualquier momento dado. Son muchos e imprevisibles los factores que constituirán conjuntamente los acontecimientos del futuro: las tendencias históricas de desarrollo a largo plazo, y todavía cambiantes y flexibles, las respuestas sociales y políticas espontáneas a las condiciones que vayan surgiendo, el estado de conciencia moral colectiva, la medida en que las energías consteladas determinen inconsciente y ciegamente las acciones humanas o bien sean asimiladas conscientemente, además, sin duda, de muchos otros factores transempíricos fuera de nuestro alcance, como, tal vez, el karma y la gracia.

Incluso en términos astrológicos, la indeterminación y la impredictibilidad creativa son manifestaciones esenciales del principio de Urano-Prometeo. Todos los períodos que implican alineamientos mayores de Urano tienden a constelar estos temas en acontecimientos concretos, cada ciclo de maneras diferentes según cuál sea el segundo planeta implicado. La conjunción de Júpiter y Urano de 2010 y comienzos de 2011 se producirá al mismo tiempo que la cuadratura en T alcance su punto culminante, y es probable que coincida con nuevos e inesperados comienzos, impulsos expansivos y rupturas creativas en muchos ámbitos, algunos inmediatamente visibles para la conciencia pública y otras de naturaleza más recóndita, que se manifestarán más adelante.

Durante los años de la cuadratura en T y los siguientes desempeñará un papel decisivo la llegada al poder de la generación nacida durante la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta. Lo mismo ocurrirá con la llegada a la mayoría de edad de la generación de niños nacidos durante la conjunción de Urano y Neptuno que acaba de terminar. Además, la prolongada influencia en la psique colectiva de los impulsos culturales idealistas, las visiones creativas y los despertares espirituales que hicieron su aparición durante la larga era de Urano-Neptuno seguirá desplegando sus consecuencias por muchos años todavía, a menudo en formas nuevas que no podemos predecir. Sin embargo, el mero conocimiento de la poderosa dinámica arquetípica implicada –el conocimiento anticipado de los alineamientos planetarios, su ritmo y su significado potencial– puede proporcionarnos un importante nivel adicional de comprensión y autoconciencia que nos permita atravesar mejor esta transición crítica en la historia mundial.

Nada es seguro, o por lo menos de nada puede decirse que sea seguro. Sin embargo, dada la coherencia del patrón de correlaciones que implicó en el pasado a estos planetas, parece razonable prepararse para la posibilidad de que los años de la futura cuadratura en T de Saturno, Urano y Plutón presenten a la comunidad humana una convergencia de importantes desafíos en muchos frentes. La cuadratura de Urano y Plutón (que continuará hasta 2020) podría presentar algo así como una combinación de los años treinta y los sesenta en un contexto del siglo XXI: un período de grandes cambios históricos que apele a nuevos recursos y capacidades que, en última instancia, podrían resultar profundamente liberadoras. Sea cual fuere la forma que adopte el futuro próximo, creo que las grandes transformaciones globales y los movimientos de emancipación que han coincidido con la larga secuencia de alineamientos axiales de Urano, Neptuno y Plutón que hemos examinado en este libro, así como el profundo sufrimiento humano y la evolución moral que tuvo lugar durante los alineamientos de Saturno y Plutón y de Saturno y Neptuno, entre otros, han preparado al mundo para traspasar este umbral decisivo con una conciencia colectiva que tendrá una gran responsabilidad.

Es preciso mencionar un último alineamiento planetario. Hemos analizado los alineamientos de aspecto duro de los ciclos de los planetas exteriores. Nos quedan aún los trígonos y los sextiles de estos ciclos. De ellos, el más importante es indiscutiblemente el sextil de *Neptuno y Plutón* de un siglo de duración, que comenzó a mediados del siglo XX y continuará hasta cerca de mediados del XXI. Este largo sextil tiene lugar una vez cada quinientos años en el ciclo de Neptuno-Plutón y se inicia alrededor de medio siglo después de la conjunción. Su insólita duración es consecuencia de la órbita excéntrica de 248 años de Plutón, que por dos veces en cada ciclo de Neptuno-Plutón se acerca mucho a la órbita de Neptuno y, brevemente, incluso entra en ella, la primera vez como sextil y la segunda como trígono.

Históricamente, tales alineamientos prolongados de sextil o de trígono de Neptuno y Plutón han coincidido con largos períodos en los que una cierta evolución profunda de la conciencia parece impulsada y sostenida en un despliegue gradual y armonioso, que se mueve por debajo y a través de las fluctuaciones y crisis que pudieran ocurrir en un nivel empírico más inmediato. El gran trígono de Urano, Neptuno y Plutón de los años sesenta y setenta del siglo XVIII mencionado en el capítulo anterior, que coincidió con el apogeo de la Ilustración, el nacimiento del Romanticismo y el comienzo de la Revolución Norteamericana, tuvo lugar como parte del trígono más reciente y mucho más prolongado de Neptuno y Plutón de ese siglo. Estas épocas de un siglo de duración parecen en general promover la experiencia colectiva de una relación más convergente entre naturaleza y espíritu, las fuerzas evolutivas e instintivas (Plutón) y los recursos espirituales y las aspiraciones idealistas que impregnan la visión cultural (Neptuno). Esta dinámica arquetípica proporciona un permanente impulso estabilizador en un nivel casi subterráneo de la psique colectiva.[4]

Esta categoría particular de alineamiento tiene un significado especial: en primer lugar, porque implica a Neptuno y

Plutón, los dos planetas más lejanos; en segundo lugar, porque es más prolongada que cualquier otro alineamiento planetario. El sextil actual también es históricamente notable a causa de su papel en los movimientos cíclicos de los tres planetas más lejanos, puesto que ha coincidido con las primeras conjunciones de Urano y Plutón y de Urano y Neptuno posteriores a la conjunción de Neptuno y Plutón de 1880-1905. Por tanto, desde una perspectiva histórica a largo plazo, ahora mismo estamos en el momento en que estos tres ciclos planetarios, los más amplios que conocemos, acaban de completar sus conjunciones sucesivas, marcando la plena iniciación de la dinámica arquetípica correspondiente a los próximos siglos.

En consecuencia, si contemplamos el despliegue de los ciclos de los tres planetas más lejanos –teniendo en cuenta el actual alineamiento entre Neptuno y Plutón, el número de años desde la conjunción más reciente de estos planetas, un siglo atrás, y la conclusión de las conjunciones posteriores de Urano y Plutón y de Urano y Neptuno de los años sesenta y noventa, respectivamente–, el momento presente de la historia es extraordinariamente comparable, desde el punto de vista astronómico, al período de hace exactamente quinientos años con el que iniciamos este libro: la era que produjo el nacimiento del yo moderno, durante las décadas anteriores y posteriores al año 1500. Ésta fue también una época de extraordinaria turbulencia e incertidumbre, así como de gran creatividad y dinamismo cultural. Fue la culminación del Renacimiento de Leonardo y Miguel Ángel, de Erasmo y Tomás Moro, inmediatamente después de la nueva visión de la posibilidad humana que expusieron Pico della Mirandola en el *Discurso* y la Academia Platónica de Ficino en Florencia: un período modelado por la rápida expansión de un poderoso medio de comunicación universal, el libro impreso; las primeras expediciones a un inmenso mundo nuevo que, a un elevadísimo precio humano y ecológico, condujo a la apertura de la comunidad global a sí misma; y las enormes transformaciones espirituales y cosmológicas, aún en desarrollo, representadas por el inicio de la Reforma por Lutero y de la hipótesis heliocéntrica por Copérnico.

Nuestra era posmoderna de flujo incesante y complejidad irresoluble, a pesar de su desorientación metafísica y el hechizo colectivo producido por los medios de comunicación de masas y la mercadotecnia de las grandes empresas, ha creado nuevas condiciones y posibilidades que tal vez resulten de inestimable valor para nuestro futuro. Como resultado de los múltiples y extraordinarios cambios –culturales, psicológicos, espirituales– que han tenido lugar en el último siglo, la psique colectiva ha experimentado una transformación general y en ciertos aspectos profundamente favorable, difícil de medir, sin duda, pero que, no obstante su sutileza, no menos influyente ni de menor significación histórica. La rápida difusión que en esta era han tenido nuevas aperturas a las perspectivas y realidades de distintas culturas, épocas, religiones, razas, clases, géneros, orientaciones sexuales, grupos de edad e incluso diferentes especies y formas de vida, ha sido una característica especial de nuestro tiempo. Tal vez no sea exagerado decir que, en esta primera década del nuevo milenio, la humanidad ha accedido a una situación en que, hasta cierto punto, está más globalmente unida e interconectada, más sensibilizada a las experiencias y el sufrimiento de los otros, más despierta desde el punto de vista espiritual, es más consciente de las posibilidades e ideales alternativos futuros, más capaz de sanación y compasión colectivas y, con de los avances tecnológicos en los medios de comunicación, se halla en mejores condiciones que nunca hasta ahora para pensar, sentir y responder conjuntamente y con maduración espiritual a las realidades mundiales en rápida transformación.

ABRIRSE AL COSMOS

Con convergencia creciente, muchas disciplinas y perspectivas de nuestro tiempo tienden a una visión del cosmos más participativa y espiritualmente inspirada, como si a través de estas corrientes intelectuales y culturales operara un impulso subyacente más poderoso. Sin embargo, excepto en las intuiciones privadas de unos pocos y los anhelos personales de muchos, el poder de la cosmología desencantada de la modernidad se mantiene intacto. La visión del mundo que, tras la estela de la Revolución Científica, surgió y se estableció durante la Ilustración, inspira todavía hoy las actividades y los valores que mayor influencia ejercen, y los diversos retos a su hegemonía han sido, hasta ahora, periféricos y tentativas. El yo moderno aún vive en un universo vasto y ajeno, resultado aleatorio de procesos exclusivamente materiales, desprovisto de todo significado o propósito, indiferente a las aspiraciones espirituales y morales de la humanidad e implacablemente silencioso.

En determinados aspectos, esta imagen «neutral» del mundo ha sido profundamente emancipadora en el curso de la historia de nuestra civilización. Ha liberado al yo moderno de viejas estructuras de significados y propósitos cósmicos que, aunque fueran tal vez fuente de apoyo y numinosidad, eran a menudo dudosamente interpretadas, modeladas e impuestas

por autoridades culturales –políticas o religiosas– de visión no siempre profunda y motivaciones no siempre incuestionables. Sin embargo, no sólo hemos tomado conciencia de esa gran liberación, sino también de la gran pérdida que el triunfo de la imagen mecanicista del mundo trajo consigo. Una y otra han estado inextricablemente unidas en el corazón mismo de la modernidad.

Precisamente como respuesta a esta percepción he propuesto el experimento mental de los dos pretendientes. Si nuestra autoconciencia intelectual requiere hoy una nueva evolución, quizá el primer paso sea reconocer que nuestro compromiso con el universo produciría frutos de mayor calado si se pareciera más a un auténtico diálogo. Cuando se da por supuesto que el cosmos es fundamentalmente incapaz de comunicación intencional, de profundidad y complejidad de significado, es imposible cualquier comunicación en ese nivel. Semejante comunicación se ve excluida desde el principio. Sin embargo, en cualquier relación auténtica –es decir, en una relación de verdadera reciprocidad– la comunicación potencial de significado y propósito debe ser capaz de moverse en ambas direcciones, en este caso, entre el yo y el mundo. Para que esto ocurra, es esencial un sentido pacientemente desarrollado de empatía intelectual e imaginativa, de observación y análisis receptivos, respetuosos y llenos de confianza. La conciencia de esta necesidad ha estimulado a nuestra época a volver a mirar, con un nuevo respeto, las épocas, tradiciones y culturas en que esas epistemologías se cultivaron durante mucho tiempo: antiguas, indígenas, chamánicas, místicas y esotéricas.

En contraste con la actitud moderna de sistemático autodistanciamiento y objetivación, nuestra tarea actual parece ser el cultivo de una capacidad para abrirnos más plenamente «al otro» en todas sus formas: escuchar con oídos más finos otras voces y perspectivas, otras formas de vida, otros modos de mostrarse del universo. Como en cualquier diálogo auténtico, hemos de querer penetrar en lo que buscamos conocer, no mantenerlo a distancia como un objeto silencioso encerrado en el marco de nuestros supuestos restrictivos. Hemos de permitir que lo que intentamos conocer entre en nuestro propio ser.

Nuestra mejor filosofía de la ciencia, al igual que nuestras más agudas reflexiones sobre nosotros mismos, nos han enseñado que nuestros supuestos influyen de modo fundamental en la configuración y la creación de nuestro mundo. No sólo la razón y el empirismo, sino también la profundidad de la honestidad consigo mismo, la receptividad interior, la riqueza de la imaginación, la apertura a la belleza, la firmeza de la pasión, la fe, la esperanza, la aspiración espiritual, todo desempeña un papel importante en la constelación de la realidad que queremos conocer, y lo mismo ocurre con el miedo, el prejuicio, la desconfianza, la obstinación, el egocentrismo, la codicia, la impaciencia, la falta de imaginación, la ausencia de empatía. Y tal vez sea éste el mensaje subyacente al inesperado oscurecimiento del ilustrado mundo moderno: en el corazón oculto de la cognición hay una dimensión moral. Como sabían los griegos, la búsqueda de lo verdadero no puede separarse de la búsqueda de lo bueno.

Ni tampoco la búsqueda de lo verdadero y lo bueno puede en última instancia estar separada de nuestra búsqueda de lo bello. La cosmovisión moderna reconoce la belleza cósmica únicamente como accidente, como arbitraria coincidencia de la percepción subjetiva humana y la apariencia superficial. Sin embargo, la belleza inspira secretamente a todos los cosmólogos, incluso en sus intentos de explicar la totalidad del cosmos en una abstracta «teoría de todo» que resulta tan deficiente ante la rica complejidad, el misterio y las profundidades interiores del mundo. Un problema fundamental, aunque prácticamente no examinado en la cosmología de hoy, es la cuestión de si toda belleza del universo es mero producto aleatorio de la evolución ciega y nuestras circunstancias subjetivas o si, por el contrario, esa belleza es en algún sentido significativa e intencional, expresión de algo con más alma, más profundo, más inteligentemente relacional, más misterioso.

«Puede que parezca sorprendente que los físicos busquen la belleza –escribe Jeannette Winterson–, pero en realidad no tienen otra opción. Hasta ahora, no ha habido excepción a la regla de que la solución demostrable a cualquier problema resulta ser una solución estética». Fueran cuales fuesen sus motivaciones conscientes, los científicos se han sentido siem-

pre compelidos por la superioridad estética de una teoría. Sin embargo, tal vez nuestra manera de entender la superioridad estética de una teoría cosmológica debe ser fundamentalmente ampliada, más allá de la mera elegancia matemática (como en la ciencia contemporánea), para abarcar también lo que podrían ser dimensiones infinitamente más profundas de la realidad estética del universo. Tal vez lo que consideramos un enfoque rigurosamente «científico» del cosmos deba extenderse y desarrollarse radicalmente para integrar la imaginación intelectual, estética y moral de los científicos-filósofos del futuro. Es posible que las verdades más profundas no sólo de nuestra vida espiritual, sino también del cosmos mismo, requieran un compromiso esencialmente estético y moral con su ser y su inteligencia, y se resistan continuamente al juicio meramente reduccionista, escéptico y objetivador emanado de una sola facultad, orgullosa pero limitada, la «razón», estrechamente definida y rígidamente aislada de la plenitud de nuestro ser.

Sin embargo, este compromiso más amplio con el cosmos requerirá un cambio profundo en lo que consideramos conocimiento legítimo, y exigirá un acto de confianza inicial en la posible realidad de un cosmos con alma, de belleza transformadora y propósito inteligente. En la dinámica interna de la mente moderna se ha impuesto una «hermenéutica de la sospecha», que ha eclipsado por completo a la «hermenéutica de la confianza». Esa sospecha ha recaído sobre la naturaleza, el universo, otras culturas y otras visiones del mundo, sobre la dimensión espiritual de la vida e incluso sobre el ser humano como totalidad de cuerpo y alma. A partir de Bacon y Descartes, la mente moderna dirigió su sospecha a todo excepto su propia actitud de objetivación escéptica. La ceguera moderna a su propia postura fue precisamente lo que muchos pensadores posmodernos trataron de corregir, pero al hacerlo la estrategia posmoderna tendió a producir una negación más absoluta aún, según la cual la realidad percibida era únicamente una construcción sociolingüística, una proyección local al servicio del poder e impuesta por el poder. Dado que la cultura posmoderna continuó acríticamente con el supuesto moderno del desencantamiento cósmico, las principales moda-

lidades de la deconstrucción posmoderna se autoerigieron en límite definitivo de cualquier enfoque metafísico. Cualquier intento de coherencia más amplia, cualquier reconocimiento de significado o propósito espiritual subyacente, era sospechoso de afán totalizador, de ser otro subrepticio intento de extender el poder de la parte sobre el todo. Cualquier conjetura de un todo inteligible imbuido de un significado mayor atraía hacia ella fuerzas deconstructoras como misiles termodirigidos.

En el curso de los períodos moderno y posmoderno, se perdió el equilibrio necesario entre las dos actitudes intelectuales básicas de recelo y confianza, la esencial tensión creativa de opuestos. Las consecuencias de esta pérdida y este desequilibrio fueron inmensas. El escepticismo fundamental de la mente moderna y posmoderna, su castidad que otrora sirviera a un propósito más amplio, se ha convertido en un fin permanente encerrado en sí mismo, un estado blindado de reserva intelectual e insatisfacción espiritual. La estrategia de distanciamiento escéptico en relación con el mundo ha impulsado y modelado el yo moderno: lo ha diferenciado y potenciado, pero aislándolo finalmente de tal manera que ha terminado por vivir encerrado en la prisión solipsista de sus propios supuestos. Peor aún, en su vanidad y creciente desesperación maníaca, la civilización poseída por esta actitud objetivadora se ha convertido en una fuerza centrífuga de destrucción y de autodestrucción, en un mundo demasiado íntimamente interconectado como para albergar un monstruo de dimensiones tan titánicas y tan ajeno al equilibrio con el todo.

Demasiado a menudo se ha descrito el «progreso del conocimiento» y la «evolución de la conciencia» de la humanidad como si nuestra tarea consistiera en subir una larga escalera cognitiva cuyos escalones jerárquicos representan etapas sucesivas en las que vamos resolviendo enigmas mentales cada vez más difíciles, como si se tratara de problemas de un examen de posgrado de bioquímica o de lógica. Pero para entender mejor la vida y el cosmos tal vez necesitemos transformar no sólo muestra mente, sino también nuestro corazón. Necesitamos la totalidad de nuestro ser, cuerpo y alma, mente y espíritu. Quizá no sólo tengamos que ir hacia arriba y lejos, sino tam-

bién hacia abajo y en profundidad. Nuestra visión del mundo y del cosmos, que define el contexto de todo lo demás, se verá profundamente afectada por el grado en que *todas* nuestras facultades –intelectuales, imaginativas, estéticas, morales, emocionales, somáticas, espirituales, relacionales– se integren en el proceso de nuestro conocer. La manera en que abordemos al «otro» y en que nos relacionemos unos con otros moldeará todo, incluso nuestra propia evolución personal y el cosmos en el que participamos. No sólo nuestra vida personal, sino la naturaleza misma del universo puede que nos exija ahora una nueva capacidad de autotrascendencia, tanto intelectual como moral, a fin de poder vivir la experiencia de una nueva dimensión de la belleza y la inteligencia en el mundo, que no sea ya una *proyección* de nuestro deseo de belleza y de dominio intelectual, sino un *encuentro* con la belleza y la inteligencia del todo, que se despliegan de modo imprevisible. Creo que nuestra búsqueda intelectual de la verdad nunca puede separarse del cultivo de nuestra imaginación moral y estética.

Como reconoció Goethe, a menudo las facultades que necesitamos para el conocimiento sólo pueden desarrollarse a través de nuestra actitud receptiva con lo que deseamos aprehender, que nos transforma en el proceso mismo de nuestra búsqueda. Así, el estudio de las formas arquetípicas abre la visión arquetípica. Y así el encuentro abierto con la realidad potencial de un *anima mundi* hace posible su reconocimiento. Desde este punto de vista, sólo seremos capaces de comprender si nos abrimos a la posibilidad de que lo que tratamos de entender nos transforme y nos expanda. Semejante cambio implica abrir gradualmente la conciencia a una dimensión de la realidad que, aunque de profundo significado potencial, puede parecer a primera vista apenas perceptible: los sutiles «patrones que conectan», patrones de significado interno y externo, lo delicado y lo evasivo, lo reprimido y lo negado, lo oscurecido por nuestras certezas, lo que más bien sugiere e insinúa que ordena y demuestra. Semejante transformación en nuestro enfoque de la vida requiere, como vio Jung, una nueva apertura a nuestro *propio* «otro», nuestro otro interior: nuestro inconsciente, en toda su plenitud de formas. Pues tal vez allí comencemos a encontrar el misterio interior del cosmos.

En todo ámbito de investigación, un paradigma adecuado revela patrones de relaciones coherentes allí donde de otro modo sólo habría coincidencias inexplicables debidas al azar. Según la famosa observación del físico y filósofo de la ciencia P. W. Bridgman, las «coincidencias» son lo que queda después de aplicar una mala teoría. En el curso de las tres décadas durante las cuales he examinado correlaciones entre movimientos planetarios y patrones de actividades humanas he comprobado que esas «coincidencias», evidentes en los datos, eran demasiado numerosas, demasiado sistemáticamente coherentes con los principios arquetípicos correspondientes y demasiado sugerentes del funcionamiento de alguna forma de compleja inteligencia creativa, como para dar por supuesto que se trataba de anomalías casuales carentes de significado. Las palabras de Platón en su último diálogo, *Las leyes*, cuando critica la desencantada cosmología mecanicista de los físicos y los filósofos sofistas del siglo anterior, me parecen ahora misteriosamente proféticas.

La verdad es exactamente lo contrario de la opinión otrora predominante entre los hombres, según la cual el sol y las estrellas no tienen alma... Con semejante cortedad de visión, todos los elementos móviles del cielo les parecían meramente piedras, tierra y otros

cuerpos sin alma, aunque son los que proveen las fuentes del orden del mundo.

Sin embargo, los datos de que hoy disponemos sugieren que lo que Platón llamaba «orden del mundo» es un tipo especial de orden. Los indicios señalan un principio de ordenamiento cósmico cuya combinación de cocreatividad participativa, complejidad polivalente e indeterminación dinámica no era del todo comprensible para la visión antigua, ni siquiera para una visión tan compleja y penetrante como la de Platón. La relación entre el despliegue de las realidades de la vida humana y un orden arquetípico dinámico que se refleja en los movimientos planetarios parece más fluida y compleja, más creativamente imprevisible y más sensible a la intención y las cualidades de la conciencia o inconsciencia humanas que la que se expresaba en la tradición clásica. Una tarea importante que tenemos por delante es, por tanto, comprender el largo desarrollo que media entre la visión platónica de un cosmos arquetípico participativo y la nuestra. Otra es la de captar de qué manera la cosmología astrológica de la Antigüedad Clásica, que impregnaba prácticamente todo, tras haber ejercido una profunda influencia en la imaginación medieval y renacentista, fue perdiendo importancia cultural y legitimidad intelectual hasta parecer completamente insostenible en el mundo moderno. Una tercera tarea es tratar de comprender por qué ha resurgido en nuestro tiempo, radicalmente transfigurada. Creo que todas estas cuestiones son atravesadas por el gran misterio del despliegue de la evolución copernicana, que parece haber desempeñado el papel de continente cosmológico y mediador de un vasto proceso iniciático en la evolución del yo moderno.

Esto, el examen al que ahora damos fin en este libro ha puesto sobre el tapete muchos otros problemas y cuestiones que requieren atención y respuesta cuidadosa, de orden histórico, filosófico, psicológico y metodológico. Pero también reclaman análisis de importantes personalidades y acontecimientos culturales que todavía no han sido tratados, factores de complicación en los ya estudiados y problemas metafísicos y cosmológicos más amplios que hoy asoman. Además, es

preciso presentar otras categorías significativas de evidencia, algunas de las cuales arrojarán nueva luz sobre lo que hemos visto en los capítulos anteriores. Pero creo que hasta ahora hemos examinado un abanico y un volumen de datos lo suficientemente amplios como para considerar, al menos provisionalmente, sus implicaciones principales. Teniendo en cuenta el conjunto de pruebas que aquí hemos expuesto y el amplio volumen de investigaciones que he realizado hasta ahora, más los hallazgos de otros investigadores en este campo, resumiría brevemente mis propias conclusiones provisionales de la siguiente manera.

El cuerpo actual de datos acumulados hace difícil mantener el supuesto moderno según el cual el universo se entiende mejor como un fenómeno ciego y mecánico de procesos en última instancia atribuibles al azar, fundamentalmente incoherentes con la conciencia humana y en los que la Tierra y los seres humanos son periféricos e insignificantes. Lo que las pruebas sugieren es más bien que el cosmos es intrínsecamente significativo para la conciencia humana y coherente con ella; que la Tierra es un punto focal importante de este significado, un centro móvil de significado cósmico en un mundo en evolución, lo mismo que cada ser humano; que el tiempo no es sólo de carácter cuantitativo, sino también cualitativo, con lo que períodos diferentes de tiempo están marcados por dinámicas arquetípicas sensiblemente distintas; y, por último, que el cosmos como totalidad viva parece estar configurado por algún tipo de inteligencia creativa y omnipresente, una inteligencia de poder, complejidad y sutileza estética apenas concebibles, pero que está íntimamente conectada con la inteligencia humana y en la que podemos participar conscientemente. Creo que la comprensión del papel que en la vida individual y en los procesos históricos corresponde a la dinámica arquetípica, poderosa aunque en general inconsciente, en coincidencia con ciclos y alineamientos planetarios, puede desempeñar un papel decisivo en el desarrollo positivo de nuestro futuro común.

Como puedo atestiguar por mi propio encuentro inicial con esta evidencia, hay muchas razones para que una persona educada en el siglo XX y en el marco de referencia de los su-

puestos cosmológicos modernos encuentre difícil aceptar la más remota posibilidad de correspondencias de significado entre los movimientos de los planetas y los patrones de experiencia humana. Creo que, históricamente, algunas de esas razones tienen una justificación real, y he tratado de referirme a ellas. Pero también creo que la evidencia ahora disponible, cuando se la explora con mente y corazón abiertos, es por sí misma más elocuente que cualquier defensa que intentara yo formular. He comprobado que la perspectiva astrológica arquetípica, bien entendida, tiene una capacidad única para esclarecer la dinámica interna tanto de la historia cultural como de la biografía personal. Proporciona una extraordinaria penetración en los patrones cambiantes y más profundos de la psique humana individual y colectiva, así como en la compleja naturaleza participativa de la realidad humana. Coloca la mente y el yo modernos bajo una luz completamente nueva al recontextualizar radicalmente el proyecto moderno. Pero tal vez lo más importante sea su promesa de contribuir al surgimiento de una nueva visión del mundo auténticamente integral que, manteniendo las insustituibles intuiciones y logros del desarrollo moderno y posmoderno, pueda reunir lo humano y lo cósmico y restaurar el sentido trascendente de uno y otro.

EPÍLOGO

Vuelve, regresa a mí finalmente, mi propio Yo y las partes de él que durante mucho tiempo estuvieron en el extranjero y esparcidas entre todas las cosas.

Nietzsche
Así habló Zaratustra

Por mucho tiempo la mente moderna ha dado por supuesto que hay pocas cosas más categóricamente distantes entre sí que el «cosmos» y la «psique». ¿Qué puede ser más *exterior* que el cosmos? ¿Qué puede ser más interior que la psique? Pero hoy estamos obligados a reconocer que tal vez psique y cosmos sean las categorías cuyo entrelazamiento es más prometedor, las más profundamente interdependientes. Nuestra comprensión del universo afecta a todos los aspectos de nuestra vida interior, desde las más elevadas convicciones espirituales hasta los detalles más pequeños de nuestra experiencia cotidiana. A la inversa, las profundas disposiciones y el carácter de nuestra vida interior impregnan y configuran por completo nuestra comprensión del cosmos entero. La relación de psique y cosmos es un matrimonio misterioso que se sigue desplegando, una interpenetración y al mismo tiempo una fértil tensión de opuestos.

Parece que tenemos una elección. Hay muchos mundos posibles, muchos significados posibles que viven en nosotros *in potentia*, que se mueven a través de nosotros, a la espera de ser realizados. No somos meros sujetos solitarios y aislados en un universo sin sentido de objetos a los que podemos y debemos imponer nuestra voluntad egocéntrica. Tampoco somos pizarras en blanco o recipientes vacíos condenados a representar pasivamente los procesos inexorables del universo (o de Dios) o de nuestro medio ambiente, nuestros genes, raza, clase o género, nuestra comunidad sociolingüística, nuestro inconsciente o la fase de evolución en que nos encontramos. Somos más bien milagrosamente autorreflexivos y autónomos, participantes insertos en un drama cósmico en el que cada uno es nexo creativo de acción e imaginación. Cada uno es un microcosmos responsable del macrocosmos creativo, un despliegue de realidad rica y complejamente coevolutivo. En una medida decisiva, la naturaleza del universo depende de nosotros.

Sin embargo, no es menos cierto que nuestra naturaleza *propia* y maravillosamente compleja depende del universo y en él está integrada. ¿No debemos considerar que la interpenetración de la naturaleza humana y la cósmica es fundamental, radical? Me parece muy improbable que todo lo que identificamos en nosotros como específicamente humano –la imaginación, la espiritualidad, todo el espectro de emociones humanas, la aspiración moral, la inteligencia estética, el discernimiento y la creación de significado narrativo y coherencia significativa, la búsqueda de belleza, la verdad y el bien– apareciera súbitamente *ex nihilo* en el ser humano como una singularidad ontológica accidental y más o menos absurda en el cosmos. ¿No es este supuesto, que de una u otra forma sigue impregnando implícitamente la mayor parte del pensamiento moderno y posmoderno, tan sólo el residuo no examinado del ego monoteísta cartesiano? ¿No es mucho más plausible que la naturaleza humana, en todas sus creativas profundidades y cumbres multidimensionales, surja de la verdadera esencia del cosmos, y que el espíritu humano sea *el espíritu mismo del cosmos*, tal como se modifica a través de nosotros y tal como nosotros lo representamos? ¿No es más probable que la inte-

ligencia humana, en toda su brillantez creativa, sea en última instancia la inteligencia del cosmos que expresa su brillantez creativa? ¿Y que la imaginación humana se base en última instancia en la imaginación cósmica? ¿Y, por último, que este espíritu, inteligencia e imaginación más amplios vivan en nosotros y actúen a través del ser humano reflexivo, que haría las veces de recipiente único y encarnación del cosmos: creativo, impredecible, falible, autotrascendente, desarrollo del todo, integrante del todo y tal vez incluso esencial al todo?

Si es así, tal vez el enfoque del segundo pretendiente al misterio del universo sea una estrategia más fructífera y adecuada que la que parte del supuesto de que el verdadero punto de partida del conocimiento legítimo es considerar el universo sin sentido ni propósito. Recordemos aquellas notables palabras que Sir James Frazer escribió hace un siglo al final de su magna obra en doce volúmenes, *La rama dorada*:

> Al fin y al cabo, la magia, la religión y la ciencia no son nada más que teorías del pensamiento, y así como la ciencia ha reemplazado a sus predecesoras, así también será ella sustituida por alguna hipótesis más perfecta... Sobre algún viajero del futuro, algún gran Ulises de los reinos del pensamiento, brillarán estrellas más brillantes que las que brillan sobre nosotros. Puede que un día los sueños de la magia se conviertan en realidades científicas de la vigilia.

Sin embargo, tal vez esas estrellas hayan estado allí todo el tiempo, ocultas por la brillante aurora de nuestra modernidad. Y nuestro Ulises sólo despierte a un cosmos muy antiguo cuya inmensa inteligencia, belleza y misterio nos hemos ido preparando lentamente para conocer.

> No cesaremos de explorar
> y el fin de nuestra exploración
> será llegar adonde comenzamos,
> conocer el lugar por vez primera.

NOTAS

LA TRANSFORMACIÓN DEL COSMOS

1. En *La pasión de la mente occidental. Para la comprensión de las ideas que modelaron nuestra cosmovisión* (Girona, Atalanta, 2008, exploro muchas de estas complejidades. Por su parte, en *Sources of the Self; The Making of the Modern Identity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989, Charles Taylor presenta una exposición particularmente penetrante y matizada de las complejas raíces y el desarrollo histórico del yo moderno. El artículo de Robert Bellah de 1964, titulado «Religious Evolution», en *Beyond Belief: Essays on Religion in a Post-Traditional World*, Berkeley University of California, 1991, ofrece un inestimable análisis histórico de la relación en evolución entre la cosmovisión religiosa, la imagen de sí mismo del hombre y los desarrollos sociopolíticos en los que diversas formas de rechazo del mundo (desde el período axial) y desencantamiento del mismo (desde la Reforma y la modernidad) desempeñan un papel decisivo. Este ensayo, conciso pero esencial, se verá considerablemente ampliado y desarrollado en *Religious Evolution*, del mismo Bellah, por aparecer.

EN BUSCA DE UN ORDEN MÁS PROFUNDO

1. Los textos principales de Jung son los de la conferencia Eranos de 1951, «Sobre sincronicidad», y la monografía más extensa de 1952 titulada «Sincronicidad como principio de conexiones acausales», ambos en Carl G. Jung, *La dinámica de lo inconsciente* (Obra Completa, vol. 8), Madrid, Trotta, 2004. Aunque inestimables y

precursoras, estas obras de Jung estás lastradas por muchas incoherencias y confusiones conceptuales, tal vez inevitables en la presentación inaugural de un nuevo principio de comprensión que tan radicalmente cambió los supuestos existentes. Además, como se analiza en la nota 5 de esta misma parte, la conferencia y la monografía de Jung se centraban en categorías de fenómenos, como acontecimientos paranormales y datos experienciales procedentes de la física, que oscurecían la dimensión humana y psicológicamente transformadora de los fenómenos sincrónicos, aunque esto último fue con creces el hecho más importante en la propia experiencia vital de Jung y sus observaciones clínicas.

Otros textos afines de Jung pueden encontrarse en Roderick Main, comp. y autor de la introducción, *Jung on Sinchronicity and the Paranormal*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1997. Para las implicaciones de la sincronicidad en la psicología de la religión, véase Robert Aziz, *C. G. Jung's Psychology of Religion and Synchronicity*, Albany, State University of New York Press, 1990: «Se puede decir que el concepto de sincronicidad es la teoría que ha tenido mayores implicaciones en la psicología de Jung en su conjunto, sobre todo en su psicología de la religión» (p. 1). El particular estado de alerta de Jung a los fenómenos sincrónicos en su vida y a sus posibles implicaciones es destacado en el análisis de Aziz (véase especialmente pp. 84-90 y 159-166). Para la pertinencia de la sincronicidad en la física y en la cosmovisión científica, véase Victor Mansfield, *Synchronicity Science, and Soul-Making*, Chicago, Open Court, 1995. Otros escritos importantes sobre sincronicidad comprenden libros o ensayos de Arthur Koestler, Anthony Flew, Michael Fordham, Ira Progoff, Marie-Louise von Franz, Aniela Jaffé, Allan Combs, Mark Holland, Michael Conforti, Jean Shinoda Bolen, David Peat, Sean Kelly y Ray Grasse.

2. El análisis de Hillman del ascenso de Petrarca al Mont Ventoux en *Re-imaginar la psicología* es importante aquí en otros dos aspectos, más allá de su ejemplificación de una sincronicidad que tuvo consecuencias personales y culturales: en primer lugar, la concepción que Hillman tiene del alma –psique, el lugar del sentido y la finalidad– como algo que no sólo existe en el interior del «hombre», sino también fuera de él; y en segundo lugar, su análisis del Renacimiento como el surgimiento de un nuevo tipo de visión interior, ligado a un nuevo sentido del yo y una nueva visión del mundo. Hillman continúa con estas palabras:

Si volvemos al pasaje que Petrarca estaba leyendo y que tanto asombro le produjo, vemos que Agustín hablaba de la *memoria*. El libro X, 8, de las

Confesiones es importante para el arte de la memoria. Habla de la facultad imaginativa del alma. «Grande es esta fuerza de la memoria [imaginación], verdaderamente prodigiosa, Dios mío. Un inmenso e infinito santuario. ¿Quién puede llegar a su fondo? Es una potencia de mi alma que pertenece a mi naturaleza. Ni yo mismo alcanzo a comprender lo que soy. Significa entonces que el alma es demasiado estrecha para contenerse a sí misma.»

Estas frases preceden inmediatamente al pasaje que Petrarca leyó en el monte. En ellas, Agustín se enfrenta a los problemas clásicos, que comienzan con Heráclito, acerca de la inconmensurable profundidad del alma, y del lugar, tamaño, propiedad y origen de las imágenes de la *memoria* (el inconsciente arquetípico, si lo prefieren). Fue el milagro contenido en la estela de este pensamiento lo que impresionó a Petrarca; el milagro de la personalidad interior, que está dentro del hombre y al mismo tiempo es mucho más grande que el hombre. [...] La revelación en la cima del Mont Ventoux abrió los ojos de Petrarca a la complejidad y el misterio de la relación hombre-psique, y lo llevó a escribir sobre la maravilla del alma. [...] La psicología renacentista comienza con una revelación de la realidad independiente del alma. [...] *No es el regreso de la naturaleza al hombre lo que marca el comienzo del Renacimiento, sino el regreso al alma.* (Hillman, *Reimaginar la psicología*, pp. 383-384, traducción de Fernando Borrajo, Madrid, Siruela, 1999; Agustín, *Confesiones*, X, 8, 15).

En este pasaje Hillman trata de corregir la «falacia humanística» de los intérpretes del Renacimiento, según la cual identifican «el "alma" y "yo" de Petrarca con el "hombre". No puede abarcar la paradoja agustiniana que reúne la psique y lo humano como dos factores contenidos el uno en el otro por obra de la imaginación. Por tanto, la falacia humanística no acierta a reconocer lo que Petrarca escribió realmente: el alma es la maravilla» (p. 384).

Quisiera agregar que la ambigua amalgama de «alma» y «yo» con «hombre» no empieza con los estudios sobre el Renacimiento, sino que, en un sentido importante, es básica para el nacimiento mismo del yo moderno renacentista, visible en Pico y en Ficino, así como en el *ethos* más amplio de la época. Esta ambigüedad subyacente al humanismo renacentista permitió una potenciación del yo humano, enormemente realzada por la amalgama inconsciente de la razón humana con la imagen de la razón divina, el Logos Solar trascendente, que surgió en el curso de la revolución copernicana, la Revolución Científica y la Ilustración. Estos dos desarrollos «humanísticos» –la apropiación humana tanto de la *psique* como del *logos*– tenían raíces y precedentes en el pensamiento griego antiguo, así como en la tradición bíblica. Sin embargo, en el contexto secular moderno, libre de las limitaciones transcendentales de la

sensibilidad religiosa clásica, estos desarrollos adoptaron formas radicalmente nuevas, con nuevas consecuencias.

3. Mientras que Agustín interpretaba su lectura sincrónica de las palabras de San Pablo como fundamento para la superación de un intenso conflicto interior y la reorientación permanente de su vida de acuerdo con su revelación, la lectura de Petrarca de las palabras de Agustín parece haber producido un resultado más complejo, un resultado apropiado al yo moderno del que él fue un importante precursor.

Durante los dos últimos siglos, muchos prominentes estudiosos interpretaron el ascenso de Petrarca al Mont Ventoux en 1336 como un acontecimiento extraordinariamente importante de la época, que anunciaba el nuevo espíritu del Renacimiento y de la modernidad, aunque lo interpretaron de maneras notablemente distintas y a veces completamente opuestas. Jacob Burckhardt, el historiador del siglo XIX, veía en el ascenso de Petrarca un gran hito en el descubrimiento moderno de la belleza de la naturaleza y el paisaje (*La cultura del Renacimiento en Italia*, Parte Cuarta, «El descubrimiento del mundo y del hombre»). Jean Gebser declaró que el ascenso significaba «el primer despertar de una conciencia del espacio que dio lugar a un cambio fundamental en la actitud del hombre europeo en el mundo y ante el mundo... una extensión sin precedentes de la imagen que el hombre tenía del mundo», lo cual «inaugura» proféticamente «una nueva manera realista, individualista y racional de entender la naturaleza» (*The Ever-Present Origin*, ed. rev., Athens., Ohio University Press, 1991, pp. 12-15). Morris Bishop, biógrafo de Petrarca, le llamó el primer alpinista moderno, cuya novedosa motivación fue escalar el pico por el mero hecho de escalarlo (*Petrarch and his World*, Bloomington, Indiana University Press, 1963, pp. 103-104).

Como representante de la corriente principal de los estudiosos del siglo XX, Paul O. Kristeller sostuvo que la respuesta de Petrarca a la lectura de Agustín en la montaña y en general la obra de su vida, «expresa por primera vez ese énfasis en el hombre que habría de ser objeto de elocuentes desarrollos en los tratados de los humanistas posteriores y habría de hallar fundamentación metafísica y cosmológica en las obras de Ficino y Pico. Por esta razón, los humanistas adoptaron el término "humanidades»"(*studia humanitatis*) para designar sus estudios» (*The Encyclopaedia of Philosophy*, voz «Petrarca», vol. 6, ed. a cargo de P. Edwards, Nueva York, Macmillan and Free Press, 1967, 1972, p. 127; véase también «Augustine and the Early Renaissance», *Studies in Renaissance Thought*, Roma, Storia e Letteratura, 1969, pp. 361-362).

En contraste con esta última posición, James Hillman no ha visto lo auténticamente emblemático del Renacimiento en el nuevo «énfasis en el hombre», sino más bien en un «retorno al alma». Según la interpretación de Hillman, la atención de Petrarca al ilimitado misterio de la interioridad, su cuidado de la imaginación intelectual, su devoción por los autores clásicos, su pasión por la escritura y la excelencia del estilo y su perdurable apego a la imagen de Laura, todo ello representaba un cultivo del alma no sólo en oposición al «retorno al hombre», sino también, en última instancia, como un alejamiento de la senda espiritual que representaba Agustín. «La experiencia de Petrarca se conoce como el Ascenso al Mont Ventoux. Pero el fenómeno crucial es el descenso, el retorno al valle del alma» (*Re-imaginar la psicología*, pp. 384-385).

Sin embargo, el propio Petrarca, en su famosa carta en la que describe detalladamente la experiencia a su amigo y confesor, presenta el acontecimiento, ante todo, como una poderosa metáfora del arduo ascenso espiritual a Dios, y describe la lectura de las palabras de Agustín como llamada dramática, incluso en tono de reproche, a abrazar el más importante de los compromisos. Aunque, sorprendentemente, en los importantes comentarios e interpretaciones que se acaban de mencionar, esta perspectiva del acontecimiento falta por completo, e incluso ha sido eliminada, no cabe duda de que es la dimensión más convincente de la experiencia del propio Petrarca. Después de mencionar la sincronicidad implícita en la experiencia de conversión de Agustín, Petrarca recuerda otro ejemplo de ese tipo de coincidencia y sus consecuencias transformadoras, para dar luego comienzo a una más extensa meditación sobre el desafío espiritual de la vida:

> Lo mismo le ocurrió antes a San Antonio, cuando escuchaba el Evangelio allí donde está escrito «Si quieres ser perfecto, anda y vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego sígueme». Creyendo que este pasaje le había estado personalmente dedicado para su beneficio, como dice su biógrafo Atanasio, con su ayuda se orientó al Reino de los Cielos. Y así como al oír estas palabras Antonio no esperó nada más, y así como, tras la lectura de la admonición del Apóstol, Agustín dejó de buscar, así puse fin a mi lectura de las pocas palabras que tenía delante. Pensé en silencio acerca de la falta de buen consejo en nosotros, mortales, que descuidamos lo más noble de nosotros mismos, esparcimos nuestras energías en todas las direcciones y nos desperdiciamos en una vana exhibición, porque buscamos alrededor de nosotros lo que sólo cabe hallar en nuestro interior. Me maravillé de la nobleza natural de nuestra alma, excepto cuando se envilece en su libre albedrío y deserta de su estado

original, tornando en deshonor lo que Dios le dio en su honor. ¿Cuántas veces, pensad, volví a ese día para contemplar desde la cumbre de la montaña lo que apenas parecía tener la altura de un codo en comparación con el alcance de la contemplación humana cuando no está inmersa en el fango pestilente de la tierra? A cada paso del descenso, me preguntaba: Si estamos preparados para soportar tanto sudor y tanto esfuerzo para poder acercar un poco nuestro cuerpo al cielo, ¿qué alma que, por encima de los precipicios del orgullo y del destino humanos, luche por acercarse a Dios puede temer ninguna cruz, ni prisión, ni aguijón de la fortuna? Muy pocas, pensé, pero el temor a las dificultades o el amor a la comodidad las apartan de su camino... ¡Con qué seriedad debemos luchar, no para ir a las cimas de las montañas, sino para aplastar bajo nosotros los apetitos que surgen de los impulsos terrenales! Sin conciencia de las dificultades del camino, sumido en estas preocupaciones que tan abiertamente he revelado, regresamos, mucho después de oscurecer, pero con la amable luz que nos prestaba la luna llena, a la choza que aquella mañana habíamos dejado antes del amanecer. («The Ascent of Mount Ventoux: To Dionisio da Borgo San Sepolcro», en *Petrarch: The first Modern Scholar and Man of Letters*, Nueva York, Putnam, 1898, pp. 318-319).

No cabe ninguna duda de que el impulso y la voluntad de realizar el ascenso, la índole tan agudamente polarizada del diálogo interior que mantiene consigo mismo mientras sube la montaña y sus reflexiones posteriores sobre el acontecimiento sugieren que Petrarca, mal de su grado, iniciaba la ruptura de la poderosa dominación del espíritu medieval agustiniano al mismo tiempo que lo asimilaba. Pero su propio relato deja clara la inmensidad de la lucha que ello conllevaba. Debiéramos mencionar que la palabra latina que emplea Petrarca y que Hillman y otros traducen como «alma» no es *anima*, sino *animus*. También se la podría traducir como «espíritu», o como «alma» en el sentido espiritual cristiano más que en el de la más psicológica e imaginativa «alma» que desarrollaron Hillman y la psicología arquetípica.

Por último, en una dimensión más amplia del ascenso que implícitamente reconocen y mencionan todas estas interpretaciones –las de Burckhardt, Gebser, Bishop, Kristeller, Hillman y el propio Petrarca– se halla en especial la inspiración y la recuperación de los grandes autores de la Antigüedad clásica, de Virgilio y Ovidio a Agustín mismo, que impregnan el acontecimiento y penetran de principio a fin el relato de Petrarca a medida que su elocuencia y su sabiduría ejercen su influencia sobre todos los aspectos de la experiencia tal como se produjo aquel día. Incluso la idea de que el ascenso fue catalizado por su lectura de otro autor antiguo el día

anterior: «La idea se apoderó de mí con fuerza especial cuando, ayer, leyendo la *Historia de Roma* de Livio, me encontré por casualidad con el pasaje en que Filipo de Macedonia, el mismo que había librado la guerra contra los romanos, ascendió al Monte Haemus de Tesalia, desde cuya cumbre pudo ver, se dice, dos océanos, el Adriático y el Euxino» (Robinson, ed., *Petrarch*, p. 308). También aquí, por tanto, puede verse tanto el nacimiento del clasicismo renacentista como del moderno hombre de letras.

Tal vez podamos entender el hoy famoso ascenso de aquel largo y claro día de 1336 en su significado más amplio reconociendo que es precisamente esta complejidad de nueva articulación y este conflicto de valores, motivaciones y experiencias a los que Petrarca puso voz en su relato, que debemos considerar básico por su carácter espiritual y moral, literario y humanístico, naturalista y perspectivista, estético y romántico, erudito y clasicista. El acontecimiento fue una gran *complexio oppositorum*, una compleja acción recíproca y síntesis de opuestos: a la vez reflexivo e inquisitivo, igualmente orientado al pasado que al futuro, hacia fuera y al mismo tiempo hacia dentro, ascendente y descendente. Precisamente esta divergente multiplicidad de valores, esta tensión de muchos impulsos en conflicto, es lo que anuncia en Petrarca la nueva sensibilidad del Renacimiento y el surgimiento del yo moderno con su carácter multiforme sin precedentes. El Ascenso al Mont Ventoux y el posterior descenso es un acontecimiento de imponente ambigüedad. En esta compleja polivalencia reside lo esencial de su carácter y su magnitud.

4. Robert Aziz comenta: «Para Jung, el llamamiento a la individuación surge de las fuentes más profundas de la vida y se apoya interna y externamente en las actividades compensatorias de la naturaleza. Por tanto, es un llamamiento que no debe tomarse a la ligera. Tanto interna como externamente, la naturaleza lucha sin cesar para producir la realización, en la vida de un individuo, de una configuración de significado única... Como lo ponen en evidencia sus propios escritos sobre sincronicidad y, tal vez de modo más importante, la manera en que vivió su propia vida, el proceso de individuación trasciende el dominio psicológico y adopta el carácter de un drama que requiere la naturaleza entera como escenario. Lo que normalmente consideramos mundo exterior y mundo interior discontinuos quedan encerrados en un mismo círculo de totalidad. Tanto interna como externamente, la naturaleza, por medio de la configuración compensatoria de acontecimientos, trabaja para fomentar el movimiento del individuo hacia la totalidad... Entonces nos vemos retados a lograr un conocimiento pleno

del sentido que nos une no sólo al inconsciente, sino también a la naturaleza en su integridad. Éste es el nuevo desafío espiritual de la individuación: la tarea de tener experiencia, en el círculo sagrado de la naturaleza como totalidad, del sentido de una existencia individual» (*C. G. Jung's Psychology of Religion and Synchronicity*, pp. 165-166).

La actitud de Jung se asemeja mucho al característico estado primordial y chamánico de atención a la configuración simbólicamente significativa, y también a la antigua filosofía taoísta china, cuyos principios dominantes son el modelo, el orden, las correlaciones simbólicas, la unidad de lo humano y el cosmos y la interdependencia de todas la cosas. Cf. Richard Wilhelm, *The Secret of the Golden Flower*: «[La filosofía china] se construye sobre la premisa de que el cosmos y el hombre, en último análisis, obedecen a la misma ley; que el hombre es un microcosmos y no está separado del macrocosmos por barreras fijas de ningún tipo. Las mismas leyes rigen para uno y para otro, y un camino lleva del uno al interior del otro. La psique y el cosmos son mutuamente como el mundo interior y el mundo exterior. En consecuencia, el hombre, por su propia naturaleza, participa de todos los acontecimientos cósmicos y está entretejido con ellos tanto desde el punto de vista interno como desde el externo» (Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1931, 1962, p. 11, cita tomada de Aziz, p. 135). Cf. también Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*: «En el pensamiento chino, la palabra clave es Orden y, sobre todo, *Configuración* [*Pattern*]... Todas las correlaciones o correspondencias simbólicas formaban parte de una colosal configuración. Las cosas se comportaban de modos particulares no necesariamente a causa de acciones o impulsos previos de otras cosas, sino debido a que su posición en el universo cíclico y siempre móvil era tal que estaban dotadas de naturalezas intrínsecas que hacían para ellas inevitable esa conducta... Por tanto, eran partes con dependencia existencial de la totalidad del organismo-mundo. Y reaccionaban unas a otras no tanto por impulso o causación mecánicos como por un tipo de resonancia misteriosa» (Cambridge, Cambridge University Press, 1956, 1991, vol. 2, p. 281).

5. La formulación de la sincronicidad en términos de *tiempo cualitativo*, a partir de 1930, refleja la investigación astrológica de Jung, que comenzó en 1911, y sus experimentos a lo largo de los años veinte con el *I Ching*: «La primera teoría de Jung acerca de la sincronicidad tenía como referencia la astrología y el *I Ching* y se centraba en el hecho de que todo lo que sucede en un momento particular comparte las características de ese momento. Esta mane-

ra de entender el papel del tiempo, según la cual la simultaneidad cumple una función importante, parece haber sido lo que llevó a Jung a acuñar el término «sincronicidad», con su énfasis en el elemento temporal (Gr. *syn* = conjuntamente, *chronos* = tiempo)» (R. Main, *Jung on Synchronicity and the Paranormal*, p. 23).

En los años posteriores, Jung se centró cada vez más en los paralelismos entre la sincronicidad y la física del siglo XX. En un primer momento fue influido por sus conversaciones acerca de la relatividad con Einstein (invitado a comer en diversas oportunidades durante el período 1909-1912) y, varias décadas después, por sus debates sobre mecánica cuántica con su paciente y amigo Wolfgang Pauli.

Reflexionando sobre los paralelismos tanto con la física como con los experimentos parapsicológicos de J. B. Rhine en la Duke University, que dieron comienzo en los años treinta, Jung empezó a ampliar el concepto de sincronicidad para incluir en él diversos fenómenos paranormales, como la precognición o la telepatía, las discontinuidades de la física moderna, las propiedades de los números naturales para los que la simultaneidad, el tiempo cualitativo y el significado no siempre eran factores pertinentes. En cambio, empezó a insistir en la «relativización psíquica del tiempo y el espacio» y en el «ordenamiento acausal general». Sin embargo, como han observado muchos comentaristas (Koestler, Aziz, Mansfield, Main), algunas de estas adiciones ampliaban los parámetros del concepto con el fin de incluir en él fenómenos para los cuales el término original «sincronicidad» resultaba problemático y no tan obviamente apropiado.

Esencialmente, en su esfuerzo para incluir los diversos fenómenos provenientes de la parapsicología y la física, Jung combinó en un solo concepto integrador varias clases separadas de acontecimientos que, en muchos casos, parecen confundirse y pasar por alto sus fundamentales diferencias. Por ejemplo, una diferencia particularmente importante quedó oculta bajo la fusión que hizo Jung de dos categorías básicas: la coincidencia significativa de acontecimientos simultáneos y la experiencia de cognición clarividente. Puede decirse que la primera categoría representaba la forma clásica de la sincronicidad, ilustrada por el caso paradigmático del escarabajo de oro, en la que el mundo exterior produce inesperadamente un acontecimiento externo cuyo significado guarda un estrecho paralelismo con un estado psicológico simultáneo. La segunda categoría se centraba en casos en los que un individuo tenía la experiencia interior –mediante intuición, sueño o visión– de un acontecimiento externo en un momento futuro o en un lugar distante.

Pero sólo en la primera categoría –sobre la que Jung cargó más el énfasis– existe la posibilidad decisiva de que se presente un mundo de sentido intrínseco, un mundo que tenga todas las implicaciones metafísicas asociadas al concepto de sincronicidad. Por el contrario, en casos de experiencias paranormales como la clarividencia, la telepatía y la precognición, se puede pensar que el individuo en cuestión ejerce simplemente una facultad perceptiva o cognitiva por el momento imposible de explicar, pero sin implicaciones en torno a la capacidad del mundo exterior para encarnar significado de un modo que trascienda a la psique humana. Por tanto, esos casos proporcionarían pruebas que apuntarían exclusivamente a la necesidad de una revisión de la manera de entender las habilidades humanas y los parámetros de la conciencia humana. Otros casos, como los que se dan en los experimentos parapsicológicos y en la física cuántica, presentan diferencias comparables, así como otras que eliminan por completo la presencia del significado como factor fundamental.

Parece probable que el estatus científico de la física y la naturaleza estadístico-experimental de la investigación parapsicológica desempeñaran un papel importante en la orientación junguiana en la dirección arriba mencionada, alentándolo a modificar los términos de su concepto original y a agregar nuevas categorías con la esperanza de aumentar la viabilidad de su desafiante hipótesis en el *ethos* intelectual dominado por la ciencia propia de mediados del siglo XX (véase, por ejemplo, Ira Progoff, *Jung, Synchronicity, and Human Destiny*, Nueva York, Dell, 1973, p. 143; Aziz, p. 2; Mansfield, pp. 33-34; y Main, pp. 15-17, 23-27). Quizá esto explique también la carta de Jung de 1954 a André Barbault, en la que comparaba la sincronicidad con la hipótesis del tiempo cualitativo que antes había propuesto, y sugería que la idea de sincronicidad, más que poner de manifiesto el principio del tiempo cualitativo, venía a sustituirlo (C. G. Jung, *Letters* 2: 1951-1961, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1976, p. 176). Aquí Jung presentaba el último concepto como tautológico, puesto que «en sí mismo, el tiempo no consiste en nada» y sólo es «cualificado» o definido por los acontecimientos.

Es probable que el aparente cambio en la posición de Jung no sólo reflejara su cambio más general en el sentido de una formulación más integradora y científicamente inspirada del principio de sincronicidad, sino también su deseo de localizar la esencia de los fenómenos sincrónicos en la configuración paralela de los fenómenos mismos, más que en algunas características a priori del tiempo con independencia de los fenómenos. De esta suerte, contrariamente a algunos comentarios sobre este tema, lo que más tarde objetó

Jung no fue la idea de que el tiempo tuviese una dimensión cualitativa de hecho, sino más bien la de que el tiempo *mismo* fuera un factor determinante a priori de las cualidades observadas. En cambio, Jung vio con claridad que el factor determinante, lo que «ordenaba» la configuración cualitativa en el flujo de acontecimientos, no era el tiempo en sí mismo, sino más bien el arquetipo constelado. En términos aristotélicos, el arquetipo es la causa formal de la sincronicidad. Por tanto, aunque se atribuya al tiempo una dimensión cualitativa, la cualidad que se manifestará en todo tiempo dado es indeterminada y potencial mientras no haya un arquetipo específico constelado.

Si contemplamos las cosas con mirada retrospectiva, vemos que en la época en que Jung escribió su principal análisis sobre la sincronicidad, a comienzos de los años cincuenta, su creciente concentración en la parapsicología y en la física había, en cierto sentido, colonizado el concepto original y, por ende, oscurecido la realidad de su asimilación de la experiencia de coincidencias significativas en su vida y su práctica clínica. Los ejemplos originales y más familiares de Jung acerca de sincronicidades surgieron en contextos psicológicos, terapéuticos, religiosos, adivinatorios y esotéricos (en contraste con la percepción extrasensorial, la psicoquinesis, las experiencias de extracorporalidad y de cercanía de la muerte, junto con otros fenómenos paranormales y las discontinuidades de la física, para todo lo cual se han dado explicaciones alternativas, más idóneas que la sincronicidad). Para las categorías originales y más características de coincidencias significativas, como los ejemplos del escarabajo de oro o el reloj parado citados en el texto, la idea de tiempo cualitativo (el tiempo como poseedor de una dimensión cualitativa), junto con los elementos de simultaneidad y significado, mantienen su pertinencia en tanto partes de una concepción teórica más vasta, en la que el significado arquetípico que informa y conecta los acontecimientos sincrónicos sirve como principio explicativo fundamental.

Muchos aspectos de la relatividad y de la mecánica cuántica son en realidad pertinentes a los fenómenos sincrónicos: un espacio-tiempo continuo relativizado, el fracaso de la causalidad lineal estricta y de un mundo objetivo completamente independiente, la complementariedad, la indeterminación probabilística, la no-localidad y la naturaleza interconectada e interdependiente de la realidad. Sin embargo, otros elementos esenciales de las sincronicidades carecen de paralelo en la física, sobre todo la presencia fundamental de significado como factor estructurante, y el aparente aspecto teleológico o intencionado de esos acontecimientos.

En términos de filosofía tradicional, estos dos elementos básicos de las sincronicidades –significado y finalidad– representan expresiones directas de lo que Aristóteles llamó causa formal y causa final, respectivamente. En comparación con la visión moderna de la causalidad, más simple (o simplista) y de índole enteramente lineal-mecanicista, la formulación más matizada y más amplia de Aristóteles definía «causa» como la condición necesaria, pero no suficiente en sí misma, de la existencia de algo. Dichas condiciones incluían factores formales y finales (teleológicos), además del factor material y el eficiente, en los que ha insistido la corriente principal de la ciencia moderna dominante. Cuando Jung empleó originariamente el término «acausalidad» y puso de relieve que las sincronicidades eran fundamentalmente de naturaleza acausal, proporcionó un contraste útil, y probablemente necesario, con la estrecha concepción científica convencional de la causalidad lineal-mecanicista, que por entonces (primera mitad del siglo XX) era casi omnipresente. Pero la clara aplicabilidad de la más rica formulación clásica aristotélica de la causalidad a la comprensión de las sincronicidades en el marco de una perspectiva arquetípica y teleológica junguiana, cuestiona la continuada utilidad o adecuación del término «acausalidad» en este contexto.

6. Marie-Louise von Franz. «Lo más esencial y, por cierto, lo más impresionante de las apariciones de sincronicidades, lo que constituye realmente su numinosidad, es el hecho de que en ellas parece eliminarse la dualidad de alma y materia. En consecuencia, son una indicación *empírica* de la unidad última de toda existencia, que Jung, empleando la terminología de la filosofía natural medieval, ha llamado el *unus mundus*. En la filosofía medieval, este concepto designa el modelo potencial de creación preexistente en la mente de Dios, de acuerdo con el cual Dios llevó a cabo luego la creación. Según Juan Escoto Eriúgena, es "el poder vital o seminal de Dios que pasa de la Nada, que está más allá de toda existencia y no existencia, a formas incontables"» (M.-L. von Franz, *C. G. Jung: His Myth in Our Time*, Toronto, Inner City Books, 1998, p. 247).

7. *Senex*, del latín: anciano, mayor, como en «senescencia», «senador», «senilidad». Al reflejar la compleja y ambigua constelación de cualidades típicas de la vejez, unas positivas y otras más discutibles –de la intolerancia, la rigidez, el pesimismo y la preocupación por el orden, el control y la salud, a la seriedad, la experiencia y la sabiduría–, el *senex* está íntimamente asociado al arquetipo de Saturno. El *senex* es el complemento polar del *puer* o *puer eternus* (niño eterno), con el que mantiene una implicación recíproca. Para una exploración de gran riqueza perceptiva del *senex*, véanse dos

trabajos tempranos de James Hillman, «On Senex Consciousness», *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Junguian Thought*, 1970, pp. 146-165; y su artículo de 1967 para Eranos, titulado «Senex and Puer: An Aspect of the Historical and Psychological Present», en J. Hillman, ed., *Puer Papers*, Dallas, Spring Publications, 1991, pp. 3-53.

8. Esta manera de entender la evolución de Jung es fundamental en el análisis de Aziz: «En 1937, cuando Jung exhortó a su público de Yale a que trascendiera los límites de la religión establecida y aceptara el desafío de la "experiencia religiosa inmediata", lo que pretendía era que entraran conscientemente en contacto directo con el inconsciente. Para quienes los rituales de la religión convencional habían perdido eficacia, lo que Jung ofrecía como alternativa era un ritual intrapsíquico que, si se practicaba adecuadamente, llevaría al surgimiento de una plenitud espiritual enormemente personalizada. Por tanto, lo que Jung tenía en mente en 1937 era un ritual que debía cumplirse en el círculo sagrado de la psique... Sin embargo, esta inicial noción junguiana de ritual religioso había sufrido una notable transformación por obra del concepto de sincronicidad, hasta tal punto que ahora podemos decir que la noción de Jung de "experiencia religiosa inmediata" no sólo podía haber servido de referencia para un encuentro intrapsíquico, sino para un encuentro directo con la naturaleza en su integridad. El ritual junguiano, para decirlo simplemente, es ahora un ritual que debe cumplirse en el seno del círculo sagrado de la naturaleza como totalidad... Para Jung, lo "sagrado" se encuentra tanto en el exterior, en la organización sincrónica de los acontecimientos, como en el interior. De acuerdo con esto, al individuo en busca de "experiencia religiosa inmediata" se le pide ahora que, con la misma seriedad religiosa con la que dirige la atención a las "imágenes de plenitud que ofrece el inconsciente", preste atención a las imágenes compensatorias con las que la naturaleza se le presenta... La necesidad religiosa, como dice Jung, anhela la plenitud, y aquí la totalidad a la que uno debe abrirse es una totalidad que no sólo se transmite de manera intrapsíquica, sino que se transmite al individuo a través de la organización sincrónica de acontecimientos en el medio que lo rodea» (Aziz, pp. 167-168).

9. Cf. R. Main, «Religion, Science, and Synchronicity», *Harvest Journal for Jungian Studies* 46, nº 2, 2000, pp. 89-107. «En una carta de 1955 dirigida a R. F. C. Hull, Jung informaba: "El último comentario sobre 'Synchronicity' es que no se puede aceptar porque pone en peligro la seguridad de nuestros fundamentos científicos, como si no fuera exactamente eso lo que me propongo...". El mis-

mo día escribió a Michael Fordham para referirse al "impacto de la sincronicidad sobre la fanática unilateralidad de la filosofía científica". Específicamente, Jung pensaba que este trabajo sobre la sincronicidad demostraba la necesidad de expandir la concepción actual de la ciencia para incluir, además de los conceptos clásicos de tiempo, espacio y causalidad, un principio de conexión acausal a través del significado. Esto, concluía, introduciría el factor psíquico de significado en nuestra descripción científica del mundo, ayudaría a liberar "la inconmensurabilidad entre lo observado y el observador" y haría posible un "juicio completo", esto es, un juicio que tenga en consideración tanto factores psicológicos como físicos. Puesto que para Jung lo psicológico media entre lo físico y lo espiritual, conectar de esta manera lo físico y lo psicológico implica tender un puente potencial entre lo físico y lo espiritual, y, por tanto, entre ciencia y religión. Estas atrevidas conclusiones e implicaciones de la obra de Jung sobre la sincronicidad tienen resonancias en muchos intentos posteriores de desarrollar modelos científicos más holísticos, algunos de los cuales exploraron directamente las sugerencias de Jung, como, por ejemplo, los de David Peat y Victor Mansfield, mientras que otros trabajaron independientemente, pero conscientes de la contribución de Jung y posiblemente influidos por él o inspirados en él, como, por ejemplo, los de David Bohm y Rupert Sheldrake».

10. Véase, por ejemplo, la conferencia de la hija de Jung, Gret Baumann-Jung, «Some Reflections on the Horoscope of C. G. Jung», en *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*, 1975, pp. 35-55. Véase también la carta de Jung a B. V. Raman, 6 de septiembre de 1947: «En casos de diagnósticos psicológicos difíciles suelo valerme de un horóscopo para disponer de un punto de vista completamente distinto. Debo decir que con mucha frecuencia he encontrado que los datos astrológicos me esclarecieron ciertos aspectos que de otra manera habría sido incapaz de comprender» (Jung, *Letters*, I, p. 475).

11. A esa lista habría que agregar a Galileo y Francis Bacon. La larga práctica de la astrología por parte de Galileo, y no sólo para sus mecenas, como los Medici, los grandes duques de Toscana, sino también para su familia, ha sido documentada por N. Kollerstrom y otros en un número de *Culture and Cosmos* íntegramente dedicado a este tema (*Galileo's Astrology*, vol. 7, nº 1, 2003), y por Darrel Rutkin en «Galileo Astrologer: Astrology and Mathematical Practice in the Late-Sixteenth and Early-Seventeenth Centuries», *Galileana 2*, 2005, pp. 107-143. Bacon expuso una detallada argumentación a favor de una reforma de la astrología sobre

la base de principios empíricos en *El avance del conocimiento* (1605). Véase Rutkin, «Astrology, Natural Philosophy and the History of Science, c. 1250-1700: Studies toward an Interpretation of Giovanni Pico della Mirandola's *Disputationes adversus Astrologiam Divinatricem*», tesis doctoral, Indiana University, 2002.

En cuanto a los orígenes griegos de la astrología occidental, en general los historiadores modernos, o bien hacen caso omiso de ella, o bien consideran que la astrología es una aberración inexplicable del pensamiento griego, una poco común sumisión a irracionales influencias no griegas. Pero, como observó S. J. Tester en su estudio *A History of Western Astrology*, Suffolk, England Boydell, 1987:

> Quienes han admirado a los griegos por su claro racionalismo (y quienes han ignorado siempre cualquier cosa que lo contradijera, tachándolo de no helénica, aun cuando se tratara de un autor griego que escribiera en griego y en la época clásica) han precondicionado su pensamiento hasta tal punto que malinterpretan tanto la astrología como su atractivo para la mentalidad griega... No fue gente supersticiosa y sin educación la que aceptó y desarrolló la astrología. Fueron filósofos –como Platón, que preparó su fundamento, y los estoicos, que figuran entre los lógicos y los físicos más importantes de su tiempo– quienes más plenamente la cultivaron en sus respectivos sistemas. Fueron doctores y científicos como Teofrasto [discípulo y sucesor de Aristóteles] quienes la aceptaron y desarrollaron sus conexiones con la medicina... Lo cierto, y muy importante, es que la astrología atrajo a los griegos cultos precisamente porque eran racionales... No es casual que los dos principales astrónomos griegos, Hiparco y Ptolomeo, fueran también astrólogos, el último de los cuales escribió el manual de astrología antigua más influyente. Los griegos no se equivocaron necesariamente sobre esto; pero, equivocados o no, aceptaron la astrología, y su aceptación como estudio científico y culto fue la actitud común, cuando no la normal, hasta el siglo XVIII, y es imposible entender a hombres como Kepler y Newton si no se considera la astrología como lo que los griegos hicieron de ella, es decir, un intento racional de elaborar un mapa del estado del cielo y de interpretar ese mapa en el contexto de esa «empatía cósmica» que hace del hombre una parte esencial del universo (pp. 17-18).

Véase también George Sarton, *A History of Science: Hellenistic Science and Culture in the Last Three Centuries B. C.* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1959), p. 165; y el comentario de Otto Neugebauer, según el cual, «en comparación con el trasfondo de religión, magia y misticismo, las doctrinas fundamentales de la astrología son ciencia pura» *(The Exact Sciences in Antiquity*, 2ª

ed., Providence, R. I., Brown University Press, 1957, p. 171). En su estudio del cardenal cristiano, filósofo y astrólogo Pierre d'Ailly, cuyos escritos astrológicos desempeñaron un papel importante en inspirar a Colón a realizar su viaje transatlántico, Laura Ackerman Smoller cita las obras de prominentes estudiosos que trabajaron en este campo, como Thorndike, Neugebauer, Pingree y North, y agrega: «Nadie puede leer estas obras sin apreciar lo sofisticado y exigente de la ciencia que practicaban los astrólogos medievales» (*History, Prophecy, and the Stars: The Christian Astrology of Pierre d'Ailly, 1350-1420*, Princeton N. J., Princeton University Press, 1994, p. 5).

12. *Ptolemy's Tetrabiblos*, Symbols and Signs, 1976; Johannes Kepler, «On the More Certain Fundamentals of Astrology», prefacio y notas de J. B. Brackenridge, *Proceedings of the American Philosophical Society* 123, 2, 1979, pp. 85-116; Kepler's Astrology: Excerpts, Princeton, N. J., Eucopia, 1987; Alan Leo, *Art of Synthesis*, Londres, Fowler, 1968; *How to Judge a Nativity*, Londres, Fowler, 1969; Dane Rudhyar, *Astrology of Personality*, 1936, Garden City, N. Y., Doubleday, 1970; Charles E. O. Carter, *Principles of Astrology*, Londres, Fowler, 1970; *Astrological Aspects*, Londres, Fowler, 1971; Reinhold Ebertin, *Combinations of Stellar influence*, Aalen, Alemania, Ebertin-Verlag, 1972; John Addey, Astrology Reborn, Londres, Faculty of Astrologers, 1972; *Harmonics in Astrology*, 1976; Robert Hand, *Planets in Transit*, Gloucester, Mass., para Research, 1976; *Horoscope Symbols*, Rockport, Mass., para Research, 1981; Liz Greene, *Saturn: A New Look at an Old Devil*, York Beach, Maine, Weiser, 1976; Stephen Arroyo, *Astrology, Karma, and Transformation*, Davis, Calif., CRCS Publications, 1978; Charles Harvey, Michael Baigent y Nicholas Campion, *Mundane Astrology*, Londres, Harper Collins, 1984. Entre muchas otras obras, he consultado también los tan utilizados textos de Frances Sakoian y Louis Acker, *The Astrologer's Handbook*, Nueva York, Harper & Row, 1973, y *Predictive Astrology*, Nueva York, Harper & Row, 1977; y también, a partir de 1976, las entregas bimensuales de *Journal of the Astrological Association*, británica, y las bianuales de *Correlation Journal of Research into Astrology*.

13. Una excepción importante a esta afirmación general es la continuada práctica de la tradicional astrología horaria, que en esencia es una forma de adivinación que emplea reglas muy elaboradas de interpretación astrológica en combinación con una activa función intuitiva del profesional para llegar a predicciones de gran especificidad sobre cuestiones particulares que interesen al consul-

tante. Un penetrante análisis epistemológico de esta práctica se hallará en Geoffrey Cornelius, *The Moment of Astrology: Origins in Divination*, New Penguin, 1994. Históricamente, la mayor parte de la astrología tradicional anterior al siglo XX tenía mucho en común con la metodología adivinatoria de la astrología horaria, y de hecho las formas más primitivas de astrología que surgieron en Mesopotamia parecen haber sido en gran medida adivinatorias. Esto ya no es así en los principales textos y prácticas de las principales figuras de la astrología occidental contemporánea, cuyos principios y finalidades creo que se describen mejor en términos de comprensión arquetípica que de verdadera predicción. La no examinada (y a menudo problemática) combinación de estos dos objetivos metodológicos completamente distintos –la comprensión arquetípica y la predicción concreta– es, sin duda, consecuencia de la ausencia, durante toda la historia de la astrología hasta hace muy poco tiempo, de una sólida tradición de análisis epistemológico y reflexión crítica.

A TRAVÉS DEL TELESCOPIO ARQUETÍPICO

1. Cf. la descripción de Aby Warburg de la astrología como «encuentro y confrontación [únicos] de las demandas de orden racional, como las de la ciencia griega, y los mitos... heredados de Oriente: entre lógica y magia, entre matemáticas y mitología, entre Atenas y Alejandría» (en Eugenio Garin, *Astrology in the Renaissance*, Londres, Arkana, 1983, p. xi). Análogamente, Gustav-Adolf Schoener, siguiendo la línea del filólogo clásico Franz Boll de que, en esencia, lo que busca la astrología es ser «religión y ciencia al mismo tiempo», define la astrología como «un paseo sobre la cuerda floja entre religión y astronomía científica» (G.-A. Schoener, «Astrology Between Religion and the Empirical», Esoterica: *The Journal*, IV, 2002, 30).

2. Weber empleó el término «racionalización» para referirse al despliegue sistemático de la razón en todas las actividades sociales, ya fuera en el derecho, la ciencia o la religión, para lograr mayor calculabilidad, eficiencia, predictibilidad y control. La tendencia a un determinismo mecanicista cada vez más rígido que acompañó este desarrollo en la historia de la astrología puede verse como otra forma de la «jaula de hierro» de Weber, un estado de despersonalización y alienación opresivas, en este caso con fuentes antiguas y medievales en vez de modernas.

3. Véase Michel Gauquelin, *Cosmic Influences on Human Behaviour*, Nueva York, Aurora Press, 1973. Para un análisis minu-

cioso del efecto Marte, véase Suitbert Ertel y Kenneth Irving, *The Tenacious Mars Effect*, Londres, The Urania Trust, 1996, y Hans J. Eysenck y David Nias, *Astrology: Science or Superstition?*, Londres, Penguin, 1982. Para la exposición desde dentro del escandaloso intento del Comité para la Investigación Científica de lo Paranormal (CSICOP, en inglés) de desacreditar los resultados de Gauquelin (la exposición del escándalo fue redactada por uno de los principales investigadores fundadores del comité), véase Dennis Rawlins, «sTARBABY», Fate, nº 32, octubre de 1981 (http://cura.free.fr/xv/14starbb.html). Véase también John Anthony West, *The Case for Astrology*, Nueva York, Viking Arkana, 1991, y G. Cornelius, *The Moment of Astrology*.

4. Este breve repaso del desarrollo histórico de la astrología en Occidente es harto esquemático y sólo intenta sugerir su vector más amplio de evolución. En cada etapa de este desarrollo, muchos factores –sociales y culturales, filosóficos, religiosos, científicos, comerciales, biográficos– desempeñaron un papel en la conformación de la perspectiva y la práctica astrológica de cualquier época particular o individual.

En cualquier ejemplo dado, los elementos de estas diferentes etapas y períodos continuaron viviendo y entremezclándose en complicada fusión y en formaciones de compromiso. Cabe pensar que esta complejidad estratificada existió como un palimpsesto en todas las épocas culturales en las que floreció la astrología, desde la Alejandría helenística y el Imperio romano, pasando por la cultura persa y la árabe bajo el islam, la Baja Edad Media y el Renacimiento en Europa, hasta su renacimiento mundial en el siglo XX. Esta complejidad es especialmente característica del medio astrológico contemporáneo, en el que en este momento florecen muchas escuelas y prácticas, tanto tradicionales como novedosas. Sin embargo, a pesar de estas complicaciones, parece posible discernir un modelo evolucionista de desarrollo.

5. En parte, la confusión producida por el choque de paradigmas –el científico moderno y el astrológico antiguo– se debió al cambio de significado de términos y conceptos antiguos tal como se emplearon en épocas posteriores. Por ejemplo, ni siquiera para los enfoques más causal-mecanicistas de la astrología helenística tardía, las emanaciones planetarias que irradiaban sus influencias de las esferas celestes a la Tierra eran meras fuerzas físicas, que es como las concibe la mente moderna. Su naturaleza era tan espiritual y simbólica como física y literal; permeaban el mundo con sus flujos de analogías y por eso contenían la posibilidad de múltiples significaciones; es decir, eran arquetípicas.

6. He examinado más extensamente estas diversas etapas en la evolución de la perspectiva arquetípica en la historia del pensamiento occidental en *La pasión de la mente occidental.* Para la doctrina platónica de las Formas arquetípicas y su compleja relación con el mito griego, véase pp. 4-32. Para la contrastante visión aristotélica de los universales, véase pp. 55-72. Para desarrollos clásicos posteriores, véase pp. 81-87. Para los desarrollos cristianos, medievales y renacentistas, véase pp. 106-111, 165-170, 179-191 y 200-221.

7. Una diferencia adicional entre los arquetipos platónicos y los junguianos fue puesta de relieve por los junguianos clásicos (por ejemplo, Edward Edinger y Marie-Louise von Franz), para quienes los principios platónicos eran modelos inertes en comparación con los arquetipos junguianos, que ellos consideraban una suerte de agentes dinámicos en la psique, independientes y autónomos. El problema de esta distinción simple está en que los principios arquetípicos de Platón pertenecen a tipos muy variados que cambian de naturaleza de un diálogo a otro. Mientras que algunos son efectivamente modelos inertes (por ejemplo, las formas matemáticas), otros poseen un dinamismo espiritual cuyo poder epifánico transforma el ser del filósofo y cuyo poder ontológico mueve el cosmos (el Bien, la Belleza). Análogamente, el análisis que Platón hace de Eros en *El banquete* sugiere un dinamismo psicológico no demasiado distinto del que podría encontrarse en un contexto junguiano (y, en esto, también freudiano). Hay más continuidad entre las Formas de Platón y los dioses antiguos de la que parece indicar su caracterización como modelos inertes.

El dinamismo de las formas universales se vuelve plenamente explícito en Aristóteles, pero a expensas de su numinosidad y trascendencia. En efecto, Jung se inspira en diferentes aspectos de las concepciones de Platón y de Aristóteles y los integra con los instintos freudiano-darwinianos y las categorías kantianas. Sin embargo, Jung no siempre tiene presentes estos aspectos diferenciales y superpuestos de los arquetipos ni los distingue suficientemente, que es precisamente lo que ha producido confusión y controversia en muchos análisis de los arquetipos junguianos en las últimas décadas (véase la nota siguiente).

8. Cuando Jung formula juicios tales como «... en el símbolo habla el mundo mismo» o «la sincronicidad postula un significado a priori con respecto a la conciencia humana y que aparentemente existe fuera del hombre», está claro que ha trascendido el marco de la epistemología kantiana con su decisiva escisión entre fenómenos subjetivamente estructurados y noúmena incognoscibles (cosas en sí más allá del alcance de la subjetividad humana). Los arquetipos

de cuyo significado podría decirse que «existe fuera del hombre» y que informan tanto la psique humana como el «mundo mismo» no estaban limitados, sin duda, por la estructura kantiana de conocimiento y realidad.

Sin embargo, en su fuero interno, tal como lo reflejan muchas declaraciones públicas y privadas, Jung sostuvo lealmente el marco kantiano durante toda su vida y nunca dejó de insistir en la esencial pertinencia y validez de éste en relación con sus hallazgos. Las paradojas, contradicciones y confusiones de la relación Jung-Kant afectaron profundamente importantes diálogos en los que Jung participó en el curso de su vida, y durante décadas han sido siempre un enigma para los estudiosos. (Véase, por ejemplo, Stephanie de Voogd, «C. G. Jung: Psychologist of the Future, "Philosopher of the Past"», en *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*, 1977, pp. 175-182; Barbara Eckman, «Jung, Hegel, and the Subjective Universe», en *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*, 1986, pp. 88-99; y muchas contribuciones de Wolfgang Giegerich.)

Por cierto que la continuada lealtad de Jung a Kant es comprensible desde el punto de vista biográfico, si se tiene en cuenta no sólo el prolongado efecto de su lectura de juventud de Kant y Schopenhauer (su *entrée* en Kant), sino también el contexto cultural e intelectual en el que trabajó toda su vida. Desde los comienzos de su carrera, el pensamiento de Kant le brindó una decisiva protección filosófica ante las críticas científicas convencionales de sus hallazgos. Jung siempre podía defender sus controvertidos análisis de los fenómenos espirituales y la experiencia religiosa diciendo que éstos eran datos empíricos que ponían al descubierto la estructura de la mente y no tenían necesariamente implicaciones metafísicas. Pero, como han observado muchos comentaristas, Jung no sólo realizó declaraciones con acusadas implicaciones y supuestos metafísicos, sino que, además, el marco kantiano resultó cada vez menos capaz de asimilar los descubrimientos y los avances teóricos de su obra tardía, sobre todo en el campo de la sincronicidad y de lo que él denominó el arquetipo «psicoide» (con forma de psique) y que a su juicio configuraba tanto la psique como la materia, desafiando el carácter absoluto de la dicotomía moderna de sujeto y objeto. Como consecuencia de ello, sus afirmaciones sobre estas cuestiones epistemológicas y metafísicas se fueron haciendo cada vez más ambiguas y contradictorias en sí mismas. (Véase, por ejemplo, el perspicaz análisis que realiza Sean Kelly desde el punto de vista hegeliano, en *Individuation and the Absolute*, Nueva York, Paulist Press, 1993, pp. 15-37.)

Creo que hubo una razón más para que el último Jung invocara tan a menudo el marco kantiano cuando analizaba los arquetipos. Para resumir brevemente una situación compleja, diría que al parecer Jung confundía sin darse cuenta el problema de la polivalencia de los arquetipos con el de su cognoscibilidad directa. Por un lado, Jung reconocía, e insistía en ello a menudo, que los arquetipos son siempre observados y directamente percibidos en una diversidad múltiple de posibles encarnaciones concretas, de modo que debía considerarse que, en su totalidad, la esencia y el significado del arquetipo trascienden fundamentalmente todas sus manifestaciones particulares. Por otra parte, a menudo confundía esta intuición decisiva con el problema epistemológico, por completo independiente, de si los arquetipos pueden ser directamente percibidos y conocidos como principios que trascienden la psique humana, o sólo se los puede inferir indirectamente observando las configuraciones de fenómenos psicológicos estructurados por arquetipos que, en última instancia, son «incognoscibles» en sí mismos (noúmena). En su comprensible intento de preservar la indeterminación polivalente de los arquetipos, que trascienden toda encarnación particular, Jung recurrió a un marco de referencia kantiano de fenómeno y noúmeno, que implicaba la incognoscibilidad de los arquetipos en sí mismos, su esencia humanamente inalcanzable más allá de sus variadas manifestaciones.

Jung no parece haber captado del todo la posibilidad epistemológica y ontológica de una auténtica participación directa (tanto en el sentido platónico como en el sentido contemporáneo de manifestación cocreadora) en un arquetipo dinámicamente polivalente que en cierto sentido permanece indeterminado hasta ser concretamente manifestado. Esta limitación teórica también informó y, creo, contribuyó a producir muchas afirmaciones contradictorias y confusas acerca del inconsciente y de la psique, así como acerca de diversas cuestiones metafísicas y espirituales, tales como Dios y la imagen divina, que alimentaron sus famosas controversias con Martin Buber y con fray Victor White.

La ocasional falta de claridad de Jung en torno a la naturaleza de los arquetipos también parece haberse visto incrementada por la inconsciente confusión de dos ideas kantianas diferentes en sus análisis de los arquetipos. Jung consideraba los arquetipos, por un lado, formas y categorías a priori y, por otro lado, noúmena trascendentes que existen detrás y más allá de los fenómenos (observación de Voogd). De esta manea, para Jung los arquetipos cumplían esencialmente ambas funciones en el marco kantiano –categorías de la experiencia y cosas en sí noumenales–, pero no parecía conscien-

te de su ir y venir entre estas dos funciones separadas en sus diversas declaraciones y formulaciones.

Es indudable que, en parte, la confusión subyacente a muchos análisis de Jung de los arquetipos refleja el problema extremadamente complejo y enigmático de la *proyección* –es decir, de cómo pueden los arquetipos constelados configurar nuestra realidad vivida y dar sentido a nuestra experiencia, no sólo dando forma a nuestras percepciones y constituyéndolas, sino también, a veces, distorsionándolas profundamente–. Este problema tiene relación con otro igualmente complejo y enigmático, pues en el fondo de las lealtades y enunciados filosóficos en conflicto de Jung asomaba su lucha de toda la vida con el cosmos moderno desencantado, que él tomó en serio y comprendió a fondo, ese mismo mundo que de modo semejante había confundido las luchas y las formulaciones filosóficas de Kant. Dado el abrumador consenso científico contemporáneo sobre la índole desencantada del cosmos y las operaciones de la naturaleza, Jung nunca consiguió estar completamente seguro de la confianza que podía depositar en sus reveladoras observaciones e intuiciones espirituales acerca de un mundo impregnando de finalidad y sentido, aun cuando los datos parecieran escapar una y otra vez al confinamiento subjetivista o psicologista. Así las cosas, compensaba sus osadías mediante frecuentes alusiones a las restricciones filosóficas de Kant (mientras recordaba a los científicos que, con sus presuposiciones materialistas, no estaban en distinta posición). La gran cantidad de enunciados ambiguos y contradictorios de Jung sobre astrología reflejan esta misma lucha interior con el cosmos moderno desencantado.

Desde la muerte de Jung, la extraordinaria expansión de la investigación y los datos empíricos de la astrología, comparados con la evidencia más limitada con que contó Jung, en combinación con una comprensión filosófica y psicológica más profunda de la complejidad ontológica y epistemológica de los arquetipos, han contribuido a esclarecer los desafiantes problemas que, con el paso de cada década de su vida y su obra, tuvo que afrontar cada vez con mayor intensidad. Estos problemas tienen importantes implicaciones filosóficas más allá de los campos de la psicología y la astrología. Creo que estos desarrollos en el campo de la astrología arquetípica ayudarán a clarificar muchos de los principales puntos de conflicto y ambigüedad de la mentalidad posmoderna acerca de la construcción social del conocimiento, la proyección, el subjetivismo, el relativismo, el pluralismo y la participación.

9. La antigua raíz griega de la palabra «planeta» *–planetós–* significaba «errante», «vagabundo» y no sólo se refería a Mercurio,

Venus, Marte, Júpiter y Saturno, sino también al Sol y la Luna, es decir, a todos lo cuerpos celestes visibles que, a diferencia de las estrellas fijas, se desplazaban por el cielo con un movimiento distinto del simple, único y de eterna regularidad hacia occidente. Aunque suele distinguirse entre planetas y luminarias, la tradición astrológica ha retenido en general el significado original más amplio al referirse al Sol y la Luna como planetas. También se encuentra este uso en la tradición literaria europea, como en *Troilo y Cressida*, de Shakespeare: «y por eso el esplendoroso planeta Sol, reina en el seno de su esfera con una noble eminencia». La ambigua definición de planeta continúa en otra forma en la astronomía de hoy, con el reciente descubrimiento de objetos con la apariencia de Plutón en el Cinturón de Kuiper.

10. Véase la traducción de A. E. Taylor de *Plato's Philebus and Epinomis*, con introducción de R. Klibansky, Londres, Thomas Nelson, 1956.

11. Analicé por primera vez el significado arquetípico de Urano en una monografía titulada «Prometheus the Awakener», escrita en 1978-1979 y que circuló en forma privada entre colegas. Era un análisis preliminar destinado sobre todo a la comunidad de psicología arquetipal junguiana y la astrológica, que luego se publicó en National Council of Geocosmic Research Monographs, 1981, y, apenas un poco ampliado, bajo el título de «Uranus and Prometheus», en James Hillman, ed., *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*, 1983. Una u otra versión se publicaron en otras revistas astrológicas de Europa y Estados Unidos durante la década siguiente. Más tarde, la monografía se publicó como librito en una versión actualizada con el título *Prometheus the Awakener*, primero en Inglaterra, Oxford, Auriel Press, 1993, después en Estados Unidos, Woodstock, Conn., Spring Publications, 1995. Otros estudios de los paralelismos entre el Urano astrológico y el Prometeo mitológico pueden encontrarse en Stephen Arroyo, *Astrology, Karma, and Transformation*, 1978, p. 40, primera mención de la correspondencia, que yo sepa, y en Liz Greene, *the Art of Stealing Fire*, Londres, CPA Press, 1996, tratado más reciente y voluminoso que en parte se inspira en mi monografía.

12. Galle y su asistente Heinrich d'Arrest descubrieron el nuevo planeta a menos de 1° de la posición que había predicho LeVerrier, el 23 de septiembre de 1846, durante la primera hora de búsqueda en el Observatorio de Berlín, tras recibir la carta de éste con la predicción. Un año antes, el matemático inglés John Couch Adams había formulado la hipótesis de la existencia y posición del nuevo planeta en virtud de las perturbaciones observadas en Urano, pero

sus esfuerzos por persuadir a los astrónomos ingleses de que llevaran a cabo una investigación resultaron infructuosos y su estimación de la posición del nuevo planeta era un poco menos exacta que la de LeVerrier. Para un análisis de la prueba recientemente descubierta en relación con el ambiguo papel de Adams en el descubrimiento, véase Nick Kollerstrom, «Neptune's Discovery: The British Case for Co-Predicition», en Science and Technology Studies, University College London, www.ucl.ac.uk/sts/nk/neptune /index.htm y W. Sheehan, N. Kollerstrom y C. Waff, The Case of the Pilfered Planet», Scientific American, diciembre de 2004.

Neptuno fue observado por primera vez por Galileo en 1612, cuando lo registró como estrella de octava magnitud y no como nuevo planeta. Parecida es la historia en lo tocante a Urano, varias veces observado, pero nunca identificado como planeta antes de su descubrimiento por Herschel; el primer registro es el que realizó John Flamsteed en 1690.

13. William James: «En casos de conversión, guías providenciales, curas mentales repentinas, etc., los propios sujetos de la experiencia parecen tener la sensación de que un poder exterior, completamente distinto de la acción común de los sentidos o de la mente guiada por éstos, entrara en su vida, como si de pronto ésta se abriera a una vida de mayor alcance, en la que tiene su fuente. La palabra "influjo" (*influx*), empleada en los círculos swedenborguianos, describe acertadamente esta impresión de nueva visión, de nueva voluntad, que nos invade como una marea... Sólo necesitamos suponer la continuidad entre nuestra conciencia y una madremar para permitir que ocasionalmente unas olas excepcionales desborden la represa» («Human Immortality; Two Supposed Objections to the Doctrine», 1898, en *Essays on Religion and Morality*, Cambridge, Harvard University Press, 1982, pp. 93-94).

14. Descubrí que los factores más importantes en las correlaciones entre la carta natal y el tránsito, además de los planetas y sus aspectos mayores, eran, en primer lugar, los alineamientos planetarios con el eje Ascendente-Descendente (horizontal) y el eje MC-IC (vertical); en segundo lugar, los «puntos medios» planetarios, configuraciones en las que un planeta se posiciona precisamente a mitad de camino entre otros dos planetas, o en un aspecto cercano a ese punto, y en tercer lugar, otros alineamientos planetarios, a los que a veces se llama «aspectos menores», como los aspectos de 45° y de 135° (semicuadratura y sesquicuadratura), y el de 150° (quincunx).

Además de los signos y las casas, hay otros factores significativos de interpretación tanto en la práctica astrológica tradicional como en la contemporánea, tales como los elementos (aire, agua,

fuego, tierra), las cualidades (cardinal, fijo, mutable), los regentes, las progresiones y las direcciones, los retornos e ingresos, otros cuerpos celestes como las estrellas fijas y los planetas menores, cartas de localidad, cartas de relación, los armónicos, etc. De cara a la simplicidad y la claridad, en este libro no he incorporado estos factores adicionales en la presentación de datos empíricos; por el contrario, he limitado el análisis a las correlaciones que implican aspectos planetarios mayores en tránsitos mundiales, tránsitos personales y cartas natales. Puesto que este programa de investigación no utiliza los signos zodiacales como factores de interpretación, no se ve afectado por el complejo problema de los dos zodíacos, el sideral y el tropical, cuyas diferencias dependen de la precesión de los equinoccios.

15. Los datos astronómicos que se emplean en este libro para los cálculos se basan en la Swiss Ephemeris, que a su vez se basa en las más recientes efemérides lunares y planetarias desarrolladas por el Jet Propulsión Laboratory de la NASA, DE405/406. Todos los cálculos fueron realizados con el programa Solar Fire 5.0, que emplea los cálculos realizados por la Swiss Ephemeris y el JPL.

16. En términos generales, las correlaciones arquetípicas fueron evidentes para los tránsitos personales cuando el planeta en tránsito estaba entre 3° y 5° antes y después de un aspecto mayor exacto con respecto al planeta natal. La figura más pequeña representa el ámbito de mayor intensidad y frecuencia de las correlaciones observadas, mientras que la figura más grande representa un abanico de penumbra en el que las correlaciones todavía se observan, pero con intensidad decreciente. En los tránsitos personales, las correlaciones tienden a darse con mayor frecuencia e intensidad dentro de un gran margen de grados antes del alineamiento exacto y a disminuir dentro de un margen más reducido después del alineamiento exacto. La concurrencia o el solapamiento parcial de otros tránsitos afectan el margen de este orbe operativo, pues el carácter arquetípico de los acontecimientos coincidentes muestra complejidades e inflexiones según cuáles sean los planetas implicados en otros tránsitos.

Debido a variaciones provocadas por el aparente movimiento retrógrado de los planetas (que en el caso de Urano se debe a que éste, de movimiento más lento, es visto desde la Tierra, que se mueve más rápido, mientras ambos planetas orbitan alrededor del Sol), un planeta en tránsito puede entrar y salir más de una vez en ese margen en el curso de un solo tránsito. Aunque tendían a darse en un continuo en forma de ola y en coincidencia con el grado de exactitud del tránsito, las correlaciones arquetípicas se ponían en general

en evidencia desde la primera vez que los planetas se movían en el margen de 3°-5° hasta la última vez que se movían fuera de él.

El orbe de los tránsitos personales también se veía afectado según cuáles fueran el planeta y el aspecto implicados. Por ejemplo, las correlaciones con los tránsitos de Marte tendían coherentemente a comenzar un poco antes que con los de otros planetas, mientras que las correlaciones con los tránsitos de Saturno tendían coherentemente a continuar mucho tiempo después de alcanzado el alineamiento exacto. Para todos los planetas, los alineamientos cuadráticos de aspecto duro, tendían a tener orbes mayores que los de aspecto blando: las conjunciones y luego las oposiciones tenían los más grandes (4°-5°); los sextiles, los más pequeños (2°-3°). Un caso especial es el de las conjunciones en tránsito de un planeta exterior cuando regresa a su posición natal propia al final de su ciclo completo de 360°; aquí, el orbe operativo parece ser particularmente extenso. Como veremos en el capítulo siguiente, esto fue sobre todo evidente en el caso del retorno de Saturno al final de su ciclo de veintinueve años y medio.

17. En el caso de Einstein, Urano alcanzó el punto de oposición de 180° de su ciclo durante los años 1918-1921. En noviembre de 1919, la Royal Society anunció en Londres que su expedición científica a Isla Príncipe, que se había organizado con el propósito de fotografiar un eclipse solar en una fecha anterior de ese mismo año, había completado los cálculos que demostraban una deflexión de la luz en el aro solar, lo que aportaba un impresionante apoyo a la teoría general de la relatividad de Einstein. De inmediato se proclamó a Einstein como un genio sin precedentes y, por primera vez, tanto la comunidad científica como el público en general reconocieron la teoría de la relatividad. Sin embargo, la inicial y gran ruptura en la vida de Einstein tuvo lugar en el verano y el otoño de 1905, cuando publicó en la revista científica *Annalen der Physik* los cuatro artículos que modificaron la física moderna; estos artículos contenían la teoría especial de la relatividad, la equivalencia de masa y energía, la teoría del movimiento browniano y la teoría fotónica de la luz. En los años 1904-1906, Urano se hallaba exactamente en el trígono de 120° de su ciclo, y el trígono es el aspecto mayor del ciclo del tránsito de Urano que precede a la oposición en aproximadamente catorce años. El día en que Annalen der Physik recibió los artículos de Einstein sobre la relatividad especial, que marcarían una época –30 de junio de 1905–, Urano estaba a menos de 1° del alineamiento exacto con su posición en el nacimiento de Einstein. Esta exactitud de alineamiento se produce durante un período de menos de seis meses.

La misma correlación se produjo en el caso de Darwin. Urano había alcanzado el punto de oposición de 180° de su ciclo en vida de Darwin durante los años 1852-1854. En ese momento la Royal Society reconoció por primera vez la obra de Darwin como biólogo, otorgándole la Medalla Real en 1853 por su investigación sobre los arrecifes corales y sobre los percebes. Este trabajo resultó decisivo, tanto para su comprensión más profunda de la transmutación de las especies, como para su credibilidad ante los científicos cuando, más adelante, publicó su teoría. Sin embargo, el cambio conceptual más importante en la vida de Darwin, la primera formulación de la teoría de la evolución en su cuaderno de notas privado, se produjo en un momento anterior, cuando Urano estaba en el trígono de 120° de su ciclo, entre febrero de 1837 y diciembre de 1839. En 1837, poco después de su regreso de la expedición del *Beagle* a América del Sur y las Islas Galápago, Darwin se dio cuenta de que muchas de sus observaciones sólo podían entenderse si las especies cambiaban con el tiempo y evolucionaban en diferentes direcciones a partir de un antepasado común. La teoría careció de un mecanismo que explicara cómo se producía la evolución hasta que, el 28 de septiembre de 1838, Darwin leyó el *Ensayo sobre el principio de la población*, de Malthus, con su teoría de la relación necesaria entre el desarrollo de la población humana y la provisión de alimentos. Extrapolando a partir de la idea de Malthus, Darwin advirtió que la naturaleza realizaba su selección de especies eliminando las variaciones que no podían adaptarse a los nichos ecológicos disponibles y favoreciendo a las que podían hacerlo. Ese día, Darwin redactó en su «Cuaderno sobre la transmutación de las especies» la nota en la que demostraba que había resuelto el problema de la selección natural. Ese día, Urano en tránsito estaba a menos de 1° del alineamiento exacto con respecto a su posición en el nacimiento de Darwin; de nuevo, un tránsito que mantiene menos de seis meses ese margen de exactitud.

18. Descubrí que para estas dos formas de tránsito de Urano (ya como planeta en tránsito, ya como planeta natal transitado por otro planeta) era igualmente probable su coincidencia con fenómenos prometeicos, tales como importantes rupturas creadoras. Por ejemplo, en su descubrimiento conjunto de la estructura del ADN en 1953, que se anunció en la edición del 25 de abril de la revista *Nature*, James D. Watson tenía a Urano en tránsito con su Sol natal, mientras que Francis Crick tenía a Plutón en tránsito con su Urano natal.

19. Un ejemplo más reciente de este mismo patrón es el de Joseph Campbell, quien, como sus mentores Freud y Jung, vivió más de ochenta años. La obra fundamental de Campbell, la obra con

la que siempre se le identificará, es *Las máscaras de Dios*, en la que exploró la mitología del héroe liberador que se enfrenta a un inesperado cambio radical, interior y exterior, para acceder a un nuevo mundo de sentido y finalidad del que luego él o ella son mediadores para otros. Este libro fue terminado en 1948 y se publicó en 1949, en exacta coincidencia con el tránsito de Urano en oposición al Urano natal de Campbell, con el planeta en la zona de oposición de 180° de su ciclo entre mediados de 1947 y mediados de 1950. Campbell llegó a los ochenta y tres años y murió en octubre de 1987 en pleno retorno de Urano, exactamente cuando el planeta alcanzaba la zona de conjunción de 360° de su ciclo. Antes de morir, grabó la famosa serie de entrevistas con Bill Moyers, cuya emisión por televisión durante los meses restantes del tránsito de retorno de Urano, después de su muerte, despertó una atención pública sin precedentes a sus ideas y su obra.

En realidad, ya Jung había observado el acaecimiento de tales correlaciones póstumas. En una conferencia que Gret Baumann-Jung, hija de Jung, pronunció en Zurich sobre la carta natal de su padre, mencionó la siguiente anécdota: «Muy poco antes de su muerte, en un momento en que hablaba de horóscopos, mi padre observó: "Lo divertido es que este maldito asunto sigue operando después de la muerte"» (G. Baumann-Jung, «Some Reflections on the Horoscope of C. G. Jung», *Spring: An Annual of Archetypal Psychology and Jungian Thought*, 1975, p. 55).

20. En tránsitos personales que implicaban el retorno de un planeta exterior como Saturno o Urano a su posición natal (el retorno de Saturno o el de Urano), ya a 20° o más del alineamiento exacto comenzaron a producirse acontecimientos y cambios psicológicos característicos del arquetipo, y a menudo continuaron otros tantos grados después de pasar ese punto. En el caso del primer retorno de Saturno, los acontecimientos y cambios psicológicos pertinentes empezaron típicamente a presentarse a los veintiocho años (a veces a los veintisiete) y fueron muy evidentes hasta los treinta. El segundo retorno de Saturno coincidió con una ola análogamente extensa de esos acontecimientos un ciclo más tarde, a finales de la cincuentena y hasta los sesenta años.

21. La activación intensificada del arquetipo de Saturno durante el primer de retorno de Saturno, entre los veintiocho y los treinta años, refleja lo que en la psicología de Jung se conoce como la constelación e integración potencial del principio del *senex*, vinculada a una transformación rápida o incluso eliminación del principio del *puer*, o arquetipo infantil, con el que el *senex* mantiene una tensión dialéctica. (Véase nota 7 de la Parte II, *supra*.)

22. Además de tener en cuenta el contexto cultural y biográfico, he podido comprobar que sólo es posible entender un alineamiento planetario particular de la carta natal en rotación con los otros alineamientos planetarios presentes cuando se produjo el nacimiento del individuo. Las tendencias arquetípicas que coinciden de modo característico con una conjunción Sol-Urano o con cualquier otro alineamiento planetario natal adoptan formas diferentes según qué otros planetas estén en un aspecto próximo a ese alineamiento al nacer la persona, formando una configuración multiplanetaria más amplia. Otra vez Shelley nos proporciona un ejemplo muy ilustrativo. Shelley no sólo nació en el marco de una conjunción Sol-Urano, sino también con el Sol y Urano en estrecha triple conjunción con Venus. Esta realidad astronómica parecía elegantemente reflejada por el carácter y la búsqueda del Prometeo desencadenado de Shelley, cuya liberación de la humanidad llevó específicamente al mundo a un nuevo reino, no sólo de libertad, sino de *amor y belleza*.

Considerada en sí misma, la conjunción Sol-Urano de Shelley puede verse como su poderosa autoidentificación (Sol) con el impulso de libertad y rebelión (Urano) de Prometeo, al punto de que colocó al propio Prometeo como el centro heroico de su logro literario más destacado. A su vez, la triple conjunción con Venus puede reconocerse en la particular inflexión que Shelley imprimió al mito prometeico, en el que el amor y la belleza –cualidades arquetípicas de Venus– quedaban esencialmente ligadas a la libertad, la rebelión y la manifestación heroica del sí mismo. Similares características de la combinación planetaria Venus-Urano fueron la tendencia de por vida de Shelley a la libertad y la impredictibilidad romántica, súbitos despertares de nueva atracción amorosa y erótica, actos impulsivos de rebelión al servicio del amor y la belleza, y repetidas situaciones amorosas que desafiaban las limitaciones y las estructuras convencionales, como relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales y otras relaciones condenadas por la opinión social o la autoridad parental.

Será útil citar aquí otro ejemplo de esta misma correspondencia arquetípica que implica una configuración Sol-Venus-Urano. Richard Wagner, como Shelley, nació con el Sol y Venus en estrecho alineamiento con Urano (una oposición). En la vida y en la personalidad de Wagner, así como en los principales argumentos y personajes heroicos de sus óperas, es fácil reconocer temas arquetípicos e impulsos prácticamente idénticos a los que se acaba de citar a propósito de Shelley: la estrecha asociación de la creatividad artística con la libertad, la rebelión y la impredictibilidad románticas;

súbitos despertares de nueva atracción amorosa y erótica; repetidas situaciones en las que la impulsiva persecución de esas relaciones se libera de compromisos anteriores, subvierte las convenciones sociales y desorganiza las estructuras vitales establecidas.

Igualmente ilustrativo es el ritmo de los tránsitos de Wagner que implican esa misma configuración natal. Urano en tránsito se opuso al Urano natal de Wagner (el mismo tránsito que los mencionados en el capítulo anterior a propósito de Galileo, Descartes, Freud, Jung, Friedan, etc.) y se unió a la conjunción natal Sol-Venus en 1857-1859. Éstos fueron los tres años durante los cuales Wagner compuso *Tristán e Isolda*, su obra musical más revolucionaria, que marcó un umbral creador decisivo en su evolución artística. Tanto en su carácter musical, radicalmente innovador, como en su argumento, un repentino despertar de amor romántico y erótico que desafía las estructuras sociales establecidas, *Tristán e Isolda* refleja precisamente el complejo arquetípico constituido por los principios de Prometeo y Venus en síntesis dinámica. Además, fue justamente durante esos años cuando Wagner, que estaba casado, se enamoró repentinamente de Mathilde Wesendonck, la joven mujer de un mecenas, lo que produjo la ruptura de ambos matrimonios. El drama romántico personal de Wagner y su composición de *Tristán e Isolda*, que reflejan precisamente el complejo arquetípico Venus-Urano, estaban tan interconectados que los biógrafos y los musicólogos siguen discutiendo cuál de ellos fue causa y cuál efecto.

A menudo dos individuos nacen con dos alineamientos muy distintos que implican el Sol, como son la conjunción Sol-Urano de Shelley y la conjunción Sol-Saturno de Schopenhauer, con rasgos de personalidad y tendencias biográficas en correspondiente contraste, pero tienen en común otra combinación planetaria y comparten claramente en su vida los temas arquetípicos correspondientes. Por ejemplo, Schopenhauer y Shelley nacieron con Venus y Urano en aspecto mayor (un trígono, en el caso de Schopenhauer). Podemos reconocer en el pensamiento filosófico de Schopenhauer un sugerente paralelismo con ese alineamiento, pues en el contexto más amplio de su filosofía pesimista, profundamente saturniana, Schopenhauer también enseñó, como una de sus doctrinas más importantes, que el arte y la contemplación estética (Venus) eran lo que mejor permitía al ser humano elevarse repentinamente y liberarse (Urano) de la esclavitud de la existencia ordinaria.

A su vez, fue específicamente este elemento del pensamiento de Schopenhauer el que influyó en Wagner –no el pesimismo general, sino la doctrina de la emancipación a través del arte y el papel especial del genio artístico como mediador de esa transfiguración (y lo

que estos hombres tenían en común era la combinación planetaria Venus-Urano)–. En otros aspectos, la personalidad de Wagner se parecía más a la espontánea y heroica personalidad de índole prometeica de Shelley –en verdad, su yo prometeico era más extremado que el de éste– que a la personalidad y la postura espiritual de Schopenhauer, mucho más saturnianas. Una vez más, esta semejanza subyacente en la personalidad y la expresión de Wagner y Shelley tiene su paralelo en su compartido alineamiento natal Sol-Urano, en contraste con el de Sol-Saturno de Schopenhauer.

23. En términos epistemológicos, el papel activo, interpretativo y participativo en la cognición arquetípica es comparable al concepto de intelecto activo, *nous poietikós*, que anticipara ya Aristóteles. El intelecto activo es la facultad de la mente que permite reconocer los universales en los fenómenos, de manera muy semejante a como la luz permite que la existencia potencial de los colores se actualice en las cosas. (Véase W. D. Ross, *Aristotle: A Complete Exposition of His Works and Thought*, 5ª ed., Nueva York, Medirian, 1959, pp. 146-149.) El texto original sobre este concepto se halla en el *De Anima*, y la perspectiva ha sido luego desarrollada por Tomás de Aquino, Goethe, Rudolf Steiner y Owen Barfied.

ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN

1. A modo de analogía, un orbe de 15° a cada lado del alineamiento exacto es aproximadamente el margen dentro del cual es visible la Luna llena como tal, cuando el Sol está alineado en oposición a la Luna; y a la inversa, el mismo orbe es el margen dentro del cual la Luna nueva es invisible, cuando el Sol está en conjunción con la Luna. A causa de variaciones provocadas por el aparente movimiento retrógrado y directo de los planetas (producidos por sus órbitas heliocéntricas tal como se las ve desde la perspectiva de la Tierra), los planetas exteriores pueden entrar en esta zona de 15° y salir de ella más de una vez en el curso de un solo alineamiento o aspecto, aunque en general las correlaciones son evidentes desde el primer momento en que los planetas entran en esta franja hasta la última vez que sobrepasan su límite. Además, la concurrencia de otros alineamientos planetarios mayores afecta la franja de este orbe operativo, y el carácter arquetípico de los acontecimientos coincidentes muestra las complejidades e inflexiones correspondientes.

2. Entre incontables ejemplos posibles de cualquiera de los dos períodos, este decreto de la Convención Revolucionaria Francesa es un reflejo típico de la autoconciencia histórica de la época y de

la trascendental transformación que una generación revolucionaria se siente llamada a realizar:

> La nación francesa, oprimida, degradada durante muchos siglos por el despotismo más arrogante, ha despertado finalmente a la conciencia de sus derechos y al poder al que su destino la llama... Desea que esta regeneración sea completa y que aporte más años de libertad y de gloria en la historia de los pueblos que los de esclavitud y humillación en la historia de los reyes. (Citado en J. Barzun, «The French Revolution», en J. A. Garraty y P. Gay, eds., *Columbia History of the World*, Nueva York, Harper & Row, 1972, p. 771.)

3. Véase I. Bernard Cohen, *Revolution in Science*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1985, pp. 209, 212. La década de 1790 desplazó el significado original de «revolución» como retorno cíclico a una condición anterior, de acuerdo con el modelo de las revoluciones planetarias (como en *De Revolutionibus Orbium Coelestium* de Copérnico, «Sobre las revoluciones de las esferas celestes», 1543). El trabajo de Cohen ofrece una útil revisión de la compleja relación histórica entre esos dos sentidos y la larga evolución de su empleo del siglo XVI al XVIII, cuando ambos se yuxtaponían y se combinaban de manera ambigua.

4. La yuxtaposición del pasado histórico y el presente innovador, así como el fluido movimiento entre lo literal y lo arquetípico, lo individual y lo colectivo, eran en ese momento característicos de la música de los Rolling Stones, como lo eran de la autoconciencia de la época en general:

> Por todas partes oigo el ruido de pies que marchan a la carga...
> porque el verano está aquí y es el momento de luchar en la calle...
> creo que es el momento para una revolución en el palacio...
> pero ¿qué puedo hacer yo, un pobre chico, salvo cantar en una banda de rock?

Cf. *Sympathy for the Devil* y *Jumping Jack Flash*, ambas de 1968; *Gimme Shelter* y *Midnight Rambler*, ambas de 1969.

5. Como veremos en la parte V, esta secuencia histórica es típica del entretejido más amplio de ciclos planetarios en los que, por ejemplo, importantes y continuas evoluciones que se inician durante el largo período de alineamiento de Urano y Plutón, llegan luego a una crisis y a algún tipo de ruptura cuando Saturno entra en aspecto duro con Urano. En Estados Unidos, el auge de la ola de actividad abolicionista y otros desarrollos políticos y sociales durante el

período 1845-1856 llevó a la Guerra Civil, que comenzó cuando Saturno entraba en alineamiento cuadrático con Urano, en 1861. Análoga estructura fue visible en el surgimiento ininterrumpido de impulsos y actividades radicales en la vida política rusa durante la oposición de Urano y Plutón de 1896-1907 (incluida la creación de Partido Bolchevique por Lenin y Trotsky y la Revolución de 1905-1906), que llevó a la Revolución Bolchevique cuando Saturno entraba en oposición con Urano, en 1917.

6. «Un buen número de historiadores –entre ellos Roger B. Merriman (1938), H. R. Trevor-Roper (1959), E. Hobsbawm (1954) y J. M. Goulemot (1975)– han llamado la atención sobre la aparición casi simultánea de revueltas, sublevaciones o revoluciones en diferentes lugares de Europa a mediados del siglo XVII: en Inglaterra, Francia, Países Bajos, Cataluña, Portugal, Nápoles y otros sitios. Fue, sin duda, una época de crisis e inestabilidad y hasta se podría tener la impresión de estar ante una revolución general, de la que los acontecimientos geográficamente aislados eran tan sólo manifestaciones individuales» (Cohen, *Revolution in Science*, p. 77).

7. Después de observar que los cambios revolucionarios en la ciencia tenían lugar en la misma época general que los amplios acontecimientos políticos revolucionarios de mediados del siglo XVII, Cohen agrega: «Pero, por lo que sé, nadie ha relacionado la revolución científica con las otras revoluciones que se produjeron en el mismo siglo, ni ha especulado acerca de que el espíritu revolucionario que agitó el campo de la política pudiera haber sido el mismo que provocó conmociones en las ciencias» (*Revolution in Science*, p. 78). Los lectores de la meticulosa obra de Cohen notarán de inmediato la extraordinaria consistencia de la relación entre, por un lado, las grandes épocas revolucionarias y los acontecimientos que él reconoce paradigmáticos, tanto en el ámbito intelectual como en el político, y, por otro lado, la secuencia cíclica de conjunciones y oposiciones de Urano y Plutón que aquí se ha analizado: la Revolución Inglesa, la Revolución Francesa, las revoluciones de 1848, la de 1960; Copérnico y Vesalio; Kepler, Galileo y Gilbert; Descartes y Boyle; Lavoisier y Hutton; Faraday y Maxwell; Marx y Engels; Darwin y Wallace; Planck, Einstein y Freud; la tectónica de placas y Kuhn; etcétera. En la sección dedicada al ciclo de Júpiter-Urano se estudiarán más correlaciones significativas temporalmente precisas con respecto a Newton, Darwin, Einstein y otros.

8. Se puede esbozar rápidamente la secuencia diacrónica de correlaciones entre el ciclo de Urano-Plutón e importantes evoluciones históricas en el poder de la prensa, la lucha por la libertad de prensa y el surgimiento de los medios de comunicación de masas.

La conjunción de 1960-1972 coincidió con un florecimiento hasta entonces completamente desconocido de la prensa contracultural, pues en ese momento aparecieron repentinamente centenares de semanarios alternativos en ciudades de todo Estados Unidos y Europa, la influyente publicación de los Pentagon Papers por *The New York Times* y *The Washington Post*, la nueva difusión y el nuevo poder de los medios de comunicación de masas en general, y, más específicamente, la influencia sin precedentes de estos medios como reflejo de la opinión generalizada contra la Guerra de Vietnam, sobre la que a su vez influía. La oposición anterior de Urano y Plutón de 1896-1907 coincidió con el nuevo poder del periodismo progresista-reformista, la prensa sensacionalista y amarilla, en especial bajo Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst, que afectó las políticas y decisiones nacionales e internacionales en esos años y los posteriores. La conjunción de 1845-1856 coincidió no sólo con la proliferación de las publicaciones revolucionarias y socialistas en asociación con las revoluciones de 1848-1849 y *El manifiesto comunista* de Marx y Engels, sino también con el papel del nuevo telégrafo en la aceleración de la comunicación de masas en todo el mundo, el invento de la prensa rotativa, que permitió la impresión en gran escala, la fundación de los servicios de Associated Press y Reuters, el comienzo de la publicación del *London Daily News* como primer periódico barato de Gran Bretaña (editado por Charles Dickens), y el inicio de la publicación del *Daily Telegraph* en Londres, *Le Figaro* en París, *The New York Times* y *The Chicago Tribune*, el primer periódico importante sobre los derechos de las mujeres (*Lily*, editado por Amelia Bloomer), y la rápida proliferación y expansión de la influencia de la prensa diaria en los Estados Unidos en general en esos años.

La oposición precedente de 1787-1798, la correspondiente a la Revolución Francesa, coincidió con el establecimiento de la libertad de prensa en Estados Unidos mediante la ratificación de la Carta de Derechos en 1789, así como con los múltiples acontecimientos que en este campo se asociaban en Francia a la Revolución, como la edición de la primera publicación socialista, *Le Tribun du Peuple*, a cargo de Babeuf. La conjunción de 1705-1716 coincidió con el rápido desarrollo de la prensa y el periodismo político y cultural en Inglaterra. Entre las publicaciones, *Review* de Daniel Defoe, *The Examiner* de Jonathan Swift, y *The Tatler* y *The Spectator* de Addison y Steele. La oposición anterior, la del período de 1643-1654, coincidió con una pujanza similar de la prensa disidente en Inglaterra, y con el fecundo manifiesto de John Milton a favor de la libertad de prensa en 1644, conocido como *Areopagítica*. La oposi-

ción anterior, durante la Reforma radical, coincidió con la influyente publicación de Lutero de su Biblia Alemana en 1534, el mismo año en que Enrique VIII rechazó el control papal en Inglaterra. Finamente, la primera conjunción del período de la era moderna, 1450-1461, coincidió con el desarrollo de Gutenberg de la prensa tipográfica, que hizo posible toda la secuencia de posteriores evoluciones cíclicas que acabamos de mencionar.

9. Así, los famosos versos de Wordsworth en *The French Revolution As It Appeared to Enthusiasts at Its Commencement*:

> Era una bendición estar vivo en esa aurora,
> ¡pero ser joven era una verdadera gloria!

y en *The Prelude* (libro VI, 340-342):

> Embargada de alegría estaba entonces Europa,
> Francia en la cumbre de tan doradas horas,
> y renacer parecía la naturaleza humana...

Y lo mismo encontramos en el joven poeta romántico Robert Southey, contemporáneo de Wordsworth :

> Pocas personas, aparte de quienes han vivido en ella, pueden imaginar o comprender lo que era el recuerdo de la Revolución Francesa, ni qué mundo preñado de ilusiones parecía abrirse ante quienes daban en ella sus primeros pasos. Lo viejo parecía disolverse, el único sueño era la regeneración de la especie humana. (*The Correspondence of Robert Southey with Caroline Bowles*, ed. a cargo de E. Dowden, Dublín, 1881, p. 52.)

10. *Persecución y asesinato de Jean-Paul Marat: representados por el grupo teatral de la casa de salud de Charenton bajo la dirección del marqués de Sade*, obra escénica de Peter Weiss, 1964; película dirigida por Peter Brook, 1967.

11. La conjunción de Urano y Plutón de 1705-1716, que coincidió con el comienzo de la Revolución Industrial y el nacimiento de Rousseau y de Diderot, coincidió también con masivas agitaciones sociales, transformaciones revolucionarias y la intensa modernización de Rusia promovida por Pedro el Grande durante esos mismos años, así como con el gran cambio en el equilibrio del poder imperial en Europa, que, como consecuencia de la Guerra de Sucesión española de 1702 a 1714, pasó de España y Francia a Inglaterra.

12. Freud nació en mayo de 1856, cuando Urano estaba a 16° de

la conjunción exacta con Plutón (con el Sol a 4° de Urano y a 12° de Plutón). He comprobado con regularidad que estas configuraciones, cuando el Sol se halla entre otros dos planetas, se correlacionan con expresiones particularmente intensas de los principios arquetípicos pertinentes en interacción compleja.

13. En vida de Schopenhauer se produjeron tres alineamientos cuadráticos del ciclo de Urano-Plutón: la oposición correspondiente a la época de la Revolución Francesa, cuando nació; la cuadratura siguiente, cuando escribió y publicó *El mundo como voluntad y representación*, en 1818-1819; y, finalmente, la conjunción de finales del ciclo, durante el período 1845-1856, cuando su filosofía fue por primera vez objeto de amplia lectura y empezó a ejercer influencia cultural, lo que ocurrió después de la publicación, en 1851, de su volumen de ensayos y aforismos titulado *Parerga y Paralipomena*.

14. Nietzsche nació en octubre de 1844, cuando Urano se había desplazado a 19° de la conjunción exacta con Plutón. Como veremos más adelante, al mismo tiempo Júpiter estaba en estrecha conjunción con Urano (7°) al comienzo de una amplia triple conjunción con Plutón. Nietzsche también nació con el Sol y Plutón en exacta oposición, comparable a la conjunción del Sol y Plutón en el caso de Freud, aunque considerablemente más exacta, lo que a menudo se asocia a una vigorosa identificación personal con el principio dionisíaco.

15. El abrupto aumento del número de plantas de energía nuclear encargadas a partir de la década de 1960 queda bien reflejado en el gráfico del Instituto de Energía Nuclear que muestra el «ascenso y la caída de la energía nuclear», en http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/shows/reaction/maps/chart2.html. El ascenso empieza en el momento de la conjunción exacta de Urano y Plutón de 1965-1966 y se extiende hasta 1974, cuando la conjunción alcanza los 20° de separación, tras lo cual se produce un brusco descenso. La curva temporal, en estrecha correlación con el alineamiento de Urano y Plutón, se parece enormemente a las trayectorias de otros fenómenos arquetípicamente pertinentes durante esos mismos años, como la cantidad de expediciones espaciales tripuladas en el programa lunar o el número anual de rebeliones estudiantiles, manifestaciones contra la guerra, marchas por los derechos civiles, manifestaciones del poder negro y disturbios urbanos. Otros fenómenos pertinentes muestran un rápido incremento que, aunque comienza también en este período, no decae con posterioridad, como muestra la estadística que mide los cambios sociológicos en las costumbres sexuales, el divorcio, el número de partos de

mujeres solteras, la cantidad de instituciones pornográficas (de 9 en Nueva York City en 1965 a 245 en 1977), etcétera.

16. En su juventud, Nietzsche utilizó la palabra *Übermensch* para referirse a Byron; en su obra de madurez, el término adquirió un significado completamente distinto. Elvis Presley, que encarnó y anticipó el explosivo despertar y la erupción de lo dionisíaco que irrumpió de lleno en el nivel colectivo durante la década de los sesenta, nació durante la cuadratura de Urano y Plutón de los años treinta (en estrecho alineamiento con Venus y el Sol).

17. La íntima relación entre, por un lado, la vida y la obra de Shelley y, por otro, el período de la Revolución Francesa, uno y otra nacidos durante la oposición de Urano y Plutón, se expresa en multitud de formas. Sobre el significado de la Revolución Francesa, Shelley escribió penetrantes ensayos, pero también apasionada poesía. La orientación de sus convicciones políticas estaba profundamente influida por la *Investigación referente a la justicia política y su influencia en la virtud general y la felicidad*, que William Godwin estaba escribiendo precisamente cuando nació Shelley (y que se publicó en 1793). Por último, Shelley se fugó y luego se casó con Mary Godwin, hija de William Godwin y Mary Wollstonecraft, los dos promotores del pensamiento radical inglés de la década de los noventa del siglo XVIII, cuya obra fue tan emblemática de la época y tanta influencia ejerció en los períodos posteriores presididos por Urano-Plutón; estas dos figuras habían nacido durante la cuadratura anterior de Urano y Plutón.

18. La estrecha asociación del ciclo de Urano-Plutón con los avances tecnológicos, el impulso al progreso y la tendencia a la invención y el experimento no viene sugerido únicamente por la gran cantidad de hitos de la historia de la tecnología ya mencionados en el capítulo, sino también por la frecuente correlación de este ciclo con el nacimiento de individuos cuya vida y trabajo reflejaron estos temas de maneras específicamente significativas. Tanto los descubrimientos pioneros de Benjamin Franklin acerca de la naturaleza de la electricidad y el rayo como la abundancia de sus inventos prácticos (la estufa de hierro, el pararrayos, las gafas bifocales) son representativos de esa tendencia. También es evidente aquí la asociación arquetípica del Urano astrológico y el Prometeo mítico con la electricidad (el fuego robado a los cielos).

Franklin nació en 1706, bajo la conjunción de Urano y Plutón de comienzos del siglo XVIII, y durante la oposición inmediatamente siguiente, en 1791, nació Michael Faraday, el gran científico experimental que descubrió el electromagnetismo e inventó el motor eléctrico, el generador y el transformador y que, finalmente, pro-

dujo la sustitución de la energía de vapor por la electricidad en la Revolución Industrial. La conjunción inmediatamente posterior de Urano y Plutón, la de mediados del siglo XIX, coincidió con el nacimiento de Edison (1847) y de Tesla (1856). Muchos individuos de la generación que vino al mundo durante los años sesenta, bajo la conjunción más reciente, notablemente cómodos con la alta tecnología, han desempeñado papeles fundamentales en el avance y la difusión de la revolución informática que dio comienzo en los años de su nacimiento.

19. Muchos otros temas característicos del ciclo de Urano-Plutón son evidentes durante el período de conjunción de 1592-1602, además de los hitos de la Revolución Científica, la renovada intensidad creativa del período isabelino, y la lucha titánica y los instintos desatados de las piezas de Shakespeare, mencionados en el texto. En esa época, el exaltado impulso a la exploración de nuevos horizontes y a la afirmación del poder vuelve a expresarse en el rápido avance de la exploración mundial europea y del comercio mundial: la Compañía Holandesa y la Compañía Británica de las Indias Orientales se fundaron, organizaron viajes y empezaron la colonización durante este alineamiento; Inglaterra y Francia penetraron en América del Norte (en una expedición ballenera, John Smith exploró y dio nombre a Nueva Inglaterra, mientras que los franceses construyeron asentamientos en la región del río San Lorenzo); el navegante vasco-español Vizcaíno bordeó la costa de California hacia el norte y llegó a la que bautizó como bahía de Monterrey. La ininterrumpida rebelión irlandesa, encabezada por Hugh O'Neill, conde de Tyrone, se produjo durante este período y derrotó una y otra vez a los ejércitos británicos enviados por Isabel para sofocarla. En la historia de la libertad religiosa, un jalón de gran importancia es el Edicto de Nantes (1598), que garantizó la libertad religiosa de los hugonotes (protestantes) en Francia. Una forma interesante del tema del desencadenamiento de fuerzas del poder de la naturaleza puede reconocerse en el comienzo, durante esta década, del encierro de los sanfermines de Pamplona, España.

20. Lo mismo que en otras ocasiones en estos capítulos, me refiero aquí a los mismos fenómenos que ya he examinado, pero desde un punto de vista diferente. Aunque muchas veces los temas anteriores –revolución científica y tecnológica, por ejemplo, o liberación sexual– se solapaban con la categoría a la que ahora nos referimos, mi interés específico se centra aquí en la creatividad cultural por sí misma. El fenómeno de la creatividad parece estar asociado a los tres arquetipos planetarios exteriores, cada uno de ellos con una

inflexión diferente. En una sección posterior examinaremos correlaciones con Neptuno y sus cualidades y motivos distintivos. En el ciclo de Urano-Plutón que aquí analizamos, el principio de Prometeo asociado a Urano comprende los aspectos de la creatividad que implican inventiva, repentinos e imprevistos despertares y saltos espectaculares, el excitante impulso a producir lo nuevo, cambios bruscos en el despliegue de la realidad, brillantes y asombrosos descubrimientos y avances, así como la necesidad urgente de liberar a los seres humanos de limitaciones y cargas. En contraste, el principio plutónico-dionisíaco concierne más al aspecto *elemental* de la creatividad –desde las profundidades, desde los manantiales evolutivos de la naturaleza y desde las profundidades del inconsciente, lo ctónico y lo libidinal–, es decir, la creatividad como complemento polar y compensación del aspecto destructivo del mismo arquetipo de Plutón, fundamentalmente ambiguo.

Así, la síntesis dinámica de estos dos principios, el prometeico y el dionisíaco, que tiende a darse durante alineamientos del ciclo de Urano-Plutón, es especialmente sinérgica en la constelación de creatividad. Shakti, la suprema diosa india y principio del poder creativo divino, es por muchas razones una síntesis de estos dos principios (y también en combinación con Neptuno). Los períodos presididos por Urano-Plutón pueden considerarse épocas marcadas por el despertar particularmente vivaz y poderoso de Shakti en la psique colectiva, como se expresa en continuas y amplias manifestaciones de creatividad cultural y eros.

21. Análoga comparación podría realizarse con la filosofía del proceso de Whitehead, en la que los conceptos de eficacia causal y concrescencia sugieren la continuada herencia y presencia del pasado entero en cada actualidad presente.

22. Sobre este fragmento de Jenófanes, véase W. K. C. Guthrie: «El énfasis en la búsqueda personal y en la necesidad de tiempo hace de esta frase la primera afirmación conservada en la literatura griega de la idea de progreso en las artes y las ciencias, progreso que depende del esfuerzo humano y no –o al menos no primordialmente– de la revelación divina» (*A History of Greek Philosophy*, vol. 1, *The Earlier Presocratics and the Pythagoreans*, Cambridge, Cambridge University Press, 1962, pp. 399-400).

CICLOS DE CRISIS Y CONTRACCIÓN

1. Véase, por ejemplo, Robert Hand, «A Crisis of Power, Saturn and Pluto Face Off», The Mountain Astrologer, julio-agosto de 2001 (www.mountainastrologer.com/planettracks/hand/hand. html), y el

análisis de Robert Zoller, analizado en Luke Andrews, «Prediction and 11th September 2001», new-library.com/zoller/ features/.

2. La conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948, que coincidió con el comienzo de la Guerra Fría y la carrera armamentista nuclear, entró en la zona de penumbra de los 20° en agosto de 1945. El lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki tuvo lugar el 6 y el 9 de agosto de 1945, cuando Saturno y Plutón se hallaban a 21° del alineamiento exacto. En ese momento, el Sol estaba en conjunción con Plutón, a 4° del alineamiento exacto. (Cf. la invocación del arquetipo de Plutón en la *Bhagavad Gita*, como la recordó J. Robert Oppenheimer cuando fue testigo de la primera explosión atómica: *«Ahora me he convertido en Muerte, en el destructor de mundos».*)

3. El despertar de la actividad terrorista de la segunda mitad del siglo XX fue más notable durante la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta: los asesinatos, el terrorismo y la disidencia violenta impregnaron toda la década. Como se analizó en la sección correspondiente, los alineamientos anteriores de Urano y Plutón, como los de la Revolución Francesa, los sucesos de 1848 y la entrada en el siglo XX, coincidieron con oleadas similares de asesinatos, terrorismo y aparición de filosofías que propugnaban la anarquía y la revolución violenta. Creo que esto se puede entender como el perturbador despertar o liberación (Urano) de violentos instintos y agitaciones sociales (Plutón) en asociación con impulsos y programas revolucionarios o de emancipación (Urano). Los alineamientos cuadráticos subsecuentes o superpuestos de *Saturno* y Plutón parecen coincidir sistemáticamente con importantes crisis de terror y represión; a menudo, las dos caras del conflicto expresan en compleja síntesis ambas caras de la *Gestalt* arquetípica.

4. Después de los aspectos mayores, una de las categorías con correlaciones arquetípicas más sistemáticas en la investigación histórica y biográfica es la de los puntos planetarios medios. Cuando un planeta forma un aspecto muy preciso (de 2° a 3°), sobre todo la conjunción, con el punto medio exacto de otros dos planetas, los tres arquetipos planetarios correspondientes parecen entrar en compleja interacción. En octubre de 1929, justo antes de producirse la cuadratura en T de Saturno, Urano y Plutón, estos planetas formaron una configuración exacta de punto medio. Urano alcanzó el punto medio exacto de Saturno y Plutón, mientras estos dos planetas se acercaban por primera vez a su oposición. El 29 de octubre de 1929, Urano estaba exactamente –a menos de 0° 10'– del punto medio de Saturno/Plutón. Luego los tres planetas entraron en una cuadratura en T cada vez más exacta, que se prolongó desde

1930 hasta 1933. Tras la salida de Saturno de este alineamiento, Urano y Plutón continuaron en una cuadratura de 90° dentro del orbe de 10° hasta 1937 y del de 15° hasta 1939. Justo cuando el alineamiento de Urano y Plutón tocaba a su fin, en 1939, Saturno entraba en cuadratura con Plutón, en coincidencia con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

5. Además de los graves escándalos asociados a la jerarquía de la Iglesia Católica y a compañías como Enron, la oposición de Saturno y Plutón de 2000-2004 coincidió con acusaciones contra el gobierno de Bush por complicidad en los acontecimientos del 11 de Septiembre, sobre todo por parte del filósofo y teólogo David Ray Griffin en *The New Pearl Harbor*, Interlink, 2004. Muchos otros hicieron referencia a Watergate en esos años, incluso John Dean, figura central de las revelaciones que provocaron la dimisión de Nixon durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1973-1975 (John W. Dean, *Worse Than Watergate: The Secret Presidency of George W. Bush*, Boston, Little, Brown, 2004).

Podrían mencionarse muchos otros escándalos históricos similares a Watergate y al caso Dreyfus que coincidieron con el ciclo de Saturno-Plutón, como la serie de escándalos alrededor de la Agencia de Protección Medioambiental durante el primer gobierno de Reagan, en 1981-1984, o el escándalo del Teapot Dome durante el gobierno de Harding, que comenzó en 1921, durante la cuadratura de Saturno y Plutón.

En Francia, el famoso caso del collar de diamantes y el consecuente juicio ante el Parlamento que implicó al cardenal de Rohan, María Antonieta y la corte de Luis XVI, tuvo lugar durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1785-1787, inmediatamente antes de la Revolución Francesa. Otros innumerables escándalos, sin la misma trascendencia histórica, pero importantes en sus respectivos ámbitos, coincidieron con alineamientos de este ciclo, como el que ocurrió en el Centro Zen de San Francisco durante la última conjunción de Saturno y Plutón, la de 1983.

El mismo patrón es evidente en los tránsitos personales de cartas natales individuales: tanto Clarence Thomas como Bill Clinton nacieron bajo la conjunción de Saturno y Plutón de 1946-1948 y experimentaban tránsitos personales mayores de Saturno o de Plutón por las respectivas conjunciones natales de estos planetas en el momento en que estallaron los escándalos con acusaciones de mala conducta sexual contra ellos, en 1991 y 1998, respectivamente. En ambos casos vemos temas tan característicos del complejo de Saturno-Plutón como proceso judicial y sentencia sobre actividades sexuales, profunda humillación pública y, en el caso de Thomas,

la incisiva metáfora con la que atacó a los jueces: «Esto es un linchamiento de alta tecnología».

6. *La civilización de Occidente*, de William McNeill, que fue escrito en parte como respuesta y contrapunto a *La decadencia de Occidente*, de Spengler, se publicó durante la conjunción de Urano y Plutón de 1963 y reflejaba el *Zeitgeist* de esa época, de progreso evolutivo en muchos campos –político, social, tecnológico, intelectual–, a diferencia del complejo de Saturno-Plutón más evidente en la visión histórica de Spengler.

7. Como expresión de un motivo de Saturno-Plutón relacionado, el modus operandi característico de Cheney después del 11 de Septiembre de 2001 –trabajaba en un bunker subterráneo secreto desde el cual ejercía el control de la política exterior y las actividades de seguridad interior– se asemeja asombrosamente a las estrategias y la psicología del topo subterráneo que se describen en *La madriguera*, de Kafka.

8. Es instructivo el paralelismo biográfico con la secuencia de conjunciones de Saturno y Plutón en la vida de Schopenhauer. Hubo en su vida tres conjunciones de Saturno y Plutón. La primera coincidió con su nacimiento, en 1788. La segunda, con la publicación de *El mundo como voluntad y representación*, en 1818, momento en que el libro fue ignorado casi por completo. Esta situación no cambió hasta que, muchos años después, Schopenhauer publicó su colección más accesible de ensayos y aforismos titulada *Parerga y Paralipomena*, lo que ocurrió en 1851, durante la conjunción siguiente de Saturno y Plutón, que coincidió con la publicación de *Moby Dick*. Fue también la conjunción correspondiente al período revolucionario de 1845-1856, época marcada por muchos acontecimientos y movimientos en la psique colectiva indicativos de la liberación del ello, la lucha de la naturaleza por la supervivencia y una apertura al profundo fundamento instintivo de la vida. Sólo a partir del momento en que Urano y Plutón volvieron a entrar en conjunción –en triple conjunción con Saturno en el momento de la publicación de *Parerga y Paralipomena*–, las ideas de Schopenhauer comenzaron a ejercer su profunda influencia en el pensamiento y la cultura europeos, de Wagner y Nietzsche a Freud y Jung.

9. Muchos de estos mismos temas volvieron a presentarse en nuevas formas y con fuerza renovada durante la oposición de Saturno y Plutón de 2000-2004. Un reflejo característico de la nueva constelación de este complejo arquetípico en este período es el sumario de acontecimientos mundiales y tendencias geopolíticas contenido en un artículo ampliamente comentado de Walter Russell

Mead, miembro del Consejo de Relaciones Exteriores, titulado «It's the Dawning Age of the Apocalypse...» (*The Washington Post*, 2 de febrero de 2003). Los diversos motivos, realidades presentes y crecientes temores que se mencionaban en ese breve ensayo, escrito cuando el alineamiento estaba muy cerca de su punto exacto, representaban una compacta letanía de temas característicos de Saturno-Plutón y referencias históricas: terrorismo masivo; 11 de Septiembre; armas de destrucción masiva en manos de naciones del Eje del Mal; temor generalizado de atentado terrorista nuclear con armas nucleares canallas; amenazas de Corea del Norte según las cuales «los Estados Unidos corren el riesgo de caer en la tumba que ellos mismos han cavado» y, si tal cosa ocurre, «no sobrevivirán»; amenazas nucleares de Pakistán contra India y a la inversa; referencias a la Primera y a la Segunda Guerra Mundial, al Holocausto y a Hiroshima; el reloj del Día del Juicio Final en la cubierta del *Bulletin of the Atomic Scientists*, que mostraba el inminente peligro de aniquilación en que se halla el mundo; aplicación por el gobierno federal de medidas de seguridad del tipo del Gran Hermano; drástica y permanente caída de la bolsa de valores y extendida depresión económica; temor de que la tecnología, en manos enemigas, se convirtiera en un monstruoso Frankenstein para sus creadores; difusión mundial de las epidemias de sida y malaria; creencia de la mayoría de los norteamericanos, según una encuesta de Time/CBS, en que el Apocalipsis bíblico se hará realidad, y del 17 por ciento en que el fin del mundo se producirá antes de su muerte; creencia de los cristianos fundamentalistas en que la victoria de Israel en la Guerra de los Seis Días de 1967 y su anexión del Muro Occidental significaba la intervención de Dios en la historia; respuesta fundamentalista islamista a la influencia de Occidente en Oriente Próximo; escalada de acciones y reacciones fanáticas en el conflicto israelopalestino y apoyo de los cristianos fundamentalistas a Israel, que podría conducir a la autorrealización de la profecía de Armagedón, todo lo cual ha creado un «aquelarre de locura y de agitación». Mead llega a la conclusión de que «la angustia del Apocalipsis se ha trasladado a la corriente principal de la política y la cultura de los Estados Unidos... Se ha cruzado una línea... La Era del Progreso ha quedado atrás y estamos en la Era de Shiva, destructor de mundos».

10. Cf. la observación del periodista Bill Moyers acerca de la derecha republicana y el gobierno de Bush de 2001-2004 en el artículo de la *New York Review of Books* titulado «Bienvenida al día del juicio final»: «Hay muchas cosas con las cuales muchos artífices de esta alianza no están de acuerdo, pero todos forman piña en torno al plan maestro del presidente Bush para dar marcha atrás a

las medidas de protección medioambiental. Una poderosa corriente vincula los compinches de las corporaciones multinacionales en la administración, que consideran que el medio ambiente está listo para la cosecha, con un núcleo duro de fundamentalistas para quienes el medio ambiente es combustible para el incendio que se aproxima» (24 de marzo de 2005, p. 10).

11. La radical profundización de la gravedad que tiende a surgir en la psique colectiva durante los alineamientos de Saturno y Plutón queda bien expresada en un ensayo de Charlene Spretnak, escrito menos de un mes después de los hechos del 11 de septiembre de 2001:

> La conmoción y el lamento iniciales después de los atentados terroristas infundió en la psique norteamericana una *gravitas*, un sentido profundo de realidad básica que parecía ralentizar el tiempo en nuestro loco mundo y llevarnos más a la reflexión silenciosa que al hablar compulsivo. Era como si todo nuestro cuerpo sintiera el peso del pensamiento, que se negaba a acomodarse a moldes simples cuando tratábamos de captar la nueva e inimaginable realidad. En esa palpable realidad básica de la primera semana estábamos todos unidos a los muertos y unidos entre nosotros, dispuestos a hacer llegar a los familiares y los amigos de todo el país nuestro conmovido y cariñoso apoyo. Era como si al tener que soportar de pronto lo insoportable, nos hubiéramos entregado a otra manera de ser, una manera modelada por el trauma de la inmensa tragedia y el movimiento de regeneración. Incluso los comentaristas menos críticos observaban que las preocupaciones triviales de nuestra cultura de consumo parecían extremadamente irrelevantes. Habíamos entrado en un tiempo nuevo y en un nuevo espacio psicológico. (*The San Francisco Chronicle*, 5 de octubre de 2001.)

12. John Hersey, cuyo *Hiroshima* galvanizó la respuesta moral del público norteamericano al lanzamiento de las bombas y contribuyó a establecer los términos del debate nuclear durante las décadas siguientes de la Guerra Fría, había nacido en 1914, durante la conjunción anterior de Saturno y Plutón. Lo mismo que en el caso de muchos otros autores y artistas nacidos bajo este aspecto, los temas de su obra más importante reflejan de manera constante este complejo arquetípico. La novela más famosa de Hersey, *El muro*, describe tanto la inhumanidad extrema como el valor extremo que se pusieron de manifiesto en la destrucción nazi del gueto de Varsovia, durante la Segunda Guerra Mundial.

13. Una encarnación particularmente perdurable y cargada de consecuencias de las numerosas cualidades entrelazadas, tanto positivas como negativas, intrínsecas al complejo de Saturno-Plutón,

puede apreciarse en el carácter y el legado distintivos de la Constitución de los Estados Unidos, que vio la luz durante la conjunción de estos planetas en 1785-1788. Redactada en la Convención Constituyente de 1787 en Filadelfia, analizada y defendida en *The Federalist Papers* y sucesivamente ratificada, estado por estado, en 1787-1788, la Constitución fue por entero forjada y legalmente implantada bajo esta conjunción. (Como expresión de otros temas característicos del complejo de Saturno-Plutón, esta misma conjunción coincidió con el período de severa depresión económica y extendida hambruna que afectó a tantos lugares del mundo y que en Francia creó las condiciones sociales críticas que condujeron de inmediato a la Revolución Francesa, que comenzó el año siguiente, cuando Júpiter y Urano entraban en conjunción.)

En la Constitución de Estados Unidos es posible reconocer diversos motivos que sugieren la síntesis positiva de los dos principios asociados a Saturno y Plutón: la estructura de poder duradera y firmemente establecida, legalmente vinculante y consagrada por la tradición, la historia y la antigüedad, que proporcionaba una organización estable (Saturno) de poder (Plutón) en un sistema complejo de controles y equilibrios que sostenían cuidadosamente la tensión y la interacción de fuerzas e impulsos políticos en conflicto. Todas estas cualidades representan precisamente la dinámica característica del complejo arquetípico de Saturno-Plutón.

Como reflejo de un patrón cíclico diacrónico, el propio James Madison, principal arquitecto de la Constitución, había nacido en 1751, bajo la conjunción anterior de Saturno y Plutón, exactamente un ciclo entero y treinta y seis años antes del nacimiento de la Constitución que él diseñó. La permanente efectividad del inmenso poder de control estructural de la Constitución, su contención estable de la tensión de fuerzas opuestas y su naturaleza de poderosa e ininterrumpida autoridad, todo ello debe mucho a la mentalidad y el carácter de Madison. Él mismo se inspiró en los escritos sobre separación y equilibrio de poderes de John Locke, quien había nacido bajo la oposición exacta de Saturno y Plutón de un siglo antes (en 1632, el mismo alineamiento que coincidió con el proceso a Galileo).

Podemos reconocer el espíritu y el ambiente característicos de este complejo tanto en la seriedad y la gravedad de las entonaciones que acompañan a casi todos los pronunciamientos públicos sobre la Constitución, como, por ejemplo, «la gran sabiduría de nuestra Constitución Americana» o «lo que nuestros Padres Fundadores establecieron hace más de dos siglos». Lo mismo vale para la grave acusación de que algo «es inconstitucional» o para la terrible adver-

tencia de que «nuestra nación está en crisis constitucional», como ocurrió en la época de Watergate y también después de la elección presidencial del año 2000. Ambas crisis coincidieron exactamente con alineamientos de Saturno y Plutón. También vemos los temas pertinentes en la autoridad prácticamente inexpugnable de la Constitución, que en ciertos aspectos sugiere una estructura de ley religiosa a la que se ha investido de la legitimidad de la sabiduría omnisciente y de incuestionable autoridad divina.

A estas alturas podemos empezar a observar el lado sombrío de ese mismo complejo arquetípico, pues el vigor y las virtudes de la Constitución están ligadas a sus profundos defectos. Por ejemplo, su extremada resistencia a la modificación, aun en el caso de que la reforma sea decisiva para salvar sus principios democráticos y deseada por la mayoría de los ciudadanos. Particularmente expresiva de las dimensiones sombrías del complejo de Saturno-Plutón, pese a las mejores intenciones de sus principales arquitectos, fue la aprobación constitucional de la esclavitud, cuidadosamente incorporada en su estructura original porque así lo requerían los estados esclavistas del sur como moneda de cambio para su ratificación.

El legado de lo que se ha llamado «pecado original» de la nación, permitió y sustentó el inmenso padecimiento de una infinidad de hombres, mujeres y niños, así como la inconmensurable corrupción y el endurecimiento del alma de los amos esclavistas, que llevó a la catastrófica purificación de la Guerra Civil. Su herencia se prolongó en el gran número de leyes, como la de Jim Crow y los *poll taxes* –impuesto uniforme por persona cuya satisfacción era requisito para votar–, con el fin de privar de derechos a los negros y segregarlos, que se puso en práctica y se extendió prácticamente sin excepciones en coincidencia con los posteriores alineamientos de Saturno y Plutón. Ese legado continuó asimismo en los pertinaces efectos del racismo que impregnó y laceró la sociedad norteamericana, lo que resultó particularmente claro durante alineamientos de Saturno y Plutón tales como la oposición de 1964-1967, o, una vez más, durante la cuadratura más reciente de 1992-1994, cuando los disturbios urbanos provocados por la injusticia racial sacudieron a la nación entera.

Además, como la nación descubrió en la elección presidencial de 2000, al comienzo de la oposición de Saturno y Plutón más reciente, las distorsiones que la Constitución y el Colegio Electoral producían en la estructura de las elecciones presidenciales continuaron hasta culminar en la elección de ese año, con la consagración presidencial de un candidato que había obtenido medio millón de votos menos que su adversario. El significativo papel que

desempeñaron en esta elección los millares de casos confirmados de afroamericanos sistemáticamente privados del derecho a votar y, finalmente, el papel decisivo que representó el Tribunal Supremo, también constituyen expresiones típicas del complejo arquetípico asociado a los alineamientos de Saturno y Plutón. La faz victimista del complejo de Saturno-Plutón quedó vivamente reflejada en la sensación de fraude a los valores democráticos que muchas personas experimentaron tras la decisión del Tribunal.

El propio Tribunal Supremo, que la Constitución estableció durante la misma conjunción de Saturno y Plutón de 1787-1788, ha sido durante mucho tiempo portador de la misma capa de solemne autoridad: la oscura *gravitas* de sus túnicas negras, sus sacrosantas salas de sesión, la solidez granítico-marmórea de su templo, la autoridad patriarcal de sus muy sopesados pronunciamientos, su respeto reverencial por los Padres Fundadores, su constitución –abrumadoramente dominada por jueces varones y de edad avanzada–, sus prolongadas y lentas deliberaciones y su penetrante discusión de profundos problemas y conflictos judiciales, sus sentencias solemnes e indiscutibles.

También vemos el complejo de Saturno y Plutón en la persistente preocupación del Tribunal por «la intención originaria» de los Padres Fundadores y el tremendo poder de los juicios del pasado en sus debates y tomas de decisióm. Y lo reconocemos en las tendencias marcadamente conservadoras del Tribunal (con significativas excepciones, como la del activismo liberal del Tribunal Warren durante la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta del siglo XX). Finalmente, en su condición de última instancia de apelación, en sus decisiones imbuidas de autoridad y en sus sentencias finales, sobre todo las condenas a muerte y las ejecuciones, se advierte otro tema arquetípico del complejo de Saturno-Plutón: el del Juicio Final. La instalación en el vestíbulo del Tribunal Supremo del Estado de Alabama de un monumento de granito de 2.395 kilogramos que lleva inscritos los diez mandamientos, ordenada por el presidente de ese tribunal entre 2001 y 2003, durante el alineamiento más reciente de Saturno y Plutón, sugiere la estrecha asociación arquetípica en la conciencia norteamericana entre la Constitución de los Estados Unidos y la autoridad bíblica.

14. En *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Jung habla de Schopenhauer como «el gran hallazgo»:

> Fue el primero que habló del sufrimiento del mundo... y de la confusión, la pasión, el mal... Por fin aparecía un filósofo que tenía el valor de opinar que el fundamento del mundo no se hallaba en lo mejor. No habla-

ba ni de una providencia de la creación, sapientísima e infinitamente buena, ni de la armonía de lo creado, sino que decía claramente que el doloroso curso de la historia de la humanidad y la crueldad de la naturaleza se basan en un defecto, a saber, la ceguera de la voluntad creadora del mundo.

15. Tanto el Ku Klux Klan como los Caballeros de la Camelia Blanca, las dos principales organizaciones del Sur fundadas por los ex Confederados para aterrorizar a los afroamericanos, se crearon durante la oposición de Saturno y Plutón de 1866-1867. El carácter plutoniano del KKK impregnaba los mitos de su organización: cada estado del Reino estaba gobernado por un Gran Dragón, asistido por un equipo de ocho Hidras; una agrupación de condados era gobernada por un Gran Titán y seis Furias; cada condado era vigilado por un Gran Gigante con la colaboración de cuatro Halcones de la Noche; y cada Guarida era gobernada por un Gran Cíclope, con dos Halcones de la Noche.

El segundo Ku Klux Klan fue fundado en 1915, durante la conjunción de Saturno y Plutón que coincidió con la Primera Guerra Mundial. Esta encarnación del KKK se extendió por todo Estados Unidos, el norte y el sur, con una orientación religiosa fundamentalista y un programa político de virulenta xenofobia, con cientos de miles de miembros cuando amplió su programa de supremacía blanca y eliminación violenta de afroamericanos para incluir también el antisemitismo y el anticatolicismo.

16. Holst estaba familiarizado con la astrología y compuso cada movimiento de *Los planetas* para expresar el carácter arquetípico de cada uno de ellos: Marte, Venus, Mercurio, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. (En 1914 todavía no se había descubierto el planeta Plutón.) El movimiento inicial, «Marte», refleja acertadamente las cualidades agresivas, militares, que se asocian al arquetipo de Marte, pero en un nivel más profundo la música está claramente impregnada por el complejo arquetípico que hemos visto asociado al ciclo de Saturno-Plutón: el avasallador poder elemental, la ordenada implacabilidad de su titánica fuerza impulsora, la destructiva violencia a escala masiva, las profundidades ctónicas de la oscuridad y el horror, la sugerencia de guerra mecanizada y terror totalitario con miles de tanques acorazados, aviones y regimientos depredadores que todo lo destruyen a su paso. Todo es evocado por una música compuesta antes de que se produjeran los acontecimientos que describe.

17. *Retrato del artista adolescente* fue publicado por entregas en *The Egotist*, de Ezra Pound, a medida que Joyce lo escribía, en 1914-1915, y luego como libro en Estados Unidos en 1916, todo

durante la conjunción de Saturno y Plutón. El propio Joyce nació en 1882, en la cúspide de la conjunción de Saturno y Plutón del ciclo anterior, al comienzo de la excepcional conjunción triple de Saturno, Neptuno y Plutón (ocurre sólo una vez cada quinientos años) de 1881-1884, que también coincidió con el nacimiento de Kafka, Stravinsky, Virginia Woolf y la declaración nietzscheana de la muerte de Dios.

El retrato del infierno que presenta Joyce deja claro en qué medida, desde la perspectiva arquetípica, es posible abordar el concepto y la imagen del infierno no sólo como juicio y castigo saturniano del ello plutionano (sexualidad, instintos bestiales, lo demoníaco, el inframundo), sino también como avasalladora intensificación plutoniana del principio de *tiempo* propio de Saturno (y otros temas saturnianos, como confinamiento, castigo, culpa, sufrimiento y muerte) hasta su último extremo. Desde este punto de vista, es particularmente memorable la versión de Joyce de la naturaleza de la condena *eterna* en el momento culminante del sermón del predicador (que emplea también la paradigmática metáfora saturniana del reloj):

> La última tortura, la que sirve de remate a todas las otras del infierno, es su eternidad. ¡Eternidad! ¡Oh, tremenda y espantosa palabra! ¿Qué mente humana podrá comprenderla? Y tened presente que se trata de una eternidad de sufrimiento. Aunque las penas del infierno no fueran tan terribles como son, se harían infinitas sólo por estar destinadas a durar para siempre. Pero al mismo tiempo que son eternas, son también, como sabéis, insufriblemente intensas, intolerablemente extensas. Sufrir aunque fuera sólo la picadura de un insecto por toda la eternidad, sería un tormento espantoso. ¿Qué será, pues, el sufrir para siempre las múltiples torturas del infierno? ¡Para siempre! ¡Por toda la eternidad! No por un año, ni por un siglo, ni por una era, sino para siempre. Tratad de representaros la horrible significación de estas palabras. Vosotros habréis visto frecuentemente las arenas de una playa. ¡Qué diminutos son los granillos de la arena! ¡Y cuántos de estos granillos hacen falta para formar el puñadito que un niño abarca con la mano en el juego! Pues imaginad ahora una montaña de esta arena de más de un millón de millas de altura, que alcanzara desde la tierra hasta los cielos empíreos, de más de un millón de millas de ancho, tal que se extendiera hasta el espacio más remoto, y de más de un millón de millas de espesor; e imaginad esta enorme masa de innumerables partículas de arena, multiplicada tantas veces como hojas hay en el bosque, gotas de agua en el enorme océano, plumas en los pájaros, escamas en el pez, pelos en los animales y átomos en la vasta extensión de los aires. E imaginad que al cabo de un millón de años viniera una avecilla a la montaña y se llevara en el pico un solo granillo de arena. ¿Cuántos millones de millones de centurias transcu-

rrirían antes que la avecilla hubiese transportado ni tan siquiera un pie cuadrado de la arena de la montaña, y cuántos siglos de siglos de edades tendrían que transcurrir antes de que la hubiese transportado toda? Y sin embargo, al final de tan enorme período de tiempo ni aun siquiera un solo instante de la eternidad podría decirse que había transcurrido. Al fin de todos esos billones y trillones de años, la eternidad apenas si habría empezado. Y si esta montaña volviera a levantarse tan pronto como el pajarillo hubiera terminado de transportarla, y el pájaro volviera y la comenzara a transportar de nuevo, grano a grano, y así se volviera a levantar y a ser transportada tantas veces como estrellas hay en el cielo, átomos en el aire, gotas de agua en el mar, hojas en los árboles, plumas en los pájaros, escamas en el pez, pelos en los animales, al fin de todas estas innumerables formaciones y desapariciones de aquella montaña inmensurablemente grande, no se podría decir ni que un solo instante de la eternidad había transcurrido; aun entonces, al fin de aquel enorme período, que sólo el imaginarlo hace girar nuestro cerebro vertiginosamente, aun entonces, la eternidad apenas si habría comenzado.

Un bienaventurado santo (y me parece que era uno de nuestros padres) fue favorecido una vez con una visión del infierno. Le pareció encontrarse en un grande y oscuro vestíbulo, sumido en un profundo silencio, turbado sólo por el tictac de un gran reloj. El tictac seguía incesantemente. Y le pareció al santo aquel que el sonido del tictac era la incesante repetición de las palabras siempre, jamás, siempre, jamás. Siempre, estar en el infierno; jamás, estar en el cielo; siempre, estar privado de la presencia de Dios; jamás, gozar de la visión beatífica. Siempre, ser comido por las llamas, roído por la gusanera, pinchado con púas; jamás, verse libre de estas penas. Siempre, tener la conciencia atormentada, la memoria exasperada, la mente llena de oscuridad y desesperación; jamás, escapar de estos tormentos. Siempre, maldecir y denostar a los horrendos demonios que se gozan en contemplar la miseria de las víctimas de sus engaños; nunca, contemplar los brillantes ropajes de los santos espíritus; siempre, clamar a Dios, desde los abismos del fuego, por un instante, un solo instante de tregua a la horrible agonía, y nunca, recibir, ni aun por un instante, el perdón de Dios. Siempre sufrir, nunca gozar; siempre estar condenado, y nunca obtener salvación; siempre, nunca; siempre, nunca. ¡Oh, cuán horrendo castigo! Una eternidad de inacabable agonía, de inacabable tormento espiritual y corporal, sin un rayo de esperanza, sin un momento de descanso. Una eternidad de agonía ilimitada en intensidad, de tormento infinitamente variado, de tortura, que alimenta eternamente aquello que eternamente devora, de angustia, que perdurablemente oprime el espíritu mientras despedaza la carne, una eternidad, cada instante de la cual es ya de por sí una eternidad de dolor. Tal es el terrible tormento decretado, para aquellos que mueren en pecado mortal, por un Dios justo y todopoderoso. (Trad. de Dámaso Alonso, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 149-152.)

18. Mel Gibson nació cuando la cuadratura de Saturno y Plutón de 1956 se hallaba a menos de 1° del alineamiento exacto (y Marte también formaba parte de la configuración). Fue el mismo año y el mismo alineamiento de Saturno y Plutón durante el cual Cecil B. DeMille dirigió y produjo *Los diez mandamientos*, otra película de gran influencia cultural con tema bíblico y motivos similares: el severo autoritarismo religioso de Moisés, el tonante poder de Yaveh cuando dicta los mandamientos divinos, el despiadado castigo del mal, etcétera. La película tuvo como protagonista a Charlton Heston, que nació durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1923, y llegó a ser otra importante figura conservadora de Hollywood. El propio DeMille había nacido durante la conjunción de Saturno y Plutón de 1881. Realizó dos versiones de *Los diez mandamientos*: la primera durante la cuadratura de 1923 de esos planetas (bajo la que nació Heston) y la segunda durante la cuadratura de 1956 (bajo la que nació Gibson). Muchas de las otras películas de DeMille representaban el tema típico del complejo de Saturno-Plutón: *El signo de la cruz*, *Las Cruzadas*, *Sansón y Dalila*, *El fruto prohibido*, *Madame Satán*, *La olvidada de Dios*, *Tentación*.

19. Estas correlaciones eran evidentes incluso en la comedia musical, género en el que tan poco probable es encontrar expresiones de temas arquetípicos de Saturno-Plutón. El musical *Chicago*, producido y exhibido ante públicos muy vastos durante la oposición más reciente de Saturno y Plutón, la de 2002-2003, estaba saturado de motivos propios de este arquetipo: asesinato y venganza, ambición despiadada, corrupción, submundo criminal y sexual, prisión y corredor de la muerte, procesos, juicios, culpa, ejecuciones, una visión de la motivación humana dominada por un egoísmo despiadado, y una penetrante estética de negrura y de sombras, calabozos y revólveres. La obra original fue concebida y producida durante la cuadratura de Saturno y Plutón de 1973-1975.

20. En muchos de los relatos de Kafka, el protagonista es un animal atrapado, a menudo un roedor o un insecto, presa de la vida, como en *La madriguera*, *La metamorfosis* y *Josefina la cantora o el pueblo de los ratones*. El mismo motivo es brillantemente explotado por Art Spiegelman, el artista del cómic, en su novela gráfica en dos partes, publicadas como *Maus: A Survivor's Tale* y *Maus II: From Mauschwitz to the Catskills*, respectivamente. Basadas en las experiencias de sus padres como supervivientes de los campos de concentración nazis, Maus representaba a los judíos como ratones y a los alemanes nazis como gatos depredadores («*Katzies*»). Spiegelman nació durante la conjunción de posguerra de Saturno y Urano, la de 1946-1948. Los temas de sus obras principales reflejan

sistemáticamente el complejo de Saturno-Plutón: al tema central del Holocausto en *Maus* le siguió su obra de 2004 *In the Shadow of No Towers*, que abordaba la destrucción de las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 y sus devastadoras secuelas psicológicas.

21. El poema *1 de septiembre de 1939* explora muchos temas de Saturno-Plutón relacionados con los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001: el oscuro final de una época, el mal que cometen aquellos a quienes se inflige el mal, ciegos rascacielos de acero y hormigón y el frío y pujante poder del imperialismo, un dios psicópata que tiene a su servicio un enemigo que ha enloquecido. Tal vez lo más pertinente sea su intuición de la humillación y la violencia: «El poema –señaló Joseph Brodsky en una ocasión– versa en realidad sobre la vergüenza, sobre cómo las culturas están contaminadas de abrumadores sentimientos de vergüenza, sobre su "dolor creador de hábitos", sobre el intento de huir de esos sentimientos mediante la violencia. Lo que enloquece a los hombres –lo que los conduce a dioses psicópatas– es el insoportable sentimiento de haber sido humillados» (Adam Gopnik, *The New Yorker*, 1 de octubre de 2001).

22. Uno de los patrones más sorprendentes que he encontrado fue una sistemática relación entre los alineamientos de los ciclos de planetas exteriores (Saturno-Plutón, Júpiter-Urano, Saturno-Neptuno, etcétera) y la simultánea redacción y publicación de gran cantidad de libros acerca de acontecimientos históricos y temas ya dominantes durante alineamientos anteriores de los mismos planetas. Es fácil evaluar un cuerpo exhaustivo de esta evidencia mediante un examen sistemático de las recensiones de libros, tanto de ficción como de no ficción, de cualquier importante revista semanal de libros, por ejemplo la *New York Times Book Review*, u otras publicaciones de este tipo, como la *New York Review of Books*, la *London Review of Books* o el *Times Literary Supplement*.

La psique colectiva parece modelada y espontáneamente atraída por motivos y fenómenos particulares que reflejan estrechamente las cualidades arquetípicas de los alineamientos planetarios presentes, cualidades que a su vez fueron dominantes en los acontecimientos y el espíritu de épocas anteriores bajo los mismos alineamientos. Las cualidades arquetípicas relevantes son así visibles con regularidad no sólo en la escritura y publicación de libros centrados en expresiones contemporáneas de esos temas, sino también en las obras que exploran manifestaciones históricas previas. Consecuencia de ello es la acrecentada conciencia pública, que tiene lugar en esos períodos, de los motivos arquetípicos correspondientes y de sus encarnaciones históricas más notables: por ejemplo, durante

los alineamientos de Saturno y Plutón, la publicación de obras, tanto de ficción como de no ficción, sobre el Holocausto y los campos de concentración, el gulag, las guerras mundiales y la guerra fría, el terrorismo y el fundamentalismo de otras épocas, la dominación imperialista, los escándalos y pecados en la historia de la Iglesia, la caza de brujas, el escándalo de Watergate, la historia de la esclavitud, etcétera.

23. Edmund Morel, el periodista de investigación británico y fundador de la Congo Reform Association, vio una completa sinonimia entre el título de la obra de Conrad y la horrible realidad de la crueldad europea y el sufrimiento africano en el Congo, y calificó a Leopoldo II de «gran genio del mal». Leopoldo había nacido con su Sol en estrecha conjunción con la oposición de Saturno y Plutón (y los tres planetas en estrecha alineación cuadrática con Marte).

24. Una vez terminada la *Respuesta a Job*, Jung escribió a un amigo: «He capturado la gran ballena». Jung, que había nacido bajo Saturno en cuadratura con Plutón, escribió *Respuesta a Job* durante una enfermedad, en estado de exaltada posesión arquetípica, en 1951-1952, la única vez en su vida que Plutón en tránsito pasó sobre su configuración natal (Plutón en oposición a Saturno y en cuadratura consigo mismo).

25. *La cabaña del tío Tom*, de Stowe, la carta de su amiga y la protesta pública contra la Ley sobre Esclavos Fugitivos reflejan también el generalizado despertar del sentimiento antiesclavista y los fuertes impulsos de emancipación que se dieron durante el período correspondiente a la larga conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856, del que nos hemos ocupado en el capítulo anterior, período en que las actividades abolicionistas de Frederick Douglass, Harriet Tubman, John Brown y muchos otros llegaron a su máxima intensidad antes de la Guerra Civil. La conjunción de Saturno y Plutón de 1850-1853 tuvo lugar más o menos a mediados de este período, en el momento de mayor exactitud de la conjunción de Urano y Plutón, cuando los tres planetas formaban una muy ajustada triple conjunción. El destacable fenómeno de *La cabaña del tío Tom* –el hecho de que Stowe escribiera la novela, las circunstancias catalizadoras y la inmensa respuesta popular a su publicación–, puede entenderse como la constelación simultánea, y con insólita potencia, del complejo de Saturno-Plutón y del de Urano-Plutón.

26. *Noche y niebla* 1955 (Cuadratura de Saturno y Plutón), *El prestamista* (1965, oposición), *La decisión de Sophie* (1982, conjunción), *Shoah* (entrevistas documentales, 1981-1985, conjunción) y *La lista de Schindler* (1993, cuadratura). Es posible reconocer un

patrón similar en la novela de Philip Roth *La conjura contra América*, escrita durante un período presidido por Saturno-Plutón (2001-2004) y en la que se recrea otro período presidido por los mismos planetas, centrado en el año 1940. La novela está plagada de temas y acontecimientos típicos de Saturno-Plutón, como el auge de la represión conservadora, el prejuicio y la hostilidad antisemita, una atmósfera impregnada de amenaza y temor, el Holocausto, la guerra mundial y la impotencia ante oscuras y avasalladoras fuerzas históricas.

27. Como Wilde había nacido bajo una precisa oposición natal de Mercurio y Urano, Urano en tránsito se hallaba en conjunción exacta con su Mercurio natal, aspecto natal y tránsito que a menudo he encontrado correlacionados con una gran facilidad lingüística, ingenio brillante y a menudo irreverente, proclividad a las agudezas, las bromas, los giros de sentido imprevisto, juegos de palabras e irreverencia verbal (como en su ocurrencia «Puedo resistirlo todo, excepto la tentación», o su famosa declaración al funcionario de aduana cuando entró en Estados Unidos: «No tengo nada que declarar, salvo mi genio»).

28. Es importante no olvidar que las correlaciones de tránsitos personales, tales como las mencionadas a propósito de Shakespeare, tienen siempre lugar dentro de un contexto más amplio y más complejo de tránsitos mundiales y de ciclos de los planetas exteriores. Por ejemplo, el tránsito mundial de la oposición de Saturno y Plutón de 1598-1601 (el que coincidió con el proceso y la condena de Giordano Bruno por la Inquisición) se produjo en exacta coincidencia con el comienzo del período trágico de Shakespeare (*Julio César* en 1599-1600, *Hamlet* en 1601), como si el *Zeitgeist* colectivo iniciara lo que luego sería el tránsito shakespeareano de Plutón por su propio Saturno natal. Comprobé que eso es típico de la coincidencia «sobredeterminante» de tránsitos personales y mundiales simultáneos en tales correlaciones.

Cualquier análisis de los tránsitos posibles de Shakespeare implica forzosamente la cuestión de la autoría de las obras a él atribuidas. Es posible que el carácter de la carta natal y las relaciones arquetípicas asociados a tránsitos personales contribuyan a esclarecer esta cuestión.

29. Citado en Robert Hollander, *Dante: A Life in Works*, New Haven, Yale University Press, 2001, p. 91. De acuerdo con lo que él mismo dice en *La divina comedia*, Dante nació entre el 18 de mayo y el 17 de junio de 1265. Por tanto, podemos indicar sin duda la posición de su Saturno natal con un margen de error inferior a 2°.

1. Debido al movimiento aparente, tanto retrógrado como directo, a menudo las oposiciones de Júpiter y Urano (y, muy raramente, las conjunciones) recorren la franja de 15° en un período de hasta alrededor de veintitrés meses. En estos casos, no son menos evidentes las correlaciones, en particular las de los patrones diacrónicos, pero los sincrónicos se presentan de un modo algo más difuso que en los alineamientos de catorce meses de duración. Un ejemplo de esto es la oposición de 1782-1783, en la que Júpiter y Urano se mantuvieron a menos de 15° del alineamiento exacto durante aproximadamente dieciséis meses sobre un período total de veintitrés, entre enero de 1782 y noviembre de 1783. Con escasas excepciones, las conjunciones tienen lugar en períodos concentrados de catorce meses consecutivos (como en 1775-1776 y en 1788-1789), mientras que los períodos de oposición son en general más prolongados y discontinuos. Como veremos, no es raro que las oposiciones de Júpiter y Urano coincidan con hitos culturales y rupturas creativas de una naturaleza particularmente significativa y culminante.

2. La historia posterior de los amotinados del *Bounty* y de las mujeres y los hombres de Polinesia que se unieron a ellos en 1789 en Tahití, para vivir luego aislados durante años en Pitcairn Island, parece un preciso microcosmos de lo que a gran escala ocurría durante el mismo período al otro lado del mundo, en Francia: la triunfal rebelión inicial durante la conjunción de Júpiter y Urano, seguida de una prolongada eclosión de violencia cruenta, asesinatos y lucha por el poder durante la oposición más larga de Urano y Plutón, esto es, confabulación, venganza y locura, desbordamiento de impulsos irracionales en un escenario por lo demás paradisíaco, autodestrucción de toda una sociedad. La naturaleza dionisíaca de esta eclosión también resultaba evidente en la nueva libertad sexual que experimentaban los marineros británicos en el entorno polinesio, así como en la índole frecuentemente sexual de las fuentes de conflicto en la comunidad de Pitcairn, que culminaron en repetidas explosiones de agresión asesina.

3. Cuando los alineamientos de Júpiter y Urano coinciden con el ciclo de Urano-Plutón (es decir, cuando se producen mientras el alineamiento de Urano y Plutón se halla a menos de 15° de la posición exacta), como ocurrió en 1968-1969, con la triple conjunción de Júpiter, Urano y Plutón, la franja en cuyo interior se ponen de manifiesto correlaciones arquetípicamente significativas para el alineamiento de Júpiter y Urano parece extenderse más allá de los 15°-20°. Por ejemplo, a comienzos de 1968, cuando Urano y Plutón se

hallaban a menos de 7° uno de otro, Júpiter estaba a 17° de Plutón y a 23° de Urano. En ese momento, y durante todo el período de 1968-1969, fueron patentes los fenómenos culturales característicos del ciclo de Júpiter-Urano, aunque la frecuencia de hechos que sugieren el triple complejo arquetípico aumentó notablemente cuando, en el curso de 1968, los tres planetas entraron en una franja más estrecha. La culminación de la triple conjunción se dio en el verano de 1969 (la llegada de Apolo a la Luna, el festival de música de Woodstock y muchos otros fenómenos pertinentes), cuando los tres planetas se hallaban a menos de 8° entre sí.

Creo que estas observaciones, en vez de apoyar una ontología y una causalidad atomistas (en la que los fenómenos arquetípicamente relevantes empezarían y terminarían en correlación mecánica con los alineamientos), subrayan la fluidez y la interpenetración de los principios y fuerzas arquetípicos y su despliegue en una continuidad más compleja de formas ondulatorias múltiples y superpuestas.

4. La oposición de Júpiter y Urano de 1961-1962 cubrió un intervalo poco común: tuvo su centro en el año 1962, pero se inició tempranamente en la primavera de 1961 y finalizó a comienzos de 1963. (Véanse al final de esta nota los meses y los orbes exactos.) Los fenómenos prometeicos representativos de este período se dieron en estrecho paralelismo con ello. Los primeros vuelos espaciales de Gagarin y Shepard tuvieron lugar en un período de tres semanas, en abril y mayo de 1961, cuando Júpiter y Urano se hallaban a menos de 17° y 15° del alineamiento exacto. Durante el período principal del alineamiento, en 1962, se produjo el vuelo espacial de John Glenn, el lanzamiento del satélite Telstar y el del primer observatorio solar en órbita.

Un ritmo semejante puede observarse en la historia del movimiento por los derechos civiles en la década de los sesenta: la conjunción de Urano y Plutón abarcó la década, mientras que la oposición de Júpiter y Urano de la primavera de 1961 y 1962 coincidió con importantísimos hitos de esa trayectoria más larga. El movimiento tuvo su primer hito decisivo en mayo de 1961 cuando los *Freedom Riders* organizados por el Congreso para la Igualdad Racial, con más de 70.000 estudiantes de ambas razas, comenzaron a manifestarse en el Sur para derribar las barreras de la segregación en el transporte interestatal. En septiembre de 1962, James Meredith intentó inútilmente ingresar en la Universidad de Mississippi, que practicaba la segregación racial. Los disturbios consiguientes, el despliegue de las tropas federales y la atención nacional galvanizaron aún más el creciente movimiento por la igualdad racial. La nota 15, más adelante, examina otros acontecimientos de este alineamiento

de Júpiter y Urano que catalizaron movimientos y procesos culturales correspondientes a la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta.

Júpiter y Urano entraron por primera vez en el orbe de 20° a finales de marzo de 1961 y permanecieron en la franja de 15° durante la mayor parte de mayo. Debido al movimiento retrógrado, Júpiter salió de la franja de 15° a finales de mayo y del orbe de 20° a principios de julio; sólo retornó en enero de 1962 (a menos de 20°, y luego, en el mismo mes, a menos de 15°). Los dos planetas permanecieron en el orbe de 15° durante todo el año 1962; finalmente, salieron de la franja de 15° en febrero de 1963 y de la de 20° en marzo del mismo año.

5. Kennedy (que nació bajo una cuadratura de Júpiter y Urano) pronunció un segundo discurso ampliamente citado, llamando a la nación a llegar a la Luna, el 12 de septiembre de 1962, cuando la oposición de Júpiter y Urano era casi exacta.

> Hemos elegido ir a la Luna en esta década y hacer las otras cosas no porque sean fáciles, sino porque son difíciles, porque la meta servirá para organizar y medir lo mejor de nuestras energías y capacidades, porque es un desafío que estamos dispuestos a aceptar, que no vamos a posponer y que nos proponemos superar.

En eco diacrónico de estos primeros vuelos espaciales tripulados, China logró lanzar su primer astronauta al espacio en coincidencia con la oposición más reciente de Júpiter y Urano, en octubre de 2003, convirtiéndose en el tercer país, después de Estados Unidos y la Unión Soviética, en realizar semejante hazaña.

Los alineamientos de Júpiter y Urano no sólo parecen coincidir con esas proezas en el campo de los viajes espaciales y la aviación, sino también con el impulso a intentarlas, con independencia del resultado. Durante la oposición de Júpiter y Urano de 2003-2004, un eco distante del compromiso de Kennedy de llevar un hombre a la Luna fue el llamamiento de George W. Bush a otro alunizaje hacia 2020, para facilitar una posterior expedición tripulada a Marte. Durante la oposición anterior de Júpiter y Urano, en julio de 1989, el padre de Bush había propuesto, siendo presidente, un programa similar de retorno a la Luna como trampolín para llegar a Marte. El proyecto fue abandonado tras calcular su coste, que la NASA cifró en 400.000 millones de dólares y que se consideró fuera de la capacidad presupuestaria de los Estados Unidos. (En ese momento Saturno estaba en conjunción con Urano y ambos planetas en oposición a Júpiter.)

6. Sin embargo, en épocas anteriores esa proeza tuvo lugar en la imaginación, y es asombrosa la regularidad de la correlación entre, por un lado, la aparición del tema de los vuelos espaciales y la aviación en la literatura de ficción y el cine y, por otro lado, el ciclo de Júpiter-Urano. *De la Tierra a la Luna*, de Julio Verne, que imaginó en materia de vuelos espaciales muchos detalles cuyo acierto se vio luego confirmado, se publicó durante la oposición de Júpiter y Urano de 1865. H. G. Wells escribió *Los primeros hombres en la Luna* durante la conjunción de 1900. En el cine, *2001: una odisea del espacio*, de Kubrick, la primera película épica sobre vuelos espaciales, coincidió con la triple conjunción de 1968-1969. *La guerra de las galaxias*, de George Lucas, se rodó durante la oposición siguiente de 1976-1977 (se estrenó en mayo de 1977, dos meses después del fin de la oposición). La conjunción siguiente, la de 1983, coincidió con *Lo que hay que tener*, que se basaba en los vuelos espaciales de los primeros astronautas (que se habían realizado durante la oposición de Júpiter y Urano de 1961-1962).

En una categoría afín, el discurso de Ronald Reagan sobre «Star Wars» en marzo de 1983, en el que propuso su fantasía tecnológica de un sistema nuclear de defensa espacial, se produjo durante la misma conjunción de Júpiter y Urano de 1983 (coincidió también con la conjunción de Saturno y Plutón en 1981-1984 y con las tensiones y los temores a un Armagedón nuclear que dominaron ese período). El famoso «Engaño del globo» de Edgar Allan Poe, en el que dio publicidad a una información periodística, que gozaba de amplio crédito popular, sobre el supuesto vuelo transatlántico de un globo que habría aterrizado en la costa de Carolina del Sur, fue escrito bajo la conjunción de Júpiter y Urano de 1844-1845 (cf. los primeros vuelos de los hermanos Wright en la costa de Carolina del Norte durante la conjunción de 1900 y el vuelo transatlántico de Lindbergh durante la conjunción de 1927).

7. La extraordinaria conjunción del Sol, Júpiter, Urano y Plutón en el nacimiento de Descartes, el 31 de marzo de 1596, estaba también en conjunción con Mercurio, en coherencia con la afirmación cartesiana del cogito y la racionalidad como base de la identidad del yo autónomo y como método para establecer su existencia: «Pienso, luego existo».

8. Los hitos específicos fueron: *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, de Jeremy Bentham (1789), exposición clásica del utilitarismo; *Sobre los principios de economía política y tributación*, de David Ricardo (1817), la obra más importante de teoría económica entre Adam Smith y Marx; y la famosa visita de nueve meses de Tocqueville a Estados Unidos (1831), que dio como resul-

tado su clásico análisis político *La democracia en América*. Durante la conjunción siguiente (1844-1845), Marx y Engels comenzaron su histórica asociación personal: se encontraron en París en 1844 y colaboraron en *La sagrada familia*, primer enunciado de la teoría del comunismo marxista, que publicaron en febrero de 1845. Durante este mismo y fértil período, Engels escribió *La condición de la clase obrera en Inglaterra*, mientras Marx escribía lo que hoy se conoce como *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* y las *Tesis sobre Feuerbach*, que sentaron las bases del pensamiento de Marx. Catorce años más tarde, durante la conjunción siguiente (1858-1859), John Stuart Mill –heredero de Hume, Bentham, Ricardo y Tocqueville–, publicó su obra más famosa y acusadamente prometeica: *Sobre la libertad*.

9. Desde el punto de vista astronómico, la conjunción que tuvo su centro en 1858 fue insólita, pues a causa de la relación recíproca de sus movimientos retrógrados aparentes, entre julio de 1857 y marzo de 1859 Júpiter y Urano estuvieron tres veces a menos de 15° de la conjunción exacta (de julio a octubre de 1857, de febrero a agosto de 1858 y de diciembre de 1858 a marzo de 1859), aproximadamente catorce meses sobre un período total de veinte. Wagner inició la composición del *Tristán* en agosto de 1857, cerca del comienzo de la conjunción, y la terminó veinticuatro meses más tarde. El anuncio de Darwin-Wallace de la teoría de la evolución se produjo en la parte central de la conjunción, julio de 1858, mientras que *Sobre la libertad*, de John Stuart Mill, se publicó en la última parte, marzo de 1859.

Otro caso de este tipo fue la conjunción de Júpiter y Urano que tuvo su centro en 1803 y que coincidió con la *Heroica*. El alineamiento entró por primera vez en la franja de los 15° en octubre de 1802 y la abandonó definitivamente en julio de 1804. Este extenso período de la conjunción coincidió estrechamente con el lapso en que Beethoven compuso la *Heroica*: los primeros esbozos para la sinfonía fueron realizados en octubre de 1802, el período principal de composición tuvo lugar en el verano y el otoño de 1803, cuando la conjunción era exacta, y en abril de 1804 terminó la copia en limpio definitiva.

En términos generales, he comprobado que estos alineamientos discontinuos tienden a coincidir con fenómenos arquetípicamente pertinentes desde el momento en que los planetas entran por primera vez en el orbe hasta que salen de él por última vez. Esto también es cierto en relación con los tránsitos personales de los planetas exteriores, en los que se dan movimientos retrógrados y directos similares sobre las posiciones de la carta natal.

10. Lo mismo que en 1968-1969, cuando se produce un alineamiento de Júpiter y Urano cerca del final de un alineamiento más largo de Urano y Plutón o muy poco después, se da también una coincidencia sistemática de acontecimientos que son sin duda expresiones culminantes de impulsos prometeico-dionisíacos ya desarrollados durante el alineamiento más largo, con el período de aproximadamente dos años en que los tres planetas –Júpiter, Urano y Plutón– estaban en amplia conjunción. La oleada de acontecimientos trascendentales del pensamiento y la cultura modernos que se produjo en el período 1857-1859 coincidió estrechamente con el comienzo del alineamiento de Júpiter con la conjunción de Urano y Plutón, que comenzó cuando ésta había entrado en la postrera franja de penumbra entre los 15° y los 20°: la composición de *Tristán e Isolda* de Wagner (1857-1859), la publicación de *Madame Bovary* de Flaubert (abril de 1857) y de *Las flores del mal* de Baudelaire (junio de 1857), el anuncio de la teoría de la selección natural por Darwin y Wallace y el comienzo de *El origen de las especies* de Darwin (julio de 1858), y la publicación de *Sobre la libertad* de John Stuart Mill (febrero de1859). Estos cinco hitos de la cultura se entienden mejor en el contexto de la larga conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856, que preparó su surgimiento en el posterior período de penumbra de la conjunción triple. Las ideas y los impulsos que se expresan en estas obras no sólo se habían desarrollado durante aquel período más largo, sino que todas ellas reflejaban también temas característicos del complejo arquetípico de Urano-Plutón.

En la teoría de la evolución de Darwin-Wallace estos temas se muestran no sólo en el impacto revolucionario de la misma sobre la sociedad y las creencias culturales, sino también en el hecho de que la propia teoría se centrara en temas plutonianos –y fuera a la vez un despertar intelectual-cultural a ellos– tales como la lucha por la existencia, el instinto biológico, la transformación y la evolución incesantes, todo ello en combinación con los temas prometeicos de la variación imprevisible de la evolución y la incesante innovación creativa. En *Sobre la libertad*, de Stuart Mill, resultan evidentes en el tratamiento específico que este ensayo dedica a los temas prometeicos de la libertad y la emancipación política y su asociación directa con los desarrollos políticos e intelectuales de las dos épocas revolucionarias inmediatamente anteriores de Urano-Plutón: la de 1845-1856 y la de la Revolución Francesa.

En *Las flores del mal*, de Baudelaire, el complejo de Urano-Plutón se aprecia en su liberación o despertar prometeico de temas plutonianos, hasta entonces no explorados tan directa y poderosamente en la poesía: lo violento y erótico, lo perverso y morboso, lo

sórdido, el tabú, los inframundos instintivos y los submundos urbanos. *Madame Bovary*, de Flaubert, que como *Las flores del mal* fue objeto de querella judicial por inmoralidad, tuvo el mismo efecto transformador sobre la novela moderna que la obra de Baudelaire sobre la poesía. Análogamente, *Tristán e Isolda* representó una revolución prometeica en la historia de la música del siglo XIX, a la vez que encarnaba las energías dionisíacas características de los períodos presididos por Urano y Plutón. Además, su carácter se asocia a los desarrollos políticos y los disturbios revolucionarios de la sociedad y la cultura europea de la década precedente presidida por Urano-Plutón, como las revoluciones de 1848-1849, que Wagner apoyó públicamente y en las que participó directamente.

Este mismo período de la triple conjunción de Júpiter, Urano y Plutón de 1857-1859 coincidió también con importantes fenómenos políticos en diversas regiones del mundo, como el Motín de Sepoy en India (que empezó en mayo de 1857), consecuencia directa de acontecimientos que se habían producido bajo la conjunción de Urano y Plutón de 1845-1856 y presentaban los rasgos característicos de su complejo arquetípico.

11. Durante el período de catorce meses de esa conjunción, de septiembre de 1885 a noviembre de 1886, se produjo un gran número de importantes obras de relato breve. Además del primer cuento sobre *Sherlock Holmes* escrito por Arthur Conan Doyle, Robert Louis Stevenson escribió *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, Tolstoi su obra breve más importante, La *muerte de Iván Illich*, y Joseph Conrad su primer cuento (prototipo de *El piloto negro*); los cuentos de Anton Chejov, por su parte, recibieron entonces por primera vez el elogio del público y de la crítica.

12. Salinger empezó a escribir cuentos bajo la oposición de Júpiter y Urano de 1934. Siete años después, durante la conjunción de 1940-1941, dio comienzo a su primera narración de Holden Caulfield. Otros siete años más tarde, durante la oposición de 1948, publicó en *The New Yorker* su primera obra madura, *Un día perfecto para el pez banana*, que fue también el primer relato de la familia Glass. Y siete años después, durante la conjunción de 1954-1955, publicó *Franny*, la primera obra de su fase final de narraciones más largas. El libro más famoso de Salinger, *El guardián entre el centeno*, se publicó en 1951, cuando Urano transitaba en conjunción exacta con su Júpiter natal, un tránsito personal único en la vida y que dura tres años.

13. En aras de la sencillez y la claridad, he centrado esta revisión del ciclo relativamente breve de Júpiter y Urano sólo en las conjunciones y las oposiciones. Sin embargo, lo mismo que ocurre

en los otros ciclos que hemos examinado, los alineamientos cuadráticos a mitad de camino entre unas y otras coinciden de manera sistemática con acontecimientos arquetípicamente significativos que forman complicados patrones sincrónicos y diacrónicos con los alineamientos axiales que hemos estudiado. Por ejemplo, la cuadratura de Júpiter y Urano de 1951 coincidió con la canción que, tras años de debate, el Rock and Roll Hall of Fame ha reconocido como la primera pieza de *rock and roll*: *Rocket 88*, de Ike Turner, producida por Sam Phillips en Memphis. Luego, el mismo Phillips descubrió y grabó a Elvis Presley cuando tenía lugar la conjunción de Júpiter y Urano de 1954-1955, al comienzo de la oleada más amplia de canciones que marcaron el nacimiento del *rock and roll* (de Chuck Berry, Bo Diddley, Bill Haley y los Comets y Buddy Holly).

La cuadratura de 1951 también coincidió con la publicación en julio de ese año de *El guardián entre el centeno*, de Salinger, libro que se considera el comienzo de la contracultura juvenil, cuyo fin quedó marcado por la muerte de Lennon veintinueve años y medio más tarde, en diciembre de 1980 (exactamente un ciclo de Saturno después). También en 1951, durante esta cuadratura, fue cuando Jack Kerouac escribió la mayor parte de *En el camino*, durante una legendaria explosión creativa de tres semanas, mecanografiando ininterrumpidamente a un espacio en un «rollo» de papel de 36 metros de largo que había formado con cinta adhesiva (2-22 de abril).

14. Además del surgimiento de Dylan, los Beatles y los Rolling Stones, al igual que el de los hitos principales de los vuelos espaciales y los movimientos por los derechos humanos (véase la nota 5 de esta misma parte V), la oposición de Júpiter y Urano, con centro en el año 1962, coincidió con el amanecer del movimiento ecologista, marcado por *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson; con el inicio del movimiento de las mujeres –que se completó con *La mística femenina*, de Betty Friedan (julio de 1962) y la publicación del clásico *El cuaderno dorado*, de Doris Lessing–, y con la revolución en filosofía de la ciencia que constituyó la publicación, en 1962, de *La estructura de las revoluciones científicas*, de Thomas Kuhn. También en ese año, Harry Hess propuso la teoría de la dilatación del fondo marino, que dio comienzo a la revolución de la tectónica de placas en geología, y Benoit Mandelbrot inventó las imágenes fractales.

En 1962 se inauguró el Esalen Institute bajo la inspiración de Aldous Huxley y otros profetas de una futura transformación de la humanidad, primero de una incontable serie de centros de crecimiento personal que florecieron en los años siguientes. *El hombre autorrealizado* de Maslow marcó el inicio de la psicología humanista. En Harvard, Timothy Leary y Richard Alpert tomaron por pri-

mera vez LSD; en la Harvard Divinity School se realizó el experimento de Viernes Santo con psilocibina, y Ken Kesey, el futuro líder de los Merry Pranksters, publicó *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Marshall McLuhan publicó *La galaxia Gutenberg*. En Nueva York surgió el *pop art* con las pinturas de Andy Warhol de las latas de sopa Campbell y la primera exposición individual de Roy Lichtenstein. En el mismo año, Tom Hayden y los Estudiantes para una Sociedad Democrática (SDS en inglés) redactaron la influyente Declaración de Port Huron, su manifiesto fundacional, en el que se abogaba por el activismo estudiantil en busca de una reforma social radical. El mismo año, César Chávez fundó la Asociación Nacional de Trabajadores del Campo, Michael Harrington escribió *La otra América*, que contribuyó a catalizar la reforma social y la Guerra a la Pobreza. Argelia ganó finalmente su guerra revolucionaria de independencia de Francia (que había comenzado a finales de 1954, durante la conjunción anterior de Júpiter y Urano; la misma secuencia se da en la guerra revolucionaria norteamericana de independencia de Inglaterra, que empezó en 1775, durante la conjunción de Júpiter y Urano, y culminó victoriosamente durante la oposición siguiente de 1782-1783).

También fue en 1962 cuando el papa Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, que puso en marcha la transformación radical de la Iglesia católica romana durante los años sesenta. Y en la Unión Soviética, la trascendental publicación en 1962 de *Un día en la vida de Ivan Denisovich*, de Aleksandr Solzhenitsyn, señaló un nuevo período de liberalización cultural bajo Kruschev. Dicha fase de liberalización de estas dos instituciones se vio muy enlentecida y en cierta medida terminó cuando Saturno entró en oposición a la conjunción de Urano y Plutón a mediados de los años sesenta, tras la sucesión del papa Juan XXIII por el más conservador Pablo VI y la de Kruschev por Brezhnev.

15. La triple conjunción de 1968-1969 también marcó el punto de inflexión para los virtuosos que acompañaban a Miles Davis en esa época –John McLaughlin, Herbie Hancock, Tony Williams, Wayne Shorter, Josef Zawinul, Keith Jarrett y Chick Corea–, todos los cuales dejaron la banda para formar grupos propios, que a su vez influyeron decisivamente en la evolución de la fusión del *jazz* y el *rock* de los años setenta.

16. Es sabido que en el poema Keats confundió a Balboa con el conquistador español Hernán Cortés, que invadió México seis años más tarde: «o como el gran Cortés cuando con ojos de águila / contemplara el Pacífico...».

17. Durante la conjunción de Júpiter y Urano intermedia entre

estas dos oposiciones, en 1872, Nietzsche publicó su primer libro, *El nacimiento de la tragedia*. Durante la conjunción siguiente, en 1886, escribió su compendio filosófico *Más allá del bien y del mal*.

18. La Estatua de la Libertad fue concebida y propuesta durante la oposición de Júpiter y Urano de 1865 por el francés Edouard Laboulaye, presidente de la sociedad antiesclavista francesa, inspirado en la muerte de Lincoln y la emancipación de los esclavos al final de la Guerra Civil. Frédéric-Auguste Bartholdi, el escultor de la estatua, estuvo presente en la cena en que Laboulaye formuló su propuesta.

19. Hubo dos momentos en que Júpiter, Urano y Plutón entraron en conjunción triple en el siglo XIX, aunque en ninguno de ellos fue tan exacta como la de 1968-1969. Estos alineamientos se produjeron en el inicio y en el final de la conjunción de Urano y Plutón de mediados del siglo XIX. La primera vez fue en 1844-1845, cuando los tres planetas entraron en la franja de 22° del alineamiento exacto, con aproximaciones de hasta 15°. La segunda vez, que se ha analizado ya en las notas 10 y 11 de esta misma parte, se produjo en 1857-1858, al final de la misma conjunción de Urano y Plutón, con los tres planetas a 21° del alineamiento exacto.

La coincidencia del primero de estos períodos, 1844-1845, con el comienzo de la colaboración de Marx y Engels, la primera exposición de Darwin de su teoría de la evolución, el período de Thoreau en Walden Pond, el *Tannhäuser* de Wagner y el nacimiento de Nietzsche, es indicativa de este complejo arquetípico triplanetario. El período posterior de 1857-1858, que se extendió hasta la primavera de 1859, cuando Júpiter y Urano estaban todavía dentro del orbe de 15°, coincidió con los diversos hitos que hemos expuesto en la nota 11 de esta parte.

A mitad de camino entre estos dos períodos, en 1850-1852, tuvo lugar el alineamiento axial más preciso de Júpiter, Urano y Plutón del siglo XIX, cuando Júpiter entró en oposición a la conjunción casi exacta de Urano y Plutón. Esta larga oposición (que cruzó la franja de 15° entre noviembre de 1850 y octubre de 1852) coincidió con la conjunción de Saturno y Plutón de 1850-1853, ampliamente analizada ya en los capítulos anteriores. La potencia de *Moby Dick*, de Melville, en 1851; el discurso de Sojourner Truth «¿Es que no soy mujer?», pronunciado ante la Convención por los derechos de las mujeres en Akron en 1851; el impacto emancipador y transformador de *La cabaña del tío Tom* en 1852; la reacción cultural contra la ortodoxia religiosa bajo la influencia de la filosofía de Schopenhauer tras la publicación de sus ensayos en 1851; y la enorme exhibición de progreso tecnológico y científico en la Exposición Universal en

el Palacio de Cristal de Londres en 1851, todo ello sugiere esta combinación más amplia de múltiples influencias arquetípicas (*Júpiter*-Urano-Plutón y *Saturno*-Urano-Plutón).

La triple conjunción de Saturno, Urano y Plutón, que empezó en 1850 y terminó en 1853, se reflejó también en el duro retroceso conservador de las potencias europeas tras los acontecimientos de 1848 y el sinnúmero de medidas que se adoptaron durante ese período para reprimir los movimientos políticos radicales y revolucionarios. Por supuesto, 1848 fue el año de mayor eclosión de la agitación política y social bajo la conjunción de Urano y Plutón del siglo XIX –y en efecto la mayor de todo el siglo–, oleada de insurrección revolucionaria que coincidió precisamente con el breve período en que Júpiter estuvo en estrecho alineamiento cuadrático tanto con Urano como con Plutón, cuando Saturno no había entrado aún en la configuración.

20. En el campo de la astronomía y la exploración espacial, durante la oposición de Júpiter y Urano de 2002-2004 se produjo el primer vuelo espacial tripulado chino; el primer vuelo espacial privado con éxito (SpaceShipOne); el lanzamiento del telescopio espacial *Spitzer* y sus primeros descubrimientos importantes de la temprana formación de estrellas y del planeta más joven jamás observado (en relación diacrónica con el lanzamiento del telescopio espacial *Hubble* durante la oposición inmediatamente anterior de Júpiter y Urano, la de 1989-1990); la exitosa sonda a Marte que envió imágenes procedentes de los exploradores robóticos *Spirit* y *Opportunity*; la llegada del *Cassini* a Saturno, y el lanzamiento de la sonda espacial *Stanford* para poner a prueba la teoría general de la relatividad de Einstein (formando un patrón diacrónico con el anuncio de los resultados de la expedición a Isla Príncipe durante la oposición de 1919-1920. En ese momento también se producía con éxito la primera teleportación cuántica (lograda de manera independiente y simultánea en Austria y Estados Unidos).

En el área de los fenómenos prometeicos de índole social y política, además de las manifestaciones mundiales contra la guerra de Irak, entre los acontecimientos típicos de Júpiter-Urano cabe citar la oleada de matrimonios homosexuales que se celebraron en Nueva Inglaterra y en la Costa Oeste tras la estela de la sentencia del tribunal de Massachussets (formando un patrón diacrónico con los disturbios de Stonewall durante la conjunción de 1968-1969), y el éxito sin precedentes de documentales de oposición al sistema como *Bowling for Colombine* y *Fahrenheit 9/11*, de Michael Moore, o *The Fog of War*, *The Corporation*, *Outfoxed*, *Uncovered: The Whole Truth About the Irak War* y *The Yes Man*.

También característica del complejo de Júpiter-Urano fue la revolución en la industria de la grabación musical producida por la rápida difusión de iTunes durante el mismo período (de modo muy parecido a la revolución que produjeron los discos compactos durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1983). Entre otros fenómenos culturales de carácter prometeico cabe mencionar la rápida transformación de Internet en vehículo de la disidencia política y la independencia intelectual (sobre el telón de fondo del auge conservador durante la oposición de Saturno y Plutón de esos mismos años), evidente en la amplia influencia de las organizaciones activistas progresistas, como MoveOn.org, y el auge de popularidad de *blogs* y otros sitios de la web que propagan noticias y opiniones al margen de la corriente principal de los medios de comunicación.

DESPERTARES DEL ESPÍRITU Y EL ALMA

1. Swedenborg expuso la doctrina de las correspondencias, retomada luego por Baudelaire (nacido bajo la conjunción de Urano y Neptuno siguiente) y que conectaba el mundo natural y humano con el divino a través de la analogía lingüística, como en la tradición de la Cábala judía, en su ensayo «Una clave jeroglífica», en 1741, durante este alineamiento de Urano y Neptuno.

2. Al contemplar la intensidad de este pasaje, que Condorcet escribió mientras se ocultaba del terror punitivo de la Revolución, pocos meses antes de su muerte en prisión, Charles Taylor observa: «Sin duda había "errores, crímenes e injusticias" por las que necesitaba consuelo. Nuestro respeto ante su indeclinable fe revolucionaria sólo aumenta cuando vemos que estos crímenes no eran ya los de un régimen antiguo, sino los de las fuerzas que proclamaban estar construyendo el radiante futuro» (*Sources of the Self*, p. 354).

3. Durante los catorce meses de esta conjunción de Júpiter y Urano dentro de la más larga de Urano y Neptuno que se prolongó todavía una década más, el Romanticismo inglés conoció una oleada de gran actividad creativa. En el primer mes de la conjunción de Júpiter y Urano (diciembre de 1816), las obras de Percy Bysshe Shelley y de John Keats recibieron por primera vez atención pública importante cuando Leigh Hunt publicó su influyente artículo titulado «Poetas jóvenes». Luego Keats publicó su primer volumen de poemas, que incluía «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», y tuvo su primer encuentro con Shelley y Wordsworth. Shelley publicó su *Himno a la belleza intelectual* y escribió *La revuelta del islam*, su visionaria defensa del impulso revolucionario. Mary Shelley escribió en ese momento la mayor parte de *Fran-*

kenstein: un Prometeo moderno. Byron terminó su gran poema autobiográfico *Las peregrinaciones de Childe Harold* y escribió *Manfredo*, su primer drama poético, mientras Coleridge publicaba *Biografía literaria*, su fértil obra de filosofía romántica. De 1817 son también muchas otros hitos del Romanticismo, como el comienzo de la composición de la *Novena Sinfonía* de Beethoven y la publicación de la *Enciclopedia* de Hegel. Era también la rara configuración (Júpiter, Urano y Neptuno en triple conjunción) que tuvo lugar en el momento en que Dante empezaba a escribir *La divina comedia* (1306) y en que Pico escribió el *Discurso sobre la dignidad del hombre* (1486).

4. De acuerdo con el calendario juliano que se usaba por entonces en Inglaterra, el nacimiento de Newton se produjo el 25 de diciembre de 1642, que con la introducción del calendario gregoriano se convirtió en 4 de enero de 1643.

Algunos estudiosos han especulado que el nacimiento de Newton en Navidad, combinado con la ausencia de padre terrenal (que murió cuando Newton estaba en el útero) en una especie de eco del nacimiento de otro redentor del mundo, influyó en la imagen que Newton tenía de sí mismo, en sus inclinaciones místicas y en sus obsesiones bíblicas.

5. Durante los años decisivos del comienzo de la composición de *La divina comedia*, 1304-1307, Dante vivió los tránsitos personales de Urano en oposición al Urano natal, Neptuno en oposición a Urano, Urano en cuadratura con Neptuno y Neptuno en cuadratura con Neptuno. Esta combinación de tránsitos es esencialmente idéntica a la que vivió Jung entre 1913 y 1918 cuando experimentó su propio período de transformación psicoespiritual y despertar creativo en su edad madura (véase nota 11).

6. Charles Dickens, que nació en 1812, cuando la conjunción de Urano y Neptuno de la época romántica entraba en la franja de los 20°, es un buen ejemplo de cómo determinados individuos nacidos en esos momentos de penumbra, parecen convertirse en emisarios de los impulsos arquetípicos surgidos en aquella época. En Dickens (cuyo Sol y cuya Luna se hallaban en aspecto mayor con Urano y Neptuno, respectivamente), la clara presencia de la *Gestalt* de Urano-Neptuno es evidente en la revelación imaginativa que infundió a la novela del siglo XIX con su genio creador comparable con el de Shakespeare o con el de sus contemporáneos Dostoievski y Tolstoi. También es visible en sus repetidas versiones de temas uranoneptunianos muy característicos, como la súbita epifanía espiritual con que culmina *Canción de Navidad*: apariciones sobrenaturales y visiones reveladoras, inesperada influencia de la gracia divina, cam-

bios radicales de conciencia, la experiencia de resurrección y renacimiento y el despertar de la compasión universal. También es propio de esta *Gestalt* el decisivo papel de Dickens en el despertar de la conciencia colectiva de la era victoriana a una nueva empatía con los pobres y desamparados de la humanidad.

7. Véase Taylor, *Sources of the Self*, pp. 430-432.

8. La compleja relación entre romanticismo y modernismo, en la que éste es a la vez desarrollo y antítesis de aquél, es explorada por Taylor en *Sources of the Self*, «Epiphanies of Modernism», pp. 456-493.

9. A esto podrían agregarse dos obras de filosofía de enorme influencia desde dos puntos de vista radicalmente distintos, que dieron forma al pensamiento posmoderno: *Dos dogmas del empirismo* (1951), de Quine, a comienzos del alineamiento, y *Verdad y método* (1960), de Gadamer, al final.

10. Como se ha analizado en el capítulo «Ciclos de tránsito personal», el período decisivo para la formación de la psicología de Jung fue el comprendido entre 1913 y 1918. Este período empezó con la ruptura con Freud, la serie de intensos sueños proféticos apenas antes de la Primera Guerra Mundial y su repentina confrontación con el inconsciente arquetípico, y se prolongó durante los años de ebullición psicológica e intelectual de los que surgió la concepción junguiana de la psique y de los procesos de individuación. Todo este período coincidió con el tránsito mundial de Urano y Neptuno en oposición. Coincidió también con una extraordinaria convergencia de tránsitos personales únicos para Jung, tanto de Urano como de Neptuno en aspecto duro con su Urano y Neptuno natales. Jung había nacido con Neptuno en cuadratura exacta con el Sol (menos de 1°) y con Urano en cuadratura exacta con la Luna (menos de 1°).

Semejante convergencia de tránsitos mundiales y personales de Urano y Neptuno tanto en el cielo como en la carta natal sugiere una activación extraordinaria de su *Gestalt* arquetípica. Cada uno de estos alineamientos se hallaba en aspecto cuadrático: conjunción, oposición o cuadratura. Como se ha analizado en la nota 5 de esta parte, una convergencia semejante de tránsitos mundiales y personales de Urano-Neptuno se produjo cuando Dante escribió *La divina comedia* (salvo que no sabemos la posición del Sol y la Luna en el momento de su nacimiento, sino sólo la de los planetas exteriores, de movimiento más lento, como Urano y Neptuno).

11. En la serie de alineamientos solapados, el más largo de los tres, la conjunción de Neptuno y Plutón, cruzó el orbe de 20° entre 594 y 560 a.C., la de Urano y Neptuno entre 586 y 266, y las de Urano y Plutón entre 583 y 570.

12. El Primer Isaías, cuyos temas anticipaban estrechamente los del Segundo, inició sus profecías entre 750 y 740 a.C., en coincidencia con la conjunción anterior de Urano y Neptuno. La conjunción anterior, que se hallaba en el orbe de 20° entre 758 y 737, también coincide aproximadamente con el período que los eruditos consideran que corresponde a la composición de la *Teogonía* y *Los trabajos y los días de Hesíodo*. (La datación de las epopeyas homéricas continúa siendo una cuestión demasiado ambigua y escurridiza como para permitir correlaciones fiables.)

13. Las protestas, la represión y la masacre de la Plaza de Tiananmen tuvieron lugar en junio de 1989, cuando Saturno se hallaba en conjunción con Urano (8°) y Neptuno (1°) y cuando la oposición de Júpiter y Urano acababa de comenzar (17°). En las protestas de Tiananmen se advierte el motivo familiar de Júpiter-Urano tanto en el intensificado impulso a la libertad y la rebelión como en la elocuente alusión a la Estatua de la Libertad, que fue erigida durante la conjunción de Júpiter y Urano de 1885-1886 (y concebida durante la oposición de Júpiter y Urano de 1865). El complejo arquetípico asociado a la conjunción de Saturno y Urano (y Neptuno) se aprecia en la represión y el fracaso de las manifestaciones idealistas en favor de la libertad. El alineamiento de Júpiter y Urano entraba en oposición durante el verano de 1989 y se mantuvo en orbe a lo largo del período de las rápidas y consecutivas revoluciones en Europa Oriental durante el otoño de 1989. En otro lugar exploraré las importantes correlaciones arquetípicas implicadas en la más larga conjunción triple de Saturno, Urano y Neptuno de 1986-1991.

14. En su capacidad para revelar épocas cósmicas inimaginablemente lejanas, el telescopio espacial *Hubble* cumple en lo esencial la función de máquina del tiempo, transportando astronautas a través del mismo. Esta capacidad sugiere otro tema característico del complejo arquetípico de Urano y Neptuno: la disolución y la liberación, con mediación tecnológica, de las estructuras aparentemente absolutas del tiempo y el espacio. H. G. Wells, padre originario de la idea con su *La máquina del tiempo*, nació durante la cuadratura de Urano y Neptuno de 1866.

15. Con esta información, tal vez pueda considerarse que el complejo arquetípico asociado a la conjunción de Urano y Neptuno permea sutilmente toda la visión y el tenor del presente libro (que tomó forma a lo largo del prolongado período de esta conjunción) y moldea invisiblemente sus temas y su orientación, de la misma manera en que Flaubert (nacido en 1821, bajo una conjunción exacta de Urano y Neptuno) dijo que un autor debía estar en su novela

como Dios en el mundo: presente por doquier, pero invisible.

16. Los grandes accidentes espaciales y de aviación, como el desastre del *Apolo I* de 1967 y la explosión del *Challenger* en 1986, han tendido a coincidir con aspectos duros de Saturno-Urano. Estos accidentes contrastan con la correlación de exitosos vuelos pioneros en coincidencia con alineamientos de Júpiter y Saturno: así, los primeros vuelos espaciales tripulados por Gagarin, Shepard y Glenn en 1961-1962, la llegada del hombre a la Luna en 1969, la conexión lograda del *Apolo* y la *Soyuz* en el espacio y la primera exploración exitosa de Marte por el *Viking I* en 1975-1976, la sonda espacial *Galileo* a Júpiter, el *Cosmic Background Explorer* (COBE) y el telescopio espacial *Hubble*, todos lanzados en 1989-1990, y el primer vuelo espacial tripulado chino en 2003.

Vemos, por ejemplo, el aterrizaje exitoso del *Sojourner Rover* en Marte durante la conjunción de *Júpiter* y Urano en 1997, seguido del fracaso del *Mars Polar Lander* durante la cuadratura de *Saturno* y Urano en 1999. Más recientemente, se produjeron los dos aterrizajes exitosos en Marte del *Spirity* y el *Opportunity* en 2004, durante la oposición siguiente de *Júpiter* y Urano. (Una excepción fue el accidente de la lanzadera espacial *Columbia* sobre Texas en febrero de 2003, durante la oposición de Saturno y Plutón, a 3° de la posición exacta, un mes antes de la invasión de Irak por Estados Unidos; Júpiter y Urano se acercaban entonces a una nueva oposición, a 15° de la posición exacta.)

En algunos casos, Júpiter y Saturno se alinean con Urano, como durante el lanzamiento del *Hubble* en 1990, que en un primer momento no pudo suministrar imágenes claras debido a un defecto microscópico en el espejo principal del telescopio. Al mismo tiempo, Saturno se hallaba en una triple conjunción con Urano y Neptuno, coherente con el error técnico que dio como resultado unas imágenes irremediablemente borrosas y la abrumadora decepción de los astrónomos. El fallo fue reparado en diciembre de 1993 por los astronautas durante cinco dramáticos paseos espaciales precisamente cuando la conjunción de Urano y Neptuno llegaba al punto exacto. Después de esto comenzó a llegar un torrente de imágenes espectaculares y así continuó durante el resto de esa conjunción.

17. Un examen perspicaz de muchos fenómenos relevantes en esta categoría durante los años noventa se encuentra en Eric Davis, *TechGnosis: Myth, Magic, and Mysticism in the Age of Information*, Nueva York, Three Rivers, 1998, «una historia secreta de los impulsos místicos que continúan encendiendo y sosteniendo la obsesión del mundo occidental por la tecnología y en especial por sus tecnologías de la comunicación» (p. 2). En su introducción, Davis descri-

be el medio actual con metáforas muy gráficas, todas saturadas de motivos arquetípicos de la combinación entre Neptuno y Urano:

Aun cuando muchos de nosotros nos pasemos la vida en el ya universal californianismo, practicando *surf* sobre la corriente de datos, difícilmente podremos ignorar la inquietante, más profunda y poderosa resaca que tira por debajo de la espuma de nuestra vida y nuestro trabajo. Conocéis la escena. Las estructuras sociales de todo el mundo se están fundiendo y mutando, preparando el camino para una McAldea global, un cerebro gaiano y todo un gran caos. El emperador de la tecnociencia ha logrado el dominio, aunque sus ropajes se vuelven de un momento a otro más raídos y el otrora noble traje del Progreso apenas puede seguir ocultando ambiciones más oscuras. Del otro lado del globo, el feroz capitalismo de la posperestroika tira de la base del Estado-nación, mientras el planeta arroja señales y síntomas de agotamiento terminal. Las fronteras se disuelven y flotamos sin rumbo en las zonas de nadie entre la vida sintética y la orgánica, entre el medio real y el virtual, entre las comunidades locales y los flujos globales de bienes, información, trabajo y capital. Con píldoras que modifican la personalidad, máquinas que modifican los cuerpos, y placeres sintéticos y mentes en red que elaboran un sentido del yo más fluido e inventado, también mutan las fronteras de nuestra identidad. El horizonte se funde en un signo de interrogación infinito y, como los antiguos cartógrafos, vislumbramos enormes monstruosidades y utopías de ensueño allende los bordes de nuestros miserables mapas provisionales.

De este resumen de las consecuencias disolventes y desconcertantes de las nuevas tecnologías, Davis pasa de inmediato a los impulsos religiosos, míticos, místicos y esotéricos, temas no menos notables de la época:

Con independencia de todo lo secular que esta condición ultramoderna pueda parecer, la velocidad y la mutabilidad de los tiempos invocan una cierta cualidad sobrenatural que, al menos en parte, debe verse a través de las lentes del pensamiento religioso y el fantástico almacén de la imaginación arquetípica. En Estados Unidos, en cuyo seno de alta tecnología escribo conscientemente, el espíritu ha regresado decididamente, si es que pudiera decirse que alguna vez abandonara esta tierra frívola y con fiebre del oro, donde la mayor parte de la gente cree en el Señor y en la inminencia de su reino, y más de lo que el lector se imagina, cree en ovnis. Hoy Dios se ha convertido en uno de los modelos de portada favoritos de la revista *Time*, y un numerólogo musulmán negro puede encabezar la marcha más imaginativa en la capital de la nación desde que los *yippies* trataron de hacer que el Pentágono levitara. Los maestros de autoayuda y los consultores de empre-

sa promulgan terapias de la New Age, mientras distintas variedades de budismo científico o en tecnicolor se infiltran en la *intelligentsia* y la mitad de los invitados al programa Oprah se presentan con pins de ángeles en la ropa. El despertar del interés por la medicina alternativa trae prácticas espirituales no occidentales y *ad hoc*, mientras los ecologistas profundos reavivan el fuego del misticismo de la naturaleza que desde hace mucho tiempo se cuece lentamente en el alma norteamericana. Esta rica confusión es más evidente aún en nuestra impetuosa cultura popular, en la que las películas de ciencia-ficción, los medios digitales y las tribus urbanas están reconfigurando viejos arquetipos e imaginarios en el marco vivo del cómic. De *Expediente X* a juegos ocultistas de ordenador, de *Xena: la princesa guerrera* a los juegos de cartas de *Magic: The Gathering*, lo pagano y lo paranormal han colonizado las zonas crepusculares de los medios de comunicación populares.

Estas señales no sólo son evidencia de una cultura mediática que explota el crudo poder de lo irracional, sino también del hecho de que en todas las frecuencias del espectro socioeconómico hay personas que intentan alcanzar algunas de la herramientas de navegación más antiguas que conoce la humanidad: el ritual sagrado y la especulación metafísica, el régimen espiritual y el hechizo de lo natural. Ciertos consumidores espirituales superficiales encuentran en esto respuestas prefabricadas para las cuestiones espinosas de la vida; pero en muchos otros casos, la búsqueda de significado y conexión ha llevado a individuos y a comunidades enteras a construir marcos significativos de referencia para su vida, visiones del mundo que profundizan realmente su voluntad y capacidad de afrontar lo extraño de nuestros días. (pp. 1-2).

18. El éxtasis, que durante estos años de conjunción de Urano y Neptuno se convirtió en la droga psicotrópica más utilizada en Estados Unidos después de la marihuana, fue sintetizado por primera vez durante la oposición de Urano y Neptuno de 1912. Aunque, como el LSD y la marihuana, demostró en numerosos estudios tener valor terapéutico, su prohibición por el gobierno norteamericano restringió su uso con fines recreativos o rituales al submundo de la contracultura, a menudo a escala masiva.

Fue durante la conjunción anterior de Urano y Neptuno, la de 1821, cuando Thomas de Quincey inventó el discurso sobre el uso de drogas recreativas con la publicación de *Confesiones de un opiófago inglés*. Baudelaire, el siguiente escritor importante que describió los efectos del uso de drogas recreativas, nació en 1821 (el año de las *Confesiones* de De Quincey).

Es menester mencionar aquí la relación de experiencias místicas y unitivas con los cambios bioquímicos producidos por plantas alu-

cinógenas, sustancias psicotrópicas sintéticas o métodos somáticos específicos como la respiración especial o las prácticas dietarias. La enorme popularidad del uso del MDMA o éxtasis durante la conjunción de finales de los años ochenta y los noventa, la difusión por todo el mundo de rituales chamánicos indígenas que emplean plantas alucinógenas como la ayahuasca y diversos hongos, la ubicuidad sin precedentes del uso de las drogas psicotrópicas entre los jóvenes, la extensión de las prácticas de respiración transformadoras como la respiración holotrópica, la oleada de conferencias eruditas dedicadas a terapias psicodélicas y prácticas chamánicas y la popularidad de trabajos de autores como Terence McKenna y Huston Smith que explican esas experiencias, son características de este tema del complejo de Urano-Neptuno.

En lo que respecta a la secuencia diacrónica en este campo, hay que señalar que William James expuso por primera vez las implicaciones filosóficas y religiosas de esas prácticas en *Las variedades de la experiencia religiosa*, durante la oposición precedente de Urano y Neptuno, la de 1901, pero que sólo durante la cuadratura intermedia de los años cincuenta comenzó la investigación y la terapia psicodélica en gran escala y Aldous Huxley exploró el significado de las experiencias místicas químicamente provocadas en *Las puertas de la percepción*. Al subrayar la conexión especial entre lo químico y lo espiritual (dos categorías aparentemente distintas en el complejo arquetípico neptuniano), Huxley respondía a las críticas de las autoridades religiosas conservadoras a la validez espiritual de experiencias mediadas por sustancias tales como la psilocibina, la mescalina y el LSD:

> Dios, insistirán, es un espíritu y debe ser adorado en espíritu. En consecuencia, una experiencia condicionada químicamente no puede ser una experiencia de lo divino. Pero, de una u otra manera, todas nuestras experiencias están químicamente condicionadas, y si imaginamos que algunas de ellas son puramente «espirituales», puramente «intelectuales», puramente «estéticas», es simplemente porque nunca nos hemos tomado el trabajo de investigar el medio químico interno en el momento en que tienen lugar. Además, es un hecho histórico que la mayoría de las mentes contemplativas se han esforzado sistemáticamente para modificar su química corporal con vistas a la creación de condiciones internas favorables a la penetración espiritual. *(The Doors of Perception*, Nueva York, Harper Perennial, 1990, p. 155)

19. *Alicia en el país de las maravillas*, cuya multitud de temas y carácter general constituyen una expresión paradigmática del complejo arquetípico de Urano-Neptuno –cambios súbitos e inespera-

dos de la realidad, transgresiones fantásticas de la lógica convencional, síntesis del embaucador y la imaginación, ingesta de sustancias psicotrópicas– fue publicada por Lewis Carroll en 1865, durante la cuadratura de Urano y Neptuno de 1863-1874, lo mismo que *A través del espejo*, que lo fue en 1872. Lewis Carroll (Charles Dodgson) nació en las postrimerías de la conjunción anterior de Urano y Neptuno, con su Sol a mitad de camino entre Urano y Neptuno, en amplia conjunción triple. La adaptación cinematográfica de 1999 que se menciona en el texto, extraordinariamente creativa y de gran difusión, fue realizada para la televisión durante la conjunción más reciente de Urano y Neptuno, exactamente un ciclo después del nacimiento de Lewis Carroll. La versión anterior, que vieron también muchos espectadores, fue la de dibujos animados de Disney de 1951, producida en coincidencia con la cuadratura precedente de los mismos planetas.

20. Una continuidad y un cambio arquetípico similares entre las dos épocas puede percibirse en lo que respecta al propio chamanismo. Aunque, por ejemplo, los escritos de Carlos Castaneda que comenzaron a publicarse a finales de los años sesenta (*Las enseñanzas de Don Juan*, *Viaje a Ixtlán*, *Relatos de Poder*) ponían el acento en el logro de un extraordinario poder personal, como el del hechicero tradicional, y describían a su maestro don Juan como un *Übermensch* chamánico, el espíritu característico de los años noventa fue la participación sacramental en rituales chamánicos con empleo de medicinas sagradas, como la ayahuasca o diversos hongos, compartidas en grupos que formaban círculos sagrados, con el propósito de abrirse a estados de éxtasis religiosos y transformación psicoespiritual. Un número creciente de norteamericanos y europeos viajaron a Sudamérica y otras regiones con tribus indígenas para pasar por rituales de iniciación chamánica. Las Iglesias brasileñas, como la de Santo Daíme y la Uniao do Vegetal, con millares de miembros, combinan prácticas y símbolos cristianos y chamánicos, centrados en la ingesta ritual de ayahuasca como sacramento de la comunión. Tras su rápida expansión de la selva de Brasil a grandes ciudades como Río de Janeiro en los años ochenta, una década después las ceremonias con ayahuasca comenzaron a celebrarse en muchas ciudades europeas –Madrid, Barcelona, Ámsterdam, Munich, Fráncfort, Berlín– y en diversas regiones de los Estados Unidos de modo clandestino, hasta convertirse en una de las prácticas religiosas de crecimiento más rápido en el mundo a pesar de los intentos del gobierno norteamericano de eliminarla.

21. Un trabajo clave en la articulación del giro participativo en la filosofía y la psicología de la religión es el de Jorge Ferrer, *Es-*

piritualidad creativa. Una visión participativa de lo transpersonal, Barcelona, Kairós, 2003.

HACIA UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

1. Además de Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, véase especialmente Imre Lakatos y Alan Musgrave, comps., *La crítica y el desarrollo del conocimiento científico*. En el presente contexto, los problemas de investigación típicos incluyen el intento de «adaptar» un acontecimiento dado a un ciclo planetario particular con una manera demasiado simplista y cartesiana de entender la compleja interacción de ciclos múltiples; la evaluación prematura de los acontecimientos en cuestión, con estimación errónea de su carácter y significado más profundos, la medición de los alineamientos planetarios con órbitas demasiado estrechas y la comprensión deficiente del complejo arquetípico en cuestión.

2. Lo mismo que con cualquier acontecimiento futuro, no es descartable que una combinación de comprensión astrológica, observación empírica del contexto y empleo de alguna otra facultad intuitiva –de adivinación, de clarividencia o precognitiva– pudiera haber producido una predicción específica de actividad terrorista para ese día. Pero creo que el paradigma astrológico occidental contemporáneo, con independencia de cualquier contribución de una facultad adivinatoria intuitiva, se entiende mejor como arquetípico que como concretamente predictivo.

3. He observado esto a nivel personal mientras escribía este libro, cuya redacción final se produjo a muy buen ritmo durante este período de veinticuatro meses del alineamiento de Júpiter, Urano y Neptuno de 2002-2004, después de un período mucho más prolongado de investigación y reflexión que abarcó los veinte años de la conjunción de Urano y Neptuno.

4. En el curso de cada uno de los ciclos de quinientos años de Neptuno-Plutón, ambos planetas entran en un sextil (60°) y en un trígono (120°) inusualmente largos, de cien años aproximadamente. El ejemplo más reciente de tal trígono comenzó al final del siglo XVII y se prolongó durante casi todo el XVIII, el siglo central de la Ilustración, el Romanticismo y el surgimiento de las revoluciones democráticas. En el último capítulo he analizado el gran trígono de Urano, Neptuno y Plutón, mucho más corto, que tuvo lugar a finales de los años sesenta y los setenta del siglo XVIII (a unas tres cuartas partes del trayecto más largo del trígono de Neptuno y Plutón). El trígono de un siglo de duración de Neptuno y Plutón coincidió con una época marcada por la activación de esta combinación arque-

típica. En el contexto occidental, son pertinentes los impulsos intelectuales y culturales y la poderosa evolución del espíritu humano asociados al importante número de individuos destacados que tuvieron su apogeo, nacieron, o ambas cosas, durante este alineamiento: en música, por ejemplo, este período va de Bach y Händel a Mozart y Beethoven; en el surgimiento de la novela moderna, de Defoe y Richardson a Fielding, Sterne y Austen; en el desarrollo de la filosofía moderna, de Leibniz, Locke y Berkeley a Hume, Kant y Hegel. También podemos recordar a muchos otros pensadores de la Ilustración que han tenido una influencia perdurable, de Voltaire, Vico, Swift, Montesquieu y Diderot a Condorcet, Gibbon, Smith, Godwin y Wollstonecraft; los padres y madres fundadores de los Estados Unidos, de Franklin y Jefferson a los Adams y los Madison, y los principales románticos, de Rousseau, Herder, Goethe y Schiller a Blake, Wordsworth, Coleridge, de Staël, Novalis y Hölderlin.

El largo trígono de Neptuno y Plutón durante el ciclo anterior de quinientos años coincidió con el punto culminante de la Baja Edad Media y se mantuvo durante la mayor parte del siglo XIII, el siglo de la Catedral de Chartres, de Perceval y de Tristán e Isolda, de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, de Alberto Magno y Tomás de Aquino, así como del nacimiento de Dante y Meister Eckhart. El profundo cambio evolutivo en la relación entre espíritu y naturaleza asociado al complejo arquetípico de Neptuno-Plutón es claramente apreciable, por ejemplo, en la personalidad y la sensibilidad religiosa de Francisco de Asís, como lo es también en la filosofía de Tomás de Aquino.

Para el actual sextil de Neptuno y Plutón, una comparación general de la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta y la de Urano y Neptuno de los noventa debiera tener en cuenta que durante esos dos períodos Neptuno y Plutón se mantuvieron en sextil. En consecuencia, la conjunción de Urano y Plutón de los años sesenta estuvo siempre en aspecto confluyente con Neptuno y presentó con claridad la correspondiente confluencia arquetípica del arquetipo de Neptuno y el impulso prometeico-dionisíaco dominante de la época. Una prueba que hace pensar en esta confluencia es el penetrante idealismo de la contracultura de los años sesenta, así como su importante dimensión espiritual, esotérica y unitiva (Neptuno). El importante papel de la experiencia psicodélica en la formación y la inspiración de la sensibilidad emancipadora de esa época sugiere con fuerza semejante *Gestalt* arquetípica.

A la inversa, la conjunción de Urano y Neptuno de finales de los años ochenta y los noventa formó sextil con Plutón durante todo ese alineamiento. Se puede observar una correspondiente modifica-

ción plutónica del complejo dominante de Urano-Neptuno: por ejemplo, la evidente presencia de temas típicamente plutónicos, como el papel de la sexualidad, el poder político y cuestiones relativas a la evolución y la ecología en la plasmación de las diversas manifestaciones de la *Gestalt* de Urano-Neptuno que se estudian en el texto.

Si miramos al futuro lejano en busca de configuraciones multiplanetarias significativas, tenemos lo siguiente: la próxima conjunción triple de Júpiter, Urano y Plutón, como la que tuvo lugar en 1968-1969, se producirá dentro de cien años, en 2106-2107. La próxima conjunción triple de Urano, Neptuno y Plutón, como la que tuvo lugar en la época del Gran Despertar Axial del siglo VI a.C., se producirá durante el período de treinta años comprendido entre 3357 y 3387, en el milenio siguiente. En el año 3370, los tres planetas más lejanos estarán a menos de 2° del alineamiento exacto por primer vez desde la Era Axial.

FUENTES

LA TRANSFORMACIÓN DEL COSMOS

24: «*todo fue luz*»: Alexander Pope, *Epitaph: Intended for Sir Isaac Newton* (1730).

24: «*te des la forma que prefieras*»: Pico della Mirandola, «On the Dignity of Man» [*Discurso sobre la dignidad del hombre*] (1486), en E. Cassirer, P. O. Kristeller y J. H. Randall, Jr., comps., *The Renaissance Philosophy of Man*, Chicago, University of Chicago Press, 1948, pp. 224-225.

28: «*seis mil años un testigo*»: Johannes Kepler, *The Harmonies of the World* [*Las armonías del mundo*], V (1619), en *Dictionary of Scientific Biography*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1970, vol. 7, voz «Kepler, Johannes».

29: «*obtenidos con esfuerzo*»: Nicolás Copérnico, *De Revolutionibus Orbium Caelestium* (1543). Citado en Thomas S. Kuhn, T*he Copernican Revolution: Planetary Astronomy in the Development of Western Thought*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1957.

30: «*no a la Tierra*»: Martín Lutero, *Tischenrede* (1539), citado en Kuhn, p. 192.

30: «*por encima de la del Espíritu Santo*», Calvino, *Comentario sobre el génesis* (1554), citado en Kuhn, 192.

30: «*pueblos y montañas*»: Jean Bodin, *Universae Naturae Theatrum* (1597), citado en Kuhn, p. 190.

32: «*se adueñó de su credulidad*»: Galileo Galilei, *Dialogue Con-*

cerning the Two Chief World Systems-Ptolemaic and Copernican [*Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo*], Berkeley, University of California Press, 1967, p. 328.

38: «*en lo que negaban*»: John Stuart Mill, «Coleridge» (1840), en Gertrude Himmelfarb, comp., *Essays in Politics and Culture*, Nueva York, Doubleday, 1962, p. 136.

39: «*también es verdadera*»: Oscar Wilde, «The Truth of Masks» (1899), en Richard Ellman, comp., *The Artist as Critic: Critical Writings of Oscar Wilde*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 432.

49. «*desencantado*»: («el conocimiento o la creencia de que... en principio, es posible dominar todas las cosas mediante el cálculo»): Max Weber, «Science as a Vocation» (1919), *From Max Weber: Essays on Sociology*, Nueva York, Oxford University Press, 1946, p. 139.

50: «*definitivo e irreversible*»: Charles Taylor, *Hegel*, Cambridge, Cambridge University Press, 1975, pp. 8-9 y pp. 3-11.

57: «*con la realidad misma*»: Robert Bellah, «Between Religion and Social Science» (1969), en *Beyond Belief: Essays on Religion in a Post-Traditional World*, Nueva York, Harper & Row, 1970, Berkeley, University of California, 1991, p. 246.

59: «*curioso accidente*»: Bertrand Russell, *Religion and Science* (1935), Oxford, Oxford University Press, 1961, pp. 23 y 222

60: «*menos sentido parece tener*»: Steven Weinberg, *The First Three Minutes: A Modern View of the Origin of the Universe*, 1977, Nueva York, Basic Books, 1993, p. 154.

61: «*únicamente por casualidad*»: Jacques Monod, *Chance and Necessity: An Essay on the Natural Philosophy of Modern Biology* (1970), Nueva York, Knopf, 1971, p. 180.

62: «*somos extraños en el universo*»: Primo Levi, *Other People's Trades*, «The New Sky» (1959), Nueva York, Summit Books, 1989, p. 22.

67: «*jamás conocido hasta entonces*»: Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* [*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*] (1905), Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1958, p. 182.

68 «*constantemente la noche, y cada vez más noche*»: Friedrich Nietzsche, *La gaya ciencia* (1882), trad. de Charo Greco y Ger Groot, Madrid, Akal, 2001, § 125, p.161.

70: «*en el espacio vacío*»: Paul Feyerabend (1978), *Science in a Free Society*, Londres, Verso, 1982, p. 70.

EN BUSCA DE UN ORDEN MÁS PROFUNDO

79: «*realmente las dificultades*»; Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, Princeton, Princeton University Press, 1949, p. 17.

81: «*me aterra*»: Blaise Pascal, *Pensées* (escrito en 1659-1662, edición póstuma, 1670), Harmondsworth, GB, Penguin, 1995, p. 66: «*Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraie*».

81: «*la ley moral dentro de mí*»: Immanuel Kant, *Critique of Practical Reason* [*Crítica de la razón práctica*], Cambridge, GB, Cambridge University Press, 1997, p. 133.

81: «*el siglo psicológico*»: Peter Homans, «History of a Movement: From Jung to the Present» (ponencia presentada al History of Analytical Psychology Symposium, Tiburon, California, abril de 2002). Véase también, de este autor, *Jung in Context: Modernitty and the Making of a Psychology*, Chicago, University of Chicago Press, 1995 y *The Abiliy to Mourn: Disillusionment and the Social Origins of Psychoanalysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

86: «*preservar nuestra civilización*»: C. G. Jung, carta del 23 de septiembre de 1949 a Dorothy Thompson, *en C. G. Jung, Letters I*: 1906-1950, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1973, p. 537.

92: «*resultados satisfactorios*»: Jung, «On Synchronicity» (1951), *Collected Works of Carl Gustav Jung*, Bollingen Series XX, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1953-1979), vol. 8, § 982, pp. 525-526.

92: «*finalmente en marcha*»: Jung, *Synchronicity: An Accausal Connecting Principle* (1952), *Collected Works*, vol. 8, §§ 843, 845, pp. 438-439.

92: «*realizaron el acto*»: Esther Harding, en W. McGuire y R. F. C. Hull, comps., *C. G. Jung Speaking: Interviews and Encounters*, Bollingen Series, XCVII, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1977, pp. 182-183.

93: «*animum esse mirabile*»: James Hillman, *Re-Visioning Psychology*, Nueva York, Harper and Row, 1975, pp. 195-196.

93: «*lo mismo en su propio caso*»: Petrarca, «The Ascent of Mount

Ventoux. To Dioniso da Borgo San Sepolcro» (1336), en *Petrarch: The First Modern Scholar and Man of Letters*, Nueva York, Putnam, 1898, p. 317.

95: «*el libro debía publicarse*»: Henry Fierz, en F. Jensen comp., *C. G: Jung, Emma Jung and Toni Wolff, A Collection of Remembrances*, San Francisco, The Analytical Psychology Club of San Francisco, 1982, p. 21. Este caso también se explora en Robert Aziz, *C. G. Jung's Psychology of Religion and Synchronicity*, pp. 86-90.

99: «*la cualidad de ese momento*»: Jung, «Richard Wilhelm: In Memoriam» (1930), *Collected Works*, vol. 15, §§ 81-82, p. 56.

100: «*fuera del hombre*»: Jung, *Synchronicity*, §§ 942, pp. 501-502.

102: «*factores transconscientes, metapsíquicos*»: Jung, carta del 10 de julio de 1946, en *C. G. Jung, Letters I*: 1906-1950, p. 433, citado en Aziz, pp. 176-177.

103: «*experiencias particularmente turbadoras*»: Victor Mansfield, *Synchronicity, Science, and Soul-Making*, Chicago, Open Court, 1995. p. 1.

103: «*no sé dónde están*»: Marie-Louise von Franz, «Passions of the Soul», Ikon Television (Holanda), 1990, citado en Mansfield, p. 22.

106: «*algunas cosas extraordinarias...*»: Jung, carta a Freud del 12 de junio de 1911, en *C. G. Jung, Letters I*: 1906-1950, p. 24.

106: «*conocimiento psicológico de la antigüedad*»: Jung, «Richard Wilhelm: In Memoriam» (1930), Collected Works, vol. 15, § 81, p. 56.

A TRAVÉS DEL TELESCOPIO ARQUETÍPICO

127: «*está naciendo una nueva ciencia*»: Hans J. Eysenck y David Nias, *Astrology: Science or Superstition?*, Londres, Penguin, 1982, pp. 208-209.

130: «*Todo respira junto*»: Plotino, *Enéadas*, II, 3, 7, «¿Son causas los astros?» (c. 268), citado en Eugenio Garin, *Astrology in the Renaissance*, Londres, Arkana, 1983, p. 117.

134: «*una luz completamente nueva*»: W. K. C. Guthrie, *The Greek Philosophers: From Thales to Aristotle* (1950), Nueva York, Harper, Torchbook, 1960, pp. 10-11.

137: «*poderosa mitología*»: Ludwig Wittgenstein, en C. Barrett,

comp., *Lectures and Conversations on Aesthetics, Psychology and Religious Belief*, Oxford, Blackwell, 1970, p. 51, citado por Hillman en *Re-Visioning Psychology* [*Re-imaginar la psicología*], pp. 155, 249, donde propone una profunda alternativa psicológica al simple contraste de la Ilustración entre «mitología» y «explicación científica» implícito en Wittgenstein. Hillman sostiene que no sólo toda fantasía tiene su razón arquetípica, sino que toda razón tiene su fantasía arquetípica.

138: «*y la emoción del alma*»: Hillman, *Re-imaginar la psicología*, Madrid, Siruela, 44-45.

138: «*yo sólo puedo existir en ellas*»: Hillman, *óp. cit.*, p. 338.

138: «*uno u otro dios*»: Hillman, *óp. cit.*, p. 336.

140: «*ecuaciones algebraicas*»: Jung, «The Syzygy: Anima and Animus», 1948, en *Aion: Researches into the Phenomenology of the Self, Collected Works*, vol. 9, parte II, § 25, p. 13.

142: «*manifestación cultural humana*»: Joseph Campbell, *The Hero with a Thousand Faces*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1949, p. 3.

143: «*habla el mundo mismo*»: «The Psychology of the Child Archetype», 1940, en *The Archetypes and the Collective Unconscious, Collected Works*, vol. 9, parte i, § 291, p. 173 (la cursiva es del original). Jung se refiere al ensayo de Karl Kerényi, «The Primordial Child in Primordial Times».

144: «*imposible cualquier formulación unilateral*»: Jung, «Archetypes of the Collective Unconscious» (1934), *Collected Works*, vol. 9, parte 1, § 80, p. 38.

146: «*cambian constantemente de forma*»: Jung, «The Psychology of the Child Archetype», § 301, p. 179.

159: «*mundo exterior como un todo*»: Sigmund Freud, *Civilization and Its Discontents* [*El malestar en la cultura*] (1929), Nueva York, Norton, 1989, pp. 11-12. La expresión y la descripción del fenómeno aparecen en un carta que escribió a Freud su amigo Romain Rolland, quien tras la lectura de *El porvenir de una ilusión* se preguntó si el sentimiento oceánico de una conexión subyacente con el universo, que observaba en él mismo y en otros, no era la verdadera fuente de las necesidades religiosas de la humanidad.

170: «*armonía de los aspectos celestes*»: Kepler, *On the More Certain Fundamentals of Astrology* [*Sobre los fundamentos más seguros*

de la astrología] (1602), en *Kepler's Astrology: Excerpts*, p. 13.

173: «*en última instancia, de toda la existencia*», David Bohm y David Peat, *Science, Order, and Creativity*, Nueva York, Bantam, 1987, p. 134.

174: «*actuales maneras de pensar*»: Bohm y Peat, pp. 133, 136.

180: «*en la vida de una persona*»: Freud, *The Interpretation of Dreams* [*La interpretación de los sueños*], prefacio a la tercera edición inglesa, en *The Basic Writings of Sigmund Freud*, Nueva York, Modern Library, 1938, p. 181.

180: «*reveló el secreto de los sueños*»: Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, 3 vols., Nueva York, Basic Books, 1953-1957, vol. 1, pp. 323 y 354.

180: «*una gallina con un halcón*»: Jones, *Freud*, p. 242.

181: «*tanto desde el punto de vista intelectual como emocional*»: Jones, *Freud*, p. 351.

181: «*del trabajo de toda una vida*»: Jung, *Memories, Dreams, Reflections* [*Recuerdos, sueños, pensamientos*], Nueva York, Vintage, 1965, p. 199.

182: «*su propio cielo o infierno*»: Betty Friedan, *The Feminine Mystique* [*La mística femenina*], Prefacio, julio de 1962, 1° ed. de 1963, Nueva York, Norton, 2001, p. 12.

187: «*umbral de la madurez intelectual*»: D. T. Whiteside, citado en Dictionary of Scientific Biography, vol. 10, p. 48.

187: «*a partir de entonces*»: Isaac Newton, citado en *Dictionary of Scientific Biography*, vol. 10, p. 50.

192: «*nuestro trabajo continuado*»: Gertrude Stein, Fernhurst, (1904-1905), en Fernhurst, Q. E. D. and Other Early Writings, Nueva York, Norton, 1971, pp. 29-30, citado en Stephen Arroyo, *Astrology, Karma, and Transformation*, Davis, Calif., CRCS Publications, 1978, p. 84.

193: «*de mi juventud han quedado atrás*», Tennessee Williams, «Amore Perdida», *Michigan Quarterly Review*, 42, verano de 2003, p 545. «La antigua vida parecía superada. La nueva aún no había comenzado. Era un tiempo intermedio.»

197: «*sólo son hábitos más arraigados*»: W. J. Earle, que resume la filosofía de la naturaleza de James como resultado de sus intuiciones psicológicas primarias, en «William James», *Encylopedia of Philosophy*, Nueva York, Macmillan, 1967, vol. 4, p. 248.

203: «*antes de los veintiocho años*»: Arthur Schopenhauer, «Of

Women», *Parerga and Paralipomena* (1851), Nueva York, A. L. Burt, s. f., p. 436.

203: «*lentamente llega a la madurez*»: Schopenhauer, *Parerga and Paralipomena: Short Philosophical Essays* (1851), vol. 2, Oxford, Oxford University Press, 1974, p. 615.

204: «*Cambio, pero no puedo morir*»: Percy Bysshe Shelley, «The Cloud» [«La nube»] (1819), en A. Allison y otros, *The Norton Anthology of Poetry*, Nueva York, Norton, 1975, p. 672.

213: «*diferenciación sin diferencia*»: N. J. Findlay, «The Logical Peculiarities of Neoplatonism», en T*he Structure of Being: A Neoplatonic Approach*, Albany, N. Y., State University of New York, 1982, p. 1.

217: «*las ideas y la cultura*»: James Hillman, «Why "Archetypal" Psychology?», en *Loose Ends*, Zurich, Spring Publications, 1975, p. 139.

ÉPOCAS DE REVOLUCIÓN

230: «*insultaré a todos sus siervos*»: Mick Jagger y Keith Richards, «Street Fighting Man», del álbum *Beggar's Banquet*, 1968.

233: «*dominante de la comunidad humana*»: William H. McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago, University of Chicago Press, 1963, pp. 726-727.

238: «*sino sobre sí mismas*»: Mary Wollstonecraft, *A Vindication of the Rights of Woman*, 1792, Nueva York, Oxford University Press, 1990, p. 45.

239: «*tan admirable es ser mujer como ser hombre*»: Walt Whitman, «Canto de mí mismo», en *Hojas de hierba*, trad. Francisco Alexander, Barcelona, Tesys, 1986, p. 137.

245: «*¡somos libres al fin!*»: Martin Luther King, Jr., Discurso pronunciado en la Marcha sobre Washington, el 28 de agosto de 1963.

249: «*el mundo trastornado*»: Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas during the English Revolution*, Nueva York, Viking, 1972.

249: «*cómo pensaban los hombres antes de ella*»: Christopher Hill, *The Century of Revolution*, Londres, Sphere Books, 1972, pp. 165 y ss.

250: «*estaba en el aire por doquier*»: Orest Ranum, «The Age of

Revolution», en *Columbia History of the World*, Nueva York, Harper & Row, 1972, p. 730.

253: «*vuelo libre, controlado e ininterrumpido*»: John Noble Wilford, «How the Wright Brothers Did What No One Else Could», *New York Times*, 9 de diciembre de 2003.

257: «*en los años 1794-1795*»: Charles Darwin, *The Origin of Species*, 1st edition with An Historical Sketch (1859), Nueva York, Avenel, 1979, p. 55.

259: «*segunda revolución darwiniana*»: I. Bernard Cohen, *Revolution in Science*, Cambridge, Harvard University Press, 1985, p. 297.

269: «*Exuberancia es belleza*»: William Blake, «El matrimonio del Cielo y el Infierno» (1793), en William Blake, *Antología bilingüe*, trad. Enrique Caracciolo Trejo, Madrid, Alianza, 2005, pp. 133-145.

272: «*y los principios sociales relacionado*s»: Jacques Barzun, «Society and Politics», en *Columbia History of the World*, p. 699.

274: «*en la historia de la vida*»: Max Eastman, citado en Robert Gottlieb, recensión de *Isadora: A Sensational Life*, de Peter Kurth, New York Times Book Review, 30 de diciembre, 2001.

278: «*Dadme el diluvio de mis pasiones*»: Walt Whitman, *Hojas de hierba* (1855), pp. 186, 83, 115, 199, 201 y 209.

280: «*no haber sido yo quien creó aquello*»: carta de Mahler a su amiga y colega, la soprano Anna Bahr-Mildenburg, 18 de julio de 1896, citada en Edward Downes, *Guide to Symphonic Music*, Nueva York, Walker, 1976, pp. 535-536.

282: «*en las ciencias geológicas en este siglo*»: William Glen, *The Road to Jaramillo: Critical Years of the Revolution in Earth Science*, Stanford, Stanford University Press, 1982, p. 271, citado en Cohen, *Revolution in Science*, p. 463.

283: «*está la preservación del mundo*»: Henry David Thoreau, de su ensayo «Walking», inicialmente una conferencia, «The Wild», que pronunció en el Concord Lyceum el 23 de abril de 1851 y repitió muchas veces durante la década entera, hasta que la convirtió en un ensayo que apareció en 1862 como edición póstuma en *Atlantic Monthly*.

289: «*la noción de que el hombre tiene un cuerpo distinto de su alma será abolida*»: Blake, «El matrimonio del Cielo y el Infierno», *óp. cit*, pp. 131-149.

301: «*creyendo que hace buen tiempo*» Jung, «Wotan» (1936), en *Civilization in Transition, Collected Works*, vol. 10, § 375, p. 182, § 389, p. 186.

301: «*por medio de la "trasmutación" nuclear*»: Leo Szilard, 1934, citado en Nuclear Age Timeline, Nuclearfiles.org: A Project of the Nuclear Age Peace Foundation, http:// www.nuclearfiles.org/hitimeline/1930s.html.

301: «*haría humo de este viejo mundo*»: Ernest Rutherford, citado en R. W. Clark, *Einstein: The Life and Times*, Nueva York, Avon, 1971, p. 661.

305: «*el cetro a los tiranos*»: Anne-Robert-Jacques Turgot, citado en *Encyclopaedia Britannica*, 15ª ed., voz «Franklin, Benjamin».

306: «*con el Discurso del Método*»: Jules Michelet, citado en Paul Schrecker, «Revolution as a Problem in the Philosophy of History», *Nomos*, 1967, 8:34-53.

CICLOS DE CRISIS Y CONTRACCIONES

348: «*valores de disciplina y contención*»: Margareth Thatcher, citado en Arthur Marwick, «How We Taught the World to Swing», *The Sunday Times Magazine*, Londres, 30 de mayo de 2004.

358: «*guerra de fundamentalismos opuestos*»: John Mack, «Considering the Current Crisis», Conferencia de la International Transpersonal Association, Palm Springs, California, junio de 2004.

362: «*la bomba de su ardiente corazón*»: Herman Melville, *Moby Dick*, trad. Enrique Pezzoni, Barcelona, Debolsillo, 2006, p. 247.

362: «*porque me han dado órdenes*»: Melville, *Moby Dick*, p. 663.

364: «*furia y sed de venganza*»: Owen Chase, *The Wreck of the Whaleship Essex*, Nueva York, Harcourt Brace, 1999, p. 12.

364: «*la verdadera magnitud del naufragio*»: Herman Melville, citado en el epílogo de Chase, *The Wreck of the Whaleship Essex*, p. 100.

365: «*hay que elegir un gran tema*»: Melville, *Moby Dick*, pp. 550-551.

366: «*está siempre oculto un significado*»: Meville, *óp. cit.*, p. 522.

372: «*con obras misioneras*»: Henry Kissinger, testimonio ante la comisión del Congreso norteamericano, 1975, citado en *The Observer*, 12 de agosto de 2001.

372: «*del calendario de la filosofía*»: Karl Marx, tesis doctoral (1841),

citado en *Encyclopaedia Britannica*, 15ª ed., voz «Marx, Karl».

386: «*las almas que esos demonios atormentan*»: Arthur Schopenhauer, «The Christian System» (1851), en *Religión: A Dialogue and Other Essays*, Nueva York, Macmillan, 1891, pp. 105-117.

389: «*mientras no lo controlemos*»: United States Air Force Space Command, *Strategic Master Plan FY04 and Beyond*, Peterson AFB, Colorado, 5 de noviembre de 2002, pp. 4-5.

389: «*no son otra cosa que tiburones dominados*»: Melville, *Moby Dick*, p. 375.

393: «*jamás podrán liberarse de ese conocimiento*»: J. Robert Oppenheimer, «Physics in the Contemporary World», *Bulletin of the Atomic Scientists* IV, 3, marzo de 1948, p. 66.

396: «*para satisfacer sus concupiscencias*»: San Pablo, Carta a los Romanos, 13:13-14, Biblia de Jerusalén.

396: «*todas las tinieblas de mis dudas*»: Agustín, *Confesiones*, VIII, traducción de *Eugenio Cevallos*, Colección Austral, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, p. 172.

399: «*ni ampliación del horizonte espiritual*»: Jung, «After the Catastrophe» (1945), en *Civilization in Transition, Collected Works*, vol.10, § 240, pp. 215-216.

400: «*de la que depende el mundo*»: Jung, «The Undiscovered Self» (1957), *Collected Works*, vol. 10, §§ 587-588.

404: «*quiere el dios en el hombre estar aconsejado*»: Rainer Maria Rilke, «Pues el alado arrobo te llevaba» (1924), *Nueva antología poética*, trad. de Jaime Ferreiro Alemparte, Pozuelo de Alarcón (Madrid), Espasa Calpe, Colección Austral, 2005, p. 373.

410: «*el soplo de la cólera de la divinidad*»: James Joyce, *Retrato del artista adolescente*, trad. Dámaso Alonso, Madrid, Alianza Editorial, 2004, pp. 135-139.

413: «*tribunal sumario en sesión permanente*»: Franz Kafka, citado a partir de sus cuadernos de notas, Nueva York, Random House, 1952, p. x.

414: «*que el arte imita a la vida*»: Oscar Wilde, «The Decay of Lying» [«La decadencia de la mentira»] (1885), en Richard Ellman, comp., *Chief Modern Poets of England and America*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 307.

415: «*nuestro mundo yace estupefacto*»: W. H. Auden, «1 de septiembre de 1939», en W. H. Auden, *Canción de cuna y otros poemas*, trad. Eduardo Iriarte, Barcelona, Lumen, 2006. p. 171.

416: «*que se haya escrito jamás sobre el tema*»: Edmund Dene Morel, fundador de la Congo Reform Association, citado en J. Zwick, comp., *Reforming de Heart of Darkness: The Congo Reform Movement in England and the United States*, www. boondocksnet.com/congo/congo_heart.

418: «*nuestro país, querido pero culpable*»: tomado de A. Carroll, comp., *Letters of a Nation*, Nueva York, Kodansha International, 1997, pp. 103-104.

425: «*Ahora sólo me resta la absoluta humildad*»: Oscar Wilde: *Epistola: In Carcere et Vinculis* («*De Profundis*») (escrito en 1897, primera edición póstuma, de 1905), trad. Emilio Pacheco, Barcelona, Seix Barral, 1981, pp. 103-105.

429: «*ampárame ahora y siempre con tu ayuda*»: Joyce, *Retrato del artista adolescente*, ed. cit., p. 293.

430: «*la función que se nos ha asignado*»: Thomas Berry, *The Great Work: Our Way into de Future*, Nueva York, Bell Tower, 1999, pp. 1, 3 y 7.

431: «*gigantescos en el Atlántico Norte*»: Williams Rives Pitt, «Of Gods and Mortals and Empire», *Truthout*, Perspective, 21 de febrero de 2003, http://truthout.org/ docs_02/022203A.htm. («Era como el choque de dos icebergs gigantescos en el Atlántico Norte, pero para oírlo había que tener el tipo de oído idóneo...»)

CICLOS DE CREATIVIDAD Y EXPANSIÓN

443: «*de toda una generación de físicos*»: Niels Bohr, «Discussions with Einstein on Epistemological Problems in Atomic Physics» (1949), en www.metareligion. com/Physics/Quantum_physics/ discussions_with_einstein.htm.

452: «*de tecnología informática de todos los tiempos*»: John Markoff, *What the Dormouse Said: How the 60s Counterculture Shaped the Personal Computer Industry*, Nueva York, Viking, 2005, p. 149.

453: «*que se haya tomado nunca*», Galen Rowell, fotógrafo de *US Nature*, http://www.abc.net.au/science/mooon/earthrise.htm.

458: «*desde que Newton enunció sus principios*»: Clark, *Einstein: The Life and Times*, pp. 289-290.

460: «*para nuevos conocimientos*»: Benjamin Franklin a Sir Joseph Banks, carta del 27 de julio de 1783, en F. Kermode y A. Kermode, comps., *Oxford Book of Letters*, Oxford, Oxford University

Press, 1995, p. 156.

461: «*tan difícil ni tan caro de conseguir*»: John F. Kennedy, 25 de mayo de 1961, «Special Message to the Congress on Urgent National Needs», John F. Kennedy Library and Museum, http://www.cs.umb.edu/jfk-library/j052561. htm.

472: «*un titán en lucha con los dioses*»: Richard Wagner, citado en Milton Cross y David Ewen, *Encyclopedia of the Great Composers and Their Music*: 1962, vol. 1, p. 45.

473: «*La coincidencia de fechas es sorprendente*»: *The New Grove Dictionary of Music and Musicians*, Londres, Macmillan, 1980, vol. 20, p. 123

489: «*en la cumbre de un monte de Darién*»: John Keats, «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», en John Keats, *Odas y sonetos*, trad. Alejandro Valero, Madrid, Hiperión, 188, p. 51.

491: «*no vivimos sino de nosotros mismos*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, trad. Ovejero y Maury, Buenos Aires, Aguilar, 1951, p. 155.

501: «*huyendo de los cuartos llenos de polvo*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 130.

502: «*O bien, hermanos, se dirá...*»: Nietzsche, *Aurora, Meditaciones sobre los prejuicios morales*, trad. Pedro González Blanco, Palma de Mallorca, Juan J. de Olañeta Editor, 2003, § 575, p. 270.

502: «*un oficial asaltando las barricadas*»: Nietzsche, citado en la introducción a Lou Salomé, *Nietzsche*, Urbana, III, University of Illinois Press, 2001, p. xxxiv.

502: «*se requieren por ahora muchos hombres precursores, valientes...*»: Nietzsche, *La gaya ciencia*, trad. Charo Greco y Ger Groot, Madrid, Akal, 2001, § 283, p. 208.

503: «*todos los instintos son sagrados*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*.

504: «*es mi voluntad*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 118.

504: «*yo soy* lo que siempre debe superarse a sí mismo»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 120.

504: «*engendrar una estrella danzarina*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 28.

504: «*y con vosotros mismos!*»: Nietzsche, *La gaya ciencia*, § 283, p. 208.

504: «es donde hay resurrecciones»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 118.

505 «*¡Sé lo que eres!*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 239.
506: «*conozco ambas cosas, las soy yo mismo*»: Nietzsche, *Ecce homo*, trad. Ovejero y Maury, Buenos Aires, Aguilar, 1967, p. 660.
506: «*no sabe obedecerse a sí mismo*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 119.
507: «*de la fría soledad del éter*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 70.
507: «*cae constantemente la noche, y cada vez más noche?*»: Nietzsche, *La gaya ciencia*, § 125, p. 161.
509: «*absolutamente frescos y alegres*»: Nietzsche, citado en la introducción de Hollingdale a la edición de Penguin de *Thus Spoke Zarathustra*, p. 22.
509: «*ésta es también la mía*»: Nietzsche, *Ecce Homo*, p. 660.
510: «*bajo la disciplina del gran sufrimiento*»: Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, trad. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 171-172.
511: «*¿cómo pretender renovar tu ser?*»: Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p. 71.
511: «*el espíritu de la pesantez*»: *óp. cit.*, p. 50.
511: «*una santa afirmación*: *óp. cit.* p., 38.
511: «*ahora baila un dios en mí*»: *óp. cit.*, pp. 50-51.
511: «*jugando con el aguijón de la libertad*», *óp. cit.*, p. 198.
512: «*¡Resérvame para una gran victoria!*»: *óp. cit.*, pp. 216-217.
512: «*Así habló Zaratustra*»: *óp. cit.*, p. 53.
515: «*el campo científico al que pertenecen*»: Thomas Bell, 24 de mayo de 1859, citado en M. White y J. Gribbin: *Darwin: A Life in Science*, Nueva York, Dutton, 1995, p. 210.

DESPERTARES DEL ESPÍRITU Y EL ALMA

532: «*la espiritualidad del universo*»: Rudolf Steiner, carta a la Anthroposophical Society, 17 de febrero de 1924, en *The Essential Steiner: Basic Writings of Rudolf Steiner*, San Francisco, Harper y Row, 1984, p. 415.
532: «*y tocamos con las manos*»: Rudolf Steiner, *Knowledge of the Higher Worlds and Its Attainment* (1904), Nueva York, Anthroposophic Press, 1947, p. 1.
532: «*sino pura mercancía*»: Isadora Duncan, citado en Gottlieb, *New York Times Book Review*, 30 de diciembre de 2001.

538: «*el significado de lo que exponían los libros*»: Hildegard von Bingen, citado en Sabina Flanagan, *Hildegard of Bingen, 1098-1178: A Visionary Life*, Londres, Routledge, 1989, p. 4.

539: «*La autoridad es la fuente de prueba más débil*»: Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, Notre Dame, Indiana, Christian Classics, 1981, vol. 1, qu. 1., art. 8, obj. 2.

540: «*único en el amor*»: *Meister Eckhart: A Modern Translation*, Nueva York, Harper & Row, 1941, p. 206.

540: «*como actividad y como poder*»: F. Pfeiffer, comp., *Meister Eckhart*, Londres, Watkins, 1947, vol. 1, «Sermons and Collations», nº 2, pp. 9-10.

541: «*fueron y son dotados solamente*»: Dante Alighieri, *La divina comedia*, traducción de Luis Martínez de Merlo, *Paraíso*, canto V, Madrid, Cátedra, en http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/dante/da.htm.

541: «*no está en mis ojos sólo el Paraíso*»: Dante, *óp. cit.*, *Paraíso*, canto XVIII.

542: «*y siempre de mirar sentía anhelo*»: Dante, *óp. cit.*, *Paraíso*, canto XXXIII.

542. «*Amor que mueve el sol y las estrellas*»: Dante, *óp. cit.*, *Paraíso*, canto XXXIII.

544: «*desde los tiempos de los Apóstoles*»: John Knox, 1556, citado en «The Reformation: doctrine, *The Columbia History of the World*, p. 529.

548: «*solemne festival de conocimiento*»: Rudolf Steiner, *An autobiography*, Blauvelt, Nueva York, Rudolf Steiner Publications, 1977, p. 319.

553: «*testamento filosófico del siglo XVIII*»: K. M. Baker, «Marquis de Condorcet», en *The Encyclopedia of Philosophy*, Nueva York, MacMillan, 1967, vol. 2, p. 184.

554: «*ha adornado con los goces más puros*»: Marqués de Condorcet, *Esquisse* (1793), citado en Taylor, *Sources of the Self*, p. 354.

557: «*que manan de la muerte a través de la vida*»: Percy Bysshe Shelley, *Defense of Poetry* [*Defensa de la poesía*], citado en Taylor, *Sources of the Self*, p. 581.

558: «*en la cumbre de un monte de Darién*»: John Keats, «Al leer por vez primera el Homero de Chapman», en John Keats, *Odas y sonetos*, trad. Alejandro Valero, Madrid, Hiperión, p. 51.

560: «*perder la confianza en mi vista*»: Tycho Brahe, *Progymnasata*,

citado en Timothy Ferris, *Coming of Age in the Milky Way*, Nueva York, Anchor Books, 1989, p. 71.

561: «*en relación con el libro de la naturaleza*»: Kepler, carta a Johann Herwart, 16 de marzo de 1598, J. B. Ross y M. M. NcLaughlin, comps., *The Portable Renaissance Reader*, Nueva York, Penguin, 1977, p. 603.

561: «*Copérnico oficia ante el gran altar*»: Kepler, carta a Johann Herwart, *The Portable Renaissance Reader*, p. 604.

562: «*si perseveraba hasta el final*»: J. M: Keynes, «Newton the Man», *The Royal Society Newton Tercentenary Celebrations 15-19 July 1946*, Londres, Royal Society, 1947, Nueva York, Basic Books, 1966, p. 96.

563: «*el mago de un ritual gnóstico, hermético*»: Ted Hughes, *Shakespeare and the Goddess of Complete Being*, Londres, Faber and Faber, 1992, p. 331.

565: «*lo hará en la persona de Shakespeare...*»: Melville, carta a Evert Duyckinck, 24 de febrero de 1849, en J. Leyda, comp., *The Melville Log: A Documentary Life of Herman Melville, 1819-1891*, Nueva York, Gordian, 1969, pp. 288-289.

570: «*no admitía la menor posibilidad de duda*»: Fyodor Dostoievski, *El idiota*, (1868), trad. Sergio Zaitsev y Juan G. de Luaces, Barcelona, Iberia, 1972, pp. 263-264.

570: «*lo sentía en cada fibra de mi ser*»: Dostoievski, tal como lo presentan Nikolai Strajov, *Biografiya*, y Sofya Kovalevskaya, *Memoirs*, citado en Joseph Frank, *Dostoievski: The Years of Ordeal*, 1850-1859, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1990, pp. 196-197.

576: «*se nos aparece radiante*»: James Joyce, *Stephen Hero*, citado en William Rose Benét, *The Reader's Encyclopedia*, Nueva York, Crowell, 1965, voz «epiphany», p. 318.

578: «*como nunca la había tenido*»: Martin Luther King, Jr., esta cita y la anterior de King están tomadas de la introducción a Clayborne Carson y otros, comps., *The Papers of Martín Luther King, Jr., Volume III; Birth of a New Age* (Dec.1955-Dec. 1956), Berkeley, University of California, 1997.

580: «*resultaba casi palpable*»: Alice Coltrane, citado en J. C. Thomas, *Chasin' the Trane: The Music and Mystique of John Coltrane*, Nueva York, Doubleday, 1975, p. 126.

582: «*una nueva era en religión y en filosofía*»: William James, *A plu-*

ralistic Universe [*Un universo plural*], en *The Works of William James*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977, p. 142.

585: «*otorga a sus experiencias*»: William James, *The Varieties of Religious Experience* [*Las variedades de la experiencia religiosa*] (1902), Nueva York, Simon & Schuster, 1997, p. 300.

585: «*sentido de autoridad para el futuro*»: James, *The Varieties*, p. 300.

585: «*de las horas de sobriedad*»: *óp. cit.*, p. 304.

586: «*la tuviera cogida y bajo su dominio*»: *óp. cit.*, p. 300.

586: «*metiéndose en las venas de la ciencia de amor...*», san Juan de la Cruz, «Noche oscura», en *Vida y obras de San Juan de la Cruz*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1964, pp. 559-600.

586: «*la experta entre expertos en describir esas condiciones*»: James, *óp. cit.*, p. 321.

587: «*el entendimiento no lo debe alcanzar*»: Teresa de Ávila, *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, edición digital basada en la de Madrid, Imp. Lit. de D. Nicolás de Castro Palomino, 1851, LX, 7.

587: «*no diría yo que es unión de toda el alma con Dios*»: Teresa de Ávila, *Las Moradas*, Morada 5ª, cap. 1, 9-11, edición digital basada en la 3ª ed., Argentina, Espasa-Calpe, 1943.

587: «*Tengo para mí se remediaría todo*»: Teresa de Ávila, *Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, ed. citada, XX, 17.

588: «*Y que el amor es el sostén de la creación...*»: Walt Whitman, *Hojas de hierba*, ed. cit., pp. 117-118.

588: «*el mero optimismo sólo explica la superficie*»: Whitman, *Specimen Days and Collect* (1882), citado en James, Varieties, p. 311.

589: «*Tú también estás entre los vencedores*»: Malwida von Meysenbug, *Memorien einer Idealistin* (la primera edición tuvo lugar en 1868, durante la cuadratura de Urano y Neptuno), citado en James, *Varieties*, p. 311. Fue en la casa de Malwida, en Roma, donde Nietzsche conoció a Lou Salomé.

589: «*repentina comprensión de la presencia inmediata de Dios*»: James, *Varieties*, p. 389.

589: «*esta marea que lo inundaba*»: R. W. Trine, *In Tune with the Infinite* (1899), p. 137, citado en James, *Varieties*, p. 309.

590: «*nuestras cuentas con la realidad*»: James, *Varieties*, p. 305.

590: «*Quienes tienen oídos para oír, que oigan*»: James, *Varieties*, pp. 305-306.

597: «*No falta –me parece– mucho para estar muerta*». Safo, «La pasión», en Safo. *Poemas y testimonios*, edición de Aurora Luque, Barcelona, Acantilado, 2004, p. 29.

606. «La realidad no es lo que acostumbraba a ser»: Walter Truett. *Reality Isn't What It Used to Be: Theatrical Politics, Ready-to-Wear Religion, Global Myths, Primitive Chic, and Other Wonders of the Postmodern World*, Nueva York, Harper Collins, 1990.

608: «*ríos de alemanes lo atravesaban llorando y gritando de alegría*»: Marcus Eliason, Associated Press, «Ten Years Later, Iron Curtain Is Vanished, Unmourned But Not Forgotten», *Turkish Daily News*, 23 de octubre de 1999.

610: «*una distancia de cien años luz*»: Brian Geene, *The Fabric of the Cosmos: Space, Time, and the Texture of Reality*, Londres, Penguin, 2004, p. 352.

611: «*que se haya construido jamás en astronomía*»: Sandra Faber, University of California at Santa Cruz, citado en *New York Times*, 27 de julio de 2003.

612: «*sensibilidad para el organismo*»: Evelyn Fox Keller, A Feeling for the Organism: The Life and Work of Barbara McClintock, 10th Anniversary Edition, Nueva York, Times Books, 1984, p. 101.

636: «*que había tenido anteriormente la religión organizada*»: entrevista con Ray Castle, «teólogo del trance», citado en Graham St. John, comp., *Rave Ascension: Youth, Techno Culture and Religión* (en prensa).

648: «*vasta ecología o estética de interacción cósmica*»: Gregory Bateson, *Steps to an Ecology of Mind*, Nueva York, Ballantine, 1972, p. 306.

648: «*sensibilidad a las pautas que conectan*»: Gregory Bateson, *Mind and Nature: A Necessary Unity*, Nueva York, Dutton, 1979, p. 8.

649: «*Segundo Período Axial*»: Ewert H. Cousins, *Christ of the 21st Century*, Rockport, Mass., Element Press, 1992, p. 7.

HACIA UN NUEVO CIELO Y UNA NUEVA TIERRA

657: «*inteligencias múltiples*»: Howard Gardner, *Frames of Mind: The Theory of Multiple Intelligences*, Nueva York, Basic Books,

1993.

679: «*Tal vez la alienación no haya estado nunca tan extendida*»: Salman Rushdie, *New York Times Book Review*, 17 de abril de 2005.

683: «*las grietas estrechas de su caverna*», William Blake, «El matrimonio del Cielo y el Infierno» (1793), *Antología bilingüe*, trad. Enrique Caracciolo Trejo, Madrid, Alianza Editorial, 2005, pp. 149-151.

684: «*y del sueño de Newton*»: Blake, carta a Thomas Butts, 22 de noviembre de 1802, en *The Poetry and Prose of William Blake*, Nueva York, Doubleday, 1970, p. 693.

684, «*siento las cadenas que nuestra mente ha forjado*», Blake, «Cantos de experiencia» (1794), *Antología bilingüe*, p. 97.

684: «*su Poesía, su Pintura y su Música!*»: Blake, *Jerusalén* (1804), trad. de Xavier Campos Vilanova, Castelló de la Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I, 1997, p. 59.

684: «*La Guerra se enseñoreó de los pueblos*»: Blake (1820), «El grupo Laoconte», en *Poemas proféticos y prosas*, trad. Cristóbal Serra, Barcelona, Barral, 1971.

696: «*resulta ser una solución estética*»: Jeannette Winterson, *Gut Symmetries*, Nueva York, Alfred Knopf, 1997, pp. 99-100.

701: «*Fuentes del orden del mundo*»: Platón, *Las leyes*, XII, 967, *The Collected Dialogues*, Princeton, N.J., Princeton University Press, 1965, p. 1512.

EPÍLOGO

706: «*las realidades científicas de la vigilia*»: Sir James George Frazer, *The Golden Bough* [*La rama dorada*] (1911-1915), Nueva York, Touchstone, 1996, pp. 825-826.

706: «*conocer el lugar por vez primera*»: T. S. Eliot, «Little Gidding», *Cuatro Cuartetos* (1943), en T. S. Eliot, *La tierra baldía*, *Cuatro Cuartetos y otros poemas*, trad. Juan Malpartida y Jordi Doce, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001, p. 203.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Abbey, Edward, 455
Adams, Abigail, 195
Adams, John, 449
Addams, Jane, 236
Addey, John, 724
Adler, Alfred, 277
Agrippa de Nettesheim, 546
Agustín, 53, 82, 95-96, 196, 383, 387, 397-402, 431, 665
Alberti, Leon Battista, 545
Alberto Magno, 110
Alpert, Richard, 456
Altman, Robert, 680
Allen, Woody, 485
Allman, hermanos, 487
Anaximandro, 594, 596-597
Anderson, Lindsay, 485
Anthony, Susan B., 234, 241-242, 299
Antonioni, Michelangelo, 485
Aquino, Tomás de, 110, 540-542
Ardrey, Robert, 284, 632
Aristarco, 31-32, 112
Aristóteles, 110, 137
Armstrong, Louis, 302, 486

Armstrong, Neil, 489
Arroyo, Stephen, 113
Auden, W. H., 323, 416, 483
Aurobindo, Sri, 537
Austen, Jane, 483

Babe Ruth, 489
Babeuf, François-Noël, 249
Bach, Johann Sebastian, 476, 639
Bacon, Francis, 48, 68, 84, 258, 287, 553, 557
Bakunin, Michael, 234, 250
Balboa, Vasco Núñez de, 491, 495
Barber, Samuel, 686
Barfield, Owen, 581
Barrow, John, 631
Barzun, Jacques, 274
Bateson, Gregory, 261, 578, 650
Bateson, William, 261, 471, 635
Baudelaire, Charles, 298, 307, 312, 483, 568, 577
Beatles, Los, 197, 311, 486-487
Beauvoir, Simone de, 84, 301
Beck, Jeff, 487
Beckett, Samuel, 84
Becquerel, Henri, 261
Beethoven, Ludwig van, 195, 219, 263, 312, 477, 517, 558, 577, 639, 657
Bellah, Robert, 57
Bellini, Vincenzo, 493
Bergman, Ingmar, 410, 485, 581
Bergson, Henri, 533
Berlioz, Hector, 493, 559
Bernardo de Claraval, 540
Berry, Chuck, 486
Berry, Thomas, 431, 578, 631
Bertalanffy, Ludwig von, 261
Bertolucci, Bernardo, 485
Big Brother and the Holding Company (grupo de *rock*), 487
Blake, William, 141, 244, 266, 270-271, 273, 290-292, 307, 312-313, 483, 558

Blind Faith (grupo de *rock*), 487
Bloom, Harold, 575
Bloomer, Amelia, 241
Bloomsbury, grupo de, 242
Bly, Robert, 648
Bode, Johann Elert, 154
Bodin, Jean, 30
Boehme, Jakob, 588
Boff, Leonardo, 249
Bogdanovich, Peter, 485
Bohm, David, 578, 614
Bohr, Niels, 39, 195, 444-446, 459, 462, 479, 490, 530
Borges, Jorge Luis, 483
Born, Max, 445, 530
Botticelli, Sandro, 527-528, 553
Boyle, Robert, 259, 635
Brahe, Tycho de, 258, 562
Brand, Stewart, 456
Brando Marlon, 488
Braque, Georges, 528, 530
Bresson, Robert, 485
Breuer, Josef, 182
Bridgman, P. W., 702
Broglie, Louis de, 445
Brontë, hermanas, 312, 568, 577
Brown, John, 245
Brown, Norman O., 266, 645
Bruno , Giordano, 26, 355
Bryan, William Jennings, 236
Buber. Martin, 534, 537, 548, 583
Bucke, Richard, 534, 583
Buñuel, Luis, 196, 485
Burroughs, Nannie Helen, 242
Burroughs, William, 488
Burton, Richard, 279
Bush, George W., 349, 355, 359-360, 386-387, 433, 672, 677-679, 682-683
Byron, Lord, 219, 298, 307, 313, 315, 489, 558

Caboto, Juan, 304
Cabral, Pedro, 304
Caldicott, Helen, 385
Calvino, Juan, 30, 356-357, 376, 387, 401-402, 665
Campbell, Joseph, 81, 144, 492, 578, 617
Camus, Albert, 60, 84, 196, 408
Carmichael, Stokeley, 246
Carroll, Lewis, 482
Cars (grupo de *rock*), 488
Carson, Rachel, 219, 261, 284, 320, 518, 578
Carter, Charles E. O., 113
Casanova, 270
Cassady, Neal, 579
Castaneda, Carlos, 456, 483
Castiglione, Baldassare, 495
Castro, Fidel, 249
Catt, Carrie Chapman, 241
Cézanne, Paul, 311, 528, 530, 577
Chabrol, Claude, 485
Champollion, Jean-François, 649
Chaplin, Charlie, 212
Charcot, Jean Martin, 196, 492, 580
Charles, Ray, 486
Chaucer, Geoffrey, 545
Che Guevara, 303, 315
Cheney, Richard, 374
Chopin, Frederic, 490, 493, 559
Christian, Charlie, 486
Churchill, Winston, 219, 392
Clapton, Eric, 487
Clarke, Kenny, 486
Clarkson, Thomas, 244
Clarkson, William, 498
Clash (grupo de *rock*), 488
Clausius, Rudolf, 260
Cleaver, Eldridge, 246, 456
Cohen, Leonard, 487
Coleridge, Samuel Taylor, 263, 273, 312, 490, 558, 577, 648, 657

Colette, 482
Colón, Cristóbal, 23, 25, 84, 304, 309
Coltrane, John, 582
Condorcet, marqués de, 554-557
Conrad, Joseph, 408, 418, 423, 483
Cook, James, 491
Copérnico, Nicolás, 23, 28-34, 58-61, 68-69, 71, 83-85, 112, 257, 309, 355, 495, 528, 553, 561-563, 596, 694, 711
Corbin, Henry, 578
Cosimo de Medici, 545
Count Basie, 486
Cousins, Ewert, 651
Cream (grupo de *rock*), 266
Creedence Clearwater (grupo de *rock*), 487
Crick, Francis, 635, 649, 735
Crimson, King, 487
Croce, Benedetto, 533
Crosby Stills and Nash (grupo de *rock*), 487
Curie, Marie, 195, 242

Da Vinci, Leonardo, 23-25, 84, 196, 309, 313, 527-528, 553, 566
Daguerre, Louis, 560, 642
Dalai Lama, 615
Daly, Mary, 266
Dante Alighieri, 110, 123, 424, 428-429, 542-545, 567, 577
y Beatriz, 543-545
Danton, Georges Jacques, 249, 297, 307, 315, 343
Darby, Abraham, 256
Darwin, Charles, 60-61, 68, 163, 183, 208-211, 218, 259, 280-283, 289, 313, 404, 444-445, 469-470, 474, 489, 491, 503, 517, 585, 597
Darwin, Erasmus, 283, 597
Davis, Angela, 246
Davis, Miles, 486-487
Day, Dorothy, 301
De Sica, Vittorio, 485
De Staël, Madame, 240, 657
De Vries, Hugo, 470

De Waal, Frans, 632
Deacon, Terrence, 614
Dean, James, 488
Debs, Eugene, 236
Dee, John, 649
Demóstenes, 195
Descartes, René 23, 46, 48, 52, 60-61, 68, 84, 93, 102, 130, 179, 180-181, 184, 259, 287, 308-309, 465-468, 479
Diaghilev, Sergei, 529, 577
Diamond, Jared, 390
Dickens, Charles, 162, 483, 568, 577
Dickinson, Emily, 483, 568, 577
Diddley, Bo, 486
Diderot, Denis, 196, 273-275, 297, 307, 468
Digges, Thomas, 26
DiMaggio, Joe, 489
Dirac, Paul, 445
Donatello, 545
Dostoievski, Fyodor, 162, 219, 234, 307, 312, 313, 315, 399, 408-409, 483, 567-574, 577, 601
Douglass Frederick, 244, 299, 307, 313-314
Doyle, Arthur Conan, 245, 482
Dreiser, Theodore, 483
Du Bois, W. E. B., 236, 245
Duchamp, Marcel, 528
Duncan Isadora, 275-276, 282, 311, 314, 529, 534, 577
  y Wagner, 282
Durero, Alberto, 412, 494
Dylan, Bob, 302, 311-313, 320, 409-410, 486-487, 686
Dyson, Frank, 459

Eastman, Max, 276
Ebertin, Reinhold, 113
Eddington, Arthur, 459, 532
Edinger, Edward, 648
Edison, Thomas, 489
Edwards, Jonathan, 547-548
Einstein, Albert, 59, 91, 183, 219, 260, 286, 311, 331, 459-460, 489-490, 502, 530, 531-532, 577, 649

Eldredge, Niles, 261, 284
Eliade, Mircea, 578
Eliot, George, 289, 307, 483, 568, 577
Eliot, T. S., 408, 478, 490, 493, 528
Ellington, Duke, 195, 302, 486
Ellis, Albert, 644
Emerson, Ralph Waldo, 63, 85, 311, 489-490, 559, 577
Engelhart, Douglas, 454
Engels, Friedrich, 234, 248, 289, 300, 307, 469, 490, 503, 554
Enrique VIII (rey de Inglaterra), 356
Erasmo, 694
Esquilo, 316, 403, 598
Estes, Clarissa, 648
Eysenck, Hans, 129

Fairport Convention (grupo de *rock*), 487
Falwell, Jerry, 351
Fanon, Frantz, 249
Faraday, Michael, 260, 470
Fassbinder, Rainer Werner, 485
Faulkner, William, 4779-481
Fellini, Federico, 196, 266, 485, 581
Ferenczi, Sandor, 277
Ferlinghetti, Lawrence, 487
Fernando (rey de España), 384
Feuerbach, Ludwig, 289
Feyerabend, Paul, 69
Ficino, Marsilio, 110, 195, 527-528, 546, 553, 649, 694
Fichte, Johann Gotlieb, 312
Fielding, Henry, 480, 483
Fierz, Henry, 96
Findlay, J. N., 215
Fitzgerald, F. Scott, 196
Flaubert, Gustave, 279, 312, 568, 577
Fosse, Bob, 485
Fourier, Joseph, 554
Fox, George, 547
Francisco de Asís, 540
Franklin, Benjamin, 307, 448, 461, 656

Franz, Marie-Louise von, 105, 578
Frazer, Sir James, 708
Freud, Sigmund, 60, 69, 83-86, 101, 114, 134, 139, 161, 163, 182-186, 191, 196, 260, 277-278, 303, 307, 311-313, 361-362, 372-378, 404, 423, 425, 444, 446, 479, 492, 517, 533, 585, 685
y Jung, primer encuentro, 490
Friedan, Betty, 184-187, 242, 518
Fromm, Erich, 579
Frost, Robert, 478, 527, 577
Fuller, Buckminster, 456
Fuller, Margaret, 195, 241, 311

Gagarin, Yuri, 255
Galileo Galilei, 23, 26, 32, 84, 112, 120, 180, 181, 184-186, 195, 257, 313, 356, 357, 466-467, 479, 489-491, 561-565, 575-577, 596, 601
Galle, Johann, 159
Gandhi, Mohandas, 219, 237, 248, 434, 535, 550, 580
García Lorca, Federico, 196, 483
García Márquez, Gabriel, 483
García, Jerry, 638
Gardner, Howard, 659
Gauguin, Paul, 197, 307, 490, 493
Gauquelin, Françoise, 129
Gauquelin, Michel, 129
Gebser, Jean, 578
Genesis (grupo de *rock*), 487
Gibbon, Edward, 468-469
Gibson, Mel, 413
Giese, Tiedemann, 26
Gilbert, William, 258
Gilman, Charlotte Perkins, 242, 554
Gillespie, Dizzy, 486
Ginsberg, Allen, 196, 483, 488, 579
Glass, Philip, 640
Godard, Jean-Luc, 200, 485, 640
Gödel, Kurt, 578
Godwin, William, 250, 297, 307

Goethe, Johann Wolfgang von, 63, 85, 110, 219, 259, 269, 283, 312, 404, 412, 490, 493, 558, 577, 599, 657, 701
Gogol Nikolai, 483, 490
Goldman, Emma, 236, 241
Goldwater, Barry, 348
Goodall, Jane, 632
Goodman, Benny, 486
Gorbachev, Mijail, 333, 518
Gouges, Olympe de, 240, 343
Gould, Stephen Jay, 261, 284
Graham, Billy, 580
Grateful Dead (grupo de *rock*), 487, 638
Greer, Germaine, 242, 266
Greene, Liz, 113
Griffin, David Ray, 631
Griffith, D. W., 484
Griffiths, Bede, 578
Grof, Stanislav, 116, 456, 579, 630, 648-650
Grube, G. M. A., 136
Guevara, Che, 249
Gutenberg, imprenta de, 257
Guthrie, W. K. C., 136
Guthrie, Woodie, 301
Gutiérrez, Gustavo, 249

Habermas, Jürgen, 89, 456
Händel, Georg Friedrich, 639
Haley, Bill, 486
Hand, Robert, 113
Harding, Esther, 94
Hardy, Thomas, 481
Harrison, George, 197
Harvey, Charles, 113
Havel, Václav, 610, 653
Hawthorne, Nathaniel, 196, 311, 408, 421-422
Haydn, Joseph, 312, 474, 476
Hegel, Georg Wilhelm Friedrich, 205, 263, 273, 283, 312, 559, 602, 657
Heidegger, Martin, 60, 69, 84

Heisenberg, Werner, 444-446, 459, 462, 479
Helmholtz, Hermann von, 260
Heller, Joseph, 488
Hemingway, Ernest, 388, 414, 418
Hendrix, Jimi, 266, 312, 487
Henry, Patrick, 448, 489
Heráclides, 31
Herder, Johann Gottfried von, 657
Herschel, William, 153
Hersey, John, 394
Herzen, Alexander, 250
Herzl, Theodor, 236, 537
Herzog, Werner, 485
Hess, Harry, 261, 284
Heston, Charles, 388
Hildegard von Bingen, 539-540
Hillman, James, 95, 116, 120, 139, 219, 437, 456, 492, 617, 630, 648
Hiparco, 110
Hitchcock, Alfred, 412-414, 418
Hitler, Adolf, 212, 303-304, 345, 361
    Chaplin-Hitler, comparación arquetípica de, 212
Ho Chi Minh, 249
Hobbes, Thomas, 48, 259, 378-381, 387, 466
Hofmann, Albert, 578-579
Hölderlin, Friedrich, 263, 273, 312, 657
Holiday, Billie, 486
Holst, Gustav, 409
Holly, Buddy, 486
Homans, Peter, 83
Homero, 145, 560-561
Hovhaness, Alan, 640
Hubble, Edwin, 59
Hughes, Ted, 565
Hugo, Victor, 413, 559
Hume, David, 60, 68, 307, 468, 685
Huntington, Samuel, 373
Hus, Jan, 545
Hussein, Saddam, 374

Husserl, Edmund, 141, 533
Hutton, James, 259, 283
Huxley, Aldous, 579

Inocencio III (papa) 337
Ives, Charles, 640

Jagger, Mick, 266, 298
Jakolev, Alexander, 518
James, Henry, 311, 412, 479, 482, 577-578
James, William, 83, 85, 86-87, 195-196, 198, 208, 311, 521, 533, 550, 583, 584-586, 590
Janov, Arthur, 644
Jaspers, Karl, 53
Jefferson, Thomas, 448, 656
Jenófanes, 320
Jesús de Nazaret, 357, 413, 526, 577, 620
Jethro Tull (grupo de *rock*), 487
Jobs, Steven, 461
Johnson, Mark, 614
Jolson, Al, 484
Jonas, Hans, 581
Jones, Ernest, 182-183
Joplin, Janis, 266, 315, 487
Joyce, James, 410-411, 478-479, 483, 492, 528, 530, 577-578, 648
Juan el Bautista, 357
Juan de la Cruz, 546, 588, 639
Juan Pablo II (papa), 315
Juan XXIII (papa), 288, 340
Julio II (papa), 494
Jung, Carl Gustav, 21, 85-88, 93-94, 100-104, 107-121, 128, 138, 141, 144, 147-149, 183-186, 191, 219, 277, 303, 311, 313-314, 316, 368, 400-403, 404-406, 431, 434, 492, 581, 583-586, 602, 648, 653
Henry Fierz y, 96
y Freud, primer encuentro, 492
Jung, Emma, 404

Kafka, Franz, 84, 196, 372-373, 377, 396, 414-416, 478-479, 483, 528, 665
Kahlo, Frida, 412, 665
Kandinsky, Wasily, 534
Kant, Immanuel, 60, 68, 83, 86, 102, 116, 138, 139, 145, 183, 312
Kauffman, Stuart, 614
Keats, John, 483, 490-491, 558, 560, 577, 648
Kelvin, William, 260
Keller, Evelyn Fox, 630
Kennan, George, 347
Kennedy, John F., 315, 463
Kennedy, Robert, F., 315, 687
Kepler, Johannes, 26-27, 28-29, 110-112, 195, 257, 444, 446, 465-466, 479, 517, 561-563, 596, 649
Kerényi, Karl, 145
Kerouac, Jack, 488, 579
Kesey, Ken, 579
Keynes, John Maynard, 301
King Crimson (grupo de *rock*), 487
King, Martin Luther, Jr., 195, 219, 246-248, 315, 320, 580
Kissinger, Henry, 355, 373-374
Klee, Paul, 528
Knox, John, 546
Koresh, David, 386
Krishnamurti, 550
Ku Klux Klan, 360
Kübler-Ross, Elisabeth, 456
Kubrick, Stanley, 48, 515
Kuhn, Thomas, 69, 141, 175, 261, 630, 658
Kurosawa, Akira, 581

L'Ouverture, Toussaint, 244
Laing, R. D., 644
Lakoff, George, 614
Lamarck, Jean-Baptiste, 259, 283, 597
Lamartine, Alphonse de, 559
Langer, Suzanne K., 167
Langevin, Paul, 531

Laplace, Pierre-Simon, 59, 388
Laszlo, Ervin, 614
Laue, Max von, 531
Lavoisier, Antoine Laurent, 469, 635
Led Zeppelin (grupo de *rock*), 266, 487
Leiden, Juan de, 253
Lemaître, Georges, 445-446, 518
Lenin, V. I., 249, 276, 300
Lennon, John, 197, 680
Leo, Alan, 113
Lessing, Doris, 242
LeVerrier, Urbain, 159
Levi, Primo, 62
Lewis, Wyndham, 478
Lin, Maya, 423-424, 465
Lincoln, Abraham, 208-211, 245, 470, 657
    Lincoln-Darwin, comparación arquetípica de, 209-211, 688
Lindbergh, Charles, 462, 489
Liszt, Franz, 278, 490, 493, 559
Locke, John, 48, 60
London, Jack, 389, 483
Lorenz, Edward, 261
Lorenz, Konrad, 632
Lovelock, James, 261, 284, 631
Lowell, Percival, 162
Lumet, Sidney, 423
Lutero, Martín, 23-25, 30, 84, 195, 495, 528, 546, 553, 694
Luxemburgo, Rosa, 236

Maestlin, Michael, 26
Mahler, Gustav, 276, 281-282, 311, 577
Mailer, Norman, 456
Malcolm X, 246, 315
Malthus, Thomas, 260
Mandela, Nelson, 246, 457
Mandelbrot, Benoît, 261
Mann, Thomas, 311, 314, 483, 492, 528, 577
Mansfield, Victor, 105

Mao Zedong, 249
Maquiavelo, Nicolás, 494, 683
Marat, Jean-Paul, 249, 270, 315
Marcos, Ferdinand, 339
Marcuse, Herbert, 249, 266, 456, 644
Margulis, Lynn, 261
Marx, Karl, 60, 68, 234, 248, 289, 299, 300, 307, 313, 346, 374-377, 381, 402-404, 431, 469, 490, 506, 554, 557, 644, 665
Masaccio, 545
Maslow, Abraham, 456, 458, 578
Matisse, Henri, 528, 530, 577
Matthews, Drummond, 284
Maturana, Humberto, 614
Maxwell, James Clerk, 260, 470
Mayall, John, 487
Mazursky, Paul, 485
McCartney, Paul, 197
véase también Beatles, Los
McClintock, Barbara, 614
McLuhan, Marshall, 642
McMenamin, Dianna, 614
McMenamin, Mark, 614
McNeill, William, 235
Meister Eckhart, 542, 544, 588
Melville, Herman, 196, 279, 307, 311, 313, 315, 363-369, 371, 374, 377, 381, 391, 402-406, 408, 421, 483, 566, 567, 568, 665
Mendel, Gregor, 470, 518, 635
Mendelssohn, Felix, 493
Méricourt, Théroigne de, 240
Merton, Thomas, 578
Metzner, Ralph, 630
Meysenbug, Malwida von, 590
Michelet, Jules, 308
Michelson-Morley, experimento de, 107
Miguel Ángel, 4, 494, 528, 546, 566
Mill, John Stuart, 38, 468, 498
Miller, Arthur, 408, 412
Millett, Kate, 242, 456

Milton, John, 292, 480
Minkowski, Hermann, 531
Mitchell, Joni, 487, 686
Mondrian, Piet, 528, 534
Monk, Thelonius, 486
Monod, Jacques, 61
Montaigne, Michel de, 23, 84
Montesquieu, Charles Louis de Secondat, barón de, 468
Montgolfier, hermanos, 461
Monty Python, 486
Moore, Thomas, 648
Morel, Edmund, 245
Morin, Edgar, 614
Moro, Tomás, 356, 552, 557, 694
Morris, Desmond, 284
Morrison, Jim, 266, 315, 409
Morrison, Van, 487
Morse, Samuel, 489
Mott, Lucretia, 241
Mozart, Wolfgang Amadeus, 312, 477
Myers, Frederic, 534

Nabucodonosor, 600
Naess, Arne, 261, 285, 578
Napoleón Bonaparte, 304, 501-502, 657
Neruda, Pablo, 196, 578
Neumann, Erich, 578
Neumann, John von, 578
Newcomen, Thomas, 256
Newman, Paul, 485
Newton, Isaac, 23, 28, 59-61, 84-85, 107, 130-131, 180, 184, 189, 259, 308, 459-460, 466, 479, 561-563, 594, 649
Nias, David, 129
Nicolás de Cusa, 545
Nichols, Mike, 485
Niepce, Nicephore, 560, 642
Nietzsche, Friedrich, 60, 62, 67-68, 83-86, 139, 141, 163, 219, 225, 289, 307, 313, 404, 436, 493, 504-507, 585, 590, 606, 644

Nightingale, Florence, 162
Nijinsky, Vaslav, 529, 577
Nirvana (grupo de *rock*), 488
Noriega, Manuel, 339
Novalis, 312, 657

O'Brian, Patrick, 482
O'Keeffe, Georgia, 195
Ortega y Gasset, 303
Orwell, George, 348, 352
Osmond, Humphrey, 579
Otto, Rudolf, 584-585
Owen, Robert, 554

Pablo III (papa), 356
Pablo, apóstol, 398
Pakula, Alan, 485
Palestrina, Giovanni Pierluigi da, 639
Pankhust, Emmeline, 236, 241
Parker, Charlie, 486
Parks, Rosa, 184-186
Pärt, Arvo, 640
Pascal, Blaise, 62, 83, 259, 546
Pasolini, Pier Paolo, 485
Pauli, Wolfgang, 91, 445
Perls, Fritz, 456
Petrarca, 544-545, 577, 649
    y Laura, 490
Phish (grupo de *rock*), 488, 638
Picasso, Pablo, 84, 219, 275, 311, 492-493, 528, 530, 577
Pico della Mirandola, 23-24, 519, 527
Pinochet, Augusto, 339
Pío IX (papa), 289
Pío VI (papa), 289
Pissarro, Camille, 493
Pitágoras, 31, 125-126, 136, 144-146, 596, 648
Planck, Max, 260, 311, 444-446, 530-531
Platón, 24, 31, 101, 110, 116, 125-126, 135-137, 141-143, 526-528, 559, 566

Plotino, 110, 132
Polanski, Roman, 423, 485
Pope, Alexander, 23, 468
Pound, Ezra, 478, 490, 493, 528, 577
Presley, Elvis, 486
Priestley, Joseph, 469
Prigogine, Ilya, 614
Proclo, 110
Procul Harum (grupo de *rock*), 487
Proudhon, 250
Proust, Marcel, 477-479, 482, 528, 530, 577
Ptolomeo, Claudius, 32, 110, 113
Pushkin, Aleksandr, 490, 558

Quicksilver Messenger Service (grupo de *rock*), 487

Rafael, 25, 494, 528, 546, 566
Rafelson, Bob, 485
Rahner, Karl, 578
Ram Dass, 456
Ramones (grupo de *rock*), 488
Rank, Otto, 277
Ray, Satyajit, 581
Reagan, Ronald, 386
Reich, Wilhelm, 266, 278
Reisz, Karel, 485
Renouvier, Charles, 198
Resnais, Alain, 423
Rheticus, George Joachim, 26
Ricoeur, Paul, 578
Richardson, Samuel, 480, 483
Richardson, Tony, 485
Rilke, Rainer Maria, 311, 314, 406, 528, 577, 648
Rimbaud, Arthur, 307, 490
Robespierre, Maximilien, 249, 297, 307, 315, 343
Rodin, Auguste, 528
Rohmer, Eric, 485
Roland, Madame, 240
Rolf, Ida, 644

Rolling Stones, 232, 266, 313, 380, 487
Roosevelt, Franklin Delano, 301
Roosevelt, Theodore, 236, 301, 388
Rossellini, Roberto, 485
Roszak, Theodore, 456, 630
Rousseau, Jean-Jacques, 63, 196, 271-280, 307, 313, 315, 404, 468
Rowling, J. K., 483, 617
Royce, Josiah, 533, 583
Rudhyar, Dane, 113, 128
Rumi, 618
Rumsfeld, Donald, 355
Rushdie, Salman, 427, 681
Russell, Bertrand, 59, 685
Rustin, Bayard, 246, 580

Sabina, María, 579
Sade, marqués de, 270
Safo, 16, 594, 598-599
Sagan, Carl, 384
Saint-Hilaire, Geoffroy, 259, 283, 597
Saint-Just, Louis, 249, 315
Salinger, J. D., 482, 578
Salomé, Lou, 510
Sand, George, 196
Sandage, Allan, 631
Santana, 487
Sartre, Jean-Paul, 60, 249, 301
Savonarola, Girolamo, 386
Scriabin, Alexander, 529, 640
Schell, Jonathan, 385
Schelling, Joseph von, 263, 273, 283, 312, 657
Schiller, Friedrich von, 49, 263, 273, 312, 490
Schlegel, August Wilhelm, 312, 657
Schlegel, Friedrich, 312, 657
Schleiermacher, Friedrich, 584
Schönberg, Arnold, 528, 530, 577
Schopenhauer, Arthur, 60, 141, 204-206, 289, 307, 381, 402-404, 492, 585

Schrödinger, Erwin, 445
Schubert, Franz, 558, 639
Schulz, Bruno, 107
Schumann, Robert, 559
Schutz, Will, 644
Servet, Miguel, 356
Seurat, Georges, 493
Sex Pistols (grupo de *rock*), 488
Sforza, Ludovico, 196
Shakespeare, William, 23, 195, 308-309, 312, 427-428, 480, 564-567, 574-577, 600, 601, 641
Shaw, George Bernard, 236, 276
Sheldrake, Robert, 614
Shelley, Mary, 219, 407, 483
Shelley, Percy Bysshe, 204-206, 298-299, 307, 315, 490, 558-559, 577
Shepard, Alan, 255
Sinclair, Upton, 236
Singer, Peter, 389
Sinn Fein, Partido del, 237
Skinner, B. F., 554, 557
Slipher, Vesto, 532
Smith, Adam, 468
Smith, Joseph, 579
Smith, Patti, 488
Smollett, Tobías, 480, 483
Sócrates, 126, 136, 312, 357, 525, 566, 577
Sojourner Truth, 241, 245
Solomon Luria, Isaac ben, 546
Sorel, Georges, 236, 276
Spengler, Oswald, 373
Spenser, Edmund, 479
Spielberg, Steven, 423, 485
Spirit (grupo de *rock*), 487
Stanton, Elizabeth Cady, 241
Starr, Kenneth, 413
Starr, Ringo, 197
Steffens, Lincoln, 236
Stein, Charlotte von, 490

Stein, Gertrude, 194-196, 478, 528, 577
Steinbeck, John, 408
Steinem, Gloria, 242
Steiner, Rudolf, 534, 550, 581, 583
Stendhal, 559
Stevens, Wallace, 478, 483, 528, 577
Stieglitz, Alfred, 195
Stone, Lucy, 241
Stowe, Harriet Beecher, 162, 219, 245, 418-422, 431
Strauss, David Friedrich, 289
Strauss, Richard, 276, 514
Stravinsky, Igor, 311, 476, 528, 530, 537, 577
Suzuki, D. T., 579
Swedenborg, Emanuel, 548
Swift, Jonathan, 477, 682
Swimme, Brian, 631

Tagore, Rabindranath, 534-535
Tales de Mileto, 596
Talking Heads (grupo de *rock*), 488
Tallis, Thomas, 639
Tarbell, Ida, 236
Tati, Jacques, 485
Tavener, John, 640
Taylor, Charles, 49, 568
Taylor, Harriet, 241
Taylor, James, 487
Teilhard de Chardin, Pierre, 580, 615, 651
Tennyson, Alfred, 687
Teresa de Ávila, 546, 588, 639
Tespis, 599
Thackeray, William Makepeace, 483
Thatcher, Margaret, 339-341, 350
The Band (grupo de *rock*), 487
The Doors (grupo de *rock*), 266, 409
The Incredible String Band, 487
The Who (grupo de *rock*), 266, 342, 487
Thomas, Dylan, 483, 578
Thomson, J. J., 261

Thoreau, Henry David, 248, 285, 311, 434, 489-491, 503, 554, 580
Tillich, Paul, 580
Tippler, Frank, 631
Tiziano, 494
Tocqueville, Alexis, 469, 491
Tolkien, J. R. R., 482
Tolstoi, Leo, 162, 200, 219, 248, 312, 434, 483, 535, 568, 577, 580
Tombaugh, Clyde, 162
Toulouse-Lautrec, Henri, 493
Toussaint l'Ouverture, 244
Truffaut, François, 196, 485
Tschermak, Erich von, 471
Tubman, Harriet, 244, 307
Turgot, Anne-Robert-Jacques, 307
Turguéniev, Iván, 568
Turing, Alan, 578
Turner, Nat, 489
Twain, Mark, 196, 245, 483, 683

U2 (grupo de *rock*), 488

Van Gogh, Vincent, 307, 315, 490, 493
Varda, Agnes, 485
Varela, Francisco, 614
Vasco da Gama, 25, 304
Velvet Underground (grupo de *rock*), 268
Verlaine, Paul, 490
Vesalio, 257, 467
Vine, Fred, 284
Virgilio, 277, 533
Visconti, Luchino, 485
Voltaire, François-Marie Arouet, 468, 492
Vonnegut, Kurt, 456
Vulpius, Christiane, 490

Wagner, Richard, 219, 278, 281, 312, 474-476, 502, 577, 590
Wajda, Andrzej, 485

Walcott, Derek, 483
Wallace, Alfred Russel, 259, 445-446, 517, 597
Washington, Booker T., 245
Washington, George, 656
Wasson, Gordon, 579
Watson, James, 635, 649
Watt, James, 386
Watts, Alan, 578-579
Waugh, Evelyn, 483
Webb, Beatrice, 236
Webb, Sydney, 236
Weber, Max, 49, 60, 67, 68, 84, 583, 667, 685
Wegener, Alfred, 284
Weil, Simone, 578
Weinberg, Steven, 60
Welles, Orson, 484
Wells, H. G., 236, 554
Wesley, John, 547
West, Mae, 501
Whitefield, George, 547
Whitehead, Alfred North, 21, 141, 445-446, 533, 615
Whiteside, D. T., 189
Whitman, Walt, 241, 279-282, 307, 311, 568, 577, 588, 589, 599
Whitney, Eli, 256
Wilamowitz-Moellendorff, 136
Wilde, Oscar, 39, 298, 307, 315, 416, 426-428, 438
Wilson, Edward O., 284
Williams, Ralph Vaughan, 640
Williams, Tennessee, 195
Wittgenstein, Ludwig, 60, 69, 84, 139, 141, 581
Wittig, Monique, 266
Wolfe, Thomas, 483
Wolfe, Tom, 456
Wolff, Toni, 404
Wollstonecraft, Mary, 240, 297, 307, 313-314, 319, 674
Woodman, Marion, 648
Woods, Tiger, 489
Woolf, Virginia, 84, 219, 242, 477-479
Wordsworth, William, 63, 263, 273, 312, 490, 657

Wozniak, Steve, 461
Wright, hermanos, 255, 311, 462

Yeats, William Butler, 110, 478, 528, 577
Yeltsin, Boris, 346
Yes (grupo de *rock*), 487
Young, Lester, 486
Young, Neil, 487

Zola, Émile, 236, 353, 482
Zwinglio, Ulrich, 546

ESTA TERCERA EDICIÓN DE *COSMOS Y PSIQUE*,
DE RICHARD TARNAS,
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN SABADELL,
EN LA IMPRENTA ROTOCAYFO
(IMPRESIA IBÉRICA)
EN JUNIO DE
2017